Universidad Nacional de la Patagonia San Juan Bosco

Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales

Sede Trelew

Utopía, Ideología y Transición. Análisis histórico de *El descubrimiento austral por un hombre volador, o El Dédalo francés: novela filosófica* (1781) de Restif de la Bretonne

Tesis de Licenciatura en Historia

Tesista: Emilio Gallo

Directora de tesis: Dra. Ana María Troncoso

Fecha de presentación: 11/11/2024

Resumen: Esta investigación analiza *El descubrimiento austral por un hombre volador, o El Dédalo francés: novela filosófica (1781),* de Nicolas Edme Restif de la Bretonne, desde la perspectiva del materialismo histórico y en el marco del género utópico. La obra tiene lugar en una Patagonia ficticia que actúa como un espejo invertido del Antiguo Régimen francés durante el reinado de Luis XVI y contribuye a su crítica. Este tipo de literatura es un ámbito privilegiado para el estudio de procesos y problemáticas en torno al desarrollo de la sociedad europea moderna: la transición del feudalismo al capitalismo, la expansión ultramarina, la transformación de las formas estatales, el desplazamiento de los intelectuales tradicionales por los orgánicos de la burguesía, entre otros, especialmente en lo que respecta a la dimensión ideológica de los mismos. Producida en la Francia de la Ilustración y en vísperas de la Revolución de 1789, esta obra refleja las principales contradicciones y disputas ideológicas de su época, a la vez que constituye una forma de intervención política en su contexto de producción.

Palabras clave: *Utopía, ideología, transición del feudalismo al capitalismo, Ilustración, Patagonia.*

Abstract: *This research analyzes "The discovery of the austral continent by a flying man" (1781) by Nicolas Edme Restif de la Bretonne, from a historical materialist perspective within the framework of utopian literature. The novel is set in a fictional Patagonia that functions as an inverted mirror of France under the Old Regime during the reign of Louis XVI, contributing to a critique of that society. This type of literature offers a privileged domain for studying processes and issues related to the development of modern European society: the transition from feudalism to capitalism, overseas expansion, the transformation of state structures, and the replacement of traditional intellectuals by bourgeois organic intellectuals, among others, particularly in terms of their ideological dimension. Produced in Enlightenment France and on the eve of the Revolution of 1789, this work reflects the main ideological contradictions and disputes of its time, while also serving as a form of political intervention within its context of production.*

Keywords: *Utopia, ideology, transition from feudalism to capitalism, Enlightenment, Patagonia.*

A Mercedes y Néstor

Índice

1. Introducción..... 1

1.1. Objetivos.....3

1.1.1. Generales..... 3

1.1.2. Específicos..... 3

1.2. Utopía: estado de la cuestión.....4

1.2.1. La utopía como objeto de investigación..... 4

1.2.2. Debates sobre Restif de la Bretonne y su obra.....12

1.3. Hipótesis.....21

1.4. Ideología: marco teórico-metodológico.....22

1.4.1. Los orígenes ideológicos de la ideología..... 22

1.4.2. Hegemonía: desarrollo de la tercera orientación marxista.....29

1.4.3. Dialogismo e interdiscurso: consideraciones metodológicas.....34

2. El contexto, el autor y su obra: la construcción de la fuente.....37

2.1. Transición (condiciones generales de producción).....38

2.2. Ilustración (condiciones particulares de producción).....45

2.3. El autor y su obra (condiciones específicas de producción).....54

2.3.1. El autor..... 54

2.3.2. Su obra..... 62

3. La Tierra Austral y la experiencia espacio-temporal.....70

3.1. La Tierra Austral como último refugio de la utopía geográfica.....71

3.2. La Leyenda Negra y la construcción de la inocencia del nuevo sujeto imperial.....85

3.3. Los habitantes de la Tierra Austral y la falsificación de la alteridad.....94

4. Utopía, revolución y comunismo.....108

4.1. Crítica *en* y *de* la sociedad transicional.....111

4.2. Todo para el pueblo, pero sin el pueblo.....119

4.3. *Omnia sunt communia*.....125

5. Naturaleza, divinidad y tiempo.....148

5.1. Historia natural.....151

5.2. Religión natural.....167

5.3. Derecho natural.....172

6. Conclusión.....177

7. Bibliografía..... 181

Anexo..... 187

1. Introducción

Con la publicación en 1516 de *Utopía,* Thomas More acuñó un término que sigue siendo objeto de interpretaciones en conflicto y que dio lugar a un vasto cuerpo de literatura cuyo desarrollo ha ido de la mano con las principales transformaciones sociales desde la Edad Moderna. Este proceso es conocido con el nombre de Transición y se manifiesta en diferentes niveles: la conformación del moderno sistema-mundo a partir de la expansión ultramarina de Europa occidental, la transición del feudalismo al capitalismo, la conformación de los Estados modernos y múltiples transformaciones en el nivel de las estructuras ideológicas.

Nuestra propuesta de investigación consiste en el abordaje histórico de una obra literaria perteneciente al género utópico: *El descubrimiento austral por un hombre volador, o El Dédalo francés: novela filosófica* [1781] de Nicolas Edme Restif de la Bretonne (en adelante: *El descubrimiento austral...).* La misma se inserta en el contexto de la Ilustración, en la Francia pre-revolucionaria y, como pretendemos demostrar, es expresión de las principales contradicciones y disputas ideológicas que signan su contexto de producción, a la vez que constituye una forma de intervención política.

Los problemas que se plantean son tanto histórico-conceptuales: ¿Cuáles son las relaciones que este texto mantiene con su contexto? ¿Qué lugar ocupa en relación al vasto cuerpo de la literatura utópica? ¿Cómo se expresan en él, en la medida en que lo hagan, las luchas ideológicas de su tiempo? etc.; como así también teórico-metodológicos: se trata en este caso de aprehender la obra en tanto que históricamente determinada pero sin perder por ello de vista su singularidad y capacidad inventiva, ya que este tipo de literatura, sobre todo en el contexto de la Ilustración, ha constituido un espacio privilegiado para la reflexión y la disputa ideológica.

Al situarse nuestra fuente en un contexto de transición y en una coyuntura crítica en todos los niveles es que la misma se nos manifiesta en muchos aspectos como ambigua y contradictoria: se superponen distintas temporalidades, relaciones sociales, concepciones filosóficas y científicas que dificultan su asimilación a esquemas simplistas del tipo: ¿*El descubrimiento austral...* es todavía feudal, plenamente burgués o ya socialista? Analíticamente es posible puntualizar en estas cuestiones pero, considerada de conjunto, la obra es una unidad compleja que no puede reducirse a un único aspecto determinante. Para su esclarecimiento, es necesario entonces situar la obra en su contexto de producción pero también valernos de herramientas teóricas que nos permitan dar respuesta a estas problemáticas sin clausurarlas. Entendemos que el materialismo histórico, aún cuando sus principales lecturas del fenómeno utópico no estén para nada exentas de problemas, provee los instrumentos necesarios para abordar estas cuestiones. Es necesario un trabajo de

contextualización, tanto a nivel histórico, como conceptual, para constituir esta obra literaria en una fuente histórica.

Nuestra propuesta de investigación encuentra justificación en el hecho de que la obra de Restif de la Bretonne en general, y *El descubrimiento austral...* en particular, han sido escasamente investigadas. La mayoría de la bibliografía a que hemos podido acceder las trabaja de manera periférica y en el marco de estudios de carácter general. Esta situación se torna más problemática si tenemos en cuenta que la mayoría de los trabajos sobre literatura utópica, incluso cuando en muchos casos resultan esclarecedores de problemas de índole histórica y el historiador puede encontrar en ellos una fuente nada desdeñable de conocimiento, han sido realizados desde otras disciplinas como la crítica literaria, la filosofía o la sociología del conocimiento y, por ende, atendiendo a preocupaciones e interrogantes diferentes de los que se derivan de una perspectiva histórica. También son relativamente escasos los estudios pormenorizados de utopías específicas, como veremos, la tendencia general está dominada por estudios que abordan la literatura utópica en general o que rastrean el desarrollo de algún problema en particular a través de este cuerpo de literatura. Por lo tanto, consideramos que el abordaje histórico de esta fuente posee un gran potencial en lo que respecta al problema de la relación entre los procesos ideológicos, expresados en este caso en la literatura, y las grandes transformaciones históricas que desembocaron en la transición entre dos formas de sociedad.

Producir conocimiento histórico a partir de una *obra literaria* supone un trabajo previo de contextualización en distintos niveles para construirla en *fuente histórica*. En este primer capítulo, además de explicitar nuestros objetivos e hipótesis nos centraremos en insertar *El descubrimiento austral...* en un contexto teórico-conceptual (utopía e ideología) que permita su análisis histórico. En el apartado 1.2.1 del estado de la cuestión (la utopía como objeto de investigación), ubicamos esta obra en la historia general de la utopía y de sus diferentes interpretaciones o abordajes y circunscribimos el concepto de utopía empleado en esta investigación. El apartado 1.2.2 pone el foco en las diferentes interpretaciones y debates que giran en torno a la vida y la obra de Restif de la Bretonne, en función de los cuales se derivan los problemas a trabajar mediante las hipótesis (apartado 1.3). En el apartado 1.4 desarrollamos el concepto de ideología, sobre todo en su elaboración marxista, tanto a nivel histórico (1.4.1), teórico (1.4.2) como metodológico (1.4.3).

Si el primer capítulo se concentra en los conceptos de *utopía* e *ideología*, el segundo lo hace, desde un punto de vista histórico, en el de *transición.* A partir de las consideraciones metodológicas del capítulo anterior, en *El contexto, el autor y su obra,* procedemos a identificar y abordar las condiciones históricas de producción de *El descubrimiento austral…* Lo hacemos avanzando desde las condiciones de producción más generales (apartado 2.1) de la transición del feudalismo al capitalismo y la *doble revolución*, pasando luego por las

condiciones de producción particulares (apartado 2.2) de la Ilustración francesa, las condiciones específicas (apartado 2.3) de la biografía de Restif de la Bretonne, para llegar finalmente a la obra literaria en cuestión que, como consecuencia de este proceso, se constituye en fuente histórica. En lo que sigue analizamos *El descubrimiento austral…* en tres dimensiones fundamentales: el proceso de expansión ultramarina europea y las transformaciones en la experiencia espacio-temporal y en la representación de la Patagonia y los pueblos no europeos durante la Ilustración, constituye el objeto del capítulo 3 (La Tierra Austral y la experiencia espacio-temporal). La utopía propiamente dicha, es decir, el análisis de las construcciones utópicas que se exponen en la obra, el contenido y la forma de sus instituciones, es lo que ocupa el capítulo 4 (Utopía, revolución y comunismo). Finalmente, en el capítulo 5 (Naturaleza, divinidad y tiempo) se analiza el concepto de *naturaleza* en el contexto de la Ilustración, caracterizado por la irrupción del tiempo histórico en el marco de un proceso de secularización.

1.1. Objetivos

1.1.1. Generales

1. Contribuir a la producción local de conocimiento sobre procesos de alcance global como la expansión europea, la conformación del moderno sistema-mundo, el desarrollo del capitalismo, la construcción de los estados modernos y la dimensión ideológica de los mismos.

2. Aportar una mirada crítica al debate sobre literatura utópica desde una perspectiva histórica que dé cuenta de la relación entre los procesos y fenómenos ideológicos y las principales transformaciones históricas.

3. Poner a prueba la pertinencia del materialismo histórico en lo que respecta al planteo y resolución de problemáticas propias del orden de la ideología en general, y de la literatura utópica en particular.

1.1.2. Específicos

1. Ubicar nuestra fuente en un contexto histórico y teórico-conceptual que permita su aprehensión crítica para situar la obra en el conjunto de sus determinaciones histórico-sociales y establecer su especificidad en el marco de las disputas ideológicas de la Francia pre-revolucionaria.

2. Explicar las contradicciones y ambigüedades de la obra como expresión de sus condiciones de producción (la transición del feudalismo al capitalismo) y de su pertenencia a un orden interdiscursivo específico (la Ilustración tardía).

3. Analizar los términos en que la Patagonia fue apropiada como espacio para la imaginación utópica en el contexto general de la expansión ultramarina europea, y en el contexto particular de la Ilustración francesa.

1.2. Utopía: estado de la cuestión

1.2.1. La utopía como objeto de investigación

La polisemia es inherente al término utopía desde su nacimiento en la pluma de Thomas More en 1516. Utopía es un neologismo que contiene deliberadamente dos significados, dependiendo del sentido que se le dé al prefijo que caracteriza al *topos: eu*-topos (buen lugar) y *ou*-topos (no lugar), ambos provenientes del griego y que, puestos en relación, aluden a un buen lugar que no existe. Es decir que, desde su génesis como nombre propio del país inspirado por la *República* de Platón, la utopía se vio, hasta el día de hoy, atravesada por dos grandes problemas: el de su relación con la realidad (presente en el prefijo *ou)* y el de su carga de valor (presente en el prefijo *eu)*.

Desde entonces, la polisemia y la ambigüedad del neologismo no hicieron más que crecer, a la par tanto de las obras que se consideraban herederas del libro de Moro, como de las interpretaciones y valoraciones sobre las mismas. En el siglo XVI y especialmente en el XVII, el género alumbrado por Moro proliferó, aunque no de manera autónoma, ya que lo hizo englobado dentro del más amplio de los viajes imaginarios. Fue recién en el siglo XVIII cuando la palabra *utopía* se convirtió en un nombre común referido a un género literario específico, y su sentido se desplazó más claramente al plano político-institucional. Al mismo tiempo, se perfilaba su dimensión valorativa, aludiendo a “una mentalidad quimérica que legislaba en la fantasía” (Trousson, 1995, p. 35).

El siglo XIX profundizó esta tendencia al crear los términos *utópico* y *utopista,* ambos peyorativos y aplicados a un universo que trasciende los límites de un género literario para referirse a cualquier enunciado referido a la organización social que, aun cuando se lo reconozca legítimo en sus motivaciones o en sus aspiraciones, se lo considere desconectado de la realidad, irrealizable y, por ende, ocioso. Este desarrollo se verifica en varios diccionarios en distintas lenguas y no es patrimonio exclusivo de ninguna corriente de pensamiento o movimiento político en particular, aunque haya sido el marxismo el que le diera su uso más célebre al bautizar una buena parte del pensamiento socialista desarrollado hasta entonces como “socialismo utópico”, poniéndolo así en relación de

contradicción con el carácter “científico” del socialismo que pregonaban los autores de *El Manifiesto Comunista* [1848]. Con el nuevo adjetivo se referían, principalmente, a los proyectos sociales de Saint-Simon, Charles Fourier y Robert Owen, quienes imaginaron, diseñaron y, ocasionalmente, intentaron llevar a la práctica *buenos lugares,* aunque no en sentido estricto, es decir de utopías literarias, sino de proyectos de sociedades a ser construidas mediante un acto de voluntad, sin mayor consideración, desde el punto de vista del marxismo, de las leyes del desarrollo histórico ni del rol del proletariado en la futura revolución comunista[1]. Las limitaciones del socialismo utópico eran atribuidas por Marx y Engels al escaso desarrollo de las condiciones históricas para la emancipación del proletariado, por lo que “la importancia del socialismo y del comunismo crítico-utópicos está en razón inversa al desarrollo histórico” (Marx y Engels, 2012, p. 84). En contra de lo que podría pensarse por el tono frecuentemente satírico con el que se refieren al socialismo utópico, se reconocían en deuda con los principales teóricos del mismo. En *El Manifiesto Comunista* valoran su incipiente identificación con el proletariado, aunque más no sea en la forma de clase sufriente en vez de clase revolucionaria; su carácter anticipatorio, respecto tanto del socialismo científico como de la futura transformación de la sociedad; y sus elementos críticos, “que atacan todas las bases de la sociedad existente” (Marx y Engels, 2012, p. 83). Incluso treinta y dos años después de la publicación de *El Manifiesto Comunista,* el socialismo utópico seguía siendo un tema de reflexión para el pensamiento marxista, como puede verse en *Del socialismo utópico al socialismo científico* [1880] de Friedrich Engels, donde se realiza un análisis pormenorizado de estos teóricos y se los reconoce como miembros de una tradición común. Así, puede leerse:

> Dejemos que los traperos literarios revuelvan solemnemente en estas fantasías, que hoy parecen mover a risa, para poner de relieve, sobre el fondo de ese «cúmulo de dislates», la superioridad de su razonamiento sereno. Nosotros, en cambio, nos admiramos de los geniales gérmenes de ideas y de las ideas geniales que brotan por todas partes bajo esa envoltura de fantasía y que los filisteos son incapaces de ver (Engels, 1980, p. 67).

Cabe destacar que la valoración que los padres del socialismo científico hacían del socialismo utópico, lejos de ser ambigua, cobra su sentido más pleno en el marco de una visión más amplia sobre la evolución histórica: el socialismo utópico correspondería así a una determinada etapa de desarrollo de las condiciones materiales, más allá de la cual, y de persistir en su afán de ponerse por encima de la lucha de clases, deviene reaccionario. Tal

1 En *El Manifiesto Comunista* se afirma que: “En lugar de la acción social tienen que poner la acción de su propio ingenio; en lugar de las condiciones históricas de la emancipación, condiciones fantásticas; en lugar de la organización gradual del proletariado en clase, una organización de la sociedad inventada por ellos. La futura historia del mundo se reduce para ellos a la propaganda y ejecución práctica de sus planes iniciales” (Marx y Engels, 2012, p. 82).

es la conclusión del capítulo destinado a la literatura socialista y comunista de *El Manifiesto Comunista* (2012, pp. 84-85), donde afirman que si bien estos autores eran revolucionarios en muchos aspectos, sin embargo “las sectas formadas por sus discípulos son siempre reaccionarias, pues se aferran a las viejas concepciones de sus maestros, a pesar del ulterior desarrollo histórico del proletariado. Buscan, pues, y en eso son consecuentes, embotar la lucha de clases y conciliar los antagonismos”, y es por este motivo que “poco a poco van cayendo en la categoría de los socialistas reaccionarios o conservadores”.

Desde el comienzo, para el materialismo histórico, la apreciación del fenómeno utópico estuvo siempre supeditada al análisis general del proceso histórico. Esta misma lógica se encuentra en la tesis sobre el carácter anacrónico de la utopía, desarrollada por Herbert Marcuse en *El final de la utopía*, donde sostiene que “el concepto de utopía es un concepto histórico [y que] se refiere a los proyectos de transformación social que se consideran imposibles” [1967] (Marcuse, 1986, p. 8). En 1967 la revolución comunista se contaba entre estos proyectos de transformación social otrora “utópicos” pero entonces posibles. La interpretación de Max Horkheimer también es de tipo histórico, prestando especial atención al desarrollo filosófico e intelectual de la Modernidad. En *Los comienzos de la filosofía burguesa de la Historia* [1930] sostiene que “Hobbes, al igual que Spinoza o que la Ilustración, constituye una clara expresión de la confianza en la forma de organización de la sociedad burguesa. Esta sociedad y su despliegue constituyen la meta de la historia; sus leyes fundamentales son leyes naturales eternas, cuyo cumplimiento representa no sólo el supremo mandamiento moral, sino también la garantía para la felicidad terrena. Las grandes *Utopías* del Renacimiento, en cambio, son expresión de las clases sociales desesperadas, a cuya costa se hizo la transición entre dos formas económicas” (Horkheimer, 1995, p. 83-84). Si bien no explicita una *definición* de la utopía, sí provee una *explicación* de la misma, en tanto que expresión intelectual de las clases sociales que sufren la transición del feudalismo al capitalismo y, al mismo tiempo, circunscribe su estudio a las tres utopías “clásicas”: La *Utopía* [1516] de Tomás Moro, *La Ciudad del Sol* [1623][2] de Tomasso Campanella y la *Nueva Atlántida* [1626] de Francis Bacon; y si bien dedica un espacio al caso de Thomas Müntzer, no lo rotula como utopía.

Distintos exponentes de la tradición marxista —principalmente Friedrich Engels, Karl Kautsky, Ernst Bloch y Max Horkheimer, cada cual a su modo— hicieron hincapié en la continuidad entre, ya no solamente el socialismo utópico, sino también la tradición utópica en sentido amplio, y el comunismo moderno. Veían en el pensamiento utópico como el de Tomás Moro un precedente, a la vez que un anuncio, del pensamiento científico propio del materialismo histórico, y en los movimientos campesinos como el de Thomas Müntzer, los

2 Fue escrita en 1602 y publicada veintiún años después.

rudimentos de la lucha de clases moderna y una señal de la revolución venidera, como así también de su antiguo arraigo en el corazón de las masas empobrecidas. Al problema de la polisemia se le suma entonces otro relacionado con la temporalidad histórica y las nociones de anticipación y necesidad. Kautsky (2002, p. 6) comienza su obra sobre Thomas More planteando el problema en los siguientes términos: “Es a veces debatido si el honor de haber inaugurado la historia del socialismo debe recaer sobre Moro o Müntzer, los cuales siguieron la larga línea de socialistas, desde Licurgo y Pitágoras hasta Platón, los Graco, Catilina, Cristo, sus apóstoles y discípulos”[3]. La mayoría de las interpretaciones tienden a identificar dos grandes líneas de desarrollo del socialismo en relación con la tradición utópica. Las mismas remiten a una figuras fundacionales, que condensan la dualidad de orientaciones que caracterizó a las distintas expresiones del utopismo y del socialismo hasta por lo menos mediados del siglo XIX: Thomas More y Thomas Müntzer. Según Kautsky (2002, p. 6):

> Dos grandes figuras se ciernen en el umbral del socialismo: Thomas More y Thomas Münzer, dos hombres cuya fama resonó a través de Europa a lo largo de sus vidas: uno, un estadista y letrado que alcanzó la posición más alta en su tierra natal y cuyos trabajos despertaron la admiración de sus contemporáneos; el otro un agitador y organizador, ante cuyas multitudes rápidamente reunidas de proletarios y campesinos temblaron los príncipes alemanes. Fundamentalmente diferentes el uno del otro respecto a punto de vista, método y temperamento, ambos eran iguales en cuanto a su objeto –el comunismo–, igual en atrevimiento y fidelidad a la convicción, y parecidos al final que los alcanzó, ambos murieron en la horca.

Ambos personajes se encontrarían de este modo en el punto de partida de dos grandes genealogías que podemos sintetizar del siguiente modo: la primera, caracterizada por su orientación ante todo teórica, estaría organizada en torno de un eje que va desde Thomas More hasta Charles Fourier, pasando eventualmente por Restif de la Bretonne, es decir, desde la primera utopía literaria hasta la experiencia del socialismo utópico; y la segunda, con un carácter más práctico que teórico, conectaría las luchas políticas del comienzo de la Edad Moderna con las de la Revolución Francesa, en las figuras de Thomas Müntzer y Gracchus Babeuf, respectivamente, y con una proyección que puede extenderse hasta Louis Auguste Blanqui. Esta propuesta puede ser criticada y reformulada infinitamente. Por ejemplo, se podría cuestionar el nexo entre More y Fourier por cuanto, si bien ambos comparten una actitud racionalista y planificadora, el segundo estaba realmente convencido de llevar su proyecto a la práctica; del mismo modo, se podría impugnar la

3 Traducción propia de la edición inglesa de Kautsky K. (2002).

inserción de Babeuf en la misma línea que Müntzer a causa del carácter laico de su movimiento; también se podrían proponer nuevas filiaciones y extender las genealogías hasta abarcar toda forma de crítica o rebelión contra el *statu quo*, o restringirlas poniendo el foco en lo específico de cada caso. Sin embargo, más allá de las múltiples posibilidades, lo importante para nuestro propósito es constatar la existencia de dos orientaciones básicas en la historia de la relación entre utopía y socialismo: aquella que se caracteriza por una actitud racionalista, en el sentido de que parte de una crítica más o menos estructurada de la sociedad vigente para diseñar teóricamente una forma superior; y aquella que desplaza el acento hacia la lucha política directa y que, por lo tanto, se encuentra más próxima de lo que autores como Alexandru Ciorănescu han definido como *utopismo* que de la utopía literaria en sentido estricto.

Todo esto extiende, de manera considerable y problemática, los horizontes del término *utopía*, y nos introduce de lleno en el siglo XX y en lo que terminó por constituirse en el principal problema teórico-metodológico que enfrentan los estudios sobre la utopía: la definición del concepto y la delimitación del objeto. En efecto, cada vez más estudiosos comienzan a referirse con el término utopía a una serie de fenómenos diversos, emparentados ahora a causa de que el interés se desplaza al plano de la mentalidad, la conciencia, la actitud, etc., con lo que el concepto, cuyo carácter monogenético parecía en un principio facilitar su aprehensión, se torna crecientemente diverso y difuso. *Utopía e ideología* [1929] de Karl Mannheim es una obra clave para comprender este proceso, ya que establece una de las principales líneas de interpretación, al colocar la utopía como un término de la contradicción con otro concepto igual de problemático: el de ideología. Para el sociólogo húngaro ambos constituyen “formas míticas estereotipadas” en las que se expresan diferentes tendencias históricas:

> El grupo dominante, adoptando poco a poco posturas racionalistas, transforma los equivalentes simbólicos, en un principio comunes a todos, en instrumentos que pueden ser utilizados conscientemente en apoyo de su autoridad; es decir, los recubren con el color protector de la ideología; y por su parte, las masas, partiendo muy a menudo de la misma materia prima, forman una utopía que infringe el *statu quo* (AAVV, 1992, p. 114).

Y de manera más general:

> […] el término «utópico», se puede utilizar para todos aquellos procesos mentales que no reciben sus impulsos directamente de la realidad social, sino que los perciben de imágenes, manifestadas en símbolos, fantasías, sueños, ideas y similares, que en el sentido más amplio de la palabra *no-existen.* Desde el punto de vista sociológico, tales construcciones intelectuales pueden adoptar principalmente dos formas: son «ideológicas» si sirven a la

> intención de glorificar o estabilizar la realidad social existente; son «utópicas» cuando sugieren una actividad colectiva que intente cambiar de tal forma la realidad, que ésta concuerda con sus objetivos trascendentes a la realidad (AAVV, 1992, p. 112).

Otros estudios sobre la utopía que contribuyeron a la ampliación temática y semántica del término son los del filósofo marxista Ernst Bloch, que a lo largo de su obra, comenzando por *El espíritu de la utopía* [1918], interpretó la utopía también como una forma de la mentalidad, aunque desde una perspectiva diferente a la de Mannheim. La definió como una *función* que caracteriza a los fenómenos culturales en los que opera el *principio esperanza*, entendido éste como fundamento del Ser. En palabras de Bronislaw Baczko (1999, p. 76):

> La utopía, concebida de este modo, sería una suerte de constante cultural que se manifiesta en las obras de arte, los movimientos sociales, las aspiraciones religiosas, el saber crítico, etc., en todo lugar en donde la imaginación a través de *formas-esbozos* hace resaltar del presente, siempre provisorio e inestable, lo que contiene de futuro. El interrogante sobre la utopía se confunde así con una hermenéutica general de la cultura […].

Como consecuencia de este desplazamiento, del que se acaba de considerar a Mannheim y Bloch como dos de sus principales exponentes, coexisten dentro de un mismo concepto personas, obras literarias, movimientos políticos y sociales, mentalidades y actitudes por demás diversos. Esta rarefacción del universo de *lo utópico* nos aleja cada vez más de una *definición*, incluso en su sentido más pragmático, es decir, de criterios inclusivos y exclusivos que permitan diferenciar lo que es utopía de aquello que no lo es. En este punto es conveniente referirnos a *La utopía y las utopías* [1950] de Raymond Ruyer, quien considera lo utópico como "experimentación mental de posibilidades" (AAVV, 1992, p. 157), por lo que "está muy cerca de la metodología común del descubrimiento científico: como método hipotético-deductivo y experimento intelectual" (1992, p. 161). Si bien el filósofo francés entiende que esta modalidad del pensamiento constituye la esencia de lo utópico, también sostiene que "sería extender demasiado la definición de la utopía si tan sólo se determinara por la utilización del método utópico, o como juego con las «posibilidades alternativas». Esto definiría en general la inteligencia e incluso el conocimiento" (1992, p. 180). Y a continuación, y esto es lo más sustancial de su teorización, afirma que:

> A partir del método utópico, del experimentar utópico, se alcanza la verdadera utopía cuando este experimentar con posibilidades abre las puertas a un mundo nuevo. Este mundo, aunque sea pequeño, ha de ser completo. En las utopías, las islas han desempeñado un papel muy importante, lo mismo que los planetas, y esto porque se trata de mundos aislados. […] la

> utopía alude siempre a una estructura total del mundo, al menos a la totalidad de un mundo social y humano (1992, p. 180).

Alexandru Ciorănescu en su *L'Avenir du passé. Utopie et littérature* [1972], profundiza esta línea de abordaje del fenómeno utópico al diferenciar la *utopía,* entendida como un género literario específico; del *utopismo,* que remite a las diversas formas en que se puede manifestar *lo utópico,* y que es aún más abarcativo que el método o el modo utópico al que se refiere Ruyer. Por su parte, Raymond Trousson rescata y pone en diálogo, en su *Historia de la literatura utópica* [1975], los aportes de Ruyer y Ciorănescu:

> No cabe duda de que el estudio del *utopismo*, es decir, de cierta mentalidad especulativa, es en sí mismo necesario y apasionante. Pero el utopismo no se confunde con la utopía más íntimamente que lo trágico con la tragedia, lo cómico con la comedia, lo novelesco con la novela: cierto es que engloba el género, pero también lo sobrepasa. Tal vez permita esa distinción evitar confusiones entre una actitud mental o ideológica y lo que en definitiva debe considerarse una rama del género novelesco, o, en cualquier caso, un fenómeno literario cuya historia podemos trazar (Trousson, 1995, p. 28).

Sobre esta base esboza una definición propia de la utopía, prestando especial atención, dado que su estudio es una historia de la literatura utópica, a su delimitación respecto de otros géneros literarios:

> […] proponemos que se hable de utopía cuando, en el marco de un relato (lo que excluye los tratados políticos), figure descrita una comunidad (lo que excluye la robinsonada), organizada según ciertos principios políticos, económicos, morales, que restituyan la complejidad de la vida social (lo que excluye la edad de oro y la arcadia), ya se presente como ideal que realizar (utopía constructiva) o como previsión de un infierno (la antiutopía moderna) y se sitúe en un espacio real o imaginario o también en el tiempo o aparezca, por último, descrita al final de un viaje imaginario, verosímil o no (1995, p. 28).

Alcanzado este punto, se expondrán brevemente los enfoques de dos autores cuyas obras constituyen estudios históricos sobre la utopía literaria, aunque no aportan definiciones precisas sobre la misma. Jean Servier comienza *La Utopía* [1979] (1982) planteando, acertadamente, el problema de la falta de rigurosidad en el uso del término utopía, y criticando las diversas interpretaciones del fenómeno que tienden a extenderlo en exceso. Sin embargo, el autor no nos hace explícita la definición por él utilizada y termina desarrollando lo que considera las principales características de las utopías, concentrándose especialmente en la simbología de las mismas, por lo que sus principales tesis se nutren

más de la teoría psicoanalítica freudiana que de la crítica literaria o el análisis histórico. En función de esto, Servier entiende la utopía como un milenarismo secularizado, lo que excede su voluntad inicial de circunscribirla a un género literario.

Lewis Mumford, *en Historia de las utopías* [1922], aunque con una valoración prácticamente opuesta de la utopía, había procedido de manera similar, en la medida en que da por entendido el contenido del término utopía y no se detiene en su definición. Su estudio se limita a analizar las utopías literarias generalmente reconocidas como tales, de manera diacrónica, en una genealogía que va desde Platón hasta Herbert George Wells. Mumford atribuye dos virtudes a las utopías: su carácter premonitorio y su concepción de la sociedad como totalidad holística. Introduce, a su vez, un concepto novedoso, el de "utopías parciales", con el que se refiere a aquellos casos en que, por la especificidad del momento histórico, los *no-lugares* imaginados no logran trascender su presente en términos de un proyecto social. Y clasifica las utopías en dos categorías, según se perfilen como un escape de la realidad (utopías de evasión) o como una voluntad de transformación (utopías de reconstrucción). De su estudio de las utopías deriva dos conclusiones: la primera es la idea de que "cualquier comunidad posee, además de sus instituciones vigentes, toda una reserva de potencialidades, en parte enraizadas en su pasado, vivas todavía aunque ocultas, y en parte brotando de nuevos cruces y mutaciones que abren el camino a futuros desarrollos". La segunda es la idea de totalidad y equilibrio, "atributos esenciales de todos los organismos" y que el autor considera necesario recuperar para "contrarrestar las obsesiones de nuestra desequilibrada civilización", lo que introduce una voluntad de encontrar en la tradición utópica respuestas a problemas contemporáneos (2013, p. 16).

Finalmente, el concepto de utopía delimitado para esta investigación se circunscribe al universo de la utopía literaria y se nutre principalmente de los aportes de Raymond Ruyer (1992) y Raymond Trousson (1995). El concepto de utopía es entendido, en primer lugar, como una forma del pensamiento relacionada con el método científico y el experimento intelectual, siempre y cuando cumpla con el siguiente requisito:

> A partir del método utópico, del experimentar utópico, se alcanza la verdadera utopía cuando este experimentar con posibilidades abre las puertas a un mundo nuevo. Este mundo, aunque sea pequeño, ha de ser completo. En las utopías, las islas han desempeñado un papel muy importante, lo mismo que los planetas, y esto porque se trata de mundos aislados. […] la utopía alude siempre a una estructura total del mundo, al menos a la totalidad de un mundo social y humano (Ruyer, 1992, p. 180).

En segundo lugar, y siguiendo a Trousson, se circunscribe el concepto a un género literario, es decir a representaciones sobre una totalidad social alterantiva en funcionamiento

que adopten una forma narrativa. Para Trousson esta distinción permitiría "evitar confusiones entre una actitud mental o ideológica y lo que en definitiva debe considerarse una rama del género novelesco, o, en cualquier caso, un fenómeno literario cuya historia podemos trazar (Trousson, 1995, p. 28). También consideraremos la definición del género utópico que este mismo autor propone, ya que de lo que se trata ahora es de definir el alcance de la utopía en tanto que género literario, lo que, en gran medida, sólo puede lograrse estableciendo sus límites respecto de sus géneros más cercanos:

> […] proponemos que se hable de utopía cuando, en el marco de un relato (lo que excluye los tratados políticos), figure descrita una comunidad (lo que excluye la robinsonada), organizada según ciertos principios políticos, económicos, morales, que restituyan la complejidad de la vida social (lo que excluye la edad de oro y la arcadia), ya se presente como ideal que realizar (utopía constructiva) o como previsión de un infierno (la antiutopía moderna) y se sitúe en un espacio real o imaginario o también en el tiempo o aparezca, por último, descrita al final de un viaje imaginario, verosímil o no (1995, p. 54).

1.2.2. Debates sobre Restif de la Bretonne y su obra

Nos detendremos en algunos problemas que se derivan de las principales caracterizaciones sobre De la Bretonne y que servirán para el planteo de las hipótesis. Uno de los aspectos a los que mayor atención se ha prestado es al carácter "libertino" del autor, lo que atañe tanto al contenido de su obra como a su vida personal. Se derivan de esto dos cuestiones de gran importancia. En primer lugar, la naturaleza misma del término "libertino" es reveladora de las resistencias despertadas por las transformaciones ideológicas producidas durante la Ilustración, ya que era empleado para aludir tanto a un libre pensador como a una persona de moral reprochable. Significativamente, algo similar ocurre con el otro término utilizado para definir la obra de Restif de la Bretonne, en particular, y a la literatura de la Ilustración, en general. Se trata del adjetivo "filosófica", título bajo el que se incluían obras de diversa índole. Al respecto, Roger Chartier dice que:

> […] las obras que las relaciones comerciales y los catálogos secretos califican de "filosóficas" son portadoras de una mercancía heterogénea. La constituyen tres repertorios: por un lado, los textos estrictamente filosóficos —en el sentido que damos a este término— que hacen la crítica de la moral y la política, las creencias y las autoridades; por el otro, la literatura pornográfica, compuesta de sus clásicos pero también de nuevas obras; por último, todo un conjunto de sátiras, libelos y crónicas escandalosas cuyos relatos sensacionalistas denuncian la arbitrariedad y la corrupción de los poderosos (Chartier, 1995, p. 85).

En la homologación de pornografía, filosofía y crítica social no sólo se expresa la

resistencia del bloque intelectual del Antiguo Régimen al movimiento de la Ilustración (o al menos a sus elementos más radicales), sino también de cierta propensión a la confluencia entre elementos ideológicos a la vez marginales y disruptivos con respecto a la ideología dominante.

En segundo lugar, se plantea la cuestión del estrecho vínculo entre vida y obra en De la Bretonne. El mismo se explica en gran medida por el hecho de que el propio autor convirtió su experiencia personal en la fuente de muchas de sus ficciones; sin embargo, no puede obviarse que la influencia funciona también en sentido inverso y, por lo tanto, esa realidad —"la vida del autor"— es también objeto de intervención literaria: no nos llega de manera directa y transparente, sino que muchas veces el autor recrea lo que *debería* o lo que *pudo* haber sido. Actitud que, por otro lado, puede ser pensada como una proyección del modo utópico del pensamiento al plano de la autobiografía[4].

Una precaución semejante es necesaria para tratar otro de los aspectos más resaltados por los biógrafos y críticos de De la Bretonne: el que caracteriza su obra como un reflejo de la sociedad francesa de finales del siglo XVIII, especialmente en lo que respecta a sus sectores populares tanto rurales como urbanos, aunque no exclusivamente, ya que el autor introduce asimismo en el género novelístico a los distintos estratos de la burguesía —también del campo y de las ciudades—, hasta entonces excluidos de un género hegemonizado por los estamentos dominantes del Antiguo Régimen. Esta cualidad de reflejo le ha sido atribuida no sólo por los historiadores y críticos literarios sino también por sus contemporáneos. Al respecto, es ilustrativa la caracterización que del autor hicieron sus contemporáneos alemanes, vinculados al movimiento *Sturm und Drang*[5], entre quienes gozó de cierta difusión, siendo leído incluso con más interés que en su país de origen. En una carta enviada a Johann Wolfgang von Goethe, Friedrich Schiller se refiere a De la Bretonne en los siguientes términos:

> ¿Ha leído usted por casualidad esa obra singular de Restif, *Le coeur humain dévoilé*? Jamás he hallado una naturaleza tan violentamente sensual. Es imposible no interesarse en todos los personajes —las mujeres, sobre todo— que desfilan ante nuestros ojos, y en los numerosos cuadros característicos que pintan tan vivamente las costumbres y los hábitos de los franceses de la clase popular. Tal libro es de un valor inestimable (De la Bretonne, 1969,

4 El propio De la Bretonne dice que cuando en 1767 se abocó a la tarea de contar su propia vida se encontró con dos dificultades: "la primera consiste en que querría extraer todo de mi imaginación; crear todo, porque me veo obligado a abandonar mi primer intento: escribir mi propia historia. La segunda, que queriendo inventar todo, me encuentro sin base, sin apoyo y, sobre todo, me faltan las palabras. Nada me excita, nada me emociona" (De la Bretonne, 1969, pp. 214-215).

5 *Sturm und Drang* ("tormenta e ímpetu") fue un movimiento artístico, principalmente literario, alemán, de la segunda mitad del siglo XVIII, y que se le considera precursor del Romanticismo del siglo posterior, en tanto exaltaba la subjetividad y el componente emocional de la condición humana.

p. 218)[6].

A su vez, Alexander von Humboldt dijo, también a Goethe, que “sea lo que fuere lo que se piense acerca de la veracidad o de la inverosimilitud de este libro [*Monsieur Nicolas*], quien no lo haya leído juzgará siempre el carácter francés de un modo defectuoso o erróneo” (1969, p. 218)[7]. El interés que despertó De la Bretonne entre los intelectuales alemanes tiene que ver, ante todo, con un aspecto que lo ubica en los límites de la Ilustración: la exaltación de las pasiones. No es casual que la obra en cuestión sea “El señor Nicolás, o El corazón humano presentado”, con su “naturaleza tan violentamente sensual”, y no, por ejemplo, sus tratados de reforma social con su profana moral utilitaria. En estrecha relación con esto, lo que resaltan es el valor de la obra en tanto reflejo de la cultura del pueblo francés, entendida en los términos de su carácter, sus hábitos y sus costumbres, o, empleando un termino acuñado por Johann Gottfried Herder y posteriormente desarrollado por el nacionalismo romántico alemán, su *Volksgeist* o “espíritu del pueblo”.

La predisposición de la obra de De la Bretonne para reflejar su contexto social también fue puesta de relieve por sus coterráneos del siglo siguiente. Tal es el caso de Stendhal, quien consideraba que las memorias de Restif De la Bretonne reflejaban las costumbres de su siglo (1969, p. 218); o de Charles Baudelaire, que admiraba a De la Bretonne y de quien también nuestro autor es considerado un antecesor, debido a su perfil de escritor bohemio. De la Bretonne fue considerado en este terreno igualmente un predecesor del realismo literario del siglo siguiente, una corriente estética surgida principalmente en Francia luego de la Revolución de 1848, sus obras se valían de escenas de la vida cotidiana que testimoniaban la sociedad de su época, y sus pioneros fueron Honoré Balzac y Stendhal. En 1888 Maurice Talmeyr se refirió a De la Bretonne como “un hombre de genio que debe ubicarse entre Diderot y Balzac. Más cerca de Balzac que de Diderot” (1969, p. 220), lo que vuelve a poner en el centro de la discusión las tensiones que atraviesan la obra de nuestro autor, ubicado en la bisagra entre dos siglos, entre dos épocas históricas. La tendencia a emparentar a De la Bretonne con otros autores considerados reflejo de su sociedad se acentúa hasta hacer un paralelismo con el naturalismo[8] de Emile Zola. Afirma Ferdinand de Brunetiere que “el autor de *L'Assommoir* es aún tímido frente a Restif. El pintor del siglo XVIII supera a su rival en sus escrúpulos naturalistas. Zola está todavía muy lejos de su modelo […] Restif, bajo el manto gris con que se envuelve, era

6 Citado originalmente de: Schiller a Goethe. Jena, 2 de enero de 1798.

7 Citado originalmente de: Humboldt a Goethe, 18 de marzo de 1799.

8 Corriente estética derivada del realismo, desarrollada hacia fines del siglo XIX, que ponía el acento en la representación literaria de la realidad con rigurosidad científica, y cuyo máximo exponente fue Emile Zola.

realmente el aventurero del naturalismo" (1969, pp. 219-220)[9]. Pero probablemente quien mejor represente esta propensión, ya en el siglo XX, sea Rene Duman:

> Honra a nuestra lengua, a nuestra historia literaria y al tesoro de nuestro pasado, del que fue uno de los pintores más certeros. ¿Por qué se olvida a Restif en los manuales de literatura? Es muy sencillo: en primer lugar porque Restif fue un hombre humilde y lo fue durante toda su vida. Esto, unido a su condición de proletario, hará que nunca figure en los textos de G. Lamson[10], al menos como debería figurar: como el Balzac del siglo XVIII (1969, p. 222)[11].

Surgen dos problemas, en parte superpuestos, que se encuentran prácticamente en todos estos planteos, y cuya naturaleza remite a nuestras hipótesis que definen a De la Bretonne como como un intelectual orgánico en el contexto de la revolución burguesa y como un utopista de transición (ver *infra*). El primero de ellos atañe a la cuestión de la extracción social del autor y la de su adscripción a una determinada clase social. Los distintos autores caracterizan a De la Bretonne como perteneciente a distintos medios (rural y urbano), clases (campesinado, proletariado y burguesía), y categorías sociales (clase media, profesional). A continuación revisamos algunos ejemplos significativos.

Uribe A. (2006) presenta a De la Bretonne como "hijo de labradores pobres", lo que no es acertado ya que, si bien era efectivamente de origen campesino, se trataba de una familia de propietarios campesinos, es decir, dueños de las tierras que trabajaban y con capacidad suficiente como para haber destinado al menos tres de sus hijos al sacerdocio y al estudio de un oficio, incluso en otras ciudades, a lo que se suma la existencia de jornaleros, pastores y criadas en la granja La Bretonne. Darnton, por su parte, destaca el origen campesino del autor como una característica que lo diferencia del resto de la "República de las Letras", ya que este mundo permaneció cerrado para los campesinos: "Desde luego, d'Hémery[12] no buscó escritores en el campo, ni encontró ningún elemento campesino en los antecedentes de los escritores que habían emigrado de las provincias a París. A pesar de Restif de la Bretonne, la Francia literaria parecía haber sido básicamente

---

9 Citado originalmente de: Brunetiere. *Le Roman expçerimental* (*Revue des Deux Mondes*, febrero de 1880).

10 G. Lamson, en su *Historie de la littérature française* de 1946, afirmó que "con excepción de *Monsieur Nicolas,* puede decirse que Restif no pertenece a la literatura" (De la Bretonne, 1969, p. 220).

11 Citado originalmente de: René Duman. *Journal du peuple,* 1923.

12 "Nuestro policía, Joseph d'Hémery, era un inspector del comercio de libros; y también vigilaba a quienes los escribían. Investigó a tantos individuos que su archivo constituye un censo virtual de la población literaria de París, desde los más famosos *philosophes* hasta los más oscuros escritorcillos. Este archivo nos permite trazar un perfil del intelectual en el apogeo de la Ilustración, exactamente cuando empezaba a surgir como tipo social" (Darnton, 1987, p. 148). Esta fuente también es utilizada por Chartier, R. (1995).

citadina” (Darnton, 1987, p. 158).

De la Bretonne fue también caracterizado como un novelista propio de la vida urbana. En efecto, E. L. Revol afirma que “Restif ya tiene el instinto de la ciudad y es el primer novelista que lo esgrime” (De la Bretonne, 1969, p. 9). En esta misma línea se ubican quienes lo presentan como un antecesor de Balzac o de Baudelaire. Claro está que origen campesino e instinto de ciudad no son características necesariamente excluyentes y, de hecho, De la Bretonne poseía ambas, siendo desde un punto de vista tanto sociológico como literario —es decir, ideológico—, producto de ese proceso migratorio:

> Nacido en el seno de una familia de propietarios campesinos […], la emigración [a la ciudad] fue sentida por él como una promoción y como una caída. Promoción, porque le permitió codearse con los grandes hombres de la literatura y convertirse en autor. Caída, porque el campesino rico se había convertido en un ciudadano pobre, perteneciente a un proletariado literario que se había inflado en vísperas de la Revolución (Larousse, 2002, p. 1027).

Entramos directamente entonces en la problemática de la clase social en la que debe incluirse al autor. La siguiente afirmación de E. L. Revol es ilustrativa de la ambigüedad reinante en torno del tema:

> [Además del temperamento] aquí, también hay que tomar en consideración el *status* social del escritor. En efecto, Restif, aunque en algún momento se pretendería descendiente de reyes, llegó a lo sumo a pertenecer a la pequeña burguesía. Puede discutirse mucho sobre el punto pero sociológicamente parece inexacto clasificarle, como quiere Félicien Marceau, en el proletariado; pero el hecho es que, hijo de campesinos, era *casi* proletario; y más importante aún: el estilo de Restif, este pretendido descendiente de reyes, es casi siempre de una irremediable plebeyez, si se conviene en que el espíritu de aristocracia es, antes que nada, selectivo (De la Bretonne, 1969, p. 10).

En las páginas siguientes se refiere al autor con una categoría cercana a la de “casi proletario”, la de “pequeñísimo burgués”, y lo compara con el británico Daniel Defoe, considerándolos exponentes de una “incipiente clase media” y escritores “de oficio”, es decir, que hacían de la escritura su actividad primaria y su principal fuente de ingresos. Los mismos motivos sirven para defender la caracterización de Restif de la Bretonne como proletario en la siguiente afirmación: “Al igual que muchos otros representantes del proletariado literario de la época, la escritura aparece para Restif como un goce y una necesidad económica. La necesidad íntima y las condiciones externas lo empujan a escribir rápidamente y mucho, según el modelo del periodismo” (Larousse, 2002, p. 1027). Y en el siguiente caso sirven nuevamente para retirarlo del proletariado aunque ya no se lo

reemplaza por una clase sino por la categoría profesional de “oficial”, considerada como excluyente con la de “obrero”, y vinculada a la de escritor y filósofo: “En cuanto a él, ya no era el pobre obrero tipógrafo de otras veces; se había convertido en oficial de esta profesión, que unía de modo particular a la de escritor y filósofo” (De Nerval, 2006, pp. 74-75).

En síntesis, De la Bretonne pertenecía al estamento conocido como tercer estado, compuesto por todas las clases no incluidas en el primero y el segundo —el clero y nobleza, respectivamente— y que abarcaba desde el campesinado hasta la alta burguesía. Era un grupo por demás heterogéneo cuya cohesión interna, en la medida en que existiera, se definía en términos negativos, es decir, por la ausencia de la dignidad y los privilegios de que gozaban los estamentos dominantes, aun cuando se tratase de clases o sectores más fuertes desde un punto de vista económico, como se desprende de comparar la situación de, por ejemplo, la gran burguesía con la pequeña y mediana nobleza. La vida de Restif de la Bretonne estuvo marcada igualmente por la movilidad, no sólo geográfica (migración del campo a la ciudad) sino también social y profesional —siempre dentro del tercer estado—: habiendo nacido en el seno de una familia de propietarios campesinos, aprendió un oficio profesional, el de impresor, que desarrolló primero en relación de dependencia, oscilando entre el salario y la protección y, luego, de manera independiente pero limitándose en gran medida a imprimir sus propios libros, por lo que no hizo de la impresión una actividad orientada a la plena explotación comercial sino, ante todo, una forma de reducir los costos de producción de sus propios libros, lo que agrega a su trabajo una dimensión a la vez artesanal. De hecho, comenzó a trabajar como tipógrafo en 1755, publicó su primera obra en 1767 y adquirió su primera prensa en 1790. Esto quiere decir que entre 1755 y 1767 trabajó casi exclusivamente como impresor en relación de dependencia; que entre 1767 y 1790 combinó esta actividad con la de escritor y que, a partir de 1790 continuó escribiendo, pero valiéndose de una pequeña imprenta instalada en su departamento. A esto hay que sumar las desavenencias producto de la revolución que obligan al autor a trabajar de traductor para el Ministerio de Policía o, directamente, a vivir de la ayuda del Estado o de sus amistades, muriendo finalmente en la pobreza. Esta movilidad es, en gran medida, la que convirtió al autor en un nexo entre diversos sectores de la sociedad francesa o, en otras palabras: un campesino promedio no conocía los salones, un filósofo promedio no conocía —de primera mano, al menos— las faenas rurales, De la Bretonne, por su parte, conocía ambas.

Por ello, entendemos que el autor debe ser considerado como parte del tercer estado y, principalmente, de la pequeña burguesía, aun cuando haya etapas de su vida que estuvieron dominadas por el ejercicio de la profesión de tipógrafo o incluso la marginalidad, su origen, su formación, su trabajo y su *status* cultural lo inscriben más en esta fracción de clase que en el naciente proletariado, cuyo destino colectivo no será precisamente el de la

República de las Letras sino el de las minas de carbón. Sin embargo como tendremos oportunidad de discutir en los próximos capítulos —de manera especial en el cuarto—, el problema no radica en establecer con exactitud, desde un determinismo sociológico un tanto abusivo, a qué clase social pertenece el autor para derivar de ello conclusiones inmediatas sobre su práctica ideológica o su adscripción política; tampoco en asignar al autor una situación de clase que se presume no sólo coherente sino también necesaria con respecto al contenido de su producción literaria. Lo fundamental no es entonces la determinación sociológica de la pertenencia de clase del autor, sino el problema de a la hegemonía de qué clase es funcional su praxis ideológica. Desde este punto de vista, el de la relación entre ideología y hegemonía, lo primordial no es lo que en sí mismo esté diciendo el autor, o en otras palabras, determinar si es ontológicamente proletario o burgués; de lo que se trata, en cambio, es de explicar lo que un discurso, un producto ideológico —una obra literaria en este caso— significa, o mejor dicho, lo que *puede* significar, dentro de una formación ideológica específica. La significación, entonces, no es inmanente a la obra ni surge unilateralmente del autor, entendido como individuo creador, por el contrario, se trata del resultado de un proceso dialéctico que articula su práctica creativa con sus condiciones históricas de producción, exteriores a su voluntad.

El otro problema que atraviesa las distintas caracterizaciones analizadas es el del carácter anticipador que tendría la obra de Restif de la Bretonne, "precursor y profeta del mundo moderno" (De la Bretonne, 1969, p. 7). La lista de anticipaciones incluye movimientos y figuras tan diversas como el socialismo utópico —Henri de Saint-Simon, Charles Fourier y Étienne Cabet—, el romanticismo y el nacionalismo (Burriguini, 2004: 41) e incluso el anticolonialismo (De la Bretonne, 1962, p. 14) o, como ya se ha visto, la novela realista de siglo XIX, la novela naturalista y el "instinto de ciudad" —Balzac, Zola y Baudelaire, respectivamente—. La siguiente afirmación del estudioso del socialismo André Lichtemberger es sugerente al respecto:

> Entre quienes removieron las ideas de la segunda mitad del siglo XVIII no existe figura tan singular como la de Restif de la Bretonne. Erróneamente se lo ha considerado un autor de la decadencia. Es, en realidad, un primitivo: es un precursor de la novela moderna, documentada y realista; un precursor de las teorías cosmogónicas de comienzos del siglo XIX. En cierto sentido, un Darwin, un precursor de multitud de reformas sociales y políticas y, ante todo, un precursor de nuestros socialistas (De la Bretonne, 1969, p. 220)[13].

De las diversas interpretaciones de la obra de Restif de la Bretonne en clave de anticipación, la que más relevancia tiene en lo que respecta al objeto de la presente

13 Citado originalmente de: André Lichtemberger. *Le socialisme au XVIIIe. Siécle*, 1895

investigación es la que inscribe al autor en la genealogía del socialismo moderno, generalmente como un adelantado. En *Les Illuminés* ("Los Iluminados"), de 1852, Gerard de Nerval se refería a nuestro autor en estos términos:

> En política y en moral, Restif es simplemente comunista. Según él, la propiedad es la fuente de todo vicio, de todo crimen, de toda corrupción; sus planes son descritos en los libros titulados *El andrógrafo, El ginógrafo, El pornógrafo,* que prueban que los pensadores modernos no han inventado nada nuevo en estas materias. Por otra parte, estas ideas se pueden ver en acción en la mayor parte de sus novelas. El segundo volumen de *Los contemporáneos* contiene todo un sistema de cambio bancario práctico para los trabajadores y comerciantes, que, viviendo en la misma calle, establecen una comunidad al modo de los falansterios de Fourier (De Nerval, 2006, pp. 74-75).

Llama la atención que De la Bretonne haya sido "simplemente comunista" cuando ni él ni sus contemporáneos empleaban ese término. En la medida en que era crítico de la propiedad privada y abogaba por formas de vida de tipo comunitario, no lo hacía —ni podía hacerlo— desde el paradigma o teoría revolucionaria que posteriormente se conoció con el nombre de comunismo. Lo central en este sentido no es la crítica de la propiedad en abstracto, sino la forma histórica en que la misma es llevada a cabo, como así también el problema de las condiciones de producción, a saber: ¿es la propiedad privada que criticaba De la Bretonne la misma que criticaban Charles Fourier o Karl Marx? Evidentemente no y, en consecuencia, no puede sostenerse que sus obras prueben "que los pensadores modernos no han inventado nada nuevo en estas materias". En todo caso, la lectura debiera proceder en sentido inverso y preguntarse por la influencia o la interpretación posterior de estas ideas y no por su importancia intrínseca como anticipadoras del futuro.

En estas lecturas reaparece asimismo el problema anterior, el de la pertenencia o adscripción de clase del autor; con la particularidad de que, en este caso, se tiende a exagerar o a puntualizar los elementos proletarios como consecuencia de la proyección de la naturaleza supuestamente socialista de sus obras en su biografía. La siguiente afirmación de François Pringault es ilustrativa al respecto:

> Restif de la Bretonne es completamente desconocido como precursor de las doctrinas comunistas... es curioso que los socialistas franceses desconozcan a su antepasado, a ese prodigioso Restif... campesino y obrero que sufrió en carne propia las desgracias de sus semejantes y que durante toda su vida buscó desesperadamente los medios para dar un poco más de felicidad a la gente pobre (De la Bretonne, 1969, p. 221)[14]

14 François Pringault, *Restif de la Bretonne communiste* (Mercure de France, 1913).

La proliferación de interpretaciones divergentes y el hecho de que la mayoría planteen el problema en términos de anticipación, encuentra su explicación en las condiciones de producción de la obra de Restif de la Bretonne, que son las propias de un contexto de transición. En efecto, vivir y producir en una época de transición implica la articulación, necesariamente contradictoria, de pervivencias y continuidades, a la vez que rupturas y elementos que seguirán desarrollándose en el futuro y que, vistos de manera retrospectiva, pueden dar la imagen de cierta relación de continuidad directa y/o necesaria. Entendemos que las contradicciones y ambigüedades presentes, tanto en la obra de Restif de la Bretonne, como en la apreciación de la mayoría de sus comentaristas se derivan en gran medida de esta situación.

En este punto es preciso anticipar la hipótesis que define a De la Bretonne como un utopista de transición. La misma fue planteada por Trousson, siguiendo a M. Poster, y entiende que fue un "utopista de transición", que "se mantiene sin lugar a dudas […] dentro de la tradición de Moro, aun cuando en algunos aspectos anuncie a Fourier". Del primero conservaría el carácter moral de su utopismo, del segundo, anticiparía su afinidad por las clases pobres urbanas y rurales, el fundamento casi únicamente social de sus construcciones (Trousson, 1996, p. 211) y —agregamos— el pasaje de la utopía teórica a la utopía práctica, que en *El descubrimiento austral* asume la forma de un desplazamiento de la utopía estática a la utopía en acto, es decir, la incorporación a la trama del proceso vital (construcción, desarrollo y ocaso) de la misma. Cabe destacar que la hipótesis de Trousson es útil en la medida en que permite dar cuenta de estos desplazamientos en la literatura utópica y del lugar ocupado por De la Bretonne en tanto que agente de ese proceso. Sin embargo, así planteada, corre el riesgo de incurrir en los mismos errores que hemos criticado con anterioridad, introduciendo al autor en una línea de desarrollo que se presume necesaria. En este caso, la que conduciría forzosamente desde Thomas More (Inglaterra, siglo XVI) a Charles Fourier (Francia, siglo XIX) y en la que podríamos ubicar a De la Bretonne como "casi fourierista pero todavía morista". Por el contrario, las figuras de More y Fourier deben ser consideradas en tanto encarnan un conjunto significativo o representativo de pensamientos y actitudes frente a sus respectivas sociedades en el contexto más amplio de la transición del feudalismo al capitalismo y que son expresadas a través de un mismo género literario. En este sentido, también es importante enfatizar que las transformaciones aludidas se desarrollan a través de la práctica histórica de los sujetos, por lo que pensar a De la Bretonne como un utopista de transición no implica simplemente situarlo en un proceso —el tránsito de la sociedad de Antiguo Régimen a la moderna sociedad burguesa— cuya objetividad pareciera verificarse más allá de los agentes que lo encarnan, sino también considerarlo un agente activo del mismo. Al respecto es muy ilustrativa la siguiente caracterización:

> Cuando la disolución carcome a la sociedad, cuando el espíritu humano debe renovarse, cuando las viejas creencias deben morir, aparece un último hombre que resume y encarna en sí mismo esa necesidad de disolución. Ese último hombre del siglo XVIII fue Restif. No fueron ni Diderot ni Voltaire: fue Restif. Sí. Para el filósofo que examina a fondo el espectáculo del mundo, Restif, el pobre Restif, el Irus[15] de ese siglo, es también el rey de ese siglo porque representa al mismo tiempo el limite extremo y la perfección, *finis et terminus ultimus*[16] (De la Bretonne, 1969, p. 219)[17].

Esta interpretación, aun cuando resulta un tanto exagerada en la valoración del autor, tiene la virtud de poner en el centro de la escena el problema de Restif de la Bretonne como intelectual de transición, como un autor que encarna las principales contradicciones de su sociedad, ubicado y actuando en la bisagra entre dos épocas históricas. En este contexto debe ubicarse *El descubrimiento austral...*

1.3. Hipótesis

A partir de las problemáticas expuestas anteriormente estamos en condiciones de formalizar las siguientes hipótesis para el abordaje histórico de *El descubrimiento austral…:*

1. *El descubrimiento austral...,* en su calidad de producto ideológico, expresa las contradicciones fundamentales de la sociedad francesa pre-revolucionaria a la vez que constituye una forma de intervención política, es por ello una muestra viva de las disputas ideológicas de su contexto de producción.

2. *El descubrimiento austral…* constituye una utopía de transición. Esto significa que en su forma, contenido y estructura, asimila las principales transformaciones históricas y sociales de la transición del feudalismo al capitalismo, en un contexto en el que ambas lógicas coexistían en conflicto al interior de una misma formación social.

3. Restif de la Bretonne puede definirse como un intelectual orgánico (en sentido gramsciano) pequeño burgués en el contexto de la decadencia y crisis del bloque

---

15 Personaje de la mitología griega, que aparece en el canto XVIII de la *Odisea* de Homero y que, en su calidad de mendigo, se convirtió en objeto de expresiones proverbiales (“más pobre que Iro”) como sinónimo de pobreza.

16 Expresión del latín que puede traducirse como “el final de la parte final”.

17 Citado originalmente de: Pierre Leroux, *Lettres sur le Fourierisme* (*Revue Sociale,* 1850).

intelectual tradicional del Antiguo Régimen y la revolución burguesa en Francia.

La primera de estas hipótesis hace a la construcción de la fuente y se desarrolla a nivel teórico en el apartado siguiente (1.5. Ideología: marco teórico-metodológico) y a nivel histórico en el segundo capítulo (2. El contexto, el autor y su obra: la construcción de la fuente). La segunda y la tercera hipótesis hacen al abordaje e interpretación de la obra constituida previamente en fuente histórica y se trabajan en los capítulos siguientes (3. La Tierra Austral y la experiencia espacio-temporal; 4. Utopía, revolución y comunismo; y 5. Naturaleza, divinidad y tiempo), con respecto a diferentes grupos de problemas que se desarrollan en la novela.

1.4. Ideología: marco teórico-metodológico

Este apartado desarrolla los lineamientos teóricos y metodológicos que organizan nuestra investigación a partir del concepto marxista de *ideología.* En primer lugar, indagaremos en su origen histórico, ya que el mismo es significativo respecto de los sentidos que se fueron construyendo en torno al mismo y que lo vinculan directamente con las luchas políticas contemporáneas. En segundo lugar, profundizaremos en la orientación del término presente en la *Contribución a la crítica de la economía política,* a partir de los aportes de Antonio Gramsci en la materia, en busca de una definición general. Por último, y basándonos en autores como Mijaíl Bajtín, Valentín Volóshinov y la corriente materialista de análisis del discurso, nos detendremos en la operatividad del concepto, es decir, en la cuestión metodológica.

1.4.1. Los orígenes ideológicos de la ideología

Al igual que nuestra fuente, el concepto de ideología es hijo de las luchas políticas que confluyen en la Revolución Francesa. El mismo encuentra antecedentes en el materialismo mecanicista de Thomas Hobbes y Francis Bacon y, especialmente, en el empirismo de John Locke. Pero fueron los filósofos de la Ilustración francesa —sobre todo De Holbach, Condillac y Helvetius— quienes desarrollaron a nivel teórico los fundamentos del concepto finalmente acuñado como tal por Antoine Destutt de Tracy en 1796. Al respecto, Terry Eagleton afirma que:

> […] la aparición del concepto de ideología no es un mero capítulo en la historia de las ideas. Por el contrario, tiene una íntima relación con la lucha revolucionaria, y figura desde el principio como un arma teórica de la lucha de clases. Entra en escena inseparablemente unida a las prácticas materiales de los aparatos ideológicos de Estado, y es en sí misma, en

cuanto noción, un escenario de intereses ideológicos contrapuestos (Eagleton, 1997, p. 100).

Como arma teórica de la lucha de clases el concepto de ideología es la culminación de un proceso de confrontación ideológica: el de la crítica por parte de los intelectuales de la burguesía a las instituciones del antiguo régimen, basadas en la religión, la tradición y la autoridad. A un mundo que consideraban dominado por la superstición, los prejuicios y el oscurantismo oponían el ideal de una sociedad organizada sobre bases racionales. En contradicción con las distintas corrientes metafísicas, los críticos ilustrados afirmaban, desde una perspectiva materialista, que los pensamientos se derivan de la experiencia sensorial y que ésta lo hace de las condiciones materiales de los seres humanos. Disputaban de este modo el monopolio del conocimiento a la religión y se postulaban ellos mismos como los artífices teóricos de una sociedad racional basada en el conocimiento científico.

El término “ideología” fue acuñado por Destutt de Tracy para designar lo que se proyectaba como una “ciencia de las ideas” en 1796, momento en que el Directorio, pasado el Terror jacobino y la Reacción de Termidor, buscaba consolidar institucionalmente la Revolución. De origen noble, pero formado en las ideas de la Ilustración, luchó del lado de la burguesía revolucionaria y formuló un programa para el estudio científico de las ideas y para su aplicación práctica a la reforma social a través de la educación. En *Elementos de ideología* —publicada entre 1801 y 1815— De Tracy ubica la ideología dentro de la zoología, como la disciplina específica que permitiría comprender las facultades intelectuales del animal humano y deducir los principios generales que lo gobiernan, desde el nivel más simple de la sensación hasta el más complejo del pensamiento. Preso durante el Terror, la suerte de De Tracy cambió en 1796 con su incorporación a la Sección de Análisis de Sensaciones e Ideas de la División de Ciencias Morales y Políticas del recientemente fundado Instituto de Francia en reemplazo de las academias reales. Además, trabajó en la creación de un programa de educación para las Escuelas Centrales basado en la ciencia de las ideas, lo que da cuenta de la temprana vinculación de la ideología con lo que posteriormente Althusser llamó “aparatos ideológicos de estado” y de la necesaria combinación de teoría y práctica. Es posible identificar un elemento de utopismo en esta suerte de ingeniería social que, por un lado, sostiene el carácter determinado del pensamiento y, por otro, se considera a sí misma en posición de reorganizar la sociedad a partir de su conocimiento científico. En otras palabras, se afirma que las condiciones determinan las ideas pero que sólo a partir de la aprehensión de este proceso en el plano de las ideas es posible transformar racionalmente las condiciones para que se produzcan ideas y conductas diferentes.

Con el ascenso de Napoleón Bonaparte la suerte de De Tracy y los ideólogos volvió a cambiar y, junto con ellos, también la del concepto de ideología. Si bien en un principio

Napoleón y el Instituto tuvieron buenas relaciones, la orientación republicana del último empezó a entrar en conflicto con el creciente autoritarismo del régimen bonapartista. La tensión derivó en ruptura definitiva cuando Napoleón utilizó a los teóricos del Instituto como chivo expiatorio de los problemas del Imperio, a tal punto que los acusó del fracaso en el frente ruso. En 1812, en un discurso ante el Consejo de Estado más tarde publicado en el *Moniteur*, Napoleón sostuvo que:

> De los males que ha sufrido nuestra bella Francia debemos culpar a la ideología, esa metafísica oscura que sutilmente busca las causas primeras en las cuales basar la legislación de los pueblos, en vez de hacer uso de las leyes conocidas por el corazón humano y de las lecciones de la historia. Estos errores deben conducir inevitablemente, y de hecho condujeron, al mandato de hombres sedientos de sangre… Cuando se convoca a alguien a revitalizar un Estado, tal persona debe seguir exactamente los principios opuestos (Thompson, 1993, p. 35).

Se registran varios desplazamientos en la utilización que Napoleón hace del concepto. En primer lugar, hermana a los "ideólogos" —término cuya autoría se adjudicó— con la metafísica que ellos mismos criticaban y, por lo tanto, debilita la distinción entre la ideología (disciplina) y la ideología (objeto). En segundo lugar, de un sentido positivo, o por lo menos neutro, se pasa a uno con carga de valor negativa: ideas abstractas y desconectadas de las necesidades reales de la política que atentan contra el orden público. Por ultimo, surgido como un *arma* de la lucha ideológica, el propio concepto de ideología se constituye también en un *escenario* de esa lucha, a la vez que se desplaza el eje de la contradicción: primero, arma de la burguesía contra el Antiguo Régimen, luego, escenario de la lucha entre distintas orientaciones políticas al interior de la Revolución.

Acuñado por Destutt de Tracy, apropiado y resignificado por Napoleón Bonaparte, el concepto de ideología fue desarrollado posteriormente por Karl Marx y Friedrich Engels. Puede decirse que el concepto de alienación (insinuado en la *Critica de la filosofía del derecho de Hegel* de 1843 y desarrollado en los *Manuscritos económico-filosóficos* de 1844) es la clave del problema de la ideología en Marx y Engels. Según el mismo, como consecuencia de la división del trabajo, los seres humanos se relacionan con los productos de su propia actividad (el mercado, el Estado, las ideas, etc.) como si se tratara de entidades ajenas y autónomas. Sin embargo, en la obra de los autores conviven distintos sentidos, de manera más o menos problemática. Siguiendo a Terry Eagleton (1997), podemos distinguir al menos cuatro problemáticas: el estatus de las ideas, la relación entre ideas y dominación de clase, la ideología como escenario simbólico de la lucha de clases y, finalmente, el fetichismo de la mercancía. Para la exposición de los mismos nos basamos

fundamentalmente en tres obras: *La ideología alemana* de 1846, *Contribución a la crítica de la economía política* de 1859 y el primer tomo de *El capital* de 1867[18].

En *La ideología alemana* Marx y Engels (1970, pp. 26-27) desarrollan su concepción materialista de la historia en confrontación con la filosofía hegeliana de izquierda, corriente dominante en el pensamiento radical alemán de la época, y establecen las bases del concepto de ideología en lo que es su versión más difundida:

> La conciencia no puede ser nunca otra cosa que el ser consciente, y el ser de los hombres es su proceso de vida real. Y si en toda la ideología los hombres y sus relaciones aparecen invertidos como en una cámara oscura, este fenómeno responde a su proceso histórico de vida, como la inversión de los objetos al proyectarse sobre la retina responde a su proceso de vida directamente físico. […] Totalmente al contrario de lo que ocurre en la filosofía alemana, que desciende del cielo sobre la tierra, aquí se asciende de la tierra al cielo. Es decir, no se parte de lo que los hombres dicen, se representan o se imaginan [...] para llegar, arrancando de aquí, al hombre de carne y hueso; se parte del hombre que realmente actúa y, arrancando de su proceso de vida real, se expone también el desarrollo de los reflejos ideológicos y de los ecos de este proceso de vida. También las formaciones nebulosas que se condensan en el cerebro de los hombres son sublimaciones necesarias de su proceso material de vida [...]. La moral, la religión, la metafísica y cualquier otra ideología [...] pierden, así, la apariencia de su propia sustantividad. No tienen su propia historia ni su propio desarrollo, sino que los hombres que desarrollan su producción material y su intercambio material cambian también, al cambiar esta realidad, su pensamiento y los productos de su pensamiento. No es la conciencia la que determina la vida, sino la vida la que determina la conciencia.

Las ideas no tienen su propia historia, su desarrollo no puede ser independiente del proceso histórico material, ni mucho menos puedan ser el fundamento de éste, como se deriva de las posiciones idealistas. Ideológica es entonces toda forma de conciencia que se considere separada de sus determinaciones materiales o que invierta la determinación entre ambas. Este primer sentido de la ideología presenta por lo menos dos problemas. En primer lugar, las metáforas de los ecos y los reflejos corren el riesgo de mantener —aunque invertida— la separación ontológica entre “ser” y “conciencia”, entre proceso material e ideología. De esta manera, la ideología no sería más que un epifenómeno pasivo de un proceso material que funcionaría de manera pre-ideológica: las personas *primero* producirían sus medios de vida y *luego* se representarían este proceso en sus mentes con mayor o menor precisión, de manera más o menos ideológica. Sin embargo, esta lectura es unilateral por cuanto deja de lado toda la información que va en el sentido de una

18 Pueden agregarse otras obras como, por ejemplo, *La sagrada familia,* el *Manifiesto del partido comunista, El 18 brumario de Luis Bonaparte, Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana,* tambien hay referencias al asunto en la correspondencia de los autores.

integración dialéctica entre el ser y la conciencia ("la conciencia no puede ser nunca otra cosa que el ser consciente"). En su afán por refutar las posiciones de sus adversarios (la filosofía idealista de los neohegelianos), Marx y Engels por momentos parecen oponer al idealismo un materialismo mecánico, en el que la oposición entre ser y conciencia se mantiene pero invertida. Y en esto consiste el segundo problema, que es el de la indeterminación del concepto de ideología. No queda del todo claro si están respondiendo a la pregunta tácita: "¿Qué es la ideología *en general*?", es decir siempre y en todo lugar, o "¿Cómo es la ideología alemana *en particular*? En esta última ya se insinúa el sentido neutro de ideología que vemos en *Contribución a la crítica de la economía política,* mientras que las características negativas en la forma de la alienación, la inversión, etc. quedarían reservadas para una forma histórica particular de ideología: la de los jóvenes hegelianos, objeto de la crítica de los autores en este contexto.

Otra dimensión presente en *La ideología alemana,* no excluyente respecto de la anterior, es la de la dominación de clase. Los autores afirman que:

> Las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes en cada época; o, dicho en otros términos, la clase que ejerce el poder material dominante en la sociedad es, al mismo tiempo, su poder espiritual dominante. La clase que tiene a su disposición los medios para la producción material dispone con ello, al mismo tiempo, de los medios para la producción espiritual, lo que hace que se le sometan, al propio tiempo, por término medio, las ideas de quienes carecen de los medios necesarios para producir espiritualmente. Las ideas dominantes no son otra cosa que la expresión ideal de las relaciones materiales dominantes, las mismas relaciones materiales dominantes concebidas como ideas; por tanto, las relaciones que hacen de una determinada clase la clase dominante son también las que confieren el papel dominante a sus ideas (Marx y Engels, 1970, pp. 50-51).

A la dimensión epistemológica de la ideología se suma ahora una política. A la problemática de la alienación y la inversión se agrega una problemática de la dominación. La relación que se establece entre ideología dominante y clase dominante funciona por lo menos en dos niveles: en primer lugar, las ideas dominantes *reflejan* las relaciones materiales dominantes; en segundo lugar, son las relaciones materiales que hacen de una clase la clase dominante y, por ende, las que atribuyen el mismo carácter a sus ideas. Esto no significa que en una sociedad no pueden existir otras ideas que no sean las de su clase dominante, que la clase dominante no se valga de ideas que —en principio— le son externas, o que siempre haya una correspondencia plena y absoluta entre dominación de clase e ideología. Por el contrario, quiere decir que las ideas no existen en un plano independiente al de las relaciones materiales, que no es la idea de la propiedad privada —por ejemplo— la que, por su dinámica inherente, se abre paso en la historia, sino que es el

proceso histórico material el que le confiere su estatus a la misma. Las ideas no existen por sí mismas ni se imponen por su propio peso. El argumento puede comprenderse mejor si nos preguntamos por la situación contraria, es decir, por los momentos en que clase dominante e ideología dominante no se corresponden: nos encontraríamos ante una situación de crisis social o en las puertas de un proceso revolucionario. Ya no se trata solamente del carácter determinado de las ideas sino también de su necesidad para la dominación.

En *Contribución a la crítica de la economía política*, más precisamente en el famoso prefacio que la antecede, Marx expone un concepto de ideología bastante más amplio y neutral que los anteriores, muchas veces opacado por la insistencia en reducir su planteo al esquema de base/superestructura. Marx dice que:

> En la producción social de su vida, los hombres contraen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción, que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual en general. No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario el ser social es lo que determina su conciencia. Al llegar a una fase de desarrollo, las fuerzas productivas materiales entran en contradicción con las relaciones de producción existentes [...] De formas de desarrollo, estas relaciones se convierten en trabas, y se abre una época de revolución social. Al cambiar la base económica, se revoluciona [...] la superestructura erigida sobre ella. [...] Hay que distinguir siempre entre los cambios materiales en las condiciones económicas de producción [...] y las formas ideológicas en que los hombres adquieren conciencia de este conflicto y luchan por resolverlo (Marx, 1980, p. 270).

En un principio, se desarrolla el mismo argumento que en *La ideología alemana:* "no es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia", al tiempo que se lo complementa con la metáfora de estructura-superestructura. Según ésta, las relaciones de producción conforman una estructura sobre la cual se levanta una superestructura compuesta por las instituciones políticas y las formas de conciencia social. La relación entre ambas es de determinación de la superestructura por la estructura. El problema fundamental que atraviesa todas las discusiones sobre el tópico base-superestructura es lo que debe entenderse por *determinación.* Las interpretaciones cubren el espectro que va desde un simple condicionamiento hasta una determinación absoluta y mecánica. La discusión es inagotable,

sin embargo, hay posiciones que permiten captar la complejidad del asunto sin sacrificar la operatividad del concepto. Tal es el caso de Raymond Williams que entiende la determinación como un "proceso de límites y presiones complejo e interrelacionado", inmanente al proceso social como totalidad (Williams, 2000, p. 107). Lo novedoso de *Contribución a la crítica de la economía política* se encuentra en el siguiente momento de la argumentación, en lo referido a las "formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas, en una palabra, las formas ideológicas en que los hombres adquieren conciencia de este conflicto y luchan por resolverlo". El sentido complejo de la determinación base-superestructura se hace presente en la medida en que las ideas no aparecen como un epifenómeno de un proceso material pre-ideológico, sino como el medio a través del cual los seres humanos actúan como agentes conscientes en circunstancias en principio ajenas —aunque no inmunes— a su voluntad. La ideología ya no se limita a su carácter de reflejo sino que adquiere también una dimensión decididamente práctica. En esta orientación del concepto tampoco hay necesariamente un posicionamiento *a priori* sobre el carácter verdadero o falso de tales formas ideológicas.

Finalmente, en el libro primero de *El capital* nos encontramos con un sentido de ideología que puede considerarse como una variación del primer problema planteado en *La ideología alemana* y que, como se dijo, se encuentra en el centro de la problemática marxista de la ideología. Se trata del problema de la alienación, expresado en este caso bajo la forma del fetichismo de la mercancía:

> Lo misterioso de la forma mercantil consiste sencillamente, pues, en que la misma refleja ante los hombres el carácter social de su propio trabajo como caracteres objetivos inherentes a los productos del trabajo, como propiedades sociales naturales de dichas cosas, y, por ende, en que también refleja la relación social que media entre los productores y el trabajo global, como una relación social entre los objetos, existente al margen de los productores. […] En éste los productos de la mente humana parecen figuras autónomas, dotadas de vida propia, en relación unas con otras y con los hombres (Marx, 2014: 88-89).

La problemática de la alienación se mantiene, aunque con modificaciones. En *La ideología alemana,* son las ideas las que parecen cobrar vida en la mente de los filósofos alemanes; en *El capital*, es el proceso económico y las categorías de la economía burguesa. La diferencia fundamental es que, mientras en *La ideología alemana,* la ideología impide ver la realidad "tal cual es", en el fetichismo de la mercancía es la propia realidad la que se presenta de forma engañosa. La falta de correspondencia entre fenómeno y esencia ya no es sólo un problema epistemológico, sino que se halla en el corazón de la realidad: el problema no es que el pensamiento no refleje la realidad, sino que, al hacerlo, se queda en

la apariencia. Esta limitación, generada por la forma mercancía, es clave en la crítica de Marx a la ciencia económica burguesa.

1.4.2. Hegemonía: desarrollo de la tercera orientación marxista

Los distintos sentidos y problemas que hemos esbozado hasta el momento pueden ser pensados en términos de distintas *dimensiones* de la ideología. Esto significa que, en principio, mantienen una relación no excluyente: no se trata de seleccionar uno en detrimento de los otros sino de captar su orientación específica al interior de un esquema más general. En este sentido, la tercera orientación del concepto parece ofrecer una definición general más adecuada, ya que es lo suficientemente amplia como para abarcar las otras sin cerrar de antemano la riqueza del concepto. Es también la que mejor se adapta a las necesidades de nuestra investigación, porque nos permite abordar la fuente atendiendo a sus determinaciones históricas sin por ello dejar de considerarla en su dimensión activamente política; y también porque desplaza el eje de la cuestión de si los sentidos desarrollados en nuestra fuente son verdaderos o falsos o si reflejan con mayor o menor fidelidad los intereses históricos de una determinada clase social. Sin embargo, una definición tan amplia deja un considerable espacio de indeterminación, por lo que a continuación nos valdremos de los aportes que Antonio Gramsci hizo a la materia, relacionando el concepto de ideología con el de hegemonía.

El concepto de ideología, en Gramsci, es subsidiario del de hegemonía. En continuidad con lo expuesto en *Contribución a la crítica de la economía política,* en *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, Gramsci define la ideología como "una concepción del mundo que se manifiesta implícitamente en el arte, en el derecho, en la actividad económica, en todas las manifestaciones de la vida intelectual y colectiva" (Gramsci, 1971, p. 12). Es una definición amplia que, a diferencia del primer sentido presente en *La ideología alemana*, no se limita al carácter negativo de la ideología, dado que las formas religiosas y especulativas que asumen algunas de sus expresiones no son consideradas como una necesidad de la ideología en general sino como consecuencia de condiciones históricas específicas. Tampoco reduce la ideología a un simple reflejo de las condiciones económicas, por el contrario "las ideologías deben considerarse como fuerzas activamente organizativas" ya que "en cualquier bloque histórico […] las fuerzas materiales son el «contenido» y las ideologías la «forma»" (Eagleton, 1997, p. 155). Considera además que es necesario:

> […] distinguir entre ideologías históricamente orgánicas, es decir, que son necesarias a determinada estructura, e ideologías arbitrarias, racionalistas, "queridas". En cuanto

históricamente necesarias, éstas tienen una validez que es validez “psicológica”; “organizan” las masas humanas, forman el terreno en medio del cual se mueven los hombres, adquieren conciencia de su posición, luchan, etc. En cuanto “arbitrarias”, no crean más que “movimientos” individuales, polémicas, etc. (Gramsci, 1971, pp. 56-57).

Las ideologías orgánicas son aquellas que se encuentran ligadas a las clases fundamentales de la sociedad, las que, a causa de su lugar en la producción, pueden constituirse como clase dirigente de un bloque histórico. Para Gramsci las ideologías orgánicas se componen a su vez de diferentes niveles intercomunicados:

> La ideología, concepción del mundo de la clase dirigente, debe difundirse en toda la sociedad. Sin embargo, no posee la misma homogeneidad en todos los niveles: la ideología difundida entre las capas sociales dirigentes es evidentemente mucho más elaborada que los trozos sueltos de ideología que es posible reconocer en la cultura popular. Así Gramsci distingue diferentes grados cualitativos que corresponden a capas sociales determinadas: en la cúspide de la concepción del mundo más elaborada: la filosofía. En el nivel más bajo: el folklore. Entre estos dos extremos, el 'sentido común' y la religión.
>
> La filosofía es entonces el estadio más elaborado de la concepción del mundo, el nivel donde más claramente aparecen las características de la ideología como expresión cultural de la clase fundamental. […] Esta necesidad de coherencia es aún mayor por cuanto la filosofía es la referencia de todo el sistema ideológico. Gramsci define el rol de la ideología en los mismos términos en que definirá a sus creadores, los grandes intelectuales, piedra angular de la hegemonía: la filosofía es la piedra angular de la ideología […] (Portelli, 1977, pp. 19-20).

Lejos de cualquier idealismo, el problema de la ideología, y por ende, el de la unificación de un bloque histórico, asume en Gramsci una expresión concreta en la figura de los intelectuales. Los mismos constituyen el nexo orgánico entre base y superestructura, pero también entre los distintos niveles de la propia ideología (básicamente: filosofía, sentido común y folklore). A partir de esto es posible esbozar una clasificación de los intelectuales a partir de diferentes criterios. En primer lugar, *según participen o no de la hegemonía:* en un nivel muy general, todos los seres humanos son intelectuales, por cuanto toda actividad involucra necesariamente algún grado de razonamiento. Sin embargo, en la mayoría de estas actividades, incluso cuando se desarrollan en el seno del aparato de dirección social y estatal, las funciones intelectuales poseen un carácter predominantemente instrumental y no se relacionan significativamente con la dirección intelectual y moral de la sociedad. En segundo lugar, *según se posicionen como orgánicos o tradicionales:* en la medida en que los intelectuales se encuentren vinculados a una clase social en ascenso y contribuyan al

desarrollo de su hegemonía serán orgánicos, y en la medida en que permanezcan alineados con la clase hasta entonces dirigente serán tradicionales. La diferencia entre ambas categorías, más que ontológica, es relativa al momento histórico. Los intelectuales tradicionales fueron orgánicos cuando desarrollaron su función al servicio de una clase en ascenso. Un ejemplo de este desplazamiento lo constituye el clero, orgánicamente vinculado a la nobleza terrateniente, deviene tradicional respecto de los intelectuales orgánicos de la burguesía en ascenso. En tercer lugar, *según desempeñen funciones civiles o políticas:* para Gramsci el grupo de los intelectuales no se limita a los filósofos, sino que incluye a todos los funcionarios de las superestructuras, y no sólo a los de la sociedad civil: “Los intelectuales son los 'empleados' del grupo dominante a quienes se les encomienda las tareas subalternas en la hegemonía social y el gobierno político” (Gramsci, 1967, p. 30). Los intelectuales son también los agentes de la sociedad política, encargados de la gestión del aparato de Estado y de las fuerzas armadas (políticos, funcionarios, cuadros de las fuerzas armadas, etc.) (Portelli, 1977, p. 98). Salvo en los casos extremos, una distinción perfecta entre ambos es imposible y tampoco es tan fundamental como la que se da entre intelectuales orgánicos y tradicionales. Por último, *según su especialización funcional:* existe una jerarquía cualitativa de los intelectuales que va desde el “gran intelectual” hasta el “intelectual subalterno”, según se especialicen en las funciones de creación, organización o educación. Esta jerarquía no implica, sin embargo, una subestimación de los intelectuales subalternos, al contrario, para Gramsci: “Crear una nueva cultura no significa sólo hacer individualmente descubrimientos ‘originales’; significa también, y especialmente, difundir verdades ya descubiertas, ‘socializarlas’, por así decir, convertirlas en base de acciones vitales, en elementos de coordinación y de orden intelectual y moral”. Por esta razón, el hecho de que “una masa de hombres sea llevada a pensar coherentemente y en forma unitaria la realidad presente, es un hecho ‘filosófico’ mucho más importante y ‘original’ que el hallazgo, por parte de un ‘genio’ filosófico, de una nueva verdad que sea patrimonio de pequeños grupos intelectuales (Gramsci, 1971, p. 9).

En conclusión, la ideología, en tanto concepción del mundo, “agrupa un bloque social y político, como principio unificador, organizativo [e] inspirador más que como un sistema de ideas abstractas” (Eagleton, 1997, p. 159). Por lo tanto, para Gramsci (1971, p. 27):

> La filosofía de una época no es la filosofía de tal o cual filósofo, de tal o cual grupo de intelectuales, de tal o cual sector de las masas populares: es la combinación de todos estos elementos, que culmina en una determinada dirección y en la cual esa culminación se torna norma de acción colectiva, esto es, deviene “historia” concreta y completa (integral).

El concepto gramsciano de hegemonía incluye, mas no agota, al de ideología. Esto

significa que: a) la ideología es una dimensión fundamental de la hegemonía; b) la ideología no es la única dimensión de la hegemonía ya que coexiste con aspectos políticos y económicos; y c) la hegemonía no abarca la totalidad de la ideología, es decir, no toda la ideología existe en "estado hegemónico", las hay contrahegemónicas, de hegemonía alternativa e incluso sin relación significativa con el proceso hegemónico.

Previamente utilizado para aludir al liderazgo internacional de un Estado sobre otros, el concepto de hegemonía llegó a Gramsci a través de los debates, anteriores a la revolución de 1917, del populismo y la socialdemocracia rusos en torno a la cuestión del liderazgo político del proletariado sobre el campesinado en el marco de una revolución democrático-burguesa. Si bien en el Cuarto Congreso de la Comintern, en 1922, su uso se extendió a la dominación de la burguesía sobre el proletariado[19] en el marco de una sociedad capitalista consolidada, fue con Gramsci que el concepto adquirió su plenitud al incluir, además, una dimensión ideológica y cultural y proyectarse a la estrategia revolucionaria del proletariado. Este desplazamiento surgió de la necesidad de explicar el fracaso de la revolución comunista en Europa occidental, que Gramsci atribuyó al mayor anclaje de la burguesía en la sociedad civil. La clave se encuentra en las diferentes relaciones entre Estado (o sociedad política) y sociedad civil. A diferencia de la Rusia zarista, donde la clase dominante se sostenía por acción del Estado (predominio de la sociedad política), en Europa occidental lo hacía, además, mediante un liderazgo cultural sobre las clases subalternas, ganando así su consentimiento (predominio de la sociedad civil) y siendo no ya solamente dominante sino también hegemónica.

Ganar hegemonía significa "establecer pautas morales, sociales e intelectuales en la vida social para difundir su propia «concepción del mundo» en todo el entramado de la sociedad, equiparando así sus propios intereses con los de la sociedad en su conjunto" (Eagleton, 1997, p. 153). Gramsci no sólo vio estos mecanismos actuando en la sociedad capitalista contemporánea sino que también indujo su noción de hegemonía a partir del análisis del liderazgo que la burguesía ejerció sobre las demás clases subalternas de la sociedad feudal en las revoluciones burguesas, sacando conclusiones para pensar los problemas de la revolución proletaria.

La confrontación entre los modelos de relación Estado-sociedad civil de Oriente y Occidente, es correspondida por una diferenciación de las estrategias políticas del proletariado. En Oriente, a causa de la debilidad de la clase dominante en la sociedad civil, la clase en ascenso pudo desarrollar exitosamente una "guerra de maniobra" o "guerra de movimiento", es decir, un ataque frontal que le quitó el control del Estado a la clase

19 "La burguesía siempre trata de separar lo político de lo económico, porque comprende muy bien que si consigue mantener a la clase obrera dentro del marco corporativo, ningún peligro serio puede amenazar su hegemonía" (citado en Anderson, 1991, pp. 35-36).

dominante. Al contrario, en Occidente, la relación Estado-sociedad civil se encontraba equilibrada y la última era fuerte por lo que la estrategia a seguir era la de una “guerra de posición”: al igual que la revolución burguesa en Francia, la revolución proletaria en Europa occidental debería ser antecedida por una fase de construcción de hegemonía en la sociedad civil como condición necesaria para la conquista efectiva del aparato de Estado. En este sentido, Portelli (1977, p. 139) afirma que:

> Cuando analiza la Revolución francesa, Gramsci muestra cómo antes de que la lucha devenga política y militar, la burguesía libra una enconada batalla ideológica contra la aristocracia, en la que la Reforma constituye sus premisas, y que se desarrolla en el siglo de las Luces: la clase subalterna esencial combate a la clase dirigente tradicional en el terreno ideológico, disgrega su bloque intelectual antes de adueñarse de la sociedad política.

Por ello Gramsci sostiene que:

> Un grupo social es dominante respecto de los grupos adversarios que tiende a "liquidar" o a someter incluso con la fuerza armada, y es dirigente de los grupos afines o aliados. Un grupo social puede y hasta tiene que ser dirigente ya antes de conquistar el poder gubernativo (ésta es una de las condiciones principales para la conquista del poder); luego, cuando ejerce el poder y aunque lo tenga firmemente en las manos, se hace dominante, pero tiene que seguir siendo también "dirigente" (Portelli, 1977, p. 75)[20].

De lo anterior se siguen algunas consecuencias teóricas y políticas de gran importancia. En primer lugar, el carácter complejo e integral del concepto de hegemonía, que no puede reducirse a la construcción de un liderazgo en la sociedad civil, sino que implica una articulación histórica de violencia y consentimiento. Si bien Gramsci considera necesaria la construcción de una hegemonía previa a la toma del poder, no la considera como un fin en sí mismo, ya que si bien su teoría de la hegemonía no puede desligarse del momento decisivo de la toma del poder tampoco se agota una vez logrado este objetivo, el ejercicio del mismo es una combinación histórica específica dominación y consenso.

El concepto que da la pauta para comprender el reemplazo de un sistema hegemónico por otro es el de “crisis orgánica”, que se refiere a una crisis fundamental del bloque histórico, del vínculo orgánico que existe entre la estructura y las superestructuras. Por ende, no es cualquier tipo de crisis, sino que se expresa como una ruptura entre la clase dirigente y los intelectuales y plantea abiertamente el problema de la dirección de la sociedad. Una crisis orgánica se resuelve positivamente cuando ante la ruptura del sistema hegemónico vigente un nuevo sistema logra hacerse con la dirección de la sociedad, dando

20 Tomado de Gramsci (1954), *Il Risorgimento*, Torino, Einaudi, p. 70.

lugar al pasaje entre dos bloques históricos. En lo que respecta a la clase social fundamental en ascenso, para Gramsci (1980, pp. 57-58):

> Esta es la fase más estrictamente política, que señala el neto pasaje de la estructura a la esfera de las superestructuras complejas. Es la fase en la cual las ideologías ya existentes se transforman en 'partido', se confrontan y entran en lucha hasta que una sola de ellas, o al menos una sola combinación de ellas, tiende a prevalecer, a imponerse, a difundirse por toda el área social, determinando además de la unidad de los fines económicas y políticos, la unidad intelectual y moral, planteando todas las cuestiones en torno a las cuales hierve la lucha no sobre un plano corporativo sino sobre un plano universal y creando así la hegemonía de un grupo social fundamental sobre una serie de grupos subordinados.

El descubrimiento austral…, al que hemos definido como una utopía de transición, obra de un intelectual orgánico de la pequeña burguesía en el contexto de la crisis orgánica del Antiguo Régimen francés, expresa esta ruptura y la construcción de una nueva hegemonía. En este sentido:

> La parte más difícil e interesante de todo análisis cultural, en las sociedades complejas, es la que procura comprender lo hegemónico en sus procesos activos y formativos, pero también en sus procesos de transformación. Las obra de arte, debido a su carácter fundamental y general, son con frecuencia especialmente importantes como fuentes de esta compleja evidencia (Williams, 2000, p. 135).

1.4.3. Dialogismo e interdiscurso: consideraciones metodológicas

A los fines de dotar a nuestro concepto de ideología de operatividad medológica, consideraremos los aportes de los lingüistas rusos Mijaíl Bajtín y Valentín Voloshinov y de la corriente materialista de análisis del discurso. El proyecto de Voloshinov en *El signo ideológico y la filosofía del lenguaje* de 1929 es particularmente ambicioso: fundar una filosofía del lenguaje sobre bases marxistas. Afirma que “el dominio de la ideología coincide con el dominio de los signos” (Voloshinov, 1976, p. 21) y, haciendo coextensivos los campos de la ideología y del lenguaje, extiende al máximo el tercer sentido del concepto marxista de ideología, que lo entiende como escenario simbólico de la lucha de clases. En este sentido, Voloshinov dice que “la palabra es neutral con respecto a cualquier función ideológica específica. Puede desempeñar funciones ideológicas de *cualquier* tipo: científicas, estéticas, éticas, religiosas” (1976, p. 25). Esto tiene, al menos, dos implicaciones. La primera corresponde a la “multiacentualidad” del signo ideológico: “Varias clases distintas usan la misma lengua. Como resultado, en cada signo ideológico se intersectan acentos con distinta orientación. El signo ideológico se convierte en la arena de la lucha de clases” (1976, p. 36). Es precisamente este aspecto el que otorga a los signos vitalidad y dinamismo: “un signo

que ha sido apartado de las presiones de la lucha social […] se debilita inevitablemente, degenera en alegoría y se convierte en el objeto no ya de una viva inteligibilidad social sino de la comprensión filológica" (1976, pp. 36-37).

La segunda implicación consiste en la diferenciación de niveles al interior de la ideología como proceso general. El nivel más básico lo abarca la ideología "conductual", que remite a "la suma total de experiencias vitales y las expresiones externas directamente relacionadas con ella", y que conforma "la atmósfera del lenguaje interno y externo no sistematizado ni fijado que dota de significado a cada una de nuestras instancias de conducta y acción y cada uno de nuestros estados 'conscientes'" (1976, p. 114). Por encima de la ideología conductual, se encuentra el nivel de los sistemas ideológicos establecidos (por ejemplo, la ética, la religión, la ciencia y el arte). Éstos son "cristalizaciones" de la ideología conductual, extraen de ella su fuerza y ejercen una poderosa influencia sobre la misma. A su vez, el nivel de la ideología conductual puede dividirse en estratos. El estrato inferior es el mas dinámico, en él se ubican las experiencias y pensamientos vagos y no sistematizados, que carecen de una lógica unitaria. Los estratos superiores de la ideología conductual son un poco más sistemáticos y creativos. Se encuentran en estrecha relación con los sistemas ideológicos pero también gozan de un mayor dinamismo que ellos, formando una suerte de vaso comunicador entre ambos niveles. En ellos encuentran su expresión ideológica las fuerzas sociales en ascenso y mediante su acción se efectúa la reestructuración parcial o radical de los sistemas ideológicos.

En relación a la caracterización que Voloshinov hace del signo ideológico, Terry Eagleton (1997, p. 245) sostiene que:

> Si no puede separarse la conciencia del signo, este último tampoco puede aislarse de las formas concretas de relación social. El signo vive únicamente en éstas; y ellas deben relacionarse a su vez con la base material de la vida social. El signo y su situación social están inextricablemente unidos, y esta situación determina desde dentro la forma y estructura de una expresión. Tenemos aquí, pues, el esbozo de una teoría materialista de la ideología que no la reduce simplemente a un «reflejo» de la «base» económica, sino que concede la importancia debida a la materialidad de la palabra, y a los contextos discursivos en que se encierra.

Si por un lado los signos son objetos materiales particulares, "segmentos materiales de la realidad"; por otro lado, un signo remite siempre fuera de sí en la medida en que refleja o refracta otra realidad. Esto es lo que se encuentra en la base del concepto bajtiniano de dialogismo, al que Voloshinov adscribe y que fue posteriormente desarrollado por la corriente materialista de análisis del discurso, principalmente por Michel Pêcheux, bajo el nombre de "interdiscurso". Eagleton dice que para esta corriente:

> Una formación discursiva puede entenderse como un conjunto de reglas que determinan lo que puede y debe decirse desde una posición determinada en la vida social; y las expresiones únicamente tienen significado en virtud de las formaciones discursivas en las que se dan, cambiando de significado cuando se trasvasan de una a otra. Una formación discursiva constituye así una «matriz de significado» o sistema de relaciones lingüísticas en el que se generan procesos discursivos reales. Cualquier formación discursiva particular formará parte de una totalidad estructurada de estos fenómenos, que Pêcheux denomina «interdiscurso»; y cada formación discursiva está inserta a su vez en una formación ideológica, que contiene tanto prácticas discursivas como no discursivas" (1997, pp. 245-246).

El concepto de ideología es indispensable para situar nuestra fuente e interrogarla en sus relaciones con el proceso histórico, sin embargo, por sí solo, no nos provee metodología. Consideraremos para ello los conceptos de dialogismo e interdiscurso. En su ensayo titulado *Hacia una metodología de las ciencias humanas*, el filósofo ruso Mijaíl Bajtín diferencia entre formas monológicas y dialógicas del conocimiento:

> Las ciencias exactas representan una forma monológica del conocimiento: el intelecto contempla la cosa y se expresa acerca de ella. Aquí sólo existe un sujeto, el cognoscitivo (contemplativo) y hablante (enunciador). Lo que se le opone es tan sólo una cosa sin voz. Cualquier objeto del conocimiento (incluso el hombre) puede ser percibido y comprendido como cosa. Pero un sujeto como tal no puede ser percibido ni estudiado como cosa, puesto que siendo sujeto no puede, si sigue siéndolo, permanecer sin voz; por lo tanto su conocimiento sólo puede tener carácter dialógico (Bajtín, 1999, p. 383).

Afirma igualmente que: "Cada palabra (cada signo) del texto conduce fuera de sus límites. Toda comprensión representa la confrontación del texto con otros textos", y que "un texto vive únicamente si está en contacto con otro texto (contexto). […] Detrás de este contacto se encuentra el contacto entre personas y no entre cosas" (1999, pp. 383-384). Para dar respuesta a las necesidades metodológicas de la investigación, este planteo puede complementarse con el concepto de interdiscurso, desarrollado bajo la influencia del dialogismo bajtiniano, y que es recuperado por P. L. Aguilar, M. Glozman, A. Grondona y V. Haidar (Aguilar et al., 2014) en el marco de una teoría materialista del discurso basada en los aportes de Louis Althusser, Étienne Balibar, Émile Beneviste y Michel Pêcheaux. Las autoras parten de la idea de que el sentido es una relación y no una propiedad inmanente de los textos, por lo que el autor no es amo y señor de su decir y su discurso no es homogéneo ni se encuentra cerrado sobre sí mismo. En este sentido, el sujeto enunciador es siempre demiúrgico: organizador más no creador de su discurso. El concepto de interdiscurso les

sirve entonces para destacar el “carácter material del sentido y el carácter determinante de sus condiciones de producción” (2014, p. 39). Las condiciones de producción incluyen, efectivamente, el acto (singular y creativo) de la enunciación, pero no hacen de éste el momento absoluto de la producción de sentidos ya que lo insertan en un esquema más amplio que, junto a las condiciones y procesos de formulación, incluye asimismo las condiciones y procesos de formación del discurso. Estas últimas remiten al exterior constitutivo que se inscribe en el interior de todo texto y que determina su carácter interdiscursivo, ya que cada discurso se encuentra necesariamente vinculado a otras prácticas y discursos en relación con los cuales cobra sentido.

Cabe destacar que, en consonancia con el concepto de ideología expuesto anteriormente, incluimos en el “exterior constitutivo” la realidad extra-textual que si bien posee, naturalmente, una dimensión ideológica, comprende también procesos que no necesariamente poseen forma de texto. Es por ello que para el abordaje de nuestra fuente deberemos recuperar el entramado interdiscursivo del que forma parte —los otros textos con los que dialoga—, pero también será necesario atender al problema de su relación con los principales procesos históricos que conforman los principales ejes de la Transición (condiciones de producción).

2. El contexto, el autor y su obra: la construcción de la fuente

Para un correcto abordaje de la fuente, que dé cuenta de su especificidad histórica, es necesario comenzar por lo relativo a su contextualización. Para ello, dividimos este capítulo en tres apartados, organizados de general a particular, y destinados a analizar la articulación de las distintas determinaciones que conforman la encrucijada en que *El descubrimiento austral...* adquiere su sentido como fuente histórica.

Cuando hablamos del contexto histórico de Restif de La Bretonne y de *El descubrimiento austral...*, nos referimos a sus condiciones de producción, de las cuales es una síntesis. El contexto no es un marco general dentro del que se desarrolla la actividad humana y en contraste con el cual la misma cobra sentido. Esta perspectiva prácticamente reduce los grandes procesos históricos al rol de escenografía o paisaje de fondo, mientras que la prioridad en el análisis se dirige casi exclusivamente a la actividad creativa individual. Tampoco se trata de la perspectiva diametralmente inversa, de carácter determinista, según la cual el proceso histórico general se impone de manera absoluta y mecánica sobre todas las realidades particulares y la actividad humana es despojada de todo principio de creatividad. La perspectiva aquí adoptada es la del materialismo histórico, lo que implica —sobre todo si se tiene en cuenta que la dialéctica constituye un elemento fundamental del mismo— que lo concreto no existe sino como síntesis de múltiples determinaciones. En

términos metodológicos, y en lo que respecta a la construcción de la fuente, esto se traduce en la idea de que entre contexto, autor y obra no existe una relación de exterioridad o una delimitación clara y absoluta. En la medida en que un sujeto es tal por cuanto es una de las expresiones posibles de la síntesis entre el proceso social general y su práctica concreta más autónoma o libre, —entre el contexto y la obra, en nuestro caso—, no puede perderse de vista la profunda integración que existe entre estos términos, ya que cada uno remite necesariamente a los demás y, por lo tanto, no puede explicarse sino a través de ellos. Por lo tanto, en lo que sigue, se avanza desde las condiciones de producción más generales de la transición del feudalismo al capitalismo y la doble revolución, pasando luego por las condiciones de producción particulares de la Ilustración francesa, las condiciones específicas de la biografía de Restif de la Bretonne, para llegar finalmente a su obra literaria que, como consecuencia de este proceso, se constituye en fuente histórica.

2.1. Transición (condiciones generales de producción)

La historia del género utópico propiamente dicho es coextensiva con el período de la historia europea conocido como Edad Moderna, que abarca desde 1453 hasta 1789 en su periodización convencional y que coincide con la transición entre dos modos de producción, el feudalismo y el capitalismo. Esta primera gran etapa de la evolución del género utópico coincide con el proceso conocido como Transición y que muchas veces ha sido homologado al de Modernidad al usarlo para designar todo el período. Generalmente se asocia Transición a “transición del feudalismo al capitalismo”, lo que en gran medida se justifica por constituir éste el nivel fundamental en que se operó la misma. Sin embargo, no fue el único, y en la Modernidad se produjeron desplazamientos y transformaciones de gran alcance también en otros niveles, necesariamente interrelacionados.

A grandes rasgos, en el plano económico, se operó la transición del modo de producción feudal al capitalista, a la par que se desarrollaban las distintas formas de acumulación originaria y la burguesía se perfilaba como clase social ascendente; en el plano político se consolidó una tendencia a la centralización de la soberanía en la forma del Estado absolutista; en el nivel internacional comenzó la conformación del moderno sistema-mundo, y su forma más característica fue la expansión ultramarina que se inauguró con la colonización del continente americano; por último, es también un contexto signado por profundas transformaciones ideológicas: crisis de la hegemonía de la Iglesia Católica, primero frente a la Reforma y, finalmente, de las instituciones religiosas frente a la ciencia y la filosofía modernas que se convierten en el ariete de la burguesía y sus intelectuales contra el Antiguo Régimen.

Si por un lado es incorrecto trasladar nuestro conocimiento de la historia posterior al

mundo de Restif de la Bretonne, por el otro, es imposible pensar el contexto de producción de *El descubrimiento austral* como si no se tratase de una sociedad encaminada hacia la crisis que dio lugar a la Revolución. Es necesario por lo tanto tener especial cuidado respecto del riesgo del anacronismo, así como de interpretaciones teleológicas que introduzcan una lógica de necesidad en el desarrollo histórico. En efecto, la vida de Restif de la Bretonne abarca el período 1734-1806 y *El descubrimiento austral* fue publicado en 1781, ocho años antes del estallido de la Revolución Francesa, es decir que se ubica en la etapa pre-revolucionaria. Eric Hobsbawm (2007) entiende este período como un punto crucial de lo que ha dado en llamar la "doble revolución", concepto cuya función es organizar las principales transformaciones económicas y políticas que tuvieron lugar en Europa occidental en torno a dos ejes: el de la industrialización —fundamentalmente económico— y el de las revoluciones burguesas —ante todo político—, el primero expresado en el caso de la Revolución Industrial inglesa, y el segundo, en el de la Revolución Francesa. Podría tomarse 1789, entonces, como el año en el que ambos procesos confluyen dando lugar a la doble revolución, al menos simbólicamente, ya que, como afirma Hobsbawm, para 1780 "las fuerzas sociales y económicas, y los instrumentos políticos e intelectuales de esta transformación, ya estaban preparados en todo caso en una parte de Europa lo suficientemente vasta como para revolucionar al resto" (2007, p. 10).

Siguiendo al mismo autor, debemos tener en cuenta que el mundo en 1780-1790 era radicalmente distinto del nuestro. En términos geográficos, demográficos e incluso anatómicos, el mundo de Restif de la Bretonne era, desde la perspectiva de los europeos, más pequeño que el nuestro. En primer lugar, si bien el proceso de exploración ultramarina se encontraba avanzado —la superficie de los océanos ya había sido cartografiada, como así también los principales contornos continentales— y continuaba desarrollándose en la figura de exploradores como el británico James Cook o el francés Louis Antoine de Bougainville, "fuera de unas escasas áreas […] el mapa del mundo consistía en espacios blancos cruzados por las pistas marcadas por los mercaderes o los exploradores" (2007, pp. 15-16); esto explica, como se verá en el siguiente capítulo, que todavía se encontraran disponibles algunos espacios geográficos para la utopía, aunque en franco retroceso. En segundo lugar, no sólo la población mundial era menor en términos absolutos, sino que también variaba su distribución relativa: la proporción de asiáticos y africanos era mayor que hoy, la de europa era menor (aproximadamente 187 millones en 1800) y la americana mucho menor: "Aproximadamente, en 1800, dos de cada tres pobladores del planeta eran asiáticos, uno de cada cinco europeo, uno de cada diez africano y uno de cada treinta y tres americano y oceánico" (2007, p. 16). En tercer lugar, no ya el mundo, pero sí los europeos, tenían una contextura física más baja y más delgada que la actual, dato aparentemente irrelevante pero que arroja luz sobre dos cuestiones: por un lado, es un indicador de las

transformaciones en las condiciones de vida de los europeos como consecuencia de la industrialización y el perfeccionamiento de la producción agrícola; por el otro, contribuye a comprender la fascinación de los europeos por el presunto gigantismo de los pueblos de ultramar, particularmente exacerbada en el caso de los pueblos del extremo sur del continente americano.

Pero el mundo de Restif de la Bretonne era al mismo tiempo notoriamente más grande que el nuestro, al menos en la medida en que la precariedad relativa de las comunicaciones redundaba en menor potencia humana frente a la resistencia de la naturaleza. Cabe destacar que, de igual manera, el mundo era significativamente más pequeño de lo que lo había sido, por ejemplo, para Francis Bacon en el siglo anterior o para Thomas More otro siglo atrás. Con todo, en este contexto, para los europeos metropolitanos "el resto del globo era asunto de los agentes de gobierno y materia de rumor" (2007, p. 18), lo que constituye otro factor de productividad utópica por cuanto afecta los cánones vigentes de verosimilitud en una sociedad cuyo sentido histórico de lo conocido y lo desconocido difería profundamente del nuestro.

No sólo se trata de un mundo diferente en cuanto a su tamaño relativo sino también en cuanto a su organización y desarrollo. La Revolución bautizó con el nombre de *Ancien Régime* (Antiguo Régimen) a la formación económico-social vigente en el reino de Francia hasta 1789. El mismo era el resultado de la articulación histórica de diferentes elementos. El primero de ellos es el feudalismo. Las sociedades europeas de la época de la doble revolución eran predominantemente rurales y al menos cuatro de cada cinco personas eran campesinos, proporción que en el caso de Francia era del 85 por ciento. El sector urbano incluía tanto a la población que vivía en las grandes ciudades de Europa occidental —Londres, con casi un millón de habitantes, París con casi la mitad, y otras pocas con cifras semejantes— como así también a las pequeñas ciudades de las provincias, que eran en las que radicaban la mayor parte de la población urbana y que, a la vez, se encontraban insertas en la economía y la sociedad circundantes, es decir, rurales. Restif de la Bretonne fue protagonista de la migración entre estas diferentes realidades.

El predominio de la vida rural es lo que explica la centralidad que tenía el problema agrario y que una de las constantes de las revoluciones burguesas hasta las de 1848-1852 haya sido la relevancia histórica de la acción del campesinado (relevancia que continuó en las revoluciones socialistas del siglo XX, basta pensar en los casos de Rusia y China para tomar dimensión de la misma), capaz de inclinar la balanza en uno u otro sentido político dependiendo, entre otras cosas, de los complejos sistemas de alianzas en la lucha de clases. Sin embargo, no todas las economías campesinas son iguales y, para entender la especificidad del caso, es necesario tener en cuenta que Francia formaba parte de un complejo económico cuyo centro radicaba en Europa occidental (Vovelle, 1984, p. 21), y que

puede ser dividido en tres sectores: las colonias ultramarinas europeas, donde la mano de obra se conformaba de indígenas reducidos a alguna forma de servidumbre y de africanos esclavizados; Europa oriental, donde el sometimiento de los siervos había recrudecido como consecuencia de la llamada "segunda servidumbre", y Europa occidental, en la que el campesinado, si bien gozaba de mayor libertad, seguía siendo la principal clase explotada mediante formas feudales de coerción extra-económica[21]. Francia se ubicaba en este último sector y formaba una especie de eslabón intermedio entre el sistema inglés —donde la lógica del capital había penetrado en la agricultura más que en ningún otro territorio— y el recrudecido sistema feudal de Europa oriental. El feudalismo de la Francia de Restif de la Bretonne no era el de la Edad Media, ya que su pervivencia se veía atenuada en varios aspectos como la declinación del poder político territorial de la nobleza a causa de la consolidación del Estado absolutista, una mayor autonomía relativa de los campesinos, una declinación de la exclusividad ideológica de la Iglesia Católica en particular y del cristianismo en general; a la vez que cobraban relevancia nuevas fuerzas históricas, como el crecimiento absoluto y relativo de las ciudades y la población urbana, el papel de la burguesía como clase poseedora de capital —y, por lo tanto, fuente de financiamiento para el Estado—, y la aparición de un grupo de intelectuales, en el sentido gramsciano, que buscaban ganar espacio en el gobierno, entre otros.

Necesariamente imbricado con el feudalismo, un segundo elemento del Antiguo Régimen francés lo constituye la división tripartita de la sociedad en órdenes o estamentos jerárquicos. El primero de los cuales estaba compuesto por los distintos niveles del clero: el alto clero, más cercano por su posición económica a la nobleza, y el bajo clero, más cercano al Tercer Estado; división que en gran medida se tradujo en posiciones divergentes de los eclesiásticos ante el proceso revolucionario (rechazo de los primeros y apoyo de los segundos). De conjunto, este orden acaparaba entre el 6 y el 10 por ciento de las tierras cultivables. Por debajo del clero, se encontraba otro estamento privilegiado, la nobleza, que poseía el 30 por ciento de la tierra cultivable y era la clase explotadora por definición. Este grupo también estaba atravesado por subdivisiones internas: la primera podemos marcarla entre, por un lado, la llamada *noblesse d'épée* (nobleza de espada), que formaba la aristocracia nobiliaria pero su poder y su legitimidad guerrera habían menguado frente al Estado absoluto, al tiempo que declinaba económicamente; y por el otro lado, la *noblesse de robe* (nobleza de toga), cuyos miembros carecían de la estirpe de la nobleza de espada y

21 Vovelle (1984, p. 12) afirma que "lo más importante —e indudablemente lo que constituye la sobrevivencia más notable de formas medievales— es el peso de tributos feudales y señoriales que recaían sobre la tierra, y que recuerdan la propiedad «eminente» que detentaba el señor sobre la tierra que, en realidad, poseían los campesinos. Efectivamente, esas cargas variadas y complejas, constituían lo que los juristas, en su jerga profesional, llamaban «complejo feudal» *(complexum feudale)".*

habían accedido a su posición mediante la adquisición de cargos al servicio de la Corona, mecanismo que había propiciado el ascenso social de muchos burgueses. Otra subdivisión posible es la que oponía a la nobleza parasitaria de Versalles, cuyo nivel de vida se sostenía mediante endeudamiento, con la nobleza media provinciana, venida a menos a pesar de su antiguo linaje. En cualquier caso, poco quedaba de la antigua nobleza guerrera característica del medioevo. Puede señalarse, además, que si bien existía un sector rentista dinámico dentro de la nobleza, "caldo de cultivo de esa «clase propietaria» de la que hablan los fisiócratas" (Vovelle, 1984, p. 17), la actitud general de este estamento ha sido la de la llamada reacción aristocrática, es decir, la defensa acérrima del sistema feudal y nobiliario.

El estamento restante era el Tercer Estado, las clases no privilegiadas de la sociedad o el "pueblo llano", por lo que carecía de un principio de unidad positivo, característica que, como se verá, se encontraba en la base de la posibilidad de articular una ideología en clave de "pueblo" como motor de la revolución, factor indispensable para la construcción de hegemonía de la burguesía. Pero esto tiene su necesaria contraparte: para realizarse en la historia, la ideología burguesa no se manifiesta de manera pura, debe expresarse a través de formas, sentidos y símbolos que la mayoría de las veces no le pertenecen en su origen ni controla por completo en su dinámica social y política.

En cuanto a su composición, el elemento mayoritario del Tercer Estado era el campesinado. El mismo abarcaba desde el sector más desposeído, en un extremo, hasta el sector de campesinos propietarios de sus tierras, en el otro. En el primer caso se trataba de campesinos que trabajaban las tierras del señor, y estaba integrado por los trabajadores rurales —"peones" o "braceros"— y los medieros —pequeños agricultores que compartían las cosechas con el propietario de las tierras—, que formaban la masa del llamado "campesinado consumidor", es decir, que no producía lo suficiente para cubrir sus necesidades (Vovelle, 1984, p. 19). En el otro extremo se ubicaban los campesinos que, aun cuando se encontraran en relación de dependencia con algún señor, eran propietarios de sus tierras. Hay casos en los que es muy difícil diferenciar claramente este sector ya que se superponen características propias tanto del campesinado, de la burguesía y de la pequeña nobleza provinciana. A este grupo complejo pertenecía, como se verá en el siguiente apartado, la familia De la Bretonne, que había comprado las tierras de las que vivía, combinaba trabajo familiar y ajeno (jornaleros agrícolas, mucamas, etc.) y que, al menos en el caso de De la Bretonne, jugaba con la idea de una ascendencia noble.

Otro elemento del Tercer Estado lo constituían las clases o sectores urbanos que, estrictamente hablando, significaba entre el 5 y el 10 por ciento de la población, y *grosso modo* se dividían entre la burguesía, como el sector mejor posicionado, y la "plebe urbana", que en gran medida se constituyó posteriormente como la masa de la *sans-culotterie*. Se trata del estamento más variado y complejo en cuanto a su composición, incluso cuando nos

limitemos a sus clases urbanas. Efectivamente, de la mano del argumento de Mousnier sobre la impertinencia de los análisis de clase viene el de la inexistencia de la burguesía como clase social. Se afirma que esta clase, en su acepción actual, no existía en 1789, y esto a causa de que no puede encontrarse un grupo coherente y cohesionado, propietario de los medios de producción —industriales, preferentemente—, con aspiraciones claras al control del Estado para la concreción de fines racionales conocidos de antemano. Es importante considerar que “hasta el momento, al menos, ninguna de las grandes revoluciones sociales modernas, tanto burguesas como socialistas, ha sido realizada por un sujeto unificado de clase que exigiera un orden social totalmente nuevo” (Therborn, 2005, p. 90). De manera que aquí tampoco se supone la existencia de tal sujeto para hablar de burguesía o de revolución burguesa. El concepto de burguesía en la Francia de De la Bretonne remitía, ante todo, a una realidad compleja, dinámica y pluriforme.

Siguiendo a Vovelle (1984, pp. 20-21), podemos decir que la clase burguesa urbana se dividía en varios subgrupos con diferentes fuentes de ingresos y roles sociales. Muchos burgueses obtenían una parte significativa de sus ingresos a través de la renta de la tierra, más que de las ganancias comerciales. Este grupo buscaba ascender socialmente comprando tierras, propiedades o títulos reales, lo que les otorgaba nobleza hereditaria. Un subgrupo particular de esta clase, el que verdaderamente se autodenomina "burguesa", vivía exclusivamente de sus rentas y adoptaba estilos de vida similares a los de la nobleza. En contraste, la mayoría de los burgueses se dedicaba a actividades productivas, agrupándose en pequeños comerciantes y artesanos, ya sea de manera independiente o como miembros de gremios. En los puertos importantes como Nantes, La Rochelle, Burdeos o Marsella, había empresarios y comerciantes involucrados en el comercio de ultramar, mientras que los banqueros y financieros se concentran en ciudades como París y Lyon. Aunque existe un sector de burguesía industrial compuesto por empresarios y fabricantes, su influencia es secundaria, ya que las técnicas modernas de producción recién estaban dando sus primeros pasos. En este contexto, predominaba el capitalismo comercial, representado por grandes comerciantes de productos textiles, que gestionaban la producción dispersa de fabricantes tanto urbanos como rurales. Finalmente, la burguesía también abarcaba a las profesiones liberales (abogados, notarios, médicos, etc.), que desempeñarían un papel central en la Revolución. Aunque su posición dentro del Antiguo Régimen podría sugerir una defensa del mismo, mantenían una independencia ideológica que sería clave para articular un programa que unifique a distintos sectores sociales en la lucha revolucionaria.

Otro elemento urbano del Tercer Estado, más o menos imbricado con el anterior, lo constituía la plebe o los sectores populares. Sus límites no estaban claramente definidos con los de la burguesía, ya que se componía tanto de un sector asalariado o de distintas

formas de trabajo basadas en la explotación, como de un sector propietario, generalmente conocido como “pequeño burgués” y que, en consonancia con su situación estructural, no tenían una ideología diferenciada: “Artesanos y minoristas, también sus compañeros, que comparten los talleres, son ideológicamente dependientes de la burguesía, aun cuando tengan sus propios objetivos en la lucha. *A fortiori*, sería prematuro esperar una conciencia de clase autónoma del asalariado urbano” (Vovelle, 1984, pp. 20-21).

Un tercer componente del Antiguo Régimen, indispensable para comprender la sociedad de De la Bretonne, lo constituía el absolutismo monárquico, pieza clave de la articulación contradictoria entre las viejas y las nuevas fuerzas y, por lo tanto, escenario central de la crisis que significó el final del Antiguo Régimen. Según Perry Anderson el absolutismo fue “un aparato reorganizado y potenciado de dominación feudal […] nunca fue un árbitro ente la aristocracia y la burguesía ni, mucho menos, un instrumento de la naciente burguesía contra la aristocracia: fue el nuevo caparazón político de una nobleza amenazada” (Anderson, 1998, p. 12). Esta amenaza provenía del campesinado y de la memoria de los levantamientos y rebeliones que signaron la historia europea moderna. La forma del Estado absolutista en Occidente surge de una doble determinación: su estructura central fue configurada por el reagrupamiento feudal frente al campesinado después de la disolución de la servidumbre; estaba a su vez secundariamente sobredeterminada por el crecimiento de la burguesía urbana, que —tras una serie de avances técnicos y comerciales — expandía ya considerablemente las manufacturas preindustriales (1998, pp. 17-18). Sin embargo, nunca se produjo un desplazamiento político de la nobleza en el Estado absolutista, su naturaleza feudal frustraba constantemente sus promesas al capital; la dominación del Estado absolutista era entonces “la dominación de la nobleza feudal en la época de la transición al capitalismo. Su final señalaría la crisis del poder de esa clase: la llegada de las revoluciones burguesas y la aparición del Estado capitalista” (1998, p. 37).

La autonomía relativa del Estado absolutista respecto de su base social fue un factor determinante para el estallido de la crisis revolucionaria. En palabras de Vovelle (1984, p. 17): “Entre absolutismo y sociedad de órdenes no hay coincidencia total, pues los privilegiados se anticiparán a la verdadera Revolución con una fronda[22] contra el absolutismo real”; es decir que la crisis comenzó con la ruptura del lazo entre nobleza y monarquía. Esta reacción aristocrática es doble; por un lado, la “reacción señorial” consiste en la recuperación de antiguos derechos feudales, la apropiación de las tierras colectivas y la negación de los derechos de las comunidades rurales; por otro lado, la “reacción nobiliaria” supuso el reforzamiento del monopolio aristocrático sobre el aparato de Estado,

22 Las frondas fueron una serie de revueltas ocurridas en Francia en 1648-1653, protagonizadas por la nobleza y sectores populares, que buscaban limitar el poder monárquico y fiscal de la regencia de Luis XIV.

cerrando filas frente a las aspiraciones de una burguesía en ascenso. Dejando del lado la excepción de Necker, banquero y plebeyo, “se acabaron los tiempos —ya en el reinado de Luis XIV— en que la monarquía absolutista extraía los agentes superiores de la «vil burguesía», según la expresión de Saint-Simon” (1984, p. 17). Una vez desatada la crisis por la desestructuración del sistema de sobredeterminaciones del absolutismo (relación entre nobleza, campesinado y burguesía), fue la burguesía, con sus heterogeneidades quien dotó a la Revolución de su programa. La filosofía de la Ilustración se extendió y, traducida en fórmulas simples (libertad, igualdad, felicidad, gobierno representativo, etc.), encontró en la crisis de 1789 una oportunidad única para consolidarse (Vovelle, 1984, pp. 21-22). De este universo ideológico nos ocupamos en el siguiente apartado.

2.2. Ilustración (condiciones particulares de producción)

Las condiciones histórico-ideológicas concretas en las cuales De la Bretonne produjo su obra son las de la Ilustración, que surgió como una corriente crítica enfrentada con el bloque intelectual tradicional, cuarto elemento del Antiguo Régimen, basado en la hegemonía de los intelectuales eclesiásticos y regido por el principio de autoridad, al que los nuevos intelectuales consideraban un engranaje en la máquina del despotismo y una fuente de oscurantismo y prejuicios. Si bien es indiscutida la pertenencia de Restif de la Bretonne a la Ilustración, esto no nos dice casi nada mientras no se especifique qué se entiende por Ilustración y en qué términos se define la pertenencia o adscripción a la misma.

Mayos (2007, pp. 12-14) advierte sobre los problemas causados por la centralidad que tuvo en el mismo la interpretación filosófica de la *Aufklärung* alemana y se manifiesta en dos tipos de lecturas problemáticas sobre el asunto: en primer lugar, las visiones suprahistóricas, que tienden a ver en la Ilustración una constante de la historia de la humanidad, son representativas de las mismas las interpretaciones de Friedrich Nietzsche, Theodor Adorno, Max Horkheimer y Peter Sloterdijk; y en segundo lugar, las visiones unilaterales que, más allá de su carácter crítico o apologético, son propensas al reduccionismo y se expresan, respectivamente, en las figuras de François Lyotard y Jürgen Habermas[23]. Para evitar este tipo de lecturas, es indispensable abordar el fenómeno desde un punto de vista histórico. Existe un mínimo consenso con respecto a que, a pesar de la multiplicidad de “ilustraciones” (nacionales y cronológicas), se puede identificar un proceso general que abarca desde la Gloriosa Revolución inglesa de 1688 hasta la Revolución Francesa de 1789, y que a grandes rasgos se desarrolla en tres movimientos:

23 El reduccionismo consiste en detenerse en un solo aspecto o lógica de la Ilustración; en el caso de Lyotard, el análisis se limita al problema de los grandes relatos, es decir la Ilustración como discurso totalizante; en el caso de Habermas, la mirada esta puesta sobre la Ilustración como esfera pública política.

> *Primero*, Gran Bretaña, junto con las Provincias Unidas holandesas, engendran la mayor parte de los valores fundamentales de la Ilustración. *Segundo*, estos son recibidos por Francia y "naturalizados" hasta llegar a perderse la memoria del origen británico u holandés. *En tercer lugar*, Francia los expande y difunde por Europa, donde son recibidos como "producto de importación" de un movimiento ya definido y, por lo tanto, en gran medida de una manera más libresca, extrangerizadora, elitista y "afrancesada": éste suele ser el caso del mundo germánico, Rusia, la Europa del Este, las penínsulas Ibérica e Itálica (2007, p. 20).

Si el inicio de la Ilustración suele fecharse, sin grandes discusiones, en torno la Revolución Inglesa o a la publicación dos años después del *Ensayo sobre el entendimiento humano* de John Locke, el final de la Ilustración es todavía objeto de discusión. Algunas fechas que pueden tomarse de referencia son: 1789, con el estallido de la Revolución; 1799 con el ascenso de Napoleón; 1804, con la fundación del Imperio o la promulgación del Código Civil; 1815, con el Congreso de Viena y el inicio de la Restauración; e inclusive, si se considera, desde una perspectiva amplia, la continuidad de la Ilustración en el caso alemán, el final de la misma se adentra en el siglo XIX. Para los fines de este trabajo es posible considerar, con Gonçal Mayos, que la misma culmina hacia 1808, junto con el auge del Imperio napoleónico. En cualquier caso, podemos afirmar que la Ilustración no comenzó antes de 1668 ni finalizó después de 1815.

Dentro de estos límites, Mayos (2007) distingue cinco períodos en los que puede organizarse la Ilustración y que se sintetizan en lo que sigue, a los fines de poder ubicar con precisión el lugar de Restif de la Bretonne en este proceso. Una primera etapa es la de los inicios, y abarca desde 1688, con la Gloriosa Revolución inglesa, hasta 1723, con la efectiva asunción de Luis XV, luego de la regencia del duque de Orleáns, verdadero fin de la era de Luis XIV. Las obras fundamentales de este momento se publicaron principalmente en Inglaterra y Holanda: *Pensamientos sobre el cometa*, de Pierre Bayle en 1682; Philo*sophia naturalis principia mathematica*, de Isaac Newton en 1687; y *Ensayo sobre el entendimiento humano, Dos tratados de gobierno* y *Cartas sobre la tolerancia*, de John Locke en 1690. Puede hablarse del surgimiento de un nuevo tipo de intelectual: el *free thinker* o librepensador, que se caracteriza tanto por la libertad del objeto o contenido de su pensamiento, como de la forma en que desarrolla su función: al margen del mecenazgo de los poderosos o las instituciones tradicionales. Este desarrollo fue de la mano del naciente "capitalismo de imprenta" y del crecimiento del mercado cultural que dio lugar a la moderna "opinión pública"; son claro ejemplo de esto las figuras de Pierre Bayle, Daniel Defoe y Jonathan Swift. Además, comienza a extenderse el movimiento a Francia, donde los principales referentes fueron: el Abbé de Saint Pierre con su *Proyecto para hacer la paz*

perpetua en Europa de 1713, Montesquieu con sus *Cartas persas* de 1721 y, finamente, Voltaire con sus *Cartas sobre los ingleses* (conocidas como *Cartas filosóficas*) de 1728.

El segundo período es el de la consolidación del movimiento, entre la toma de posesión de Luis XV en 1723 y el inicio de la publicación, en 1750, de *l'Encyclopédie* (la Enciclopedia), dirigida por Denis Diderot y Jean le Rond d'Alembert. Es un período de expansión en el que el liderazgo pasó principalmente a la primera gran generación de ilustrados franceses (Voltaire, Montesquieu y se agrega Prevost), si bien la vida cultural sigue dominada por Versalles. En este segundo cuarto del siglo XVIII se inició la época del despotismo ilustrado, caracterizado por la consigna “todo para el pueblo pero sin el pueblo”.

Con el inicio de la publicación de la Enciclopedia se inició la tercera etapa, que es la del triunfo de la Ilustración como movimiento y el comienzo de las autocríticas y discusiones internas, y que se extendió hasta la Declaración de Independencia de los Estados Unidos de América en 1774[24]. Es el momento en que la Ilustración francesa alcanzó su mayoría de edad y surgieron pensadores de la talla de Jean Jacques Rousseau, pero también coincide con la consolidación del predominio británico en el plano internacional. Por entonces Voltaire consagra un nuevo tipo de intelectual: un “librepensador —no necesariamente muy profundo — que no trabaja escondido sino públicamente, con todo tipo de obras 'de incidencia social': panfletos, cuentos, poemas sarcásticos, artículos críticos, diccionarios 'personalizados', y que […] se compromete con la tarea de crear consciencia crítica y liderar el nuevo fenómeno de 'la opinión pública'” (2007, p. 54). Un ejemplo de las perspectivas divergentes que conviven en este movimiento lo constituye el hecho de que mientras Voltaire defiende la propiedad privada y es reticente a afirmar que todos los seres humanos son iguales, como fue el caso de Rousseau, se mostró, por su parte, mucho más crítico con la religión a la que Rousseau valoraba como aglutinante de la sociedad. Destacan en este momento el fisiócrata François Quesnay; el naturalista pionero del evolucionismo Georges Louis Leclerc, conde de Buffon; los materialistas Julien Offray de La Mettrie y Claude-Adrien Helvetius; el empirista radical Étienne Bonnot de Condillac; el matemático y filósofo Jean le Rond D'Alambert; como así también la primera generación de políticos ilustrados, moderadamente reformadores, de los cuales los futuros ministros reales Jacques Turgot, Honoré Gabriel Riquetti (conde de Mirabeau), y Jacques Necker son los principales ejemplos. Por último, en el plano artístico, comenzó el auge del neoclasicismo, que comenzó a reemplazar al rococó y luego se convirtió en el arte oficial de la Revolución.

El cuarto periodo es el que se extiende entre dos revoluciones burguesas: la norteamericana de 1774 y la francesa de 1789. La Ilustración se encontraba ya consolidada y había obtenido el reconocimiento popular y cortesano. Colbert y Turgot ya eran ministros

24 La misma fue ratificada en el año de 1776, que es el que habitualmente se toma como referencia.

reales en ese entonces, lo que daba respaldo a la ilusión ilustrada de que podía transformarse la sociedad de manera pacífica, sin romper con el orden político vigente. Este esquema pervivió hasta que la realidad de la Revolución Francesa lo demostró inviable. Sin embargo, la escena fue principalmente ocupada por el caso norteamericano, cuya orientación ilustrada se encarnó principalmente en la figura de Benjamin Franklin quien, junto con Madison, Hamilton, Jefferson y Jay, encaja mucho mejor en el ideal de intelectual burgués, por cuanto además de adscribir ideológicamente a la Ilustración, es también un propietario burgués. La relativa modestia que se observa en los partidarios de la Gloriosa Revolución inglesa o de la Independencia de las trece colonias norteamericanas es compartida por la mayoría de los ilustrados del momento, y encuentra su principal diferencia con las posiciones más radicalizadas y con la dinámica de la Revolución Francesa en el hecho de que defienden, ante todo, una igualdad de tipo formal, política y no social. También se asistía a los primeros pasos de la Revolución Industrial, contraparte necesaria de las revoluciones burguesas en el nivel político. Es en este clima político e intelectual que Restif de la Bretonne produce la mayor parte de su obra, incluido *El descubrimiento austral* y que, como se verá, constituye una de sus expresiones más radicales.

Por último, la Ilustración se desplegó en una quinta etapa atravesada por la experiencia de la Revolución Francesa y su conclusión durante el Imperio de Napoléon Bonaparte. El arco temporal abarca desde 1789 hasta aproximadamente 1808. Más allá de las discusiones de periodización, lo cierto es que en esta etapa la Ilustración se vio afectada profundamente por la experiencia de la Revolución, que la rebasó e hizo estallar todas sus contradicciones hasta entonces latentes:

> El ideal inicial de una metamorfosis social y política tan completa como pacífica es sustituido por la percepción de la necesidad de un mínimo de violencia. […] Pronto la revolución comienza a devorar a sus hijos: primero son apartados realistas moderados como Mirabeau, Necker, La Fayette; después republicanos sinceros pero liberales como Concorcet (que, perseguido, se suicida), Paine (que vuelve a América) y Sieyés (que debe callar y sobrevive como puede). Más adelante, radicales “embarazosos” como los descristianizadores herbertistas, Olympe de Gouges y *sansculottes* más anarquizantes (son guillotinados durante el Terror). Finalmente, los mismos Robespierre, Danton o Saint Just son guillotinados. También podemos incluir los numerosos republicanos o liberales sinceros —más o menos moderados— que, si bien pueden salvar la vida, deben experimentar en cambio la toma del poder por Napoleón y la creación de su régimen policial (2007, pp. 75-76).

Es necesario evitar la tendencia que identifica, de manera simplista, Ilustración con Revolución Francesa. De hecho, durante la Revolución Francesa “aparacen ya conflictos que los estudiosos describen como proletarios, socializadores o anarquizantes” (2007, p.

81). Del mismo modo, aparecieron también términos nuevos, como democracia, soberanía popular, nación, derechos humanos, fraternidad, solidaridad e incluso de total igualdad de los ciudadanos, en torno a los cuales comenzó a gravitar el proceso ideológico. Sería anacrónico evaluar entonces a un ilustrado situado en una de las etapas anteriores con los criterios que sólo pueden ser planteados como consecuencia de un desarrollo histórico posterior, a saber, la nueva dinámica social y política inaugurada por la Revolución Francesa. Las figuras que resaltan en esta etapa son las del norteamericano Thomas Paine y el radical Marat, quienes según Mayos son de los pocos que enlazan los últimos dos períodos —junto a Restif de la Bretonne, agregamos—; y ya ubicados en la última etapa encontramos también a Olympe de Gouges, Georges-Jacques Danton, al grupo de los "ideólogos" —Destutt de Tracy, Pierre Jean Georges Cabanis y Maine de Biran—, al marqués de Sade, y a los británicos Jeremy Bentham, David Ricardo y Thomas Malthus. Por entonces, la dinámica política había trascendido la situación y los conflictos originales de la Ilustración, y al insertarse de lleno en el siglo XIX, en un nuevo escenario político y social, la misma comenzó a sufrir críticas —desde adentro y desde afuera— y terminó por experimentar una suerte de bifurcación: *grosso modo* se abrieron dos líneas críticas: por un lado, las tendencia radicales y socializadoras, por el otro, la crítica romántica. También encuentra continuidad en el desarrollo posterior del liberalismo, ya no crítico, sino apologético de la nueva sociedad. Y, finalmente, "la aparición de nuevas filosofías sistemáticas y metafísicas como el idealismo alemán, no puede sino sorprender completamente a los últimos ilustrados clásicos (como el viejo Kant)" (Mayos, 2007 p. 88).

Las transformaciones producidas a partir de la Ilustración no se limitaron al plano del contenido de las ideas sino que también afectaron la forma de la producción de las mismas, alterando así los lineamientos básicos del proceso ideológico como totalidad. Con notoria lucidez, Adam Smith se refirió a este proceso en los siguientes términos:

> En la sociedad opulenta o comercial, además, pensar o razonar se vuelve, como cualquier otro empleo, un negocio particular, ejercido por muy pocas personas que dotan al público de todo el pensamiento y la razón poseídos por las vastas multitudes que trabajan. Tan sólo una parte muy pequeña del conocimiento de una persona común y corriente ha sido producto de la observación o la reflexión personal. Todo el resto ha sido comprado, igual que sus zapatos o sus medias, a aquellos cuyo negocio consiste en elaborar y preparar para el mercado esta clase especial de mercancías (Outram, 2009, p. 21).

Se trata de la transición del feudalismo al capitalismo en el nivel de la ideología, lo que tuvo múltiples consecuencias como la penetración de las relaciones mercantiles al interior de la producción intelectual y literaria, la circulación del libro como mercancía, la

emergencia de un estrato de escritores que vivían de y para el mercado, ya no en relaciones de mecenazgo, la vulgarización de las lecturas, entre otras. Esta nueva dinámica entró, primero, en competencia y, más tarde, en abierta contradicción con la lógica tradicional del bloque intelectual del Antiguo Régimen, trastocando también la composición de clase del mismo. Al respecto Franco Venturi (2014, p. 70) sostiene que:

> Burgueses, por supuesto, son todos los enciclopedistas... Pero no grandes burgueses... Tampoco pertenecen a esa pequeña y mediana burguesía que tan bien representará la *sans-culotterie* y de la que surgirán los pioneros de la revolución industrial. Juristas, médicos y profesores, ingenieros, altos funcionarios civiles y militares, eruditos, técnicos especializados, todos se sitúan exactamente a mitad de camino entre la grande y la mediana burguesía, bastante cerca de las capas sociales más elevadas —de cuya incapacidad son jueces bastante certeros— para aspirar a suplirlas en su tradicional papel de dirigencia, pero no tan lejos del pueblo trabajador como para carecer de una noción exacta de los problemas reales que enfrentaba la nación. En definitiva, estaban en una buena posición para concebir una solución técnica para esos problemas y para ciertas veces ponerla en práctica, sin por eso esperarse una revolución general.

Por su parte, Dorinda Outram (2009, pp. 30-31) afirma que los resultados de la investigación histórica de las últimas décadas han debilitado la imagen de la Ilustración como obra de un pequeño grupo de grandes pensadores. De hecho, la mayoría de los libros más leídos del siglo XVIII fueron escritos:

> […] muchas veces por hombres y mujeres cuyos nombres nunca se mencionan en la lista de los grandes pensadores ilustrados. Esos autores eran escritores profesionales que producían para un mercado comercial de la palabra escrita, redactando por encargo libros y panfletos sobre temas que iban desde el escándalo político hasta la pornografía, pasando por artículos periodísticos, reseñas de otros libros, obras para niños, novelas, guiones teatrales y libretos de ópera, sin excluir reelaboraciones de romances medievales para los públicos rurales de las ediciones de libros económicas, además de la divulgación de la ciencia y los libros de viajes. Fueron estos escritores, más que la elite, como Diderot y Voltaire, los que produjeron el grueso de lo que efectivamente se leía en la Ilustración.

En este contexto proliferaba la cultura del impreso, en la forma de ediciones económicas al alcance de un público cada vez más amplio y alfabetizado, y en el que se desarrollaban prácticas de lectura individual, solitaria y silenciosa, ya no es una lectura grupal, hacia afuera, sino personal y hacia adentro. En simultáneo a esta individualización se desarrollaban también diversos ámbitos de sociabilidad (salones, cafés, clubs, sociedades literarias, logias masónicas, imprentas, periódicos, etc.) que están en la base del

surgimiento de la moderna noción de “opinión pública”, es decir, de un “espacio de la crítica libre donde se opera una politización progresiva contra la monarquía del Antiguo Régimen, de prácticas culturales que el Estado había captado en un tiempo para su propio beneficio, o que habían nacido, como reacción a su influencia, en la esfera de lo privado” (Chartier, 1992, p. 62). Esta comunicación propone una igualdad esencial entre todos sus participantes. En la esfera pública política, no se reconocen las distinciones de órdenes o estamentos que estructuran la sociedad jerárquica. En el proceso de intercambio de ideas, la crítica y la confrontación de opiniones, se asume una igualdad inicial entre los individuos, donde la única diferencia radica en la solidez y coherencia de los argumentos presentados (Chartier, 1995, p. 34).

Otra de las transformaciones derivadas de la Ilustración y el aburguesamiento de la producción ideológica es el cambio de composición de las lecturas. La literatura religiosa es desplazada en cantidad e importancia por novelas, libros de divulgación científica o literatura de viajes, real o fantástica:

> Mientras que las obras religiosas, sin discriminar las categorías, constituían la mitad de la producción impresa parisiense a fines del siglo XVII y una tercera parte en la década de 1720, sólo llegan a una cuarta parte a principios de los años 1750 y a una décima parte en la década de 1780. Como el sector de las otras grandes categorías bibliográficos (derecho, historia, letras) permanece más o menos estable a lo largo de todo el siglo, las ciencias y las artes, cuyo porcentaje se duplica entre 1720 y 1780, son las grandes beneficiarias de la retracción del libro de liturgia y devoción (Chartier, 1995, p. 84).

Por ultimo, diremos que la penetración de la Ilustración en las clases sociales que estaban fuera de las élites y fuera de las ciudades se realizó en gran medida a través de distintas formas de circulación del impreso que se habilitaban a partir de la extensión de la lógica mercantil, la más célebre de las cuales la constituye la *Bibliothèque Bleu* (“biblioteca azul”), bautizada así a causa del color de sus impresiones. La consecuencia de esta vulgarización de la producción ideológica fue la difuminación de la línea que separaba la alta y la baja cultura, cada vez más preocupante desde la perspectiva del bloque tradicional.

En cuanto al contexto específico de la literatura utópica, siguiendo a Trousson (1995), puede organizarse en torno de cuatro puntos. En primer lugar, el siglo XVIII es la “edad de oro” de la utopía: “Relativamente poco frecuente hasta el fin del siglo XVIII, parece de repente proliferar. A la fantasía de los escritores corresponde la demanda de los lectores, ya que […] ciertos años ven aparecer hasta treinta de estos relatos” (Trousson, 1995, p. 161). Por su parte, Ory profundiza en este crecimiento de la producción utópica:

> En cuanto a la utopía, el primer dato es el cuantitativo: su producción no deja de crecer a lo

> largo de toda la época clásica. En el siglo XVI no encontramos ninguna utopía en lengua francesa, pero hay siete utopías en latín, español, italiano y alemán. En el siglo XVII hay veinticuatro, y de ellas ocho están escritas en francés. En el siglo XVIII, por último, si consideramos como su final el año 1789, contamos hasta sesenta y cuatro utopías y de ellas cincuenta y una están en francés. Todo esto demuestra la importancia creciente de tal producción y la importancia de la participación francesa: en el siglo XVIII prácticamente todas las utopías son francesas o poco menos. Es fácil ver a qué conclusión tan temeraria nos podría llevar el finalismo miope: la revolución francesa habría salido directamente de los textos utópicos. Lo que llama más la atención es la colonización de todas las formas narrativas por la utopía: teatro, novelas, cuentos filosóficos, relatos dentro de un relato, poemas didácticos... por eso pasa de la ficción a los discursos de reforma social como Le code de la nature de Morelly o Le Vray Système de Dom Deschaps (Ory, 1992, p. 46).

El género gozaba de gran aceptación por parte del público, aunque esto no reflejara la estima de los críticos profesionales, que no lo consideraban particularmente atractivo o digno de estima literaria. Pero no sólo es la edad de oro de la novela utópica en su forma más pura o característica, sino que también proliferan los proyectos utópicos y los tratados abstractos. Estas variantes del género, como se verá más adelante, también fueron cultivadas de manera especial por Restif de la Bretonne[25], combinándolas con utopías más o menos tradicionales. Se trata del florecimiento de lo que Cioranescu llamó “utopismo” y que trasciende en su manifestación las fronteras de un género literario específico.

En segundo lugar, en el siglo de la Ilustración no sólo se verifica un crecimiento cuantitativo de la utopía, sino que también se produjo una notable diversificación del género. Al respecto Trousson afirma que:

> La utopía en el siglo XVIII se presenta también como un instrumento de investigación de las «posibilidades» económicas y políticas. Por eso, encontraremos las variedades clásicas del género: pequeñas sociedades igualitarias y comunitarias, utopías estatistas y constrictivas junto a las descripciones anarquizantes o las tribus de «buenos salvajes», que casi hacen llorar de ternura a los corrompidos europeos que las descubren; apologías de los progresos científicos y técnicos o nostalgias de la bienaventurada sencillez natural; utopías burguesas basadas en el orden monárquico y la propiedad moderada... De los ensueños del marques de Lassay o de Varennes de Mondasse, que recuerdan singularmente a los principios «feudales» de un Boulainvilliers, pasaremos por el comunismo agresivo de un Morelly o de un Don Deschamps o los modelos de cooperación de un Restif para acabar en las utopías fisiócratas

25 Trousson afirma que: “Pensadores como el padre de Saint Pierre, el cura Meslier, Morelly (en el *Code de la Nature* [«Código de la Naturaleza»]), Mably, Linguet o Rousseau expresan sus ideas, no en utopías noveladas, sino en proyectos de legislación y reflexiones teóricas. Incluso una imaginación delirante como la de Restif de la Bretonne reservará, junto a sus utopías literarias, un lugar importante al utopismo en la serie de los «grafos»” (1995, pp. 161-162).

> de un Mercier de la Rivière o de un Grivel, comerciantes e industrializadas de un J.-B. de Say. Incluso veremos nacer ya el hastío y la desconfianza de la utopía... Desde luego, pocos siglos han explotado más los recursos del género. Siglo de deseos, investigaciones y críticas, el de la Ilustración encontró en la utopía un modo de expresión ideal (1995, p. 170).

Este éxito del género utópico se manifestó también en la proliferación de obras que sólo guardaban con la utopía una relación lateral, por cuanto se valían de sus aspectos formales para desarrollar otros tipos de relato. En muchos casos se buscaba renovar la alegoría moral o la crítica de las costumbres con elementos de la utopía, pero prescindiendo de la centralidad de la organización socio-política. Del mismo modo, muchas utopías perdieron la "seriedad": "Con frecuencia en lugar de construir, se limita a burlarse, arremeter ora contra un vicio ora contra una ridiculez. En lugar de reconstruir el mundo, algunos prefieren reírse de él. La utopía combinada con el viaje imaginario y lo fantástico, se presta a todos los delirios de la imaginación" (1995, pp. 163-164). Como se verá, son claras las muestras de esta tendencia en *El descubrimiento austral...*, será necesario tener en cuenta entonces que si se avanza demasiado por este camino, se llega a una ruptura en la que el elemento utópico se reduce a un marco vago y convencional. De hecho, cada vez más escritores cedían a la tentación de introducir aunque sea algún pasaje utópico en sus novelas. Quizá el ejemplo más característico e influyente sea el de *Gulliver's Travels* ("Viajes de Gulliver") publicado en 1726 por Jonathan Swift, pero la tendencia era generalizada e incluía autores como Montesquieu en las *Lettres persanes* ("Cartas persas") de 1721, Prévost en *Cleveland* de 1731, y también otros como Bernardin de Saint-Pierre, Denis Diderot, Jean-Jacques Rousseau y el Marqués de Sade.

En esta diversidad podemos identificar un tercer punto: se verifica una tendencia, a medida que avanzaba el siglo XVIII, a la proliferación de utopías de orientación "comunista" (en sentido amplio) en lo económico y deístas en lo religioso, en detrimento de las obras conservadoras y patriarcales, más propias de la primera mitad del siglo. Esta tendencia va de la mano de un cuarto punto a considerar: la orientación crecientemente práctica que va tomando el pensamiento utópico. Un síntoma de esta transformación lo constituye la aparición de la ucronía, pero también la proliferación de proyectos de legislación y movimientos que retoman ideas de la tradición utópica y las traducen en práctica política, como puede ser el caso de Babeuf. De la Bretonne encarna el crecimiento cuantitativo y la diversificación del género utópico, se ubica en la segunda mitad de orientación "comunista" y deísta, experimenta con la ucronía y los proyectos legistaltivos, y da cuenta de la creciente orientación práctica de la utopía.

2.3. El autor y su obra (condiciones específicas de producción)

> Me llamo el Compadre Nicolás. He sido pastor, vitañero, aprendiz de fraile, artesano, casado, cornudo, libertino, sabio, estúpido, espiritual, ignorante y filósofo. He escrito numerosas obras, la mayor parte malas, cosa de la que me he dado cuenta, pudiendo decirme a mí mismo que las he publicado sólo por la necesidad de vivir y de alimentar a mi mujer y niños (De la Bretonne, 1962, p. 31).

Así se presenta el autor, asumiendo el rol de personaje de *El descubrimiento austral,* ante el "australiano" que lo elije como historiógrafo de la lejana utopía francesa en la Patagonia. Esta descripción condensa los aspectos esenciales de su vida. A continuación se expone una breve biografía del mismo y luego nos detendremos en algunas obras fundamentales que servirán para terminar de ubicar a *El descubrimiento austral…* en el conjunto de sus determinaciones histórico-ideológicas.

2.3.1. El autor

Nicolas Edme Restif de la Bretonne nació el 23 de octubre de 1734 en la comuna francesa de Sacy en el seno de una familia campesina. Octavo hijo de Edme Restif, juez de paz y notario, casado con Barbe Ferlet, su segunda esposa y madre del escritor. En 1742 la familia se mudó a la granja La Bretonne (actualmente La Métaierie), comprada dos años antes por su padre Edme Restif y cuyo nombre fue posteriormente adoptado por el autor para dar cierto aire de nobleza a sus escritos.

En 1746 Nicolas fue enviado a Bicêtre, a cargo de su medio hermano Thomas en la "Escuela de coro del hospital", decisión en la que probablemente haya influido la escasa predisposición del autor para los trabajos rurales a causa de su debilidad física. Al año siguiente ambos debieron abandonar Bicêtre como consecuencia de la política anti-jansenista de Christophe de Beaumont, el nuevo arzobispo de París, y regresaron a Auxerre. Nicolas fue instalado en Courgis con su hermano padrino que era el párroco de la aldea y destinado al estado eclesiástico. En este período Nicolas aprendió latín, se enamoró de la hija del notario, Jeannette Rousseau, y comenzó a escribir sus cuadernos con contenido autobiográfico y poético, frecuentemente celebrando la belleza de Jeannette y otras chicas de Courgis.

En 1750 fue expulsado por insubordinación a la autoridad de su hermano, siendo llevado nuevamente a Sacy por su padre. En su estancia de dieciocho meses se dedicó al trabajo en el campo. Al cabo de la misma, en 1751, fue enviado nuevamente a Auxerre durante cuatro años para aprender el oficio de impresor en la imprenta de François Fournier,

quedando para ello a cargo de su esposa Marguerite Collet[26], mujer de veintiséis años de quien fuera luego amante. Este es un acontecimiento muy importante en la vida de Nicolas al que él mismo se refiere de la siguiente manera: "¡Mi querido lector! ¡Qué momento de mi vida, éste! ¡La corta en dos partes, absolutamente diferentes una de la otra!" (Testud, 2006)[27]. A partir de entonces, aprendió el oficio para luego trabajar como obrero tipográfico en diferentes imprentas de París.

En 1755 Nicolas concluyó su aprendizaje y, previa estancia en Sacy, se mudó a París, viviendo al principio con el marido de una de sus medias hermanas, Louis Beaucousin, un pastelero. Fue rápidamente contratado en la *Imprimerie royale* e instalado en las *Galeries du Louvre* con un salario de cincuenta centavos por día. En 1756 abandonó ese puesto para trabajar para el impresor Claude Hérissant, con quien permaneció hasta el año siguiente, cuando, tras haber sufrido su primera enfermedad venérea —algo que se repetirá con particular frecuencia a lo largo de su vida— cambió nuevamente de trabajo y entró en Knapen, imprenta del tribunal de Aides.

A fines de 1757 murió Marguerite Collet, lo que sumado a las muertes de Céfiro, "la joven prostituta que por amor abandona una rica situación y comparte con él trabajos y miserias y le da una hija", y Louiseau, "el idealista que despierta en él ideas nobles y generosas, que ha pasado noches y noches a su cabecera durante su enfermedad, que ha hecho su trabajo en la imprenta, que le ha presentado a Cefiro" (De la Bretonne, 1969, pp. 209-210), produjo una profunda crisis en Nicolas. A tal punto que, a finales de abril o principios de mayo de 1759, regresó a Sacy durante unas semanas en las que quiso hacerse sacerdote, al procesar lo ocurrido en términos de castigo divino. Si bien abandonó la idea pronto y en junio del mismo año salió hacia Dijon, donde trabajó en la imprenta Causse, y en septiembre ya estaba en París nuevamente, para E. L. Revol, el episodio da cuenta de "un germen de verdadera religiosidad en Restif" (1969, p. 18). Efectivamente, su obra en general, y la que es objeto de nuestro trabajo en particular, está atravesada por preocupaciones de orden moral y sobre la relación con la divinidad, en lo que puede observarse una impronta de su formación jansenista[28]. Sin embargo, se trata

---

26 En Marguerite Collet está inspirado el personaje de "M. Parangon" en *Le Paysan perverti* y *Monsieur Nicolas.*

27 Citado originalmente de: *Monsieur Nicolas*, t. I, p. 313.

28 Sobre este tema, Outram (2009, p. 158) afirma que: "[...] en la Ilustración casi todas las principales religiones desarrollaron movimientos reformistas generados en su interior. Mientras el luteranismo tenía el pietismo, el catolicismo tuvo el jansenismo y el anglicanismo, el metodismo. El elector Federico Guillermo usó el pietismo para sus propios fines, y el gran duque Pedro Leopoldo de Toscana utilizó a la facción jansenista para que llevara adelante sus planes de reforma eclesiástica, pese a la oposición de gran parte de la jerarquía católica. También en Austria el jansenismo fue un factor poderoso detrás de las demandas de reforma. Pese a que en muchos estados, como Francia, este movimiento era considerado una amenaza contra los poderes monárquicos".

fundamentalmente de una moral laica y de un pensamiento panteísta, ya que Nicolas prefirió "la dulzura de la religión que uno mismo se crea, la única que nace en el corazón" (1969, p. 209). Esta fue su última aproximación a la religión institucionalizada aunque no su última crisis personal.

Ya en París, esta vez no tuvo la misma suerte que antes y la falta de trabajo se convirtió en un problema. Dice De la Bretonne que "el trabajo entonces faltaba en las imprentas de París; los esfuerzos de mis amigos para procurármelo fueron inútiles, desde el 16 de septiembre, el día de mi llegada, hasta el 3 de noviembre siguiente" (Testud, 2006)[29]. En esta última fecha el viudo François Fournier le ofreció un lugar de protección en sus trabajos de impresión. Entonces Nicolás volvió a Auxerre, donde se encontró con Agnès Lebègue, que le alquilaba un departamento y con quien se casó prontamente, en abril de 1760, y tuvieron su primera hija casi un año después. Al poco tiempo la suerte de Nicolás parece cambiar y, finalmente, consiguió trabajo en París, primero en la imprenta Knapen y luego en la de la viuda Quillau, en ambas permaneció un corto período hasta ingresar nuevamente en la *Imprimerie royale.* En diciembre nació la segunda hija del matrimonio pero murió en 1762 a sus veintidós meses, mientras que en 1763 nació la tercera hija que murió a la edad de siete años y también en ese año murió su padre, Edme-Restif. En 1764 Nicolas entró en la imprenta de Quillau como protegido, al respecto nos dice que "Quillau era un hombre joven, todavía menor de edad, poco avanzado, cuya casa estaba por hacer. Tengo éxito, a fuerza de trabajo y precisión. En tres años de administración aumenté su imprenta de cuatro a doce prensas" (Testud, 2006)[30]. Ese mismo año nació en Sacy su cuarta hija.

Al año siguiente Nicolas comenzó la redacción de su primera novela: *La Famille vertueuse* ("La familia virtuosa"), cuya publicación, en 1767, significó un nuevo parteaguas en su vida. Si el primero dividió una etapa orientada hacia el sacerdocio de otra inaugurada por el aprendizaje y desarrollo del oficio de impresor, aquí comenzó una nueva etapa en la que se abocó de lleno al oficio de escritor. Sin embargo, en este caso el corte no es absoluto ya que, si bien Nicolas abandonó su lugar de protegido aun antes de saber el destino de su libro, la tipografía nunca dejó de ser una parte constitutiva de su vida, convirtiéndose en un rasgo característico del autor. En efecto, siguió asistiendo a talleres de impresión para participar de la producción de sus libros bajando así los costos, como fuente de ingresos adicionales e incluso, más adelante, montando su propia imprenta en su departamento. A tal punto estaban integradas las facetas de tipógrafo y escritor que se dice que algunas de sus obras fueron compuestas directamente en la prensa.

A partir de entonces, y en el marco de permanentes mudanzas y reiterados

29 Citado originalmente de: *Monsieur Nicolas*, t. II, p. 63.

30 Citado originalmente de: *Monsieur Nicolas*, t. II, p. 149.

problemas de salud, comenzó una desenfrenada producción que se llega a contabilizar en al rededor de doscientas obras[31]. A principios de 1769 publicó *La Fille naturelle* (“La hija natural”) y, a mediados del mismo año, *Le Pornographe, ou Idées d'un honnête-homme sur un projet de règlement pour les prostituées* (“El pornógrafo, o Ideas de un hombre honesto sobre un proyecto de reglamento para las prostitutas”), un tratado para reformar la prostitución que inauguró lo que se conoce como la serie de los “grafos” o de las “ideas singulares”, un conjunto de textos que tratan sobre la reforma de ámbitos específicos de la vida social. Por esta época comenzó asimismo la escritura de una de sus obras fundamentales: *Le Paysan perverti, ou Les dangers de la ville* (“El campesino pervertido, o Los peligros de la ciudad”), publicada seis años mas tarde. Al año siguiente publicó la segunda obra que compone la mencionada serie: *Le Mimographe, ou Idées d'une honnête femme pour la réformation du Théâtre national* (El mimógrafo, o Ideas de una mujer honesta para la reforma del Teatro nacional”).

En 1771 viajó nuevamente a Sacy para visitar a su madre que se encontraba en mal estado de salud y retornó a París cuando falleció. Para 1773, su esposa Agnès, que anteriormente había trabajado vendiendo telas para un comerciante en la zona de París, viajó a las provincias para cuidar la educación de dos niños. Al mismo tiempo, Agnès, su hija mayor, fue colocada en una tienda de moda junto a su tía. En febrero de ese año se publicó *La Femme dans les trois états de fille, d'épouse et de mère. Histoire morale, comique et véritable* (“La mujer en los tres estados de niña, esposa y madre. Historia moral, cómica y veridica”). Entre abril y mayo Nicolas hizo su último viaje a Sacy para vender a Pierre Restif, su hermano menor, el resto de su patrimonio de la granja familiar. El joven había quedado a cargo de la granja paterna y fue convertido en “Pierrot”, personaje de “El campesino pervertido” que, representado entonces como hermano mayor, encarnaba al campesino fiel a los valores tradicionales.

“El campesino pervertido” fue finalmente publicada en 1775, aunque en una versión adaptada a la censura. Ésta es la primera novela donde De la Bretonne desarrolla una utopía propiamente dicha —a diferencia de la serie de los *grafos*—, aunque la misma no abarca toda la novela sino una parte dentro de ella, la que corresponde a sus páginas finales. Este es un rasgo característico del autor, que no se limitó a las formas más rígidas del género, sino que el mismo se encuentra en permanente intercambio con otros géneros y

---

31 En lo que sigue se mencionan algunas obras, limitadas a las más significativas en cuanto a su importancia biográfica o literaria. Un listado, para nada exhaustivo, pero en el que constan la mayoría de sus obras fundamentales, puede consultarse en el siguiente enlace:

https://fr.wikipedia.org/wiki/Nicolas_Edme_Restif_de_La_Bretonne#%C5%92uvres_%28non_exhaustives%29

Asimismo, muchas de sus obras están disponibles, en francés, en el repositorio de la Biblioteca Nacional de Francia: http://gallica.bnf.fr/

recursos. La publicación de esta obra le da a De la Bretonne cierta notoriedad como escritor. Anteriormente, en febrero del mismo año, había publicado *Le Fin Matois, ou Histoire du Grand Taquin, traduite de l'espagnol de Quevedo* ("*Le Fin Matois*, o Historia de la vida del Buscón, traducida del español de Quevedo") que, como su título indica, es una traducción de la novela picaresca de Francisco de Quevedo, aunque con la particularidad de que De la Bretonne se tomó la licencia de "completarla" agregándole siete capítulos.

En 1776 salió a la venta *L'École des pères* ("La escuela de padres") aunque la misma quedó recortada por la censura. En el marco de una nueva mudanza y otra enfermedad venérea, vio la luz la tercera edición, ampliada, de "El pornógrafo", a la que le siguió la publicación de *Les Gynographes, ou Idées de deux honnêtes femmes sur un projet de règlement proposé à toute l'Europe pour mettre les femmes à leur place et opérer le bonheur des deux sexes* ("Los ginógrafos, o Ideas de dos mujeres honestas sobre un proyecto de reglamento propuesto a toda Europa para poner a las mujeres en su lugar y operar la felicidad de ambos sexos"). Al año siguiente comenzó a redactar y publicar los primeros volúmenes de la serie *Les Contemporaines, ou Avantures des plus jolies femmes de l'âge présent* (Los contemporáneos, o Avenuras de las mujeres mas bellas de la edad presente) compuesta de treinta volúmenes y concluida recién en 1792.

1778 es el año en que su hija Agnès dejó la tienda de moda y volvió a vivir con De la Bretonne. También es el año en que murió su hermano Pierre. A finales del mismo salió a la venta *La Vie de mon père* ("La vida de mi padre"), su obra más reimpresa. Al año siguiente, su esposa Agnès se encontraba viviendo en Île Saint-Louis donde enseñaba "trabajo de mujeres" a algunas estudiantes. De la Bretonne conoció entonces al dramaturgo Pierre-Augustin de Beaumarchais, con quien trabó amistad y le ofreció un lugar de protección en su imprenta de Kehl, donde se estaba por editar las obras de Voltaire. Durante todo este periodo su salud continuó deteriorándose y se publicaron varias de sus obras más reconocidas. En 1781 se publicaron nuevos volúmenes de "Los contemporáneos", y la utopía que constituye nuestro objeto de estudio: *La Découverte australe par un homme volant, ou Le Dédale français, nouvelle très philosophique* ("El descubrimiento austral por un hombre volador, o El Dédalo francés, novela filosófica") y otra obra de la saga de los *grafos*: *L'Andrographe, ou Idées d'un honnête homme sur un projet de règlement, proposé à toutes les nations de l'Europe, pour opérer une réforme générale des mœurs et, par elle, le bonheur du genre humain* ("El andrógrafo, o Ideas de un hombre honesto sobre un proyecto de reglamento, propuesto a todas las naciones de Europa, para llevar a cabo una reforma general de la moral y, por ello, la felicidad del genero humano").

En el siguiente año se publicó la tercera edición de "El campesino pervertido", la misma fue acompañada por ochenta y dos grabados y, además, se trata del texto original, censurado en la edición de 1775. También es el año en que De la Bretonne se reunió por

primera vez con Grimod de La Reynière, quien lo definiera como “uno de los más grandes pintores del siglo” (De la Bretonne, 1969: 217)[32], y entabló amistad con el igualmente prolífico Louis-Sébastien Mercier[33], autor de *L'An 2440, rêve s'il en fut jamais* (“El año 2440, sueño como jamás se conoció”), la primera ucronía (tipo de utopía en la que el desplazamiento espacial es reemplazado por el desplazamiento temporal como recurso de la ficción) que, como veremos en el siguiente apartado, ejerció una gran influencia en De la Bretonne, al punto de que él también escribió, veintiún años después, su propia ucronía.

A comienzos de 1783 se publicó *La Dernière aventure d’un homme de quarante-cinq ans* (“La ultima aventura de un hombre de cuarenta y cinco años”), historia de su amor por la joven Sara, a la que conoció en 1775 y con quien inició un romance en 1780. Vuelve a aparecer aquí un rasgo característico del autor, que valiéndose de personajes (como su hermano o Marguerite Collet) y acontecimientos extraídos de su experiencia, intercalaba y mezclaba elementos ficcionales con otros de carácter autobiográfico.

En 1784 De la Bretonne se encontraba preocupado por los peligros de sufrir la censura de “El campesino pervertido”, pero también de su obra más reciente *La Paysanne pervertie* (“La campesina pervertida”), que finalmente salió a la venta en 1785. Ese mismo año conoció al escritor Louis de Fontanes. Por entonces, Agnès se separó de Nicolas definitivamente y su hija, que recientemente se había separado también, se mudó con él. Este acontecimiento fue especialmente importante ya que derivó, tres años después, en una relación incestuosa entre ellos, lo que tuvo grandes consecuencias tanto a nivel biográfico como literario. En efecto, características como la relación con su hija —y con otras jóvenes a las que llamaba hijas—, su atracción fetichista por los zapatos femeninos —que dio origen al termino “retifismo”—, o el carácter “libertino” de muchas de sus obras terminan en ocasiones convirtiéndose en los elementos que dominan las caracterizaciones del autor y su obra.

En 1787 De la Bretonne conoció a Fanny de Beauharnais y comenzó a ser invitado a su salón todos los viernes. En el mismo entabló relaciones con muchas figuras de la “República de las Letras”, como Jacques Cazotte y Michel Cubières de Palmeseaux. El año de 1788, además de la deriva de la relación con su hija, fue testigo de otros sobresaltos en la vida de De la Bretonne, su sobrino Edme-Étiene Restif (hijo de Pierre), se mudó con él para aprender el oficio de impresor, y De la Bretonne, luego de una pelea con el dueño de su casa, se mudó a Rue de la Bûcherie nº11, su último hogar en París.

Sin embargo fue 1789, el año de la Revolución, el que terminó de sacudir la vida de

---

32 Tomado de: Grimod de la Reynnière. *Reflexions philosophiques sur le plaisir,* 1783.

33 En palabras del propio Mercier: “Proclamo públicamente que soy admirador entusiasta de Restif de la Bretonne. Y si un estilo natural, enérgico, conciso; si la originalidad y la fecundidad del genio, si un espíritu observador, si una moral profunda y valiente no justifican plenamente mi admiración, no sé entonces qué es lo que debe admirarse” (De la Bretonne, 1969, pp. 216-217; citado de: Sebastián Mercier. *Journal de Neuchatel*, octubre de 1781).

De la Bretonne. Desde diciembre del año anterior había empezado a publicar *Les Nuits de Paris ou le Spectateur nocturne*, ("Las noches de París, o El espectador nocturno"), en las que recopilaba sus experiencias de la noche parisina en los bajos fondos entre los años 1788 y 1794. Es una obra muy valorada por su predisposición para el abordaje desde la historia social, ya que, en consonancia con su obra precedente aunque de manera especialmente atractiva por el contexto revolucionario, introduce en la literatura de la Ilustración descripciones de primera mano de los sectores populares de París.

En 1790 salieron a la venta *Le Thesmographe, ou Idées d'un honnête homme sur un projet de règlement proposé à toutes les nations de l'Europe pour opérer une reforme générale des lois* ("El tesmógrafo, o Ideas de un hombre honesto para un proyecto de reglamento propuesto a todas las naciones de Europa para operar una reforma general de las leyes") y *Le Palais-Royal* ("El palacio real") que, como todas sus obras de este momento, se encontraban profundamente imbuidas del contexto revolucionario. Ese año también comenzó a imprimirse *Monsieur Nicolas, ou Le Cœur humain dévoilé* ("El señor Nicolas, o El corazón humano presentado"), obra de carácter autobiográfico[34] y de la cual se extraen gran parte de los datos aquí recopilados[35]. Por entonces, De la Bretonne adquirió una pequeña imprenta que instaló en su departamento. A partir de entonces comenzó a imprimir en su propia casa. No imprimía solamente sus novelas, sino que también intervino activamente en el proceso revolucionario mediante la publicación de panfletos, entre los cuales destacan sus seis panfletos del mismo año contra el padre Jean-Sifrein Maury, quien fuera un enérgico defensor ideológico del Antiguo Régimen, al punto que fue elegido como representante del clero en los Estados Generales de 1789.

Al tiempo adquirió una segunda prensa y comenzó a trabajar en asociación con su sobrino. En 1792 consiguieron un contrato para publicar el *Journal du Commerce de l'Europe et nouvelles des colonies réunies* ("Periódico de comercio de Europa y noticias de las colonias reunidos"), pero sólo publicaron los primeros números. Sin embargo, la revolución no fue portadora de buenas noticias para De la Bretonne, tanto en un nivel personal como económico y profesional. En efecto, en 1794 su hija dejo el hogar para irse a vivir con Louis Claude Victor Vignon, con quien tuvo un hijo, Frédéric-Victor Vignon, que luego adoptó el apellido de su abuelo, firmando sus obras como Vignon Restif de La Bretonne. Al poco tiempo ocurrió la muerte de su sobrino Edme-Etiene Restif a sus

34 Cabe destacar que De la Bretonne se ubica así en una tendencia de impresores que realizaron escritos autobiográficos y que incluye figuras como Thomas Platter, Thomas Gent, Benjamin Franklin y Charles Manby, entre otros. Robert Darnton, en *La rebelión de los obreros: la gran matanza de gatos en la calle Saint-Séverin,* destaca el valor historiográfico del fenómeno: "Como los impresores, o por lo menos los cajistas, debían ser medianamente instruidos para poder realizar su trabajo, se encontraban entre los pocos artesanos que pudieron relatar vidas de la clase trabajadora hace dos, tres y cuatro siglos" (Darnton, 1987, p. 84).

35 Testud, P. (2006), *Biographie succincte.*

veinticuatro años de edad. Para el año siguiente, De la Bretonne sobrevivía gracias al dinero que obtenía del fondo de ayuda creado por la Convención para apoyar a los profesionales de las letras que padecieran necesidades. Ese mismo año sufrió una grave crisis urinaria que lo dejó hospitalizado durante un mes, escenario que se tornó cada vez más frecuente como consecuencia de un estado de salud crecientemente deteriorado. En 1796 fue rechazado del Instituto Nacional, creado como consecuencia de la reorganización de las Academias del Antiguo Régimen. Para entonces sobrevivía con 5 libras de pan por día.

En 1798 su suerte pareció cambiar pero fue un fenómeno momentáneo. Su postulación para ocupar un cargo de profesor de Historia en la *École Centrale de Moulins* fue aceptada, pero para entonces De la Bretonne ya se encontraba trabajando en el Ministerio de Policía, en la oficina ejecutiva, con el rango de subjefe y un salario de 333 francos. Luego fue transferido a la Oficina de cartas interceptadas, encargada de controlar la correspondencia de los *émigrés*[36] y de los extranjeros. Sin embargo, el ascenso de Napoleón puso fin a este lapso de modesta prosperidad, ya que la reorganización del Ministerio de Policía, como consecuencia de un decreto del ministro Joseph Fouché, dejó a De la Bretonne sin trabajo, y sin más recursos que el subsidio para pan y carne de 1796 y, probablemente, una pequeña pensión del Ministerio. Por ese entonces fue incautada en su casa *Les Posthumes, lettres reçues après la mort du mari, par sa femme qui le croit à Florence, par feu Cazotte* ("Las postumas, cartas recibidas después de la muerte del marido, por su esposa que lo cree en Florencia, para el difunto Cazotte"), finalmente publicada gracias a Fanny de Beauharnais. En el mismo año se publicó *L'Anti-Justine ou Les délices de l'amour* ("La Anti-Justine o Las delicias del amor"), en clara polémica con *Justine ou Les Malheurs de la vertu* ("Justine, o Los infortunios de la virtud") de su enemigo el marqués de Sade, escritor también catalogado como "libertino" y "pornográfico" y cuyo apellido, al igual que el nombre de Restif, dio lugar al nombre de un comportamiento sexual atípico: el sadismo. Sin embargo, en su obra —y éste es el punto clave que lo separa y lo enfrenta a De la Bretonne— se avoca a la destrucción, no de éste o aquél precepto o sistema moral sino de la moral misma, lo que los ubica en una posición filosófica muy diferente: para Sade no debe haber límites a la satisfacción del deseo individual, De la Bretonne en cambio aboga por una perspectiva esencialmente moralista, aun cuando se trate una moral radicalmente distinta de la vigente.

En el nuevo siglo, De la Bretonne ya prácticamente no imprimió nada más, aunque seguía acumulando manuscritos. Fueron años duros tanto por su situación económica como por su estado de salud. Su amigo Michel Cubières de Palmeseaux escribió que "no podría

36 *Émigrés* o "emigrados" era la forma en que se llamó, a partir de 1791, a los nobles monárquicos exiliados de la Revolución Francesa. Algunos de ellos retornaron a Francia tras la proclamación del Primer imperio francés por Napoleón Bonaparte en 1804, otros recién lo hicieron en 1815, cuando finalmente fue restaurada la monarquía borbónica.

haber escapado de la miseria sin un ángel que bajara del cielo para aliviar al más respetable en la tierra, al genio en desgracia, y este ángel era Fanny de Beaucharnais […] Restif de la Bretonne murió casi de hambre en su tierra natal, y es la buena y sensible Fanny de Beaucharnis quien pagó […]" (Testud, 2006). Efectivamente, como consecuencia de una enfermedad que ya no le permitía caminar ni escribir, Nicolas Edme Restif de la Bretonne murió el 3 de febrero de 1806 a la edad de 72 años, prácticamente en la marginalidad.

2.3.2. Su obra

La vida de Restif de la Bretonne ha sido objeto de distintos recortes y abordajes que hacen foco en determinados aspectos en detrimento de otros. En lo que respecta a su obra, el acento se ha puesto habitualmente sobre el De la Bretonne libertino, autor de novelas eróticas y tratados sobre prostitución, y —relacionado con esto— sobre el carácter más bien de cronista de la vida parisina, sobre todo de sus bajos fondos. Entre los aproximadamente doscientos títulos de su autoría y que, como se ha visto, abarcan novelas, ficciones, dramas teatrales, tratados, utopías, autobiografías y folletos, podemos destacar dos grupos que hacen al objeto de nuestra investigación: los proyectos de reforma (la aludida serie de los *grafos* o de las ideas singulares) y las utopías propiamente dichas.

La serie de los *grafos* se compone de un total de seis proyectos de reforma moral y pública acotados a aspectos específicos de la sociedad. El primero de ellos, *Le Pornographe,* data de 1769 y, como ya se dijo, constituye una propuesta de reglamentación para la prostitución. En el mismo, De la Bretonne propone la creación de unos asilos a los que denomina *Parthénions* —considerados una influencia directa para los falansterios de Charles Fourier— en los que las mujeres públicas deberán residir y desarrollar su actividad. En ellos la vida de las mujeres está completamente organizada desde la perspectiva de la utilidad pública. Se atienden estrictos parámetros de higiene y salubridad (atención médica permanente y revisión previa de los clientes) y se cuida a las prostitutas de que el trabajo no sea excesivo (no más de un cliente por día), desagradable (pueden elegir con quién tener sexo y con quién no) ni peligroso (la actividad se desarrolla en un marco de vigilancia que las protege de cualquier agresión). La perspectiva de la utilidad pública se manifiesta claramente en la negativa del autor a interrumpir los consecuentes embarazos, optando por constituir a los *Parthénions* prácticamente en fábricas de ciudadanos: los neonatos serían criados en la misma institución acorde a criterios ya esbozados en *La República* de Platón con arreglo a la comunidad de mujeres e hijos (Jiménez Cid, 2017): las niñas, al madurar, podrán elegir entre quedarse y continuar la profesión de sus madres o abandonar el *Parthénion* e integrarse en la sociedad contrayendo matrimonio, para lo cual se les deberá proporcionar una suma de dinero. Los varones, por otro lado, serían entregados a la

formación militar, organizados en batallones específicos: los partenianos, considerados verdaderos hijos de pueblo. Como se verá en lo sucesivo, nuestro autor estaba lejos de ser un defensor de la emancipación femenina, aún atendiendo a los parámetros de la época. Sin embargo, el abordaje que hace del problema de la prostitución apunta a mejorar la situación objetiva de las prostitutas e incluso las reivindica como miembros productivos de la sociedad. Esto se logra desligando el juicio moral de la profesión en sí, y vinculándolo en lugar de ello con la utilidad social de la misma. En este sistema "la pasión erótica cesa de ser centrífuga para entrar en el complejo mecanismo en el que se elabora el orden y la seguridad" (Trousson, 1995, p. 205). Éste es otro de los puntos en que nuestro autor se diferencia de la filosofía del marqués de Sade, que no reconoce límites a la satisfacción del deseo individual.

El siguiente tratado es *Le Mimographe,* de 1770, en el que se propone una reorganización del teatro y se asigna también un lugar de utilidad y reconocimiento a los actores. La lógica que rige a estos tratados es la misma: ubicar a cada cual en su lugar, a partir de una concepción casi geométrica de la sociedad, que entiende el orden y la armonía como los pilares de la felicidad pública. Lejos estamos de propuestas revolucionarias, sólo se busca dar remedio a problemas particulares por medio del diseño racional de las instituciones.

Los dos *grafos* siguientes aplican esta concepción al lugar de las mujeres y de los varones en la sociedad. En *Les Gynographes,* de 1777, el autor, haciéndose pasar por "dos mujeres honestas", procede a reglamentar la práctica totalidad de la existencia de las mujeres. Según comenta Trousson (1995, pp. 205-206), citando a De la Bretonne:

> A diferencia de los niños, las niñas serán fajadas desde el nacimiento, pues «los movimientos de la niña deben ser retenidos y constreñidos [...] y predestinarse a la modestia que se le debe inspirar» […], ya que está destinada al hombre, «jefe y soberano de la sociedad». Aprenderá las tareas domésticas, las labores de punto y las artes de la seducción [...] a las solteras se las enviará a un convento y a las libertinas a una fábrica. Restif establece multitud de matices para las hijas de campesinos, de obreros, de burgueses y para las "señoritas". [...] habrá costumbres diferentes para las viudas, las divorciadas, las ancianas, etc.

Esta concepción del lugar del género femenino en la sociedad es retomada en *El descubrimiento austral,* aunque de manera un poco más atenuada. La voluntad de controlar y reglamentar todo el proceso social es lo que deriva en los elementos constrictivos y opresivos que constituyen el objetivo central de la crítica liberal del utopismo. De hecho, en los *grafos,* es más fácil encontrar las características propias de una racionalidad instrumental mientras que, como veremos, en las utopías propiamente dichas —tal es el

caso de *El descubrimiento austral*— la Razón es elevada a la categoría de principio rector del universo que llega a asumir formas metafísicas y religiosas.

El equivalente masculino de *Les Gynographes* lo constituye *L'Andrographe,* o "Ideas de un hombre honesto sobre un proyecto de reglamento, propuesto a todas las naciones de Europa, para llevar a cabo una reforma general de la moral y, por ello, la felicidad del genero humano", de 1782. En la forma de una serie de cartas de un padre a su hijo, el autor reglamenta de manera similar la vida de los hombres pero atendiendo a su lugar diferenciado en la sociedad. La educación de los varones dura de los tres a los veinte años. El matrimonio es obligatorio, el trabajo es obligatorio como así también el servicio militar, aunque los burgueses forman una guardia cívica en lugar de integrarse al ejército. Los varones viven en comunidad de bienes y comparten las comidas. Sin embargo, sigue existiendo la nobleza, destinada a alimentar las filas del clero y la oficialidad del ejército. Aparecen también los graneros públicos, tan característicos de la literatura utópica de la época en general y de las construcciones de Restif de la Bretonne, en particular.

En *Le Thesmographe,* publicado en el emblemático año de 1789, el autor propone una reforma general de las leyes a escala europea, lo que nos permite ver la existencia de una perspectiva cosmopolita, o al menos continental, a tono con el universalismo de la Ilustración y con la creencia en la posibilidad de establecer un equilibrio pacífico entre las naciones europeas. En este tratado destaca la proposición de una reforma agraria que garantice el libre acceso a la tierra mediante un reparto de la propiedad. Idea que contrasta con otras suyas (presentes por ejemplo en *Monsieur Nicolas, Le Paysan Perverti, Les vingt épouses des vingt associés* o *El descubrimiento austral*) en las que se opta por un sistema de propiedad común, de corte igualitario, y que será objeto de interpretaciones divergentes en la medida en que se lo entienda como una defensa de la comunidad campesina tradicional o como un anticipo del comunismo moderno. Por el momento sólo diremos que la diferencia en el grado de radicalismo de estas propuestas puede considerarse un síntoma de la amplitud de registro del autor en lo que respecta a la perfectibilidad de las instituciones: mientras que en algunos casos avanza en transformaciones audaces o de carácter global, en otros parece mantenerse dentro de posibilidades más cercanas, sin que esto implique una contradicción, en todo caso la diferencia parece ser de escala. Finalmente, hay que mencionar a *Le Glossographe,* un sexto y último *grafo*, que según sabemos proponía una reforma general de la lengua, pero que nunca fue publicado.

En cuanto a las utopías propiamente dichas, la serie comienza con la publicación de *Le Paysan perverti, ou Les dangers de la ville* ("El campesino pervertido, o Los peligros de la ciudad") en 1775. Se trata en realidad de una micro-utopía dentro de la novela: *Statut du bourg d'Oudun* ("Estatuto del burgo de Oudun"), desarrollada en las últimas páginas de la misma. Este es un recurso recurrente en De la Bretonne y que veremos funcionar también

en *El descubrimiento* austral. La utopía se encuentra cada vez más interrelacionada con otros géneros y recursos literarios, lo que tiende a desestructurar la correspondencia entre obra y utopía, o la equivalencia una obra-una utopía, dando lugar a situaciones más complejas como, por ejemplo, la exposición —más o menos justificada literariamente— de una utopía dentro de una obra no predominantemente utópica, la exposición de distintos mundos utópicos en el marco de un solo relato —que generalmente asume la forma de un viaje espacial—, o incluso la experimentación con la variable temporal.

En esas páginas de *El campesino pervertido* se expone una utopía campesina, lo que ya constituye una novedad. En palabras de Trousson:

> Restif imagina que la señora Parangon lega la granja de Oudun para que se construya [...] un burgo que reúna a varias familias. Toma como modelo las colectividades rurales de Auvernia, en las que reina una perfecta igualdad y la tierra está dividida en porciones de diez arpendes. [...] La comunidad mantendrá a un cura y a un maestro de escuela. [...] quince madres de familia y quince muchachas por casar se encargarán de la cocina; se trabaja cinco días y medio a la semana; la recreación consiste en diversiones públicas. [...] Después de la oración vespertina en la iglesia, vuelven a casa [...] con el imperativo toque de queda. Si un cabeza de familia no atiende la parte de cultivo que le corresponde, ¡se ve privado de la mitad de su ración de vino los domingos y días feriados! Por último, sólo se conoce el matrimonio por inclinación recíproca, salvo en el caso de los jóvenes más meritorios, que tienen el privilegio de elegir soberanamente a su compañera" (Trousson, 1995, pp. 207-208).

Para el mismo autor esta utopía “ofrece el panorama de un convento espartano dirigido por jacobinos”. En tanto la orientación de este comunismo agrario es preponderantemente moral (el lujo, la vida urbana y la propiedad privada son criticados porque pervierten la conciencia) “remite más a Licurgo[37] que a Marx” (Trousson, 1995, p. 208).

La siguiente utopía escrita por el autor apareció en *Les Contemporaines*, en 1780, con el nombre de *Les vingt épouses des vingt associés* (“Las veinte esposas de los veinte socios”) y tiene la particularidad de trasladar el espacio de la utopía a la ciudad. Según la novela, el joven Germinot celebró un contrato de asociación con veinte vecinos artesanos, en el que se establece una comunidad absoluta de bienes y ganancias, una rigurosa igualdad ente los miembros, la eliminación del lujo y el carácter comunitario del ocio. Además se asigna a las mujeres las tareas domésticas y se socializa los gastos de educación de los niños, que estudiarán oficios o profesiones según sus capacidades. De la

37 Legislador espartano cuya existencia es aun objeto de debate pero se presume que vivió en la segunda parte del siglo VII a.C., en el marco de la reforma comunalista, militarista y ascética de la sociedad espartana de acuerdo con el Oráculo de Delfos y cristalizada en la Gran Retra, ley fundamental de Esparta.

misma manera que en *Estatuto del burgo de Oudun*, la utopía asume la forma de una gran familia armónica y feliz. Para Trousson (1995, p. 209) la originalidad de esta obra —así como de la anterior— radica en la construcción de una utopía expresamente para la gente humilde, con ella el pueblo —los pobres del campo y la ciudad— es introducido en la utopía como algo más que una entidad abstracta (al estilo de los *grafos*). Hay en De la Bretonne un deseo de realismo que sólo volverá a aparecer en el siglo siguiente con la literatura utópica de socialistas como Étienne Cabet y su *Travel and Adventures of Lord William Carisdall in Icaria* (conocido en español como "Viaje a Icaria"), Edward Bellamy y su *Looking Backward: 2000–1887* ("Mirando atrás desde 2000 a 1887") y William Morris con su *News from Nowhere or An Epoch of Rest* ("Noticias de ninguna parte").

La serie de las utopías escritas por De la Bretonne es continuada por *La Découverte australe*, de 1781, objeto de la presente investigación. El libro se publicó en París en 1781 con el título de *El descubrimiento austral por un hombre volador o El Dédalo francés: Novela filosófica.* Lo hizo dividido en cuatro volúmenes, aunque esto se debe al tamaño de los encuadernados, por lo que no existen divisiones internas en lo referente a la trama. Es este conjunto de volúmenes el que constituye nuestra fuente. A la obra original se anexaron algunas piezas (Cosmogonías, Carta de un mono, etc.), al estilo de la famosa Edición de Basilea de la Utopía de Moro, que no serán analizadas en el presente trabajo por cuestiones no solamente de extensión sino también de pertinencia: las mismas se salen del marco del relato utópico para profundizar en cuestiones relativas a la filosofía y la historia natural, ya desarrolladas con suficiencia a lo largo del texto y, puntualmente, en la parte de los *Megapatagones.* Remitimos entonces a lo que el compilador dice al respecto[38]. La edición original constaba también de una serie de grabados ilustrativos que se adjuntan como bibliografía de consulta[39] y, si bien en ocasiones nos referiremos a ellos, no constituyen tampoco el objeto de nuestro análisis.

> El comienzo no preludia nada de lo que va a acontecer, y si mi amigo hubiera querido eliminar las conjeturas y anticipaciones, sin duda, hubiera acertado, pero yo no puedo suponerle esta intención pueril. A medida que se avanza en la lectura, y casi hasta el fin del II volumen, no

38 "Las Cosmogonías son una disertación erudita, y una exposición de los sistemas filosóficos que termina con una hipótesis, a la manera de la que contienen los Megapatagones, con un trozo sobre el "Yo individual". La Carta de un Mono habría logrado enseñarme el objetivo del autor si yo no lo hubiera ya encontrado. Es verdaderamente una carta, estilo Juvenal, pero presentada de una manera absolutamente nueva. Las Notas son, o curiosas o instructivas, y todas están destinadas al mismo fin. Aprecio en menos la Carta de un Mono si se la compara con la Disertación sobre los Hombres-Animales, donde se pueden encontrar puntos de vista inéditos, un sistema convincente desplegado con habilidad, y cuyo fin es claro. Mi amigo quiere llevar todos los seres vivos a una confraternidad universal y general, que nos transforme en mutuos hermanos..." (De la Bretonne, 1962, pp. 18-19).

39 Grabados disponibles en: https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/btv1b22000982

> encontré nada que me ilustrara sobre su objetivo: las Aventuras de Victorino, sus alas, su estada en la Montaña Inaccesible, del Delfinado donde deposita a su amada; su partida para el hemisferio austral; los descubrimientos singulares que realiza, todo esto me parecía un desborde de imaginación, donde pude entrever algunas claridades, pero no la luz total. La lectura del III volumen me puso sobre la pista; comprendí entonces que todo lo que yo había tomado por novela fútil, eran los cimientos inteligentemente colocados de un libro de moral-física, de filosofía sana, de investigaciones profundas y puntos de vista panorámicos (De la Bretonne, 1962, pp. 17-18).

El descubrimiento austral… narra la historia fantástica de Victorino, un joven campesino enamorado de la noble Cristina, que por la diferencia estamental no pueden tener una unión matrimonial entonces Victorino decide construir una máquina voladora para raptarla y fundar una sociedad utópica en la cual la diferencia de estamentos no suponga obstáculo. Con lo cual, desde el principio la novela nos introduce en la crítica del Antiguo Régimen y de la sociedad estamental. El Antiguo Régimen está representado en la figura del padre de Cristina, suegro *de facto* de Victorino. En un primer momento el protagonista construye una sociedad utópica en el llamado Monte Inaccesible, en Francia. Una vez que la sociedad se encuentra organizada y en funcionamiento, incluso con habitantes que traslada previamente, procede al secuestro de Cristina y la instala a esa nueva sociedad construida específicamente para ellos.

A partir de ese momento y luego de reconciliarse Victorino con su suegro, comienza la cuestión del descubrimiento austral propiamente dicho, ya que lo que se propone el protagonista es fundar un reino francés en las tierras australes, que era uno de los últimos lugares en los que se podía albergar la verosimilitud de un territorio desconocido. Cabe destacar que esa Tierra Austral el autor las ubica en una Patagonia imaginaria que funciona como una especie de imagen invertida de la Francia contemporánea. No hay una referencia geográfica real a la Patagonia y lo que conoce el autor de la misma es prácticamente nada, por lo tanto, Patagonia es solo un significante que sirve para proyectar la imagen de una distancia y una alteridad radicales.

Una vez que los protagonistas descubren las tierras australes entran en contacto con una diversidad de pueblos, formados por diferentes especies antropomórficas que habitan cada uno en una isla específica, y que abarcan desde los llamados "hombres de la noche" que son la primera especie que encuentran en la isla donde fundan su utopía austral (bautizada como "isla cristina"). Estos seres tienen la particularidad de que viven de noche y duermen de día y son muy asustadizos, por lo que no hay ningún tipo de conflicto con los franceses y se reparten la isla, no en un sentido espacial, si no más bien temporal. El segundo pueblo con el que entran en contacto es el de los gigantes Patagones, que

representa la idea del buen salvaje de Rousseau, después, hay dieciséis especies de seres mitad hombre-mitad animal: hombres-mono, hombres-rana, etc. y por último está el pueblo de los megapatagones que también son gigantes y tienen la particularidad de haber desarrollado previamente una sociedad utópica, de la cual los franceses buscan beneficiarse con su conocimiento.

L'an 2000 ("El año 2000"), de 1790, es una utopía particularmente interesante ya que, siguiendo la tendencia inaugurada por Mercier, constituye una de las primeras ucronías de la historia, es decir, utopías cuya variable de experimentación no es ya el espacio sino el tiempo. Trousson (1995, p. 234) reseña esta novela en los siguientes términos:

> En ese amanecer del siglo XXI, reinan la igualdad y la fraternidad, resultantes de la ya lejana Revolución; ya no hay otros privilegios que los de la edad y el mérito: es la virtud de Rousseau en una república a la antigua. Francia sigue siendo una monarquía, bajo Luis Francisco XXII, uno de cuyos antepasados escucho bien inspirado, los consejos del legislador Unipour: «ese mortal era un hombre pobre; hizo un libro: es el de nuestras leyes. Un buen rey, Luis XVI, que reinó hace 211 años, convocó los segundos Estados Generales; Unipour les presentó su libro; lo adoptaron y desde aquel momento el género humano es feliz: ¡benditos sean Luis XVI, Unipour, los Estados Generales de 1789 y los de 1790!».
>
> En ese día de fiesta, se celebran las bodas que van a contraer las muchachas de 18 a 22 años y los muchachos de 21 a 26 y estos últimos tienen derecho, por orden de méritos, a elegir. Por desgracia, dos héroes aman a Désirée y uno de ellos se rebela contra la ley de la utopía: «¡Qué me importa, si la ley me hace desgraciado!». [...] Utopía idílica y lacrimosa, que muestra, sin embargo, las esperanzas de la Revolución en sus inicios.

En 1802 se publicó *Les Posthumes, lettres reçues après la mort du mari, par sa femme qui le croit à Florence, par feu Cazotte* ("Las póstumas, cartas recibidas después de la muerte del marido, por su esposa que lo cree en Florencia, para el difunto Cazotte"), la última obra utópica del autor, y una de las últimas de su carrera:

> En *Las póstumas,* un hombre escribe a su esposa 366 cartas que le hace enviar, una a una, a partir del día de su muerte. […] El protagonista encuentra a Juan Jacobo, el duque loco Multiplaindre, y pasa a narrar sus increíbles aventuras.
>
> Este proto Superman posee a todas las mujeres que desea, tomando el cuerpo de sus esposos o amantes, a los que roba el alma y la transporta al cuerpo de distintos animales, según el humor de que se halle. En su momento pasará a mayores empeños, tomando el cuerpo del primer ministro francés e implantando una legislación basada en los "grafos", para a continuación tomar el cuerpo de los diferentes reyes europeos y establecer una permanente paz continental, cuyo cumplimiento vigilará cada cien años.
>
> [...] las últimas cartas narran cómo un imaginario hijo de Luis XV, con gastos pagados

> por su padre, preña a todas las chicas bonitas que encuentra, de modo que en doce años tiene 6.000 hijos, a los que educa en una especie de falansterio en la Champagne, del que hace una reserva comunista (Uribe, 2006).

La presencia de elementos utópicos es evidente aunque no son los que dominan en la obra. El acento no está puesto en la utopía propiamente dicha, si no en el viaje imaginario y muchos de sus elementos podrían clasificarse como “proto-ciencia ficción”. En este caso, a diferencia de lo que ocurre con la serie de los *grafos*, donde la ausencia de representación literaria de una totalidad social en funcionamiento es el motivo que nos impide asimilarla directamente al género utópico, sucede que la utopía propiamente dicha se ve reducida a un momento de una obra de otra naturaleza, dominada por una lógica distinta. Para comprender este fenómeno es necesario tener en cuenta que en este momento de la historia de la literatura utópica ya no rige la fórmula, típica del Renacimiento, en la que un autor escribía una sola obra estrictamente utópica. En otras palabras, ni De la Bretonne escribió una sola obra utópica ni sus obras eran pura y exclusivamente utópicas. Es un autor que explotó el género y experimentó con sus posibilidades.

3. La Tierra Austral y la experiencia espacio-temporal

> Las costumbres bárbaras, las maneras incivilizadas, las guerras en Indias y las maravillas de la *Terra incognita* empleaban todas nuestras horas de ocio y casi todos los anaqueles de las bibliotecas. Esto es en el presente, lo que los libros de caballería fueron para nuestros antepasados.
>
> Anthony Ashley Cooper, 3er conde de Shaftesbury, Inglaterra, 1710

> Las descripciones de la América española, no conocida a los extranjeros más que de paso, o por relación de personas no expertas, son por lo general, si no inventadas del todo, al menos demasiado exageradas. A una luz justa y sencilla no hay por ventura nadie que las narre. Quisieron que de las tres partes antiguas del mundo una se distinguiera por el número de los hombres, otra por el valor, otra por el ingenio y saber. América se distingue por las maravillas. […] No niego, por lo demás, que haya en ella muchas maravillas. Vegetales nuevos y no vistos antes, nuevas fieras, metales preciosísimos y abundantes... Pero la verdad no sufre que en todo se exagere. En América, como en cualquier otra parte del mundo, hay bueno y malo, comarcas ricas y pobres, países sanos y enfermizos, cielo hermoso y cielo feo, tierra fértil e infecunda, llanuras y montes, como en nuestra tierra.
>
> Salvador Gilij, prefacio al *Ensayo de Historia Americana*, Roma, 1782

> Supongamos un Montesquieu, un Buffon, un Diderot, un Duclos, un D'Alambert, un Condillac, u hombres de este temple viajando para instruir a sus compatriotas, observando y describiendo, como lo saben hacer, Turquía, Egipto, Barbaria, el imperio de Marruecos, Guinea, el país de los Cafres, el interior de África y sus costas orientales, las Malabares, el Mogol, los ríos de Ganges, los reinos de Siam, de Pegu y de Ava, China, Tartaria, y sobre todo Japón; después, en el otro hemisferio, México, Perú, Chile, las tierras magallánicas, sin olvidar los patagones verdaderos o falsos, Tucumán, Paraguay si fuese posible, Brasil, y por fin los Caribes, la Florida y todas las regiones salvajes. Sería el viaje más importante de todos y el que se debería hacer con más cuidado.
>
> Jean-Jacques Rousseau, *Segundo Discurso,* Francia, 1754

Este capítulo aborda las condiciones de posibilidad y los límites históricos del experimento utópico realizado en *El descubrimiento austral…* desde el punto de vista de la experiencia espacio-temporal. Esto significa que centraremos nuestra atención en uno de los aspectos fundamentales de la literatura utópica, su carácter de relato que nos presenta una realidad social alternativa en funcionamiento, en una linea temporal o en un espacio ajenos. La forma en que se produce el acceso o el desplazamiento a esa realidad-otra ha

variado a lo largo de la historia de la utopía y nos transmite las transformaciones sociales e ideológicas de su contexto de producción. Lo que sigue se organiza en torno de tres grandes cuestiones: la primera (apartado 3.1) ubica a *El descubrimiento austral…* en un contexto atravesado por grandes transformaciones de la experiencia espacio-temporal, en gran medida impulsadas por el auge de los viajes de exploración y el consiguiente mapeo del mundo; en este contexto de transición, el mito de la Tierra Austral funciona como el último refugio de la utopía geográfica antes del pasaje a la ucronía. La segunda cuestión (apartado 3.2) es la de la competencia entre las viejas monarquías ibéricas y los imperios ascendentes del siglo XVIII (Francia e Inglaterra), disputa que se expresa en la difusión de la Leyenda Negra de la Conquista y la construcción de una nueva sensibilidad imperial, acorde a las estructuras burguesas emergentes. Por último (apartado 3.3), analizaremos la representación que de los pueblos australes se hace en *El descubrimiento austral…*, planteando que no se tata de una verdadera voluntad de conocer al Otro, sino que los habitantes de la Tierra Austral funcionan como un alter-ego en el que se proyecta una nueva moral que, aunque también eurocéntrica, se desplaza hacia una sensibilidad ilustrado-burguesa. En todos los casos, guiarán nuestro análisis las hipótesis que definen a *El descubrimiento austral...* como una utopía de transición y a su autor como un intelectual orgánico.

3.1. La Tierra Austral como último refugio de la utopía geográfica

Por definición, la utopía habita en el límite históricamente variable de lo conocido, en un lugar ambiguo respecto de las nociones de realidad y fantasía. La necesidad de suspender las leyes de funcionamiento del mundo conocido lleva al utopista a buscar espacio-tiempos alternativos para experimentar con las posibilidades de la realidad. De manera que el desarrollo de la tradición utópica se ha visto determinado por las transformaciones producidas en el conocimiento del mundo y en la experiencia del espacio y el tiempo. Negada una y otra vez por el conocimiento empírico, la utopía retrocede a medida que éste avanza, reformulándose hasta el punto de trasvasar los límites impuestos por cualquier definición estrictamente formalista del género utópico.

Para abordar nuestra fuente en el marco de esta problemática nos valemos de los planteos de David Harvey (1998, p. 228), según los cuales el espacio y el tiempo constituyen categorías básicas de la existencia humana cuyas concepciones objetivas —afirma desde un punto de vista materialista— “se han creado necesariamente a través de las prácticas y procesos materiales que sirven para reproducir la vida social”. Por lo tanto, la objetividad del tiempo y el espacio “está dada, en cada caso, por las prácticas materiales de la reproducción social y, si tenemos en cuenta que estas últimas varían geográfica e

históricamente, sabremos que el tiempo social y el espacio social están construidos de manera diferencial", y "cada modo de producción o formación social particular encarnará un conjunto de prácticas y conceptos del tiempo y el espacio". El *topos* de cualquier utopía es, entonces, un aspecto crucial para su comprensión y debe considerarse en el marco de sus condiciones históricas de producción, es decir, de los procesos materiales de reproducción social y de la asimilación de los mismos en la experiencia del espacio y el tiempo y su representación estética e intelectual.

En su trabajo sobre la génesis del discurso utópico americano, Fernando Aínsa (1998, pp. 37-38) afirma que "el círculo de la geografía real se inscribe así en el más amplio de la geografía imaginaria", y que "en la medida en que el espacio conocido se ensancha, los límites de países legendarios y la localización de islas paradisíacas retroceden en el círculo cada vez más amplio y lejano de lo desconocido". Por este motivo, y teniendo siempre presente que la literatura utópica moderna es contemporánea de la expansión ultramarina europea, "la invención imaginativa se destierra de lo que se va descubriendo y se refugia en espacios cada vez más recónditos. Los territorios míticos superviven solamente gracias a la inaccesibilidad que procura la distancia". Hasta que finalmente "la pura invención, retrocediendo de las costas exploradas, se refugiará primero en las selvas inhóspitas o en escondidos valles montañosos, para, cada vez más arrinconada, desaparecer en los mares del Sur y finalmente desterrarse del imaginario individual y colectivo".

Así, por ejemplo, Thomas More pudo situar su *Utopía* con gran facilidad en alguna isla de América del Sur sin dar mayores precisiones ni perder por ello en verosimilitud, dado que en 1516 la expansión ultramarina se encontraba dando sus primeros pasos (la primera circunnavegación data de 1519-1522. Para Aínsa (1998, pp. 9-10), el primer discurso utópico occidental se estructura en el momento del descubrimiento de América, por que ésta disponía de dos características que la hacían propicia para ello: la disponibilidad de espacio y tiempo, es decir, de un "territorio donde fundarse y una historia con un pasado a recuperar o un futuro donde proyectarse con facilidad". América permitió la objetivación de la utopía porque "ha materializado 'geográficamente el lugar de la bienaventuranza', concretando 'los sueños abstractos de la Antigüedad y de la Edad Media', es decir, ha servido 'de objeto real al sujeto imaginante en un proceso de mutua identificación'".

En el siglo siguiente, Tommaso Campanella proseguía la tradición de Moro al escribir una utopía altamente estructurada (*La ciudad del Sol*) sin la necesidad de dar pistas sobre su ubicación mientras que, por su parte, Francis Bacon proyectaba su utopía en la *Nueva Atlántida*, en referencia al continente perdido de la mitología griega, representada como una gran masa continental a la que los protagonistas arribaron a causa de un naufragio producido en el "Mar del Sur" (Océano Pacífico) al navegar desde Perú hacia China y Japón.

América continuaba garantizando los elementos básicos de la imaginación utópica. Pero a la lógica del descubrimiento se sumaban ahora la experiencia y las necesidades de la conquista. Al respecto, nos dice Aínsa (1998, pp. 49-50) que el género utópico "se difunde al mismo tiempo que la conquista de América se acelera. Uno y otro se acompasan, en un progresivo movimiento pendular entre teorías sobre mundos imaginarios y lo que fue la práctica de la conquista y la colonización". De modo que "aunque los textos de la Antigüedad clásica, medieval y religiosa siguen estando en el origen de muchos descubrimientos va siendo cada vez más evidente que la nueva discusión […] gira alrededor de cómo organizarlo y administrarlo". Esto se evidencia con claridad en el ejemplo de la Compañía de Jesús o la Orden de los Jesuitas, que durante los siglos XVII y XVIII desarrolló innovadores complejos agrícolas en Sudamérica en los que se ordenaba la vida indígena y monástica de manera estricta, y que se constituyeron en el modelo de lo que algunos denominan un utopismo práctico, funcionando, en cierta medida, también como antecedente de los socialistas utópicos del siglo XIX. La orden prosperó de manera tal que comenzó a ser percibida por las monarquías católicas de Europa como una amenaza a su soberanía, por lo cual fue suprimida por Clemente XIV en 1773.

En 1781 nuestro autor se vio obligado a esconder su utopía en un archipiélago descubierto por los protagonistas más allá del límite austral conocido, y son constantes los temores expresados sobre su inexorable incorporación a la red imperialista europea, como así también las dificultades que experimenta a la hora de organizar el espacio en función de la misma. Dado que la potencialidad utópica de un espacio es inversamente proporcional al conocimiento efectivo del mismo, si el Renacimiento se nos aparecía como una época de apertura, la Ilustración lo hace, en el marco del mismo proceso de expansión, como una época de clausura en lo que respecta a la predisposición para la proliferación de "utopías geográficas" (Bloch, 2006, p. 332). Para fines del siglo XVIII ya había sido cartografiada prácticamente la totalidad de los territorios del globo —al menos en sus contornos, que es lo que permite la exploración naval. De la Bretonne da cuenta de esta situación en reiteradas ocasiones, por ejemplo: "las costas han sido reconocidas por los navegantes, pero nadie ha explorado el interior de la isla" (1962, pp. 178-179).

Este proceso tuvo un impacto muy importante en la literatura utópica que ya no pudo, como en la época de Tomás Moro, alojar la sociedad ideal en alguna isla perdida en el océano y, a tono con el auge de la idea de *progreso*, desplazó el *topos* de la utopía al tiempo, y específicamente al tiempo futuro. Es en el intersticio existente entre estos dos grandes momentos de la literatura utópica que aparecieron algunas obras que continuaron experimentando con la variable espacial, hasta agotarla, escondiendo ahora sus utopías en el interior de los principales territorios que permanecían inexploradas por los europeos: África, que tuvo su auge en el siglo XIX, y Australia y la Patagonia. Estas últimas se

inscriben en el marco de lo que podemos denominar un imaginario austral, es decir, un complejo ideológico en el que se superponen mitos, ideas fantásticas, investigaciones científicas, literatura de viajes y utópica, etc.; y en el que, como veremos más adelante, se confunden imágenes referentes indistintamente a realidades tan diversas como la Patagonia, Australia, Nueva Zelanda, la Polinesia y las islas del Pacífico en general, pero también lugares fantásticos como el continente perdido de la Atlántida y la ciudad de los Césares, entre otros. A esto se suma que, en el contexto de producción de *El descubrimiento austral...*, todavía existía la posibilidad de encontrar el sexto continente, aunque faltaba poco para que se descubriera la Antártida y su escasa proyección utópica. La tendencia general era, entonces, a la desaparición de estos espacios geográficos de ignorancia fértil para la utopía.

En este contexto de transición y atravesado por estos desplazamientos históricos debe ubicarse *El descubrimiento austral...*, específicamente en lo que Marie-Louis Pratt (2010, p. 86) llama "la gran época de los viajes científicos"[40] y que "suele asociarse con las expediciones a los Mares del Sur de Cook, Bougainville y otros, organizados en primera instancia alrededor del tránsito de Venus en 1768". Estas expediciones, sostiene la autora, tuvieron un doble carácter: por un lado, "inauguraron la era de los viajes científicos y de la literatura de viajes científica. Pero al mismo tiempo, marcan un final: la última gran fase náutica de la exploración europea". En efecto, el mapeo de las costas de Australia por parte de Cook y el inminente ocaso de la creencia en el descubrimiento de la *Terra Australis Incognita,* reducían al mínimo las posibilidades de la utopía geográfica.

La decisión de Restif de la Bretonne de ubicar su utopía en este espacio no resulta entonces caprichosa ni accidental, responde, por el contrario, a determinaciones históricas profundas y de largo alcance. En el marco de esta dialéctica entre la literatura utópica y la experiencia de la expansión ultramarina europea —y especialmente en este contexto general de clausura—, la Patagonia ha funcionado como un polo de atracción para la imaginación fantástica y utópica. De hecho, el nombre de la zona "lleva desde su bautismo, una dimensión literaria y ficcional […]. El viaje de Magallanes dejó, vía Pigafetta, la inscripción del nombre y éste a su vez se instauró como sinónimo de hipérbole en la tradición literaria americana y europea" (Livon-Grosman, 2003, pp. 50-51). En sintonía con lo cual Susana López afirma que "se realizó una construcción imaginaria de la Patagonia antes de conocerla, de haberla explorado. Ya cuando Pigafetta, cronista de la expedición de

40 Al respecto Giucci (2013, p. 81) afirma que: "[...] los objetivos iniciales de las empresas van mudando: pierde relevancia el tráfico comercial con las islas Molucas y adquieren importancia creciente la rivalidad militar y el motivo científico1 (Giucci, 2014, p. 81). Los siguientes viajes tuvieron ese sentido: las expediciones de Narborough, 1670; Vea, 1675; Yriarte, 1676; Strong, 1689; Clipperton, 1719; Anson, 1740; Byron, 1764; De Bougainville, 1765 y 1767; Wallis y Carteret, 1766; Cook, 1769 y 1774; Córdoba, 1785 y 1788; King, 1826; FitzRoy, 1831; Dumont d'Urville, 1838; Wilkes 1839.

Magallanes, la nominó, estaba pensando en un gigante de novela de caballería: Patagón. Nace signada por lo mágico" (López, 2003, p. 23). Y agrega que "Cuando las imágenes sobre la región se crean […] desde la visión externa, la percepción de sentirse en los márgenes del mundo civilizado lleva a escritores, de entonces y de hoy, a referirse a la Patagonia con la mirada del exotismo" y que "se sienten atraídos a estos lejanos parajes en busca de la Ciudad Perdida de los Césares, El Dorado o algún animal extinguido, para describir hombres y paisajes como diferentes y extraños".

La obra de Restif de la Bretonne capitaliza esta dimensión literaria y ficcional ligada a la imagen de la Patagonia y se hace eco de una serie de elementos mágicos y ficticios a partir de los cuales se organiza su utopía, principalmente la parte que respecta a la exploración del territorio austral. Entre estos elementos destacan el recurso de la hipérbole y la exageración, la reproducción del mito del gigantismo tehuelche, la dinámica propia del viaje de descubrimiento y exploración, la lógica del exotismo y la alusión al mito de la Tierra Austral (con sus ecos de la Atlántida de Platón) y al de la ciudad perdida de los Césares.

Existe una relación de mutua influencia entre las experiencias de la expansión ultramarina moderna, expresadas en lo que se conoce como "literatura de viajes", y las ficciones literarias (utópicas, en particular) en lo referido a la configuración del universo ideológico-representacional que gravita en torno al significante Patagonia. En este sentido, la literatura de viajes tiene un componente ficcional a la vez que la literatura de ficción da cuenta, incluso de manera involuntaria, de procesos históricos reales. La influencia no es, por lo tanto, unilateral, sino que ambos cuerpos de literatura se interrelacionan. Cuando, por ejemplo, el escritor de un diario de viajes se encuentra ante realidades que lo ponen en el límite de su comprensión, tiende a valerse de imágenes provistas por los escritores de ficciones, a la vez que estos últimos se valen de los relatos de los primeros para viajar imaginariamente al límite de lo conocido. Es justamente la interacción entre ambos lo que da vitalidad al denominado "imaginario austral". En *El descubrimiento austral...* se da cuenta de esta interacción cuando Victorino dice: "Trataré de descubrir tierras fértiles, entre los 40º y 45º, lo que de acuerdo a las observaciones de los viajeros que he leído, corresponde más o menos a los 50º del hemisferio septentrional" (De la Bretonne, 1962, p. 89). Pero también en las múltiples referencias a viajeros contemporáneos, por ejemplo: Cook y Clerke (p. 20), Bouvet (p. 131) y Halley (p. 87).

Este imaginario austral está atravesado por una serie de características que Guillermo Giucci (2014, p. 17), en su estudio sobre la región de Tierra del Fuego, señala como asociadas habitualmente con la idea de "fin del mudo": a) emplazamiento en el "fondo", en el "extremo", en la "punta", en el "pie"; b) escasa presencia humana; c) lejanía en relación con los centros civilizados y sus servicios; d) carencia de las tecnologías occidentales de transporte y de comunicación; e) remarcable especificidad de la vida local y

regional; f) hábitat inhóspito (prevalencia de una naturaleza inclemente); g) vacío; y h) soledad. La utopía de Restif de la Bretonne recoge estos elementos para articular su relato: la Tierra Austral se encuentra más allá del límite austral conocido, ubicándose en el "fondo", en el "extremo", etc.; la escasa presencia humana y la soledad es el motivo por el que el protagonista decide ocupar esta parte del mundo; la consiguiente idea de vacío es la condición de posibilidad de la utopía por cuanto satisface la necesidad de suspender automáticamente las leyes de funcionamiento de la sociedad vigente; la lejanía en relación con los centros civilizados y sus servicios permite mantener la utopía en secreto y al margen de la dialéctica histórica; esto se ve reforzado por la prevalencia de una naturaleza inclemente, que en el caso de Restif de la Bretonne se limita al viaje[41] pero igual actúa como un obstáculo; finalmente, todo esto, confluye en una remarcable especificidad de la vida local y regional, que es lo que al utopista le interesa exponer. El propio Victorino, protagonista de *El descubrimiento austral...* sintetiza lo expuesto cuando dice a su esposa que pretende "ante todo trabajar en el descubrimiento de la isla o continente que esté deshabitado o al menos que no haya sido colonizado por grandes potencias, y cuya vecindad no sea peligrosa" y que si llegara a encontrar tal lugar tendrá "la precaución de no revelar su existencia a los europeos (De la Bretonne, 1962, p. 89).

No deberíamos, sin embargo, sobredimensionar la identificación del espacio utópico de *El descubrimiento austral...* con el espacio patagónico real. En el prólogo de la edición consultada, Eugenio Pereira Salas sostiene que la tierra de los megapatagones se ubica "en la linde antártica de Chile" (De la Bretonne, 1962, p. 12). Es imposible sostener esta idea por varios motivos. En primer lugar, las características recién analizadas son ante todo negativas (vacío, lejanía, etc.) y cumplen la función de dar al utopista la posibilidad de desarrollar su construcción pero de ninguna manera determinan el contenido específico de la misma. Estas características se encuentran, por lo tanto, más vinculadas a la noción algo ambigua de "imaginario austral", en general, que a un espacio real en particular.

En segundo lugar, es imposible tener ese grado de precisión por cuanto De la Bretonne construye una geografía incierta y todas las coordenadas que proporciona se encuentran deliberadamente viciadas, como cuando se refiere al tercer viaje de Cook a las tierras australes —significativamente el único en el que no pasa por la Patagonia ya que su proyección era el Océano Pacífico pero con miras a Australia—, en el que "descubrirá un reino entero poblado por franceses entre los 0º y los 00º grados de latitud sur" (p. 20); o cuando "a los 100º de latitud sur y 100º de longitud, sobrevolaron a otra isla, tan grande

41 Por ejemplo: Una vez atravesada la "zona tórrida" la situación mejoraba ya que: "Un vasto océano, poblado de islas, separaba los continentes descubiertos por los héroes de la Isla Cristina, de la América y del África, pero la Isla Victorica era tan grande que avanzaba hasta el grado 10, formando un país de delicioso clima, rodeada por un mar de aguas templadas, donde reinaba la eterna primavera" (De la Bretonne, 1962, p. 163).

como Inglaterra, Escocia e Irlanda reunidas" y que "estaba situada en el mismo meridiano que Francia, de manera que las horas eran las mismas, y las estaciones diametralmente opuestas" (p. 91); o también al descubrir al pueblo megapatagón "en una de las regiones contiguas, entre los 00º y los 000º" (p. 163)[42].

En tercer lugar, los lugares sobre los que vuelan los protagonistas son tan diversos que impiden hacerse una imagen clara de las rutas utilizadas y de la ubicación relativa de la Tierra Austral. Algunos ejemplos: "De las ciudades solo descendieron en El Cairo, en Egipto, para examinar un cocodrilo que dormía a orillas del Nilo" (pp. 90-91); "En el viaje de regreso pasaron por las minas de diamantes de Golconda [India]" (p. 97); "En el camino toparon, a la altura de los 29º sur, el navío del Capitán Cook, quien volvía de las Islas Hébridas y de la Nueva Caledonia, en 1774. […] Los hombres-voladores constataron que el Capitán Cook avanzaba en dirección a la Nueva-Zelandia" (p. 213); por último, "Toparon el navío [del capitán Cook en su tercer viaje] a la altura del círculo polar, a los 71º de latitud. [Pero] volvió a la ruta desde la Isla de Pascua a las Islas Marquesas, sin haber reconocido ninguna de las islas habitadas" (p. 214).

Es imposible correlacionar la Tierra Austral de De la Bretonne con la Patagonia —mucho menos de alguna nacionalidad en particular— y con cualquier lugar concreto de la geografía real. Los siguientes extractos iluminan un poco la cuestión: "Al llegar Alejandro no pudo convencerse de la verdad de esta tesis, pues creía imposible que no existieran hombres en regiones tan próximas de América y de la Nueva Holanda" (p. 146); "La afición de Victorino por el estudio y su espíritu verdaderamente científico, acrecentado en su hijo Alejandro y en su nieto, el príncipe Hermantín, los llevaron a recorrer el globo terráqueo situado en el mismo paralelo de la Isla Cristina" (p. 151); "La parte que había correspondido al Asia y al África estaba cubierta por las aguas a excepción de algunas islas, recientemente descritas por el Capitán Cook" (p. 179). La proximidad aludida respecto de América y Nueva Holanda (Australia) ciertamente nos orienta hacia el Pacífico Sur como espacio de la novela; sin embargo, el hecho de que se pueda recorrer longitudinalmente el globo en el mismo paralelo de la Isla Cristina, sumado a que haya partes de este territorio imaginario que se correspondan con Asia y África, dejan una sola posibilidad: esta Patagonia es en realidad un territorio con forma de archipiélago (con islas del tamaño de países europeos) ubicado en el sur del planeta y que se extiende de manera longitudinal.

Por último, a lo largo de la novela se mencionan animales de las más diversas regiones: como cuando "Victorino y su primogénito, habían recorrido una gran isla cubierta de nieve y de glaciares, donde encontraron muchos osos blancos, pero ninguna criatura humana" (p. 146), pero también se habla de cóndores, jaguares, bisontes, elefantes, jirafas,

42 Otros ejemplos pueden consultarse en: De la Bretonne, 1962, pp. 89, 163, 167.

“tribus negras —consideradas más cercanas a la animalidad— y monos” (p. 167). Esta serie de ambigüedades culmina en el hecho de que los habitantes de la Patagonia de la novela pueden ser llamados indistintamente *australianos* por cuanto habitan la Tierra Austral.

Todas estas imprecisiones y ambigüedades relativizan la identificación del espacio de la novela con la Patagonia real. El carácter incierto de esta geografía expresa dos cosas: 1) ciertamente delata un desconocimiento por parte del autor sobre la realidad de la que —en teoría— habla; a la vez que expresa un proceso más complejo y que trasciende el conocimiento o la imaginación individual del mismo: 2) *El descubrimiento austral...* refleja la tendencia al “repliegue de las manchas blancas” (Giucci, 2014, p. 88): esta realidad estructura el proceso imaginativo aunque el autor ignore los particulares del caso, permitiéndonos conocer a pesar —o a partir— de su desconocimiento. Lejos de anularse una a la otra, ambas cuestiones se complementan por cuanto la ambigüedad es el antídoto natural contra el avance del conocimiento y la clausura de la imaginación. Obviamente este recurso no puede extenderse de manera indefinida. *El descubrimiento austral* habita en el límite de estas posibilidades y ya no se puede continuar. El autor no solamente se vio obligado a esconder su utopía en el fin del mundo si no que también dio cuenta del proceso por el que pronto se agotaría esta posibilidad.

En la novela los protagonistas siempre están evitando ser vistos y vigilan los barcos que encuentran para asegurarse de que no descubran la Tierra Austral, los asentamientos se encuentran siempre en el interior de las islas, evitando las costas, el dispositivo que los protagonistas utilizan para desplazarse está diseñado para enfrentar estas dificultades, se practica la prohibición de la comercialización de metales para evitar atraer a los europeos y la captura de los extranjeros que lleguen accidentalmente y se argumenta a favor del progreso técnico como una barrera contra la invasión. Sin embargo, “ese 'no saber' del mundo, esa ignorancia de la totalidad, ese desconcierto geográfico, tiene los días contados” (Giucci, 2014, p. 37). Se trata de “la desfascinación de los mares, si no del desencantamiento del mundo” (p. 41). De hecho, las principales características afirmativas (aquellas que no son una inversión de Europa) que el autor toma del imaginario específico de la Patagonia, es decir, el mito del gigantismo patagón y el de la ciudad perdida de los Césares, estaban por entonces sufriendo el ataque final.

En los dos siglos y medio que separan el *Primer viaje en torno del globo*, de Antonio Pigafetta, de *El descubrimiento austral...,* varios viajeros de distintas nacionalidades recorrieron las costas patagónicas y testimoniaron sobre la presencia de gigantes, contribuyendo a la imagen mítica del espacio patagónico en éste y en otros aspectos. Fue el británico jesuita Thomas Falkner quien, en su *Descripción de Patagonia y de las partes adyacentes de la América Meridional* (1774), dio a conocer la primera descripción del interior del territorio patagónico. Cabe destacar que la traducción francesa de esta obra es posterior

a la publicación de la novela utópica de Restif de la Bretonne. Falkner se valió de su propia experiencia en la frontera sur de Buenos Aires y en los relatos de indígenas y españoles ex-cautivos. La escritura del texto fue bastante posterior a su experiencia y sus conversaciones lo que, sumado a las posteriores modificaciones editoriales, tornan un tanto problemática la cuestión. Sin embargo, el texto de Falkner destaca por su voluntad de reconstruir lo más fidedignamente posible el interior del territorio en su densidad y en su diversidad de geografías, pueblos, etc. Como consecuencia de lo cual contradijo la homogeneización de los pueblos originarios bajo el mote de "patagones", como así también su supuesto gigantismo. Cabe mencionar que si bien difícilmente De la Bretonne haya accedido directamente al texto de Falkner, Jean-Jacques Rousseau, de quien era admirador, se refería, ya en 1754, a "los patagones verdaderos o falsos", inclinándose por la segunda opción.

El mito de la ciudad perdida de los Césares, originado a raíz de una serie de naufragios que tuvieron lugar en el estrecho de Magallanes en el siglo XVI, durante la fase temprana de exploración ultramarina, y que versaba sobre la existencia de una ciudad mágica en las tierras australes, llegaba también a su ocaso. Dos años después de la publicación de *El descubrimiento austral...* se frustraba en Chile la última campaña española para buscar la ciudad perdida de los Césares en el marco de un fuerte descreimiento:

> En un Cabildo abierto la población se negó a dar dinero al piloto peruano Manuel Joseph de Orejuela, quien contaba con una autorización del rey, refrendada por el virrey de Croix, para organizar una expedición. El argumento negativo del Cabildo fue que "No hay como se vocea por tradición, en la parte austral de Chile tales Césares" (Aínsa, 1998, p. 177).

Las materias primas de que se valió De la Bretonne tenían los días contados. En palabras de Giucci (2014, p. 91): "la mezcla de informes y rumores, de información exacta y motivos mitológicos estaba condenada a desaferrarse en el curso del asalto organizado sobre lo oculto". La elección de la Pagatonia es más un acto desesperado para esconder la utopía que una real apropiación de sus características afirmativas para construir a partir de ellas la idea de una sociedad distinta y mejor.

Este proceso de expansión que dio como resultado la extinción de las manchas blancas no se limitó a un crecimiento cuantitativo —a saber: más espacios conocidos, *ergo* menos espacios desconocidos, *ergo* mayor dificultad para esconder la utopía—, sino que también implicó una transformación cualitativa de la experiencia espacio-temporal. La idea que abonaremos en este apartado es que en *El descubrimiento austral...* se encuentran maduras las condiciones históricas —la conjunción de la completa revelación del *mapa mundi* y la incorporación de un tiempo dinámico, en clave de progreso— que dieron lugar al

salto de la utopía a la ucronía, o de un “utopismo de forma espacial” a un “utopismo de proceso temporal” (Harvey, 2007, p. 201). Se trata, en otras palabras, de un desplazamiento del *topos* de la utopía desde un espacio alternativo en el presente, a un tiempo alternativo (principalmente futuro) en el mismo lugar. En lo que sigue se abordan en la novela de Restif de la Bretonne los síntomas de esta transformación que imprime a la ideología ilustrado-burguesa y a la literatura moderna sus formas más características: el proyecto y la novela, respectivamente. Para comprender las implicancias de este planteo es necesario introducir dos conceptos relacionados. En primer lugar, Harvey (1998, p. 267) utiliza el concepto de “compresión espacio-temporal” para referirse a:

> [...] los procesos que generan una revolución de tal magnitud en las cualidades objetivas del espacio y el tiempo que nos obligan a modificar, a veces de manera radical, nuestra representación del mundo. Empleo la palabra «compresión» porque, sin duda, la historia del capitalismo se ha caracterizado por una aceleración en el ritmo de la vida, con tal superación de barreras espaciales que el mundo a veces parece que se desploma sobre nosotros.

En lo que respecta a nuestro objeto de estudio hemos abordado dos grandes momentos donde la compresión espacio-temporal fue particularmente aguda: el Renacimiento y la Ilustración. En lo sucesivo, serán la revolución industrial y los ciclos del capitalismo los que marquen el ritmo de la misma.

El segundo concepto es el de “cronotopo”, acuñado por Mijaíl Bajtín. El mismo designa la asimilación artístico-literaria (cronotopo interno) de las relaciones espacio-temporales históricas (cronotopo externo) y atañe tanto a la forma como al contenido de la literatura, determinando lo que Bajtín llama la “imagen del hombre” en la misma. La propuesta de Bajtín se sustenta en la noción de indisolubilidad del espacio y el tiempo: las representaciones espaciales deben ser siempre consideradas en el marco de su temporalidad, así como, simultáneamente, las representaciones del tiempo sólo son accesibles desde la perspectiva de su espacialidad. La manera específica en que las mismas se articulan constituye el cronotopo interno de la obra. En lo que respecta a nuestros objetivos, el concepto es de utilidad para dar cuenta de las transformaciones espacio-temporales que tienen lugar en la literatura utópica y que, como veremos para el caso de *El descubrimiento austral*, tienden a desbordar sus límites tradicionales, ya que como afirma Bajtín (1989, p. 238): “la asimilación del cronotopo histórico real en la literatura ha discurrido de manera complicada y discontinua; se asimilaban ciertos aspectos del cronotopo accesibles en las respectivas condiciones históricas; se elaboraban sólo determinadas formas de reflejo artístico del cronotopo real”. De esta manera, a cada modo de producción, a cada formación económico-social le son accesibles determinadas

características del espacio y el tiempo, por lo que sus respectivas representaciones se encuentran así históricamente determinadas. La correspondencia entre unos y otros no es automática ni lineal, dando lugar a procesos complejos y a múltiples combinaciones.

La indisolubilidad del espacio y el tiempo lleva, por su parte, a Harvey a plantear la necesidad de un "utopismo dialéctico", lo que permite explicar el pasaje de la utopía a la ucronía como una transición entre un utopismo de forma espacial a un utopismo de proceso temporal. Las utopías de forma espacial "están normalmente pensadas para estabilizar y controlar los procesos que deben movilizarse para construirlas. En el propio acto de realización, por lo tanto, el proceso histórico asume el control de la forma espacial que supuestamente va a controlarlo" (2007, p. 201). La extensión y profundización de la lógica mercantil trastocó la conciencia que los europeos occidentales tenían del mundo y de su lugar en el mismo. Surgió lo que Pratt (2010, p. 36) denomina "conciencia planetaria europea". Fue la primera vez que los seres humanos pudieron representarse el mundo como una unidad coherente e inmanente. En palabras de Harvey (1998, pp. 278-279) esta revolución fue de tal magnitud que:

> Los mapas, despojados de todos los elementos de la fantasía y de la creencia religiosa, así como de toda huella de las experiencias comprometidas en su producción, se habían convertido en sistemas abstractos y estrictamente funcionales para el ordenamiento fáctico de los fenómenos en el espacio. […] También permitían que la población de la Tierra, por primera vez en la historia humana, se ubicara dentro de un marco espacial único […]. Una extensa línea de pensadores, de Montesquieu a Rousseau, pudieron comenzar a especular sobre los principios materiales y racionales que acaso ordenaban la distribución de las poblaciones, las formas de vida y los sistemas políticos sobre la superficie del globo. Fue dentro de los confines de esta visión totalizadora del globo como pudieron surgir y hasta florecer el determinismo ambiental y cierta concepción de la «otredad».

Esta transformación de la experiencia espacial constituye la condición de posibilidad del experimento utópico en el contexto de producción de *El descubrimiento austral.* La última gran oleada de las utopías geográficas, ligadas a la imagen de la Tierra Austral, encarnaban modelos a escala de las teorías de los principales filósofos sobre las leyes que gobernaban la forma y el funcionamiento de los distintos tipos de sociedad. De la Bretonne (1962, p. 178) se hace eco de estas primeras teorías deterministas de tipo geográfico-climático (al estilo de la expuesta por Montesquieu en *El espíritu de las leyes* de 1748) cuando alude a la supuesta afinidad que une a los pueblos del hemisferio norte, en contraste con la alteridad respecto de los pueblos australes, y que constituye la clave de la variabilidad en su utopía geográfica:

> […] todos los pueblos septentrionales son hermanos y compatriotas unos de otros, comparados con aquellos que la zona tórrida separa, a saber: franceses, ingleses, italianos, rusos, tártaros, chinos, japoneses, americanos. Todos estos pueblos cuyos países están situados en el mismo paralelo, ¿no son ellos vecinos?, ¿no participan de las mismas influencias, no gozan del mismo invierno y verano? Pero en la zona austral, la situación es diferente; sus habitantes no tienen nada de común con nosotros sino la tierra que pisan; respiran otro aire; disfrutando de otras estaciones; la duración de sus días y noches es opuesta a las nuestras, en fin, las diferencias morales son todavía más marcadas (1962, p. 20)[43].

Indisolublemente relacionadas, la transformación de la experiencia espacial también afectaba los fundamentos de la experiencia temporal. Continúa Harvey (1998, p. 279):

> El registro del tiempo con el cronómetro no tuvo implicaciones menos totalizantes para el pensamiento y la acción. Considerada cada vez más como una división mecánica fijada por la oscilación del péndulo, la flecha del tiempo era concebida como lineal, hacia adelante y también hacia atrás. La concepción del pasado y del futuro conectados linealmente por el tictac del reloj dio lugar al florecimiento de toda clase de concepciones científicas e históricas. En este tipo de esquema temporal era posible ver la retrodicción y la predicción como proposiciones simétricas y formular un fuerte sentido de potencialidad para controlar el futuro.

La introducción de la variable temporal como forma de experimentación del pensamiento utópico es una novedad del siglo XVIII, que sólo pudo surgir en el marco de procesos históricos (transición a una nueva forma de acumulación) que dieron a la experiencia espacio-temporal el dinamismo y la profundidad suficientes como para captar aspectos del fenómeno temporal que trasciendan la repetición cíclica de los tiempos naturales. Todo esto excede los límites de lo que podría considerarse una decisión estética individual. Expresa la dificultad del discurso utópico para asimilar un tiempo histórico que revoluciona constantemente las formas espaciales, por más consolidadas que parezcan. El espacio comenzaba a mostrarse incapaz de garantizar mediante su organización la domesticación de la dialéctica social. No quedaban espacios a salvo del tiempo, y los que se refugiaban en la imaginación se veían constantemente asediados por el progreso técnico-científico. La estabilización del proceso social mediante la organización racional del espacio se convertía, paradójicamente, en una *u*-topía.

La siguiente cita del filósofo francés Joseph-Marie Degérado es ilustrativa del modo

43 Más adelante, refiriéndose a los megapatagones, dice que los protagonistas: “Conocían ya su idioma y habían adquirido informaciones sobre la ubicación de las tierras situadas al Oriente, a la altura del grado 00, que eran de clima frígido, pero favorable al desarrollo de una raza fuerte, vigorosa, espiritual, apta para el cultivo de las ciencias útiles y de las virtudes humanitarias” (p. 178).

en que este conjunto de transformaciones espacio-temporales fueron asimiladas en el cuerpo de literatura asociado a los viajes de navegación, en general, y al modelo utópico de Restif de la Bretonne, en particular:

> El viajero filosófico, navegando hasta los confines de la Tierra, está de hecho viajando en el tiempo; él está explorando el pasado; cada paso que hace es el pasaje de una época. Esas islas desconocidas que alcanza son para él la cuna de la sociedad humana. Esos pueblos que nuestra ignorante vanidad desprecia se le muestran a él como monumentos antiguos y majestuosos del origen del tiempo: monumentos infinitamente más dignos de nuestra admiración y respeto que esas famosas pirámides que alardean por las orillas del Nilo. Estas testimonian solo la ambición frívola y el poder pasajero de algunos individuos cuyos hombres apenas han llegado hasta nosotros; pero los otros recrean para nosotros el estado de nuestros antepasados y la historia más antigua del mundo (Giucci, 2014, p. 116).

Las ideas expuestas en *El descubrimiento austral...* se corresponden con esta perspectiva, a tal punto que es el desplazamiento espacial el que permite a los protagonistas acceder a un tiempo-otro, un tiempo que no es el de su sociedad de origen, un tiempo que ya no existe aquí pero que todavía existe allí. En esta clave deben interpretarse afirmaciones como “la naturaleza estaba en un estado de inocencia conmovedora” (De la Bretonne, 1962, p. 141); o “Bendigo a Dios, de haber podido vivir hasta este instante, y de haber podido visitar estas lejanas comarcas, donde he podido conocer la naturaleza en toda su belleza original” (p. 141). Pero también las que se refieren a “la evolución de los seres humanos” (p. 17), como por ejemplo: “En el hemisferio austral sucede lo contrario, nada se ha mezclado, los seres semiperfeccionados han permanecido en este estado hasta ahora, de suerte que su figura produce miedo” (p. 33); o “la ignorancia impide darse cuenta que estos hombres no han llegado todavía al último grado de perfección” (pp. 163-164), situación, esta última, que el autor asimila —no sin contradicciones ya que no siempre es valorada de manera positiva— con la de Europa occidental y, particularmente, Francia.

El principio abstracto de funcionamiento de la ucronía que se proyecta hacia el futuro es prácticamente el mismo ya que, como vimos con Harvey, para la concepción newtoniana del espacio y el tiempo —dentro de la que opera el pensamiento de Restif de la Bretonne—, la retrodicción y la predicción constituyen proporciones simétricas. Se entiende que mediante el mismo mecanismo por el cual se retrocede en la línea de tiempo (considerado como un marco absoluto y exterior a los eventos del mundo, de hecho, éstos ocurren *en* el tiempo, *en* algún lugar en el espacio) se puede, a la inversa, proyectarse hacia el futuro: ya no se trata solamente de retrotraer los procesos conocidos (el orden natural, los sistemas económicos y sociales, los regímenes políticos, etc.) a sus etapas iniciales, sino también, adentrarse en el futuro y predecir posibles líneas de desarrollo de los mismos. En este punto

la historia de la utopía se cruza con la del pensamiento científico, ambos son hijos de los mismos procesos que revolucionaron la experiencia espacio-temporal: “También los pensadores de la Ilustración se propusieron gobernar el futuro a través de los poderes de la predicción científica, la ingeniería social y la planificación racional, y la institucionalización de sistemas racionales de regulación y control social” (Harvey, 1998, p. 276).

Una cuestión es que se habilite la posibilidad de experimentar con la línea de tiempo en ambos sentidos, y otra muy distinta es que esto se realice necesariamente dentro de una concepción del tiempo histórico en clave de *progreso* (una línea que avanza y asciende simultáneamente), como hace De la Bretonne. La incorporación de la idea de progreso lo perfila como un intelectual orgánico —lo que constituye nuestra segunda hipótesis operativa —, por cuanto encarna la concepción del tiempo característica de la burguesía en ascenso. Esta concepción del tiempo se materializa en la forma típicamente moderna del proyecto, que supone un sujeto en condiciones de entender racionalmente el mundo que lo rodea y de intervenir en el mismo proyectando su voluntad hacia el futuro. En este caso *El descubrimiento austral...* está a mitad de camino entre el proyecto de legislación imaginario (carente de trama) que el autor practica en la serie los *grafos* y el socialismo utópico del siglo XIX (Saint-Simon, Robert Owen, Charles Fourier y Étiene Cabet), cuyos proyectos aspiraban a una materialización en el corto plazo.

Existe también un sentido más sutil, a la vez que más profundo, en el que *El descubrimiento austral...* encarna el impacto de la compresión espacio-temporal en la literatura utópica, y consiste en la asimilación de este tiempo dinámico en clave de progreso en la *forma* misma de la novela utópica, es decir, no se limita ya solamente al *contenido*. Éste es, de hecho, el momento en que la utopía adopta plenamente la forma de novela, por cuanto además de la descripción estática de una sociedad imaginaria comienza a perfilarse el desarrollo de tramas cada vez más complejas y densas, que responden a la necesidad de dar cuenta de *procesos* históricos y no ya solamente de *formas* espaciales. Surge así lo que Harvey (2007, p. 218) denomina “dinámica utópica”, es decir, la incorporación de un tiempo dinámico y de cierto espesor *adjetivo* a la trama de la novela utópica. Al respecto nos dice que la reciente evolución experimentada “en el propio género de escritura utópica, desde el tratado político apenas disfrazado de cuento moral, a menudo bastante aburrido […], hasta el drama plenamente desarrollado de la novela (a veces épica), señala una importante transición de sentimientos y técnicas” (p. 218) y que “la forma de la novela se presta, si es necesario, a un sentido mucho mas fuerte de la dinámica espacio-temporal” (p. 219). Esta tendencia, que se impone en las utopías socialistas del siglo XIX (Samuel Butler, Edward Bellamy, William Morris y Jack London) y alcanza su apogeo en las distopías del siglo XX (H. G. Wells, Aldus Huxley y George Orwell) para finalmente dar su salto al formato audiovisual (Blade Runner, Brazil y Matrix, por ejemplo), se consolidó en la época de Restif de la

Bretonne y puede identificarse en su obra. Si bien esta transición se completa en su obra plenamente ucrónica *L'an 2000* (“El año 2000”), de 1790, *El descubrimiento austral* expresa ya lo esencial de esta transformación. En efecto, De la Bretonne construye una novela a base de proyectos y de este modo nos muestra una utopía en proceso de realización. Aunque no alcanza toda la profundidad y densidad que adquirieron las tramas de la literatura distópica, representa una enorme transformación respecto de la forma clásica del diálogo y del proyecto de legislación precariamente disfrazado de novela.

Por último, todo esto determina lo que Bajtín definió como la imagen del hombre en la literatura y que constituye la síntesis de las determinaciones espacio-temporales. Para Harvey (1998, p. 276), “si se tiene en cuenta que el espacio es un «hecho» de la naturaleza, la conquista y el ordenamiento racional del espacio se convirtieron en una parte integrante del proyecto de modernización”. Lo revolucionario de la Ilustración es que “el espacio y el tiempo tenían que organizarse, no ya para reflejar la gloria de Dios, sino para celebrar y facilitar la liberación del 'Hombre' como individuo libre y activo, dotado de conciencia y voluntad”. Pero esto también significa que “el mundo alternativo no existe *per se*. La otra realidad hay que construirla con esfuerzo a partir de un proyecto. El mito clásico y la escatología cristiana […] ceden a la propuesta de la construcción utópica” (Aínsa, 1998, p. 50). Se trata del carácter demiúrgico de la utopía al que se refería Ruyer (1992, p. 183): el ser humano pasó así de soñar con un mundo divino a jugar a ser Dios. Podemos concluir este apartado con las palabras de Saint-Simon en *Le producteur*: “La edad de oro que una ciega tradición ha emplazado en el pasado, se encuentra ante nosotros” (1998, p. 93).

3.2. La Leyenda Negra y la construcción de la inocencia del nuevo sujeto imperial

Además de la extinción de las manchas blancas y del impacto de la compresión espacio-temporal, hay una tercera dimensión en la que *El descubrimiento austral...* puede considerarse como una utopía de transición. Se trata de la dimensión geopolítica de este proceso de expansión, hasta ahora abordado de manera general. El arco temporal que abarca la novela puede delimitarse entre el Tratado de Ultrecht en 1713 y la Declaración de Independencia de las trece colonias de Norteamérica en 1776. Se trata de un período de profundas contradicciones a nivel internacional en el marco de una transición entre imperios. De esta situación dan cuenta las referencias que De la Bretonne hace al avance británico en los mares del sur, a las numerosas guerras del período y la Independencia de EEUU, al proyecto del protagonista para la Paz Universal y a la Leyenda Negra de la Conquista.

En el libro de Falkner se puede ver con claridad algo que es una constante en este tipo de literatura: su aspecto geopolítico, ya que redactó su descripción de la Patagonia con la intención de fomentar el interés de la corona británica por establecerse en el territorio

patagónico austral. Esto le ha valido acusaciones de ser un espía inglés, como es el caso de Pedro de Ángelis, quien prologa la edición consultada. El siguiente pasaje es ilustrativo al respecto:

> Si alguna nación intentara poblar este país podría ocasionar un perpetuo sobresalto a los españoles, por razón de que de aquí se podrían enviar navíos al mar del sur, y destruir en él todos sus puertos antes que tal cosa o intención se supiese en España, ni aun en Buenos Aires: fuera de que se podría descubrir un camino más corto para caminar o navegar este río con barcos hasta Valdivia. Podríanse tomar también muchas tropas de indios moradores a las orillas de este río, y los más guapos de estas naciones, que se alistarían con la esperanza del pillaje; de manera que sería muy fácil el rendir la guarnición importante de Valdivia, y allanaría el paso para reducir la de Valparaíso, fortaleza menor, asegurando la posesión de estas dos plazas, la conquista del reino fértil de Chile (Falkner, 1835, p. 28).

De la Bretonne (1962, pp. 19-20) da cuenta de las crecientes aspiraciones británicas en torno de las tierras australes cuando afirma que “es en estos cantones alejados, es en las Antípodas donde los ingleses van a buscar pueblos pacientes y atrasados, para hacerse admirar y sentirse adorados como semidioses” y que:

> Toda la Europa, y aun el Asia y el África saben que los ingleses enviaron al Capitán Cook a descubrir tierras en el Continente Austral. Este pueblo ambicioso que no ha sabido conservar las colonias que emergieron de su seno, quiere aparentemente reparar sus pérdidas territoriales en la vecindad del otro polo, habitado por hombres que conservan el orgullo que los europeos han perdido.

En este fragmento aparece el episodio que más conmovió a la opinión pública europea antes de la Revolución Francesa: la Independencia de las trece colonias británicas de Norteamérica. En el contexto de una creciente conflictividad interimperialista, se trata de la primera revolución de independencia en el continente americano y de un punto álgido de la rivalidad franco-británica. También, en el mediano plazo, se convirtió en un catalizador de la revolución en Francia, por cuanto su financiamiento contribuyó a la bancarrota de la monarquía borbónica. Por último, la independencia norteamericana significó el primer ensayo de las ideas de la Ilustración, y el experimento de las Trece Colonias refractaba en Europa las luces de la utopía americana.

El creciente interés geopolítico por las tierras australes debe insertarse entonces en el marco de una agudizada competencia interimperialista. Hobsbawm (2007, p. 32) afirma que “una tremenda serie de rivalidades políticas imperó en la escena internacional europea durante la mayor parte del siglo XVIII, alcanzando sus períodos álgidos de guerra general en

1689-1713, 1740-1748, 1756-1763, 1776-1783 y […] 1792-1815". Las referencias a los conflictos bélicos en *El descubrimiento austral...* son más que frecuentes, sobre todo si tenemos en cuenta que la historia transcurre en un arco temporal que va desde principios del siglo XVIII hasta 1776, año en que se sitúa el "presente" de la misma. Pero donde mejor se expresa esta problemática es el pacifismo propugnado por Victorino respecto de un asunto que ocupaba a las mentes más lúcidas y cosmopolitas de Europa: el de la paz universal. A principios del siglo XVIII, como consecuencia de su seguimiento de las negociaciones del Tratado de Utrecht (1712-1713), el abate de Saint-Pierre, precursor de la filosofía ilustrada, expuso su *Proyecto de paz universal entre las naciones*, que:

> […] consiste básicamente en la formación de una asociación de veinticuatro Estados, que por su unión puedan alcanzar una paz estable o, como prefiere decir, una «paz perpetua». Tal Unión o Sociedad Europea ha de dotarse de una institución fundamental, un Congreso o Senado, que entre otras funciones tenga la de ejercer como Tribunal o árbitro en los conflictos entre los Estados asociados" (Bello, 2010, p. 125).

El abate prefirió garantizar esta nueva institucionalidad mediante las exigencias del derecho antes que por la generosidad y el altruísmo. La vía jurídica de la paz se concreta en tres aspectos: "El rechazo de la violencia en los enfrentamiento sangrientos; el llamamiento a la idea de justicia arbitral bajo el signo de la sabia razón; y […] el recurso en caso de necesidad a la fuerza legal para hacer respetar el derecho" (Bello, 2010, p. 134).

A fines de siglo el problema planteado por el abate de Saint-Pierre fue retomado por Rousseau y por Kant. Ambos encarnan concepciones divergentes sobre el fundamento de este ordenamiento internacional o pan-europeo: mientras que Rousseau es continuador del pragmatismo de Saint-Pierre, Kant aboga por la necesidad de fundamentar este orden en la moral. El sistema expuesto por De la Bretonne combina elementos de las tres versiones. En la siguiente referencia se observa un pragmatismo más cercano a la perspectiva de Rousseau:

> Puedo ir a ofrecer mis servicios al Rey de Francia, y en la guerra actual podría transmitir órdenes a la flota de alta mar, advirtiéndole los movimientos del enemigo. En fin, podría ser el árbitro entre reyes y naciones; evitar las guerras, amenazando a los culpables; puedo, en fin, pacificar estas terribles querellas que enlutan a las naciones. Me bastaría secuestrar en el Monte Inaccesible, cinco o seis dirigentes ingleses, alemanes, portugueses, moscovitas, etc., para que los otros aterrados se entreguen y no se atrevan a combatir (p. 85).

Sin embargo, en el siguiente discurso imaginario —significativamente extenso— que Victorino expone a su suegro, vemos que la cuestión moral aflora a primer plano, acercando,

su sistema al de Kant más que al de Rousseau:

> Son hombres, estos que veo aquí, dispuestos a destruirse mutuamente. No, no, no pueden ser Hombres. El hombre es un ser dotado de razón; ella lo conduce, lo define, le explica el universo. El león, el tigre, cuya sangre está alimentada por acre bilis, pueden defender sus derechos destrozándose entre sí. Pero, el Hombre, reflejo de la divinidad, debe emplear otros medios. No, no son hombres los que veo, son locos. ¡Oh, insensatos! escuchadme; escuchad al Hombre-Volador, que puede aplastaros bajo una lluvia de piedras, brazo que puede aniquilar a vuestros jefes.
>
> ¡Irracionales!; oídme locos, veinte mil, treinta mil entre Uds. van a morir en la lucha. Cuando hayan muerto ¿cuál de los dos bandos tendrá la razón? ¿Será el más fuerte? —que asemeja al hombre a la Divinidad—, como ateos, más bien dicho, como animales, os conducís. ¡Oh! Insensatos poseéis leyes que condenan a muerte a los asesinos y a los ladrones. Recordad que los más feroces de los asesinos son vuestros generales, que blasfeman de la Naturaleza al ordenar el ataque. Que blasfeman de la Divinidad, al consagrar la injusticia. Que degradan al hombre obligándolo a conducirse como animal. Ellos merecen la hoguera y las ruedas del tormento, al olvidar que el hombre está dotado de razón y puede entenderse con lógica dignidad. Pero ¡Infames insensatos! ¿Teméis a la razón? Si no la temiérais la emplearíais, y si estáis muy ofuscados, llamaríais en su nombre a árbitros desinteresados. Pero, por desgracia, no queréis ni la razón ni la justicia. Sois apóstatas de la Divinidad. ¡Desgraciados! Habéis dictado leyes contra los ateos y los asesinos, poseéis una religión, sacerdotes y altares. ¡Es esto una broma! Es un escarnio de la Divinidad. No os reconozco, no sois hombres. Si peleáis, al instante dirigiré mis certeros golpes contra los jefes de ambos ejércitos y con su vida pagarán este insulto a la naturaleza divina (1962, p. 86).

Rechazo de la violencia, sumisión a la ley dictada por la razón y legitimidad del uso de la fuerza con arreglo a este fin: el proyecto de Restif de la Bretonne también sintetiza el planteo original de Saint-Pierre. Y sobre esta misma base se construye el sistema internacional ficticio de la micro y la macropatagonia:

> Esta alianza matrimonial nos aportará el más grande de los bienes: La Paz; la amistad con esos hombres poderosos. He aquí, queridos ciudadanos, lo que mi hijo primogénito y yo mismo estamos dispuestos a hacer por el bienestar del Estado. Responded mi discurso, y que los jefes de la Colonia expresen con libertad sus pensamientos (1962, p. 110).

El pacifismo de Restif de la Bretonne lo lleva, consecuentemente, a posicionarse de manera crítica frente al colonialismo, especialmente del colonialismo inglés, pero además de la rivalidad entre los imperios ascendentes (Inglaterra y Francia), existía una más fundamental: aquella que oponía los imperios ascendentes a los hasta entonces

dominantes, es decir, España y Portugal. La Leyenda Negra de la Conquista —ese tipo de narración que explotaba los motivos de la ambición, la crueldad y el oscurantismo atribuidos a la colonización ibérica de América— se convirtió en el instrumento discursivo con el que los nuevos imperios disputaban la hegemonía de los viejos. *El descubrimiento austral...* asume este discurso desde el principio:

> El título de esta obra anuncia uno de esos descubrimientos trascendentes para la Humanidad, capaces de dar brillo al siglo que se realiza y fama a los héroes que los han intentado. Pero, por desgracia, a menudo son ellos un flagelo para la nación que se los apropia, y en vez de traer aparejados el honor y la gloria, tazan en el espacio inmenso de los tiempos futuros un surco profundo de infamia, espanto y horrores. Los españoles son hoy día nuestros hermanos, no los denigremos. Gracias a ellos el Nuevo Mundo, México y el Perú son conocidos, pero no lo suficiente. No podrá hacérsele el mismo reproche al Héroe, cuya historia voy a relatar; su conducta es la de un amigo de la humanidad; no se ha sentido obligado a someterse a las leyes de su país, o a dominar a los pueblos que él ha encontrado libres; ha respetado en ellos los derechos sagrados —los únicos tal vez— de la propiedad del suelo natal (De la Bretonne 1962, p. 19).

La siguiente cita refuerza esta crítica al imaginar cómo habrían sido tratadas las poblaciones del hemisferio austral si hubieran caído bajo el dominio de esos mismos conquistadores, destacando la diferencia entre la brutalidad pasada y la idealización de un descubrimiento ilustrado, teóricamente respetuoso de la alteridad y expresado en términos naturalistas:

> Por el contrario fue una suerte inmensa que los hombres-animales del Polo Austral no hayan sido descubiertos por los feroces conquistadores de México y del Perú. Sin duda alguna, contemplando la enorme talla de los patagones los hubieran masacrado. Y aún más, si en vez de tratarlos como bestias, hubieran advertido en ellos un principio racional, entonces los hubieran quemado en la hoguera por Súcubos e Íncubos, sobrevivientes de un primitivo bestialismo. La ignorancia impide darse cuenta que estos hombres no han llegado todavía al último grado de perfección y que la naturaleza se ha detenido en el proceso que los condujo del mar, origen de todos los seres vivientes, al medio ambiente seco de la vida vegetal. Esto pueda tal vez explicarse por el hecho que las tierras del Polo Austral estando alejadas y desmembradas lejos de toda otra especie, [han] impedido el cruzamiento (1962, pp. 153-154).

Aunque la crítica parece por momentos demoledora, llegando a decir que los europeos son monstruos (1962, pp. 210-211) y expresa desde el comienzo la certeza de que destuirían a los pueblos “semiperfecionados” (1962, p. 33)— siempre termina matizando estas afirmaciones con arreglo a las disputas políticas de su contexto mediante el recurso de

la ambigüedad y el manejo de diferentes niveles de abstracción en su discurso. Las peores críticas son expresadas abiertamente sobre los españoles y los portugueses, pero sobre los primeros se encarga de afirmar que se refiere a los españoles del pasado (1962, p. 19). Siempre evita incluir a Francia en este tipo de críticas, más bien se destaca la noble conducta de los protagonistas. Cuando la crítica podría incluir a Francia, el recurso del autor es hablar de "europeos", en general. Y si todo esto fracasa, se alude al ambicioso expansionismo británico y el efecto comparativo permite rescatar a los filantrópicos franceses. La crítica no es entonces un bombardeo, por el contrario, es selectiva y jerarquizante. Coincidimos con Eugenio Pereira Salas que, en el prólogo de la edición consultada, sostiene que el anticolonialismo de Restif de la Bretonne "queda templado por el incipiente nacionalismo francés que induce al autor a defender el sistema colonial de su patria y a extremar las sombras sobre la obra de España en América, aprovechando la 'eyenda negra' de moda" (1962, p. 14).

La construcción de un imperialismo aceptable iba de la mano de la emergencia de una nueva sensibilidad imperial en el marco del discurso ilustrado burgués, que de ahora en adelante referiremos como "discurso de la anticonquista". Este discurso es producto de una doble transición: no es solamente el discurso de los imperios emergentes (Inglaterra y Francia), sino también el de una clase social en ascenso dentro de los mismos (la burguesía). Surgió como contra-argumento de la Leyenda Negra y puede considerarse como el momento afirmativo-propositivo dentro de un mismo discurso, analizado hasta ahora en su momento negativo. Las nuevas potencias (Inglaterra y Francia) y las nuevas clases (burguesas) que aspiraban a hacerse con la hegemonía colonial necesitaban expresar sus aspiraciones en un nuevo lenguaje. El discurso de la *anticonquista* representa así la transición a un nuevo sistema ideológico en el marco del cual esta nueva etapa del imperialismo podía verse a sí misma. Marie-Louise Pratt (2010, p. 45) acuñó este término para referirse a las "estrategias de representación por medio de las cuales los miembros de la burguesía europea tratan de asegurar su inocencia al mismo tiempo que afirman la hegemonía y la superioridad europeas". Se pusieron en práctica distintas estrategias de inocencia, construidas "en relación con la vieja retórica imperial propia de la era absolutista de los siglos XVI y XVII" (p. 45), vinculada a una "presencia europea expansionista, imperial y preburguesa" (p. 85). Las mismas transmiten una imagen utópica de un sujeto burgués europeo, simultáneamente inocente e imperial, que impone una visión hegemónica inofensiva y no instala aparato alguno de dominación" (pp. 75-76).

Luego de haber expuesto las tragedias humanas de la conquista, el paso lógico era tratar de desvincularlas de la expansión comercial europea como tal y atribuir la violencia a factores contingentes o, por lo menos, negarla como necesidad de la misma. Esta estrategia fue desplegada, con notable claridad, por Adam Smith (Harvey, 2007, pp. 207-208):

> Vinculando, en cierta medida, los puntos más distantes del mundo, permitiéndoles atender sus necesidades recíprocas, incrementando sus disfrutes respectivos y estimulando sus industrias, la tendencia general […] parecería ser benéfica. Sin embargo, para los nativos de las Indias orientales y occidentales todos los beneficios comerciales que puedan haberse derivado de estos hechos se han hundido y perdido en las terribles desgracias que les han ocasionado. Estas desgracias, no obstante, han sido accidentales y no eran inherentes a la naturaleza de los hechos mismos, la superioridad de la fuerza en manos de los europeos resultó ser tan enorme que les permitió cometer impunemente todo tipo de injusticias en aquellos remotos países. Quizá posteriormente los nativos de los mismos puedan hacerse más fuertes o los europeos más débiles y los habitantes de las distintas áreas del mundo puedan llegar a esa igualdad de coraje y fuerza que, inspirando un mutuo temor, pueden intimidar la injusticia de las naciones independientes y producir cierto tipo de respeto por los derechos de las restantes. Pero nada parece que generará con más probabilidad esta igualdad de fuerza que la comunicación mutua del conocimiento y de todo tipo de avances que lleva consigo un comercio extensivo en el que se hallen implicados todos los países de modo natural o por necesidad.

Smith relativiza la relación entre expansión y conquista en dos niveles: a) las desgracias de la conquista no fueron necesarias sino accidentales; y b) la expansión europea no solamente trajo consecuencias negativas, sino también beneficios. Finalmente, son, de hecho, estos beneficios los que permitirían alcanzar la igualdad de fuerzas que garantice el respeto —o el temor— mutuo entre los distintos pueblos. De la Bretonne (1962, pp.126-127) hace la misma relativización al afirmar que las cosas pudieron ser distintas:

> Infortunados peruanos, ¿por qué no fueron conquistados Uds. por un Victorino, en vez de un Pizarro o de un Cortés? Hoy día contemplarían una Nación feliz y floreciente, poblando esta América, dándonos los recursos de una amistad sincera. Por desgracia, sin estos acontecimientos recientes, también la Nación Patagona habría sido esclavizada y maltratada, y nosotros seríamos sujetos al mismo sentimiento de compasión que nosotros abrigamos hacia Uds.

Pero a diferencia de Smith, que consideraba la desigualdad de la fuerza como la causa de la violencia, atribuye una responsabilidad al sujeto imperial europeo, de él depende hacer uso de la razón y sus buenos sentimientos para cambiar las cosas:

> ¡Legislador! Si quieres dar felicidad a tu pueblo, no hagas como los europeos; tratad con justicia a las naciones débiles y sin defensa, seguid este ejemplo, pues nada hubiera sido más fácil que degollar a los hombres de la noche, pero Victorino dictó en cambio una ley

fundamental para su preservación (1962, p. 123).

La nueva sensibilidad va ligada en este pasaje a una imagen paternalista, lo que implica la asunción tácita de una pretendida superioridad europea y, por lo tanto, de una inferiorización por otras vías de los pueblos no europeos:

> Así, veremos al legislador francés del otro polo reunir ambas doctrinas para redactar con ellas los reglamentos más sabios, y aplicarlos a los nativos con una justicia, humanidad y una bondad que a ratos provocan deliciosas lágrimas, como por ejemplo, el relato del tratado de alianza firmado entre los franceses de la Isla Cristina y los hombres de la noche (1962, p. 21).

Esta misma lógica está presente en la siguiente afirmación: “Pienso en las maravillas que hubieran hecho si como los españoles hubieran tenido que habérselas con mexicanos y peruanos. ¡Qué desgracia para esos países infortunados la de no haber sido descubiertos por los habitantes de la Isla Cristina!” (1962, p. 153). Nunca se pone en cuestión la posición de “descubiertos” de los pueblos de la Patagonia ni la asumida superioridad europea. A partir de la idea del perfeccionamiento y la asimilación, sigue llevándose a cabo una apropiación del Otro pero desde un paradigma diferente: el de la mirada pretendidamente desinteresada e inocente del descubridor asimilado en muchos aspectos a la figura del naturalista. En esto jugó un papel clave la ciencia, que para Pratt “operó como un lujoso y multifacético espejo sobre el cual Europa toda podía reflejarse como un 'proceso planetario' en expansión, sin la competencia, la explotación y la violencia acarreadas por la expansión comercial y política y la dominación colonial” (Pratt, 2010, p. 77). El llamado “sistema de la naturaleza” como paradigma descriptivo propio del naturalismo del siglo XVIII, “era una apropiación del planeta totalmente benigna y abstracta. Como no pretendía poseer poder transformador alguno, difería mucho de las articulaciones francamente imperiales de la conquista: conversión religiosa, apropiación territorial y esclavitud” (2010, p. 84)

El motivo de la isla desierta soluciona el problema de la conquista. La especulación utópica y el viaje fantástico son formas más que propicias para estructurar el discurso de la *anticonquista* por cuanto elimina la necesidad misma de llevar a cabo una conquista —del mismo modo que la utopía ya consolidada soluciona el problema de la dialéctica histórica—. Esta cuestión es analizada por Eagleton (2009, p. 57), para el caso del *Robinson Crussoe* de Daniel Defoe, en los siguientes términos:

> La idea de encontrar un suelo virgen y de construir sobre él toda una civilización constituye una de las fantasías fundamentales de clase media [se refiere a la burguesía]. No cabe duda de que es ésta una de las razones por las que el mito de Robinson Crusoe se ha revelado tan poderoso. El hecho de demoler lo que existía antes de uno puede ser necesario para poder

> progresar y el suelo virgen le resuelve a uno este problema. Uno también se ve liberado de la necesidad de enfrentarse a la desagradable cuestión, desde el punto de vista moral, de tener que exterminar a los nativos. Defoe se dirigía a una clase capitalista formada por comerciantes que conforme crecía se mostraba progresivamente crítica con la tradición heredada. […] Por consiguiente, supone una fantasía agradable imaginar que es posible enmendar toda esta historia y volver a empezar desde el principio, recomenzando todo proceso una vez más, pero en esta ocasión con la clase media como conductora del mismo.

Es necesario retomar en este punto la aludida dialéctica existente entre la literatura de viajes y los motivos fantástico-utópicos de la imaginación ilustrada, ya que la emergencia de esta nueva sensibilidad no está entonces exenta de ambivalencias. Para Outram (2009, pp. 69-70) las islas servían como espacios para proyectar las frustraciones y deseos europeos, quienes más que buscar un conocimiento riguroso de estos territorios, se dedicaron a construir imaginativamente un mundo que necesitaban creer que existía, basándose en relatos de viajes. Esto se intensificó en el siglo XVIII, cuando los deseos utópicos asociados a estas islas se convirtieron en el centro de una floreciente industria comercial que incluía libros de viajes, segundo género más popular después de las novelas, imágenes, grabados, obras teatrales, etc. Este bombardeo visual permitió que los encuentros transculturales en los confines del mundo se convirtieran en propiedad imaginativa de los europeos comunes, quienes, aunque se consideraban ilustrados, rara vez se aventuraban lejos de casa. Así, sobre estas ambiguas bases, los europeos construyeron su conocimiento de estos territorios recién descubiertos, utilizándolo para fundamentar sus debates y teorías. Sobre el éxito de los libros de viaje, Pratt (2010, p. 24) afirma que los mismos generaban una sensación de curiosidad, emoción, aventura y fervor moral respecto de la expansión ultramarina. Su hipótesis es que estos libros constituyeron una herramienta fundamental para la "creación del sujeto doméstico del imperio", es decir, lograr que las poblaciones locales de Europa se sintieran parte de una aventura y un proyecto a escala planetaria.

Por su parte, Hazard (1985, p. 18) identifica otro tipo de viajeros, "viajeros imaginarios que no habiendo salido nunca de su casa, descubrieron países maravillosos que avergonzaban a Europa"[44]; "[…] Delirios de imaginación, que no hacían olvidar el propósito

44 Continua Hazzard: "Eran el Imperio del Cantahar, o la Isla de las Mujeres militares, o la nación del centro de África cuyos habitantes eran tan antiguos, tan numerosos, tan civilizados como los chinos, o la ciudad de los Filadelfos, o la república de los Filósofos Agoios: no se cansaban de celebrar las virtudes de estos pueblos inexistentes, todos lógicos, todos felices. Se reimprimían las viejas Utopías: Domingo González resucitaba para lanzarse a la luna. Se escribían otras nuevas: Nicolás Klimius penetraba en el mundo subterráneo, donde encontraba el reino de los Potuanos, ilustrados y sabios; la tierra de las Urracas; la tierra glacial, cuyos habitantes se derriten cuando los alcanza un rayo de sol; sin contar los Acéfalos, que hablan por medio de una boca que se encuentra en la mitad del estómago; y los Bostankis, que tienen el corazón situado en el muslo derecho" (1985, p. 18).

principal: mostrar qué absurda era la vida en Inglaterra, en Alemania, en Francia; en las Provincias Unidas, y en general en todos los países que pretenden ser civilizados", a la vez que se exaltaba lo hermosa que podría ser si se obedecieran las leyes de la razón. En el marco del auge de la literatura de viajes y los dilemas morales sobre el valor de la civilización, los filósofos y los viajeros fueron protagonistas de una especie de enfrentamiento entre empirismo y racionalismo. Durante el siglo XVIII, en medio de la intensa exploración del mundo, las afirmaciones teóricas de los estudiosos entraban en contradicción con las experiencias directas de los viajeros. Era común la asociación de viajeros con mentirosos, viéndolos como embellecedores y distorsionadores de la realidad. Por su parte, los exploradores de la Ilustración se veían a sí mismos como defensores de lo empírico y criticaban la "elocuencia de los filósofos" y cuestionaban las ideas difundidas por Rousseau en su *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres* (1754), incluyendo la noción del "buen salvaje" (Giucci, 2014, p. 87). Los viajeros imputaban a los filósofos "extravagantes" la hipocrecia de desmerecer el progreso pero disfrutar de sus beneficios, a la vez que proponían a los "inmundos aborígenes"[45] como modelo de vida para la ambiciosa civilización europea (2014, p. 113). A través de estas contradicciones y dilemas que acompañan la emergencia de la nueva sensibilidad imperial burguesa, se construyó, de manera ambivalente, la representación del Otro, objeto del siguiente apartado.

3.3. Los habitantes de la Tierra Austral y la falsificación de la alteridad

La argumentación de Restif de la Bretonne se basa en una crítica especular de la sociedad francesa del Antiguo Régimen mediante el recurso de la alteridad, desarrollando un doble juego de diferenciación/identificación con el Otro. La utilización de este recurso posiciona al autor en una genealogía cuyos hitos franceses van desde Montaigne y sus caníbales que inauguran la práctica de exponer como irracional la propia sociedad a partir de un ideal de racionalidad que es encarnado por una figura de la diferencia radical (el caníbal, el salvaje, etc.); pasando por Diderot, que prácticamente reconoce de manera abierta que los tahitianos de su *Suplemento al viaje de Bougainville* constituyen un recurso para una reflexión sobre la propia sociedad; hasta llegar finalmente a Jean-Jacques Rousseau, con sus especulaciones sobre el estado de naturaleza y su —involuntaria— contribución al mito del buen salvaje.

Con el fin de concluir el análisis, seguiremos a los protagonistas en sus descubrimientos para preguntarnos por el contenido específico de la descripción que el

45 La expresión pertenece a José de Vargas Ponce (marino de guerra, político, e ilustrado español) y es en referencia a los pueblos del archipiélago fueguino.

autor hace de los pueblos de la Tierra Austral. La imagen que se transmite desde el principio es la de una alteridad absoluta:

> […] los habitantes del hemisferio antártico son completamente diferentes de los hombres de aquí. Todo es ordenado en esos climas lejanos, que parecen salir de manos de la naturaleza, mientras que en Europa, en Asia y aun en África, los seres se han amalgamado si pudiera decirse, se han perfeccionado, y al menos, los más perfectos, han destruido a los de la misma especie, que parecían deformes o molestos (De la Bretonne, 1962, pp. 32-33).

Sin embargo, a medida que transcurre la historia y los protagonistas van estableciendo relaciones con los distintos pueblos imaginarios que habitan la micro y la macro Patagonia, esto tiende a matizarse con crecientes dosis de identificación. El primer pueblo que descubren los hombres voladores franceses es el de los “hombres de la noche” (1962, p. 91 y ss.). Los mismos tienen la particularidad de vivir de noche y dormir en cuevas durante el día ya que la luz los deja ciegos. Viven desnudos, su economía es de caza y recolección y apenas si poseen idioma: se comunican “profiriendo algunas palabras, en un tono gutural semejante al ruido de los murciélagos, pero de tono más agudo”. Su comportamiento es temeroso y tienden a huir de los europeos. Encarnan el mito del buen salvaje en toda su inocencia: son buenos por naturaleza, carecen de todos los problemas de la civilización y su gracia no es tanto el ejercicio efectivo de alguna virtud como la ausencia de vicios. Sirven para que los protagonistas demuestren su conducta paternal: “Dictaminaremos para protegerlos, exclamó Victorino, una ley que prohíba causarles mal alguno, pues parecen inofensivos” (p. 94). En este momento se inauguró lo que fue una práctica habitual en el transcurso de la novela (y en los viajes de exploración): la captura de ejemplares para su estudio y educación. Finalmente, los protagonistas logran establecer amistosas relaciones de intercambio con este pueblo: “Los hombres de la raza de la noche vivían tranquilos en sus refugios. Nadie los molestaba, al contrario se les llevaba provisiones a sus cavernas, especie de tributo que Victorino pagaba a los verdaderos dueños de la Isla” (p. 122). Ambos pueblos se beneficiaban por cuanto la isla que compartían (la Isla Nocturna, bautizada por los franceses como Isla Cristina) podía ser custodiada las veinticuatro horas.

La segunda isla que visitan es la Patagonia o Isla Grande, bautizada por ellos como Victorica. En la misma habita un pueblo “de la raza patagónica, gigantes de unos doce a quince pies de altura” (p. 99). De la Bretonne retoma en este caso el motivo del gigantismo patagónico que ya hemos abordado anteriormente. Este pueblo, al igual que el de los hombres de la noche, es pacífico y si bien encaja igualmente en la imagen del buen salvaje, tiene un mayor grado de complejidad y desarrollo que el de los hombres de la noche. Son sedentarios, tienen un idioma plenamente desarrollado, manejan cierto grado de

domesticación de plantas, tienen viviendas, muebles e instrumentos musicales. Su economía es modesta pero poseen abundancia de alimentos, como se manifiesta con motivo de la celebración de un matrimonio. Practican una religión natural y tienen una jerarquía que ubica a los ancianos en la cúspide, como jefes espirituales. Son un pueblo que permaneció simple y apegado a las leyes de la naturaleza —son, de hecho, caracterizados con cierta tosquedad—, los europeos han progresado y se han apartado de este camino por lo que su sociedad es corrupta, finalmente, los megapatagones son el punto de llegada, el progreso acorde a las leyes de la Naturaleza. Los colonos franceses representan el tránsito de una a la otra. Son el mecanismo por el cual el sistema puede exhibir su temporalidad.

Los patagones encarnan la imagen del *aura mediocritas* o mediocridad dorada, es decir, la ausencia de vicios más que la presencia de virtudes. El autor se vale de ellos para contrastarlos con su sociedad, mediante el uso de los mecanismos de la alteridad y la inversión, desplegando una serie de tópicos que constituyen clásicos de la época y del género (es decir, del complejo ideológico que gravitaba en torno de la Tierra Austral y que se componía de literatura de viajes, especulaciones filosóficas, viajes fantásticos y utopías). El primero de ellos es el de la superioridad física de los patagones. La misma constituye el recurso del que se vale el autor para dar una imagen de los europeos desde afuera, a través de los ojos de un pueblo-otro. Los colonos franceses son de este modo puestos en el lugar del Otro y desde la perspectiva de este pueblo de gigantes son ellos los inferiores. Esto los inquietaba ya que “acostumbrados a ser en Europa los reyes de la naturaleza, no se sentían bien en compañía de seres que los miraban con desdén, debido a su superioridad física, condición diferente a la superioridad social de los reyes y príncipes” (De la Bretonne, 1962, p. 100). Esta idea continúa desarrollándose con motivo de la alianza matrimonial entre ambos pueblos. En este caso llega a ponerse en cuestión la humanidad de los europeos: “¿Creen Uds. que los Patagones, que apenas nos consideran hombres, verían de buena gana el casamiento de una de sus mujeres más interesantes con un pigmeo?” (De la Bretonne, 1962, p. 105) se lamenta el hijo de Victorino cuando manifiesta su voluntad de casarse con la gigante patagona Ismichtris. “El caso es grave, se trata de un compromiso con una raza inferior que aunque nos ha parecido dotada de razón, sin embargo, por su vivacidad, delicadeza y hermosura nos parece más bien de un aspecto feminoide” (p. 108) remata el anciano Ombomboboukikah al ser consultado sobre el particular.

Otro de los tópicos en torno de los cuales De la Bretonne experimenta con el recurso de la alteridad y la inversión aparece cuando ambos pueblos establecen relaciones comerciales. En esta ocasión “los patagones rindieron homenaje a la industria de los viajeros enanos, dotados, por otra parte, de su misma conformación física hábiles para la fabricación de utensilios y mercaderías, producto del arte y de la industria de esos seres diminutos” (1962, pp. 100-101). “Algunos creyeron que la industria era una consecuencia de

la debilidad de esos hombres pequeños, pero otros apreciaron, sin reservas, los objetos que traía el buque" (p. 101). Estas observaciones denotan la influencia que ejerció el *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres* de Rousseau en el pensamiento de De la Bretonne. En el mismo, la industria moderna aparece como "el elemento diferencial entre primitivismo y civilización. El hombre civilizado es percibido como un ser protésico, que extiende sus habilidades corporales por medio de las máquinas, superando de ese modo la capacidad física del hombre salvaje" (Giucci, 2014, p. 89). Por último, los patagones son representados como seres toscos y desinteresados:

> Al retornar a la isla de los príncipes se entregaron al estudio de la medicina, la química, la física y las matemáticas, para distraerse de sus pesadas labores de gobernantes. En ciertos intervalos visitaron las islas vecinas, en especial la de los patagones, a quienes comunicaron sus descubrimientos. Nada lograba, no obstante, emocionar a estos colosos; para ellos los movimientos del alma son de poca importancia (1962, pp. 177-178).

Esta falta de curiosidad no es abiertamente reprochada por los protagonistas, pero de todos modos delata cierta inferiorización, sobre todo si atendemos al hecho de que "los movimientos del alma" son, como veremos para el caso de los megapatagones, especialmente valorados por los cristinos. Con respecto al encuentro con los *kawésqar*, a los que describió como "huéspedes repugnantes e incómodos", Bougainviile relata que el hecho de que no mostraran curiosidad por los barcos y los objetos de los franceses, produjo irritación entre los marineros. La ausencia de curiosidad era identificada con la barbarie y situaba a este pueblo entre la humanidad y la animalidad (Giucci, 2014, p. 94). Por su parte, John Hawkesworth consideraba que los fueguinos "no merecían ser calificados plenamente de seres humanos dado el escaso interés manifestado por todo lo extranjero" (p. 100).

En las décadas siguientes los protagonistas continúan explorando las islas que componen el archipiélago de la Micro-Patagonia. Se encuentran con una serie de pueblos de hombres-animales (hombres-mono, hombres-rana, etc.) que habitan cada cual una isla específica, ya que su estadío evolutivo es explicado como consecuencia del aislamiento reproductivo. Si bien es la parte más monótona de la novela, y la que menos densidad aporta al relato, vale la pena detenerse en algunas cuestiones que hacen al problema de la representación de los habitantes de la Tierra Austral. La primera de ellas surge en la isla de los hombres-mono y se refiere a la relación entre la humanidad y la animalidad. La misma es representada en el marco de una naciente especulación científica y filosófica en torno de lo que hoy podemos entender retrospectivamente como "teoría de la evolución". Se trata del desarrollo de las primeras perspectivas evolucionistas en el marco de lo que entonces se conocía como "Historia natural" —y que se aborda en profundidad en el capítulo 5—. El

naturalista sueco Carl Nilsson Linnæus, a contramano del sentido común vigente, incluyó a los humanos en su sistema taxonómico animal bajo la rúbrica *homo-sapiens*. Primero, agrupó a todos los humanos en una única categoría *homo*, a la que tituló con la sugerente frase "Conócete a ti mismo", y que se incluía dentro de los cuadrúpedos. La única distinción era entre *homo sapiens y homo monstrosus*. En esta última había, por ejemplo, enanos y gigantes (dentro de los cuáles todavía se incluía a los patagones). Pero en 1758, subdividió al *homo sapiens* en las siguientes categorías (Pratt, 2010, pp. 73-74):

> a. Hombre Salvaje. Cuadrúpedo, mudo, peludo.
> b. Americano. De color cobrizo colérico, erecto. Cabello negro, lacio, espeso; fosas nasales anchas, rostro áspero; barba escasa; obstinado, contento, libre. Se pinta con finas líneas rojas. Lo regulan las costumbres.
> c. Europeo. De tez blanca, sanguíneo, fornido; cabello rubio, castaño, sedoso; ojos azules; amable, agudo, con inventiva. Cubierto con vestimentas ceñidas al cuerpo. Lo rigen las leyes.
> d. Asiático. Oscuro, melancólico, rígido. Cabello negro; ojos oscuros; severo, arrogante, codicioso. Cubierto con vestiduras sueltas. Lo rigen las opiniones.
> e. Africano. Negro, flemático, relajado. Cabello negro, rizado; piel sedosa; nariz chata, labios túmidos; taimado, indolente, negligente. Se unta con grasa. Lo rigen los caprichos.

Con respecto a los hombres-mono, los protagonistas "se dieron cuenta, que estos animales velludos, eran una especie de ser intermedio entre el hombre y el mono" cuando los vieron comunicarse entre ellos, "y a pesar que gritaban, los gritos tenían una continuidad, que señalaba ideas combinadas, es decir, una lengua" (1962, p. 128). La importancia de la presencia de idioma y de simbolismo es crucial por cuanto supone la existencia de raciocinio: "el cachorro les señalaba la roca, acción racional que indicó a Victorino que estaba en presencia de seres humanos" (p. 130). Victorino le dice a su hijo que los hombres "pueden diferir, por la piel, por la estatura, por ser diurnos o nocturnos, pero ese rayo divino, la razón, es característica general. Estos seres, hijo mío, hablan entre ellos, deliberan, se consultan, nos miran, nos observan, tratan de imitarnos" (p. 128). La identificación con los hombres-mono llega al máximo cuando Victorino reflexiona sobre la curiosidad provocada a este pueblo por las alas. Las mismas, afirma, "deben trastocar todas sus ideas lo mismo que trastocarían la de los europeos. Sin embargo, la descripción de este pueblo es matizada como consecuencia de un hecho desafortunado: como de costumbre, los protagonistas tomaron cautivos a una pareja de ejemplares, pero al dejarlos en la Isla Cristina, uno de ellos atacó brutalmente a los hombres de la noche. El hombre-mono "explicó que, tenía un horror instintivo hacia esa raza, a los que consideraban verdaderos monstruos, que había que exterminar". Los protagonistas intentaron "explicarle al joven el sentido de las ideas humanitarias, pero era tan obtuso, que a su lado los negros más primitivos parecían genios,

por lo cual fue imposible inculcarle delicadeza en el trato" (p. 131).

Esta lógica es replicada en el caso de la Isla de los castores, de la que "se retiraron, sin aprisionar, pues pensaban que su estatura, su pobreza y el rigor del clima, indicaba que era imposible mantener relaciones comerciales con este pueblo pigmeo" (162, p. 146). La descripción del mismo se encuentra en sintonía con muchos testimonios de viajeros europeos respecto de los pueblos de Tierra del Fuego, particularmente de los *Kawésqar* —como ya se vio con Forster y Bougainville. Por su parte, resulta disruptivo respecto de la ética humanista que domina la novela, el que Alejandro considerase la idea de destinar este pueblo a la producción de pieles. De hecho, capturan cuatro ejemplares para trasladarlos a la Isla Victorica con tal fin, aunque no volvemos a tener noticias de ellos. Con independencia de su destino, el pueblo de los castores es uno de los casos en que más explícita se hace la asumida superioridad europea por parte de Restif de la Bretonne. Es por ello que en este episodio se replican las ideas más negativas sobre los salvajes que podían encontrarse en la literatura de viajes contemporánea.

La imagen del salvaje-padeciente —pobre, falto de razón, expuesto a los rigores del clima, etc.— es irónicamente acompañada, en la misma literatura de viajes, por la del salvaje que poco tiene porque poco necesita. Un buen ejemplo de esta dualidad lo aporta Hawkesworth, quien habiéndose referido a los fueguinos como "los seres más miserables, desheredados y estúpidos de la Tierra", "semidesnudos parias de la naturaleza" que "consumían su vida vagando por espantosos páramos helados" (Giucci, 2014, p. 100), remata con la siguiente reflexión:

> Como sus deseos son pocos, ellos probablemente los disfrutan todos; y lo mucho que pueden ser beneficiados por una exención del cuidado, el trabajo y la solicitud, que surge de un esfuerzo continuo y sin éxito para satisfacer esa infinita variedad de los deseos que los refinamientos de la vida artificial han producido entre nosotros, no es muy fácil de determinar: posiblemente esto puede contrarrestar todas las desventajas reales de su situación en comparación con la nuestra, y hacer que la balanza por la que el bien y el mal se distribuyen entre el hombre cuelgue pareja entre nosotros (Giucci, 2014, p. 100)[46].

De una posición que afirma sin tapujos la superioridad de la vida civilizada se pasa,

46 Otro ejemplo, significativamente similar al de Hawkesworth, lo encontramos en el español Vargas Ponce, quien afirma que: "Con todos estos desventurados Indios, a quienes falta este conocimiento viven contentos sin extender la esfera de sus deseos más allá de los que pueden satisfacer: no sienten con viveza la falta de tantas cosas, que siendo verdaderamente en sí de pura convención el hábito ha hecho ya entre nosotros de primera necesidad; y nos aventajan sin duda en que teniendo tan pocos apetitos es muy verosímil que los satisfagan todos. Es incalculable lo que ganan en estar exentos de la inquietud de los continuos e inútiles esfuerzos para satisfacer la multitud de deseos de nuestros corazones. Acaso esto solo compensa las incomodidades de su amarga situación, y tiene entre ellos y nosotros la balanza del bien y del mal en la proporción que nos da la naturaleza" (Giucci, 2014, pp. 113-114).

en el marco del mismo discurso de la *anticonquista*, al reconocimiento del carácter históricamente variable del concepto de necesidad, introduciendo cierto relativismo cultural y cuestionando el carácter absoluto de la pretendida superioridad europea. Este pasaje se opera en *El descubrimiento austral...* cuando, con motivo del descubrimiento de la Isla de los hombres-asno, hace reflexionar a uno de los protagonistas, nuevamente Alejandro, que para ellos "la felicidad era alcanzable, pues el objeto de sus apetencias era fácilmente encontrado". Y va más allá todavía cuando afirma que incluso "tal vez fueran más felices que los seres humanos, en quienes el sentimiento del bien y del mal, el conocimiento de la muerte, y sus inquietudes les impide disfrutar de los simples placeres de la animalidad" (De la Bretonne, 1962, p. 159). Sin embargo, las cosas con Alejandro siempre son más complicadas de lo que parecen y, casi de manera imperceptible, vuelve a poner en cuestión la humanidad de este pueblo salvaje al compararlo con "los seres humanos", incluso cuando el resultado de la comparación fuera favorable para el primero.

Esta oscilación ente posiciones humanistas y relativistas culturales, por un lado, y reduccionistas y etnocéntricas, por el otro, conforma el núcleo de las contradicciones que hacen al nuevo discurso de la *anticonquista*. No importa si las mismas son resueltas en sentido positivo (al estilo de Diderot o Rousseau que argumentan a favor del estado de naturaleza para criticar las costumbres civilizadas) o en sentido negativo (como Bougainville y Hawkesworth, que consideran la vida salvaje como inferior a la civilizada), el discurso opera dentro de los mismos límites y se vale de los mismos materiales. Cuando se habla de *anticonquista* debe tenerse presente que todo discurso de este tipo opera en el marco de contradicciones cuya formulación se le escapa, lo que determina la orientación específica de cada discurso particular es la manera en que estas contradicciones se resuelven. Hasta el momento hemos visto que De la Bretonne da cuenta de resoluciones tanto positivas como negativas y, si bien la balanza parece inclinarse mayoritariamente en el sentido positivo, lo importante es que la alternancia de resoluciones da cuenta de esta dualidad problemática que atraviesa el discurso de la *anticonquista*.

Con motivo del descubrimiento de la isla de los hombres-león Victorino les dirige un discurso que sintetiza el problema expuesto, por cuanto expresa lo que podemos llamar una benevolencia imperialista, es decir, nos permite apreciar el elemento etnocéntrico-imperial *en* el discurso del pacifismo humanista:

> —Hombres-leones (Hhoump-houamo), bravos (rrrhams) y no tímidos y no suficientes; yo les traigo palabras de amor; yo, mis otros, yo quererlos bien, hombres-leones; querer paz, querer amistad. Yo hombre-hombre; Uds. hombres-leones. Yo dentro conocimiento; Uds. lejos conocimiento. Yo quiero darles conocimiento; yo querer que Uds. coman bien, reposen mejor; que no corran por la caza. Dos Uds. venir a mí país mío; haremos dos Uds. sabios, todos

serán como yo, como otros yo.

El discurso fue recibido con gran alegría de parte de los hombres-leones, quienes expresaban que el hombre-hombre hablaba la lengua mejor que ellos. Esto afianzó la amistad. Al día siguiente una pareja fue trasladada a la Isla Cristina con el fin de comenzar su educación. Nada se escatimó para apresurar la enseñanza, a pesar de la estrecha vigilancia que se impuso a los alumnos para evitar que volvieran a sus hábitos de carnívoros (1962, p. 170).

Aunque en el discurso de Hermantin el pacifismo y el humanismo estén presentes desde el comienzo (se habla de amor, paz y amistad), los hombres-leones son infantilizados y tratados de manera paternalista, recurso que ya se había utilizado respecto de los hombres de la noche[47] y de los demás pueblos de hombres-animales. La asimetría del trato va acompañada de una valoración asimétrica de las sociedades de ambos: "Yo hombre-hombre; Uds. hombres-leones. Yo dentro conocimiento; Uds. lejos conocimiento". Inclusive se afirma que el protagonista habla mejor la lengua que los propios hombres-león. Esto no se limita a una una simple constatación, sino que inmediatamente asume una actitud paternalista y manifiesta su vocación de asimilarlos y europeizarlos mediante la educación. El remate del discurso es particularmente significativo al respecto: "Dos Uds. venir a mí país mío; haremos dos Uds. sabios, *todos serán como yo, como otros yo*". El juego de alteridad-identidad llega al máximo de sus contradicciones en esta última afirmación: es la negación misma del Otro como tal y se la ha llevado a cabo en uno de los episodios más amigables de la novela.

Al regreso de la isla de los leones se realiza un balance de los progresos alanzados hasta el momento:

Más de un año permanecieron esta vez Hermantín y sus compañeros en la Isla entregados a la vida familiar. Victorino y Cristina estaban ancianos, pero felices y dueños de sus facultades. Veían a su alrededor cumplirse su idea que las virtudes, más que la riqueza, traen el bienestar y el progreso, comparando esta existencia con la europea, donde la locura reina, pues imaginan que para ser felices es necesario correr tras los bienes materiales. Entre los cristinos, al contrario, se había probado que el secreto de la felicidad pública y privada reside en el imperio de justicia, aún hacia los animales, pues aquel que es cruel con sus hermanos inferiores en perfección física es también cruel con sus semejantes (1962, pp. 170-171).

47 El episodio de la canción que los hombres de la noche cantan a los protagonistas a modo de agradecimiento tal vez sea el momento donde el infantilismo asociado al buen salvaje alcanza su nota más sobresaliente: "hombre del día bueno, bueno, bueno, bueno, bueno; hombres del día dándonos a nosotros buen trato; hombres del día nada malos vosotros; hombres del día no matarnos a nosotros; hombres del día quieren bien hombres de la noche; hombres del día nosotros también queremos" (De la Bretonne, 1962, p. 124).

A pesar de la imagen crítica de la sociedad europea, de la apuesta por una vida virtuosa al margen de las ambiciones materiales y de la voluntad de justicia en el trato con los hombres-animales, predomina una asumida superioridad europea: es el europeo el que debe compadecerse de sus inferiores para ayudarlos a alcanzar la *felicidad*. Incluso cuando estos pueblos son juzgados positivamente, se lo hace desde esquemas europeos. Sin embargo, la europeidad de un pueblo no-europeo no puede ser nunca un criterio inmanente para juzgar al mismo, y por lo tanto, el supuesto relativismo de los protagonistas queda, cuanto menos, puesto en cuestión. Josep-Marie de Gérando, en sus *Considération sur les diverses méthodes a la suivre dans l'observation des peuples sauvages* de 1800, plantea este problema —al que Rousseau se refería como el "prejuicio nacional"— en los siguientes términos:

> Nada más ordinario, por ejemplo, que juzgar las costumbres de los salvajes mediante analogías sacadas de nuestras propias costumbres que, sin embargo, tan poca relación guardan con aquéllas. […] Hacen razonar al salvaje a nuestra manera, cuando el salvaje no les explica cuáles son sus propios razonamientos (Todorov, 2007, p. 28)[48].

Finalmente, el episodio en el que se pone a prueba de manera abierta el pacifismo humanista de los protagonistas es el de la isla de los pájaros. En ella se encuentran con un pueblo belicoso, que encarna el tipo de salvajismo irracional y agresivo al que se referían, como vimos, los viajeros críticos de la imagen que los filósofos de gabinete difundían sobre estos pueblos. Luego de ser atacados sin motivo por los hombres-pájaros, se afirma que:

> Esta aventura peligrosa los convenció que debían volver al barco, para regresar en son de guerra a la isla. Esta actitud estaba alejada de los sentimientos de justicia y de tranquilidad imperantes, pero todos los hombres tienen sus pasiones y los viajeros estaban irritados contra los hombres-pájaros por su conducta. La entrada del barco provocó un instante de curiosidad; luego trataron de asaltarlo, pero un tiro de cañón, que limpió el aire de hombres-pájaro, hizo posible un tranquilo desembarco (1962, p. 174).

El relativismo y el pacifismo de los colonos franceses tienen sus límites. Pero más que en este tipo de pasajes que denota un etnocentrismo explícito o una clausura del humanismo hasta entonces imperante, es necesario ahora centrarnos en lo que parece ser el mayor acto de relativismo, por cuanto parece suprimir la aludida regla de la superioridad europea: el contacto con el pueblo megapatagón, ubicado en la *Macro-Patagonia*, al que se lo describe como superior a los propios protagonistas franceses y cuya sabiduría anhelan:

---

48 La referencia original es de: Copans, J.J. (1978), *Aux origines de l'anthropologie française,* París, Le Sycomore, p. 135.

> Después de haber descubierto diversas especies de hombres-aborígenes no perfeccionados, los nietos de Victorino llegaron por fin a un país, nuestra Antípoda física y moral, en que la mayor parte de nuestros defectos estaban compensados por una virtud contraria. Los megapatagones poseen la artes y las ciencias, y las han cultivado de una manera superior a la nuestra. Practican todas las virtudes sociales, siguen paso a paso a la naturaleza, lo que les procura la felicidad (De la Bretonne, 1962, pp. 22-23).

No se trata del estado de naturaleza en el que la bondad es consecuencia de la ausencia de vicios más que del ejercicio de alguna virtud, pero tampoco del estado de civilización de la corrompida Europa. Es un estado de cultura en el que el progreso no se ha llevado a cabo en contradicción con la naturaleza, sino que, por el contrario, el motor de esta sociedad virtuosa ha sido el respeto dictado por la *razón* a la ley que emana de ella.

La primera imagen del contacto es la de una radical alteridad. “La capital del país de los Megapatagones, la ciudad de Sirap (anagrama de *París)*, estaba situada diametralmente opuesta a París” (p. 179), materializando en el espacio geográfico el carácter de antípodas de ambos pueblos. Al aterrizar, los protagonistas fueron rodeados “por una multitud de hombres y mujeres, vestidos de manera singular. El peinado correspondía por la forma, a la de nuestros zapatos y sus zapatos tenían estilo de sombrero en los hombres y de bonete, en las mujeres” (p. 180). El recurso de la alteridad es llevado hasta el grado de la ridiculez.

Para presentarse, Hermantin pronunció el siguiente discurso a los megapatagones:

> —Ustedes sabrán, excelentes ciudadanos, que la Patagonia, de donde venimos, está vecina de una isla llamada desde antiguo la Isla Nocturna y ahora la Isla Cristina, en recuerdo de mi abuela materna. Pero el país de donde procedemos originalmente está infinitamente más lejos, está en el otro polo [hemisferio] y para llegar allá hay que atravesar la zona tórrida. Esta hazaña la efectuó nuestro padre, el ingeniero Victorino, quien vino al Polo Austral y creó aquí un imperio francés, es decir, de la nación más civilizada de Europa, Asia, África y la América. La inteligencia y la sagacidad de Victorino fue la base de su destino: es el inventor de las alas postizas, que sus hijos han perfeccionado; es el soberano sabio y justo, que no ha oprimido a los aborígenes de las diferentes islas, seres de calidad inferior a nuestra especie, y por consecuencia, absolutamente desproporcionados con vosotros, ilustres megapatagones. Lejos de oprimir a los nativos, estableció por el contrario leyes que mejoraron su situación enormemente. Los ha cultivado espiritualmente en la medida que ellos pueden ser perfeccionados, y observa hacia ellos una conducta paternal. En cuanto a nosotros, ilustres megapatagones, venimos aquí para instruirnos, a aprovechar vuestro ejemplo, vuestras sabias instituciones, con el objetivo de sacar partido de las sublimes lecciones que ustedes pueden transmitirnos (1962, pp. 180-181).

Aparece el recurso del bautismo como forma de apropiación; se asume abiertamente la pretendida superioridad francesa, a la vez que se reconoce el interés imperialista que los moviliza; se atribuyen virtudes al protagonista (inteligencia, sagacidad, sabiduría y justicia); se destaca el trato benevolente hacia los aborígenes, pero al mismo tiempo contradice el principio buffoniano de unidad del género humano[49] vigente hasta entonces, al tildarlos como seres de calidad inferior, al tiempo que se ubica a los megapatagones en la cima de esta jerarquía; se refiere al proceso de re-educación y asimilación cultural practicado por los cristinos; y, finalmente, se expresa la voluntad de tomarlos de ejemplo para el mejoramiento de su propia utopía en curso.

La primera actitud por parte de los anfitriones megapatagones es de extrañamiento y desconfianza, reproduciendo —a la inversa— la lógica de los protagonistas. Luego de que el anciano Noffub diera la bienvenida a los franceses, su hijo Teugnil manifestaba las siguientes preocupaciones:

> Quisiera, querido padre, que se me permitiera dedicarme a instruirlos en nuestras costumbres y acompañarlos para conocer sus intenciones y saber si no cultivan esas artes peligrosas que tanto mal han causado a los hombres del Polo Boreal, y cuyos comentarios han llegado hasta nosotros. Necesitamos saber si tienen malas costumbres, y si entre ellos los vicios del corazón no estén en proporción con su inteligencia. Sus rasgos físicos son opuestos a los nuestros, tal vez sean también nuestros antípodas morales. Pienso que hay peligro en dejar que convivan en plena libertad con nuestros jóvenes (1962, pp. 181-182).

Luego, al ser consultados los franceses sobre la práctica de la religión cristiana en Europa, Teugnil se lamenta: “Me dais, con esto, una triste idea de los europeos. Una religión tan hermosa, dictada por Dios mismo como puede reconocerlo en sus preceptos, la profesan pero no la practican. Los europeos son, a mi parecer, unos monstruos” (pp. 210-211). Pero en la patria de los cristinos las cosas son diferentes, ya que se han “puesto en vigor todos los preceptos de la igualdad, la fraternidad, la comunidad y de la buena voluntad y de veras, somos muy felices practicándolas”. Esto lleva a Teunil a concluir que “vuestra conducta es una nueva prueba de la locura de los europeos. ¡Qué pueblo más abominable!

---

49 Abordamos este asunto en el capítulo 5. Por el momento, remitimos a Dorinda Outram (2009, p. 73): “[...] el naturalista francés Georges-Louis Leclerc Buffon (1707-1788), afirmaba que la raza humana era una unidad. Si algunos humanos parecían diferentes de otros era sólo debido a factores contingentes, como la exposición a determinados climas. Cualquiera que viviera en un feroz clima tropical debía responder a la acción del sol y tener la piel oscura. Si los europeos hiciesen lo mismo, también desarrollarían una piel oscura. Pero no había nada que hiciera a algunos hombres inherentemente negros y a otros inherentemente blancos. Los factores determinantes eran el ambiente y el clima, no alguna característica innata del ser humano. La obra de Buffon no brindaba apoyo a nadie que quisiese aducir que los negros de África o los indios de América o los isleños del Pacífico fuesen inferiores o diferentes de algún modo fundamental”.

Tiene buenas leyes, pero no las cumple. Creo que están corrompidos hasta los tuétanos" (1962, pp. 210-211). Finalmente, el anciano Noffub da su beneplácito a los cristinos:

> Queridos hijos: Alabo la conducta que habéis tenido con los diversos hombres que habéis descubierto en estas islas; es digna de encomio, pero os aconsejo que no interfiráis en los asuntos de esos pueblos, pues pronto e irremisiblemente llegaréis a creeros sus propietarios, lo que sería un gran mal. Mantened la igualdad entre vosotros. No os aconsejaría adoptar nuestras costumbres sino que conservéis las vuestras que me parecen excelentes. Nosotros, como Uds. pueden constatar, somos felices; a Uds. les corresponde hacer uso de la razón y a derivar de ellos conclusiones. En la puerta de vuestra capital escribid en letras de oro y en todos los idiomas: "Sin igualdad perfecta, no hay virtud, no hay felicidad" (1962, p. 213).

El primer consejo del sabio tal vez sea el momento más —consciente o inconscientemente— autocrítico de la novela respecto de la actitud paternalista del propio discurso de la *anticonquista*. Se trata del mismo fenómeno observado por Pratt respecto de la literatura de la frontera imperial, es decir, producida en la "zona de contacto": "la conspicua inocencia del naturalista adquiere sentido en relación con una asumida culpabilidad de la conquista, culpa que la figura del naturalista constantemente trata de eludir y constantemente invoca, aunque sólo para distanciarse de ella una vez más" (Pratt, 2010, p. 117).

En el segundo consejo se habla de "nuestras costumbres" y las "vuestras" como si se tratara de algo realmente distinto. Sin embargo, y a pesar de la grotesca imagen de alteridad inicial, subyace una profunda identificación entre ambos pueblos. Ambos parten de los mismos principios universales (la igualdad, la fraternidad, la comunidad, etc.) y aspiran a llegar al mismo fin (la *felicidad*) por el mismo mecanismo (la *razón* como forma de acceso a la ley natural). No hay una diferencia significativa entre estos pueblos, se trata de distintos grados de desarrollo dentro del mismo proceso. Los megapatagones cumplen la función de vehiculizar la crítica del autor al Antiguo Régimen europeo desde un punto de vista aparentemente exterior, también sirven para encarnar, plenamente desarrolladas, las instituciones que considera deseables. Los cristinos representan el proceso de tránsito hacia las mismas. A tal punto es la identidad que los megapatagones resultan ser más europeos e ilustrados que los propios protagonistas. El siguiente extracto es sintomático respecto de esta alteridad que en realidad es identidad:

> Hermantín que conocía Europa, donde acompañó a su padre, se asombró de la belleza del paisaje. Se parecía a Francia por sus costas, montañas, ríos y bosques, aun por sus ciudades. La parte austral era similar a la Isla Cristina, y más allá podían verse dos islas semejantes a Gran Bretaña. Se veían montes parecidos a los Alpes, que separaban tierras

> similares a Italia, y zonas con Pirineos idénticas a las de España. Esta similitud era prodigiosa, y únicamente el conocimiento de la carta geográfica les aseguraba que estaban lejos de Europa. El único contraste era el de las dimensiones, este pseudo continente austral era reducido, tal vez del tamaño de Francia (1962, p. 179).

Las coincidencias llegan hasta el punto de que los diálogos citados transcurren "en una plaza parecida a la Plaza Vendome" (1962, p. 179). Constituye una falsificación de la alteridad: los valores que les atribuye no parecen proceder del conocimiento efectivo de estos pueblos —ya se trate de los considerados salvajes o más avanzados— sino que se trata de valores europeos disfrazados de universales. ¿Cómo podría determinarse que, por ejemplo, el cultivo de las artes y las ciencias sea un valor en sí mismo, más allá de cualquier determinante histórico? En otras palabras, los pueblos aludidos no son valorados en sus propios términos —lo que constituiría un verdadero relativismo—, sino porque realizan, incluso mejor que muchos europeos, valores europeos e ilustrados. Se trata, en síntesis, de lo que Puleo (1996, p. 34) llama la "falsificación de la diferencia" y de la actitud que Todorov (2007, pp. 60-64) entiende como un falso relativismo, es decir, una forma de relativismo que esconde una universalización de la propia cultura, en la medida en que conlleva una celebración de la cultura ajena por la realización de valores propios. En ambos casos se trata de un recurso, que puede ser más o menos consciente, por el que se asigna al Otro la función de un *alter ego* que permite al filósofo realizar, mediante un juego de identificación y diferenciación, la crítica de su propia sociedad. Todorov identifica cuatro formas que puede asumir el universalismo: a) el etnocentrismo, b) el cientificismo, c) el falso relativismo y d) el racismo o el racialismo. De la Bretonne las practica todas: a) porque no se valora en el Otro más que la realización de valores o aspiraciones propias; b) porque el acceso a la ley de la Naturaleza mediante la Razón le permite emitir juicios universales; c) por cuanto no reconoce en el Otro más que la imagen distorsionada de sí mismo; y d) porque afirma la existencia de una jerarquización interna del género humano con arreglo a un criterio absoluto de raíz cientificista. En esta línea, Todorov (2007, p. 305) afirma que:

> En forma ideal, el exotismo es un relativismo, tanto como lo es el nacionalismo, pero de manera simétricamente opuesta: en ambos casos, lo que se valora no es un contenido estable, sino un país y una cultura definidos exclusivamente merced a la relación que guardan con el observador. Es el país al que pertenezco el que posee los valores más altos, cualesquiera que éstos sean, afirma el nacionalista; no, los posee un país cuya única característica pertinente es que no sea el mío, dirá aquel que profese el exotismo. Se trata […] de un relativismo que [...] ha quedado atrapado por un juicio de valor (nosotros somos mejores que los otros; los otros son mejores que nosotros), pero en el que la definición de las entidades que se comparan, "nosotros" y "los otros", permanece puramente relativa.

Atendiendo al recurso de la falsificación de la diferencia, el análisis de este tipo de obras nunca debe perder de vista la dialéctica que articula los juicios sobre los pueblos extranjeros con las contradicciones internas de la sociedad del intelectual que se explaya sobre los mismos, ya que éstas suelen ser los móviles predominantes de su argumentación, mientras que las distintas figuras del Otro revisten frecuentemente un carácter instrumental. Podemos concluir entonces, con Rousseau, quizá el intelectual que con mayor lucidez logró vislumbrar —mas no superar— el problema que aquí se plantea, y que en su *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres* afirma que tras "trescientos o cuatrocientos años durante los cuales los habitantes de Europa han inundado las otras partes del mundo y publicado sin cesar nuevos libros de viajes y relatos, estoy convencido de que los únicos hombres que conocemos son los europeos" (Todorov, 2007, p. 30).

En este capítulo hemos abordado la problemática espacio-temporal en que se inserta *El descubrimiento austral* respecto del retroceso de las manchas blancas y del pasaje de la utopía de forma espacial a la utopía de proceso temporal, expresada en la aparición de la ucronía y la introducción de formas literarias propias de la temporalidad y la subjetividad burguesas como la novela, la biografía y la auto-biografía, el proyecto y el desarrollo de tramas literarias que no solo nos muestran utopías en funcionamiento sino que también exhiben su proceso de construcción. En un nivel más concreto, hemos abordado también el problema del carácter transicional de *El descubrimiento austral* respecto del ascenso de los nuevos imperios, en el plano geopolítico, como así también del ascenso de una clase social, en el plano interno. El primero de ellos es expresado en la forma del Proyecto para la Paz Universal y de la Leyenda Negra de la Conquista. Y el segundo, en la de la emergencia de una nueva sensibilidad —también imperialista, pero de tipo burgués— condensada en el discurso de la *anticonquista* y que abona, al mismo tiempo, la hipótesis que ubica a De la Bretonne, no sólo como un utopista de transición, sino también como un intelectual orgánico. Aspecto este último también abordado respecto de la asimilación de la noción de progreso y de la adscripción al proyecto burgués-ilustrado. Finalmente, hemos analizado como funciona este dispositivo en la caracterización que se hace de los habitantes de la Tierra Austral, llegando a la conclusión de que el imperialismo no reconoce más que su propia imagen y más que un verdadero diálogo con el Otro, lo que se produce es la apología de la nueva subjetividad burguesa.

4. Utopía, revolución y comunismo

> El primero que después de haber vallado un terreno tuvo la idea de decir: «Esto es mío», y encontró gente lo bastante simple como para creerle, fue el verdadero fundador de la sociedad civil. Cuántos crímenes, guerras, asesinatos, miseria y horror hubiera ahorrado al género humano aquel que, arrancando las estacas o llenando el foso, hubiera gritado a sus semejantes: «¡No escuchéis a este impostor! ¡Estaréis perdidos si olvidáis que los frutos son de todos vosotros y que la tierra no es de nadie!».
>
> Jean-Jacques Rousseau, *Segundo Discurso*, Francia, 1754

> Ya no es en los espíritus donde hay que hacer la revolución, no es ya aquí donde hay que buscar su éxito: en ellos, está hecha y rehecha desde hace tiempo; toda Francia os lo testimonia; pero es en las cosas donde es necesario que esta revolución, de la cual depende la felicidad del género humano, se haga al fin también y plenamente. […] La situación moral del pueblo no es hoy más que un sueño maravilloso que hay que realizar, y no lo podéis realizar más que haciendo en las cosas la misma revolución que habéis hecho en los espíritus.
>
> Gracchus Babeuf, *El manifiesto de los plebeyos,* año 4 de la República (1795)

> Veremos entonces cómo el mundo hace tiempo que tiene un sueño, del cual basta con tener conciencia, para convertirlo en realidad. Resultará claro que no se trata de trazar una recta del pasado al futuro, sino de realizar las ideas del pasado. Veremos finalmente, que la humanidad no se iniciará en un nuevo trabajo, sino que realizará desde el principio, conscientemente, su trabajo antiguo.
>
> Karl Marx, C*arta a Arnold Ruge*, Kreuznach, septiembre de 1843

Atendiendo a la necesidad de analizar la forma y el contenido propiamente utópicos de *El desubrimiento austral...,* este capítulo se organiza en torno de las siguientes problemáticas: el objeto y la perspectiva de la crítica (apartado 4.1); la forma del tránsito a la sociedad utópica (apartado 4.2) y el contenido de la nueva sociedad (apartado 4.3). La primera de estas problemáticas corresponde a la utopía en tanto que crítica de lo que es, mientras que las últimas dos, a la apología de lo que debiera ser. Más en particular, y teniendo en cuenta los principales debates en torno de la vida y la obra de Restif de la Bretonne, discutiremos con las interpretaciones que entienden que la utopía anticipa el socialismo moderno, ya sea por su carácter de crítica anticapitalista (apartado 4.1), su orientación revolucionaria (apartado 4.2), o por su contenido comunista (apartado 4.3).

Esta discusión es pertinente por que ha sido una clave de interpretación dominante en los estudios sobre el utopismo, en general, y sobre la utopía literaria, en particular. El

materialismo histórico, en sus diversas variantes, ha contribuido especialmente a la consolidación de estas lecturas. Será por ello el principal objeto de nuestro diálogo crítico, que se desarrollará respecto de tres autores —Friedrich Engels, Karl Kautsky y Max Horkheimer— que han brindado algunas de las expresiones mejor estructuradas sobre el particular[50], por su formulación, su claridad y su influencia sobre estudios tanto marxistas como no marxistas.

La lectura de la utopía en tanto que anticipación del socialismo moderno no ha sido monopolio del materialismo histórico y a la misma han contribuido autores que se ubican en diversas perspectivas. La más influyente es la tradición liberal y cuyos principales referentes son Karl Popper, Friedrich von Hayek e Isaiah Berlin. Los antecedentes de esta corriente son Adam Smith y Alexis de Tocqueville, críticos del racionalismo que, según ellos, habría dominado el pensamiento europeo previo a 1789 y que juzgaban como excesivo y limitativo de la acción individual. Nuestro diálogo crítico con esta corriente estará focalizado en el problema de la utopía como anticipación del totalitarismo —filiación prácticamente autoevidente y necesaria para sus portavoces— y nos limitaremos a la obra de Jean Servier, no solo por ser la que mejor condensa y sistematiza esta línea de interpretación respecto de la utopía literaria, si no también porque se refiere concretamente al caso de Restif de la Bretonne (Servier, 1982, p. 128). Si bien pondremos el foco en la cuestión del totalitarismo, a esta corriente cabe también la crítica más general a la idea de anticipación como tal.

Es importante tener en cuenta tres cuestiones fundamentales: las genealogías posibles del socialismo y su relación con la utopía, los momentos del discurso utópico y las formas de la crítica utópica. Respecto de la primera, recordemos que el fenómeno de la utopía ha sido tradicionalmente organizado en dos grandes familias: por un lado, las utopías literarias, cuyo fundador es Thomas More; y por el otro, el utopismo de orientación práctica, línea que históricamente se remonta a Thomas Müntzer. Cuestiones como la tendencia presuntamente anticapitalista de la crítica utópica (apartado 4.1) y el contenido socialista de las instituciones (apartado 4.3) han sido una constante de ambas genealogías —la de More y la de Müntzer, la teórica y la pragmática—, aunque gozan de una formulación más acabada en la primera; mientras que la proyección revolucionaria —en términos de acción política directa— (apartado 4.2) está prácticamente limitada a la segunda. Según las interpretaciones más generalizadas en el marxismo, ambas líneas de desarrollo confluirían en la propuesta teórica y en el proyecto político del socialismo científico a mediados del siglo XIX. En otras palabras, en el *Manifiesto Comunista* se habría operado la síntesis entre teoría y movimiento socialistas, dando lugar a una teoría revolucionaria y a un movimiento político fundado sobre bases científicas. Según el liberalismo, en ambas genealogías se pueden

50 Lo esencial del asunto ha sido planteado en el estado de la cuestión (apartado 1.2).

rastrear características que son inherentes al socialismo: su inadecuación respecto de la realidad y la violencia totalitaria, es decir, su antagonismo con la Razón y la Libertad.

La segunda cuestión es la de los momentos en que se articula el discurso utópico. Toda utopía literaria presenta de manera más o menos clara un momento crítico-descriptivo, de tipo negativo, en el que se expone aquello que es pero que no debe ser (apartado 4.1); y otro, crítico-propositivo, de tipo afirmativo, en el que se desarrolla aquello que no es pero que debe ser (apartado 4.3). Si bien estos momentos pueden ser fácilmente diferenciados en abstracto, en el desarrollo de las obras concretas la distinción no es nítida por cuanto los mismos se mezclan y superponen. Toda utopía implica, simultáneamente, una crítica de la sociedad vigente y una apología de un orden superior, pero esto no tiene necesariamente un correlato directo en su organización formal. Para Horkheimer (1995, pp. 91-92) la importancia de la utopía radica en el primer momento, ya que "la situación real de un hombre puede deducirse a partir de sus deseos; lo que se vislumbra a través de la feliz Utopía de Moro es la situación de las masas en Inglaterra, a cuyos anhelos dio forma el humano canciller". Pero, a la inversa, también podría afirmarse que lo más importante es el segundo momento, ya que de la crítica de lo real-existente pueden deducirse, en parte, los anhelos de un individuo, clase, época, etc. En cualquier caso, cada momento remite necesariamente al otro y, en última instancia, lo supone. No existe una frontera claramente demarcada entre ambos, se trata entonces de entender cómo interactúan en cada caso.

Por último, hay que tener en cuenta que la crítica utópica se desarrolla, a grandes rasgos, de dos formas: explícitamente, al punto de que un libro se organice en dos partes que se corresponden con los dos momentos recién referidos, como en la *Utopía* de More, siendo esto lo menos frecuente; o tácitamente, es decir, a través de la descripción de la sociedad otra, sin mayores alusiones directas a la sociedad del autor, pero actuando críticamente por efecto comparativo. En palabras de Ory P. (1992, p. 47), "si se le dice al lector que la ciudad utópica está fundada en la razón, es para que deduzca que el mundo en el que vive no lo está", se pasa de este modo "de lo simétrico invertido a la afirmación de la perfección del otro, que puede, en ciertos casos, constituir un lugar de formación del juicio crítico". Esta ha sido la forma dominante de la utopía después de Moro. Generalmente, ambas formas se encuentran presentes e imbricadas en cada obra. Al mismo tiempo, debemos evitar lecturas lineales que asuman que el autor desea implementar, de manera total o parcial, el modo de vida utopiano en su sociedad, ya que es posible especular en la utopía con posibilidades que no se pretende asumir políticamente. Se puede llevar el razonamiento al extremo sólo para demostrar un principio que se desea, en el mejor de los casos, aplicar de manera moderada[51]. Son los propios utopistas los que nos advierten sobre

51 Incluso es posible valerse de la especulación utópica para llevar un principio hasta el extremo del ridículo, argumentando por esta vía su imposibilidad o su inconveniencia. A fines del siglo XVIII

esta dificultad al desvincular sus críticas de cualquier orientación pragmática inmediata. More concluye su utopía haciendo decir a su personaje: “como no puedo dar mi asentimiento a todo lo que dijo Rafael, […] confesaré que tengo más deseos que esperanzas de ver en nuestras ciudades muchas cosas de las que hay en la república de Utopía (Moro, 2012, p. 135). Casi tres siglos después, De la Bretonne (1962, p. 225) concluye su utopía austral con una fórmula similar: “Conclusión: diré, honorable lector, una palabra más, pues podrías descubrir lo que debe quedar oculto a perpetuidad. He querido solamente mostraros a la vista un nuevo cuadro”.

4.1. Crítica *en* y *de* la sociedad transicional

El auge de la literatura utópica está ligado al proceso de transición del feudalismo al capitalismo y constituye una forma de crítica social que refleja las contradicciones fundamentales del mismo. Resulta imposible captar la especificidad histórica de obras como *El descubrimiento austral...* si abstraemos esta determinación general. Incluso al precisar que la obra se ubica en una coyuntura específica de este contexto —Francia en vísperas de la revolución burguesa, como hemos visto en el capítulo 2— no estaremos diciendo mucho, pues se trata de una característica compartida por todos los productos ideológicos de la época: literarios y no literarios, utópicos y no utópicos, críticos y conservadores, radicales y moderados, etc. En otras palabras, establecer que estamos ante una crítica producida *en* la sociedad transicional no implica demostrar que, al mismo tiempo, sea una crítica *de* la sociedad transicional como tal. Esto último constituye el eje de nuestra discusión con las interpretaciones más generalizadas sobre el asunto, que incluso van más allá y se refieren directamente al capitalismo como si se tratara de una realidad plenamente desarrollada o, al menos, accesible en sus principios fundamentales para el intelecto del utopista, ya sea por su genialidad científica o por la adopción del “punto de vista del proletariado”.

Horkheimer (1995) afirma que, a diferencia de las filosofías burguesas de la historia desarrolladas por Hobbes, Spinoza y la Ilustración, “las grandes *Utopías* del Renacimiento […] son expresión de las clases sociales desesperadas, a cuya costa se hizo la transición entre dos formas económicas”, a saber, entre el modo de producción feudal y el capitalista. “Ante este estado de cosas los utopistas reaccionan gritando: ¡la propiedad [privada burguesa] tiene la culpa!” (pp. 83-84), pero al carecer de los medios de su realización “la utopía salta por encima del tiempo” (p. 89), es decir, acierta en el diagnóstico pero se equivoca en el pronóstico. Esta línea ya había sido explorada y desarrollada en profundidad

aparecieron una serie de novelas que se valían de los aspectos formales de la literatura utópica para cuestionar el utopismo como tal. Los ejemplos más notorios de esta corriente definida como parodia utópica o anti-utopía son los casos de la Fábula de las Abejas de Mandeville y Los viajes de Gulliver de Johnattan Swift.

por Kautsky con respecto a la Utopía de Thomas More, considerado el primer socialista moderno. Sin embargo, la correspondencia entre la utopía y el socialismo científico moderno no es absoluta, ya que este último se basa en dos factores: el desarrollo del proletariado como clase social y el desarrollo de una industria en gran escala (2002, p. 210). El capital y el proletariado, la pobreza masiva y la acumulación de riquezas deben coexistir durante un largo tiempo antes de sembrar la semilla de una nueva sociedad, y como More imaginó su república anticapitalista en una economía dominada por la agricultura y la artesanía, el nuevo sistema permanecía utópico (pp. 211-212). Así, el comunismo de More es moderno en la mayoría de sus tendencias, pero no-moderno *(unmodern)* en la mayoría de sus recursos (p. 222). Pero al mismo tiempo, para Kautsky, More hace una crítica anticapitalista y, al posicionarse desde una perspectiva materialista, logra vislumbrar la necesidad del tránsito a un modo de producción más elevado que el capitalista. Lo contradictorio y anacrónico de este planteo se evidencia si nos preguntamos cómo pudo More prever la necesidad de superación de un modo de producción que estaba dando sus primeros pasos —se trata, de hecho, del momento de la acumulación originaria de capital— al mismo tiempo que se afirma que su propuesta permanece utópica *a causa* de este subdesarrollo histórico.

Es necesario preguntarnos qué tipo de crítica es la que desarrolla De la Bretonne. A la idea de la utopía como crítica anticapitalista que anticipa el socialismo científico, opondremos la de la utopía como crítica transicional de la sociedad transicional. Los aportes de Raymond Williams sobre las relaciones entre cambio social y cambio cultural, lo que nos permitirá sortear el problema del anacronismo y la extemporaneidad:

> En la mayor parte de las sociedades complejas, podemos establecer diferenciaciones sociológicas cruciales definiendo, no sólo un conjunto existente (estable) de relaciones e intereses sociales, sino también algunos de esos conjuntos como dinámicos. Así, mientras necesitamos definir algunas relaciones relativamente estables de dominación y subordinación, tenemos también que examinar muchas de esas relaciones en sus formas dinámicas. Como vía para analizar esas formas dinámicas debemos por tanto distinguir entre las residuales, las dominantes y las emergentes (Williams, 1994, p. 189).

Residuales, dominantes y emergentes constituyen, en el esquema de Williams, los diferentes niveles en que opera la reproducción cultural. Cada situación histórica se caracteriza por una articulación específica de ellos. Organizar el análisis en torno de estos tres niveles nos permite salir del esquema teleológico que domina la interpretación de Kautsky sin perder por ello la posibilidad de captar la complejidad de los productos ideológicos de una época de transición. Continúa Williams:

> La reproducción cultural, en su sentido más simple, ocurre esencialmente en el nivel (cambiante) de lo dominante […]. Lo residual: por el contrario, aunque sus procesos inmediatos son reproductivos, es con frecuencia una forma de alternativa cultural a lo dominante en sus formas reproductivas más recientes [...] En el extremo opuesto del espectro, lo emergente está relacionado pero no es idéntico con lo innovador. Algunos tipos de innovación [...] son movimientos y ajustes dentro de lo dominante, y se convierten en sus nuevas formas. Pero normalmente hay tensión y lucha en este área. Algunas innovaciones —tipos de arte y pensamiento que emergen y persisten como perturbadores— tienden a destruir lo dominante en cualquiera de sus formas, así como algunas nuevas fuerzas sociales tienden a destruir el orden social más que a reproducirlo o modificarlo (1994, pp. 190-191).

Veamos entonces cuál es la especificidad de la crítica realizada por De la Bretonne. El primer momento de la novela, en el que se describe la sociedad francesa del Antiguo Régimen, y en contraste con la cual se construyen luego las distintas sociedades utópicas, está dominado por la problemática de la sociedad estamental. La crítica de la misma es llevada a cabo a través de la historia romántica entre Victorino y Cristina:

> Victorino, así se llamaba, hijo de un procurador fiscal, se había enamorado perdidamente de la bella Cristina, hija de su señor. Era la belleza misma, o al menos lo que Victorino había visto de más bello. No pensaba sino en ella y languidecía de amor, y como este sentimiento no estaba sostenido por esperanza alguna, se transformó en un verdadero martirio (De la Bretonne, 1962, p. 35).

Cada intento de Victorino por acercarse a Cristina se veía truncado por el problema de la desigualdad de estamentos: “a la manera natural y compasiva sucedió un aire desdeñoso apropiado al trato que un noble de provincia da a sus inferiores” (1962, p. 39). Frente a esta situación, el protagonista propone tres soluciones. La primera es la del ennoblecimiento de las costumbres. En efecto, para poder aspirar a la mano de Cristina, Victorino considera necesario dirigirse a la ciudad para aprender el oficio de procurador fiscal y, sobre todo, los modales de la alta sociedad: “Victorino pudo entrar en contacto con la buena sociedad, la que recibía encantada a este joven de tan brillante porvenir. Era eso lo que pretendía Victorino: llegar a adquirir el tono social y ser un caballero en los modales” (1962, pp. 51-52). La segunda solución es la del secuestro de Cristina y su traslado al Monte Inaccesible, es decir, a la primera utopía que se construye en la novela. Victorino hace un trabajo arduo y sostenido por crear las condiciones necesarias para que Cristina se enamore de él sin el problema de la diferencia estamental: “En verdad, era ella la hija de un gentilhombre y Victorino de un simple procurador, pero también era cierto que él era el rey del Monte Inaccesible y que todo obedecía a su mandato”, y precisamente por este motivo:

“Los prejuicios de clase y el orgullo carecían del medio ambiente favorable para mantener esta actitud y lentamente iban desapareciendo los resentimientos del ánimo de Cristina debido al cariño que siempre Victorino le había inspirado” (1962, p. 63). Esta es la solución exitosa, y Cristina finalmente reconoce la irracionalidad de las jerarquías sociales: “Querido esposo, qué locura es la doctrina de la diferencia de castas. Era contigo que la felicidad me esperaba, pero ni yo misma ni mi padre que siempre me quiso, buscábamos el verdadero camino para encontrarlo. Han sido necesarias peripecias extraordinarias para llegar a este estado de felicidad” (1962, p. 70).

Finalmente, una tercera solución es planteada cuando el amor entre Cristina y Victorino ya es un hecho, pero todavía quedaba pendiente el problema del descontento del padre de ella: “Adiós, querida Cristina. Si tú recibes esta carta (lo que yo no deseo) piensa en la dignidad de nuestro rango, aun a costa de tu propia vida. Te abrazo, transido de dolor. Tu infortunado padre” (1962, p. 70). Se trata del ennoblecimiento por la vía tradicional, es decir, de tipo militar:

> Nuestro soberano está en guerra con los ingleses[52], quiero ofrecerle mis servicios, pueden ser de gran importancia, y cuando haya realizado alguna proeza bélica pediré como premio tu persona. Con la recomendación del soberano estoy seguro que tu padre me aceptará como yerno. Mi nobleza será mejor de la mejor clase, de verdadero servicio (1962, pp. 71-72).

Esta solución no es puesta en práctica, pero es significativo que si, por un lado, parece que Victorino acepta las reglas de juego tradicionales, por el otro, realiza una crítica implícita a la nobleza contemporánea, es decir, a una nobleza que ya no se gana su lugar mediante la guerra, socavando así las bases de su legitimación. La idea misma de nobleza es relativizada y subordinada a la Razón, unas páginas más adelante, cuando el autor afirma que las leyes con las que Victorino organizó el Monte Inaccesible despertaron admiración por ser “el producto de la mente de un simple hijo de procurador” y concluye que “la sabiduría no es producto de la nobleza; aunque la inteligencia y la sabiduría pueden dar nobleza, esta es una verdad, que hay que tener muy en cuenta” (1962, p. 83). La principal fuente de dignidad es ahora el mérito personal.

El factor decisivo, el que permite a Victorino ganarse el amor de Cristina y, luego, la aprobación de su suegro, es su capacidad inventiva, mediante el mecanismo de las alas y la creación de una nueva sociedad en el Monte Inaccesible. Se trata de características propias del emergente sujeto burgués, caracterizado por la iniciativa y la capacidad de creación y trabajo. Esto es lo que De la Bretonne opone a la irracionalidad del Antiguo Régimen francés, que sobrevive solo por la fuerza que da la costumbre, pero que ya no tiene razón de

52 Se refiere probablemente a la Guerra de Sucesión española (1701-1713).

ser. La solución es utópica por cuanto, en lugar de transformar la sociedad vigente, se construye una sociedad paralela en la que directamente no existen los condicionamientos que dan lugar a los comportamientos indeseados.

En otro orden de cosas, aunque relacionado con la iniciativa personal, dentro de este proceso general de ascenso de la burguesía, la importancia de los inventos (alas, relojes náuticos, carrozas autopropulsadas, bombas hidráulicas, etc.) da cuenta de la creciente presencia de las innovaciones mecánicas en la vida cotidiana. En los siguientes pasajes se puede apreciar la celebración del espíritu burgués y la actitud científica, en la forma del maquinismo. El caso de las alas ilustra una actitud científica, la importancia de la observación y la importancia de la aplicabilidad:

> Apenas se hubo alejado Cristina, Victorino topó con uno de esos moscardones que chupan la miel sin posarse en las flores, y cuyo vuelo parece continuo. Quiso cazarlo vivo, y al atraparlo examinó las formas de sus alas, para adivinar el mecanismo del vuelo. Largo tiempo meditó sobre el asunto y cuando creyó haber penetrado en los misterios de la naturaleza, comenzó las nuevas experiencias (1962, p. 39).

Respeto del reloj volvemos a encontrar la orientación práctica de esa actitud científica, combinada además con la adquisición de prestigio y gloria, valores típicos del Antiguo Régimen, pero todo esto orientado a defender el honor de la nación francesa:

> Victorino, por su parte, fabricaba máquinas útiles y curiosas, y llegó a ser uno de los relojeros más hábiles de Europa. Fabricó un reloj náutico. Voló a Londres a venderlo, de lo que más tarde se arrepintió pues el comerciante aprovechó de esta venta para adquirir prestigio y gloria a costa de los artistas franceses. Con estas palabras creo restituir esos modelos a la Nación Francesa (1962, p. 75).

El episodio de la carroza también es ilustrativo de esta combinación, ya que se gana con formas burguesas modernas la simpatía de los representantes de la antigua sociedad:

> Gracias a la ayuda del petimetre, Victorino pudo entrar en contacto con la buena sociedad, la que recibía encantada a este joven de tan brillante porvenir. Era eso lo que pretendía Victorino: llegar a adquirir el tono social y ser un caballero en los modales. Trabajaba mientras tanto en la carroza de su amigo. Un cerrajero hizo los mecanismos, y en ocho días la máquina estaba lista. El petimetre desbordaba de placer. Un domingo a las cuatro de la tarde preparó su carruaje, ensillando los caballos sin freno, lo que admiró al cochero que pensaba que su amo estaba loco. Pero Victorino, por medio de dos básculas movidas por los pies, imprimió al coche un suave trote. Una palanca hacía descender y elevarse a los caballos. El

> cochero al principio quedo turulato, luego comenzó a persignarse, dando alaridos de pavor (1962, pp. 51-52).

Todo esto refleja una revolución silenciosa que, aunque menos llamativa que la estadounidense o la francesa, tuvo un impacto igual o incluso mayor, se trata de los primeros pasos de la Revolución Industrial. Recordemos a modo ilustrativo que la primera fábrica mecanizada de vapor fue construida en Inglaterra cuatro años después de la publicación de *El descubrimiento austral...* y que el primer globo aerostático fue construido en 1782 —y probado en público un año después— por los franceses Joseph y Jacques Montgolfier. La actitud de Victorino es la del científico que mediante la observación racional penetra en los misterios de la naturaleza y la del técnico emprendedor de la primera fase de la Revolución Industrial:

> Estudió los diversos tipos de vuelo en insectos y pájaros; el de la mariposa le pareció el mecanismo más fácil de imitar, pero se necesitaba un resorte muy grande y alas extendidas. Se interesó por la perdiz que se asemejaba a la mariposa en su vuelo, estudiando sus articulaciones. En cuanto a las aves y grandes pájaros le parecieron pesados, aptos sólo para volar a gran altura, en regiones más frías. Todas estas reflexiones impulsadas por el amor, transformaban a un campesino humilde, sin ayuda técnica y sin medios económicos en un inventor (1962, p. 40).

Pero también se aprecia una reivindicación de la pasión. En línea con Rousseau, los fines son racionales pero los móviles son pasionales. De la Bretonne articula de este modo una racionalidad ilustrada con una sensibilidad más en sintonía con el Romanticismo. En el siguiente diálogo entre los consuegros, vemos como entran en tensión el valor de la belleza con el de la inteligencia:

> —¿Creería Ud. posible todo lo que estamos viendo en nuestra vejez? Y todo esto ha sido ocasionado, sin duda, por la belleza de mi hija, que obligó a su hijo a inventar las alas para raptarla, primer escalón de esta serie de maravillas que estamos contemplando.
> —Por seguro —respondió el procurador (este cargo se había mantenido en la Isla Cristina)—, pero si mi hijo no hubiera tenido la inteligencia y los méritos intelectuales, jamás el amor lo hubiera llevado a encontrar todo esto.
> —Tiene razón, amigo, pero no cree que sin Cristina...
> —Por supuesto, querido consuegro, y no seré yo el que le arrebate el honor de ser el padre de una nuera a la que amo más que a mí mismo.
> —Pero a la recíproca, si mi hijo...
> —Convenido, tampoco podría yo disminuir los méritos de mi yerno, que logró arrebatar el alma a mi hija, y es por sus méritos personales que ha ennoblecido aún más mi nobleza.

> Dejando al abuelo la última palabra, el procurador dio término a la conversación (1962, p. 139).

Finalmente se produce la reconciliación entre ambos mundos, el de la nobleza y el de la burguesía. La figura del suegro de Victorino, que encarna al Antiguo Régimen en la forma de la nobleza provinciana, es utilizada para defender las jerarquías sociales que los protagonistas rechazan: “Las cosas marcharon bien, a pesar de que el abuelo quería instituir títulos de nobleza: Barones, Condes, Duques y Marqueses. Pronto se convenció que era mejor seguir las leyes de la más estricta igualdad” (1962, p. 98). Pero también sirve para vehiculizar un tipo específico de crítica a la sociedad transicional al reconocer la superioridad del orden social del Monte Inaccesible: “me gustan estas leyes […], pero por desgracia no serían suficientes en nuestro país, donde el lucro personal y la apetencia de bienes corrompe todo (1962, p. 84). Se trata de una crítica que podríamos enmarcar dentro de lo que Marx y Engels (2012, p. 73) llamaban “socialismo feudal”, ya que si bien aceptaba la comunidad de bienes y parece perfilarse como crítico de la propiedad privada, lo hacía desde la perspectiva de una nobleza que se vio perjudicada por las emergentes relaciones burguesas y buscaba frenar el desarrollo de las mismas más que acelerarlo o superarlo.

El propio Victorino, que como vimos representa al sujeto pequeñoburgués en ascenso, tiene sus propias contradicciones y en ocasiones expresa su voluntad en el marco de valores como el heroísmo y la gloria junto con la iniciativa individual y la vocación científica. La ambigua permanencia de la institución matrimonial, tanto en el Monte Inaccesible como en las demás sociedades utópicas, se inscribe en la misma línea:

> Poco después del primer viaje del buque a la Isla Victorica, la Reina Cristina y su marido comenzaron a preocuparse del matrimonio de su hijo mayor. Le manifestaron que debido a su rango podía elegir entre las mujeres más bellas y más meritorias. El joven permaneció silencioso ante estas proposiciones. Parecía preocupado, y más de un mes pasó sin que diera respuestas a las preguntas de sus padres. Cristina estaba inquieta y consultó a su experimentado padre (1962, p. 102).

Consideran incluso el consejo del suegro sobre la necesidad de buscar princesas en Europa, acorde a la estirpe del hijo de Victorino. Sin embargo “la familia real no podía conformarse con esta decisión, pues para mantener el rango debían casarse con esposas patagonas, lo que ayudaba a mantener la amistad entre esos pueblos” (1962, p. 152). La institución matrimonial pervive entonces como centro articulador de las relaciones sociales incluso cuando la tendencia general es a la crítica de la sociedad de Antiguo Régimen.

En cuanto a las formas y el vocabulario políticos, volvemos a encontrar una

superposición de elementos feudales y burgueses, aún cuando claramente dominan estos últimos. En efecto, se reivindican las formas republicanas, se utiliza el novedoso concepto de "nación" (1962, p. 145), se reivindica al pueblo como base de la soberanía y se lo hace por mecanismos de tipo contractual, también se postulan los valores de la libertad y la igualdad como base de las relaciones entre las personas y entre los pueblos; pero todo esto coexiste con expresiones —minoritarias pero sintomáticas— de tipo feudal, como "la proposición de ocupar la Isla Cínica a título de señoría-agraria, es decir, infeudación" (1962, p. 143), o como el siguiente "Memorándum elevado al conocimiento del Rey y de la Reina y a la comunidad de los franco-cristinos", donde pervive la legitimación por derecho divino: "Victorino y Cristina por la gracia de Dios, Regente y Reina de la Isla Cristina, de la Isla de los Monos, de los Osos, etc., a nuestros hermanos, habitantes de las treinta islas australes, ciudadanos bajo la misma ley: salud, alegría, reposo y libertad" (1962, p. 145).

En conclusión, la crítica de *El descubrimiento austral...* no solo se ubica en el contexto de una transición histórica sino que tiene por objeto la sociedad transicional del Antiguo Régimen como tal. El autor no puede discriminar claramente entre lo que va a desaparecer y lo que finalmente terminará por convertirse en dominante, en otras palabras, la compleja articulación que el análisis histórico-sociológico permite diferenciar en residuales, dominantes y emergentes, se le presenta como una unidad. Además, no existe una necesidad que conduzca de manera indefectible desde la emergencia de los rudimentos del modo de producción capitalista en el contexto de More hasta su consolidación definitiva casi cuatro siglos después. Lo que se pierde en este esquema teleológico es nada menos que el proceso histórico concreto por el cual las formas emergentes (el modo de producción capitalista, la sociedad burguesa, la ideología ilustrada, etc.) se consolidaron como dominantes a través de su despliegue contradictorio. El desarrollo del modo de producción capitalista es para nosotros un dato empírico, pero esto no significa que su éxito histórico estuviera contenido necesariamente en sus primeros pasos. Lo sabemos porque sucedió, pero More o De la Bretonne no tenían cómo saberlo, salvo que se considere que la historia posterior ya estaba contenida como necesidad desde el principio[53].

El descbrimiento austral... constituye entonces una crítica transicional de la sociedad transicional, con acento en los elementos emergentes de tipo burgués, pero no exento de superposiciones —solo visibles como tales a la luz del desarrollo histórico posterior— con elementos residuales y dominantes propios del Antiguo Régimen. Por eso puede reproducir

53 En este sentido, y respecto del proceso cultural, Williams (1994, p. 191) afirma que: "No existe análisis más difícil que el que, enfrentado con las formas nuevas, debe intentar determinar si éstas son formas nuevas de lo dominante o son genuinamente emergentes. En el análisis histórico la cuestión queda zanjada: lo emergente se convierte en lo emergido, como en el drama burgués, y luego con frecuencia en lo dominante. Pero en el análisis contemporáneo, debido precisamente a las complejas relaciones entre innovación y reproducción, el problema se plantea en un nivel diferente".

instituciones y valores feudales (matrimonio, gloria, etc.) y criticar vicios burgueses (ambición y lucro) sin que le resulte particularmente problemático. Restif de la Bretonne no es entonces un crítico anticapitalista que aboga por superar en sentido socialista la sociedad burguesa, sino que se nos aparece ahora como un apologista, complejo y contradictorio, de la emergencia de la misma en oposición al Antiguo Régimen.

4.2. Todo para el pueblo, pero sin el pueblo[54]

Hemos visto que la historia de la utopía y del utopismo suele organizarse en torno de dos ejes a partir de los cuales se agrupan los casos particulares. Uno, que abarca desde Thomas Münzer hasta Gracchus Babeuf o Louis Auguste Blanqui; y otro, que lo hace desde Thomas More hasta Charles Fourier y los demás socialistas utópicos. Para los marxistas, la síntesis entre ambas genealogías se habría operado a partir de su confluencia en la teoría y el programa político del socialismo científico, plenamente desarrollados en el *Manifiesto Comunista.* Hasta entonces, teoría y práctica habrían estado relativamente disociadas, siendo preponderantes las formas revolucionarias en el primer eje, y los contenidos efectivamente comunistas, en el segundo. En este apartado se aborda la cuestión de la filiación de *El descubrimiento austral...* respecto de la forma del tránsito a la sociedad utópica, la cuestión del contenido comunista de la sociedad alternativa se aborda en el siguiente. El problema teórico presente en ambos sigue siendo el de la utopía como anticipación del socialismo moderno. Aunque el primero gira en torno del problema de la revolución y el segundo lo hace respecto de los del determinismo y la igualdad.

En *Del socialismo utópico al socialismo científico,* Engels establece una periodización que abarca la Edad Moderna en su totalidad. La misma se caracteriza por el ascenso de la burguesía y por su atribución de la representación de los intereses generales de la sociedad, es decir, no solamente de los suyos sino también de los de las diferentes clases trabajadoras de la época. Sin embargo, al lado de todo movimiento de la burguesía:

> […] estallaban movimientos independientes de aquella clase que eran el precedente más o menos desarrollado del proletariado moderno. Tal fue en la época de la Reforma y de las guerras campesinas en Alemania la tendencia de los anabaptistas, y de Tomás Münzer; en la Gran Revolución inglesa, los «levellers», y en la Gran Revolución francesa, Babeuf. Y estas sublevaciones revolucionarias de una clase incipiente son acompañadas, a la vez, por las correspondientes manifestaciones teóricas: en los siglos XVI y XVII aparecen las descripciones utópicas de un régimen ideal de la sociedad; en el siglo XVIII, teorías directamente comunistas ya, como las de Morelly y Mably. […] Un comunismo ascético, a lo

54 Del francés: *Tout pour le peuple, rien par le peuple*, cuya traducción literal es: “Todo *para* el pueblo, nada *por* el pueblo”.

> espartano, que prohibía todos los goces de la vida: tal fue la primera forma de manifestarse de la nueva doctrina. Más tarde, vinieron los tres grandes utopistas: Saint-Simon, […] Fourier y Owen […] (Engels, 1980, p. 65-66).

Kautsky extiende esta periodización incluyendo la Edad Media y la Edad Antigua, y no considera que se trate de un acompañamiento de las manifestaciones teóricas a la práctica revolucionaria, sino que: "el antagonismo entre More y Müntzer" contiene la semilla del gran antagonismo que atraviesa toda la historia del socialismo, y que solo fue resuelto por el Manifiesto Comunista, el antagonismo entre el utopismo y movimiento de los trabajadores". Sostiene que "el antagonismo entre Moro y Münzer, el teórico y el agitador, es esencialmente el mismo que entre owenismo y cartismo, entre fourierismo y comunismo igualitario en Francia" (Kautsky, 2002, p. 199). Horkheimer también aborda la relación entre Thomas More y Thomas Müntzer en clave de contradicción o antagonismo, afirmando que:

> […] en la época de Tomás Moro, un hombre, al que el propio canciller inglés aborrecía, acometió en Alemania una empresa de este tipo, sin perspectivas de éxito ya desde un principio, con unos medios totalmente inadecuados, y fracasó en ella. Este hombre era Thomas Müntzer. Éste no quería esperar a que se realizara el cristianismo después de pasar por una serie infinita de penalidades. Proclamó que tampoco Cristo fue paciente ante la injusticia terrena, apoyándose para ello en las palabras del propio Cristo y enfrentándose así a las interpretaciones de los teólogos (Horkheimer, 1995, p. 97).

Müntzer "renunció a la paciencia del idealismo", como ilustra su sermón ante los príncipes en Allstätt, impreso que data de 1523/1524:

> Los impíos no tienen derecho a vivir, si no fuera por la misericordia de los elegidos. Si los príncipes no destruyen a los impíos, Dios les quitará la espada, pues el poder sobre la espada pertenece a la comunidad. Los Príncipes y grandes señores son la hez de la usura, del robo y del bandidaje; se apropian toda la creación; los peces en el agua, las aves en el aire y las plantas sobre la Tierra les pertenecen. [...] ¡Ay, señores, qué bien estará esto cuando el Señor ande entre los viejos jarros con una barra de hierro! Y, como digo, seré rebelde. Y así estará bien (Engels, 1974, p. 36).

La retórica de Gracchus Babeuf, contemporáneo de De la Bretonne, tiene la misma carga de violencia revolucionaria desenfrenada: "Proclamaremos, bajo la protección de nuestras cien mil lanzas, y de nuestras bocas de fuego, el verdadero código de la naturaleza que jamás se hubiera tenido que infringir" (1975, p. 43). Es notorio el contraste con la actitud filosófica adoptada en *El descubrimiento austral…,* heredera de la tradición utópica nacida con More, en cuya *Utopía "*un príncipe llamado Utopo conquistó el país, e imprimió en él el

sello de su mente; todas las instituciones en Utopía pueden rastrearse hasta él. Él pensó el plan general de la república y luego lo ejecutó"; y "fue este rey el que hizo de este pueblo rudo e ignorante un pueblo de buenas costumbres, humanitario y noble, que hoy aventaja en esas virtudes a todas las naciones del mundo" (Moro, 2012, p. 52). Es notable el paralelismo entre esta referencia a Utopo y el papel desempeñado por Victorino en *El descubrimiento austral...* En ambos casos el acento está puesto en la voluntad y la acción de un hombre virtuoso que conquista nuevas tierras, las cuales funcionan como una materia prima maleable a la que se organiza desde cero, de manera racional, en un proceso exento de contradicciones.

La construcción de la utopía en *El descubrimiento austral…* consiste en la obtención (no siempre por medios lícitos, se recurre al robo y al rapto), el transporte y la resignificación de fragmentos de la cultura francesa, que al introducirse en el orden natural de la Tierra Austral adquieren su verdadero valor. Son varios los pasajes donde se verifica esta dinámica, el siguiente ejemplo es del momento en el que Victorino construye la primera sociedad, la del Monte Inaccesible:

> Envalentonado por el éxito de las operaciones [Victorino] trajo al Monte Inaccesible una peinadora que debía servir además como doncella; una costurera, un sastre y una cocinera. Y, por último —con la idea de que todos los moradores satisficieran sus necesidades espirituales—, trajo consigo a un fraile, a quien expuso sus planes. El sacerdote impuso el orden moral entre los habitantes (1962, p. 54).

También puede citarse el caso de Alejandro "Procurador General del Imperio, delegado del Rey, [que] los visitaba a la vez con el fin de informarse del estado de la gente, de lo que allí faltaba, y a veces hizo viajes a Europa, en busca de los objetos indispensables para el progreso"; y "para apurar el proceso cultural, Alejandro con sus hijos y sobrinos realizaron un viaje a Francia donde raptaron pintores, escultores, músicos, actores y aun hombres de letras" (1962, pp. 151-153). Aunque rudimentario, el proceso de construcción de sociedades alternativas en *El descubrimiento austral...* adquiere profundidad narrativa, asimilando el tiempo moderno burgués, la utopía se representa entonces como una construcción humana e histórica. Al mismo tiempo, este aspecto resulta sugerente sobre la posición del autor: no hacen falta cosas nuevas, basta con ordenar bien las cosas viejas.

Al referirse a este tipo de actitud, Kautsky concluye que "More no puede evitar ser un utopista" (Kautsky, 2002, p. 255). Dejando de lado la aparente paradoja de pretender que el padre de la Utopía evite, precisamente, ser un utopista, esto se debe a que traslada al siglo XVI la crítica de Marx y Engels a los socialistas utópicos del siglo XIX. Además, parece tomar de manera demasiado literal lo que constituye un recurso literario: está claro que Moro

no estaba planteando que Enrique VIII llevara a cabo el plan de Utopo, como tampoco De la Bretonne pretendía que Luis XVI se convirtiese en Victorino, el héroe de su novela. Se trata en todo caso de identificar el planteo político subyacente: la voluntad del rey basta para la reorganización de la sociedad. Con respecto a De la Bretonne, si bien encaja perfectamente en el modelo de experimento utópico al estilo de More, no es "utópico" en el sentido específico que plantea Kautsky sino que, en su propia lógica, se encuentra en sintonía con el pensamiento político y las posibilidades históricas de su época. Si no podía "ver más allá" es porque las condiciones históricas para ello no se habían desarrollado, fue necesaria la Revolución Francesa para que las contradicciones del Antiguo Régimen salieran a la luz.

En el contexto de la Ilustración, la creencia de De la Bretonne en la reforma pacífica y en la capacidad del sistema monárquico vigente para llevarlas a cabo no era para nada excepcional, ni mucho menos moderada o conservadora. Es en estas cuestiones donde hay que tener particular cuidado con no proyectar retrospectivamente en la Ilustración ideas y actitudes que son producto de la Revolución Francesa y la historia posterior. En el siguiente pasaje podemos observar, por un lado, la actitud reformista, y por otro, ideales que luego vemos desarrollarse en la Revolución ("la igualdad, la fraternidad, etc.") aunque enmarcados en una temporalidad cristiana:

> Por fin, las veinte páginas sobre los Megapatagones, han descorrido el velo. He visto entonces la moral de la naturaleza, desplegada no para ser imitada en su integridad, sino para transmitirnos este consejo sabio: "He aquí como habla la Naturaleza, acerquémonos a ella, sin violentar nuestras instituciones sociales, o más bien dicho, hagamos de ella la base de esas mismas instituciones; reformémoslas, y sobre todo, apliquemos las sabias máximas dadas a los hombres desde hace unos diez mil años por el santo legislador del Cristianismo, sobre la igualdad, la fraternidad", etc. (De la Bretonne, 1962, p. 18).

La proximidad de la Revolución contrasta con la tranquilidad reformista de la mayoría de los filósofos ilustrados. Por ejemplo, Diderot (2013, p. 101), en su *Suplemento al viaje de Bougainville* de 1772, cuando los protagonistas franceses evalúan que hacer con las enseñanzas de los tahitianos, planteaba la siguiente situación:

> A: ¿Qué haremos pues? ¿Regresaremos a la naturaleza? ¿Nos someteremos a las leyes?
> B: Hablaremos en contra de las leyes insensatas hasta que sean reformadas y en la espera nos someteremos a ellas. Quien desde su autoridad privada infringe una mala ley, autoriza a los demás a infringir las buenas. Es menos inconveniente ser un loco entre los locos que prudente en solitario. […] Imitemos al buen capellán, monje en Francia, salvaje en Otaheite.

Esta actitud refleja un optimismo respetuoso del orden en sintonía con la idea de no

violentar las instituciones vigentes, en el caso de *El descubrimiento austral…* es particularmente significativo el hecho de que se elaboren legislaciones de transición, sistemas de leyes que se saben provisorios hasta poder proponerse metas más ambiciosas:

> Victorino hizo, sin embargo, algunos alcances, observando que tales costumbres no podían adaptarse a los europeos, cuyas ideas eran adversas a estos principios. Aconsejó a los nietos que procuraran perfeccionar las viejas leyes progresivamente, sin precipitaciones, procurando conservar los lazos de amistad con ese pueblo sabio y poderoso. […] De acuerdo a ello, Hermantin elevó al conocimiento del Consejo de Estado el proyecto que sigue, con el fin de proponerla al pueblo como legislación de transición, que adoptaran todos transitoriamente, mientras pudieran estudiarse un cuerpo de leyes más perfecto (1962, pp. 214-215).

Además del reformismo pacifista, la existencia de legislaciones de transición supone también una concepción incipientemente historicista, en la que a una transformación le sigue otra en el marco de un tiempo progresivo. Otras obras de Restif de la Bretonne, como la serie de *los grafos* y *El año 2000,* también expresan esta temporalidad con mayor densidad histórica que empieza a adquirir la utopía. Ya no se trata del retorno al origen, de un instante en el que se funda de una vez y para siempre una sociedad, ni de un corte abrupto con la línea temporal y/o la situación espacial anterior, se trata cada vez más de un proceso de construcción. La figura fundacional del gran monarca es una tendencia propia de la literatura utópica desde sus inicios, como también lo es la autoproclamación de los filósofos como sus mejores consejeros: “Ya sabéis qué ha dicho vuestro admirado Platón que sólo serán perfectamente felices las repúblicas en lo venidero si los filósofos son reyes o los reyes se entregan al estudio de la filosofía” decía More en su *Utopía* (2012, p. 35)*;* al tiempo que defendía una concepción paternalista de la monarquía: “Los hombres hacen los reyes para su propio bien, no para el bien de éstos; los hacen para poder vivir sin temor a sufrir afrentas e injusticias. El rey debe velar más por la felicidad de su pueblo que por la suya, porque es como un pastor, y el pastor antes que nada tiene que apacentar a sus ovejas” (2012, p. 40).

Esta tendencia de largo plazo asume una forma específica en el contexto de producción de *El descubrimiento austral…* que es fundamental para comprender su especificidad, evitando exagerar el componente conservador o moderado de la posición de su autor. Hasta la crisis final del Antiguo Régimen la burguesía conservó de conjunto la esperanza en la posibilidad de participar en el aparato de estado y a partir de ello transformar la sociedad. Esta expectativa asumía la forma de lo que se conoce como “despotismo ilustrado”, aunque Jean Marie Goulemot señala que el término es una creación del siglo XIX y no se usaba en el XVIII, ya que ningún monarca quería ser llamado déspota. En cambio, a los gobernantes que hoy denominamos “déspotas ilustrados” se los conocía

como “príncipes ilustrados”, “monarcas ilustrados” o incluso “reyes filósofos” (Ory, 1992, p. 57). En cuanto a estos "reyes filósofos", incluso los pensadores más radicales, quienes defendían casi abiertamente el materialismo, apoyaban la idea de un poder fuerte que estuviera guiado por el consejo de los filósofos, en una postura similar a la de los libertinos de la época (1992, p. 59). El propio Sieyès, en 1789, todavía creía en la monarquía:

> ...constituye un craso error creer que Francia está sometida a un régimen monárquico. Prescindiendo de algunos años de Luis XII, de Richelieu y momentos de Luis XIV, donde se observa el despotismo en toda su pureza, creeréis leer la historia de una aristocracia áulica. En efecto, es la corte quien ha reinado y no el monarca. La corte [...] hace y deshace, nombra y cesa ministros, crea y distribuye cargos públicos, etc. [...] Así, el pueblo se ha acostumbrado a distinguir, en sus murmuraciones, al monarca de los motores del poder. De hecho, aquel ha considerado siempre al rey como un hombre tan engañado y sin defensa en el seno de una corte activa y todopoderosa, que jamás ha pensado en imputarle todo el mal hecho en su nombre (Sieyès, 1991, p. 159).

Ya nos hemos referido a *L'an 2000* (“El año 2000”), de 1791 donde De la Bretonne especula con la posibilidad de que Luis XVI pusiera en práctica la siguiente idea planteada en *El descubrimiento austral…* y se convirtiera con ello en el ilustre soberano que instaure la racionalidad en la historia francesa:

> Si los poderosos quisieran reflexionar sobre la verdad de que ellos no poseen ningún derecho propio y que son razones de orden público las que les ha entregado estos derechos que ellos gozan, serían menos duros, egoístas y vanidosos. Si los magistrados se dieran cuenta que las instituciones solo existen gracias al Pueblo y no los Pueblos por ellas, serían, sin duda, más íntegros y menos crueles contra los culpables (1962, p. 83).

Si, por un lado, podemos afirmar que De la Bretonne no es revolucionario por cuanto cree en la posibilidad de desarrollar su programa dentro del orden político vigente; por el otro, debemos tener en cuenta que el respeto a la institucionalidad vigente (la monarquía absolutista) esconde un desplazamiento fundamental en su base social que, si no es en sí mismo revolucionario, al menos contribuye a generar el clima de la Revolución. Esta pretendida continuidad de la monarquía pero con diferente base social (la burguesía en lugar de la nobleza) se terminó revelando imposible solo con la Revolución de 1789. Para Servier (1982, p. 65) las utopías de esta época se encuentran “más cercanas a la reflexión política que del sueño. Aparecen en ellas las aspiraciones de Occidente o, más bien, aparecen cada vez más los deseos de una clase social que tiende a identificarse con el Occidente”. En otras palabras, “la burguesía afirma su voluntad de participar en el gobierno

del reino en la medida de sus méritos; y estima que sus derechos están fundamentados por logros económicos individuales y no por actos de valentía perdidos en un lejano pasado". "¿Por qué no restituir a los bosques de Franconia a todas esas familias que conservan la desquiciada pretensión de ser descendientes de la raza de los conquistadores y a haber heredado sus derechos de conquista?" se preguntaba el propio Sieyès (1991, pp. 153-154). En simultáneo a está crítica del Antiguo Régimen, se produce la apología del sujeto burgués en ascenso:

> Se ha querido reafirmar la dificultad que acabamos de rebatir, argumentando que el tercer estado carecía de miembros suficientemente ilustrados y decididos para representarlo y que, por tanto, habría de recurrirse a la nobleza... Tan ridícula aseveración no merece siquiera se respondiera. Considerad las clases disponibles del tercer estado, y llamo, como todo el mundo, clases disponibles aquellas a las que un relativo bienestar permite recibir una educación liberal, cultivar su razón e interesarse, en fin, por los asuntos públicos. Estas clases no tienen otros intereses que el del resto del pueblo. Ved si no cuentan entre ellos con suficientes ciudadanos instruidos, honestos, dignos a todos los efectos de ser buenos representantes de la nación (Sieyès, 1991, pp. 170-171).

Significativamente, ocho años antes, el sabio megapatagón decía a los franceses: "Si alguien tiene sentido común entre vosotros son, precisamente, las clases intermedias" (1962, p. 201).

4.3. *Omnia sunt communia*[55]

Si *El descubrimiento austral...* no es socialista-anticapitalista (por el carácter de su crítica) ni socialista-revolucionario (en cuanto al método de transición), tal vez lo sea por el del contenido de las nuevas instituciones (socialista-totalitario, para la crítica liberal; socialista-proletario, mayormente para la interpretación marxista). Este contenido se organiza en torno de dos grandes principios interrelacionados: el determinismo y el igualitarismo.

El descubrimiento austral... desarrolla una serie de elementos que se encuentran en relación de continuidad con el grueso de la literatura utópica, y que son sistematizados por Trousson (1992, pp. 43-50). Con algunas excepciones como el desprecio del oro y el dinero, la fobia al comercio, la base exclusivamente agrícola de la economía y el existir en un presente definitivo —que refuerzan nuestra hipótesis del carácter transicional de la utopía de

55 Del latín, "todo es común" o "todo es de todos", fue el grito de guerra de Thomas Müntzer y los campesinos alemanes y procedía de una reinterpretación de la frase de Tomás de Aquino: *In extrema necessitate omnia sunt communia.*

De la Bretonne—, la mayoría se encuentran presentes. Entre ellos destacan: el insularismo; la regularidad de la vida social, basada en la simetría y la disposición geométrica —ciudad, barrio y célula, en cantidades y formas contantes—; la figura del sabio legislador, encarnada por Victorino y los sabios megapatagones y que en este caso remiten al despotismo ilustrado; el institucionalismo: importancia de las leyes y las constituciones como fundamento de la conducta humana; la igualdad de los ciudadanos y supresión de las clases sociales tradicionales, reemplazada por una división de tipo funcional; la naturaleza constrictiva de la organización social, visible en la forma del dirigismo y la vigilancia; el colectivismo, principio según el cual la vida social y la felicidad se desarrollan de manera colectiva, repudiando el secreto y la vida privada; el rechazo de la ociosidad y la inacción, por el contrario, la utopía se encuentra en una actividad incesante; el ascetismo: visible en el odio al despilfarro y la profusión, pero también en el carácter hiperrealista de las representaciones artísticas y en el carácter moderado de los placeres; una moral basada en la Naturaleza; el carácter pedagógico de la utopía y la importancia de la educación como base de una segunda naturaleza; la presencia de prácticas eugenésicas, tendientes a mejorar al ser humano no solo a nivel moral sino también biológico; finalmente, y a modo de síntesis, la orientación simultáneamente totalitaria y humanista: su carácter opresivo coexiste con un optimismo antropológico.

Podrían multiplicarse los pasajes en los que De la Bretonne organiza su utopía a partir de diferentes variantes del igualitarismo y del determinismo. Sin embargo, ninguna de estas características puede ser considerada en sí misma socialista/comunista. Mantienen todas ellas una relación de continuidad con las utopías clásicas (More, Campanella y Bacon), e incluso muchas ya estaban formuladas en las protoutopías de Platón (República, Leyes, Critias y Timeo). Todas ellas apuntan a un objetivo que es una constante de la utopía: la domesticación del proceso social. Jean Servier (1982, pp. 90-91) se refiere a esta cuestión en los siguientes términos: “Todos los terrores, todos los sufrimientos, todas las crueldades de la vida son alejados por la visión de la ciudad radiante y por las promesas de la ciencia. Las dos son antes que nada un antiazar, una planificación del futuro”. La idea de este “antiazar” es retomada durante la Revolución Francesa por Gracchus Babeuf (1975, p. 47), lo que facilita una lectura equivocada en clave de anticipación del socialismo por la utopía, cuando se trata en realidad de una continuación de motivos utópicos por parte del primero:

> […] es necesario, para precisar más la cuestión, llegar a encadenar la suerte; hacer que cada coasociado sea independiente de las posibilidades y de las circunstancias felices o desgraciadas; asegurar a cada uno y a su posteridad, tan numerosa como sea, lo suficiente, pero nada más que lo suficiente; y a cerrar para todos, todas las posibles vías de obtener por

encima de la *cuota-parte* individual en los productos de la naturaleza y del trabajo.

A su vez, el nuevo gobierno:

> […] hará desaparecer los límites, barreras, muros, cerraduras de las puertas, las disputas, los procesos, los robos, los asesinatos, todos los crímenes; los tribunales, las cárceles, las horcas, las penas, la desesperación que causan todas estas calamidades; la envidia, los celos, la insaciabilidad, el orgullo, el engaño, la hipocresía, en fin todos los vicios; más aún (y este punto es quizá el esencial), el gusano roedor de la inquietud general, particular, perpetua de cada uno, sobre nuestra suerte del mañana, del mes, del año siguiente, de nuestra vejez, de nuestros hijos y de los hijos de éstos (p. 48).

La misma voluntad de eliminar la causa básica de las contradicciones sociales mediante el recurso al determinismo de las instituciones está presente en *El descubrimiento austral...,* y puede verse cuando el sabio megapatagón afirma que las máximas morales de su sociedad se reducen a un único principio, la igualdad que corta las raíces de todos los vicios; aquí, por fortuna, no hay asesinos, ladrones ni corruptores (1962, p. 207). Es una característica generalizada en la literatura utópica el considerar que las acciones de los seres humanos están determinadas por su situación. Si se modifica el medio, se modifica también la conducta humana. El mismo puede estar dado por la naturaleza o por la cultura, entendida como una segunda naturaleza. Esto significó un avance en cuanto a pensar la acción humana como natural e históricamente determinada: no cualquier cosa puede suceder en cualquier contexto. Es un punto en el que la historia de la literatura utópica se cruza con la del pensamiento científico sobre la sociedad, a pesar de las formas simplistas y mecanicistas con que se representaba esta determinación: “El vicio parecía alejado del Monte Inaccesible, y las virtudes reinaban. Amistad fraternal, ayuda mutua, celo en el trabajo, amor, fidelidad, eran las cualidades que se empeñaban en desarrollar en lo íntimo personal y en lo social”, y esta ausencia de vicios se debía exclusivamente a que “el hombre nunca, nunca jamás, se inclina a ellos sino cuando el régimen social en que se vive es malo o el vicio procura ventajas” (1962, p. 73).

Ginzo Fernández (1985, p. 123) afirma que el pensamiento de la Ilustración oscilaba entre dos formas de determinismo: el determinismo de la organización biológica y el del proceso social. El problema es que “si se insiste excesivamente en la idea de naturaleza se tiende a «despotenciar» las virtualidades de la educación”, mientras que si se avanza en la dirección contraria, es decir, priorizando la educación y el medio, el pensamiento ilustrado también resultaba demasiado voluntarista y pragmático (Ginzo, 1985, p. 126). En *El descubrimiento austral…* se practican ambos modelos, como puede inferirse de la alternancia entre dos prácticas deterministas: la eugenesia y el constitucionalismo. Ory

sostiene que:

> Hay que leer pues la utopía, como el relato de una institución particular del poder para que éste escape al desgaste del tiempo. Cada uno de los elementos de su descripción social y política deviene un medio por el cual la sociedad puede suspender ese carácter finito. La ausencia de la propiedad privada no tiene sentido sino porque evita el juego de las pasiones, los enfrentamientos que conducen necesariamente a la destrucción de las formas políticas y sociales (1992, p. 47).

Ya sea por el determinismo de la naturaleza o por el determinismo de las instituciones, la utopía busca neutralizar todo principio de contradicción, de manera que una vez consolidada, tiende a la autorreproducción armónica. Por ello:

> Siempre ha habido lectores extrañados por el carácter coactivo de los poderes en la utopía; equivocadamente, pues olvidan que la utopía es una fábula sobre el poder. Toda utopía instaura una autoridad que no admite ser compartida con nadie. Tanto Utopos como Sévarius (en la Histoire des Sévarambes), como los héroes de Rétif de la Bretonne o de Sade, son señores absolutos y sus órdenes no se discuten. […] Dentro de la naturaleza misma de la utopía se inserta ese poder engañoso que avanza enmascarado. (Ory, 1992, p. 48).

Existen dos vías para evitar las contradicciones y garantizar la reproducción de la utopía: el castigo o vía represiva, y lo que llamaremos el "silogismo utópico". Respecto del castigo, llama la atención que Restif de la Bretonne lo postule abiertamente, algo que, en principio, contrasta con el humanismo dominante en la tradición utópica. En las distintas constituciones que se desarrollan en *El descubrimiento austral...* aparece sin tapujos este aspecto represivo de la utopía. La vagancia es castigada con la expulsión, siendo este el castigo predominante en la tradición utópica, ya que no hay nada peor que la expulsión del paraíso y también porque permite preservar el carácter humanista/hedonista de la utopía. Pero para delitos más graves, los cristinos despliegan medios abiertamente violentos como por ejemplo la pena de muerte (para quienes conspiren contra el Estado, los asesinos, y los incorregibles, es decir, los reincidentes), la reducción a la esclavitud (en casos de adulterio para las mujeres y violación para los varones) y la flagelación (para los golpeadores y los incendiarios). Sin embargo, a pesar de referirse a los castigos de manera abierta y sistemática, no se espera tener que aplicarlos con frecuencia, es patente en el caso de Restif de la Bretonne (y también, como vimos, de Babeuf) la influencia de Jean Jacques Rosseau, quien afirmaba que "en un Estado bien gobernado hay muy pocos castigos, no porque se perdone mucho, sino porque hay pocos criminales. La multitud de crímenes asegura su impunidad cuando el Estado marcha a su ruina" (Rousseau, 2002, p. 67). "¡Qué

país más extraordinario aquel en que no existen procesos, ni jueces, ni leyes penales, ni crímenes!" exclama Hermantin al conocer a los megapatagones, y el sabio le contesta que "todo esto querido amigo, lo debemos a las ventajas de la igualdad. Si Ud. nos quitara ese don celestial, dado por la naturaleza, de inmediato caeríamos en el vicio como han caído los países septentrionales" (1962, p. 204).

La vía predominante es la del silogismo, se trata de un juego de proposiciones lógicas que arroja como resultado la evasión de las contradicciones inherentes al orden social. El utopista se esfuerza por disiparlas en lugar de desarrollarlas y superarlas. La clave de su funcionamiento radica en el hecho de que la causa misma de las contradicciones es eliminada de la ecuación. Así, por ejemplo, el monopolio que tiene la familia real sobre el mecanismo de las alas no deriva en una contradicción respecto del ideal de igualdad por cuanto: a) se supone que nadie más quiere ni querrá alguna vez volar, y b) la familia real no abusará de ese poder ni será transformada por el mismo. Lo mismo sucede con el problema de los robos, en las leyes del Monte Inaccesible directamente se lo considera "imposible" (1962, p. 83) como consecuencia de la igualdad reinante y, por lo tanto, ni siquiera merece que se legisle sobre el asunto. La profusión de este tipo de silogismos hace del derecho penal un recurso de última instancia que prácticamente nunca se llega a poner en práctica, reduciéndose a una declaración de principios, idea que es posible en la medida en que la utopía permanece, precisamente, u-tópica.

En este sistema formado por el igualitarismo y el determinismo del proceso social, también por el uso del silogismo utópico y, eventualmente, la represión, la crítica liberal ha creído encontrar "en germen, las líneas de acción de los gobiernos totalitarios futuros" (Servier, 1982, p. 70), por cuanto suponen la negación de toda iniciativa y libertad individuales. Se trataría además de una anticipación del socialismo moderno, entendido como necesariamente totalitario. Si bien se pueden encontrar en *El descubrimiento austral...* algunos elementos que contradicen esta interpretación, como la iniciativa de Victorino, la idea de mérito (que cada cual sea artífice de su propia gloria), la libertad para alejarse de la Ley natural (como efectivamente hicieron los europeos), etc., es cierto que la utopía tiene una marcada tendencia hacia este carácter constrictivo. La pregunta es si el mismo se debe a una anticipación del socialismo moderno o si debe explicarse como consecuencia de factores contemporáneos. Incluso si se considerara que el socialismo moderno tiene forzosamente estas características, el problema no es de anticipación sino de continuidad o influencia. Para el caso de *El descubrimiento austral...* sostenemos que este carácter determinista y constrictivo de la utopía se explica como continuidad de motivos utópicos de larga tradición, independientes del comunismo como tal, y que la manera específica en que los mismos se organizan se inserta en una concepción roussoniana, es decir, ilustrado-burguesa:

> La libertad es el derecho que tiene todo ciudadano de contribuir a la formación de la voluntad general. Como ésta no puede equivocarse, según demostró Rousseau, a aquél no le queda sino someterse a dicha voluntad o mejor aún adherirse a ella. Pues sólo puede haber divergencias antes de que la voluntad general se manifieste; después, sólo debe existir el consentimiento unánime. Toda minoría persistente es una facción, como manda la virtud del civismo. En esta forma de ver las cosas, el Estado se convierte en una especie de entidad superior, revestida de una autoridad absoluta, pero que no puede llamarse despótica porque cada cual es miembro del soberano (Ory, 1992, p. 102).

El centro de esta concepción de la libertad no es el individuo abstracto del liberalismo sino que el mismo se encuentra en un sujeto político, todavía en construcción, y que ocupará el centro de la escena ideológica durante la Revolución Francesa. Se trata de "el pueblo", que conjugado con la esfera del poder estatal dará lugar a la variante "nación". Gerard Mairet (Chatelet, 1978, p. 47) se refiere al mismo en los términos de una "ideología del pueblo" o "ideología de la nación", que constituyen —como ya vimos para el caso de la utopía— un "auténtico mito de poder":

> El pueblo es el fundamento de la soberanía moderna; es, si nos atrevemos a afirmarlo, el alma del modelo estatal. Pero sobre todo tenemos que comprenderlo como el mayor significante de la dominación moderna en el estado; en consecuencia es por sí sólo, pero no el único, un auténtico mito de poder. En efecto, ¿cuál es hoy, como ayer y como antiguamente, la ambición del estado? No se trata de actuar de modo que el pueblo obedezca en su propio nombre: si cada cual obedece a todos, nadie obedece a nadie. Tal es en el fondo la lección de Rousseau que, por esto mismo, es el más fino de nuestros demócratas y el más firme de los filósofos déspotas (Chatelet, 1978, p. 47).

En esta encrucijada debe entenderse el violento rechazo jacobino al particularismo. Robespierre afirmaba que "el hombre revolucionario solo siente odio feroz contra el privilegio del particular a expensas del general, contra todo particularismo a expensas del centralismo de una voluntad única e indivisible" (Mayos, 2007, p. 79). La igualdad y el sometimiento a la voluntad general, lejos de ser la negación de la libertad —como afirma la tradición liberal—, se convierten, desde la perspectiva roussoniana-jacobina, en los vehículos de su realización. La reapropiación que hace Restif de la Bretonne del motivo del ascetismo —tan caro a la literatura utópica— se encuentra atravesada por esta concepción, como puede verse en el artículo VIII de la constitución de transición que los cristinos implementan como consecuencia de su contacto con el pueblo megapatagón:

> Nadie puede descollar sobre los demás en materia de vestidos o en el despliegue de viandas en la mesa, las que serán comunes. Todos deberán seguir la moda sencilla que se imponga. Continuará, sin embargo, el uso de los uniformes de trabajo de acuerdo con las profesiones hasta que se llegue a su total extinción, a la manera de los megapatagones. Durante las recreaciones públicas todos deben vestirse en la misma forma (De la Bretonne, 1962, p. 218).

Lo mismo ocurre con la noción de "transparencia", siendo el secreto y la vida privada los principales enemigos de la sociabilidad roussoniana. En la fase jacobina de la Revolución Francesa esta idea fue llevada al límite y luego, durante el Imperio, institucionalizada por Napoleón. En efecto, para los jacobinos —como para Restif de la Bretonne— virtud cívica y virtud moral se confunden. En palabras de Ory (1992, p. 104) "controlar las acciones no bastaba, era necesario saber lo que cada hombre tenía en el fondo de su corazón. La casa del ciudadano tenía que ser de vidrio y su alma transparente". De esto se deriva el auge de la institución de la censura, que por momentos superó a la ejercida durante el Antiguo Régimen, y que Saint-Just imaginaba ejercida en el templo por ancianos "que hubieran vivido sin merecer el menor reproche". "Ante semejante areópago, todos rendirían cuentas anualmente, no sólo de su fortuna sino de quiénes eran sus amigos y, si habían roto con alguno de ellos después de su última comparecencia, explicarían los motivos". El paralelismo con las instituciones de los patagones y, sobre todo, de los megapatagones es notable. En estas sociedades "el clero es un cuerpo de magistrados civiles elegidos por los ciudadanos en razón de la santidad de su vida. Son censores morales encargados de reprender y de instruir más que intercesores frente a la divinidad".

Esta concepción de la vida cívica basada en la idea de transparencia, explica la valoración que hicieron los jacobinos de la religión como una fuerza especialmente capaz de incidir en la íntima conciencia de los ciudadanos. Esto se evidencia en la fórmula "el pueblo francés reconoce al Ser Supremo y la inmortalidad del alma" y, especialmente, en la institución del culto al Ser Supremo, con su aura de festividad cívico-religiosa, y en cuyo discurso inaugural (7 de mayo de 1794) Robespierre proclamaba que "el ateísmo es aristocrático". Concluye Ory que "de este modo quedaban unidas la causa de la religión y la de la República y la impiedad se convertía en crimen antirrevolucionario".

El concepto de voluntad general, estrechamente vinculado al de pueblo y nación, explica, por último, las formas que asumen el arte y la religión en la sociedad de los megapatagones: para ellos, las obras de arte son los seres humanos, y los templos la naturaleza. La síntesis operada entre Naturaleza, Divinidad y Estado se expresa así en la autoadoración de la utopía:

> Consultado sobre los espectáculos y representaciones dramáticas, el sabio megapatagon

> Teugnil contesta: “ese tipo de placeres son baladíes, apropiados a naciones de niños […]. Nosotros no apreciamos sino las realidades y no tenemos tiempo para tejer imágenes”. […] Despreciamos la pintura; nuestros cuadros son los hombres viriles y las mujeres hermosas que vemos todos los días. Sólo encontraríamos explicable este arte si el género humano estuviera a punto de desaparecer, y se encontrara en la imagen de ello un consuelo a la soledad. Entre nosotros la pintura y la escultura se juzga pueril. Disfrutamos más cultivando las artes aplicadas que las artes inútiles. Sin embargo, existen algunos pintores que se ocupan de embellecer en sus telas las acciones de los ciudadanos virtuosos, cuadros que adornan las habitaciones de los ancianos (1962, p. 203).

La música está basada en el perfeccionamiento de la voz humana y, junto con su hermana, la poesía, sirven para celebrar las acciones de los héroes y como medio de auto-adoración (1962, pp. 203-204). Todo esto culmina en un realismo radical: “La verdad nos es sagrada y no se permite intervención alguna a quien quiera rebajarla o denigrarla. De nuestras bocas sólo salen verdades objetivas. La máscara de la alegría y de la fábula es, pensamos, indigna de un hijo de la naturaleza” (1962, p. 207), llegando a prohibir la comedia y el drama.

Hasta el momento hemos abordado los problemas del determinismo y el carácter constrictivo de la utopía. En detrimento de la crítica liberal, hemos demostrado que los mismos no deben interpretarse como una anticipación del socialismo moderno o de las experiencias totalitarias del siglo XX, sino que se explican como continuidad de motivos tradicionales de la literatura utópica, por un lado, y como incorporación del entonces novedoso concepto roussoniano de voluntad general, por el otro. Nos abocaremos ahora al problema de la igualdad. La crítica liberal la ha considerado como reducida a la idea de uniformidad. En *El descubrimiento austral...* la igualdad es elevada al grado de principio fundamental de toda sociedad virtuosa y el peor enemigo de la Humanidad es la desigualdad. Sin embargo, es necesario pasar de la formulación abstracta de la idea a la forma concreta en que la misma se realiza en las instituciones utópicas. Debemos preguntarnos entonces por el alcance y el contenido específico de esta idea, para evaluar la posibilidad de que la utopía sea una anticipación del socialismo moderno por su contenido igualitario. Como veremos, el mismo es negado por lo menos en tres aspectos particulares: el peligro de una nueva aristocracia, el sistema internacional y la cuestión de género.

El principio abstracto de la igualdad entra en contradicción en *El descubrimiento austral...* con un peligro que acecha a toda utopía: el de la emergencia de una nueva aristocracia. El mismo no es formulado de manera consciente por el autor, sin embargo, resulta sintomático que aparezca concomitantemente con la formulación de ideales igualitarios a lo largo de la novela. El igualitarismo abstracto y la voluntad de diferenciación

por parte de la familia real cristina coexisten sin entrar en abierta contradicción:

> Victorino nunca había pensado instruir a sus hijos en el manejo de las alas, aún más, se había preocupado de esconderse de ellos. Pero al verse descubierto comprendió que era necesario interiorizarlos en el manejo, lo que los haría sobresalir del resto de la comunidad. Les participó en sus proyectos, pidiéndoles absoluta reserva (1962, p. 78).

En el siguiente pasaje esta voluntad de distinción adquiere connotaciones feudales, propias de la sociedad criticada: “El balance, tras los primeros seis meses de estada fue favorable. La primera ciudad, capital de la Isla Cristina, albergaba trescientos habitantes, incluyendo a los náufragos, la comunidad del Monte Inaccesible, verdadera nobleza por la pureza de sus costumbres y el afecto hacia sus soberanos” (1962, p. 98). En el siguiente pasaje, el suegro de Victorino —representante del Antiguo Régimen— combina estas ideas con el carácter eugenésico que en la Patagonia adquieren las uniones matrimoniales: “El abuelo opinó que […] era preferible casar al hijo [de Victorino] con la mujer patagónica que con cualquiera dama de la comunidad, pues por medio de este matrimonio la familia real tendría en adelante una altura física superior al resto de la Isla” (pp. 103-104).

Asimismo, los patagones pueden ser igualitarios y considerar como algo positivo la pretendida superioridad de los colonos franceses. Dice el hijo de Victorino, respecto de los patagones, que *Ismichtris* “me respondió que entre ellos eran todos iguales, y que su padre era estimado por todos en su patria, pero que si yo era superior al resto de los hombres pequeños tal vez eso ayudaría” (1962, p. 105). Por su parte, “Victorino quería que su familia fuera la única unida por matrimonio con los patagones” (p. 121). La desigualdad no solamente posiciona a los cristinos de manera ventajosa en el sistema internacional a escala que se construye en la Patagonia, sino que el monopolio que la familia real mantiene sobre el mecanismo del vuelo y sobre el sistema de alianzas entre los pueblos los posiciona por encima de su comunidad.

Ya hemos abordado la relación entre religión cívica y utopía, sin embargo, hay otra dimensión a tener en cuenta: el carácter potencialmente aristocrático que se deriva de la construcción de una nueva estructura religiosa, cuyos miembros y sus familias poseen una dignidad superior a la del resto de la comunidad. Es significativo de esta tendencia el artículo XV de la nueva constitución de los cristinos, que establece un sistema de dignidades basado en la edad y los méritos:

> Por el presente decreto establecemos un nuevo rango dentro de las dignidades ciudadanas y en consecuencia los honores serán otorgados por edad, virtud y las grandes acciones. De acuerdo a este rango los niños y los ancianos serán servidos por toda la comunidad; el

> adolescente quedará sometido a ella; al cumplir los 16 años podrá ser servido por los jóvenes menores. A los 20 años habrá dos clases por encima de él, que le presten obediencia; a los 25, habrá tres; a los 30, cuatro; a los 35, cinco; a los 40, será el hombre completo y comenzará a ser objeto de honores y dignidades, las que irán en aumento con la edad. A los 70 los hombres adquieren la capacidad de sacerdotes de la Nación y estarán encargados de los homenajes al Supremo-Hacedor. El más anciano será el pontífice, lo que traerá lustre a su familia. De esta manera queremos que los ancianos reciban los honores y homenajes rendidos, la Divinidad misma. Todos los sacerdotes serán servidos por su familia (1962, p. 220-221).

Se trata, no de una jerarquía social ni política, sino de tipo predominantemente moral, que rivaliza en dignidad con la familia real, al punto que el primer magistrado de la República debiera enviar todas las mañanas al Sumo Pontífice un mensaje como el siguiente:

> Sabio y Respetado Anciano: El Jefe de la República, y por su intermedio toda la República, nos envían para rendirte el homenaje de nuestro respeto. Os rogamos venerable, sabio y alto jefe, que nos habéis visto nacer, que llevéis nuestro saludo al Príncipe Soberano, en la forma que un padre recibe el de sus hijos. El Soberano Pontífice responderá lo que crea conveniente, pues no se puede prescribir nada a estos hombres que están por encima de toda la comunidad y a los cuales hay que escuchar en silencio y con respeto (1962, pp. 220-221).

Al igual que el resto de las contradicciones de la utopía, la del peligro del surgimiento de una nueva aristocracia es desactivada —mas no resuelta— por la vía del silogismo utópico. Se trata de evitar que la contradicción se manifieste, de dislocar las vías de su posible irrupción en el espacio de la utopía. Estos liderazgos o desigualdades no vienen dados por herencia, sino por sabiduría y vidas meritorias. En el caso del poder político ocurre lo mismo, como puede verse en la siguiente proclama de Victorino ante los cristinos:

> Muy queridos compatriotas: Tengo el honor de ser vuestro Jefe, y aunque todos seamos iguales en esta feliz Colonia, pues todos somos mortales, Uds. han querido reconocerme como el fundador. Pero yo no quiero disfrutar de las ventajas de mi posición sino compartiendo las penurias, las obligaciones y los sacrificios; Uds. son felices debido a vuestra propia conducta honesta y afectuosa, y por ello es necesario que mi familia merezca los honores que le habéis otorgado. Nosotros no tenemos más norte de conducta que asegurar vuestra tranquilidad y vuestras relaciones con las naciones vecinas (1962, p. 109).

Más adelante, cuando los cristinos reforman su sociedad en base a las enseñanzas de los megapatagones, la figura del príncipe adquiere poderes prácticamente dictatoriales

sin que esto suponga la más mínima contradicción, ya que, oportunamente, todos están de acuerdo en otorgarle ese poder y él no abusará del mismo: “Victorino se mantuvo firme en el plan que le había sugerido su nieto Hermantin, y era tal la confianza que en él tenían todos, que le entregaron poderes supremos para hacer las reformas necesarias en el Gobierno”, y como era de esperar, “todo se llevó a cabo en forma conveniente. Victorino y la reina permanecieron en el cargo de primeros ciudadanos del Estado; ambos fueron elegidos Pontífices Máximos (1962, p. 223). Los supuestos sobre los que descansa esta armonía son ambiguos. Por un lado, el utopista no explora la posibilidad de que la comunidad se niegue a otorgar estos poderes al príncipe, ni la de que el príncipe haga un uso indebido de los mismos. Simplemente no sucede. Pero, por otro lado, tampoco se explora la posibilidad de que, valiéndose de la ambigüedad del silogismo, cualquier sociedad puede considerarse perfecta en abstracto. Por ejemplo, si los señores feudales cumplieran con sus deberes y no buscaran imponerse injustamente sobre sus subordinados, si los reyes no ejercieran el poder de manera despótica, si la Iglesia no traicionara los viejos y buenos valores cristianos, etc., el Antiguo Régimen sería igual de utópico que la Patagonia.

Además de estas desigualdades internas, la igualdad también es contradicha por el sistema instaurado para la regulación de las relaciones con los pueblos vecinos considerados inferiores por el soberano Victorino, quien “aprovechó las experiencias históricas del Oriente estableciendo el régimen de castas, basadas en el adelanto físico. En la cúspide estaban los franceses, raza servida y respetada por las demás”. Sin embargo, estas leyes eran “más sabias que las de Licurgo, pues en Esparta el trabajo estaba entregado a los ilotas esclavos lo que rebajó las profesiones, las artes, los oficios y aun la urbanidad”. Esto se debe a que si bien la división del trabajo entre los franceses y los pueblos de la Patagonia era jerárquica, estricta y fundamentada en un criterio racista, “el trabajo fue declarado indispensable, castigándose con la marca de infamia la ociosidad que traía consigo la degradación social”. Por este motivo se tuvo el cuidado de evitar que los franceses se convirtieran en “una clase ociosa víctima tarde o temprano, como lo prueba la historia de la clase industrial o guerrera”. De este modo, se asignó a los franceses “el trabajo de la tierra, el comercio, la administración, y la guerra en caso de necesidad”; mientras que “los hombres de capacidad inferior, por no haber entrado en la etapa de progreso final, tenían ocupaciones proporcionales a su inteligencia; prohibiéndoseles los trabajos rudos que podrían degenerarlos” (1962, pp. 154-155). Nuevamente, las potenciales contradicciones son inhabilitadas por el recurso al silogismo utópico, ya que “apenas fue publicada la ley, vinieron delegaciones especiales de todas las regiones, tanto franceses como hombres-nocturnos, tigres, monos, osos, perros, toros, elefantes, etc., para suplicar a Victorino y a su esposa que conservaran el título de Reyes” (1962, p. 222).

Por último, tal vez la principal limitación de la abstracta noción de igualdad enunciada

en *El descubrimiento austral...*, una vez que la vemos funcionar en concreto, es la cuestión de la relación entre los sexos y el lugar de las mujeres en el nuevo sistema social. El rol que asigna De la Bretonne a las mujeres es secundario respecto del de los varones, carecen de iniciativa propia y se subordinan a los mandatos masculinos. La relación de Victorino con Cristina es ilustrativa al respecto, ya que ella —de manera más que conveniente para la efectividad del silogismo utópico—, "nunca había puesto en tela de juicio las ideas de su esposo" (1962, p. 103), y bastaba con la palabra de éste para que abandonara toda iniciativa. Con objeto del matrimonio entre el hijo mayor de Victorino y Cristina con una joven patagona, la madre de esta última la entrega mientras pronuncia las siguientes palabras: "Te la damos porque serás un amo agradable; trátala como la más amada y fiel de las sirvientes, la que daría por ti, su sangre y su vida" (p. 119-120).

En el país de los megapatagones, la más ilustrada de las sociedades expuestas, se refuerza esta inferiorización del género femenino, ya que el rol de las mujeres es el de servir a los hombres (p. 197), pero se lo hace desde una actitud pretendidamente benevolente. Al mismo tiempo, esta desigualdad se traduce en una división sexual del trabajo: a los hombres corresponden los trabajos rudos y a las mujeres los trabajos domésticos. Dice el sabio megapatagón que:

> Nuestra forma de tratamiento a las mujeres está basada en considerarlas como un segundo sexo, es decir, subordinadas, en oposición a las islas vecinas O-Taiti, Marquesas, Hébrida, Sociedad, Amsterdam, etc., donde las tratan como esclavas. Las mujeres deben respetar al hombre, quien quiera él que sea. Ellos, a su vez, deben proteger y socorrer a las mujeres, y lo hacen de manera que al verlos actuar se creería que la Nación es la más galante del Universo (1962, p. 199).

Cuando los cristinos adoptan los conocimientos brindados por los megapatagones, decretan en su nueva constitución la igualdad de las mujeres entre sí, pero perpetúan la subordinación de las mismas respecto de los varones: "las mujeres serán, al igual que los hombres, honradas en proporción a su edad, pero participaran de la dignidad del marido" (p. 222), lo que introduce el tipo de relaciones propias del Antiguo Régimen que en principio se criticaba, ya que hay una transferencia de dignidades por dependencia personal. La inferiorización de las mujeres llega al máximo respecto del castigo de los delincuentes, de los que se supone tácitamente que siempre serán varones, dada la falta de iniciativa atribuida al sexo femenino. El artículo XIII de la nueva constitución establece que "en todos los casos de exilio se entregará una mujer al proscrito, elegida ésta entre las más deformes de las especies inferiores, notificando al inculpado que el mal tratamiento conyugal lo hará acreedor a la pena de muerte". Acto seguido, se lleva esta cosificación de las mujeres hasta

el punto del ridículo: “el asaltante brutal obtendrá una mujer fea; el incendiario una deforme; el asesino una horrible, el traidor una monstruosa. Los hijos de estas uniones serán separados de los padres y entregados a las instituciones de los hombres-animales” (p. 219).

Friedrich Engels (1980, p. 68) afirma sobre Charles Fourier que lo más magistral en él era “la crítica de la forma burguesa de las relaciones entre los sexos y de la posición de la mujer en la sociedad burguesa”, y lo consideraba “el primero que proclama que el grado de emancipación de la mujer en una sociedad, es la medida de la emancipación general”. Respecto de otro de los grandes socialistas utópicos, Robert Owen, dice que consideraba que “eran principalmente tres grandes obstáculos los que, según él, se alzaban en el camino de la reforma social: la propiedad privada, la religión y la forma vigente del matrimonio” (p. 70). La crítica de Restif de la Bretonne abarca los dos primeros pero es inexistente en el caso del tercero.

Teniendo en cuenta antecedentes como Thomas More, que 265 años antes de la publicación de *El descubrimiento austral.…*, en una carta escrita a Peter Gunnell, tutor de sus hijos e hijas, defendía cuestiones como la educación de las mujeres; o Poullain de La Barre que en una fecha tan temprana como 1673 publicó su obra *De la igualdad de los sexos*; pasando por el materialista Helvetius y el girondino Condorcet, es evidente que no hace falta ni siquiera remitirse a la *Declaración de los Derechos de la Mujer y de la Ciudadana,* redactada en 1791 por Olympe de Gouges, para poner de relieve que Restif de la Bretonne corría muy por detrás de sus contemporáneos y coterráneos ilustrados y de parte de la tradición utópica en este particular.

La igualdad propugnada por Restif de la Bretonne, si bien formulada de manera abstracta, no es por ello universal. Se limita principalmente a las cuestiones de la igualdad civil (igualdad ante la ley) y de la igualdad social (comunidad de bienes y colectivismo) y ambas son valoradas más por su contribución a la supresión de la dialéctica histórica que en sí mismas o con arreglo a un proyecto de transformación radical de la sociedad en la dirección del socialismo moderno. Las mismas se encuentran contenidas en una moral basada en la Ley Natural, como afirman los megapatagones:

> La base de toda nuestra moral es el orden. Es necesario, decimos, que el orden moral semeje al orden físico. Somos por eso todos iguales. Poseemos una sola ley, simple, corta y clara que habla por sí misma y jamás el hombre la altera. Esta ley está redactada en pocas palabras: […] 1. Sé justo con tu hermano; es decir no exijas nada, no le hagas nada que tú no quieres que te hagan a ti mismo; 2. Sé justo con los animales, lo mismo que tú quisieras que fueran contigo los animales superiores al hombre; 3. Somos todos iguales entre iguales; 4. Cada cual debe trabajar por el bien general, y 5. Cada cual debe participar en el bienestar general.

> Esta ley regula toda la existencia. No creemos que haya pueblo alguno que necesite más que esto, a no ser que fuera un pueblo de opresores o de eslavos, y entonces creo, aunque no haya visto jamás semejante pueblo, que habrá entre ellos multitud de leyes para legitimar la injusticia, la desigualdad y la tiranía de algunos de sus miembros sobre la comunidad.
>
> Estos pueblos infortunados creen por eso que están procurando el bienestar general, pero sin darse cuenta que trabajan para la felicidad de unos pocos. Se engañan, pues no hay felicidad sino en la fraternidad, en ese dulce sentimiento de decir: "Nadie me envidia; mi bienestar no les cuesta nada a otras personas; todos mis semejantes gozan igualmente". Nosotros tenemos como vecinos pueblos que basan su vida en la desigualdad. Son homúnculos y habitan la tierra de O-taiti, y otras islas vecinas. Esta desgraciada desigualdad los lleva a prostituir a sus mujeres, a ultrajar a la naturaleza. Han perdido las buenas costumbres. Siento tener que contarle estas cosas detestables, pero es necesario que nos conozcan bien (1962, pp. 195-196).

Justicia, reciprocidad, fraternidad, igualdad y común participación en el trabajo y en los beneficios del mismo son los pilares de esta moral. La contradicción de estos principios corrompe a las sociedades humanas y las conduce por el camino de la inmoralidad. En la medida en que pueda identificarse comunismo en estas ideas, se trata del comunismo de los orígenes, de la simpleza primitiva que el ser humano pierde luego de la caída del estado de naturaleza. Si bien el retorno a este estado de cosas se considera imposible e indeseable, debe buscarse una síntesis entre naturaleza y cultura, el camino para su concreción es el de basar la ley civil en la ley natural, suprimiendo así la dialéctica histórica.

En cuanto a la igualdad civil, el eje de la propuesta consiste en la eliminación de los privilegios y del carácter hereditario de las dignidades. Algo que ya habíamos abordado en su momento crítico-negativo en el apartado sobre la crítica de la sociedad transicional, pero que en este momento se expresa de manera positiva o afirmativa. Los siguientes artículos de la nueva constitución de los cristinos condensan lo esencial del asunto: el artículo III establece que "los hijos, por nacer y los que aún estén jóvenes y no hayan recibido educación, serán en adelante educados en las artes y profesiones que más les acomoden, sin miramiento a sus orígenes familiares o al rango de sus padres" (1962, p. 217); según el artículo XIV, "todo buen ciudadano será honrado en proporción a sus méritos, por la comunidad y por los particulares" (1962, p. 219); finalmente, el artículo XVIII consagra las formas burguesas del mérito y la iniciativa individual como única fuente válida de prestigio: "ningún título de honor será hereditario. Toda reputación debe estar basada en hechos objetivos realizados por el individuo, el cual debe ser el artífice de su propia gloria. Al igual nadie podrá sufrir deshonor por los actos cometidos por sus padres" (1962, pp. 221-222).

Sin embargo, donde más radical se muestra la utopía de Restif de la Bretonne es

respecto de la igualdad no solamente civil, sino también social, es decir, de la comunidad de bienes. La misma es formulada incluso antes del contacto de los cristinos con el pueblo megapatagón:

> Veían a su alrededor cumplirse su idea de que las virtudes, más que la riqueza, traen el bienestar y el progreso, comparando esta existencia con la europea, donde la locura reina, pues imaginan que para ser felices es necesario correr tras los bienes materiales. Entre los cristinos, al contrario, se había probado que el secreto de la felicidad pública y privada reside en el imperio de la justicia […]. La base de la felicidad está en la repartición igualitaria de los bienes, la igualdad de los medios de vida, en las prerrogativas y en la relación exacta entre los deberes del jefe y derecho de los súbditos (1962, pp. 170-171).

Se trata de una igualdad ante todo distributiva y basada en el motivo utópico del ascetismo, es decir, de una concepción de lo material como superfluo y potencialmente corruptor de la ley natural. Esta igualdad es profundizada por los cristinos a partir de lo aprendido de los megapatagones y es sistematizada en la nueva constitución. Lo esencial de esta radicalización del igualitarismo utópico se encuentra contenido en los siguientes artículos:

> Artículo I. A contar de la fecha de la publicación del presente documento, todos los bienes de nuestros hermanos y conciudadanos se pondrán en común, formando una sola masa. Los trabajos serán, igualmente compartidos, pero durante el transcurso de la presente generación, todos continuarán con sus ocupaciones ordinarias, en el entendido que todas ellas son honestas y honorables, dentro de la naturaleza de su oficio. Queremos que ellas continúen desarrollándose por intermedio de los actuales ciudadanos y en seguida por los hijos de ellos. […] Artículo IV. Para alcanzar fácilmente la comunidad de bienes y la igualdad de fortuna, en adelante queremos que todo lo que sea adquirido por un particular lo sea a costa de la comunidad y pagado en proporción a las reales necesidades del obrero y del artífice y no por el valor intrínseco del objeto, es decir, que cuando un obrero tenga seis hijos, le será cancelado el doble que a uno que tenga tres; en tercio el que tenga dos y así en proporción a los hijos, de suerte que el obrero pueda disponer de su trabajo de acuerdo con sus reales necesidades. Esperamos llegar más adelante al establecimiento del sistema de comida en común, como sucede entre los megapatagones. […] Artículo VI. El trabajo no será continuo ni rudo; las horas serán fijadas y deberán ser empleadas. Cada cual deberá hacer uso de una recreación honesta, tomando parte en diversiones comunes iguales y republicanas. Artículo VII. Cesan desde este momento las deudas, obligaciones pecuniarias, y dejan de existir las propiedades particulares, pero todos conservarán sus propias casas para vivir en compañía de su mujer y de sus hijos, con el producto de su trabajo de acuerdo con el Artículo IV (1962, pp. 216-218).

Es en este punto que el experimento de Restif de la Bretonne alcanza las características que con mayor facilidad pueden relacionarse con una tendencia comunista y, por lo tanto, con la noción de anticipación de movimientos posteriores. Todos los bienes se ponen en común, se elimina la distinción entre “tuyo” y “mío”, se pretende poner fin también a la división del trabajo, haciendo que todos participen en igual medida de la producción general, pero al mismo tiempo se formula el principio según el cual el reparto del producto debe hallarse en relación a las efectivas necesidades de las familias, se pone fin a las deudas ya que sólo son posibles entre particulares y se pretende establecer la más absoluta comunidad, visible en el ejemplo de las comidas. El horizonte es la armonía, el fin de las contradicciones que resultan de un sistema basado en la desigualdad. Estos elementos son recuperados por Babeuf y por los socialistas utópicos del siglo XIX, lo que puede dar la impresión de una anticipación por parte de De la Bretonne, sin embargo, se trata de una continuación o recuperación por parte de los socialistas de motivos previamente desarrollados por la tradición utópica. El caso de More es ilustrativo al respecto:

> Donde quiera que haya bienes y riquezas privadas, donde el dinero todo lo puede, es difícil […] que la república sea bien gobernada y próspera. A menos que creáis que es justo que […] todo esté en poder de los malos, o que la prosperidad florezca allí donde […] unos pocos poseen todo y la mayoría vive en la miseria, reducidos a la condición de mendigos. Me parecen muy buenas las ordenanzas de los utopianos. Les bastan pocas leyes para ordenar las cosas. Como todos los bienes son comunes, todos tienen abundancia de todo. […] En otros países, cada uno llama suyo a lo que posee, pero no bastan las leyes para asegurar el disfrute pacífico de lo poseído, ni para defenderlo […] cuando dos llaman suya a la misma cosa. Esto trae infinitos pleitos, que no terminarán nunca. Cuando pienso en esto, doy la razón a Platón y no me asombro de que no quisiera hacer leyes para quienes no estaban dispuestos a consentir que todos los bienes se repartiesen por igual (Moro, 2012, pp. 45-46).

No hace falta buscar en el futuro lo que era parte de una tradición de siglos. Incluso More se remite otra vez, en este particular, a Platón. Debemos preguntarnos ahora por el alcance y la profundidad de esta crítica de la propiedad sobre la que Restif de la Bretonne sustenta su apología de la comunidad de bienes. ¿Se trata verdaderamente de un programa político a implementar hasta sus últimas consecuencias? ¿O estamos ante un experimento que lleva hasta el límite de sus potencialidades una idea que, en los hechos, pretende desarrollarse de manera limitada? Para responder a estos interrogante no es necesario recurrir a un futuro presuntamente anticipado por la utopía, sino que basta con remitirnos al filósofo más admirado por Restif de la Bretonne, es decir, Rousseau (2002, p. 88), quien decía que la igualdad no consiste en que:

> […] los grados de poder y de riqueza sean absolutamente los mismos, sino que el poder esté siempre exento de toda violencia y se ejerza en virtud del rango y de las leyes; y en cuanto a la riqueza, que ningún ciudadano sea tan opulento que pueda comprar a otro, y ninguno tan pobre que se vea precisado a venderse, lo que supone moderación de bienes y de crédito por parte de los grandes, y por la de los débiles, moderación de avaricia y de codicia.

Se trata de una formulación más moderada del mismo principio que en *El descubrimiento austral...* es llevado hasta formas más radicales. En este caso la crítica apunta, no tanto a la existencia misma de la propiedad privada, sino, a su desigual distribución. La formulación abstracta de una sociedad sin propiedad, acorde a la naturaleza, sirve para poner blanco sobre negro e identificar el origen de los males que se pretende mitigar. Sin embargo, ya hemos visto que, desde la perspectiva roussoniana, el retorno al estado natural era imposible y el valor de esta idea residía en su utilidad para criticar la sociedad existente mediante la comparación con un modelo abstracto. En el plano de la política concreta, es útil recordar la posición de los jacobinos en torno del problema de la propiedad:

> En cuanto a los caminos y medios para instaurar y mantener la frugalidad y la igualdad, fuese porque no tenían una idea muy clara de ello, o porque vacilaran antes de llevarla a la práctica, Robespierre y sus seguidores fueron poco o nada explícitos. En ningún caso pasó por su mente la idea de discutir el derecho de propiedad, y aunque ya no se le califica de «sagrado» e «inalienable», como en 1789, la Declaración de 1793 lo reconoce explícitamente en su artículo 16. La ideología de la Montaña no tendía a la supresión de la propiedad sino a su generalización. «Hay que dar algunas tierras a todo el mundo», escribió Saint-Just en sus *Institutions*. Fijémonos en el empleo, en esta frase, de la palabra «tierras». Mientras que los girondinos y los «ideólogos», creyentes en el progreso, miraban preferentemente a la industria naciente, los «montañeses», en su inmovilismo, seguían apegados a la idea de una civilización exclusivamente basada en la agricultura (Ory, 1992, p. 102).

Esta política se encuentra más en sintonía con la distribución equitativa de la tierra propugnada en *Statut du bourg d'Oudun* (“Estatuto del burgo de Oudun”), la microutopía contenida en *Le Paysan perverti, ou Les dangers de la ville* (“El campesino pervertido, o Los peligros de la ciudad”), publicada seis años antes de *El descubrimiento austral...*; o con el cooperativismo artesano expuesto en *Les vingt épouses des vingt associés* (“Las veinte esposas de los veinte socios”), publicada en *Les Contemporaines...* de 1780. Pero *El descubrimiento austral...* no es una obra monolítica y su comunismo se ve mitigado por una serie de elementos que dan cuenta de un carácter moderado y burgués de la crítica de la

propiedad. Las excepciones respecto de la enumeración de motivos utópicos realizada por Trousson, a las que nos referimos al principio de este apartado, son más que sintomáticas al respecto. La ausencia del desprecio del oro y el dinero, de la fobia al comercio, de la economía exclusivamente agrícola y de la existencia en un presente definitivo expresa una diferenciación respecto del tradicional comunismo ascético de la utopía, que, como vimos, también está presente en *El descubrimiento austral...*. Las expresiones más radicales del comunismo de De la Bretonne coexisten de esta manera, sin contradicciones visibles, con pasajes que apuntan en la dirección contraria. Cuando Victorino construía la primera utopía, la del Monte Inaccesible, se plantea el problema de la obtención de los recursos materiales con los que solventar el gasto que implicaba transportar fragmentos enteros de civilización. El siguiente pasaje es ilustrativo al respecto:

> Pero quedaba por resolver un problema. ¿Cómo se procuraba el dinero necesario para estas compras? No he dicho todavía que él se obtenía del trabajo que reinaba en el Monte Inaccesible. Los moradores desempeñaban sus oficios, entregando el exceso [excedente] de producción a Victorino, que a su vez les pagaba dándoles toda clase de comodidades (1962, pp. 74-75).

Trabajo, oficios, excedente, dinero y comodidades, estos elementos desplazan del centro de la escena al ascetismo y la frugalidad. Pero eso no es todo, y De la Bretonne lleva su razonamiento hasta el punto de plantear un origen hipotético —y burgués— de la civilización: “el dinero no podía escasear en el Monte Inaccesible. De esta experiencia derivo mi creencia que los primeros monarcas fueron los comerciantes, los técnicos y los hábiles mecánicos, que se hicieron respetar por sus riquezas y por la utilidad que prestaban sus invenciones” (1962, pp. 75-76).

Podría suponerse que siendo la del Monte Inaccesible la utopía menos radical de las desarrolladas en *El descubrimiento austral...,* estos elementos moderados irán disminuyendo a medida que se fortalezca el ideal comunista. Pero esto no ocurre y la tensión se mantiene, incluso de manera creciente. En el caso de la primera utopía de la Patagonia, donde el ideal de la igualdad cobra mayor importancia, nos volvemos a encontrar con las mismas ideas cuando se afirma que “gracias al trabajo de los artesanos, se logró una superproducción que iba a servir a los propósitos del intercambio. Victorino había estudiado la isla vecina, y sabía lo que ellos necesitaban, por lo cual había buenas perspectivas de comercio” (1962, pp. 98-99). A su vez, los protagonistas descubrieron y explotaron unas minas de platino, con el que “se fabricaron múltiples objetos, además de la acuñación de moneda” (1962, p. 101). Por último, con motivo de la exposición de las instituciones megapatagonas se opera una síntesis entre las tendencias igualitaristas y

burguesas, cuyas contradicciones se resuelven en la forma de la apología del sujeto histórico de *El descubrimiento austral…*:

> —Cuando en una comunidad todo el mundo está entregado al trabajo —empezó—, se aleja el dolor y el trabajo mismo se transforma en un placer, pues estas ocupaciones compartidas nunca llevan a la extrema fatiga; contribuyen más bien a conservar los músculos y, además, a despejar la inteligencia. Entre vosotros, los europeos, sucede lo contrario, pues reina entre vosotros la desigualdad, y unos se sienten desgraciados por exceso de trabajo y los otros por la falta de ocupación. De esta manera el trabajador se embrutece; los perezosos se aburren y recurren para excitarse a las pasiones extrañas y a todo género de extravagancias. Si alguien tiene sentido común entre vosotros son, precisamente, las clases intermedias, que son escasas, pues a causa del mal ejemplo terminan en la ociosidad o en el trabajo forzado. ¿Cree Ud., amigo, que estoy en lo cierto? (1962, p. 201).

La pregunta que queda planteada al final de este recorrido es si después de todo esto puede seguir considerándose a Restif de la Bretonne como un anticipador del socialismo moderno, es decir, si hay algún sentido en el que pueda calificársele como socialista y si esto implica necesariamente algún tipo de anticipación o salto temporal. Para ello es necesario entender qué significaba ser un "socialista" en el contexto de producción de *El descubrimiento austral…* Franco Venturi abordó el problema del socialismo dieciochesco en *Utopía y reforma en la Ilustración,* donde afirma que:

> En todos los grupos de *philosopes* era difícil no avisorar al menos a un hombre que albergaba una simpatía secreta por la idea de un mundo en el que la fatal distinción entre lo tuyo y lo mío nunca hubiese existido o fuera abolida. Los nombres de aquéllos que en cierto modo se remiten a la noción de comunidad de los bienes aumentó con el paso del tiempo: Robinet, Carra, Restif de la Bretonne y, en Italia, Rufino Massa o Francesco Longano (2014, p. 164).

Si bien el crecimiento cuantitativo del ideal comunista durante el siglo XVIII, especialmente en la segunda mitad, y su impacto cualitativo en la configuración de una corriente de pensamiento crítico al interior de la Ilustración son innegables, se trataba aún de formulaciones relativamente abstractas y no de programas políticos orientados a un trastrocamiento profundo de la sociedad vigente. Por ello esta inclinación debe pensársela más en sintonía con las necesidades de la crítica y con el objetivo, universalmente compartido entonces, de suprimir la dialéctica social, que con el movimiento político que en el siglo siguiente se desarrolló bajo la problemática influencia de estas ideas iniciales. En efecto, la voluntad que domina esta primera estabilización del ideal comunista es la de "encontrar una situación en que resulte casi imposible que el hombre sea capaz de

depravación o maldad", al decir de Morelly[56], un mundo en que se aboliera la idea misma del bien y del mal. En la misma línea Dom Deschamps estaba convencido de que "Bastará con establecer la igualdad moral y la comunidad de bienes sobre la desigualdad moral y la propiedad para hacer desaparecer de la humanidad todos los vicios morales que en ella imperan" (Venturi, 2014, p. 165). No se trata de clausurar completamente la problemática de la relación entre utopía, Ilustración e ideal comunista, sino de moderar el alcance atribuido a esta interrelación, evitando la introducción de categorías teleológicas del tipo de la anticipación y la necesidad. Para Venturi, durante el siglo XVIII tuvo lugar un efectivo proceso de cristalización del ideal comunista:

> La utopía tradicional se expandió y sufrió modificaciones bajo el impulso de la voluntad ilustrada de hacer realidad el paraíso en la tierra, de crear una sociedad completamente humana igualitaria y libre […]. La historia del pasaje de la utopía al ideal, del sueño individual al movimiento político comunista, es por demás interesante, sin duda. La era de la Ilustración entera no es comprensible sin este elemento que, aunque en algunos momentos parece marginal, en realidad es uno de los resultados más irreversibles, inamovibles y duraderos que el siglo XVIII transmitió al XIX (2014, p. 165).

Nunca se pondrá suficiente énfasis en el hecho de que es el siglo XVIII el que *transmitió* al XIX algunas de las materias primas de que se valió el proceso posterior de desarrollo del socialismo moderno. La noción de anticipación, abierta o tácita, impide indagar en los mecanismos reales de esta transmisión y en las problemáticas específicas de su apropiación y resignificación. Todo lo cual corresponde principalmente al trabajo historiográfico sobre el siglo siguiente. Nos detendremos, finalmente, en los orígenes de la palabra *socialista* para entender el alcance y el sentido efectivos que la misma tenía en el contexto de producción de *El descubrimiento austral...* Basándose en el trabajo de Hans Müller[57], Venturi (2014, pp. 171-172) distingue dos momentos que marcan el nacimiento del término a mediados del siglo XVIII. El primero de ellos corresponde a su formulación en latín por parte del benedictino alemán Anselm Desing "quien la utilizó por primera vez para hacer referencia a una corriente de ley natural derivada del pensamiento de Puffendorf y Cumberland, y que hacía de la *socialitas*, el instinto social del hombre, el fundamento mismo de la ley natural". La crítica del benedictino se centraba en la laicización del pensamiento social por parte de estos filosofos que "terminaron por suprimir cualquier elemento religioso de su idea de sociedad, considerando toda acción humana únicamente desde el punto de

56 Étienne-Gabriel Morelly en su *Code de la Nature, ou le véritable Esprit de ses Loix* ("Código de la naturaleza, o el verdadero espíritu de sus leyes") de 1755,

57 Hans Müller (1967): *Ursprung und Geschichte des Wortes "Sozialismus" und seiner Verwandten.* Hanóver: H. W. Dietz Nachf.

vista de la sociedad, ignorando las revelaciones, la religión y la iglesia", lo que ubicaba a los "socialistas" en la línea de los naturalistas y los hobbesianos. El segundo momento en la génesis del término tuvo lugar con su pasaje del latín al italiano en 1765, cuando el fraile Ferdinand Facchinei se refirió al filosofo Cesare Beccaria, en tono acusatorio, como "el Rousseau de los italianos" y un "socialista". Afirma Venturi que, para ese entonces, la palabra *socialista* ya "no se refería solo a alguien que postulaba la socialidad como un elemento primordial y constitutivo del hombre sino que, inexorablemente, terminaba por designar a un escritor que deseaba una sociedad de hombres libres e iguales, inspirado por Rousseau" (p. 173). Solamente en estos términos, todavía indeterminados y lo suficientemente amplios, como para poder proyectar en ellos todo tipo de relaciones forzadas, es que puede pensarse en Restif de la Bretonne como un socialista, pero no como un socialista en el sentido moderno, propio del siglo XIX.

En su *Contribución a la crítica de la conciencia burguesa,* Erich Hahn afirma que "la ideología burguesa surgió como oposición al aherrojamiento feudal del progreso histórico. En las revoluciones burguesas clásicas, una clase determinada, la burguesía, en virtud de la particular situación en que se encontraba emprendió la emancipación general de la sociedad" y que por esta razón:

> La revolución burguesa no realizó solo los intereses de la burguesía sino también intereses de las otras fuerzas de oposición. Los intereses antifeudales comunes del tercer estado prevalecieron sobre los antagonismos de intereses que se suscitaban en el seno de esa coalición. Estos no habían alcanzado aún la fuerza que exhiben en la sociedad capitalista desarrollada. La idea de la comunidad de los intereses, de la lucha por la libertad general, la igualdad y la fraternidad, fue por ello posible y necesaria, producto y condición a la vez de la formación del frente antifeudal. «Solo en nombre de los derechos generales de la sociedad puede una clase particular reivindicar para sí el poder general»[58] (Lenk, 2000, pp. 123-124).

Es en función de la composición y ruptura de este frente antifeudal que debemos ubicar y analizar las ideas de Restif de la Bretonne y su relación con el socialismo. Con respecto a la constitución ideológica de las clases, Therborn (2005, p. 48) plantea que la ideología de la pequeña burguesía debe ser definida teóricamente, en lugar de ser tratada como un término genérico que abarca cualquier ideología que no sea completamente

---

58 La referencia es a la *Crítica de la filosofía de derecho de Hegel,* donde Marx sostiene que: "Sólo en nombre de los derechos universales de la sociedad puede una clase determinada arrogarse el dominio universal. La energía revolucionaria y la conciencia moral del propio valor no bastan solamente para tomar por asalto esta posición emancipadora […] Para que una clase determinada sea la clase libertadora por excelencia, otra clase debe, por lo tanto, ser la clase evidentemente opresora. El valor general negativo de la nobleza y del clero franceses determinaba el general valor positivo de la burguesía, que era una realidad y se contraponía a aquéllos" (Marx, 2009, p. 14).

burguesa ni proletaria. Aunque el mundo de la pequeña burguesía comparte ciertas características con el burgués, como la existencia de mercados y competencia, se diferencia por su falta de empleados y su enfoque en el consumo familiar en lugar de la acumulación de capital. Esta diferencia implica que su ideología enfatiza el trabajo duro y la frugalidad como claves para acceder a los medios de producción, priorizando la seguridad familiar y un componente igualitarista más fuerte. Además, los profesionales son parte de esta pequeña burguesía y su orientación puede enfocarse en la independencia y una ética laboral desvinculada del interés por la ganancia. Esto permite a De la Bretonne desligarse de una ideología burguesa definida estricta y explícitamente en términos de lucro personal y, por ende, no enfrentarse a la contradicción fundamental entre propietarios y no propietarios al interior del bloque antifeudal. Diremos, por último, que son estas contradicciones y su desenvolvimiento histórico las que explican la emergencia del socialismo moderno y la imposibilidad de definir en estos términos a *El descubrimiento austral…,* no por alguna limitación en las capacidades anticipatorias del autor, sino porque es un producto ideológico previo a una serie de rupturas históricas que solo fueron posibles con posterioridad a su contexto de producción. Es en el mismo proceso de la Revolución que comenzaron a emerger las contradicciones inherentes a ese pluriforme bloque antifeudal.

En síntesis, la sociedad transicional constituye tanto las condiciones de producción como el objeto de crítica de *El descubrimiento austral*... Restif de la Bretonne no realiza una crítica anticapitalista, sino que, como producto de una sociedad en transición, su obra critica la formación económico-social del Antiguo Régimen francés, con su específica combinación de elementos dominantes, residuales y emergentes (según Williams), sin dirigirse contra el modo de producción capitalista en sí. Esto se debe a que el autor no es plenamente consciente de esta distinción, y sería anacrónico esperar que discriminara entre los elementos que continuarían su desarrollo en el siglo siguiente. Así, el carácter transicional de *El descubrimiento austral...* se manifiesta en su contexto de producción y en el objeto de la crítica. Por su parte, la revolución industrial estaba dando recién sus primeros pasos como para que *El descubrimiento austral…* pueda siquiera plantearse la posibilidad de elaborar una crítica anticapitalista. Respecto del carácter revolucionario de la propuesta de Restif de la Bretonne, hemos visto que los intelectuales burgueses, incluso los más radicales, consideraban que todavía era posible conservar la institución monárquica absolutista desplazando su base social feudal por la burguesía, fue precisamente la Revolución la que reveló la imposibilidad de este programa. La opción reformista de Restif, basada en la idea de que es posible transformar la sociedad sin romper con la monarquía absolutista (despotismo ilustrado), coloca a *El descubrimiento austral...* como una utopía de transición. Esto se debe a que expresa críticas fundamentales hacia el Antiguo Régimen sin desbordar o revolucionar su aparato estatal. Además, esta postura es coherente con su visión de los

intelectuales ilustrado-burgueses como los consejeros del rey y líderes del cambio, relegando al pueblo, o incluso imaginando una figura de “rey filósofo” como ideal. Por último, el comunismo que encontramos en *El descubrimiento austral…* tiene más que ver con un escape hacia el pasado respecto de las consecuencias de la transición del feudalismo al capitalismo, que con un programa de superación de éste último en sentido socialista. El carácter aparentemente comunista de la propuesta utópica de De la Bretonne no es de carácter proletario o científico (visión marxista), ni totalitario en la forma de la dictadura del proletariado (visión liberal), sino que representa una expresión ideológica del tercer estado, particularmente de su sector pequeño burgués. La posibilidad de que la burguesía articule esta ideología universal es comprensible solo en un contexto de transición, caracterizado por su ascenso histórico, en donde el conflicto se da en oposición al Antiguo Régimen y en clave de *frente antifeudal,* sujeto heterogéneo que comenzó a desagregarse luego de la Revolucion de 1789 y que constituye la *conditio sine qua non* del socialismo moderno. Por lo demás, podemos concluir que en lo que respecta a los problemas abordados en el presente capítulo, *El descubrimiento austral…* constituye una crítica transicional de la sociedad transicional, que opta por la vía del despotismo ilustrado, y que se estructura en torno del igualitarismo y el determinismo, más por una vocación de suprimir las contradicciones sociales y el devenir histórico que por una orientación comunista.

5. Naturaleza, divinidad y tiempo

> [René Descartes] se atrevió a mostrarles a los entes inteligentes cómo liberarse definitivamente del yugo de la escolástica, de la opinión, de la autoridad —en pocas palabras, de los prejuicios y de la barbarie... Podría considerársele el jefe de una conspiración que antes que nadie, tuvo el valor de rebelarse contra el poder despótico y arbitrario, y que, al preparar una revolución ensordecedora, puso las bases para un gobierno más justo y feliz, que él mismo no pudo ver establecido.
>
> Jean le Rond D'Alembert, *Discours préliminaire de l'Encyclopédie,* 1751

> En la historia civil, consultamos títulos, buscamos medallas, desciframos inscripciones antiguas para determinar el tiempo de las revoluciones humanas y fijar las fechas de los acontecimientos en el orden moral. En forma similar, en la historia natural es necesario excavar los archivos del mundo, extraer antiguos monumentos de las entrañas de la tierra, coleccionar sus vestigios, y reunir en un solo conjunto de pruebas todos los indicios de cambios físicos que hagan posible retroceder a las diferentes edades de la naturaleza. Esta es la única manera de fijar puntos en la inmensidad del espacio, y de colocar un cierto número de mojones en la ruta eterna del tiempo.
>
> Georges-Louis Leclerc, conde de Buffon, *Époques de la nature,* 1778

> ¿Qué relación existe entre los curas y Dios? Los curas son a la moral lo que los charlatanes a la medicina. ¡Es tan diferente el Dios de la Naturaleza al de los curas! Nada hay tan semejante al ateísmo, como las religiones fundadas por los curas. A fuerza de desfigurar al Ser Supremo, aniquilaron cuanto de Él contenían; tan pronto lo han transformado en globo de fuego, como en buey, como en árbol, como en hombre, como en rey. Los curas han creado un Dios a su imagen: celoso, arbitrario, cruel, implacable. Lo han encerrado en el cielo como en un palacio, y sólo lo han llamado a la tierra para pedir diezmos, riquezas, honores, placeres y poder con que beneficiarse. El verdadero ministro del Ser Supremo es la Naturaleza; su templo, el universo; su culto, la virtud; sus fiestas, el júbilo de un gran pueblo reunido ante sus ojos.
>
> Maximilien Robespierre, 10 de mayo de 1794

A lo largo de la Edad Moderna, en el marco de la transición del feudalismo al capitalismo, la idea de Naturaleza ha sido uno de esos conceptos que se convirtieron en un campo de disputa de sentidos y significados. Pierre-Françoise Moreau (Chatelet, 1980, p. 20) sostiene que se trata de un término polisémico que fue el punto de intersección de numerosas corrientes ideológicas. Por este motivo, la idea de Naturaleza no fue unívoca ni neutral, sino que actuó como un término cargado de significados divergentes que reflejaban las tensiones del contexto histórico.

El momento en el que proliferan y se generalizan las referencias a la idea de un

orden natural es sin dudas la Ilustración. Al respecto, el artículo “Naturaleza” de la Enciclopedia francesa lo califica como “un término bastante vago, empleado a menudo, pero bien poco definido, del que los filósofos abusan demasiado”. Remitiéndose a los intentos de clasificación realizados por el físico inglés Robert Bloyle, se nos ofrece una visión panorámica en la que coexisten al menos los siguientes sentidos o acepciones: el sistema del mundo, en cuanto conjunto de las cosas creadas; cada una de las cosas creadas espirituales y corporales (como cuando se habla de la naturaleza humana en cuanto designación de todos los seres humanos); la esencia de las cosas (como cuando los cartesianos afirman que la esencia de la materia es la extensión); el orden y el curso natural de las cosas, la secuencia de las causas segundas; desde un enfoque cristiano, una especie de arte divino que Dios ha comunicado a las criaturas a modo de orden; las potencias o las facultades de un cuerpo, sobre todo cuando se trata de un cuerpo viviente; la acción de la providencia, el principio de todas las cosas, la naturaleza se confunde con la divinidad, como el Dios del Universo que lo preside y gobierna todo; finalmente, la acción de unos cuerpos sobre otros, de acuerdo con las leyes del movimiento establecidas por el Creador (Ginzo Fernández, 1985, pp. 95-96). Los contemporáneos eran conscientes de esta coexistencia de diferentes dimensiones (cosmológica, individual, física, metafísica, científica, teológica, etc.) del concepto de Naturaleza.

La literatura utópica no escapó a este auge de la idea de Naturaleza y a medida que avanzaba el siglo XVIII proliferaron numerosas y diversas utopías en las que el orden natural jugaba un papel central en la configuración de las sociedades y en el curso de la Historia. Raymond Trousson (1995, pp. 175-220) identifica diversas variantes de la idea de "Naturaleza" en la literatura utópica del siglo XVIII, en consonancia con las diferentes corrientes filosóficas y políticas de la época. La diversidad del género incluye a los conservadores, quienes interpretan la Naturaleza desde una perspectiva que pone el acento en las jerarquías tradicionales (sociales, políticas, de género, etc.), como el Estado patriarcal, donde la autoridad se organiza alrededor de la figura del patriarca y las economías solían ser comunistas de base agrícola. Algunos ejemplos de esta tendencia son: *Memorias del señor Laurentio di Lucca* (1737) de Simon Berington; la obra anónima *Viaje al centro de la Tierra* (1755); y *El vallecito aéreo* (1810), de Montgolfier y Blanchard.

El comunismo era una idea tan general que la podemos encontrar incluso en las utopías nobiliarias, como una idea más concreta y relacionada con una crítica de la propiedad, representada por autores como Morelly, Dom Deschamps y Restif de la Bretonne, que imaginaban una sociedad donde los bienes son compartidos en común, rechazando la propiedad privada. Volveremos sobre estos autores en las conclusiones de este capítulo, por lo pronto digamos que la idea del comunismo, como vimos en el capítulo anterior, está más relacionada con la contribución al orden que con la voluntad de

trascenderlo de manera revolucionaria: “donde no exista propiedad alguna, no puede existir ninguna de sus perniciosas consecuencias” como se afirma en el *Code de la nature* de Morelly de 1755. Hay una variante del comunismo, desarrollada por Morelly en su obra *La Basiliade* de 1753, que explora la posibilidad de una sociedad sin gobierno, en la que el orden surge espontáneamente de la naturaleza humana. Es un anarquismo en realidad limitado, ya que la ausencia de leyes no existe para el pleno desarrollo de la libertad, sino porque es la propia naturaleza la que organiza desde el comienzo el uso de la misma, garantizando que no sea necesario legislar al respecto. Por su parte Dom Deschamps, en *Vrai système ou le mot de l'enigme métaphysique et morale* (“Sistema verdadero o la clave del enigma metafísico y moral”), que se trata más de un tratado que de utopía literaria, desarrolla la reflexión en torno al problema de la Naturaleza, la Historia y la metafísica al punto de plantear el Estado de costumbres como fin de la Historia.

Otros usos de la idea de Naturaleza en las utopías de la Ilustración giraban en torno al polo opuesto, es decir, hacia sistemas en los que la autoridad política y social recaía sobre un soberano o élite nobiliaria con poder absoluto (aunque muchas veces aceptado de manera voluntaria por sus súbditos como en el caso de *El descubrimiento austral*…), basándose generalmente en ideas de racionalidad y derecho natural. Una variante de esta orientación la constituyen las utopías de escape de una nobleza en decadencia o directamente derrotada por la Revolución. Trousson (1995, p. 189) afirma que con la Revolución, la utopía primitivista perdió vigor crítico para convertirse en un sueño de huida. Al respecto pueden citarse la anónima *Découvertes dans la mer du Sud* (“Descubrimientos en los mares del Sur”) de 1793, en la que un puñado de nobles que huyen de la guillotina arriban a la isla *Hospitalière* (“Hospitalaria”) y decididos a vivir según la naturaleza, establecen la comunidad de bienes y viven con toda sencillez, “ignorados de los feroces pueblos de Europa”; y la inacabada *L'Amazone* (“El Amazonas”) de 1795 de Bernardin de Saint-Pierre, en la que un monárquico exiliado descubre la “República de los amigos” (fundada por un cuáquero después de la revocación del Edicto de Nantes), la obra se interrumpe justo antes de describir “el sistema completo del gobierno del Amazonas”, sin embargo sabemos que “sus preceptos están grabados en el corazón de todos los hombres”, pues son los mandamientos de la Naturaleza. Otra variante tiene que ver con las ideas de la fisiocracia que también reconoce el despotismo legal, pero desde una perspectiva económica que pone el acento en la agricultura y la armonía con las leyes naturales, solo que éstas, a diferencia de las anteriores, excluyen la propiedad común y la igualdad social, reivindicando la propiedad privada y las jerarquías.

En la segunda mitad del siglo XVIII se verifica entonces una creciente disputa por el significado o sentido del término Naturaleza: el “orden natural” puede significar muchas cosas, que aún estaban en proceso de definición, y que no se terminarían de resolver hasta

la Revolución. Este contexto refleja sin dudas un desplazamiento en el principio de legitimación imperante en la sociedad francesa, las ideologías más divergentes entre sí podían apelar a la legitimidad que otorgaba la idea de ajustarse a un orden natural. Finalmente, ni el marqués de Sade escapó a esta tendencia y también justificaba sus ideas en función de la Naturaleza. Decepcionado por la Revolución y la supervivencia de la moral, su obra, aunque no forme parte del género utópico en sentido pleno, explora un despotismo más oscuro y extremo, donde la naturaleza es vista como un campo de lucha y dominación, a menudo en términos inmorales o caóticos.

En el estudio introductorio que acompaña la edición consultada de *El descubrimiento austral…* Eugenio Pereira Salas sostiene que la actitud del siglo XVIII es filosófica y científica y está basada en la creencia del poder omnipotente de la razón humana. Se buscaba entonces "una religión natural en el deísmo; una historia natural en el dominio de los misterios del Cosmos; un derecho natural y un sistema de gobierno que derive su ley de la igualdad humana y del contrato consentido entre los hombres, origen del Estado y de la cultura" (1962, p. 13). En lo que sigue analizaremos *El descubrimiento austral…* indagando en estas tres áreas fundamentales del debate dieciochesco: la historia natural, la religión natural y el derecho natural.

5.1. Historia natural

Es respecto de la Historia natural donde *El descubrimiento austral…* alcanza mayor densidad, por eso hemos organizado este apartado en torno de cuatro grandes temas que nos permitirán ubicar la obra y el pensamiento de De la Bretonne en su contexto histórico e ideológico. En primer lugar abordaremos la concepción general del asunto en las ideas de la *Scala Naturae* y de la Gran Cadena del Ser por ser las categorías más amplias dentro de las que se encuadra todo el razonamiento posterior y por darnos un pantallazo de la evolución de estas ideas entre, por lo menos, el Renacimiento y la Ilustración. Una segunda cuestión es la del lugar del Ser Humano en la *Scala Naturae* o en la Cadena del Ser. En este caso se observa una superposición de motivos clásicos, renacentistas e ilustrados que interactúan de distintas maneras según el caso, oscilando entre la concepción del ser humano como un animal más y la del Hombre como la criatura preferida del Creador, centro del universo y punto de llegada de la Historia natural. El tercer aspecto tiene que ver con las teorías (fijistas, transformistas o evolucionistas) sobre el origen, clasificación y desarrollo de las especies biológicas. Sostendremos que, dentro de esta secuencia histórica, De la Bretonne sintetiza elementos de diversos autores, pero suscribe particularmente a las ideas de Buffón, cuya admiración no esconde, y a las de Robinet, a quien no cita. Nos preguntaremos si se trata de ideas evolucionistas o de qué tipo. En tercer lugar, y en estrecha relación con estas

teorías biológicas, se encuentra la cuestión de la historia geológica y la historia física universal. Revisaremos el debate que se plantea en *El Descubrimiento austral…* en torno a las ideas de Buffon sobre las épocas de la naturaleza y el destino del universo, cuestión sobre la que De la Bretonne se muestra deliberadamente ambiguo y deja la crítica en boca de los megapatagones, quienes oponen sus ideas animistas, influenciadas por el pensamiento de Robinet, al pesimismo materialista de Buffon, situándose en la línea de frontera entre la Ilustración y el Romanticismo.

Lo primero que necesitamos hacer entonces es ubicar el pensamiento de De la Bretonne en el marco de las concepciones generales sobre la naturaleza vigentes en su contexto histórico-ideológico de producción. Para ello nos valdremos de dos pasajes que condensan una serie de temas y sentidos pero que se organizan en torno de los conceptos de Escala Natural y Cadena del Ser. El primero corresponde a las aclaraciones hechas al comienzo del libro, cuando el autor nos introduce en lo que va a ser la novela propiamente dicha. Ya hemos aludido a este recurso propio de la literatura utópica por el cual el autor se reintroduce como personaje de la obra, ganando de este modo cierta autonomía respecto de las ideas desarrolladas en la misma:

> Algunas de las personas a las que he leído este relato, anuncio de la existencia de hombres-monos, osos, perros, leones, toros y hombres serpientes, etc., han imaginado que se trataba de una alegoría [...]. Declaro que detesto las alegorías [...]. Se sabe que había antiguamente en el Templo de Belo, en Asiria, hombres con cabeza de perro, caballo, buey, etc. Esos pueblos pretendían que en un comienzo todas las especies animales estaban confundidas [...]. Era la memoria de ese primer estado animal y aún humano, lo que los antiguos asirios querían conservar. Decían ellos que sólo más tarde el hombre adquirió la forma actual, y con el fin de no propagar sino los tipos perfectos, los monstruos eran ahogados o arrojados a las bestias carniceras [...]. Luego se emplearon diversos medios para conservar las especies en su belleza original [...]. Ha habido gigantes, hombres con colas, mujeres planas, hombres velludos, hombres de la noche, creo también que ha habido sátiros y faunos y verdaderos centauros [...] como se verá en los dibujos que acompaño de los hombres-caballos[59] (De la Bretonne, 1962, pp. 21-22).

Se observa en esta introducción la búsqueda de una síntesis entre una multiplicidad de elementos y lógicas que van desde los motivos clásicos (presentes tanto en lo conceptual como en lo estético, como puede apreciarse en los grabados), pasando por ideas renacentistas que sirven de “base científica” de la mitología clásica y las religiones antiguas, hasta la voluntad ilustrada del naturalista que logra explicar el mundo a partir de la evidencia y la razón. Al mismo tiempo encontramos una serie de temas que formaban parte del debate

59 Grabado disponible en: https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/btv1b22000982

sobre la Historia natural, tales como la confusión original de las especies, la memoria de un estado animal primitivo, las ideas de eugenesia y conservación de las especies, criaturas mitológicas explicadas en términos biológicos y observaciones sobre la variabilidad de las especies. Se trata de una visión donde la fantasía y la realidad se combinan y la biología se confunde con la mitología. La siguiente cita proviene de la parte final de la novela, momento en el que Noffub, el anciano sabio que tenía la función de informar a los viajeros franceses sobre los principios de la física y de la metafísica de los megapatagones, alecciona a los protagonistas sobre su concepción del orden natural:

> Examinen ustedes todos estos seres y encontrarán que forman una gradación, desde los pescados, cetáceos y anfibios, etc. Todos se derivan unos de otros por matices insensibles. Vosotros, europeos por la destrucción remota de lo que ustedes llamaban monstruos, habéis perdido la oportunidad de demostrar esta verdad, y por eso vuestra física es precaria, en lo que se relaciona con la formación de los animales y de los hombres. Algunos creen que han emergido de una vez, formados ya como las callampas de la tierra, y habéis tratado de fábulas las relaciones antiguas, quienes habían visto los seres bipartitos, sátiros, faunos, centauros, minotauros, etc. Vuestros pintores y poetas han desfigurado todo eso, como es costumbre entre los ignorantes que se apartan de la naturaleza y se dejan llevar por su imaginación, para componer seres bizarros, sin analogías responsables. Nosotros, en cambio, podemos admirar directamente la marcha de la naturaleza y no corregimos los grados del recorrido de la especie hasta llegar al hombre-racional (1962, p. 189).

Se trata de una profundización, con mayor elaboración teórica, de la idea ya presente en la cita anterior. El anciano critica el conocimiento europeo ya que éste se encuentra limitado en gran medida por las extinciones y las prácticas eugenésicas que les impiden una visión clara del desarrollo del orden natural y sus gradaciones. Los megapatagones, al no haber intervenido en el curso natural de las especies, pueden apreciarlo en toda su riqueza y aproximarse de una manera mucho más nítida a su conocimiento. Conocen principios fundamentales de la *Scala Naturae*, tales como la gradación de los seres, es decir, la existencia de un orden jerárquico basado en su complejidad; la derivación de los seres por matices imperceptibles o la ausencia de saltos y vacíos en la gradación y extensión de la Naturaleza; y por último, la referencia al "hombre-racional" como un hito en la gradación de los entes naturales indica la posición del ser humano en la parte superior de la *Scala Naturae.*

La búsqueda de continuidad y el afan de completud, es decir, la voluntad de encontrar un orden secuencial en la Naturaleza que no presente ni grietas ni fallas, en el marco de las teorías modernas sobre el orden biológico, podemos encontrarla en *El descubrimiento austral…* respecto de la cuestión de la eugenesia, por ejemplo: **“**El enlace

de los marineros con las hijas de la noche, dio origen a una raza mestiza de tipo físico, parecido a sus progenitores remotos. Se esperaba mejorarla con oportunos cruzamientos. La raza nocturna fue entregada a su suerte…" (1962, p. 98). En toda la novela hay pasajes en los que la institución matrimonial tiene una dimensión socio-política y otra genética. Y es recurrente que, como se aprecia en los grabados[60], las combinaciones de individuos y especies sean algo caricaturescas o fantásticas. Por su parte, Robinet "llevó su fe en la completud de la naturaleza hasta unos extremos algo sorprendentes" al reconocer entre otras cosas la existencia de sirenas (Lovejoy, 1983, p. 352). **"**En la búsqueda de estas adumbraciones[61] de la forma humana en los órdenes inferiores de la creación, Robinet se vio conducido por desgracia a encontrar similitudes de los rostros, así como de los brazos y las piernas, en los rábanos y en otras plantas, y a publicar dibujos de estos antropoides vegetales" (1983, p. 367). Estas ideas le generaron a Robinet un descrédito entre sus contemporáneos que tal vez expliquen que De la Bretonne solo se refiera de manera indirecta a sus ideas, a diferencia del caso de Buffon. En cualquier caso, lo importante es que se manifiesta una fuerte voluntad en mostrar a la Naturaleza como dominada por la continuidad y la gradación. Entre los numerosos ejemplos de completud de la Escala Natural o de la Cadena del Ser presentes en *El descubrimiento austral…,* podemos citar el de la quinta isla, la de los hombres-caninos, donde se hace referencia al aislamiento reproductivo, ejemplificado mediante el recurso del aislamiento geográfico que permiten las islas que exploran los protagonistas:

> Aunque esta isla estaba contigua a la otra, sin embargo, dentro de la jerarquía humana sus habitantes eran diferentes; a la inversa, la raza animal no ofrecía distinción. Es de presumir que la causa de este contraste era el hecho que los animales, pudiendo atravesar el estrecho a nado, se ayuntaban, mientras que los hombres —aislados y con la prohibición de entrar en contacto con los vecinos—, no se habían mezclado (De la Bretonne, 1962, p. 132).

La *Scala Naturae* de Aristóteles organizaba a los seres de acuerdo a una progresión desde lo más simple (materia inanimada) hasta lo más complejo (el ser humano), con cada ser ocupando un peldaño fijo en esa jerarquía, sin posibilidad de cambio o evolución. Durante la Edad Media, esta idea fue incorporada al pensamiento cristiano y reforzada por la visión teológica, donde el ser humano ocupaba una posición central y privilegiada, próximo a Dios y los ángeles, pero por encima de la naturaleza y los animales. La jerarquía no sólo era biológica, sino también espiritual. En el Renacimiento, se interpretaba la *Scala Naturae* de Aristóteles desde una perspectiva antropocéntrica, naturalista y animista. Durante la

60 Disponibles en: https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/btv1b22000982

61 Parte sombreada o menos iluminada de una figura u objeto.

Ilustración la idea de la Escala Natural fue ampliada y resignificada en la forma de la Gran Cadena del Ser, lo que conllevaba un predominio de la idea de unidad: mientras que en la primera se ordenaban los seres en plural, en la segunda se trataba de un Ser unitario que se diferencia por grados imperceptibles y abarca la totalidad de lo existente.

El resultado de esta transformación fue una concepción cada vez más unitaria y dinámica de la Naturaleza, lo que derivó incluso en el rechazo de la noción de especie por algunos de los mayores naturalistas del siglo XVIII. En su discurso inaugural de la *Histoire Naturelle (*1749), Buffon criticó el empeño de los sistematizadores de clasificar la naturaleza de manera rígida. Según Buffon, "el error consiste en no entender los procesos [...] de la naturaleza, que siempre ocurren de manera gradual [...]. Es posible descender, por los casi imperceptibles grados, desde la criatura más perfecta hasta la materia más informe". Este planteamiento destaca que hay una continuidad en los seres vivos, y que "se encontrará un gran número de especies intermedias y de sujetos que pertenecen mitad a una clase y mitad a otra". Para Buffon, estos objetos, que no pueden ser asignados de forma clara a ninguna categoría, "vuelven vana la tentativa de un sistema universal". Así, concluye que la noción de especie es "una noción artificial y, para el biólogo, una noción perjudicial", ya que en la Naturaleza "sólo existen individuos" (Lovejoy, 1983, p. 298). La misma idea era sostenida por Robinet, para quien “la Escala de los Seres constituye un todo infinitamente graduado, sin verdaderas líneas de separación” en el que “sólo hay individuos, y no reinos ni géneros ni clases ni especies”, y “esta grande e importante verdad, la clave del sistema universal, y el fundamento de la verdadera filosofía, se hará más evidente cada día, conforme avancemos en el estudio de la Naturaleza (1983, p. 358).

La idea de la Gran Cadena del Ser fue estudiada en profundidad por Arthur Lovejoy (1983, pp. 223, 423), quien afirma que durante el siglo XVIII, esta concepción del universo alcanzó su mayor desarrollo y aceptación. La misma estaba fundamentada en una serie de principios que se basaban en la creencia de que el universo es un orden racional, carente de azar y arbitrariedades. El primero de ellos es el de continuidad, ya presente en la escala natural, indica que no hay rupturas ni saltos abruptos en la naturaleza, pues todo sigue un orden secuencial y coherente en el que las diferencias entre los seres son graduales e incluso artificiales. El segundo principio es el de gradación, también presente en la escala natural, por el cual todos los seres ocupan un lugar jerárquico en la escala de la Naturaleza, desde las formas de vida más simples hasta las más complejas. Por último, el principio de plenitud y suficiencia, más característico de la Ilustración que los anteriores, va más allá y establece que el universo debe contener todas las formas posibles de existencia, sin vacíos; y que cada ser del universo, cómo así también su conjunto, tiene una razón última y suficiente que justifica su existencia. De este modo no hace falta una instancia exterior a la Naturaleza misma para explicarla o justificarla. En palabras de Ginzo Fernández, “no habría,

según esto, más que un solo «gran individuo»: la totalidad**.** Lo demás no serían más que , eslabones que remiten unos a otros, funciones del todo" (1985, p. 101). Un ejemplo claro de esta manera de pensar, sobre todo en lo que respecta a los principios de continuidad y gradación, lo encontramos en la siguiente cita de *El descubrimiento austral…* (1962, p. 193):

> Venimos en seguida nosotros, es decir, llegamos después de los pequeños satélites posibles y sentimos la existencia menos perfectamente que los seres que nos sobrepasan en importancia dentro del Universo. Los animales la sienten menos que nosotros, y así por matices imperceptibles, las plantas y de las plantas a los minerales. Estos tienen menor vida particular e individual, están más apegados a la tierra y están menos separados de las plantas, de los animales de cuatro patas y de los hombres bípedos, con cabeza erguida. Los minerales participan de la vida común del globo como lo hacen las uñas y los cabellos en el cuerpo.

A lo que Hermantin responde: "usted incrementa mis ideas, y si por una parte demuestra que no soy sino un punto, un insecto, por la otra me aumenta la inteligencia y me pone en comunicación con esos seres poderosos y perfectos. Usted me hace remontar por ellos hasta Dios mismo" (p. 193), exponiendo abiertamente lo que en el resto de la argumentación aparece como una tensión velada entre dos concepciones del lugar del ser humano en la Gran Cadena del Ser: por un lado el antropocentrismo renacentista (encarnado generalmente en los megapatagones) y, por el otro, lo que podríamos entender como una suerte de humildad cósmica rousseauneana (generalmente asociada a los patagones y los pueblos simples); los protagonistas franceses y el propio De la Bretonne oscilan entre ambas posiciones. El Renacimiento es un período de optimismo antropológico en el que, según Gérard Malret, "la cosmología humanista del Renacimiento está totalmente concebida para gloria del ser humano a tal punto que en esta representación del mundo Dios mismo se eclipsa, de alguna manera, detrás de su criatura" (Chatelet, 1978, p. 370), algo que se aprecia en el *Discurso sobre la dignidad del hombre,* donde Pico della Mirandola atribuye a Dios, dirigiéndose al Ser Humano, las siguientes palabras:

> Te he situado en el centro del universo para que veas todo cuanto he puesto en él. No te he hecho ni criatura celeste ni criatura terrestre; no eres ni mortal ni inmortal: te he hecho de tal forma que tú mismo, como una escultura, talles tu propia suerte. Puedes degenerar en animal, pero también puedes renacer gracias a la sola voluntad de tu alma, a imagen de Dios (Chatelet, 1978, p. 370).

Todavía en el Renacimiento, Giordano Bruno tenía una mirada que contrastaba con este antropocentrismo exaltado, ya que el centro de su filosofía natural "no viene ocupada

por criaturas humanas, sino por la Naturaleza considerada como todo orgánico en constante transformación, anticipándose así a la concepción paritaria y no jerárquica del ser humano entre las restantes especies naturales, propia de la teoría evolutiva (Claramonte Sanz, V. 2011, p. 91-92). La noción de la Cadena del Ser y del Ser Humano como su eslabón intermedio desemboca en una especie de anti-intelectualismo racionalista que podemos encontrar en el *Émile*, donde Rousseau retoma las ideas de Alexander Pope y su *Ensayo sobre el hombre:*

> ¡Ay Hombre! Confina tu existencia dentro de ti mismo y nunca más serás miserable. Mantente en el lugar que te ha asignado la Naturaleza en la cadena de los seres y nada podrá obligarte a abandonarlo. […] El hombre es fuerte cuando se satisface con ser lo que es; es débil cuando desea elevarse por encima de la humanidad (Lovejoy, 1983, p. 258).

En la siguiente cita de los megapatagones volvemos a encontrar estas dos concepciones del lugar del Ser Humano en la Naturaleza combinadas:

> La naturaleza ha hecho miles de ensayos, miles de esfuerzos antes de producir al hombre. Muchos de estos ensayos subsisten por razas, por ejemplo, las diversas especies de monos; otros están mezclados como los hombres-animales que ustedes han visto en las islas de este hemisferio. Los había también en otras partes del globo, pero imagino que los hombres pequeños del Polo [hemisferio] Norte, por desdén físico y resentimiento han destruido todo aquello que no cuadraba dentro de sus ideas de perfección, aunque fueron en verdad, más perfectos que ellos. Estoy seguro que hubo al igual gigantes dentro de la especie europea, los que fueron destruidos. Nosotros, en cambio, hemos respetado a esos hijos de la naturaleza, entregándoles las islas en que nacieron, y los hemos dejado vivir a su antojo, persuadidos de que no somos tan sabios como la naturaleza. Estas especies nos ayudan a guiarnos en el conocimiento de ella (De la Bretonne, 1962, pp. 188-189).

Por un lado tenemos la posición antropocéntrica que aparece tanto en un sentido positivo, ubicando al Ser Humano como el resultado de miles de ensayos de la Naturaleza dirigidos con el objetivo de su existencia; como también en un sentido negativo, cuando se refiere a los "hombres pequeños del Polo [hemisferio] Norte", que destruyen seres que no encajan en su idea de perfección, asumiendo que los humanos son el centro y la medida de la naturaleza. Por el otro lado, los habitantes del hemisferio sur expresan una actitud cercana a lo que hemos llamado la humildad cósmica de Rousseau, ya que adoptan una postura de respeto, permitiendo que especies diferentes vivan en sus islas, reconociendo que la Naturaleza es más sabia que los humanos y excede su total comprensión.

Para entender la especificidad de las ideas referidas a la biología presentes en *El*

descubrimiento austral… es de utilidad recoger la secuencia histórica planteada por Claramonte Sanz, V. (2011) respecto de las contribuciones evolucionistas a la filosofía biológica predarwinista. Cabe destacar que durante la Edad Media, la perspectiva teocrática dominante promovió una lectura literal del relato bíblico de la Creación, consolidando de esta manera por siglos la creencia inamovible en el fijismo, lo que excluía cualquier noción de evolución, o incluso de transformación, de las especies. Además, en este periodo no contamos con registros que aludan a la existencia de simios antropomorfos. Es más, el legado anatómico y zoológico de Galeno se transmitió sin innovaciones científicas significativas hasta el Renacimiento. La superación del saber anatómico clásico, hasta culminar en la moderna teoría de la evolución puede organizarse en torno de los siguientes aportes:

1. Los avances en anatomía humana por Vesalio en siglo XVI y en primatología por Bondt, Tulp y Tyson en el siglo XVII situaron al ser humano en el reino animal, resaltando su parentesco con otros primates. Previamente, las descripciones de simios antropomorfos eran raras; un ejemplo es el relato de Andrew Battell (1613) sobre grandes simios en Angola, similares a humanos. Estos estudios culminaron con Tyson, cuyo análisis comparativo entre un chimpancé disecado y un humano marcó el inicio de la anatomía comparada y la primatología moderna.
2. John Ray, en su *Historia generalis plantarum* (1686-1704), superó las restricciones de la filosofía biológica impuestas por la teología medieval. Clasificó unas 18.000 plantas según su morfología y hábitat, y su mayor contribución fue el concepto de especie basado en el aislamiento reproductivo, sentando las bases de la taxonomía moderna.
3. Benoît de Maillet, en su obra póstuma *Telliamed* (1735), defendió una cronología terrestre mucho más antigua que la bíblica y propuso una temprana versión del transformismo. Maillet observó el registro fósil y destacó que tanto la fauna como la flora antiguas diferían de las modernas, lo que le llevó a concluir la existencia de sucesiones evolutivas. Además, su hipótesis evolucionista fue la primera en intentar explicar el origen del ser humano dentro de estos procesos geológicos.
4. Pierre Louis Moreau de Maupertuis (1698-1759) esbozó la primera teoría transformista, demostrando en sus observaciones genéticas que ambos progenitores contribuyen equitativamente a la descendencia, idea clave para la herencia. Sostuvo que las especies surgen por variaciones accidentales y aislamiento geográfico, y especuló sobre una evolución gradual, ideas que luego influirían en Darwin.
5. Karl von Linneo (1707-1778), con su sistematización de la clasificación de las especies, hizo posible una comprensión más clara de las relaciones y el parentesco

entre los distintos seres vivos y su eventual origen a partir de ancestros comunes. Si bien su enfoque fue predominantemente fijista, en algunos momentos de su obra admitió la posibilidad de un transformismo moderado, especialmente para explicar variaciones en ciertas especies vegetales.

6. Georges-Louis Leclerc, conde de Buffon (1707-1788), introdujo al concepto de especie elementos clave como el aislamiento reproductivo, la importancia del tiempo en la acumulación de cambios lentos e imperceptibles, y la transmisión de esos cambios a través de generaciones. Su obra rompió con la visión sincrónica del fijismo al proponer una perspectiva diacrónica, más cercana al evolucionismo, y marcó un hito en el pensamiento moderno al intentar explicar la vida únicamente a través de la química orgánica, dejando de lado explicaciones metafísicas y considerando al tiempo literalmente como “el gran obrero de la naturaleza”, señaló la importancia de los lentos e imperceptibles cambios sufridos por las especies, así como su acumulación durante las generaciones sucesivas, estableciendo así un punto de inflexión entre el paradigma fijista y el transformista.
7. Jean-Baptiste Pierre Antoine de Monet, caballero de Lamarck (1744-1829), formuló el primer intento de construir una teoría evolutiva sistemática en su obra *Filosofía Zoológica* (1809). En ella, Lamarck argumentó que los grandes cambios climáticos, estratigráficos y orográficos, tal como sugiere la Geología, requerían una Tierra con una antigüedad de millones de años. Estos aportes fueron importantes para el desarrollo de la teoría de Darwin. Una particularidad de la teoría de Lamarck era la idea de la tendencia de los organismos a la perfección, lo que suponía un optimismo en el curso de la Historia natural.

Por su importancia para el pensamiento de De la Bretonne, podríamos agregar a esta secuencia de Sanz (2011) a Jean-Baptiste Robinet, ya que fue un precursor en el desarrollo de ideas transformistas. En *De la nature* (1761-1766), sostenía una visión progresiva de la naturaleza, en la cual cada ser vivo era una etapa en un proceso continuo de perfeccionamiento hacia el ideal de humanidad. Aunque no propuso una teoría evolutiva como tal, su pensamiento influyó en el transformismo al sugerir que los seres vivos están en constante transformación, en una escala ascendente que culmina en el ser humano.

En *El descubrimiento austral…* encontramos una síntesis de la mayoría de estos aportes: similitudes entre humanos y primates, pertenencia del Ser Humano al reino animal, defensa de una cronología terrestre más antigua que la bíblica, existencia de variaciones accidentales y evolución gradual, rechazo del fijismo y desarrollo de una perspectiva diacrónica, entre otros. Las contribuciones de Linneo son las menos influyentes ya que De la Bretonne comparte con Buffon y Robinet la idea de que las especies no son, en última

instancia, una realidad objetiva que se pueda delimitar plenamente, algo que va en sentido contrario al espíritu catalogador y sistemático de Linneo. Destaca por sobre el resto la influencia ejercida por Buffon, a quien se lo menciona explícitamente en no menos de ocho ocasiones, y cuyo novedoso concepto de especie citamos a continuación:

> No es ni el número ni la colección de individuos parecidos lo que hace la especie; es la sucesión constante y la renovación ininterrumpida de los individuos que la constituyen [...] La especie es, pues, una palabra cuyo referente no existe en la realidad más que considerando la naturaleza en la sucesión de los tiempos. Sólo comparando la naturaleza de hoy con la de otros tiempos, y los individuos actuales con los pasados, hemos llegado a una idea clara de lo que llamamos "especie" […] No siendo la especie nada más que una sucesión constante de individuos parecidos y que se reproducen» (Claramonte Sanz, V. 2011, p. 100).

Esta concepción dinámica de las especies puede llevar a conclusiones equivocadas si no se la analiza con precisión. En su obra *El socialismo del siglo XVIII,* André Lichtemberger caracterizaba a De la Bretonne como el precursor de diversas ideas, estilos, movimientos, etc. entre los que se incluye una analogía con Darwin (De la Bretonne, 1969, p. 220)[62]. Una de las ideas desarrolladas a lo largo de esta investigación tiene que ver con los problemas que se derivan de la idea de *anticipación* en la Historia y, en última instancia, con la imposibilidad de que tal anticipación efectivamente exista o pueda existir. Respecto del pensamiento biológico y evolucionista sostenemos la misma posición. Desde una perspectiva foucaultiana (Outram, 2009, p. 135) se trata de una importación del pensamiento histórico a la historia natural que constituye el aporte fundamental de la Ilustración al pensamiento científico natural y se establece, no como anticipación, sino como *precondición* de la teoría de Darwin. Por su parte, Stephen Jay Gould hace la siguiente advertencia:

> La venerable (y perniciosa) tradición de juzgar a los grandes personajes del pasado por su supuesta anticipación de puntos de vista modernos ha llevado a muchos comentaristas a elevar la definición ecológica de especie de Buffon, con su rechazo de los arquetipos platónicos fijos, a teoría prototípica de la evolución, y a convertir a Buffon en meritorio precursor de Darwin en la senda rectilínea hacia la verdad (Gould, 2014, p. 347).

Gould afirma que si bien "la *Histoire naturelle*, como la Biblia, es tan extensa y variada que casi toda posición se puede defender con citas parciales fuera de contexto", "Buffon no fue y no podía ser evolucionista en el sentido actual de la palabra", aunque admitía la capacidad de transformación de las especies originales en función del cruzamiento y los cambios climáticos, alteraciones en principio menores a las que llamaba

62 Citado originalmente de: André Lichtemberger. *Le socialisme au XVIIIe.* Siécle, 1895.

“degeneraciones” (Gould, 2014, p. 347). Sin embargo, que su pensamiento no pueda ser llamado evolucionista no significa que no haya sido radical y transformador, como lo define Gould “una de las mayores transformaciones del pensamiento humano: el descubrimiento de la historia como principio rector para organizar los datos del mundo natural” (2014, p. 352). En efecto, “la mayor parte de la ciencia anterior a Buffon, no incluía ninguna historia. Los organismos fueron creados en su perfección primigenia en una tierra joven, ninguno se había extinguido” e “incluso las grandiosas cosmologías de Newton y de Laplace, el colega más joven e inteligente de Buffon, rechazaban deliberadamente la historicidad y proponían ciclos exactamente repetidos (quizá con variaciones autorreguladas) de ‘eterno retorno’” (2014, p. 352). Giordano Bruno, una excepción a la regla en cuanto a su concepción tempranamente temporizada de la naturaleza, y que frente al paradigma cosmológico dominante “no concebía el cosmos cual conjunto eterno e inalterable de seres ordenados –fijismo–, sino como sistema único y vivo en continuo proceso de transformación” (Claramonte Sanz, 2011, p. 91) no escapa a esta lógica, y para él “en este mundo los objetos suceden a los objetos, y este proceso se repite incansablemente” (Chatelet, 1978, p. 369). Gould da la razón a Charles Darwin quien, en *El origen de las especies* de 1859, contrastó la fértil historicidad de la evolución con la estéril e interminable rotación cósmica: “mientras este planeta giraba conforme a la ley fija de la gravedad, a partir de un comienzo tan simple evolucionaron y siguen evolucionando infinidad de bellas y maravillosas formas de vida” (2014, p. 354) . En coincidencia con esto, Ginzo Fernández, sostiene que “frente al predominio del modelo cartesiano de conocimiento, basado sobre la racionalidad matemática, la Ilustración redescubre el valor del conocimiento histórico” (1985, p. 14).

Se produce así un asalto del tiempo histórico sobre la hasta entonces estática *Scala Naturae* y la cíclica y repetitiva Gran Cadena del Ser. Este proceso de historización es total, abarca desde la concepción de la naturaleza a nivel de los individuos, las especies hasta la totalidad de los entes naturales y su influencia se manifiesta en diversas áreas de la producción ideológica, transformando tanto el pensamiento científico como las formas literarias y filosóficas. Entre 1749 y 1778, la obra del propio Buffon es escenario de estas transformaciones. Mientras que en su primer volumen de *Historia Natural* (1749) postuló una Tierra de edad indefinida y sin historia geológica más allá de ciclos repetidos de erosión y exposición, en *Des époques de la nature* (1778) presentó una versión totalmente historizada de la Tierra, integrando un relato dinámico de su formación y transformación. Este volumen, parte de su obra más influyente, marcó un hito en la transición hacia una visión completamente histórica de la naturaleza (Gould, 2014, p. 354). Incluso:

> Promovió conscientemente la historia como novela y como elemento coordinador de toda la naturaleza. No solo propuso una teoría del origen, una flecha del tiempo y una narración en

> siete épocas. Sabía también que el triunfo de la historia requería una nueva manera de pensar, y una metodología explícita, aún no familiar para los científicos, para reconstruir el muy extenso y mal preservado registro de la Tierra y de la vida. Y sugirió entonces que los naturalistas recurrieran a procedimientos ya utilizados por los estudiosos de la historia humana. Épocas de la naturaleza empieza con este llamado a una nueva manera de pensar[63] (Gould, 2014, p. 357).

La referencia a la Historia como novela es más que sintomática. Como ya hemos visto, a fines del siglo XVIII se produjeron transformaciones en la experiencia espacio-temporal a las cuales la literatura de la época fue particularmente permeable. La temporización de la Cadena del Ser tiene su correlato literario en transformaciones como: la consolidación de la novela como forma literaria predilecta, el pasaje de la utopía a la ucronía, los viajes en el tiempo, la novela histórica, el auge de la elaboración de proyectos, la concepción de la Historia y la Naturaleza en clave de progreso, entre otras. Gérard Malret sostiene que en el Renacimiento se produjo una transformación fundamental respecto del lugar del Ser Humano en el Universo, en términos de una dialéctica entre criatura y creador, que fundamenta las bases de la subjetividad moderna:

> El rechazo de la Edad Media es, pues, el rechazo de la historia sagrada en la que el hombre, claro está, participa, pero no es agente. El Renacimiento hace del hombre sujeto de su acción elaborando otro estatuto para la criatura, otra concepción de las relaciones que mantiene con su Creador. En lugar de una historia divina del hombre, los renacentistas piensan una historia natural del hombre. El modelo renacentista es, en efecto, esa vasta discusión, recuperada periódicamente hasta nuestros días, para redefinir las condiciones de posibilidad de acción de los hombres y el propio estatuto de esa acción: que el hombre sea una criatura no le impide ser también un creador; el hombre creador, y por tanto libre, será en lo sucesivo comprendido como el artesano de una historia que él funda y cuyo sentido no le escapa, puesto que él es el autor (Chatelet, 1978, p. 367).

Es, en última instancia, un reconocimiento de la libertad y la capacidad de agencia del Ser Humano, de manera que la Historia está en sus manos, al tiempo que se reconoce al mismo como sujeto histórico que, por lo tanto, está él mismo en manos de la Historia.

---

63 Se refiere al pasaje que figura al comienzo de este capítulo, proveniente de *Époques de la nature, de* 1778: “En la historia civil, consultamos títulos, buscamos medallas, desciframos inscripciones antiguas para determinar el tiempo de las revoluciones humanas y fijar las fechas de los acontecimientos en el orden moral. En forma similar, en la historia natural es necesario excavar los archivos del mundo, extraer antiguos monumentos de las entrañas de la tierra, coleccionar sus vestigios, y reunir en un solo conjunto de pruebas todos los indicios de cambios físicos que hagan posible retroceder a las diferentes edades de la naturaleza. Esta es la única manera de fijar puntos en la inmensidad del espacio, y de colocar un cierto número de mojones en la ruta eterna del tiempo” (Gould, 2014, p. 357).

Cada historia de vida es diferente y, si bien se encuentra en gran medida determinada por una serie de condiciones que escapan a la voluntad, es consecuencia de las decisiones de cada individuo. En su *Estudio de la mentalidad burguesa,* José Luis Romero explica el origen de la biografía, a la que define como una "especie de nueva hagiografía"[64], el hombre es hijo de sus obras, y al mismo tiempo es dueño de ellas. Es un ser profano, natural, sujeto de instintos y de pasiones, pero sobre todo un ente de razón y voluntad. Vive como quiere y hace lo que quiere" y, lo más importante: "vale la pena contar la historia de sus pensamientos y acciones" (1999, p. 125). En este contexto se explican aspectos de *El descubrimiento austral…* tales como la profundidad narrativa en comparación con otras utopías, que narra cómo se construyen las sociedades; la transformación de los personajes que, aunque simple, refleja la dimensión biográfica de los mismos; el que las sociedades sean reconocidas en su historicidad, como construcciones que se desarrollan en el tiempo; la importancia de los sentimientos y la voluntad a lo largo del relato como móviles para la acción y el desarrollo de los personajes; entre otros.

En esta idea de narrar la Historia natural como una novela, valiéndose de los métodos de la Historia civil, Buffon:

> [...] concibió una sugerente historia de siete épocas sucesivas, controladas por el continuo enfriamiento de la tierra desde su estado original de bola de fuego solar,[...] primera, el origen de la Tierra y los planetas por un impacto cometario; segunda, la formación de la tierra sólida y sus depósitos minerales; tercera, al cubrimiento de los continentes por los océanos y el origen de la vida marina; cuarta, la retirada de las aguas y el surgimiento de nuevos continentes; quinta, la aparición de la vida animal en la Tierra; sexta, la fragmentación de los continentes y la formación de la actual topografía; séptima, el origen de los humanos y nuestro ascenso al poder (Gould, 2014, p. 356).

Esta biografía de la Tierra tiene la particularidad de abandonar completamente la metafísica, explicando los procesos geológicos estrictamente en términos materiales. Buffon se apartó de la tendencia a considerar que la historia de la vida consiste en un proceso por el cuál esta se hace cada vez más compleja. Algo que De la Bretonne sostiene, a pesar de Buffon, valiéndose sobre todo de la influencia de Robinet. Es también en este sentido que Buffon no era estrictamente evolucionista y pensaba la Historia de la Tierra "como un vector de calor decreciente y no como una marcha ascendente de seres orgánicos. Esta flecha lo llevó a una conclusión pesimista, bien construida para alimentar la angustia cósmica: la Tierra finalmente se congelará y toda forma de vida desaparecerá". Gould (2014, p. 356) afirma que "este concepto de "muerte térmica" de la Tierra fue una de las ideas más

64 Historia de las vidas de los santos.

polémicas e interesantes de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, tema de muchos poemas, obras de teatro y pinturas", lo que ubica a *El descubrimiento austral…* en la encrucijada entre dos movimientos históricos, el de la Ilustración y el del Romanticismo.

La crítica al sistema de Buffon se nos presenta explícitamente cuando Noffub interroga a los franceses sobre las costumbres europeas, su religión, ciencias, sistemas filosóficos, ideas sobre el mundo, y conocimientos físicos. Hermantín habló del libro *Las épocas de la Naturaleza*, de la antigüedad del mundo y de la doctrina del calor central, de Buffón, "el Plinio francés", y compartió con el anciano megapatagón sus libros y los de otros autores no mencionados que se editaban en la Isla Cristina. Al cabo de unos días Noffub expuso la doctrina de los megapatagones **"**que es más razonable y más verosímil que la vuestra, más conforme a la marcha ordinaria de la naturaleza, más digna, en una palabra, del creador" (De la Bretonne, 1962, pp. 182-183):

> Parece que su gran filósofo cree que los astros, los soles y los planetas, son conjuntos de materia muerta, los unos inflamados, los otros extinguidos, y que tal vez estos vastos cuerpos una vez que se enfrían quedan en un estado inanimado, incapaces de nutrir a criatura alguna. [...] En efecto, vuestro filósofo, quien al parecer tiene ideas extensas, no se ha dado cuenta que establecía un sistema sin analogías, de todo punto de vista inverosímil. ¿Cómo es que no se ha dado cuenta que con ese principio la materia muerta en incandescencia, su núcleo de vidrio, y sus planetas hirvientes, enfriándose lentamente haría transformar al Creador Soberano, en un obrero, a la manera de los hombres? (1962, pp. 183-184).

Degradan al universo al considerarlo materia inanimada, negando su vitalidad y espiritualidad: "Vuestro filósofo transforma el Universo en un inmenso desierto, y disminuye la estatura del ser de los seres, el principio soberano del Cosmos" y, por añadidura, rebajan al "Creador Soberano" al nivel de un obrero, en el sentido humano. Esto reintroduce una jerarquía en la Cadena del Ser en la cual el Ser Humano ya no ocupa la parte superior, sino que participa de la deidad en un grado menor a otras entidades como los astros: "El Gran Ser tiene por ministros seres que se aproximan a la perfección infinita" (1962, p. 184). El principio de continuidad sigue intacto, por cuanto también degradan al Ser Humano, ya que "nosotros, de acuerdo a dicha doctrina pasamos a ser unos animaluchos a los que la naturaleza barre cada cierto tiempo, sin extinguir los gérmenes, porque cree que somos realmente un accesorio de su existencia"; "Amigos, creedme, todo está vivo en la naturaleza. La tierra vive, está organizada; posee un calor propio y central, pero este calor es un producto de la vida, y no una aproximación momentánea al sol o al planeta del cual se hubiera desprendido" (1962, p. 184-185). Estas ideas conducen a lo que podríamos denominar un "relativismo térmico optimista" que los megapatagones oponen al pesimismo materialista de Buffon:

> No hay que juzgar, como lo hacen vuestros filósofos europeos, el grado de calor necesario para la vida con la energía que nos es favorable en la tierra. Aún en este planeta hay plantas y animales para los cuales el clima es demasiado frío o demasiado caluroso. Vuestros filósofos tienen la razón únicamente si partimos de los cálculos actuales, pero no debemos olvidar que han podido existir seres susceptibles de vivir bajo condiciones térmicas diferentes (1962, p. 187).

Y a continuación:

> —[...] los materialistas de Europa han dicho la más absurda locura: que el todo estaba ciego y muerto; es un raciocinio infantil, someter el proceso a ciertas leyes de la pesantez; estas leyes, sin duda, existen, pero son el efecto de la esencia de las cosas, y de los medios empleados por la inteligencia soberana, inherentes a su potencia soberana y todopoderosa (1962, p. 190).

La inspiración de Restif de la Bretonne para dotar de vida y espíritu a la Gran Cadena del Ser provenía básicamente de dos fuentes. Algunas de estas ideas las recuperó del legado de autores renacentistas, cuyo naturalismo, sostiene Pierre-Françoise Moreau, "está cargado con frecuencia de referencias mágicas y astrológicas, y descubre en todas las cosas una fuerza que vive, actúa y las anima según redes de correspondencia estrechas entre macro y microcosmos" (Chatelet, 1980, p. 21). Este tipo de correspondencias pueden apreciarse en el sistema de razonamiento por analogías defendido en varias ocasiones por los megapatagones, por ejemplo, cuando afirman que "nadie sabe cómo morirán estos planetas y cometas", descartando el conocimiento empírico, pero "por analogía presumimos que los planetas se enfriarán como los pretéritos y retornarán a su sol que los echó de su seno por la potencia generativa y los absorberá a su muerte, como la tierra nos recibe a nosotros" (De la Bretonne, 1962, p. 186), traspolando racionalmente las conclusiones de una parte o escala del universo a otra.

La influencia ejercida por Robinet en De la Bretonne tiene que ver sobre todo con la perfectibilidad de los entes naturales, el endiosamiento de la Naturaleza y la teoría de los gérmenes. Robinet "oscilaba entre dos maneras de concebir lo que la Naturaleza hace en su incesante afán. A veces la ve como una mera ilustración de [...] un empeño por multiplicar la variedad hasta el grado más alto posible"; es decir, que partiendo de la idea de gérmenes indiferenciados, la Historia sería el proceso de su diferenciación. Mientras que otras veces, influenciado por el concepto de "prototipo universal", según el cual "todas las formas orgánicas, y quizás todas las formas naturales, son variaciones de un mismo *Urbild*"[65],

65 Término alemán que se puede traducir como "arquetipo", "imagen primordial" o "modelo original".

“Robinet ve en la historia pasada de la formación de una nueva especie algo más que el impulso hacia la promiscua variación; discierne un movimiento de la Naturaleza con una orientación general, un esfuerzo dirigido hacia una meta concreta” (1983, p. 365). Esa meta es la existencia humana, como en la siguiente cita :

> En la secuencia prodigiosamente variada de los animales inferiores al hombre, veo la Naturaleza en acción, avanzando a trompicones hacia ese excelente ser que corona su obra. Por imperceptibles que sean los progresos que hace en cada paso, es decir, en cada nueva producción, en cada variación realizada del plan original, sin embargo, el avance resulta claramente perceptible al cabo de cierto número de metamorfosis [...] Todas las variedades intermedias entre el prototipo y el hombre las considero otros tantos ensayos de la Naturaleza, en pos de la máxima perfección, pero incapaz de alcanzarla a no ser mediante esta innumerable secuencia de esbozos. Creo que podemos denominar a la masa de estudios preliminares el aprendizaje de la Naturaleza para poder hacer el hombre (1983, pp. 365-366).

Lovejoy señala que esta idea “habría de ser tomada por Herder y convertirse en casi una obsesión de Goethe durante un determinado período” (1983, pp. 364-365). Y la relación de estas ideas con el naciente movimiento romántico va incluso más allá:

> [...] el papel histórico, curiosamente mixto, de Robinet se aprecia además en el hecho de que el tipo de evolucionismo[66] biológico que adoptó lo elaboró en forma de una filosofía general de la naturaleza de tipo esencialmente «romántico»; anticipó algunas de las concepciones más características tanto de la de *Naturphilosophie* Schelling como de la de Bergson, en nuestro tiempo. Robinet fue uno de los primeros profetas del *élan vital*[67]. Para él, la realidad fundamental de la naturaleza no es sino *l'activité*; y el espectáculo de la evolución es la manifestación de la energía expansiva y autodiferenciadora, del impulso creador, de esa *puissance active*[68] (Lovejoy, 1983, p. 367).

Existe una tensión constante entre ciencia y religión, entre naturaleza y espiritualidad, que se verifica, por ejemplo, en la teoría de los gérmenes de Robinet, presente en *El descubrimiento austral…:*

> No existen más elementos que los gérmenes [...]. En la resolución del germen desarrollado

---

Relacionado con el platonismo, en Filosofía, se refiere a una forma ideal o prototípica de la cual otras cosas son copias o derivaciones.

66 Lovejoy sostiene, por su parte, que se trata de ideas ya evolucionistas o que anticipan a las del siglo XIX.

67 “Impulso vital”.

68 “Fuerza activa”.

> en una multiplicidad de otros gérmenes no hay ninguna materia que muera. [...] en la naturaleza nada se destruye, sino que se transforma constantemente. [...] La serie [de gérmenes] es inagotable, tanto si miramos atrás, hacia el pasado, como si adelante, hacia el futuro (Lovejoy, 1983, pp. 356-357).

Los megapatagones sintetizan todas estas ideas, por ejemplo, cuando afirman que "en verdad, todo se engendra; nada se crea; todo muere; todo resucita de sus propias ruinas; nada se hace de nuevo, pues todo lo que está estuvo siempre y el Gran Animador nunca estuvo desnudo" (1962, p. 188). De manera que en *El descubrimiento austral…,* más que una anticipación de la teoría de Darwin de la selección natural o de la tendencia a la perfección de Lamarck, se expresa la tensión entre dos movimientos históricos: la Ilustración y el Romanticismo, característica que comparte notablemente con otros autores de su tiempo como Rousseau. Se trata, nuevamente, de una utopía propia de un período de transición y grandes transformaciones ideológicas, situada en la bisagra entre dos formas de ver y sentir el mundo: la racionalidad ilustrada y la sensibilidad romántica. La Naturaleza, tanto en Robinet como en los románticos alemanes, es concebida como un proceso en el que los seres vivos (y para los alemanes también las culturas e incluso las ideas) se manifiestan como expresiones de principios fundamentales o arquetípicos. Esta visión vitalista y organicista describe la naturaleza en términos dinámicos, como un continuo de generación, destrucción y regeneración. Por su parte, los gérmenes, que son los elementos primordiales de todo lo existente, son indestructibles y están en un proceso constante de transformación. Al mismo tiempo, la naturaleza es vista como una entidad espiritual, animada por un principio eterno que conecta todas las formas de la existencia. En este sentido, "el orden natural se implicaba también en los argumentos de aquellos deístas que pensaban en Dios como poco más que la fuerza original que estaba detrás de las leyes de la naturaleza, hasta el punto en que con frecuencia la deidad y esas leyes parecían sinónimos", haciendo que resulte "casi imposible precisar dónde terminaba la filosofía natural y dónde empezaba la teología" (Outram, 2009, p. 124).

5.2. Religión natural

Si consideramos las transformaciones analizadas en el apartado anterior como así también la histórica afinidad del género utópico con las religiones racionales, no resulta extraño que la forma dominante en *El descubrimiento austral…* sea la de la religión natural. La misma no se nos propone como una negación del cristianismo, sino como complementaria en lo esencial: "tomando en cuenta únicamente las luces de la razón, no hay nada más perfecto que las leyes de los megapatagones, únicamente la religión cristiana

puede llevarnos más lejos (De la Bretonne, 1962, p. 21), nos advierte el autor convertido en personaje. Sin embargo, este cristianismo que defiende De la Bretonne, es muy diferente del que imperaba en la sociedad francesa de entonces, ya que es valorado por sus aspectos más asimilables al pensamiento ilustrado, y descartado en todo aquello que remite al feudalismo, la escolástica, la jerarquía eclesíastica y el principio de legitimación divina. Se trata de un cristianismo que, en su faceta virtuosa, encarna principios universales accesibles a todas las personas de cualquier religión que estén dispuestas a dejar de lado sus prejuicios y escuchar la voz de la Naturaleza. En otras palabras, el cristianismo es defendido por su adecuación al orden natural o por sus características más asimilables a una religión natural. En su forma más elemental y simple, la religión natural se nos presenta en la figura de los patagones:

> La comitiva hizo el viaje en el bergantín, especialmente equipado. El eclesiástico vino para oficiar. En cuanto a los Patagones, no tienen sacerdotes propiamente dichos, sino que los más ancianos del pueblo son los encargados de rendir homenaje al Sol y a la Tierra, homenaje simple y natural que la Nación rinde dos veces al año, en el solsticio de verano y de invierno a las fuerzas de la naturaleza.
>
> No se vaya a creer que los patagones sostenían que el Sol y la Tierra sean divinidades superiores; las miran más bien como los dos primeros seres visibles: el Sol, es el padre, y la Tierra, la madre: la Luna viene a desempeñar el papel de tía. Los sacerdotes opinan que nosotros los mortales debemos dirigir nuestra plegaria al Sol y a la Tierra directamente, pues son ellos los que saben y conocen la existencia de un Dios universal, que nosotros desconocemos (De la Bretonne, 1962, p. 115).

Se trata de una religión sencilla con un culto simple, en el que las autoridades religiosas no tienen un poder propio ni acaparan la liturgia, redireccionando las plegarias directamente a la Naturaleza. Es también una religión de tipo deísta, en la que se reconoce un principio divino pero que no interviene visiblemente en el curso de la Historia y se lo adora a través de su creación, en este caso, dirigiendo las plegarias al Sol y la Tierra, no porque piensen que son en sí mismos deidades, sino por su proximidad al Dios universal en la Escala de los Seres. Al respecto, Ginzo Fernández sostiene que:

> El deísta no renuncia así sin más a una última legitimación teológica del universo, pero erosiona considerablemente sus contornos. El problema queda reducido a su expresión más simple y tenue así como no hay reloj sin relojero, tampoco existe el universo sin un primer arquitecto que lo puso en marcha. Pero ese Dios lejano intervendrá lo menos posible en el mundo de los hombres. Se prefiere denominarlo Ser Supremo, huyendo de toda expresión antropomórfica, quedándose así con la designación más genérica posible. Se postula la

> existencia de ese gran arquitecto del mundo, pero a continuación se confesará su ignorancia acerca de la verdadera naturaleza de ese principio explicativo del universo. Incluso el artículo «Dios» de la Enciclopedia comienza confesando: “No hay tema que merezca más prudencia en nuestros juicios, que en lo que se refiere a la divinidad; resulta inaccesible a nuestras miradas, por más cuidado que uno ponga en ello” (1985, pp. 63-64).

Si la religión de los patagones es sobre todo deísta y las personas no se relacionan directamente con el Creador sino a través de los objetos de su creación, el caso de los megapatagones conserva los principios generales del deísmo pero profundizándolos y complejizándolos al relacionarlos con otros elementos que reintroducen la mística y la metafísica nuevamente en la Naturaleza: el panteísmo, que sostiene que el principio divino no solamente da origen a la la creación si no que participa de ella en toda su extensión, y el animismo que considera a la Naturaleza básicamente como un ser vivo y espiritual. En consonancia con las ideas analizadas en el apartado sobre Historia natural los megapatagones creen que ningún individuo es eterno, “sólo la naturaleza lo es y lo es también su divino animador que no es distinto de ella misma como es distinta la vida espiritual de nuestros cuerpos” (De la Bretonne, 1962, p. 186). Las nociones de totalidad y unidad imperantes en esta concepción de la divinidad conllevan una despersonalización de Dios. Algo que ya había advertido Romero (1999, p. 120) respecto de René Descartes: “Si se considera todo ese mundo de la idea cartesiana, se descubre que se trata, aproximadamente, de una especie de Dios secularizado. Y esto es, en el plano de las ideas, una revolución”. Este Dios que empieza a identificarse con la totalidad se presenta como una entidad inconmensurable, más allá de la capacidad de intelección y representación humanas:

> Contemplen la naturaleza como un todo viviente, dotada de inteligencia; adviertan que en la tierra mientras más ardientes son los seres más inteligentes y vivos son. Imaginen al Gran Animador de acuerdo con la idea más vasta que vuestra imaginación puede concebir y en seguida repitan: “Aún está más allá”... Por este medio podréis ver el conjunto de sus grandes proporciones y no permaneceréis dentro de los límites estrechos en que vegeten los otros animales […] El Soberano Príncipe Productor, que es el todo, que puede producir sin descanso, no puede, por lo tanto, ni envejecer ni morir, precisamente porque es el todo, y su vida y su calor no pueden sufrir la más mínima disminución. Esto es lo que nuestra razón puede concebir del Gran Ser, en el cual estamos todos englobados y por esta misma causa no podemos ni comprenderlo ni apercibirlo; sólo apercibimos los seres finitos por grandes que sean: el sol, los planetas, etc. Pero Dios, que es el todo, no puede ser visto por nadie (pp. 187, 190).

La tendencia a la depersonalización de la deidad se impone a todo intento de nombrarla, “Soberano Príncipe Productor” pareciera ser más una forma de designar a una serie de principios fundamentales o fuerza primordial que una entidad con la que los seres humanos puedan comunicarse. La consecuencia lógica de este proceso de secularización de la deidad, es la preponderancia de religiones de tipo natural, en las que se prescinde todo lo posible de estructuras religiosas como la de las grandes religiones monoteístas. “—No sé qué es esa cosa que llamas religión; pero sólo puedo pensar mal de ella porque te impide gozar de un placer inocente, al cual la naturaleza, maestra soberana nos invita a todos” afirmaba Orou en el *Suplemento al viaje de Bougainville* (Diderot, 2013, p. 43). En consonancia con lo cual, en *El descubrimiento austral…* podemos leer lo siguiente:

> —¿No tenéis, entonces, templos?
> —Sí —respondió el anciano, mostrando la naturaleza—: helos aquí. Cuatro veces al año, en la época de los solsticios y de los equinoccios, se reúne la Nación en fiestas públicas. En dichas ocasiones el hombre más anciano rinde los homenajes: Primero a la tierra-madre; en seguida al sol-padre, después se recita una fórmula que ata a las dos potencias, a las que se rinde común pleitesía (1962, p. 199).

El rechazo de la religión organizada no debe confundirse con un rechazo del cristianismo como tal, religión que es defendida en sus fundamentos en varias ocasiones. Podemos citar el siguiente ejemplo, en el que los protagonistas comparten sus preceptos con el sabio megapatagón:

> No creaís, amigos megapatagones que nuestro respetable abuelo no conozca máximas tan hermosas como las vuestras; ha traído a este hemisferio, que es al presente el nuestro, una religión que enseña la igualdad, la fraternidad y que basa la ley en la caridad, virtud por la cual amamos a nuestros hermanos, y sin cuya práctica seríamos viles y desgraciados. Todos los preceptos de esta religión, tienden al desinterés, a la pureza de costumbres, a la modestia. Prohíbe llamar a los hombres sus señores, basado en el principio que todos los hombres son iguales, hijos de Dios; ordena compartir el pan con sus hermanos, sin preguntar sobre su patria, su religión o sus sentimientos (1962, pp. 209-210).

El problema no radica en los fundamentos mismos de la religión cristiana, sino en la forma histórica que la misma ha adoptado en el contexto de producción de Restif de la Bretonne:

> —¿La profesan los pueblos de Europa? [...] ¿qué hacen entonces esos hombres cuyo relato he leído en la traducción de vuestros libros? ¿Son los mismos pueblos? Oh, ilustres cristinos,

> no se burlen ustedes de mí. Esos pueblos se mofan de sus legisladores, de su Dios, de todo lo que usted me dice ellos adoran.
> —No se burlan, sabio Teugnil, pero engañados por sus pasiones no siguen los preceptos de su religión. Sus sacerdotes son los primeros en violar sus fundamentos, aunque tratan de conservar las prerrogativas, que les da su estado a los ojos del pueblo.
> —No os entiendo, nobles cristinos [...] ¿Profesan o no profesan su religión?
> —La profesan [...] pero sin seguirla en sus preceptos esenciales
> —Me dais, con esto, una triste idea de los europeos. Una religión tan hermosa, dictada por Dios mismo como puedo reconocerlo en sus preceptos, la profesan pero no la practican. Los europeos son, a mi parecer, unos monstruos (1962, pp.210-211).

Como vimos en el capítulo 3, De la Bretonne suele referirse a “los europeos” para evitar la crítica directa a su país, pero también para referirse a todo lo que identifica con los peores aspectos del Antiguo Régimen, a la vez que reserva para Francia las características que mejor podemos identificar con una construcción contrahegemónica de la burguesía. Pastor afirma que uno de los reclamos más persistentes de los pensadores franceses de la Ilustración fue la tolerancia religiosa, una idea previamente formulada por Jean Bodin en el siglo XVI, y promovida con vigor en el siglo XVII en los Países Bajos e Inglaterra, con el propósito de eliminar barreras en las relaciones comerciales entre judíos, protestantes y católicos. Como se puede observar en los textos de Montesquieu, Voltaire y Rousseau, la obra de Plutarco tuvo gran influencia en esta época, dado que defendía la idea de que tanto la superstición como el ateísmo surgían de la ignorancia (s/d, p. 13). La cuestión de la tolerancia religiosa habilitaba simultáneamente la crítica de lo existente y la apología del nuevo sujeto histórico.

Al regresar de un viaje a Europa, en un viaje para secuestrar al Obispo de Belén, los príncipes Dagoberto y Hermantin presenciaron en Goa un auto de fe dirigido por portugueses. La ceremonia incluía una familia de moros que había renunciado a su religión por temor, solo para retomarla por convicción, así como dos familias judías y varios protestantes que los católicos odiaban. Antes de que los quemaran en la hoguera, Hermantin, protegido por una cota de malla a prueba de balas, se lanzó sobre los portugueses, quienes lo tomaron por un ángel. Tras rescatar a los condenados y llevarlos al barco, se subió al poste de la hoguera y, en portugués, les dirigió el siguiente discurso (De la Bretonne, 1962, p 223):

> Desgraciados que profesáis una suave religión. ¡Qué frenesí os lleva a hacer a la Divinidad estos abominables sacrificios! ¡Qué monstruo os ha sugerido honrar con sacrificios humanos al Padre Común de los Hombres! ¡Oh, queridos hermanos! Puesto que sois hombres, recurrid a vuestra razón y arrojad lejos de vosotros a esos infames inquisidores que ahogan los

sentimientos religiosos. Que cada cual sea libre de expresar sus propios sentimientos, de acuerdo con su conciencia y cultura. Impedir esto es rebajar al hombre a la categoría de bruto, y es más aún, una blasfemia contra la razón eterna, [de la] cual la Divinidad nos ha entregado una centella. Que aquel que persiga a otro hombre para hacerlo pensar como él, sea secuestrado y arrojado a una isla desierta como una bestia venenosa.

No, queridos portugueses. Sólo la tolerancia universal puede mantener la paz; nadie tiene derecho a sus propias opiniones. Aquel que se apasiona por sus propias ideas y por su religión, bajo el pretexto de obedecer a Dios, muestra que no cree en la potencia divina, pues pretende protegerlo.

Hombres falsos y malos. Dios es más poderoso que nosotros, y no tiene más que levantar su brazo ¡Portugueses!, los hombres de todas las religiones son vuestros hermanos. El autor del Cristianismo dijo: sed hermanos de los judíos y de los samaritanos. El judío, el turco, el moro y el protestante son vuestros buenos vecinos, ya lo dijo Jesús. ¡Portugueses! Yo, el hombre-volador, que ha sustraído vuestras víctimas, vengaré a la Humanidad si tratáis de ultrajarla nuevamente. Adiós" (1962, pp. 223-224).

En este discurso la Razón es presentada como principio universal, a partir del cual se derivan el resto de las ideas. Se defiende el principio de tolerancia religiosa y se crítica al fanatismo, expresado en la forma del sacrificio y la persecución, asociando el sistema religioso del Antiguo Régimen a la barbarie. En este sentido, se promueve la igualdad y la hermandad entre religiones ("el judío, el turco, el moro y el protestante son vuestros buenos vecinos"), reflejando el ideal burgués de coexistencia[69]. Por su parte, el cristianismo no es rechazado si no que se establece una oposición entre el "verdadero cristianismo", asociado al ideal de Naturaleza y a los valores emergentes, y el "falso cristianismo", máscara ideológica del Antiguo Régimen, al que identifica como el verdadero enemigo de la razón. Al mismo tiempo, se produce un desplazamiento significativo al afirmar que vengará a la Humanidad (con mayúscula) en lugar de a Dios. A pesar de las formas religiosas, el contenido del discurso es humanista y secularizante.

5.3. Derecho natural

Parte del sentido común de la ilustración, la creencia de que las personas y las sociedades son el resultado de sus condiciones. Era una creencia en la capacidad pedagógica de la filosofía ilustrada compartida desde De la Bretonne hasta materialistas

69 Marx, K. y Engels, F. (2012, p. 66), en el *El manifiesto comunista,* sostenían "Cuando, en el siglo XVIII, las ideas cristianas fueron vencidas por las ideas de la Ilustración, la sociedad feudal libraba una lucha a muerte contra la burguesía, entonces revolucionaria. Las ideas de libertad religiosa y de libertad de conciencia no hicieron más que reflejar el reinado de la libre concurrencia en el dominio del saber.

como Helvetius, quien afirma que el único medio para lograr el perfeccionamiento moral es desenmascarar y "mostrar a los defensores de la ignorancia como los más crueles enemigos de la humanidad", algo que ya vimos respecto del discurso contra los portugueses, por un lado; y, "enseñar a las naciones que los hombres son, en general, todavía más estúpidos que malvados, que curándolos de sus errores se los curaría de la mayor parte de sus vicios" (Ginzo Fernández, p. 147), por el otro. Una creencia en la predisposición natural del Ser Humano hacia la bondad muy en sintonía con el pensamiento de Rousseau. La religión natural era una combinación de filosofía natural y código ético, se la valoraba tanto por su capacidad para comprender el cosmos como por su capacidad para organizar las ideas y la conducta de los ciudadanos. Dice Ginzo Fernández que "en su búsqueda de una visión integrada y armónica de la naturaleza, la felicidad y la virtud la moral era para los ilustrados una especie de "ciencia de la felicidad" (1985, pp. 141-142), lo que se condice con el saludo de De la Bretonne: "Adiós. Les deseo felicidad y les señalo dónde pueden encontrarla" (1962, p. 24). Si por un lado los megapatagones habían alcanzado un conocimiento del universo, su historia y funcionamiento, más acabado que el de los europeos, por otro lado, era necesario que la ley natural se expresara en un lenguaje sencillo, capaz de disipar la incertidumbre en todo momento y lugar, como en el siguiente extracto del *Suplemento al viaje de Bougainville:*

> ¿Quieres saber en todo lugar y en todo momento lo que es bueno y lo que es malo? Adhiérete a la naturaleza de las cosas y de las acciones, a tu relaciones con tu semejante, a la influencia de tu conducta para tu utilidad particular y para el bien general. Estás delirando si crees que pueda existir algo, sea en lo alto, sea aquí abajo, o en el universo, que pueda añadir o recortar algo a las leyes de la naturaleza. Su voluntad eterna es que el bien sea preferido al mal, y el bien general, al bien particular (Diderot, 2013, p. 52).

La simplicidad de estos principios y normas tiene su correlato en el siguiente pasaje de *El descubrimiento austral…* cuando, en el marco de la conversación sobre la contradicción entre las virtudes del cristianismo y la práctica efectiva de los europeos, los megapatagones interrogan a los protagonistas sobre las leyes y las costumbres practicadas en la Isla Cristina: "Hemos puesto en vigor todos los preceptos de la igualdad, la fraternidad, la comunidad y de la buena voluntad y de veras, somos muy felices practicándolas". Por su parte, el sabio megapatagón sentencia: "Vuestra conducta es una nueva prueba de la locura de los europeos. ¡Qué pueblo más abominable! Tienen buenas leyes pero no las cumplen. Creo que están corrompidos hasta los tuétanos" (De la Bretonne, 1962,pp. 210-211). Por un lado, se produce la misma diferenciación entre los franceses de la Isla Cristina y "los europeos" que se observa respecto de la religión. Nuevamente esta separación sirva para

encarnar en “los europeos” las instituciones y prácticas asociadas al Antiguo Régimen, mientras que los cristinos asumen los valores ascendentes de la burguesía ilustrada. Por el otro, se completa el proceso de desplazamiento de la autoridad religiosa y su reemplazo por la Naturaleza y la Razón. Independientemente de las metas y los resultados, se ha transformado profundamente el principio de legitimación del conocimiento y el poder.

Esta idea de la Naturaleza como base de legitimación de todas las instituciones está presente en diversos momentos de la novela, como por ejemplo el sistema de razas y castas del archipiélago de la Isla Cristina, la noción de tolerancia religiosa y las relaciones entre países, la situación de las mujeres o el comunismo primitivo que se practica en las utopías. Tomaremos el ejemplo de las mujeres, asunto respecto del cual De la Bretonne sostenía posiciones conservadoras (como ya se ha visto en el capítulo anterior respecto de las limitaciones al ideal de igualdad) incluso para los parámetros del contexto. Como en otros casos, se nos presenta primero la visión más simple y cercana al Estado de naturaleza en la figura de los patagones. Reproducimos a continuación las palabras del anciano que dirige la ceremonia matrimonial entre los novios de ambos pueblos:

> —El viejo patagón: ¿Para qué se presentan delante de mi persona?
> —Novia: Para unirnos en el nudo matrimonial.
> —El viejo patagón: ¿Por qué razón os casáis?
> —Novia: Porque el amor ha hablado a nuestros corazones.
> —El viejo patagón: ¿Qué os ha dicho? (p. 115).
> —Novia: Uníos y conoceréis las delicias y placeres de la existencia.
> —El viejo patagón: ¿Ansían Uds. disfrutar de esos placeres?
> —Novia: Sí, venerable anciano; porque el placer es el desarrollo supremo en la existencia de todo ser humano (p. 116).
> —El viejo patagón: ¿es un placer estéril o fecundo el que buscáis?
> —Novia: El placer fecundo, porque el placer estéril no es un verdadero placer.
> —El viejo patagón: ¿Cuál seria el fruto de ese placer?
> —Novia: el hombre, la obra maestra de la naturaleza.

En este primer momento encontramos ideas que forman parte de la literatura utópica desde su origen. Recordemos lo que decía More sobre los utopianos: “nadie sería tan necio que no buscara el placer por todos los medios, buenos o malos, esquivando solamente la inconveniencia de que un placer pequeño fuese un estorbo para conseguir otro mayor” y que “no todos los placeres procuran felicidad, sino solamente los que son buenos y honestos. Eso afirman los utopianos, y también que nuestra naturaleza es atraída hacia la perfecta beatitud por la misma virtud” (Moro, 2012, p. 81). Continua la ceremonia:

—El viejo patagón: Hijos míos, no hay nada más santo que el placer en el matrimonio ya que engendra al hombre. No profanéis ese estado con querellas y disensiones. ¿Cuál de los dos es el jefe?

—Novios: El hombre igual al divino sol es el esposo; el jefe de la Tierra, de la Luna y de los otros planetas femeninos que son también sus esposas.

—El viejo patagón a la novia: Recuerde hija mía que debe permanecer fiel y sumisa a su marido, pues el hombre es el ser productor y la mujer no es sino el ser en desarrollo; ella entrega su cuerpo, el hombre el alma y la vida... ¡Que el Sol todopoderoso os inicie, os muestre la claridad y os alegre! ¡Que la Tierra benéfica os ofrezca llanuras placenteras, sombras propicias, que os procure frutos sabrosos, aguas límpidas y lechos de flores para gustar los placeres de la naturaleza. Que caiga sobre vosotros la bendición cariñosa del Sol y la Tierra, como cae en este momento mi cariño y mi bendición. ¡Que el Sol caliente con su fuego al divino esposo, que la tierra forme un lecho de césped a la esposa, y que ella reciba dulcemente el primer fruto de esta unión! ¡Oh, Sol! ¡Oh, Tierra! Unid a estas criaturas (De la Bretonne, 1962, p. 116).

Encontramos las usuales correspondencias entre micro y macrocosmos, sistema de analogías que permite a De la Bretonne trasladar las justificaciones o conclusiones de un ámbito de la existencia a otro. De modo que necesita asignar a los astros comportamientos y roles típicamente humanos. Este es el sistema de analogías y correspondencias cuya negación los megapatagones imputan a Buffon. En el caso de los megapatagones, cuya ciencia es la más avanzada de la época, la subordinación de las mujeres es argumentada de una manera más “científica”, pero siempre basada en la Naturaleza y su sistema de analogías: “En verdad, si el sol es más tórrido que la tierra, es porque ésta, que es una hembra, no tiene esperma fermentativa y fecunda, privilegio de los machos posesión que pone al hombre por encima de la mujer” (1962, p. 185). El conocimiento científico de la época y los autores que hemos visto que influenciaron directamente o indirectamente a De la Bretonne, ya coincidían en la participación equitativa de ambos progenitores en la herencia. Tomemos el ejemplo de Pierre Louis Moreau de Maupertuis, quien rechazando la teoría preformista, “defendió una versión sui géneris de la teoría epigenética: los caracteres no vendrían ya preformados en el óvulo, en el esperma ni en el zigoto; se configurarían en el curso del desarrollo del organismo”. Como consecuencia de esto y “tras observar rasgos procedentes de ambos progenitores en la descendencia, afirmó que explicar la herencia requería admitir la participación conjunta de los líquidos germinales paterno y materno” (Claramonte Sanz, 2011, p. 95). De la Bretonne elige ir en contra de este conocimiento para sostener la supuesta adecuación de sus ideas sobre las mujeres al orden impuesto por la Naturaleza.

Los megapatagones profesan una moral natural que en principio puede parecer

hedonista: “Apartamos todas las sensaciones desagradables; nos inclinamos por todo lo que legítimamente agrada, sin debilitar ni dañar el organismo. [...] El único fin de la sociedad es el de hacer vivir a los hombres lo más agradablemente que se pueda”. Sin embargo, se apresuran a realizar la siguiente aclaración: “No imaginéis que formamos afeminados, pues el trabajo a que estamos acostumbrados no nos embrutece sino que nos fortifica. Nuestros juegos tienen por objetivo principal dar agilidad a los miembros y de prevenir la indolencia”.

> Nos ejercitamos también para la guerra [...] y además elevamos con ello el alma de la juventud por encima del temor a la muerte. Les hemos inculcado [...] que los seres al salir de los Soles germinadores y de la Tierra [...] quedaron siempre unidos con el todo y la muerte no es sino un cambio de lugar de la materia, para vivir después en otra parte. [...] La experiencia demuestra que sufrimos descomposiciones, lo mismo que las plantas y los animales, y como es el mismo principio eterno el que anima el todo, seguimos viviendo de otra forma. [...] Nos preocupamos que la destrucción del cuerpo sea rápida: quemando los cadáveres y enterrándolos bajo tierra para fecundarla. Embalsamar los cuerpos [...] es para nosotros un sacrilegio (1962, pp. 205-206).

En esta cita podemos identificar varios aspectos trabajados previamente respecto al concepto de Naturaleza, como la conexión de cada ser individual con la totalidad del Ser, la muerte como un cambio de estado de la materia en el marco de una concepción cíclica, entendida como un retorno a la naturaleza, lo que transmite paz frente a lo desconocido, una profunda confianza en la continuidad de los procesos naturales, y finalmente, lo que ha sido una constante en las sociedades expuestas en *El descubrimiento austral…*, una profunda imbricación entre Naturaleza, política y religión. Encontramos ante todo una utilización del concepto de Naturaleza como principio legitimador del orden social: los megapatagones basan sus normas y rituales en una concepción naturalista en la que el fin de la sociedad es hacer la vida lo más agradable posible para los seres humanos a la vez que participan de la gloria del orden natural. Se argumenta que las prácticas culturales (trabajo, juegos, ejercicio y guerra) están orientadas a fortalecer el cuerpo y mantener el bienestar del organismo; en fin, la naturaleza funciona como un principio rector para justificar sus costumbres y creencias. No se trata sin embargo de una concepción hedonista de la existencia, ya que si bien la base de la moral de este pueblo consiste en buscar los caminos más rápidos y menos accidentados para alcanzar la felicidad, por otro lado utilizan las privaciones como una manera de forjar una personalidad virtuosa:

> Persuadidos que la voluptuosidad sin frenos tiene grandes inconvenientes, no seguimos su placentero camino, por el contrario, sabemos que las privaciones aumentan el placer y robustecen el apetito, y por eso utilizamos como acicate las privaciones. Nuestros placeres se

> desenvuelven dentro de una justa medida, nunca llegamos a la saciedad. Pero lo que consolida nuestra moral es que ella no queda entregada a la fantasía particular, como sucede en Europa, sino que es un atributo uniforme y público dentro de la comunidad. Practicamos la virtud en cuerpo; rechazamos el vicio en cuerpo; lo mismo que la pereza, el exceso en la comida, el lujo, etc. (1962, p. 206).

En esta misma línea debe entenderse el comunismo primitivo que se practica en estas utopías, siempre asociado al respecto a la ley natural. Sobre el alcance del mismo, sostiene Trousson (1995, pp. 191-192) es posible que esto derive menos de una convicción ideológica que de una percepción general del Ser Humano, quien debe permanecer sujeto o retornar, dependiendo el caso, a un orden económico natural: "mucho más que un análisis de la situación social y económica, ese pensamiento resulta ser con frecuencia de esencia metafísica. Efectivamente, la valoración de estas características en *El descubrimiento austral…* tiene que más ver con la supresión de la dialéctica social y la preservación del orden que con un intento de revolucionarlo. Para Morelly el ser humano es malvado e infeliz porque ha abandonado el camino que la Naturaleza le marcó. Para recuperar la felicidad, sería necesaria una legislación que lo restituya a la Naturaleza y a la razón, su visión de la Historia no se fundamenta en una lucha de intereses (Trousson, 1995, p. 198). En consonancia con lo trabajado en el capítulo 3 sobre el estado de naturaleza y el mito del buen salvaje, surge la disyuntiva entre el *retorno* a la Naturaleza, propuesto por Morelly, y el *avance* hacia una forma superior, el estado de costumbres. En el caso de Deschamps encontramos un punto de contacto con De la Bretonne, no solo por cuanto ambos identifican la propiedad como el gran vicio de la sociedad, sino porque los dos entienden que el estad de costumbres al que aspiran surgirá de la Historia y una vez consolidado la misma se detendrá, al menos en lo que respecta a las contradicciones, el caos y la indeterminación, enemigos naturales de toda construcción utópica. Una vez superadas la ignorancia, la desigualdad y la propiedad reinará la felicidad general y cesará todo particularismo. El tiempo histórico se reinserta de esta manera en el tiempo natural, ordenado y previsible. En palabras de Trousson (1995, p. 204), se trata de "escapar de la Historia concebida como caída y decadencia, según la tradición cristiana, y penetrar en la beatitud eterna".

6. Conclusión

En su artículo titulado *Los filósofos podan el árbol del conocimiento,* Robert Darnton (1987) sostiene que los enciclopedistas como Diderot y d'Alembert no solo reorganizaron el conocimiento, sino que lo hicieron de una manera que desafiaba las estructuras tradicionales e incluso "transmitían un mensaje sólo con situar las cosas, como en las

notables referencias de sus artículos (por ejemplo Antropofagia: Véase eucaristía, comunión, altar, etc.)". Se había desarrollado una nueva dimensión en la catalogación del pensamiento en la cual "la forma tenía significado y la morfología se convertía en ironía" (Darnton, 1987, p. 201). Aunque en la Enciclopedia estos filósofos afirmaban continuar el modelo de Francis Bacon, donde la teología tenía un lugar privilegiado en la cúspide del conocimiento, en realidad la subordinaban a la razón. Al hacerlo, transformaron la religión y la divinidad en un objeto de análisis filosófico y racional, podando de esta manera el árbol del conocimiento hasta descristianizarlo por completo[70]. Bacon había desarrollado un sistema para organizar el conocimiento basado en una separación del mismo en dos árboles: uno para Dios y la teología revelada y otro para el conocimiento humano, basado en la razón y la naturaleza. Esto supuso un gran paso en la delimitación de todo un área de conocimiento natural al margen de la religión, lo que implicaba una mayor independencia en el estudio de las cuestiones naturales. Sin embargo, los enciclopedistas fueron más lejos y volvieron a unificar estos dos tipos de conocimiento en un solo árbol, pero esta vez, subordinando la teología a la razón filosófica. En el siguiente pasaje del *Discours préliminaire* podemos ver cómo la idea de Dios se convierte en una categoría susceptible de análisis filosófico natural, hasta perder su identificación con el Dios de las grandes religiones monoteístas, en lugar de negarlo, se lo diluye en su propia creación:

> El progreso natural de la mente humana consiste en pasar de los individuos a las especies, de las especies a los géneros, de los géneros estrechamente relacionados a los relacionados lejanamente, y en crear una ciencia en cada etapa; o por lo menos añadir una nueva rama a alguna ciencia ya existente. Así, el concepto, que encontramos en la historia y que la historia sagrada nos anuncia, de una inteligencia increada e infinita (Darnton, 1987, p. 202).

Finalmente, Darnton afirma que:

> A pesar de sus tensiones e inconsistencias, las partes del *Discours préliminaire* se entrelazaron para realizar una sola estrategia. Esto logró destronar a la vieja reina de las ciencias y poner en su lugar a la filosofía. Lejos de ser un compendio neutral de información, la moderna *Summa* modeló el conocimiento de tal forma que se lo quitó al clero y lo puso en manos de los intelectuales comprometidos con la Ilustración. El triunfo definitivo de esta estrategia se produjo con la secularización de la educación y el surgimiento de las modernas

70 Luis Alberto Romero sostiene que: "En la concepción cristiano feudal no hay metafísica sino teología. Si la expresión "metafísica" quiere decir más allá de la naturaleza, es evidente que en la doctrina sagrada lo que estaba más allá era Dios y el mundo de lo sagrado. El simple hecho de que aparezca la metafísica como disciplina especulativa indica que el tema de lo que está más allá de la realidad sensible se ha secularizado, es decir que ha dejado de tener vigencia la idea, hasta entonces tomada por verdad definitiva, de que todo lo que hay más allá de la realidad sensible es Dios" (1999, pp. 119-120).

> disciplinas académicas durante el siglo XIX. Pero el compromiso clave se realizó en la década de 1750, cuando los enciclopedistas reconocieron que el conocimiento significaba poder, y al deslindar el mundo del conocimiento, se propusieron conquistarlo (1987, p. 211).

Podemos concluir que *El descubrimiento austral…* es uno de esos libros que, en palabras de Darnton, contribuyeron a socavar la autoridad religiosa y las bases intelectuales del Antiguo Régimen francés. Es en este punto donde la obra alcanza su mayor radicalismo y eficacia política y nos permite definir a Restif de la Bretonne como un intelectual orgánico, tendencia que se verifica no solo en las críticas abiertas a, por ejemplo, la estructura clerical, sino también, y de manera especial, en aquellos desplazamientos de sentidos y significados que resultan más sutiles. Un ejemplo de esto es la representación de la Naturaleza como encarnación de los valores burgueses, o el lugar del Ser Humano en la Cadena del Ser. En *El descubrimiento austral...,* el ser humano es concebido no solo como sujeto activo y creador, sino como un ser cuya experiencia tiene un valor intrínseco. Marca una ruptura con la narrativa tradicional, apelando a la dignidad de lo humano y a su centralidad en el cosmos, en línea con los valores de la naciente sociedad burguesa. En otros aspectos como la tolerancia religiosa, la obra se posiciona críticamente frente a la religión establecida y los valores del Antiguo Régimen de manera mucho más explícita, aunque utilizando el recurso de identificar a “los europeos” con el Antiguo Régimen y a “los franceses de la Isla Cristina” con los valores ilustrados. Este cuestionamiento, explícito o implícito, representa, en términos gramscianos, una lucha ideológica fundamental para desplazar a las instituciones tradicionales que legitimaban el conocimiento y el poder. La poda del árbol del conocimiento y disputa del monopolio del conocimiento: al crear un sistema de conocimiento basado en la observación de la naturaleza, plantea una nueva fuente de legitimación que responde a la emergente estructura social burguesa: lo natural/racional versus lo clerical/oscurantista. El desplazamiento no es solo conceptual, De la Bretonne contribuye a la sustitución ideológica y política de los intelectuales tradicionales por figuras como la suya, que actúan de acuerdo con los valores de la burguesía en ascenso.

En cuanto a la hipótesis de *El descubrimiento austral...* como utopía de transición, hemos visto como se nos presenta una Naturaleza plenamente historizada pero sin que esto implique una teoría de la evolución formalizada, a lo que se suma una representación ambivalente de las fases evolutivas del ser humano, mezcla de ciencia natural y fantasía clásica y medieval. Por otro lado, identificamos ideas que habitan la intersección entre Ilustración y Romanticismo, combinan un ideal ilustrado de conocimiento racional y científico con elementos incipientemente románticos que evocan una conexión emocional con la naturaleza, más propia de Rousseau y otros precursores del Romanticismo. La ciencia o filosofía natural, por su parte, se encuentra avanzada en su proceso de crítica a la ideología

tradicional, pero en una fase aún temprana en su relación con el poder; en la obra se presenta como un campo en desarrollo que aún se enfrenta a las formas dominantes de conocimiento, sin haberse convertido en la herramienta opresiva que más tarde criticarán las antiutopías del siglo XIX o del discurso imperialista. En este momento la lucha de la burguesía es todavía hacia adentro y frente al Antiguo Régimen postula valores universales, mientras que en el siglo siguiente la expansión imperial daría primacía a discursos deshumanizadores de la alteridad. Se trata también de un momento en el que la lucha de los intelectuales burgueses no desborda los marcos tradicionales del derecho y la religión; el orden antiguo coexiste con el ideal burgués en una misma estructura transicional porque todavía se cree en la posibilidad de cambiar dentro del orden vigente si se aplican las enseñanzas de la Naturaleza, comunicadas por los sabios megapatagones. Finalmente, la superposición de formas literarias en *El descubrimiento austral...* pone de manifiesto su carácter transicional, sobre todo en lo relacionado a los aspectos formales, como el lugar del Ser Humano y la asimilación del tiempo histórico. En la frontera entre utopía y ucronía, se experimenta con distintas temporalidades: un pasado intacto, casi a salvo del tiempo, en la figura de los patagones y los seres intermedios entre la animalidad y la humanidad; un presente dinámico en el que se nos muestra sociedades no solo en funcionamiento sino también en construcción; y un futuro promisorio si se hace caso a las enseñanzas de los megapatagones, quienes con su sabiduría lograron el retorno al ideal natural sobre una base civilizatoria superior, alcanzando una suerte de fin de la Historia en el que quedan suspendidas las contradicciones. Se suman a esto elementos propios de la novela y la biografía, en las que el recorrido individual y colectivo de los personajes se convierte en centro de atención, representando a los protagonistas como agentes de su propio destino. No carece de cierta ironía que *El descubrimiento austral…* rebose de tiempo, a la vez que su autor lucha incansablemente por domesticarlo.

Finalmente, y a modo de síntesis diremos que al ubicar la fuente en un contexto histórico y teórico-conceptual propicio para su aprehensión crítica y en clave histórica, situando la obra en el conjunto de sus determinaciones histórico-sociales (condiciones de producción), estableciendo su especificidad en el marco de las disputas ideológicas de la Francia pre-revolucionaria, hemos podido explicar las contradicciones y ambigüedades que la atraviesan, no como la anticipación de una historia posterior, sino como expresión de sus condiciones de producción (la transición del feudalismo al capitalismo) y de su pertenencia a un orden interdiscursivo específico (la Ilustración tardía) en el contexto del agotamiento del Antiguo Régimen. *El descubrimiento austral...*, en su calidad de producto ideológico, expresa las contradicciones fundamentales de la sociedad francesa pre-revolucionaria a la vez que constituye una forma de intervención política en su contexto de producción. A su vez, constituye una utopía de transición ya que en su forma, contenido y estructura, asimila las

principales transformaciones históricas y sociales de la transición del feudalismo al capitalismo, en un contexto en el que ambas lógicas coexistían en conflicto al interior de una misma formación social. Por último, Restif de la Bretonne puede definirse como un intelectual orgánico pequeño burgués en el contexto de la decadencia y crisis del bloque intelectual tradicional del Antiguo Régimen y la revolución burguesa en Francia.

7. Bibliografía

Aguilar P. L., Glozman M., Grondona A. y Haidar V. (2014). ¿Qué es un corpus? *Entramados y perspectivas. Revista de la carrera de sociología,* vol. 4, nº 4, 35-64.

Aínsa, F. (1998). De la Edad de Oro a El Dorado. Génesis del discurso utópico americano, México D. F., Fondo de Cultura Económica.

Alsina Calvés, J. (2013). Conceptos anteriores a la propuesta del término biología: Historia de los Animales de Buffon, *Filosofía e Historia de la Biología,* v. 8, n. 1, pp. 75-90.

Anderson, P. (1984). La noción de revolución burguesa en Marx, *Passato e Presente,* Vol. 5, traducción de J. M. Puertas.

Anderson, P. (1991). Las antinomias de Antonio Gramsci. Barcelona: Fontamara.

Anderson, P. (1998). El Estado absolutista. México: Siglo XXI.

Babeuf, G. (1975). El manifiesto de los plebeyos y otros escritos (Victoria Pujolar, trad.). Barcelona: Ediciones Roca. Obtenido de: http://www.omegalfa.es

Baczko, B. (1979). Los imaginarios sociales. Buenos Aires: Nueva Visión.

Bello, E. (2010). La construcción de la paz: el proyecto del abbé de Saint-Pierre. *Res publica,* 24, 2010, pp. 121-135.

Bloch, E. (2006). El principio esperanza [2]. Madrid: Trotta.

Badiou, A. (1976). De la ideología. S/D: S/D.

Bajtin, M. (1989). Teoría y estética de la novela. Madrid: Taurus.

Bajtin, M. (1999). Estética de la creación verbal. Mexico D. F., Siglo XXI.

Bello, E. (2010). La construcción de la paz: el proyecto del abbé de Saint-Pierre, *Res*

publica, nº 24, pp. 121-135.

Burriguini, W. (2004). Del espacio utópico experimental al espacio reducido, *Los espacios de la literatura,* Vol. 34, 23-49.

Cassirer, E. (1993). Filosofía de la Ilustración. Madrid: Fondo de Cultura Económica.

Chartier, R (1992). El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural. Barcelona: Gedisa.

Chartier, R. (1995). Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII. Los orígenes culturales de la Revolución francesa. Barcelona: Gedisa.

Chatelet, F. (1978). Historia de las ideologias. Madrid: Akal.

Chatelet, F. (1980). Historia de las ideologias, t. III, Saber y y poder (del siglo XVIII al XX). México D.F.: Premia.

Cicerchia, R. (2005). Viajeros. Ilustrados y románticos en la imaginación nacional. Viajes, relatos europeos y otros episodios de la invención argentina: Buenos Aires: Troquel.

Claramonte Sanz, V. (2011). Historia breve de las contribuciones evolucionistas a la Filosofía Biológica predarwinista: desde la Edad Media hasta Darwin. *Contrastes, Revista Internacional de Filosofía,* vol. XVI, pp. 85-108, ISSN: 1136-4076.

Darnton, R. (1987). La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

De la Bretonne, R. (1969). Sara o la última aventura de un hombre de cuarenta y cinco años. Buenos Aires: Rodolfo Alonso Ed.

De Nerval, G. (2006). Los iluminados. Madrid: Arena Libros.

Diderot, D. (2013). Suplemento al viaje de Bougainville, edición de Jaime Rosal. Barcelona: Sd ediciones.

Eagleton, T. (1997). Ideología. Una introducción. Barcelona: Cultura libre.

Eagleton, T. (2009). La novela inglesa. Una introducción. Madrid: Akal.

Eagleton, T. (2013). Marxismo y crítica literaria. Buenos Aires: Paidós.

Engels, F. (1974). La guerra de los campesinos en Alemania. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

Engels, F. (1980). Del socialismo utópico al socialismo científico, en *Obras Escogidas* , T. III. Moscú: Progreso. Disponible en: https://www.marxists.org/espanol/m-e/oe/pdf/oe3-v3.pdf

Engels, F. (2006). Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana y otros escritos sobre Feuerbach. Madrid: Fundación Federico Engels.

Falkner, T. (1835). Descripción de Patagonia y de las partes adyacentes de la América Meridional. Buenos Aires: Imprentas del Estado.

García Canclini, N. (2001). La producción simbólica. Teoría y método en sociología del arte. México D. F., Siglo XXI.

Ginzo Fernández, A. (1985). La Ilustración francesa. Entre Voltaire y Rousseau. Madrid: Cincel.

Giucci, G. (2014). Tierra del Fuego: la creación del fin del mundo. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Gould, S. J. (2014). El hombre que inventó la historia natural. *Revista de Economía Institucional,* vol. 16, nº 31, pp. 341-358.

Gramsci, A. (1967). La formación de los intelectuales. México D. F.: Grijalbo.

Gramsci, A. (1971). El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce. Buenos Aires: Nueva Visión.

Gramsci, A. (1980). Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno. Madrid: Nueva Visión.

Granja Castro, D. M. y Charpenel Elorduy, E. (2014). El ideal de la paz perpetua en Rousseau y Kant. *Signos Filosóficos,* vol. XVI, núm. 31, enero-junio, 2014, pp. 37-62.

Harvey, D (1998). La condición de la posmodernidad. Buenos Aires: Amorrortu editores.

Harvey, D. (2007). Espacios de esperanza. Madrid: Akal.

Hazard, P. (1985). El pensamiento europeo en el siglo XVIII: Madrid: Alianza.

Hobsbawm, E. (2007). La era de la revolución, 1789-1848. Buenos Aires: Critica.

Horkheimer, M. (1966). La función de las ideologías. Madrid: Taurus.

Horkheimer, M. (1995). Historia, metafísica y escepticismo. Barcelona: Altaya.

Inda G. y Duek C. (2014). Ideología y lucha de clases en los clásicos del marxismo, *Revista THEOMAI. Estudios críticos sobre Sociedad y Desarrollo,* Vol. 29, 56-76.

Karl Kautsky (1979). Thomas More and his Utopia. London: Lawrence and Wishart. Disponible en: www.marxists.org

Karl Kautsky (2002). Communism in Central Europe in the Time of the Reformation. London: Fisher and Unwin. Disponible en: www.marxists.org

Larousse (2002). Dictionnaire mondial des littératures, Paris, Larousse.

Lenk, K. (2000). El concepto de ideología. Comentario crítico y selección de textos. Buenos Aires: Amorrortu.

Livon-Grosman, E. (2003). Geografías imaginarias. El relato de viajes y la construcción del espacio patagónico, Rosario, Beatriz Viterbo editoral.

López, S. (2003). Representaciones de la Patagonia. Colonos, científicos y políticos (1870-1914), La Plata, Al Margen.

Lovejoy, A. (1983). La gran cadena del ser. Barcelona: Icaria.

Mannheim, K. (1992). Utopía, en Muniesa, B. (Ed.), Sociología de la Utopía. Barcelona: Hacer.

Marx, K. (2009), Crítica de la filosofía del derecho de Hegel, Santiago de Chile, Clinamen.

Marx, K. y Engels, F. (1970). La ideología alemana. *Crítica de la novísima filosofía alemana en las personas de sus representantes Feuerbach, B. Bauer y Max Stirner y del socialismo alemán en las de sus diferentes profetas.* Barcelona: Grijalbo.

Marx, K. y Engels, F. (1980). Obras escogidas. Tomo I, Moscú, Progreso.

Marx, K. y Engels, F. (2012). El manifiesto comunista. Buenos Aires: Del Sol.

Marx, K. y Engels, F. (2014). El capital. El proceso de producción del capital. Buenos Aires:

Siglo XXI.

Mayos, G. (2007). La Ilustración. Barcelona: UOC.

Misseri, L. E. (2013). Utopismo y responsabilidad: perspectivas y convergencias, Universidad Nacional de Lanús, Departamento de Humanidades y Artes.

Moro, T. (2012). Utopía. Buenos Aires: Editorial Sol 90.

Mumford, L. (2013). Historia de las utopías, La Rioja, Pepitas de calabaza. Nueva visión.

Ory, P. (1992). Nueva historia de las ideas políticas. Madrid: Mondadori.

Outram, D. (2009). La Ilustración, México D. F., Siglo XXI.

Pastor, M (s/d). Ilustración francesa (antología de textos), Colección "Historiografías". Colegio de Hitoria, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, Proyecto Papime/DGAPA en 401107.

Pigafetta, A. (1971). Primer viaje en torno del globo. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

Portelli, H. (1977). Gramsci y el bloque histórico, México, Siglo XXI.

Pratt, M. L. (2010). Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Puleo, A. H. (1996). Figuras del otro en la Ilustración francesa. Diderot y otros autores. Madrid: Escuela Libre editorial.

Robespierre, M. (2003). La razón del pueblo. Bs. As.: Eudeba.

Romero, J. A. (1999). Estudio de la mentalidad burguesa. Buenos Aires: Alianza.

Rousseau, J. (2002). El contrato social. Madrid: Globus Comunicación.

Ruyer, R. (1992). El método utópico, en Muniesa, B. (Ed.), Sociología de la Utopía. Barcelona: Hacer.

Servier J. (1982). La utopía, México, Fondo de Cultura Económica.

Sieyès, E. J. (1991). El tercer estado y otros escritos de 1789. Madrid: Epasa-Calpe.

Therborn, G. (2005). La ideología del poder y el poder de la ideología, México, Siglo XXI.

Thompson, J. B. (1993). Ideología y cultura moderna. *Teoría crítica social en la era de la comunicación de masas,* Xochimilco, Universidad Autónoma Metropolitana.

Todorov, T (2007). Nosotros y los otros. Reflexión sobre la diversidad humana, México, Siglo XXI.

Trousson, R. (1995). Historia de la literatura utópica. Barcelona: Península.

Uribe, A. (2006). El descubrimiento del mundo por un hombre volador, de Restif de la Bretonne, *Galaxia,* Vol. 18. Madrid.

Venturi, F. (2014). Utopía y reforma en la Ilustración. Buenos Aires: Siglo XXI.

Voloshinov V. N. (1976). El signo ideológico y la filosofía del lenguaje. Buenos Aires: Nueva Visión.

Voltaire (2001). Filosofía de la Historia. Estudio preliminar, traducción y notas de Martín Caparrós. Madrid: Tecnos.

Williams, R. (1994). Sociología de la cultura. Bacelona, Paidós.

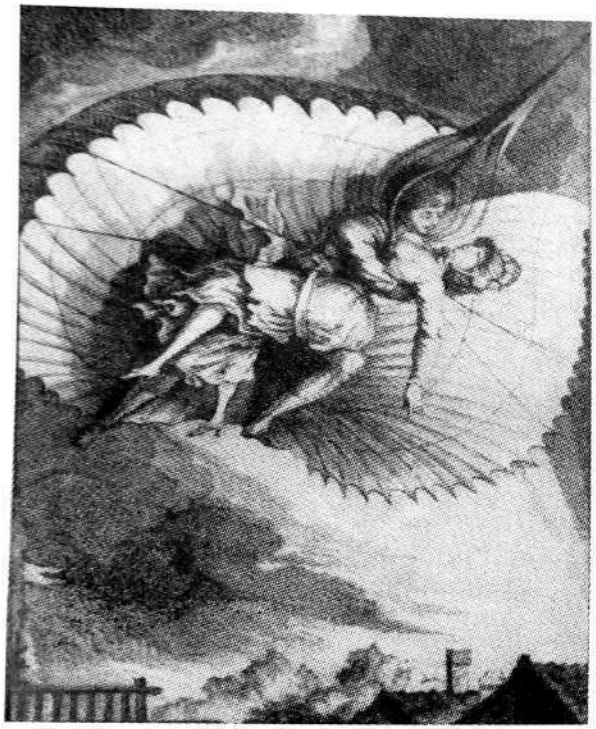
Williams, R. (2000). Marxismo y literatura. Bacelona, Península.

Fuente trabajada: De la Bretonne, R. (1962). El descubrimiento austral por un hombre volador o El Dédalo francés. Santiago de Chile: Serie Curiosa Americana Número 1.

Obra original completa en francés: La découverte australe par un homme volant, ou Le dédale français. Volumes 1-2 / nouvelle très philosophique, suivie de la Lettre d'un singe... Disponible en: https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k101918m

Grabados de la edición original (no incluidos en la edición consultada): Illustrations de La Découverte australe par un homme volant, ou Le Dédale français; Illustrations de La Découverte australe, ou Les Antipodes; Nicolas-Edmé Restif de la Bretonne, aut. du texte. Disponible en: https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/btv1b22000982

Anexo



El Rapto de Cristina

EL DESCUBRIMIENTO *AUSTRAL* POR UN *Hombre Volador* o El DédaloFrancés

Novela Filosófica

1962

CURIOSA AMERICANA

Compuesto con Linotype Baskerville y Monotype Binny e impreso en los Talleres de la Editorial Universitaria, S. A., calle San Francisco 454, Santiago de Chile
Proyectó la edición: Mauricio Amster

CENTRO DE INVESTIGACIONES
DE HISTORIA AMERICANA
Huérfanos 1117 - piso 4º
Casilla 1483
Santiago de Chile

El Descubrimiento Austral por un Hombre - Volador o el Dédalo Francés

Novela filosófica

El mes de noviembre de 1776 tomé la diligencia de Lyon para volver a París. Eramos ocho en el carruaje, un fraile Benedictino, un actor, dos actrices, un abogado, un comerciante, un je-ne-sais-quoi y yo, sin tomar en cuenta un mono, seis perros, tres papagayos, dos perruches, un angola y los seres humanos que poblaban la imperial del coche. El Benedictino era uno de los más grandes consumidores de tabaco de España en Europa y el mejor gourmet y fino conocedor de cosas ricas. Entre las actrices, la que hacía de Reina era más libertina que la R..., a quien se parecía en la figura, de tal manera que al principio la había confundido. Era también tan mala como la Sta...

La Soubrette era seria, melancólica, discreta en su conversación y tan amable como la delicada Fannier. El actor, un trágico de tan buena figura como P...il, y tan mal actor como él, de una fatuidad e insolencia que podía compararse a la de... El abogado, que reconocí a pesar de su traje, era un hombre célebre, a quien no estimo, odioso, perseguidor, y aun calumniador. El comerciante era hombre rico, simple, buena persona, que comía bien, bebía al igual, dormía mejor y roncaba como cuatro y tomaba tanto tabaco como el Benedictino, con quien platicaba de cosas de la vida. El je-ne-sais-quoi era un hombre, ni viejo ni joven,

ni hermoso ni feo, ni grande ni pequeño, que parecía ser ni pobre ni rico, ni espiritual ni tonto, que hablaba ni poco ni mucho. Estaba de acuerdo con todos, y todas sus acciones indicaban que ni amaba ni odiaba a nadie en el mundo. Queda mi persona. Este "yo" es un ser original sobre el que he de decir algunas palabras.

Hay que imaginarse un hombre diminuto, de apostura tan torpe que parece deforme. De aspecto triste y soñador, la cabeza enterrada entre dos altas espaldas, el paso vago e indeterminado como un vivo retrato de un acéfalo de la Guayana[4]. Parecía un ser de esos que en sociedad se entretienen con sus propios pensamientos, que estallan de pronto en risas, gritos y llantos sin que sus compañeros puedan adivinar el por qué. Tímido, brutal, y excesivo, amaba el placer, pero desdeñaba los objetos que pueden procurar esta sensación; predicaba la tolerancia, pero no podía sufrir la más mínima contradicción, etc.

Este es mi retrato al desnudo, bajo el cual podría colocar el nombre de L-g-T, pero de antemano declaro que no soy yo.

Los otros individuos que componían el conjunto valían un poco más que nosotros, y entre ellos el menos valioso era el animal que más se nos parece, el mono; sin embargo, era un filósofo, como se tendrá la prueba, por una carta que hace parte de esta obra.

Pronto me aburrí del fraile, del actor y aun del comerciante y las dos actrices se cansaron pronto de mí, de manera que al cabo de dos días sólo conversaba con el "je-ne-sais-quoi". Gracias a su disposición de ánimo me soportaba más que los otros. Insensiblemente nos hicimos amigos, y como yo poseo algunas cualidades

[4]Hombres de América descritos por Cortal (*Viajes*, pág. 58) que tienen la cabeza en el pecho.

sobre las cuales nada he dicho, me tomó en su intimidad. Esto acaeció al cuarto día de marcha.

—¿Quién sois? —me dijo al fin.

Contesté su pregunta repitiendo el retrato que acabáis de leer.

—Lo que le pregunto, insistió, es su condición y su estado.

Me llamo el Compadre Nicolás. He sido pastor, viñatero, aprendiz de fraile, artesano, casado, cornudo, libertino, sabio, estúpido, espiritual, ignorante y filósofo. He escrito numerosas obras, la mayor parte malas, cosa de la que me he dado cuenta, pudiendo decirme a mí mismo que las he publicado sólo por la necesidad de vivir y de alimentar a mi mujer y niños.

Pues, a pesar de todo lo que he dicho los niños no se desarrollan solos, hay necesidad de alimentarlos.

La más importante de mis obras el *Compadre Nicolás*, que es mi vida; en ella hago la anatomía del corazón humano, y espero que este libro publicado a mi costa, será el más útil pues en él me desnudo y me sacrifico a la manera de un nuevo Curtius en beneficio de mis semejantes.

He compuesto otro llamado el *Buho* y otros...

"Je-ne-sais-quoi" me interrumpió, con una tímida sonrisa y me dijo:

—Es Ud. la persona que busco; Ud. será mi historiógrafo, tengo las cosas más extrañas que comunicarle, y no se trata de hacerlas aparecer razonables, por que no lo son. Hablo francés como Ud., no tengo acento, no soy blanco ni negro, sin embargo, hay entre su patria y la mía una separación equivalente al diámetro entero del universo. He nacido en el hemisferio austral a 00° del Ecuador y a 00° de latitud, en una isla llamada Cristina.

Se calló. Lo miré con curiosidad. Pero como continuaba silencioso, tomé la palabra henchido de diversos pensamientos.

—Cómo, le dije: ¿será posible que la naturaleza se doble en dos hemisferios, y que en la misma latitud se encuentren no sólo las mismas plantas y animales sino también los mismos Reinos e imperios y pueblos que hablen la misma lengua? Si esto es verdad, sería un hermoso descubrimiento, y vuestra Historia maravillosa e interesante puede sacarme de la miseria en que me encuentro, después de haber sido maldecido por mi padre, pues debe saber que he sido maldito, y por esta razón soy pobre y cornudo.

El hombre-austral movió la cabeza y me preguntó la razón de ese conjuro. Se la relaté de acuerdo con unas cartas que no deben publicarse sino .después de mi muerte. Movió la cabeza, pero no hizo comentario alguno.

Nos aproximamos a la capital, y como nuestra conversación había sido muy íntima no quisimos que nuestros compañeros tuvieran una mala impresión de nosotros, por lo cual les rendimos pleitesía, con lisonjas, que a su vez nos devolvieron, salvo la perversa actriz que saboreó el incienso, pero no lo retribuyó; creía merecerlo todo y no deber nada. Al fin llegamos. El Benedictino se levantó para descender él primero, arremangó su sotana, y nos hizo estornudar a todos, excepto al comerciante. Nos separamos con la más completa indiferencia, como si nunca nos hubiéramos visto.

Los actores y actrices fueron a alojarse en el "Carrousel"; el Benedictino en Saint Germain-des-pres; el abogado, en la calle de la Calandre; el comerciante, calle Des Bourdonais; los perros, los papagayos y la angola siguieron a sus amos. En cuanto a mí, conduje a "Je-ne-sais-quoi" sin olvidar el mono, a mi casa.

Después de acomodarnos y reposar un tanto, reanudamos la conversación con más libertad que en la diligencia de Lyon. No quiero dejarlo en un error me dijo el hombre austral: los habitantes del hemisferio antártico son completamente diferentes de los hombres de

aquí. Todo es ordenado en esos climas lejanos, que parecen salir de manos de la naturaleza, mientras que en Europa, en Asia y aun en Africa, los seres se han amalgamados si pudiera decirse, se han perfeccionado, y al menos, los más perfectos, han destruido a los de la misma especie, que parecían deformes o molestos.

En el hemisferio austral sucede lo contrario, nada se ha mezclado, los seres semiperfeccionados han permanecido en este estado hasta ahora, de suerte que su figura produce miedo. Los europeos sin duda, los destruirían, por lo cual hemos resuelto mantener oculto nuestro país. Hay una ley que ordena que todos los extranjeros que lleguen al país, por naufragio o en barco o en buenos condiciones, deben ser retenidos, sin poder regresar a su punto de origen. Pero, al mismo tiempo, reciben un tratamiento que les produce alegría; gozan de todas las ventajas del ciudadano, sin ser sometidos al trabajo, y sólo sus hijos pasan a integrar el orden general. Poseemos únicamente un barco equipado por el Estado, nunca por los particulares, el que se ha confiado a los príncipes de la sangre, a los cuales no se les puede engañar por las razones que daremos más adelante.

"Quiero, amigo, contarle algo que va a maravillarlo. Me mantuvo en suspenso el primer día excitando mi curiosidad. Por fin llegó el mañana esperado. Bebimos chocolate y después del desayuno el hombre me dijo:

—Soy francés de origen, lo mismo que todos nuestros compatriotas; habitamos una isla más allá del Trópico de Capricornio, que hemos bautizado con el nombre de nuestra primera reina, que aún vive. Está situado en el mismo meridiano que Francia; el día y la noche coinciden en ambas partes. Os he dicho que hay una ley que impide los viajes a los habitantes y Ud. habrá pensado, sin duda, que yo viajo por cuenta de los jefes de mi país. De todas las personas que he encontrado en mis seis meses de peregrinación por las provincias meridionales de Francia, Ud. es la primera en quien confío,

con la esperanza que me ayude en mis investigaciones. No busco ni tesoros, ni riquezas, sino un fin más importante. Quisiera entrar en comunicación con un sabio de verdad, un filósofo por encima de lo corriente algo así como J. J. Rousseau, Mon. de Voltaire, o M. De Buffón, para convencerlos de que vengan conmigo a visitar a los príncipes de la sangre, que han logrado poseer alas y viajan por todo el mundo. Quiero comenzar ahora a contarle la historia del sabio a quien debemos el origen del gobierno más completo que existe en el mundo, pero antes quisiera que me informara sobre algunas cosas que yo puedo ignorar; por ejemplo, cuál de vuestros grandes hombres se dejaría llevar a las tierras australes.

—Esta pregunta, le respondí, tiene sus peros. Nuestros hombres más célebres son Mon. de Voltaire, Mon. Rousseau, M. de Buffón y Mon. Franklin, enviado de los Estados Unidos de América, que podría hacerlo, pero que no puede abandonar los intereses de su Patria para servir a otro país. En cuanto al Mon. Voltaire está muy viejo, más joven sin duda, lo hubiera convencido, pero además tiene demasiado ingenio. Este hermoso defecto es soportable en este país, donde se puede impunemente tener el ingenio vivo, pero me imagino que en el suyo no serviría. Tal vez convendría más Mon. De Buffón, pero se siente muy bien aquí para pensar en un viaje. Queda únicamente Mon. Rousseau y creo que Ud. lo conseguiría, pues está descontento con nosotros y nos abandonaría con placer, pero, para que su desaparición no haga mucho ruido, sería mejor convenir con él en una falsa muerte. El Marqués de Girandin, en cuya casa está alojado, podría levantarle un falso mausoleo, y el día mismo en que su muerte enlute a la Europa, vuestros príncipes de la sangre podrían llevarlo consigo.

El australiano me abrazó con alegría, y para no tener al lector en suspenso les diré en dos palabras que el plan se realizó con fortuna. Sólo dos amigos de Mon.

fueron informados. Yo guardaré silencio toda mi vida, y la historia no aparecerá sino después de mi muerte y sólo la posteridad sabrá que el cenotafio de Ermenonville no guarda resto mortal alguno.

—El australiano tomó a continuación la palabra y me relató los hechos extraordinarios que siguen:

...Hace aproximadamente setenta años que un joven oriundo del Delfinado encontró el secreto de volar como los pájaros, y el motivo que lo decidió a volar fue el Amor.

Victorino, así se llamaba, hijo de un procurador fiscal, se había enamorado perdidamenté de la bella Cristina, hija de su señor. Era la belleza misma, o al menos lo que Victorino había visto de más bello. No pensaba sino en ella y languidecía de amor, y como este sentimiento no estaba sostenido por esperanza alguna, se transformó en un verdadero martirio. Victorino buscaba la soledad, y cuando se encontraba en la hermosa campiña, entre las colinas coronadas de bosques, parecía respirar el aire de la libertad, de la antigua y dulce igualdad, pues nada conduce mejor al hombre a su estado natural que una campiña agreste, bordeada de boscaje, sobre todo si asciende a una colina. Se produce entonces un sentimiento desconocido, en especial si se habita en la ciudad, donde todo lleva el estigma de la defensa y del hastío.

Había en la casa del procurador, un empleado doméstico, de malas costumbres, es decir, flojo, pero gran lector, llamado Jean Vezinier. El mozo había leído la hermosa y verídica historia de Fortunatus, que por virtud de su pequeño sombrero, se transportaba con su amada donde quería. Había leído también el relato de Michel Morin, del *Casamiento de la Muerte con el Sepulturero*, y del nacimiento de los pequeños Morats, sus hijos, que comían tierra en vez de pan, etc. Fue a este mozo, cuyo espíritu estaba adornado con tantos conocimientos, que Victorino explicó su deseo de tener

alas y volar. Jean Vezinier lo escuchó atentamente y después de haber reflexionado cerca de tres cuartos de hora, respondió:

—Eso no es imposible.

Victorino henchido de gozo, rogó a Vezinier, que tenía talento inventivo, de ponerse a la obra y de ver en conjunto lo que podían hacer.

Para evadirse de las ocupaciones cotidianas, se escondieron y construyeron ruedas que engrasaban, para complicar los movimientos, pudiendo al fin fabricar una maquinaria de madera que movía dos alas de material de seda. Esta máquina de gran peso lograba elevar por los aires a un hombre, pero su mecanismo era complejo y fatigoso su manejo. A pesar de estos inconveniente Vezinier se lanzó al espacio. Había dado a las alas una curvatura semejante a la de los pájaros, pero se parecía más a un gran murciélago. Encontró un inconveniente no previsto; que no pudiendo darle a las alas un movimiento progresivo, debía abandonarse a la fuerza del aire. Alcanzó a volar bastante lejos, lo que alegró a Victorino, quien pensaba que con otro ajuste y alas más livianas era posible dar el movimiento progresivo indispensable, para elevarse y descender.

Jean voló todo lo que pudo, pero sus fuerzas se agotaron en menos de un cuarto de hora, dejándose caer en tierra en movimiento lento. Victorino corrió a socorrerlo e impidió que se hiriera, pues había caído de bruces tocando tierra con el vientre y la cara.

Después de este ensayo, Jean y Victorino sólo hablaban de alas, y de sus proyectos de viaje, una vez que las perfeccionaran. Victorino sólo pensaba en Cristina, buscando una isla o montaña donde vivir con ella. Jean quería vengarse de sus enemigos, matándolos desde las nubes. Quería raptar a las hijas del pueblo que lo habían rechazado por su flojera, y devolverlas deshonradas a sus padres.

Tenía especial desdén por la Srta. Edmed Boiffard,

hija del preceptor de la escuela y la más hermosa del pueblo, enamorada a la sazón del hijo del Mariscal. Victorino no aprobaba estas intenciones, a menudo le reprochaba su actitud, pero como necesitaba su ayuda no podía pelear con él.

Al fin lograron perfeccionar las alas, por medio de algunos agregados, y la sustitución de la tela ordinaria por tafetán, lo que les permitió imprimir al aparato un movimiento horizontal de avance, y aun de retroceso, pudiendo elevarse perpendicularmente y descender a voluntad. Fueron a ensayar en un lugar desierto de la campiña. Ambos volaron, pero un accidente quebró el resorte de la máquina y Jean Vezinier se precipitó de lo alto a un pantano donde se ahogó. Victorino volvió a casa a pedir refuerzos, pues no se sentía con las fuerzas necesarias para rescatar el cadáver y dio cuenta del accidente sin explicar la causa verdadera. La gente acudió al sitio del suceso; se pudo rescatar el cuerpo de Jean, pero nadie pudo explicarse el significado de esa máquina embarrada, a la cual estaba asido el cuerpo de la víctima.

Victorino destrozó el aparato quebrando las piezas para que nadie pudiera darse cuenta del invento. El cadáver de Jean fue conducido a la casa. Tal vez hubiera podido salvarse si se hubieran aplicado los recientes descubrimientos sobre esta materia, pero los tratamientos de respiración artificial que se le administraron apresuraron su muerte.

Victorino quedó solo, abandonado a sus propias fuerzas. Volvía con frecuencia a la campiña a soñar con el proyecto de raptar a Cristina, mientras disfrutaba de la libertad de espíritu que da el contacto con la naturaleza.

Un día que reposaba en un lugar aislado, vio volar dos grandes pájaros, sin duda cigüeñas; las aves marchaban una al lado de la otra buscando al parecer su alimento.

Victorino admirándolas exclamó: ¡Ah! si yo pudiera volar como ellas; esto me justificaría a los ojos de Cristina. ¡Qué felices seríamos lejos de los hombres! Le construiría un nido precioso en lo alto de una roca escarpada; la amaría tanto que ella tendría forzosamente que amarme, y cuando al cabo de diez años, con hermosos hijos tan hermosos como ella, volviera a buscar a su padre Mon. De... llevándole una de las hijas, la más parecida a su madre, le diría: Aquí tenéis a vuestra hija rejuvenecida. Y él me contestaría: ¿Dónde has estado Victorino estos años? Yo no le contestaría, pero desplegando las alas que llevaría ocultas bajo un gran manto, volaría dejándole sorprendido. Preguntaría entonces a la niña: ¿Quién eres tú hermosa muchacha? ¿De dónde vienes? De casa de mi padre y de mi madre, Señor; se aman tiernamente y viven en un nido de oro, plata y seda, en lo alto de una roca. ¿Quién es vuestro padre? Lo acabáis de ver, Señor. ¿Y vuestra madre? Se llama Cristina De... Señor. Y en seguida el padre la abrazaría cubierto de lágrimas exclamando: Oh, mi hija. Pero estallará en cólera en mi contra, por raptarla y por no ser un gentilhombre. ¿Dónde está el nido?, seguirá preguntando. No lo sé, Señor, pues es mi padre el que me ha traído por el camino del espacio. No se enoje, Señor, y tenga piedad de mí. Mon. De... mirará a la niña, y observando el parecido con su hija, la abrazará tiernamente, llamándola, querida nieta. Después preguntará cómo vivimos; y mi hija relatará el amor que yo profeso a su madre, cómo la cuido, alimentándola de pan blanco y de aves, en forma tan sacrificada que ella me quiere de todo corazón. Cuando haya escuchado todo esto dirá enternecido: Ah, si pudiera ver a mi hija.

De esta manera Victorino engañaba sus penas durante horas; pero los recuerdos volvían a su memoria con violencia, y su espíritu acicateado por la realidad reaccionaba: Dios mío, todo esto no es verdadero.

En su profunda melancolía buscaba la soledad, y se hubiera aislado definitivamente si el deseo de ver a Cristina no lo hubiera conducido de regreso al Castillo.

Un día que estaba en el jardín, Cristina apareció acompañada por su chaperón, Victorino se embriagó de placer al verla. Cristina buscaba un ramo de rosas blancas. La dama de compañía quiso recogerlas, pero las espinas le dañaron los dedos. Habiendo divisado a Victorino lo llamó diciendo:

—Victorino, Ud. es más hábil que yo, recoja un ramo de rosas para mi señora.

Victorino se abalanzó al arbusto, desgarró sus mangas; la sangre manaba de sus manos, pero logró coger las rosas y las presentó a Cristina, mudo de placer.

—Dios mío, señor Victorino, estáis herido. Y tomando su pañuelo restañó la sangre, arrancando con sus manos la espina que estaba adherida. Victorino se desmayó de placer; creyeron que era de dolor y la bella Cristina dejó caer dos lágrimas que lo reanimaron. Sonrió, recuperando la calma, lo que tranquilizó también a Cristina. A la manera natural y compasiva sucedió un aire desdeñoso apropiado al trato que un noble de provincia da a sus inferiores. Esta actitud no hizo sino inflamar aún más el corazón de Victorino, sobre todo al observar que la hermosa Cristina se había colocado sobre el pecho una rosa en cuyo centro lucía su propia sangre. La contempló alejarse, parecía una ninfa de talle gentil que pisaba con pie delicado el tierno césped.

Apenas se hubo alejado de Cristina, Victorino topó con uno de esos moscardones que chupan la miel sin posarse en las flores, y cuyo vuelo parece continuo. Quizo cazarlo vivo, y al atraparlo examinó las formas de sus alas, para adivinar el mecanismo del vuelo. Largo tiempo meditó sobre el asunto y cuando creyó haber penetrado en los misterios de la naturaleza, comenzó las nuevas experiencias.

Dos años enteros de trabajo ardoroso, que tal vez el ingenio de Jean Vezinier hubiera abreviado, produjeron pobres resultados si se tiene en cuenta sus proyectos y la perfección alcanzada por la naturaleza.

Mientras tanto, Cristina aumentaba en edad y en belleza. Se hablaba ya de casarla. Victorino extremecido redoblaba sus esfuerzos. Estudió los diversos tipos de vuelo en insectos y pájaros; el de la mariposa le pareció el mecanismo más fácil de imitar, pero se necesitaba encontrar un resorte muy grande y alas extendidas. Se interesó por la perdiz que se asemejaba a la mariposa en su vuelo, estudiando sus articulaciones. En cuanto a las aves y grandes pájaros le parecieron pesados, aptos sólo para volar a gran altura, en regiones más frías. Todas estas reflexiones impulsadas por el amor, transformaban a un campesino humilde, sin ayuda técnica y sin medios económicos, en un inventor. Al fin pudo Victorino perfeccionar el invento de Jean Vezinier, y su máquina produjo el movimiento rápido de la perdiz al elevarse del suelo, y el movimiento lento de los grandes pájaros que baten lentamente las alas en el aire, para mantenerse.

Fabricó alas de seda más liviana, y las forró con barbas de ballena, de tamaño diferente, a la manera de las plumas de las aves que disminuyen de tamaño hacia arriba.

Llevó la máquina a la campiña desierta para hacer un nuevo ensayo, pues el anterior hecho en el patio de su casa, cuando todos estaban en misa, lo había aterrado. Pensaba que si se elevaba podrían divisarlo los niños de la localidad.

Muy de madrugada se dirigió al sitio escogido, con la resolución de elevarse lo más alto posible, aun a riesgo de perecer. Era preferible la muerte a la pérdida de Cristina.

En lo alto de una colina aislada, Victorino desplegó las alas. Con una larga y fuerte correa las ciñó a los

riñones; dos correas más pequeñas ató a los zapatos; un escudo de cuero se terció a la cintura y todo el cuerpo quedó recorrido, en sus costados por dos bandas elásticas que terminaban en las espaldas, y por entre ellas podía maniobrar con los brazos.

Dos barbas de ballena, con base en los zapatos, permitían la maniobra de los pies. El tafetán de las alas se prolongaba hasta la cabeza, sujetas por dos anillos de madera liviana.

Las alas de las bandas laterales abarcaban todo el cuerpo desde la cabeza a media pierna. Una especie de quitasol puntiagudo, atado con cordones de seda servía para dirigir el avance; los movimientos de cabeza favorecían la posición perpendicular. Como el hombre-volador necesitaba emplear las dos manos, el resorte que daba movimiento a las alas se maniobraba por medio de poleas, atadas a la planta de los pies, de manera que para volar, había que realizar el movimiento rutinario de la marcha, movimiento que podía acelerarse y detenerse a voluntad. Los pies podían producir un movimiento completo en las alas, las dilataba y las hacía moverse simultáneamente.

Por medio de una polea, el pie derecho distendía el quitasol y el pie izquierdo lo abría. El mecanismo se componía de dos barbas de ballena laterales, movidas por una rueda, que accionaban los pies. Estos resortes podían también ser accionados con los brazos. Por medio de una compresión de las alas se podía iniciar un vuelo perpendicular. El mecanismo estaba colocado bajo las axilas, de donde partían dos cordones engarzados en forma tal que la cabeza podía maniobrarlos.

Los rodajes eran de madera liviana, salvo dos dientes de acero pulido, recubiertos de aceite. La única parte vulnerable era, la palanca que movía las alas, hecha de seda fina. Construyó muchos repuestos, y durante los ensayos los cambiaba con frecuencia.

Su ventaja, era el de su escaso volumen y peso y su resistencia para los viajes largos.

Después de varias semanas de experiencias, Victorino pudo agregar a la máquina un segundo resorte parecido al primero, aunque más débil, capaz, en caso de accidente, de sostener la máquina en el aire, mientras cambiaba el resorte principal.

Victorino instalado en la colina, subió a un pequeño promontorio y dando a las alas el movimiento rápido de la perdiz se elevó con facilidad. Pero, la falta de hábito y el choque del aire le producía mareos, de manera que tuvo que cerrar los ojos. Pronto sintió frío, pero se daba cuenta que planeaba con facilidad, y que el más pequeño movimiento de sus piernas, daba a las alas la fuerza para sostenerlo. Abrió un momento los ojos, y se vio a una altura considerable. Tiró los dos cordones destinados a mover el quitasol puntiagudo, y lo dirigió hacia abajo, lo que lo hizo descender con rapidez. Al aproximarse a la tierra, tiró la otra correa para ponerla horizontal, y así pudo llegar hasta la roca, después de unos quince minutos de rápido vuelo. Al fin, pisó tierra, replegando el tafetán que lo cubría, lo que le permitió incorporarse.

De esta manera Victorino pudo imprimir a sus alas, gracias al quitasol, tres direcciones de vuelo: el movimiento de erección que lo elevaba; el de retroceso, que lo hacía volver, y el horizontal que lo mantenía en equilibrio y lo hacía avanzar.

Después de algunos ensayos fructíferos, Victorino regresó contento a casa. Una noche ensayó un vuelo más largo y atrevido. Era noche de luna. Salió de su habitación sin ser visto, y con ayuda del quitasol se elevó por sobre los edificios. La semioscuridad le daba valor, pues no veía la altura y el peligro. Resolvió dirigirse al Castillo del padre de Cristina, siguió para ello la ruta terrestre, y logró alcanzar el refugio de su amada. Quiso aproximarse a la ventana, pero el ruido de las

alas y del mecanismo, despertó a los perros del Castillo que principiaron a ladrar enfurecidamente. Todos se asomaron, Victorino tuvo el placer de divisar a Cristina. El amo del Castillo quedó sorprendido de ver un pájaro tan grande, sobre el cual no tenía noticia alguna. Mon. De... temeroso de perderlo de vista pidió la escopeta, Victorino ante el peligro se vio obligado a alejarse.

Cuando alcanzó altura considerable comenzó a entonar esta canción que el aire enrarecido de la altura hacía muy audible:

Adorada Cristina,
de dulces atractivos,
debo alejarme de ti
quise esperar la aurora
en estos parajes
que vuestra presencia embellecen
pero, se me persigue y huyo
llevando conmigo la esperanza...

Todos oyeron en el Castillo esta canción que produjo sensación, pero nadie pudo averiguar de donde procedía la voz del que cantaba. En vano se hicieron diligencias. Al fin la hermosa Cristina se retiró a su pieza y Victorino sin esperanzas de ver a la soberana de sus pensamientos, dirigió su vuelo a la ciudad vecina, distante siete leguas. En menos de una hora llegó al pueblo, a tiempo para rescatar de manos de unos libertinos a una doncella que habían raptado. La transportó a su casa, introduciéndola por la ventana, la muchacha desvanecida de temor lo creyó primero el diablo y luego un ángel, aventura que provocó gran revuelo en la aldea.

Contento del ensayo, Victorino volvió a su casa, y fue a su dormitorio a dormir. Al día siguiente examinó el pequeño rodaje de seda, que impulsaba el resorte, y

lo encontró desgastado, lo que le produjo pavor. Pasó todo el día ocupado en fabricar un repuesto. Temeroso de que esta falla pudiera causarle una muerte, semejante a la del pobre Jean.

Las aventuras de la víspera provocaron gran agitación en el Castillo, en la ciudad y en todo el cantón. Cientos de personas que nada habían visto aseguraban haber distinguido en el aire un enorme pájaro; se repetía la canción escuchada, pero en una versión irreconocible. Victorino reía a mendíbula batiente, comprendiendo la poca fe que debía prestarse a las creencias populares.

Momentos más tarde se dirigió al Castillo, creyendo que Cristina debía pasear a esa hora en el jardín.

Apenas lo divisó, la joven lo invitó a aproximarse.

—¿Señor Victorino, vio Ud. el enorme pájaro?

—Sin duda, señorita, y mejor que otros.

—No mejor que mi papá y yo que lo vimos como lo estoy viendo a Ud., en este momento.

—No le discuto, respondí, pero yo lo vi bien y aprendí la canción, de la cual he sacado copia.

—Esto sería una prueba en su favor, replicó Cristina, pues de treinta personas que han querido repetírmela ninguna lo ha podido hacer.

Cristina tomó la copia de la canción de manos de Victorino, y la leyó con sorpresa.

—Es precisamente ésta dijo, sonrojándose.

—¿Dónde estaba Ud. entonces?

—Le aseguro, señorita, que estaba en casa de mi padre, pero el pájaro ha cantado con voz tan clara que la he escuchado de lejos.

—¿Está Ud. en sus cabales? —respondió Cristina. Quiere persuadirme que ha sido un pájaro el que ha cantado. Tampoco creo que Ud. no estuviera en el Castillo.

—Sólo expreso verdades, insistió Victorino, la respeto demasiado para mentirle.

—Que cosa más extraña, dijo Cristina a su doncella.

—Lo creo, porque Victorino es un hombre de honor.

—¿Me permite guardar la copia?

—Es un honor para mí, fue la respuesta.

Todavía quedan rosas, pero le advierto que si se hace la más mínima herida no las aceptaré. Victorino corrió al arbusto, escogió las más bellas flores y sin lastimarse o al menos sin que ella se diera cuenta, le presentó un hermoso ramo que Cristina prendió sobre su seno. Apenas lo hubo colocado, la rosa más hermosa cayó al suelo. Victorino se precipitó a recogerla, y después de llevársela dos veces a la boca, corrió en busca de otra.

Cristina se dio cuenta de la acción, y enrojeció, pero como Victorino era un muchacho cumplido, no pudo enojarse, Cristina recibió con reticencia la rosa que Victorino nuevamente le entregó. Continuaron el paseo y Victorino fue nombrando con sus nombres campestres las diferentes flores que adornaban el jardín.

¡Qué felices instantes! Victorino se creía en el cielo. Al fin Cristina regresó a su casa, y Victorino tuvo que volver donde el Fiscal, su padre.

Todo el camino fue una ensoñación. Creía haber raptado ya a Cristina, viviendo felices, en plena libertad, en un lugar inaccesible y encantador.

La idea lo acosaba, y lo impulsaba a la acción. Con el fin de realizar su proyecto pidió [illegible]adre que era rico que lo enviara a la ciudad para practicar su oficio en casa de un procurador, pues era necesario dominar la ciencia para no ser absorbido por la rutina. Era precisamente la idea de su padre.

Los progresos de Victorino le merecieron elogios. Pudo disponer de una pequeña suma de dinero, y vestir a la moda. Pronto Victorino fijó el día de su hazaña. Existe en el Delfinado, cerca de este lugar, un monte llamado inaccesible, por la forma de pan de azúcar al revés que tiene.

Victorino pretextando una partida de caza, había partido muy temprano llevando sus alas y provisiones para el camino. Al amanecer alcanzó la cumbre del Monte, una planicie agradable, con un remanso de agua que se filtraba entre las rocas. Un césped suave cubría el delicioso lugar. Hacia el norte había una caverna profunda y por el sur, un acantilado cubierto de nidos de diversos pájaros. Había también algunos árboles silvestres y un castaño. Victorino pasó todo el día en el apacible lugar, divisando algunas cabras cimarronas.

Encontró panales de abejas en el promontorio. A la hora de la canícula recorrió de nuevo el dominio temiendo encontrar insectos venenosos, sólo topó unas culebras que mató. Recorrió la roquería que envolvía la caverna, descubriendo una nueva esplanada, agradable, al abrigo del viento. Sólo tórtolas y palomas encontró a su paso; ninguna bestia ponzoñosa. Divisó unas cinco fuentes que parecían surgir del cráter de un volcán, con aguas cristalinas y frías, pues la nieve del ventisquero no alcanzaba a derretirse, formando un glaciar natural.

Bebió sus aguas y las encontró excelentes. He aquí, exclamó mi palacio de verano, aquí Cristina conservará la blancura de su tez de lirio. La otra explanada será mi residencia de invierno, de primavera y de otoño.

Después de un prolijo examen, tomó su almuerzo que imaginó acompañado de Cristina.

Reparadas sus fuerzas, se elevó por los aires, a una altura extraordinaria, ensayando los más arriesgados vuelos, ejercitándose en el cambio de dirección y en el manejo del quitasol puntiagudo y en el movimiento rápido de los pies para maniobrar el aparato erector. Se acostumbró al vuelo horizontal por medio de la cabeza y del cuello y pudo mantenerse a gran altura, lejos de los seres humanos.

Habiendo tenido buen éxito en sus ejercicios, recomenzados varias veces, volvió a la entrada de la noche

a la casa paterna, con la resolución de llevar en las noches a la Montaña Inaccesible los utensilios necesarios, a saber, instrumentos de labranza, vestidos, frazadas. También llevó conejos, gallinas y aun una pareja de corderos. Hizo aún más: habiendo divisado en el Castillo la ropa de Cristina abandonada en la azotea del lavado, voló de noche al patio, y en tres viajes la transportó a la montaña. Al día siguiente hubo severas investigaciones en el Castillo sobre esta desaparición, acusándose de robo a diversas personas, pero sin llegarse a ningún resultado positivo.

Después de este golpe de suerte, Victorino pasó un nuevo día en el Monte, que ahora consideraba su pequeño imperio, en espera de su soberana. Se ensayó en el vuelo, con cargas más pesadas; habilitó corrales para las gallinas y corderos, aprovechando las grietas de las rocas. Comenzó a cavar un pequeño huerto, con la esperanza de obtener algunas cepas de viña del jardín de su padre. Al día siguiente en la noche pudo plantar los primeros pitones.

Reflexionando un poco se dio cuenta que era necesario encontrar ayuda para cuidar los animales. A su memoria acudió el recuerdo de Jean Vezinier, y de su cuñada, viuda, sin hijos, que vivía en el pueblo; su conducta había sido puesta en duda, después de la muerte de su marido. Se decía que su cuñado Jean la había seducido. Tuvo, en verdad una hija bastarda, que ella misma amamantó, por lo cual la niña debía soportar las risas y el desprecio de sus compañeras, lo que amargaba la vida de la madre. Victorino imaginaba que sería bueno para ellas venir a habitar el Monte Inaccesible, donde podrían trabajar el jardín, cuidar los animales y vivir con tranquilidad. Habiendo tomado esta resolución se propuso realizarla. El día que divisó a la Vezinier sola con su hija, se acercó a ellas, haciéndose el distraído para no atraer la atención de los vecinos. Les dio a entender que necesitaba hablar con ellas en un

lugar aislado. Luego ajustó sus alas y elevándose por los aires recogió a la madre y a la hija que lo esperaban en una roca. Ambas se desmayaron de miedo al verlo.

Victorino en menos de una hora llegó con su carga humana al Monte. Les dejó provisiones, les lanzó agua al rostro para sacarlas del estado inconsciente, alejándose sin que ellas lo vieran, pero dejando a la madre, que sabía leer, una esquela en que anotó sus obligaciones de trabajo. La madre, con la promesa que no les faltaría de comer y que pronto tendrían compañía se consoló pronto, pero mantuvo la idea que su rapto era obra del demonio por culpa de su mala conducta anterior. Sin embargo, se dedicó al trabajo con su hija, y noche a noche Victorino sin ser visto les traía provisiones...

Victorino volvió a su casa. Al día siguiente hubo sensación en el pueblo por la noticia del desaparecimiento de la Vezinier y su hija, se creía que habían abandonado el lugar por disgusto, pero todos se extrañaban que no hubiera vendido su casa ni sus implementos de trabajo. Se registraron los pozos por temor de un suicidio; se realizaron pesquisas en la ciudad, en las rutas, por todas partes, pero nada concreto se pudo averiguar. Entonces las vecinas comenzaron a decir que el Diablo se las había llevado, lo que fue aceptado de inmediato por las comadres.

Victorino se había trazado un plan de acción. Se dejaba ver por Cristina en los jardines del Castillo con el fin de hacerse agradable. La víspera de su partida Cristina le había sonreído de una manera insinuante. La siguió sin afectación. Cristina, con intención o sin ella, dejó caer su pañuelo y continuó la marcha. Victorino corrió tras ella, agitando el pañuelo que besó tres o cuatro veces. Cristina parecía observarlo. Lo recibió con cortesía. Estaban solos. Le hizo preguntas:

—¿Tiene Ud. alguna amada, Victorino?

—Sí, señorita.

—¿Es hermosa?

—Como la rosa que se abre al amanecer.

—¿Lo quiere? Sin duda —dijo Cristina sin pensar.

—Por desgracia, no —agregó Victorino suspirando.

—Tal vez ella sea desconfiada u orgullosa —respondió Cristina.

—Ciertamente, —dijo Victorino—, es orgullosa, pero con razón. Yo soy un don nadie a su lado.

—¿Es entonces una gran dama?

—Sí, señorita. Más que eso, es la belleza misma; un Rey es poco para ella.

—Pica Ud. mi curiosidad. ¿Dónde se esconde esa belleza?

—Habita lugares espléndidos que embellece con su presencia.

—¿Habéis leído muchas novelas, Victorino?

—Sí, señorita: *El Cyrus, Polexandre, Clelie, Astrée* y *La Princesa de Cleves*.

—No lo dudo, oyéndolo hablar en esa forma.

—Es un honor el que Ud. me hace.

—Tiene que leer Ud. también las novelas inglesas *Pamela, Clarisse Grandisson*.

—No las tengo.

—Le diré a Juliana que se las facilite. Espero, sin embargo, que no se transforme en un Lovelace.

—Si Ud. me lo impide, señorita, nunca llegaré a serlo.

Cristina sonrió con aire ingenuo. Victorino continuó hablando, pero al llegar al término de la avenida advirtió la presencia de su padre, la madre y algunos amigos. Cristina se sonrojó de la familiaridad con que hablaba con el hijo del procurador fiscal, y recobrando su tono desdeñoso, le dijo:

—Adiós, Victorino.

El joven saludó alejándose en la mejor forma posible. Sentía, sin embargo, que su cortedad campesina

echaba a perder la reverencia, y abandonó el Castillo con el firme propósito de aprender las reglas de urbanidad, antes de llevar a cabo su proyecto de rapto.

Al día siguiente, acompañado de un mozo de su padre, partió en busca de *Trois-mots pour ligne* (Chupatinta), procurador del Condado. Quería agregar a su apostura física, a su virilidad y robustez, las formas cortesanas de la urbanidad, y hacerse agradable a Cristina. "Al querer agradar se agrada", dice el refrán. La mujer del Chupatinta era una mujer robusta, de unos 25 años, que podía pasar por hermosa. Su marido era unos 25 años mayor. De ademanes voluptuosos, aún lascivos, de cintura estrecha y extremidades finas, sólo tenía el defecto de ciertas manchas de viruela en el rostro. Fue ésta la mujer que instruyó a Victorino y su naturaleza joven y sana fue una llama que quema. Pero, ¡oh fuerza del amor puro! Victorino resistió a los embates, a los encantos, a las demasías de la procuradora y si mantuvo una extremada cortesía fue para aprender de ella las lecciones indispensables de la urbanidad, pues comprendía que no hay nada mejor que el trato femenino para formar de una manera correcta a la juventud.

Victorino, a la inversa, fijó su atención en las personas de mérito de la ciudad buscando modelos entre las damas y caballeros de la misma condición social de Cristina, convencido de la verdad del proverbio que dice "Similis simili gaudet" (no se está bien sino con sus semejantes), que había aprendido con los rudimentos del latín.

Habitaba por entonces esta villa del Delfinado un joven, cuyo nombre no hace al caso y que pasaba por ser el corifeo del cantón. Era un joven bien parecido, hijo de madre rica, fatuo, no teniendo más méritos que sus trajes de encaje, sus joyas y su carroza, en la cual paseaba sin rumbo fijo todas las tardes. Victorino quiso hacerse amigo con este mozo elegante y no halló mejor

medio que comunicarle su secreto. Un día, al toparlo en la calle, lo abordó:

—Señor, poseo un secreto por el cual podría hacer caminar su carruaje sin caballos.

Estas palabras llamaron la atención del petimetre, quien, deteniéndose, le preguntó quién era.

—Soy únicamente un empleado del procurador —respondió Victorino—, pero cifro grandes esperanzas para el futuro.

—¿Está basado en ese secreto que puede hacer marchar mi carruaje sin caballos?

—En efecto, eso es lo que pretendo, pues aunque los caballos estén ensillados, quedarán suspendidos en el aire, de los riñones, lo que causará asombro en la ciudad[5].

Al escuchar estas palabras el lechuguino, hinchado de orgullo y de vanidad, se arrojó al cuello de Victorino llamándole amigo.

—¿Cuándo realizará Ud. ese milagro?

—Se da cuenta que no es cosa de magia —respondió Victorino.

—Nada me importa —volvió a exclamar el petimetre—. Para ello —replicó Victorino—, es necesario que me preste Ud. los resortes de su carruaje, y desde mañana empezaré mi trabajo con la esperanza de que en ocho días Ud. pueda asombrar a la ciudad y llegar a ser célebre en la provincia, en el reino, en Europa y tal vez en todo el Universo. Pero —agregó al lechuguino—, no podrá revelar a ninguna otra persona este secreto que compartiremos.

Gracias a la ayuda del petimetre, Victorino pudo entrar en contacto con la buena sociedad, la que recibía

[5]En 1779 aparecieron los anuncios de una persona que poseía el secreto de Victorino. No podría acusarse a nuestro héroe de haberlo divulgado, pues el manuscrito está refrendado por M. de Marcobert, muerto antes que aparecieron los anuncios (*Ed.*).

encantada a este joven de tan brillante porvenir. Era eso lo que pretendía Victorino: llegar a adquirir el tono social y ser un caballero en los modales. Trabajaba mientras tanto en la carroza de su amigo. Un cerrajero hizo los mecanismos, y en ocho días la máquina estaba lista. El petimetre desbordaba de placer. Un domingo a las cuatro de la tarde preparó su carruaje, ensillando los caballos sin freno, lo que admiró al cochero que pensaba que su amo estaba loco. Pero Victorino, por medio de dos básculas movidas por los pies, imprimió al coche un suave trote. Una palanca hacía descender y elevarse a los caballos. El cochero al principio quedó turulato, luego comenzó a persignarse, dando alaridos de pavor:

—¡El diablo!, ¡el diablo!

Sólo los golpes del amo lo tranquilizaron.

Al principio nadie se fijó en el carruaje, pero Victorino insistió en mostrarle a todos el fenómeno. Todo el mundo se precipitó a ver la carroza. La multitud rodeó al petimetre, quien tuvo que pasar por entre la doble fila de sus admiradoras. Se sentía en la gloria.

Después de pasearse volvió a su casa, agotado por el esfuerzo que había hecho para mover con los pies el mecanismo. Una parte de los espectadores se retiró profundamente impresionados; otra, el populacho, no dudó un minuto que el joven había firmado pacto con el diablo.

Hay que imaginarse las preguntas que tuvo que responder el petimetre. Sus méritos parecieron más brillantes; las mujeres, aun las virtuosas, fueron a rendirse ante el dueño de ese coche prodigioso. Quién creería, exclamaban las comadres, que un hombre tan guapo y tan frívolo de apariencia fuera capaz de inmortalizarse con un invento. Era la repetición de una experiencia secular. Nadie pensaba en Victorino que con su aire tierno e ingenuo permanecía al margen de los comentarios.

Volviendo a nuestro relato, diremos que Victorino seguía llevando en las noches el alimento a la Vezinier y su hija, ocupándose de preparar la gruta para recibir dignamente a Cristina. Aprovechando la generosidad del petimetre, logró llevar un hermoso mobiliario, un amplio lecho, una cómoda, mesas, sillas y aun un sofá; también se procuró en la ciudad, vajilla de plata, cortinas y gasas, colgantes. Apenas hubo trasladado estos muebles a la gruta se proyectó al futuro y se dio cuenta que la explanada bajo cultivo podía perfectamente alimentar a treinta o cuarenta personas. La labranza de la tierra iba lenta en manos de la Vezinier y su hija, era menester encontrar ayuda, sobre todo caballos o bueyes para el arado. Victorino conocía en la ciudad un joven pobre enamorado de la hija de un rico labrador, una noche lo raptó, trayendo de antemano tres caballos, un carro y trigo de siembra. Le prometió al pobre muchacho, quien creía estar en presencia del diablo, traerle a su amada siempre que se comprometiera a respetarla.

Firmaron un trato; le presentó a las mujeres con las cuales debía trabajar, prometiéndole una visita cada ocho días.

Para cumplir su promesa Victorino buscó una ocasión propicia para raptar a la muchacha y no despertar sospechas sobre el joven enamorado. El momento favorable sería una noche oscura en que nadie pudiera verlo.

El azar estuvo de su parte: la joven dejó una tarde abandonada la ropa de su madre y la propia, colgando en el jardín. Victorino aprovechó la coyuntura para llevarse esta ropa y además las enaguas y los corsets. Al regresar al día siguiente, encontró armados al labrador, su mujer y otros vecinos escondidos en acecho en el jardín. Divisó a la muchacha en la puerta de la casa, con una linterna en la mano, se precipitó sobre ella, volando en círculos; la joven al verlo lanzó un grito,

desmayándose al tiempo en que se elevaba por los aires. Victorino la transportó al Monte Inaccesible, informando de ello a la Vezinier, a su hija y al muchacho a quien hizo prometer a trueque de su vida que respetaría a la muchacha, hasta el día en que pudiera casarse legalmente. Esta noble acción hizo pensar al muchacho y a las mujeres que no se trataba del diablo.

La pobre Catalina recibió la máxima sorpresa al despertar en brazos de su Joaquín. Le echaba la culpa de su rapto y clamaba por regresar a su hogar. Tardó mucho en convencerse. Su sorpresa fue mayor àl divisar a las mujeres que creía ahogadas. Pronto todas comenzaron a ayudar a Joaquín en su trabajo y sembraron trigo suficiente para alimentar a diez o doce personas. Victorino venía a menudo. Su proyecto se concentraba en el rapto de Cristina el próximo verano, siempre que no se presentara de improviso un pretendiente oficial. Al no acaecer este hecho, tuvo tiempo de alhajar la futura morada de la dueña de sus pensamientos y de poner en orden los estados de su Reina.

Envalentonado por el éxito de las operaciones trajo al Monte Inaccesible una peinadora que debía servir además como doncella; una costurera, un sastre y una cocinera. Y, por último —con la idea de que todos los moradores satisfacieran sus necesidades espirituales—, trajo consigo a un fraile, a quien expuso sus planes. El sacerdote impuso el orden moral entre los habitantes. Catalina casó con su labrador; el cordonero con la cocinera, el sastre con la costurera. Quedaba únicamente soltera la peinadora, a quien Victorino prometió un marido agradable.

Nuestro héroe completamente absorbido por este trabajo, descuidaba los deberes de su oficina, sufriendo las recriminaciones del procurador. Su esposa lo protegía. M. Chupatinta, un tanto celoso, decidió despedir al joven de su empleo. Al respecto, escribió una larga carta al padre de Victorino, que contenía vivas acusa-

ciones, y terminaba rogándole tuviera la bondad de venir a buscar a su hijo. La procuradora, adivinando el contenido de la carta, la escamoteó de manos de la sirviente que la llevaba al correo y la sustituyó por otra que decía lo contrario. El procurador, halagado por la misiva, envió ricos presentes a su colega que no podía imaginar la reacción del padre, pero como el escribiente pareció corregirse, olvidó el asunto.

Victorino comprendía que se habían cumplido los plazos para el rapto de Cristina. Su amistad con el petimetre iba en descenso. Se dice, pero no puedo asegurarlo, que Victorino pagó en buena forma los servicios prestados por la procuradora y que recibió a la recíproca de ella (¡todo sea por Cristina!) algunos regalos, con los que engalanó la gruta del Monte Inaccesible.

Poco después manifestó deseos de visitar a sus padres. Obtuvo de inmediato permiso del procurador, y partió a caballo, transportando previamente su bagaje a la región inaccesible.

La recepción en el hogar fue calurosa, más aún por los términos lisonjeros expresados en la carta de la procuradora; Victorino estaba conmovido, pero impaciente por visitar el Castillo.

La ocasión se presentó esa misma tarde. El padre, que necesitaba transmitir un mensaje urgente a su Señor, comisionó para ello a su hijo más educado y más elocuente. Victorino siguiendo los consejos del petimetre se acicaló con una de esas toilette que entusiasman a los tontos, presentándose muy elegante en el Castillo. El gentilhombre estaba en el comedor, en compañía de una veintena de invitados.

—Es Victorino, el hijo de mi procurador —dijo el amo.

—Que entre.

Aparece un gentil caballero. El corazón de Cristina se estremece; la sonrisa desdeñosa de las mujeres se dulcifica; aún el amo viendo al joven campesino bien

presentado, saludando con modales exquisitos, tuvo que llamarle: Señor.

Victorino cumplió el encargo inteligentemente, explicando en términos corteses su misión.

—Muy contento quedo —agregó el padre de Cristina—; veo que no ha perdido Ud. el tiempo en la ciudad y que las informaciones recibidas eran exactas. Sabed —continuó el cortesano—, que Victorino entró en amistad con el más elegante de los lechuguinos.

—¿De quién se trata? —exclamaron todos.

—De M. De-Bourbonne. Todo el mundo le atribuye una invención maravillosa, un carruaje que marcha solo. Victorino puede explicarnos el asunto.

—Siéntese a la mesa. Traedle un cubierto. Quedaríamos encantados de saber noticias directas de Mon. de B...

Así, Victorino se encontró sentado al lado de Cristina, a la cual pedía excusas con la mirada.

—Ahora, señor, contadnos algo de esa invención. Alguien nos ha dicho que es Ud. el inventor.

—No guarde el secreto.

—A él le pertenece —dijo modestamente Victorino—, tal vez haya yo ayudado.

—Entonces —exclamó el amo con entusiasmo—, Ud. me construirá uno semejante.

—Puedo hacer más, le construiré un carruaje que con un solo caballo hará el trabajo de seis.

—Qué maravil[illegible] Harás fortuna si lo quieres.

—No tengo [illegible]ciones —respondió Victorino—, y si el corazón humano no fuera susceptible a una pasión más dúlce, estaría perfectamente feliz en mi actual situación.

Sus ojos se volvieron hacia Cristina, con expresión de respeto y ternura, que tal vez ella adivinó, pues se esponjó como una rosa al llegar la aurora.

—Mañana comenzaré a trabajar —dijo Victorino.

Las damas lo rodeaban con su afecto; los hombres le pedían favores.

Al día siguiente, y gracias a los esfuerzos del cerrajero, comenzó el trabajó que terminó en tres días. Fue al Castillo a ensayarlo en ausencia del padre. Cristina, asombrada, pudo constatar que el carruaje podía realizar el trabajo que penosamente hacían seis caballos.

Victorino demostraba de esta manera su talento para la mecánica, sobrepasando a Vezinier, el autor de las alas maravillosas. Antes que regresara el padre, Victorino abandonó el castillo, dejando a Cristina el placer de explicar los trabajos realizados, atención que Cristina agradeció.

El amo quedó satisfecho. Sin embargo, Victorino no abandonaba sus proyectos íntimos. Todas las noches iba a dejar nuevas vituallas al Monte, y a impeccionar los progresos realizados. La viña se presentaba promisoria, mientras tanto consumían unos barriles de borgoña y de arbois, que con trabajo había logrado transportar. Eran el fruto de diversos viajes a los alrededores bajo pretexto de comisiones.

Hacía las compras de día y en la noche volaba presuroso a su querido refugio.

Pronto terminaron los preparativos para la recepción de Cristina. Se había realizado la vendimia; Victorino había terminado la construcción del molino de viento; los corrales se veían en buen estado. Se aproximaba el ansiado momento del rapto. La suerte que parecía ayudarlo, permitió que Victorino encontrara una maleta llena de los más hermosos adornos.

El padre decidió enviar a Cristina a la ciudad, pues había quedado encantado con los progresos de la educación del joven. La víspera del viaje el carruaje estaba a la puerta; Victorino en la noche se había apoderado de todos los objetos de su amada. Realizó dos últimos viajes al Monte Inaccesible. Primero llevó la maleta. Para el segundo tuvo que esperar que amaneciera, pues

los viajeros debían partir temprano para llegar a comer a la ciudad. No se había equivocado en sus cálculos. Muy temprano comenzó el movimiento en el Castillo. No había luna y la oscuridad era perfecta. Victorino que ya había practicado repetidas veces la escena para trasladar dignamente a su soberana, planeaba inmóvil sobre el Castillo, cual águila que con sus garras de acero ataca al cordero que brinca en los prados. Al fin apareció Cristina precedida por la sirviente que alumbraba su camino. La seguía su padre que maldecía la pereza de los mozos. Cristina se detuvo en el parrón, mientras la comitiva proseguía al patio. Era el momento indicado. Victorino apuntando el quitasol apareció en el aire, apoderóse de ella.

—No temáis nada, divinidad de mi alma, yo os adoro.

Pero el miedo fue más poderoso y Cristina, creyéndose en las manos de un monstruo, lanzó un grito, desmayándose.

El padre escuchó el clamor y el ruido de las alas de Victorino, imaginando que las paredes del Castillo se habían desplomado.

—Oh, mi pobre hija, aplastada.

Pero nada se había caído; todo estaba igual. Llamaba a Cristina, pero ella no respondía a sus gritos de angustia. Acudieron los domésticos, se buscó en todos los lugares, pero Cristina no aparecía. En medio del tumulto, llegó la mañana y todos creyeron que la luz iba a revelarles lo que todos temían de imaginar: Cristina destrozada. Pero ni la menor traza encontraron. Cristina había desaparecido. ¡Qué dolor para un padre el perder a la hija idolatrada, tan hermosa y tan llena de cualidades!

Victorino, entretanto, volaba por el aire portando la preciosa carga. Cristina no volvía en sí. Su amado apresuraba la marcha para llegar al destino antes que ella recobrara sus sentidos. Penetraron en la Montaña Inaccesible, en el momento mismo en que la hermosa

muchacha entreabría los ojos. Victorino sólo tuvo tiempo de desembarazarse de las alas y de su casco de marinero para acudir a su lado.

—¿Dónde estoy, Victorino? Qué placer de verlo. ¿Es Ud. el que me ha librado de las garras de ese enorme pájaro que me raptaba? ¿Dónde está mi padre, Victorino, dónde está?

—Adorable Cristina, está Ud. en el nido de ese monstruoso pájaro. Pero nada tema. Pues estoy yo a su lado. Velo por su seguridad y he encontrado el sitio donde había depositado a las personas raptadas. Un día ici en la ciudad que existió un personaje llamado Dédalo, que së escapó a la isla de Creta volando, y como yo tengo inventiva, logré también fabricar alas para velar por su seguridad en los aires. Esta mañana, al venir a presentarle mis respetos por su viaje, apercibí en los aires el inmenso pájaro. Me di cuenta que preparaba un asalto, desplegué mis alas y esperé. Cuando Ud. apareció mis sospechas se confirmaron. El terrible pájaro os raptó. Pero yo lo perseguí para arrebatarle la presa. Estamos en la Montaña Inaccesible, aquí os dejó, alejándose, tal vez por poco tiempo, pero poseo el secreto para vencerlo, y apenas aparezca iré a atacarlo. Lo trágico es que únicamente yo podría salir de aquí, pues no podría llevarla conmigo, por cuya razón me obligo a vivir aquí todo el tiempo que Ud. permanezca; me obligo a obedecerla, el tiempo que Ud. decida. Nada le faltará, hermosa Cristina, será para mí una ley satisfacer sus deseos.

Cristina, aturdida por el discurso, no tuvo fuerzas de interrumpirlo. Victorino la hizo entrar en la gruta para protegerla del terrible pájaro. Ella consintió a entrar, quedando sorprendida de hallar allí un departamento tan cómodo y tan bien instalado como el suyo en el Castillo. Victorino se alejó con el pretexto de ir a combatir al ave fabulosa, pero en verdad, para instruir a

los demás del grupo, exigiéndoles secreto so pena de la vida.

En vez de demostrar su amor a Cristina y de atribuir a la pasión su crimen, Victorino resolvió aparecer como su defensor y ganar poco a poco su cariño para llegar a ser su marido, por la propia voluntad de su amada.

Adiestró a la camarera, que era inteligente, y a quien había prometido un marido honorable, promesa que cumpliría si ella permanecía fiel a su causa.

Habiendo tomado estas precauciones volvió a la gruta, manchado con la sangre de unos palomos que había muerto. Le relató a Cristina la lucha contra ese gran pájaro, a quien había herido. La muchacha testimonió su reconocimiento a Victorino. Aparecieron entonces las mujeres, a las que de inmediato reconoció Cristina, las que contaron la historia de sus respectivos raptos. Todo sucedió como se había dispuesto. Después de comer, Victorino invitó a Cristina a dar un paseo por los campos de su nuevo dominio, convenciéndola que por el momento, el pájaro no volvería a atacarlos. Cristina aceptó la invitación y apoyándose en el brazo de Victorino, ebrio de amor, visitó la explanada de los cultivos. El otoño doraba la viña cultivada, exhibiendo dos o tres cepas silvestres de que pendían hermosos racimos, productos de la diligencia de Victorino. Alzó a Cristina entre sus brazos para que ella misma recogiera las uvas; caminaron a través del arroyo; le mostró las cabras cimarronas, que habían domesticado y que producían un tipo de leche aromática, debido a los pastos de que se nutrían. Le mostró los cuatro corderos rescatados, según él, de las garras del pájaro inmenso. Divisaron las vacas, un ternero recién nacido, el caballo y el burro de labranza; visitaron los colmenares, al abrigo del viento en la oquedad de la roca. Victorino afectaba ver todo aquello por primera vez, manifestando gran placer. Volvieron a la gruta para comer; la caminata les había despertado el apetito. Victorino fascinado, pero

Cristina, a pesar de las múltiples atenciones del joven, seguía llorando. Ni aun la doncella pudo consolarla. Al fin se acostó, mientras Victorino prometía permanecer de centinela en la puerta. La doméstica se recostó al lado de Cristina y los demás habitantes del monte ocuparon los puestos que se les había asignado. Estos arreglos tranquilizaron a Cristina. Un tanto tímida por el relato del combate, hizo prometer a Victorino que no expondría su vida por ella, rogándole tomar precauciones.

Al día siguiente, Victorino se cuidó de procurarle mayores distracciones, pues la monotonía del trabajo no la tranquilizaban. Cristina, aunque noble, desconocía las costumbres de la ciudad, por lo cual se fijaron horas especiales para el aprendizaje de las danzas cortesanas y los juegos de salón. Victorino, que había aprendido a tocar el violín, fue el alma de estas reuniones. Poco a poco las lágtimas de Cristina fueron menos amargas, y su dolor se concentró más en la angustia por la salud de su padre, que en su propio bienestar. Adorada por todos; servida con fidelidad por un joven que no le era indiferente y a quien ella creía deber su vida, sus sentimientos se dulcificaron.

Cristina pedía con insistencia a Victorino que volara hasta el Castillo de su padre, pero él difería el viaje, con el pretexto del temor a un ataque sorpresivo del pájaro, que podía volver y llevarles a parajes desconocidos. Las razones parecían lógicas, pero a los seis meses, la tierna Cristina comenzó a decaer, agobiada por la inquietud de la falta de noticias.

Victorino, que en las noches iba en busca de vituallas, conocía la situación en el Castillo, pero no podía comunicar estas nuevas. Por fin llegaron a un acuerdo, Victorino volaría de noche sin anunciar su partida a nadie, iría al Castillo y, a su vez, Cristina permanecería encerrada en la gruta. Era para Victorino una gran prueba. Se escondió en el fondo del roquerío para ver

si podía confiar en la discreción de su amada y en la fidelidad de su séquito. La prueba resultó satisfactoria. Nadie dudó de su partida, aunque no sintieron el ruido de las alas, pues ningún rumor era perceptible cuando Victorino ensayaba el vuelo desde lo alto de las rocas.

Al día siguiente se presentó ante Cristina, a quien relató lo que había sucedido después de su rapto.

—Apenas desapareció Ud., vuestro padre os hizo buscar por todas partes, sin resultado alguno; la sorpresa fue mayor en el Castillo al comprobarse que habían desaparecido también las maletas con vuestros preciosos efectos personales.

Las sospechas más extrañas comenzaron a materializarse en el pensamiento de vuestro padre y su desesperación se transformó en furor. Como yo también había desaparecido se pensó en un rapto, y se me ha seguido juicio en rebeldía, habiéndose colgado mi efigie en la gran Plaza de Grenoble. Este hecho me ha impedido acercarme a su padre para informarlo sobre su suerte, pero he traído lo necesario para que Ud. le escriba una carta, la que yo mismo llevaré al balcón en que su padre acostumbra a fumar la pipa.

Esto no puede realizarse de inmediato, porque tengo pruebas que el pájaro siniestro está cercando el monte. Ha traído un nuevo prisionero, un jovencito —dijo Victorino, mirando significativamente a la doncella— que sería conveniente casar, pues el pájaro ha traído también un eclesiástico. Pero, disculpe Ud. que divague. Me concentraré en aquello que le interesa. Vuestro padre está bien de salud y creo que bastará esa carta con los exactos detalles de los ataques del pájaro fabuloso para convencerlo.

—¡Oh, querido Victorino!, mi padre nunca creerá el relato. Dice que son fábulas.

—Calme ese dolor que me mata, adorable soberana.

—Me calmaré —dijo ella—, pero es necesario convencer a mi padre de su inocencia.

—No será tan difícil, pues son muchos los que han visto al pájaro, por lo cual la carta producirá el efecto deseado.

—Ud. me consuela, Victorino. ¡Oh, cuánto le debo!

—Disponga de mí, disponga de mi vida.

—Si me fuera posible —contestó— dispondría de ella, pero únicamente para hacerlo feliz.

Al escuchar estas palabras inesperadas, Victorino se echó a sus pies y apoderándose de una de sus manos la cubrió de ardientes besos.

—Levantaos —dijo ella al fin—. Yo no tengo sino a Ud. en esta tierra. Qué hubiera sido de mí sin mi querido Victorino.

—Cristina, me colma de gozo, pero es imposible salir de este Monte. Toda la potencia del Rey de Francia y cuarenta años de trabajo no bastarían, y confiar en mis débiles alas sería exponernos a caer en las rocas. ¡Oh, qué hermosos días hemos pasado!, no echo de menos sino vuestros padres.

Y Victorino seguía besando las manos de Cristina, quién no hacía ningún movimiento para retirarlas.

En verdad, era ella la hija de un gentilhombre y Victorino de un simple procurador, pero también era cierto que él era el rey del Monte Inaccesible y que todo obedecía a su mandato. Los prejuicios de clase y el orgullo carecían del medio ambiente favorable para mantener esta actitud y lentamente iban desapareciendo los resentimientos del ánimo de Cristina debido al cariño que siempre Victorino le había inspirado. El muchacho sentía su próxima victoria, pero ocultaba el placer bajo el manto de una perfecta cortesía. No dejó entrever sus pretensiones, y sólo sus labios quemantes estampaban su amor en las blancas manos de Cristina.

Al fin ella las retiró, pero sin cólera, y todo el resto del día estuvo tranquila, paseando con Victorino y la doncella.

El joven había descubierto hacía unos días un pasaje para llegar hasta la terraza de verano; era un desfiladero estrecho entre dos precipicios, que había cubierto con ramas verdes para embellecerlo. Guiando los pasos de Cristina aparentó ver por primera vez este lugar apacible que parecía gozar de otro tipo de clima. Las flores y arbustos estaban frescos como en primavera, a pesar de correr ya el mes de julio. Cristina se manifestó encantada del hallazgo, y al día siguiente llevaron a pastar allí los piños de corderos y de vacas.

—Esta será nuestra residencia de verano —afirmó Victorino—, hasta que el cielo quiera dejarnos aquí.

Cristina no había olvidado, sin embargo, la carta, y estos son los términos de la que escribió:

Mi señor y querido padre:

La pena más honda que me aflige por la desgracia que me ha sucedido es el dolor que os he causado. Esto es lo que me apena y me conduele, más que todo el resto, desde el momento en que fui raptada por ese inmenso pájaro que Ud. un día divisó. Es la misma ave que raptó a esas dos mujeres que creímos ahogadas, lo mismo que a Catalina Denevres y al muchacho de labranza de su padre, además de otras personas que no conociamos. A todas las he encontrado aquí, querido padre, en perfecta salud; el pájaro les ha respetado la vida. A ratos me parece que todo esto lo reservaba para tu hija, pues gracias al favor del cielo, tuve en mi favor al joven Victorino. Este excelente muchacho, a quien debo la vida, había espiado al gran pájaro, y gracias a los conocimientos de mecánica que el cielo le ha dado, pudo por medio de las alas que había fabricado perseguirlo, descubrir su nido lejano, y el día de mi rapto combatió contra el monstruo con tanto valor, que logró alejarlo del Monte Inaccesible, donde estamos ahora, pudiendo alimentarnos y tener lo necesario para la existencia. Soy respetada por todo el

mundo como una soberana, y Victorino es mi primer súbdito, aunque sé que es a él a quien debo mi autoridad.

Querido padre, no debes tener ningún cuidado por nuestra suerte. Victorino se comporta bien, y yo mantengo el respeto de todos. Unicamente él puede salir del Monte Inaccesible, y él os llevará esta carta. Te suplico que me contestes, dejando la respuesta en el mismo lugar en que encontraréis mi mensaje. Victorino no se atreve hablaros, y teme presentarse ante vuestros ojos, en vista de haber sido procesado y condenado en rebeldía y colgado en efigie.

Le ruego, querido padre, de mantener cerradas las ventanas, y no subir al torreón desde donde gustáis dominar el paisaje con vuestros anteojos, pues Victorino no se atrevería jamás a recoger la respuesta. Con el respeto más profundo, recibid a vuestra cariñosa y obediente hija,

CRISTINA

Después de dar término a la carta, Cristina la leyó a Victorino quien quedó encantado con los términos lisonjeros para su persona. Selló ella la esquela y se la entregó para que esperara la ocasión favorable para el viaje. El joven comprendía la impaciencia de la joven y partió la misma noche rumbo al Castillo. Inútil es decir que el miedo le impidió presentarse personalmente a sus padres, pero aprovechó la ocasión para remitirles el relato de sus aventuras. Colocó la carta para el padre de su amada Cristina en el balcón y la dirigida a su progenitor en el reborde del camino en que éste acostumbraba pasearse ayudando la digestión. Hechas estas primordiales diligencias siguió a la ciudad donde habitaba el sacerdote que había casado a su gente, llevándolo nuevamente al Monte Inaccesible.

Al despertar, Cristina vio entrar a Victorino.

—Sus órdenes están cumplidas; en estos instantes me imagino que su padre lee su epístola.

—¡Oh, querido Victorino!, quedo muy reconocida por su presteza.

—Esto no es todo, querida señorita, hay otras novedades. Apenas abandoné el Monte, el pájaro fatídico trajo prisionero a un sacerdote, y vuestra doncella, si contara con su permiso, quiere casarse con el mozo.

—¡Oh, Victorino, aprovecharemos al sacerdote para oir misa, hace tanto tiempo que no asisto a ella!

—Buena idea —exclamó Victorino—, se presenta tan sólo el peligro que el pájaro regrese a reconquistar su presa.

—Escuchad, Victorino, con atención, ¿estaremos aquí toda la vida? No me engaña Ud. Victorino.

—Hablad, señora. Si yo fuera su parigual, Ud. no estaría obligada a dar explicaciones. Primero, porque el respeto cerrará siempre mi boca. Pero no olvide que tendrá Ud. siempre en mi persona un amante sumiso y tierno.

—Victorino, ¿qué diría mi padre de todo esto?

—Le convenceremos, señora, pues volveremos a su presencia sólo después de haber realizado algunas hazañas resonantes para la patria, gracias a mi facultad de volar. Tal vez, entonces, con la ayuda de un rey poderoso encontraré medios para sacaros de esta prisión. Decidid de mi suerte, adorable Cristina.

—Señor —dijo ella—, viéndolo arrodillado a sus pies, no puedo dudar de su sinceridad, pues a Ud. debo mi vida y dependo de su voluntad. Es una cortesía de su parte otorgarme poderes de mando. Ud. es el rey de esta pequeña comunidad. Ud. es el amo, disponga Ud. de mi destino.

—Yo, señora, preferiría estar expuesto a eternos males, antes que disponer de la voluntad de mi soberana, a pesar que pongo mi vida, mi gloria y mi felicidad en

sus manos. Esperaré, señora, y si el pájaro regresa a raptar al sacerdote, sufriré sin queja toda mi vida.

Cristina conmovida, replicó:

—¿No comprende Ud. el lenguaje de una mujer que le entrega su destino? Soy yo la que me entrego a mi bienhechor, a mi amigo. Puede repetirle todo esto al sacerdote.

Victorino besó la mano de Cristina con arrobo y levantándose se permitió abrazarla, y después de haber recibido este adelanto de su felicidad, corrió a buscar al eclesiástico. Se dispusieron los detalles para celebrar la ceremonia nupcial. El altar se levantó sobre una roca tapizada de flores. El sacerdote inició, de la mejor manera posible, los solemnes ritos. Ofreció la misa. Pronto se realizó la unión sagrada de la bella Cristina, hija del Señor del Castillo, con Victorino, el mozo fiel que respetuosamente y con ternura había sabido esperar a su amada.

Los acontecimientos sucedieron con tal rapidez que Cristina únicamente al terminar la ceremonia se dio cuenta que habría sido necesaria la autorización paterna. Victorino trató de calmar con sus ardientes caricias la ansiedad de la joven, y para demostrar que el matrimonio no lo hacía olvidar sus deberes, fue la segunda noche a buscar la respuesta del padre. Voló con precaución, pues sabía que el destino de los habitantes del Monte Inaccesible, y sobre todo de la bella Cristina, pendía de sus alas. Se mantuvo parte de la noche a gran altura, y al alba se aproximó al castillo con movimiento suave y lento. Descubrió al gentilhombre rodeado de un grupo de personas, agazapados en las sombras, dispuestos a disparar todos a la vez de manera que no pudieran errar el tiro. Sólo al llegar la aurora el grupo se desbandó. Victorino aprovechó este momento propicio para apoderarse de la carta que pendía en el balcón; el ruido advirtió al gentilhombre, que acudió en seguida al balcón mientras Victorino em-

prendía vuelo. Los disparos del fusil pasaron muy cerca de Victorino, quien resolvió no arriesgar nunca más su vida por una carta, esperando que Cristina, ahora su esposa, aceptara estas razones.

Entrado el día llegó al Monte Inaccesible. En el camino fue visto por la gente que acudía temprano a sus labores agrícolas, y en todo el Delfinado se habló únicamente del gran pájaro que raptaba a las mujeres, llegando a ser tan célebre como la Bestia de Gevaudan. Hubo personas que aseguraban haberlo visto de cerca, calculando sus dimensiones en cien pies de largo. Otros decían que tenía el pico curvilíneo a la manera de trompa de elefante.

No quiso descender Victorino a la vista de los habitantes del Monte Inaccesible, henchidos de respeto por su amo al verlo volar tan airosamente. Había decidido complacer a Cristina e invitar al sacerdote a residir permanentemente en el Monte. Faltaba una ama de llaves. Había divisado una muchacha solitaria en la carretera de Lyon, la que parecía deambular de ciudad en ciudad, ejecutando su oficio de costurera. No advirtiendo ningún peligro para un nuevo rapto, se lanzó en vuelo de arco y rápido cual rayo la tomó en sus brazos, mientras los campesinos que marchaban en grupos delante y detrás de ella lanzaban gritos desaforados como si el pájaro fuera un animal que podía soltar la presa.

Depositó a la muchacha en la terraza de verano; volvió ésta en sí. Victorino la tranquilizó relatándole la estrategia utilizada para rescatarla de las garras del pájaro. La condujo luego a la roca y la presentó a su mujer. Cristina no entró en sospechas, pues le parecía imposible que Victorino pudiera transportar este peso en un vuelo regular y esta credulidad fue favorable a Victorino, pues de otra manera ella hubiera querido ir a ver personalmente a su padre, desconfiando así de Victorino.

El sacerdote y los otros habitantes que lo creían un mago poderoso no hicieron comentarios al vuelo. Cuando todo se normalizó, Victorino contó a su Cristina la aventura corrida y le entregó la carta de su padre que estaba redactada en estos términos:

Si no creyera firmemente que habéis sido obligada por la fuerza a escribir esta carta, querida hija, supondría que habéis tratado de engañarme con el relato de sueños y fábulas inverosímiles.

Todo el mundo sabe que el Monte Inaccesible es inhabitable e inhabitado. En verdad algunos cazadores creen haber divisado de muy lejos algunas cabras monteses, pero otros testimonios desmienten este aserto. Creo que vuestro raptor, el traidor Victorino, os retiene prisionera en alguna caverna de ladrones o en un lugar desierto, y me compadezco de saberos víctima de ese ser miserable. Lo que destroza mi corazón y lo que deseo de todo corazón es que no recibáis esta carta, pues mi proyecto es el de atrapar al bandido vivo o muerto. Por poca vida que va a quedarle después de nuestro ataque, estoy seguro que nos revelará el lugar en que estáis prisionera para ir a rescataros. ¡Oh, querida niña!, ¿te he educado yo para ese vil campesino que tal vez...? ¡La idea me desespera! La gente del campo lo cree un mago, yo un bandido astuto.

Adiós, querida Cristina. Si tú recibes esta carta (lo que yo no deseo) piensa en la dignidad de nuestro rango, aun a costa de tu propia vida. Te abrazo, transido de dolor. Tu infortunado padre.

ANÍBAL DE B-M-T-

P. D. *Para ti bribón de Victorino, si te escapas esta noche, la justicia del cielo te hará caer entre sus manos. Te prometo un castigo ejemplar, a menos que recapacitando bien me devuelvas de inmediato a mi hija.*

Cristina, conmovida con la carta, se tranquilizó al pensar que su padre estaba equivocado en lo referente a Victorino, y así después de derramar algunas lágrimas, se consoló entre los brazos de su marido.

Creemos inútil extendernos sobre la existencia que la pareja llevó durante algunos años en ese amable refugio. Ella, adorada por todos, tanto por su bondad como por el prestigio de su marido. Tuvieron tres hijos, dos varones y una mujer. El cuidado de ellos y la educación fue para Cristina fuente de placer. Eran criaturas encantadoras, y por lo demás toda mujer adorada por su marido es siempre una excelente madre. Victorino estaba cada día más embelesado y a veces repetía a su esposa:

—Ahora puedo demostrar mejor mi cariño que al principio; mis caricias nacen de una ternura respetuosa y verdadera. Creía que el tiempo, como sucede a los maridos, hubiera agotado mi felicidad, pero por el contrario, el mío aumenta sin cesar y los lazos que me unen a ti parecen inmortales.

Cristina, conmovida, abrazaba a su marido y le demostraba lo feliz que era.

—Querido esposo, qué locura es la doctrina de la diferencia de castás. Era contigo que la felicidad me esperaba, pero ni yo misma ni mi padre que siempre me quiso, buscábamos el verdadero camino para encontrarlo. Han sido necesarias peripecias extraordinarias para llegar a este estado de felicidad. Ahora tú me eres tan querido, que pese al deseo que tengo de tener noticias de mi padre, no quisiera por nada del mundo que expusieses tu vida para ello. ¡Qué sería yo sin tu persona! Bendigo mi suerte, y me gusta recapitular lo mucho que me costó encontrarla.

—Sólo bastó el amor, querida esposa —decía Victorino—. Mi amiga, mi compañera, no puedo tener secretos para ti. Esperaba que la firme base de nuestra mutua ternura venciera la doctrina de tu padre para revelarte

todos mis pensamientos. Quiero decirte que el amor ha hecho todo; él me llevó a inventar las alas. El deseo de poseerte ha sido el único motor de mis acciones. En verdad no existe ese pájaro inmenso, yo mismo fui el que te rapté. Ahora querida Cristina, lo sabes todo. Odia si quieres al padre de tus hijos. Quedo a tus pies.

—No, querido marido, yo no podría odiarte; por el contrario te amo aún más. ¡Oh qué de cosas descubro en este instante! Tú eres el que ha trasladado a este sitio a estos hombres, para formar un imperio, del que soy soberana. ¡Qué amor igualó al tuyo! Pero queridísimo esposo, has hecho bien en esperar que el tiempo haya probado la pureza de tus intenciones y la constancia de tu amor. Es dulce saber que se es amada por sí misma y que no es el capricho frívolo y pasajero el que lo inspira. Escuchad, mis queridos hijos, hoy quiero más que nunca a vuestro padre; lo quiero más que a todos Uds.

Después de esta tierna declaración, Cristina se hizo relatar por su marido los detalles de la aventura. Victorino fue sincero, aunque ocultó aquello de la mujer del procurador. M. Chupatinta. No olvidó empero relatar sus continuos viajes de noche para procurarse los efectos que faltaban en el Monte Inaccesible. Cristina se conmovía a cada instante, pero cuando oyó el relato de los peligros que había corrido para entregar la carta, renovó su promesa que nunca exigiría la repetición de la hazaña.

—Ahora, mi mujercita, tengo un proyecto que quiero comunicarte y que pondría en ejecución si cuenta con tu aprobación. Es el único camino para salir de aquí con honor y poder obtener de esta manera el perdón de tu padre.

Nuestro soberano está en guerra con los ingleses, quiero ofrecerle mis servicios, pueden ser de gran importancia, y cuando haya realizado alguna proeza bélica pediré como premio tu persona. Con la recomendación del soberano estoy seguro que tu padre me aceptará

como yerno. Mi nobleza será de la mejor clase, de verdadero servicio.

Seremos muy felices; obtendré del soberano la concesión de este Monte, que pasará a ser la residencia veraniega. La hermosearemos...

Cristina interrumpió su relato; se arrojó en sus brazos, lo colmó de caricias; susurrándole tiernas palabras de amor. Era una reacción espontánea, pues el mero pensamiento que su marido tendría que alejarse de su lado para correr graves peligros trastornaba su espíritu. Este impulso la llevó a obtener de Victorino la promesa formal que la abandonaría únicamente en el momento que tuviera su aprobación.

Después de estos amigables arreglos, salieron de la gruta acompañados de sus hijos, y dieron un paseo, el más agradable de cuantos habían realizado juntos.

Resolvieron a continuación mantener en secreto estas decisiones, pues la gente del Monte Inaccesible estaba contenta, y era necesario dejarlos disfrutar de esta paz y tranquilidad. En efecto, todos los buenos moradores, el labrador y Catalina, el cordonera y la cocinera, el sastre y la costurera, el secretario-barbero y la doncella; la Vezinier y su hija, y el marido que Victorino había conseguido a esta última, un robusto campesino del Limousin, excelente albañil; el cura y el ama de llaves, en fin, todos llevaban una agradable existencia. Había abundancia de víveres, poco trabajo, entretenciones; hermosos paisajes, buena comida; jardines para entretenerse en la floricultura, y viñedos, donde reposarse de las labores ayudando al viñatero. Este a su vez que era el que tenía más trabajo, recibía solícitos cuidados de la pequeña comunidad. Le entregaban leche abundante, frutas, legumbres, sus platos predilectos, huevos y sobre todo vino, apenas comenzó a vendimiarse.

Las familias tenían muchos hijos, sanos y robustos; y la rumorosa juventud alegraba a los padres, que veían con regocijo sus cabriolas y juegos.

El eclesiástico estaba satisfecho de los servicios de la ama de llaves y como no había maledicientes en el Monte Inaccesible, disfrutaban ellos de una gran intimidad. Hasta la Vezinier estaba contenta; Victorino la había nombrado segunda ama de llaves del cura, lo que le daba cierto rango.

¡Qué República más encantadora! ¿Será preciso que los hombres se asocien en pequeñas comunidades para ser felices?

El vicio parecía alejado del Monte Inaccesible, y las virtudes reinaban. Amistad fraternal, ayuda mutua, celo en el trabajo, amor, fidelidad, eran las cualidades que se empeñaban en desarrollar en lo íntimo personal y en lo social. Los niños eran queridos por todos, parecían pertenecer a todos, pero se los amaba a manera de hijos únicos. Es fácil comprender la razón de la ausencia de vicios, debido a que el hombre nunca, nunca jamás, se inclina a ellos sino cuando el régimen social en que se vive es malo o el vicio procura ventajas...

¡Legisladores! Locos que queréis transformar los hombres en sabios. Merecéis nuestro desprecio... Contemplad la virtud en el Monte Inaccesible; ella es natural, y repito, en toda sociedad restringida en su núcleo, en que los individuos sean pariguales, se conozcan entre sí y tengan necesidad los unos de los otros, sus miembros son necesariamente virtuosos. He aquí la explicación. No sé si alguna moralista la ha encontrado.

La decisión del viaje de Victorino estaba en las manos de Cristina; ella ardía en deseos que su marido alcanzara la fama por sus proezas, pero temblaba con la idea de separarse de él. Miles de peligros asaltaban su tímida imaginación, y estos temores la hacían retenerlo junto a ella.

Por su parte, el tierno Victorino no estaba todavía dispuesto a abandonar a su amada esposa y tímidamente calmaba sus temores, contentándose con mostrarse siempre dispuesto a ejecutar lo que ella dispusiera. Entre

tanto, Victorino estaba dedicado a desarrollar su reino y en procurar felicidades a sus moradores. Dispuso para esta tarea de un largo plazo, pues diez años más tarde de sus confidencias a Cristina, y dieciséis desde su matrimonio, todavía permaneció en el Monte Inaccesible, sin haber intentado realizar las hazañas que se había propuesto.

Reinaba ahora la juventud. Victorino había construido una nueva terraza con un lago en el centro, en un sitio similar al ya existente, pero en una situación más elevada. Arrancó los árboles silvestres con sus manos y todo el mundo imitó su conducta. Al año siguiente estableció allí dos parejas jóvenes, con tierras de labrantío suficiente para vivir en la abundancia. Comunicó ambos centros por medio de un camino, haciendo saltar con dinamita las rocas que obstruían el paso.

La comunidad presenció la delicada operación, pero sin exponerse a los peligros de la explosión. Victorino desde lo alto, con las alas desplegadas, encendió la mecha y supo ponerse a salvo de la fuerza explosiva. El lago fue envenenado, y de esta faena obtuvieron una reserva de pescado, que los alimentó el resto del año.

La forma en que hacía Victorino las compras para la comunidad era el de volar desde el Monte Inaccesible en plena noche, escondiéndose en un bosque vecino a la ciudad. Había descubierto un sitio seguro, entre dos grandes rocas, donde dejaba sus alas. Iba en seguida a la aldea disfrazado de aldeano y compraba los víveres. Demoraba en esto todo el día, a la caída de la tarde volvía al bosque, desde donde regresaba. Hay que darse cuenta que aunque se hubieran descubierto sus alas, nadie hubiera podido utilizarlas, pues por medida de precaución, siempre guardaba el resorte en sus bolsillos. En caso de pérdida conocía la manera de fabricar uno nuevo en menos de una noche de trabajo.

Pero quedaba por resolver un problema. ¿Cómo se procuraba el dinero necesario para estas compras? No

he dicho todavía que él se obtenía del trabajo que reinaba en el Monte Inaccesible. Los moradores desempeñaban sus oficios, entregando el exceso de producción a Victorino, quien a su vez les pagaba dándoles toda clase de comodidades.

La población entera se entregaba de este modo a sus ocupaciones. El sacerdote escribía "Cantos Espirituales" y "Novelas Piadosas", a la manera del Pdre Martín. Victorino las vendía en Lyon a los libreros, que lo conocían por el nombre de pluma de Adán de Vevers.

La peinadora era hábil para inventar los más encantadores bonetes, los peinados más atrayentes, dentro del estilo erizo, de garra, a la pandoure, en chignon-double o bouillon-ne; los peinados en fiche, poufs-a-tuyaux, des chignons-en-chainette, des coques-a-crochet renversé, etc.

Las dos costureras dibujaban y tejían trajes de estilo de polonesa, circasiana, levitas, basquiñas y polizones y otras modas menos elegantes.

Victorino llevaba estos modelos de buen gusto a todo el reino y estos estilos renovaron aun en París la moda, que los adoptó con placer.

Sin duda alguna, el buen aire y clima del Monte Inaccesible contribuía a este desarrollo de la inventiva humana.

Victorino, por su parte, fabricaba máquinas útiles y curiosas, y llegó a ser uno de los relojeros más hábiles de Europa. Fabricó un reloj náutico. Voló a Londres a venderlo, de lo que más tarde se arrepintió, pues el comerciante aprovechó de esta venta para adquirir prestigio y gloria a costa de los artistas franceses. Con estas palabras creo restituir esos modelos a la Nación Francesa.

Los lectores pueden ahora darse cuenta, que el dinero no podía escasear en el Monte Inaccesible. De esta experiencia derivo mi creencia que los primeros monarcas fueron los comerciantes, los técnicos y los hábiles

mecánicos, que se hicieron respetar por sus riquezas y por la utilidad que prestaban sus invenciones...

La población aumentaba. Entre los hijos del monarca Victorino, los mayores tenían 13 y 15 años. El mayor era un hermoso muchacho, retrato vivo de su abuelo, sobre quien la madre les contaba siempre historias. El menor se parecía a Victorino y un tanto a su madre. Demostraban ambos disposiciones para las artes mecánicas. La hija era Cristina en persona, con los mismos rasgos de ella en la época de su rapto. Los tres hijos poseían condiciones de carácter que deleitaban a los padres.

Un día, De-m-t- (el mayor, a quien Victorino había puesto el nombre de su abuelo), dijo a su madre:

—Creo, querida mamá, que si pudiera ver a mi abuelo, lo convencería que perdonara a mi padre una culpa que no es culpa, pues ella ha permitido tu felicidad que era precisamente lo que mi abuelo anhelaba.

—Tienes razón, hijo mío. Pero ¿cómo podría realizarse este viaje?

—Hablaré a mi padre —respondió el muchacho— para pedirle que me enseñe a volar.

Cristina tembló.

—Por Dios, no trates de hacerlo. En el mundo, sólo vuestro padre ha tenido la fuerza y el ingenio necesario para ello.

La joven Sofía apoyó a su madre.

—Querido hermano, sin duda, sucumbirías...

Pero el pequeño Alejandro, el segundo varón, se sonrió y dijo:

—Yo no me caería, y si mi padre me enseñara, Ud. lo comprobaría hermanita. Y aún..., pero no quiero agregar más.

—Hable, mi hijito —repuso Cristina. ¿Qué has hecho tú al respecto?

—Mamacita, te quiero tanto que no deseo ocultarte nada. Un día vi las alas de mi padre y aprovechando

las que él había dado de alta por viejas, logré fabricar unas iguales yo mismo. ¿Quieres verme volar? Lo hago siempre que estoy solo.

—Hijo mío, te lo prohibo.

—Tranquilidad, mamacita, tranquilidad. Volaré bajito, muy bajito, para que Ud. pueda verme.

Cristina lo dejó actuar, con la intención de prohibirle el vuelo si advertía el menor peligro.

El pequeño hombrecito (tenía 13 años), se ajustó las alas, puso en movimiento el quitasol de velocidad, y se elevó en dos saltos a la altura de los árboles. La madre lanzó un grito de angustia, pero el muchacho elevándose en línea recta atrapó en el aire un palomo que entregó a su madre. Cristina, medio muerta de susto, pero encantada de la hazaña de su hijo, lo estrechó contra su pecho, exclamando:

—No quiero que hagáis uso de esas alas sino después de que las vea tu padre.

La pequeña Sofía estaba encantada, y sin duda, en ausencia de la madre hubiera pedido a su hermano que la llevara en el vuelo.

Al regresar Victorino fue informado de estos hechos; palideció, pues quería tanto a sus hijos como a su esposa.

—Hijito, veamos las alas que has fabricado.

Alejandro se las entregó con una sonrisa de triunfo. El padre no hallando en el mecanismo la palanca de control, comentó el hecho mostrando sus alas.

—Dése ahora cuenta, joven imprudente, que teníais la vida suspendida en un pelo. Si hubiera fallado la polea, no podríais haberte sostenido en el aire. Pero —agregó, viendo la desesperación de Cristina— el mecanismo está en buenas condiciones, aunque repito es necesario no arriesgar vuestra vida, que es a la vez la nuestra.

El niño pidió perdón tanto a su padre como a su querida madre y prometió no hacer nada atolondradamente.

Victorino de inmediato agregó al mecanismo la palanca de seguridad, y le entregó varias correas de repuesto. Al día siguiente, después de revisar el aparato, le permitió elevarse por los aires, lo que el niño realizó con la ligereza de un pájaro.

Victorino nunca había pensado instruir a sus hijos en el manejo de las alas, aún más, se había preocupado de esconderse de ellos. Pero al verse descubierto comprendió que era necesario interiorizarlos en el manejo, lo que los haría sobresalir del resto de la comunidad. Les participó sus proyectos, pidiéndoles absoluta reserva. En seguida empezó a dar clases a su mujer y a su hija, entregando en manos de Alejandro el cuidado de su otro hijo, con la condición que las primeras lecciones debían darse en su presencia.

En un mes toda la familia del soberano del Monte Inaccesible aprendió a volar. Sofía era tan atrevida como su hermano, y a veces hacía temblar a su madre, quien a pesar de sus conocimientos nunca se atrevió a volar sino en compañía de su esposo.

Fue entonces que el hijo insistió en realizar sus propósitos de visitar a su abuelo. Alejandro y Sofía quisieron acompañarlo.

Victorino y Cristina les hicieron ver los inconvenientes del plan, en especial, tenían que saber de antemano las intenciones del abuelo, pues podrían tratarlos como impostores y dejarlos a todos prisioneros. El joven De B-m-t- partió a pesar de todo, una noche de luna, acompañado por su hermano y hermana, bajo la escolta del padre. Descendiendo los cuatro en un sitio conocido de Victorino, un bosque situado cerca del Castillo, donde previamente Victorino había escondido una cabalgadura de elegantes arneses. El padre engalanó a su hijo, y después de darle consejos, regresó con sus hermanos al Monte Inaccesible, pleno de inquietud. Allí encontraron a Cristina presa de vivo dolor, anegados sus ojos de llanto. Pese a sus esfuerzos no lograron consolarla. Apesar de la felicidad en el matrimonio, ella ansiaba volver a ver a su padre, con lo que su dicha sería perfecta.

Mientras tanto el hijo a caballo en lujosa montura, caminó rápidamente hacia el Castillo de su madre. Al llegar a la puerta el abuelo abrió la ventana del balcón para fumar su acostumbrada pipa. Al percibir al gentil caballero, lo invitó a pasar, mostrándole el camino. La hermosura, la juventud, la elegancia de su traje y de los arneses del caballo, asombraron al viejo, quien dio muestras de emoción.

—Bienvenido seáis, señor. Estoy seguro que traéis buenas noticias.

—Por lo menos, —respondió el joven—, se las deseo de todo corazón.

El anciano le tendio la mano y lo condujo a la más hermosa habitación del Castillo, donde le ofreció asiento, invitándole a tomar el refrigerio. El joven advertido por su madre que en esa sala colgaban los retratos de familia, entre otros el de su madre, los buscaba afanosamente. Agradeció la invitación, respondió que tenía buen apetito y que aceptaría lo que buenamente pudiera servirle.

Mientras el abuelo daba órdenes, el joven examinó los retratos, en forma que al regresar el dueño de casa lo encontró llorando, junto al retrato de Cristina.

—¿Qué le sucede joven caballero?

—Contemplo el retrato de alguien que me es muy querido.

—Bien querida —replicó con voz entrecortada el abuelo—. Es mi hija...

—Es mi madre. No reconoce Ud. su sangre. Soy el hijo mayor de Cristina y aseguran que me parezco al abuelo.

—¡Oh, querido hijo! ¿Dónde está mi hija? ¿Quién es su marido?

—Es la hija de un soberano, y aunque sus estados no

son muy vastos, es el amo absoluto, adorado por su mujer y por sus súbditos.

—¿Soberano?

—Sí, querido padre, me permite que así lo llame.

—¡Oh, mi hijo! Te reconozco, eres el hijo de Victorino.

—Lo soy —contestó el muchacho—, pero lo que os he dicho es cierto, y si queréis visitar nuestros estados, yo os conduciré para que vea que todo lo que he dicho es verdad. Allí veréis a una hija que suspira por Ud., que está feliz con su marido y sus hijos, pero que, sin embargo, echa de menos a su padre.

—¿Tenéis hermanos y hermanas?

—Tengo un hermano y una hermana. Sofía de B-m-t-(todos llevamos su nombre), es encantadora, el vivo retrato de su madre, en tal forma que mis padres creen que si la viérais, creerías que todo lo sucedido ha sido un sueño, pues vestida con el traje de mi madre no lograrías diferenciarla.

—Oh, mi hijo, me infundes el deseo de verlos a todos. Y al fin y al cabo, Victorino es un soberano, aunque sea de una parcela, y debo de honrarme con esta alianza. Vamos a tomar el refrigerio y en seguida partimos.

—Tendremos que esperar que vuelva mi padre a buscar noticias; prometió regresar esta noche al bosquecillo.

El día se pasó agradablemente. El abuelito no se cansaba de mirar a su nieto y lentamente sus prejuicios, el deseo de venganza y el odio, dieron paso a los deliciosos sentimientos de la paternidad. Lo presentó por su verdadero nombre a sus vasallos, y hubiera querido mostrarlo al Universo entero.

Al caer la tarde se le vino a la mente una pregunta.

—¿Cómo se casaron tus padres?

—Por el ministerio de un sacerdote —fue la respuesta—, aún está allí con nosotros, querido padre.

—Estoy feliz con saber esta noticia; apenas los vea les daré mi consentimiento.

Al fin llegó la esperada noche. La inquietud de Cristina y de Victorino los llevó a levantar el vuelo, apenas comenzó la oscuridad. A media noche llegaron a su destino. Apenas el muchacho sintió el ruido de las alas, henchido de gozo, se elevó con rapidez, gritando la voz de orden: "Buen resultado"; partamos al Castillo. No tardaron en descender los cinco al alero del balcón. Guardaron las alas, y se hicieron anunciar por el hijo.

Es casi imposible describir la alegría del viejo gentilhombre, al contemplar a su hija, tan fresca y graciosa como en el momento que la había perdido. No pudo proferir frase alguna, pero la estrechó contra su pecho paternal.

En seguida tomó en sus brazos a Sofía y a Alejandro, llorando al contemplar la belleza de la joven, en la que le parecía revivir el retrato de Cristina, su querida mujer, en los días pretéritos de su matrimonio.

Enternecido por estas escenas, su corazón se abrió generoso al contemplar a Victorino arrodillado a sus pies, los ojos bajos, con el aire contrito del culpable. Se arrojó a su cuello llamándole "mi yerno". Luego escuchó con gran placer el relato de Cristina, y la certeza de la felicidad que había encontrado. Terminada la narración, el viejo noble, dio voces de mando:

—Que hagan venir al Notario.

Se ratificó el matrimonio, y en la misma acta se reconoció la legitimidad de la familia, declarando en seguida heredero universal de sus bienes a su nietecito, pues los otros declararon no tener necesidad de herencia alguna.

Una vez solucionados los problemas legales, Victorino propuso a su suegro, que aprovecharan la oscuridad de la noche para visitar sus tierras.

—Con mucho gusto, mi yerno —exclamó el anciano—. Pero ¿qué medios de locomoción utilizaremos?

—Los mismos, que utilizamos para venir —fue la respuesta de Cristina—. Partamos.

Los cinco se ajustaron las alas, sobrevolaron el balcón y el gentilhombre fue colocado en los brazos de Victorino, quien lo alzó como una pluma. Cristina y los hijos volaban a su lado, y en menos de media hora, llegaron al Monte Inaccesible.

No era una gruta la habitación donde se alojó el anciano abuelo. El albañil, raptado por Victorino y unido en matrimonio con la hija de la Vezinier, había enseñado a los jóvenes el arte de la construcción. Al lado del arroyo, adosado a la roca, había erigido un palacio de orden corintio, muy bien distribuido en sus proporciones. Lo coronaba un jardín artificial, que dominaba la cima del monte. Allí aterrizaron los viajeros. Se acostaron todos a la llegada, y se retardó la visita para el momento en que el abuelo despertara. Este durmió poco; la curiosidad, el placer y la alegría le permitieron sólo algunas horas de reposo. El primer golpe de vista fue atractivo. Admiró ante todo el jardín alimentado por una bomba aspiradora que hacía subir el agua. Descendieron al Palacio, muy bien alhajado. Se sorprendió al encontrar allí una capilla, con todos los adminículos necesarios.

Lo impresionó la belleza de la juventud, producto sin duda, de la nitidez del aire y de la ausencia de pasiones impuras, pues la belleza y la bondad son dones naturales del hombre.

Visitó la terraza de Verano, donde había una sola habitación, vasta, capaz de albergar a toda la comunidad. Era un lugar de recreo, adonde se acudía en los días de verano para aprovechar las horas de reposo, en apropiados juegos.

Antes de comida el anciano presenció estos juegos que eran cotidianos después de las horas de trabajo, a menos que hubiera obras urgentes, como el caso de la construcción del Palacio y la Capilla, o cuando se habilitaban casas de emergencia. En estas ocasiones el trabajo extraordinario servía de descanso, pues la comunidad comprendía la urgente necesidad de terminar estas faenas.

El abuelo empleó todo el día en recorrer los dominios de su yerno y con ayuda de un anteojo de larga vista, examinó los accidentes geográficos de los alrededores, los que le eran familiares, ubicando aun su Castillo, desde la punta escarpada de una roca. El entusiasmo del viejo fue enorme por este descubrimiento.

—Desde aquí, amado padre —dijo Victorino—, les he mostrado a su hija, lo mismo que a los hijos, su residencia, pagando así tributo a su cariño filial.

—Lo que me dices me encanta, mi yerno, y aunque no fueses soberano te entregaría mi hija en matrimonio. Además, me la has devuelto en la persona de Sofía que es también mía.

Al bajar de las rocas, sirvieron la cena.

Al día siguiente, Victorino informó a su suegro sobre las leyes que rigen la comunidad. Eran justas y equilibradas y despertaron su admiración, pues eran ellas el producto de la mente de un simple hijo de procurador. La sabiduría no es producto de la nobleza; aunque la inteligencia y la sabiduría pueden dar nobleza, esta es una verdad, que hay que tener muy en cuenta. Si los poderosos quisieran reflexionar sobre la verdad de que ellos no poseen ningún derecho propio y que son razones de orden público las que les ha entregado estos derechos que ellos gozan, serían menos duros, egoistas y vanidosos. Si los magistrados se dieran cuenta que las instituciones sólo existen gracias al Pueblo y no los Pueblos por ellas, serían, sin duda, más íntegros y menos crueles contra los culpables.

Las leyes de Victorino eran simples y podían resumirse en cortas palabras:

Culpa y Pena:
Asesinato: Lanzarlo desde lo alto del Monte.
Robo: Imposible.

Calumnias o Maledicencia: Privación de los placeres públicos.
Bienes: En común.
Adulterio: Esclava del marido durante dos años.
Violación: Esclavo de la mujer, hasta que ella quiera.
Golpes: Pena del Talión por el jefe.
Desobediencia de parte de los hijos: Vivir lejos de sus compañeros.
Hijo o hija de mala conducta: Secuestro, pena de celibato, hasta que obtengan el perdón por buena conducta.
Incorregible: Precipitados de lo alto del Monte.
Buenas Acciones: Servicios meritorios; recompensados por distinciones.
Los más capaces en el trabajo: Privilegios de escoger las jóvenes más bellas para el matrimonio.
Desacuerdo conyugal: Se reunirá la comunidad, dirigida por el jefe, y si los medios de conciliación no son posibles, se disolverá el matrimonio. En casos menos graves, separación temporal de un año, antes de tomar medidas absolutas.

—Me gustan estas leyes —respondió el padre de Cristina—, pero por desgracia no serían suficientes en nuestro país, donde el lucro personal y la apetencia de bienes corrompe todo.

Querido yerno, sólo te falta para ser un importante Soberano tener grandes tierras bajo tu dominio. Sin embargo, me complace saber que aquí estás más seguro que muchos príncipes de Alemania o Italia, cuyos estados son más vastos que los tuyos. Ellos gozan tan sólo de poderes precarios; aquí los tuyos son absolutos.

—No me limito, querido suegro, a este punto geográfico del globo —respondió Victorino. Ahora que estamos reconciliados y que la felicidad de mi familia es perfecta, emprenderé la realización de mis grandes proyectos. En corto tiempo haré un viaje, con mi hijo mayor,

a las Tierras Australes, lejos de los países descubiertos por los ambiciosos europeos. Cuando ubique un país o isla como Tinian o Juan Fernández, transportaré allí esta colonia. Haré el viaje por el camino más corto, y como no tendré que hacer estadas, tardaré poco tiempo. Es necesario, sin embargo, descubrir para el viaje una sustancia alimenticia que pueda transportarse fácilmente, pues no podríamos llevar con nosotros mucho peso. Apenas lleguemos le aseguro que Cristina será la primera soberana de un inmenso reino, y es mi amor por ella el que me lleva a proclamarlo. Estos son, mi suegro, los proyectos de su yerno.

El abuelo lloró de alegría, y abrazando a Victorino, exclamó:

—Cumple tu alto destino, hijo mío. El que supo fabricar alas para volar, y crear el reino del Monte Inaccesible, es capaz de fundar un gran imperio. El que puede lo menos puede lo más. Ahora me siento feliz, feliz, como nunca.

—Puedo ir a ofrecer mis servicios al Rey de Francia, y en la guerra actual podría transmitir órdenes a la flota de alta mar, advirtiéndole los movimientos del enemigo. En fin, podría ser el árbitro entre reyes y naciones; evitar las guerras, amenazando a los culpables; puedo, en fin, pacificar estas terribles querellas que enlutan a las naciones. Me bastaría secuestrar en el Monte Inaccesible, cinco o seis dirigentes ingleses, alemanes, portugueses, moscovitas, etc., para que los otros aterrados se entreguen y no se atrevan a combatir.

—Tienes razón, mi yerno. Tu proyecto tiene valor semejante al que redactara el abate de Saint Pierre o el de J. J. Rousseau. He aquí un método para establecer la Paz Universal.

—Me he entretenido —agregó Victorino—, en componer el discurso que pronunciaría frente a los ejércitos que luchan. Estoy seguro que estas palabras ayudadas por algunos golpes de efecto, causarían gran impresión.

..."Son hombres, estos que veo aquí, dispuestos a destruirse mutuamente. No, no, no pueden ser Hombres. El hombre es un ser dotado de razón; ella lo conduce, lo defiende, le explica el Universo. El león, el tigre, cuya sangre está alimentada por acre bilis, pueden defender sus derechos destrozándose entre sí. Pero, el Hombre, reflejo de la divinidad, debe emplear otros medios. No, no son hombres los que veo, son locos. ¡Oh, insensatos! escuchadme; escuchad al Hombre-Volador, que puede aplastaros bajo una lluvia de piedras, brazo que puede aniquilar a vuestros jefes.

¡Irracionales!; oídme locos, veinte mil, treinta mil entre Uds. van a morir en la lucha. Cuando hayan muerto ¿cuál de los dos bandos tendrá la razón? ¿Será el más fuerte? —que asemeja al hombre a la Divinidad—, como ateos. más bien dicho, como animales, os conducís. ¡Oh! Insensatos poseéis leyes que condenan a muerte a los asesinos y a los ladrones. Recordad que los más feroces de los asesinos son vuestros generales, que blasfeman de la Naturaleza al ordenar el ataque. Que blasfeman de la Divinidad, al consagrar la injusticia. Que degradan al hombre obligándolo a conducirse como animal. Ellos merecen la hoguera y las ruedas del tormento, al olvidar que el hombre está dotado de razón y puede entenderse con lógica dignidad. Pero ¡infames insensatos! ¿Teméis a la razón? Si no la temiérais la emplearíais, y si estáis muy ofuscados, llamaríais en su nombre a árbitros desinteresados. Pero, por desgracia, no queréis ni la razón ni la justicia. Sois apóstatas de la Divinidad. ¡Desgraciados! Habéis dictado leyes contra los ateos y los asesinos, poseéis una religión, sacerdotes y altares. ¡Es ésto una broma! Es un escarnio de la Divinidad. No os reconozco, no sois hombres. Si peleáis, al instante dirigiré mis certeros golpes contra los jefes de ambos ejércitos y con su vida pagarán este insulto a la naturaleza divina.

Atreveros a comenzar. Yo, el Hombre-Volador, os conjuro a que entréis en conversaciones. Exponed vuestras quejas, exigir reparaciones, como seres razonables. ¿Cuál de ambas nacionalidades cedería reconocer lo que es justo? ¿Quién se arriesgaría a desafiar al desprecio del mundo entero? ¿Quién se atrevería a tomar las armas primero, si el Universo lo rechazará como a una bestia dañina?" ("Muy bien. Muy bien mi yerno", interrumpió el abuelo al ver a su hijo transformado en el árbitro de las naciones y de los ejércitos).

—Yo —prosiguió Victorino—, el Hombre-Volador, aceptaría el arbitraje. Preparad vuestras tesis, las cuentas claras, en que nada sea contrario a la verdad. Depositadlas en esta roca; yo las leeré y les traeré luego la respuesta...

He aquí, mi señor padre, el discursos que he preparado y que tal vez pronuncie algún día.

—Es hermoso, mi yerno, y estaría encantado si puedes ayudar a la Patria en su lucha contra los ingleses, pero creo que lo más importante para ti es ahora la fundación del Imperio de las Tierras Australes. El Capitán Halley ha vuelto de allá (1700) y no ha encontrado nada que valga la pena. Puede haberse equivocado.

Tú, con las alas, puedes ver cien veces más que él. Sólo al encontrar esas tierras mi hija será una reina verdadera. (El abuelo se levantó para abrazar a su yerno).

Esos fueron los temas que abordaron el abuelo y el yerno durante su permanencia en el Monte Inaccesible. Al cabo de ocho días, a las 10 de la noche, Victorino condujo al anciano al Castillo, acompañado de toda la familia. Nadie advirtió la llegada. Los jóvenes ayudaron al anciano a acostarse; lo abrazaron y regresaron a la Montaña.

Enorme fue la sorpresa de los domésticos al ver, al día siguiente, al anciano que fumaba su acostumbrada pipa en el balcón. No podían creer a sus ojos, tomán-

dolo por un fantasma. Pronto su voz imperiosa, dando órdenes los obligaron a darse cuenta de la realidad. Nadie se atrevía a hablarle, pues era de genio vivo. Al fin la vieja empleada de la mano, la más antigua del servicio, le preguntó:

—¿Cuándo regresó Ud. mi amo?

—Ayer en la tarde, mi vieja vervidora.

—Nadie os ha visto.

—Parece que durmieron ustedes, un sueño profundo, pues nadie despertó.

—¿Ha hecho buen viaje?

—Maravilloso. He visto a mi hija, a mis nietos y a mi yerno; yerno mejor, hubiera sido difícil encontrar en todo el reino...

—Qué felicidad, mi amo. Pero por aquí se murmura que es Victorino.

—El marido de mi hija es un príncipe y ella será algo más que princesa dentro de poco.

—Dios los bendiga.

—Así sea, vieja servidora, ocúpese ahora de sus quehaceres, mientras yo despacho los asuntos importantes.

Yo me imagino que el gentilhombre quería trabajar un poco en legislación del futuro reino de su yerno, pero lo que él ideó, sin duda importante, no ha llegado a nuestro conocimiento. Volvamos al Monte Inaccesible.

Cristina que había escuchado las conversaciones de su padre y su marido sobre su futuro reinado, aprovechó una ocasión favorable para preguntar:

—¿Victorino, lo que has dicho de las Tierras Australes, de la Isla de Tinian y de la isla de Juan Fernández, es cosa seria?

—Muy seria, mi querida esposa, muy seria, no me atrevería mentir a tu padre.

—¿Crees por ventura que seríamos más felices allá que en estas soledades?

—No es la soledad únicamente; yo estoy contento

donde tú estés, pero ando en busca de gloria. Fundaremos un reino nuevo que tal vez sea célebre en el futuro. A sus habitantes les inculcaremos las artes y las ciencias en forma que nunca las puedan olvidar.

—Temo, mi amor, que este gran proyecto no puede realizarse por completo, pues para formar una sociedad importante, el buen sentido me dice que debes tú señalarles los vicios que están repartidos por el mundo, de manera que esos futuros ciudadanos encerrados, ahora cultivando las virtudes, no sean la presa fácil de la potencia europea que los descubra. Es necesario que los transformes en guerreros, es decir, en hombres malos, para evitar que sean esclavizados. Es preciso poseer una marina para el comercio. Si se contentaran con consumir lo que ellos producen, principiarían a decaer poco a poco. Me doy cuenta que aquí no existen vicios, pero les falta energía propia. Y estoy segura que si no fuera por las leyes que tú has dictado, y por ser tú el alma del Monte Inaccesible, todos se entregarían a la molicie.

—Es una observación interesante, mi querida compañera. Sabía que eras una mujer de espíritu, pero, ¿si las cosas humanas se hicieran sin peligros, sin penas ni trabajo, en qué consistiría el mérito? La gloria consiste precisamente en dominar los peligros, que es lo que ansío. Por otra parte, este sitio va quedándonos estrecho si tomamos en cuenta las nuevas generaciones. Quiero ante todo trabajar en el descubrimiento de la isla o continente que esté deshabitado o al menos que no haya sido colonizado por grandes potencias, y cuya vecindad no sea peligrosa. Si encuentro ese sitio, tendré la precaución de no revelar su existencia a los europeos. Trataré de descubrir tierras fértiles, entre los 40° y 45°, lo que de acuerdo a las observaciones de los viajeros que he leído, corresponde más o menos a los 50° del hemisferio septentrional. Es aquí donde los hombres son más varoniles. Una vez establecidos en esos parajes, enseñaré a los pueblos las artes y las ciencias, recomen-

dándoles que no naveguen muy lejos, que no abandonen las costas y eviten acercarse al Ecuador.

La pena que tengo, mi esposa, es por la separación. Os dejo a mi hijo mayor y a mi hija; ellos traerán al Monte Inaccesible a vuestro padre y al mío, a quien por razones especiales no he querido ver todavía; deseaba dar libertad a vuestro padre para que hablara sin cortapisas de su yerno.

—¿Partirás pronto, mi amor?

—He hecho los preparativos. Necesitamos alas poderosas, de gran resistencia, capaces de mantener en el aire las provisiones; llevaremos de repuesto algunas más ligeras para las faenas de la caza y de la vida en esas regiones.

Cristina estaba enojada por la rápida decisión, pero el viaje tenía un significado tan profundo para su marido y para su padre, a quien trajo nuevamente Victorino, que todo estuvo listo para el mes de septiembre. Las lágrimas de Cristina, del hijo mayor y de Sofía acompañaron la partida. El abuelo, pleno de gozo, les dio su cariñosa bendición.

Los dos viajeros equipados con poderosas alas se elevaron por los aires desde la punta escarpada del Monte Inaccesible a las diez de la noche, a mediados de septiembre. Llevaban los víveres amarrados a la cintura en sendos canastos que les daban el aspecto de dos pájaros de gran tamaño.

Tomaron la ruta del sur, siguiendo el meridiano marcado por las estrellas de la constelación de Capricornio. En ocho días alcanzaron el Ecuador, elevándose allí a más altura para evitar el calor excesivo. En las noches tuvieron, al contrario, frío.

Durante el trayecto durmieron sobre las montañas escarpadas, utilizando los canastos como almohadas. Nadie advirtió su presencia durante el recorrido, debido a la altura considerable a que volaron. A veces los labradores los confundieron con pequeñas nubes. De las

ciudades, solo descendieron en El Cairo, en Egipto, para examinar un cocodrilo que dormía a orillas del Nilo. Su aparición causó estupor general en la ciudad. Musulmanes, coptos y judíos interpretaron, de acuerdo con sus tradiciones, el acontecimiento. Los primeros creyeron que Mahoma en persona venía a castigarlos por sus frecuentes revueltas. Los segundos, pensaron en el fin del mundo. Los judíos abrían las ventanas gritando: el Mesías, el Mesías, Adonai.

Todos quedaron más asombrados aún al ver que los hombres volantes siguieron su camino hasta posarse en las más altas de las Pirámides.

A los doce días llegaron al Trópico de Capricornio. En los días siguientes recorrieron más o menos entre 20° y 25°, buscando el mismo paralelo de Francia.

Divisaron primero una isla grande, que tomaron por un Continente, pero viéndola habitada la dejaron. A los 100° de latitud sur y 100° de longitud, sobrevolaron a otra isla, tan grande como Inglaterra, Escocia e Irlanda reunidas. Estaba situada en el mismo meridiano que Francia, de manera que las horas eran las mismas, y las estaciones diametralmente opuestas.

Primera isla: Cristina o Nocturno

Victorino y su hijo sobrevolaron la hermosa isla durante algunos días. Estaba cubierta de bosques, pero contenía pastizales donde pastaban pacíficamente manadas de animales: bisontes, búfalos, bueyes, especies de ciervos, cabras salvajes; un animal semejante a la cebra o al asno; otro parecido al caballo. Vieron pocos animales de presa, una especie de tigre o jaguar, pequeño, abundante, que no atacaba a los animales sino a aquellos muy viejos. Solo al tercer día, Alejandro descubrió una criatura humana en la isla. Era un hombre desnudo que los observaba desde la entrada de una caverna. Lo señaló a su padre, quien con la ayuda del

anteojo, divisó varios otros hombres y mujeres desnudos, recostados sobre el vientre.

—No hay sino salvajes en esta isla, dijo Victorino a su hijo; son pocos y creo que podemos descender.

Buscaron un lugar apacible entre las alturas de la isla, con ayuda de las alas de repuesto, pero tomando precauciones. Divisaron una montaña desierta, situada sobre una llanura y un lago. Allí aterrizaron, pusieron los víveres en una caverna y pernoctaron. Al día siguiente, con espadas y pistolas, salieron a cazar; mataron varias aves, que cocinaron en una olla que habían traído. La sopa los reconfortó. Buscaron la forma de conseguir pan, encontrando un árbol que producía una fruta que se asemejaba a la castaña en el gusto. Después de comprobar su bondad, por el fácil medio de hacerla comer a los animales, se aprovisionaron en abundancia.

Cada día estaban más contentos; adentrándose en el territorio, pero marcando los árboles para encontrar el camino de regreso. Mataron jaguares con los sables, de cuya carne se alimentaron. A los ocho días encontraron un camino trazado en el campo, que recorrieron, hasta alcanzar una fuente, alrededor de la cual vieron especies desconocidas de animales, que parecieron sorprenderse, pero que no emprendieron la fuga. Prosiguieron el camino con la convicción de encontrar al resto de sus habitantes y sus raras habitaciones. Pronto llegaron al término del camino; lo tapaba una gruta protegida por troncos de árboles, torpemente labrados por medio de la frotación de piedras. A pesar de poner el máximo de atención, no pudieron ver nada, pues la oscuridad era completa. Sin embargo, escucharon leves ruidos que los sobrecogieron de miedo, prefiriendo aprestar las alas y alejarse prestos a la gruta.

Al poco rato estaban de nuevo en la falda de la montaña, sin haber podido encontrar, al parecer, nada de importancia.

—Creo, padre mío, que los habitantes de este país se

parecen a los murciélagos. Durante todo el día no se ve nada y reina un silencio profundo, pero, le aseguro, que en la noche escucho voces y gritos de hombres. Me parece conveniente permanecer hoy en vela para investigar. Acostémonos temprano, y a medianoche nos levantaremos con dicho objeto.

Victorino parecía haber meditado el asunto, pero no podía imaginar la especie a que pertenecían los habitantes de la Isla Cristina, que así había bautizado la isla. Encontró, por eso aceptable la idea de su hijo y la realizaron. A media noche se apostaron, en un lugar propicio para las observaciones. Apenas se hubieron colocado allí, vieron avanzar cinco o seis hombres de la isla, con sus mujeres y niños. Los salvajes observaron la gruta, profiriendo algunas palabras, en un tono gutural semejante al ruido de los murciélagos, pero de tono más agudo. Victorino comprendió por el discurso, que su llegada no era un misterio para ellos, pero lo que los sorprendió enormemente fue verlos correr con gran ligereza, recogiendo los frutos de los árboles pareciendo ver claramente, a pesar de la profunda oscuridad. Poco a poco, acudieron en gran número, conversaban animadamente entre ellos y se sirvieron una colación de frutos carnosos. Al despuntar la aurora, apareciendo el retorno del día, se retiraron a sus cavernas. Los dos europeos siguieron al grupo. Pronto dos salvajes, que habían quedado rezagados y que marchaban a tastabillones, deslumbrados por el sol alto, se toparon con ellos. Grande fue la sorpresa de los naturales. Apenas se tranquilizaron, Victorino y su hijo apresaron a uno de los salvajes, llevándolo a las rocas. En el camino encontraron otro nativo, quien no advirtió la presencia del grupo. Lo dejaron continuar el camino, con los ojos cerrados y paso vacilante.

Al llegar al roquerío, examinaron al salvaje. Era un mancebo de unos veinte años, de color cobrizo, con largas pestañas. Parecía distinguir algo y esto lo llenaba

de pavor. Le hicieron gestos amigables, ofretiéndole comida, pero estaba insensible, demostrando solo deseos de dormir. Lo colocaron sobre el césped, y no tardó en quedarse profundamente dormido. A la hora del crepúsculo despertó de improviso. Al verlos demostró nuevamente pavor, buscando la manera de escaparse. Le ofrecieron carne cocida, pero el salvaje tembloroso no se atrevió a tomarla.

—Pienso —dictaminó el muchacho-volador—, que los habitantes de esta isla, son los hombres de la noche. Se creía que sólo existían ejemplares aislados, parece, sin embargo, que se trata de una raza aniquilada, que perdió contacto con los demás hombres. Ahora me informo en que todavía quedan grupos aislados de ella.

—Dictaremos para protegerlos, exclamó Victorino, una ley que prohiba causarles mal alguno, pues parecen inofensivos. Por el momento pongamos a nuestro prisionero en libertad para ver lo que acontece.

Victorino despejó la entrada de la caverna y el salvaje escapó con rapidez. Premunidos de sus alas, los europeos siguieron al fugitivo, que no tardó en encontrar a sus compatriotas.

Se detuvo y comenzó a perorar con gran fuerza. Cada grito del prisionero era respondido por uno más agudo del grupo. Al final el prisionero monologó por espacio de unos diez minutos. Después de lo cual todos emitieron voces agudas, y juntos se acercaron a la gruta. Sin emplear la violencia, no se atrevían a entrar en la cueva. Se asomaron únicamente, dando voces que al parecer significaban que no advertían nada especial. Victorino, por el modo de actuar, comprendió que se trataba de hombres mansos, pero difíciles de aprisionar. Dando gritos para llamar la atención, se mostraron al grupo, que demostró terror y deseos de arrancar. El joven prisionero avanzó, invitando al grupo a seguirlo, acción que nadie quizo imitar. Entonces Victorino desde lejos les ofreció carne y frutas, exortándolos por gestos a aceptar el ofrecimiento.

Nadie se atrevía a dar el primer paso y aunque el joven prisionero quizo avanzar fue detenido por los demás. Victorino y su hijo para asombrarlos, batieron las alas elevándose por los aires.

De inmediato se oyeron los gritos peculiares de su lenguaje. Contentos por esta experiencia los europeos se retiraron a la caverna, donde permanecieron hasta rayar la aurora.

Sabiendo que nada podían temer de los habitantes durante el día. Victorino y su hijo continuaron en vuelo y a pie la exploración de la isla.

Mientras planeaban advirtieron un navío acosado por la tempestad. Quisieron ayudar a los tripulantes, y al acercarse, el barco se estrelló contra una roca, partiéndose en dos.

Los hombres-voladores gritaban en francés a los pasajeros que se mantuvieran en calma, y les aconsejaban subir al puente de mando. En seguida, aprovechando uno de los cables amarrado al palo de mesana, ayudados por las fuerzas de las alas, remolcaron el navío a un lugar seguro, amarrando los mástiles e invitando a la tripulación a que trepara por los cordeles.

La maniobra fue de fácil ejecución. El navío era por fortuna francés. Mientras duró el peligro y la muerte parecía inminente, los tripulantes no habían prestado atención a los hombres-volantes, pero una vez que estuvieron a salvo, la sorpresa fue mayúscula, y no era para menos: habían sido salvados a 40.000 leguas de su patria, por hombres-voladores que hablaban francés. El peligro subsistía, sin embargo; y por parejas, condujeron a los hombres a tierra. Al restablecerse la calma y cuando todos quedaron tranquilos, la chalupa fue despachada a recoger las provisiones.

Se encontraron en buen estado unas cajas de galletas, vino, trigo, aguardiente, y algunas herramientas.

En cambio la pólvora se había arruinado. También se salvaron algunas mercaderías que aunque mojadas, podían ser útiles. Sólo cuando se hubo retirado del navío todas las mercaderías aprovechables los tripulantes comenzaron a mirar con curiosidad a los hombres-voladores.

Estos se presentaron, invocando para su respeto personal el nombre de los progenitores y del Gentilhombre De. B. . .m. . .t. En el navío venían dos mujeres: se las echó a la suerte entre los oficiales jóvenes y los otros, menos afortunados, juraron considerarlas como legítimas esposas de sus compañeros.

En seguida Victorino les aconsejó que se ayuntaran con hijas de los salvajes noctívagos, persuadido que una raza mestiza era más fácil de educar. El proyecto se puso luego en ejecución. Se roturó la tierra y se esparció la semilla encontrada en el buque. Y mientras se esperaba la próxima cosecha se dieron órdenes de economizar las galletas y los víveres, basando la alimentación en las frutas y la leche. Pronto se domesticaron cabras y vacas salvajes. Se descubrieron palomas que ponían huevos comestibles. Se plantó un jardín con las semillas europeas y los hombres-voladores prometieron aportar o traer contribuciones sustanciales.

Una vez que reinó el orden en la improvisada colonia, los marineros se dirigieron a la gran caverna de los hombres de la noche y escogieron a las más hermosas mujeres, trayéndolas consigo de día para aprovechar su transitoria docilidad. La vida marital tranquilizó a estas mujeres singulares, en cambio los hombres no pudieron acostumbrarse a la nueva existencia, y permanecieron alejados, temblando aún a la vista de los extranjeros. Respetaban únicamente a Victorino y a su hijo.

Pronto los náufragos se acostumbraron a la situación creada, y los hombres-voladores creyeron a su vez conveniente retornar a Europa para ejecutar los planes generales. Antes de partir preguntaron a los habitantes

lo que deseaban conseguir, por lo cual Victorino y su hijo realizaron el viaje repletos de encargos.

En el viaje de regreso pasaron por las minas de diamantes de Golconda, y allí, después de aterrar a los guardias con su presencia, eligieron las gemas más preciosas. Se dirigieron luego a Inglaterra donde vendieron las piedras. Con el producto adquirieron un soberbio bergantín, a bordo del cual partieron al puerto de Brest, donde desembarcaron.

Seis meses después de la partida regresaban al Monte Inaccesible, más o menos el 25 de mayo. Encontraron al abuelo, quien no se atrevió a dejar sola a la desconsolada hija. Los detalles de la acogida son indescriptibles. El relato del viaje deleitó al anciano, quien se entusiasmó con el aprovechamiento que Victorino había hecho de los náufragos franceses, aprobó el matrimonio de ellos con las hijas de la noche, y fue tal su entusiasmo que postrándose en tierra proclamó a su hija soberana de las nuevas tierras, designándola Reina. El episodio final de los diamantes de Golconda y del barco comprado con el producto de su venta, le indicó los propósitos de Victorino de equipar la nave no sólo con la comunidad del Monte Inaccesible sino con artesanos y artífices, a quienes no se les informaría sobre el destino de la expedición. Para preparar la empresa, el abuelo pidió que lo llevaran de vuelta al Castillo. Quería vender sus propiedades para adquirir objetos manufacturados necesarios para la futura Colonia. Todo se efectuó con presteza, y para abreviar diré que en corto tiempo estuvieron preparados los coches para transportar a los emigrantes. Victorino convenció a su padre, el procurador, a sus hermanos, primas y parentela de unirse a ellos en la empresa de ocupación de esas tierras lejanas. En el puerto de Brest se embarcó toda la comunidad, y los artesanos y artífices contratados, con sus respectivas familias. El pretexto era ir a establecerse en Cayena, en la Guayana Francesa.

Un hermoso día se hicieron a la mar. Al poco andar, Victorino y su hijo aprestaron las alas y desde lo alto de los mástiles dirigieron la nave hacia su destino, a la manera como se relata que en la Antigüedad, lo hicieron Cástor y Pólux.

Sorteando los escollos, por la vía más corta y sin usar ni siquiera la brújula, los pilotos aéreos condujeron el buque. Uno de los hijos, o a veces Sofía, volaba con la sonda en la mano, a flor de agua, para evitar los bajos fondos. En tres meses de deliciosa navegación, abordaron la Isla Cristina, donde fueron recibidos con gritos de júbilo por los colonos que acababan de realizar la primera cosecha, y de tener los primeros hijos. Al llegar a tierra, Cristina fue proclamada Reina, y para su residencia se apresuró la construcción de un Castillo, con cómodas habitaciones. La comunidad quedó entregada al trabajo de acuerdo con las leyes que habían regido al Monte Inaccesible. Las cosas marcharon bien, a pesar que el abuelo quería instituir títulos de nobleza: Barones, Condes, Duques y Marqueses. Pronto se convenció que era mejor seguir las leyes de la más estricta igualdad. A su vez, el procurador quería nombrar oficiales de justicia, pero se llegó a un sistema más expedito. El enlace de los marineros con las hijas de la noche, dio origen a una raza mestiza de tipo físico, parecido a sus progenitores remotos. Se esperaba mejorarla con oportunos cruzamientos. La raza nocturna fue entregada a su suerte...

El balance, tras los primeros seis meses de estada fue favorable. La primera ciudad, capital de la Isla Cristina, albergaba trescientos habitantes, incluyendo a los náufragos, la comunidad del Monte Inaccesible, verdadera nobleza por la pureza de sus costumbres y el afecto hacia sus soberanos. El buque fue puesto bajo la custodia de la juventud del Monte Inaccesible, con la prohibición de dejar entrar a miembro alguno de la Colonia. Victorino, para mayor seguridad, desmanteló las

velas. La nave fue entregada al comercio con las islas vecinas, que los hombres-voladores habían reconocido. Gracias al trabajo de los artesanos, se logró una superproducción que iba a servir los propósitos del intercambio. Victoriono había estudiado la isla vecina, y sabía lo que ellos necesitaban, por lo cual había buenas perspectivas de comercio.

Segunda Isla, la Victorica o Patagonia.

Los habitantes de la Victorica (nombre con que bautizaron la Isla Grande), son de la raza patagónica, gigantes de unos doce a quince pies de altura. Son pacíficos, nunca pelean entre ellos. Por algún tiempo Victorino y su hijo no se atrevieron a descender, pero al hacerlo observaron que no los distinguían de los cóndores, aves enormes que fácilmente podían identificarse con ellos. Al fin, padre e hijo descendieron en una roca, y desde esa eminencia pudieron advertir los caminos apropiados para un reconocimiento.

Mientras admiraban la naturaleza del país, constataron la presencia de una niña de unos doce años, de una estatura de diez pies. Derribaba árboles, y al verlos los amenazó con una piedra, que ellos evitaron tomando altura. Una mujer de doce pies, aparentemente la madre, intervino, llamando a los hombres-voladores, en la forma en que se llamaba a los pájaros. En vista de esta disposición favorable, Victorino y su hijo se acercaron, dando muestras de alegría y de afecto. Las mujeres parecían estar contentas, y al marcharse, Victorino las siguió desde lo alto. Penetraron en una gran casa de madera, habitada por verdaderos gigantes, hombres y mujeres que los miraban, comentando su presencia entre ellos. Los hombres parecían no darles mayor importancia. Se pusieron a comer, sentándose a la mesa, a la manera de ellos, es decir, en troncos de madera que servían de asiento. La madre distribuía los alimentos,

pan, uvas y una especie de paté, contenido en vasos de madera. Al terminar la colación se acostaron sobre el césped, junto al sitio en que habían comido. Unicamente la jovencita se acordó de los hombres-voladores, a quienes ofreció alimentos. Victorino la tomó de la mano, lo que causó alegría a la joven.

Partieron al día siguiente. Estaban decepcionados; acostumbrados a ser en Europa los reyes de la naturaleza, no se sentían bien en compañía de seres que los miraban con desdén, debido a su superioridad física, condición diferente a la superioridad social de los reyes y príncipes. Esta diferencia envilece, pues el hombre que puede tomar a tres o a cuatro hombres en sus manos, y sujetarlos como pájaros, es orgulloso. No es extraño que los gigantes de otrora que poblaban el antiguo continente, hayan sido destruidos poco a poco por los hombres pequeños. Victorino estaba seguro que si la Isla Victorica fuera poblada por europeos, los gigantes iban a desaparecer pronto.

Al regresar, Victorino y su hijo relataron lo visto, sin demostrar esperanzas de fundar sobre estas observaciones comercio alguno con ellos.

Después de dos o tres viajes, Victorino se familiarizó con los patagones y ellos a su vez demostraron buena voluntad. Les llevó muestras de las diversas mercaderías, y una vez que los patagones vieron que estaban fabricadas a la enorme medida de su talla, demostraron interés en comerciar.

El navío llegó poco después a la tierra de los patagones australes, quienes se maravillaron de lo que podían hacer esos hombres diminutos. No se cansaban de contemplar a esos enanos que maniobraban el buque. Por signos comenzó el entendimiento mutuo. Al cabo de cierto tiempo las palabras básicas de los respectivos idiomas eran del dominio general. Los patagones rindieron homenaje a la industria de los viajeros enanos, dotados, por otra parte, de su misma conformación física, hábiles para la fabricación de utensilios y mercaderías, producto de arte y de la industria de esos seres diminutos.

Algunos creyeron que la industria era una consecuencia de la debilidad de esos hombres pequeños, pero otros apreciaron, sin reservas, los objetos que traía el buque. Lo que más les llamaba la atención era la manera de volar de Victorino y de su hijo, pero ellos por prudencia se abstuvieron de enseñarles el mecanismo. El buque en sí no les interesó mayormente, preferían la tierra al océano, y pensaban que era cosa de locos abandonar la isla en busca de otras tierras. Creían que el hombre, como las plantas, debe permanecer adherido a la gleba y que al desertarla entrarían en decadencia. Victorino no entendía estos raciocinios, pero admiraba la isla en su calidad de soberano, la que prefería al rango de procurador fiscal del Delfinado o al de Rey del Monte Inaccesible, territorio que, sin duda, no hubiera bastado en corto tiempo a alimentar a sus numerosos habitantes.

El comercio se realizó a base de trueque de metales, en especial el platino, abundante en la Isla Victorica. Era de muy buena calidad, flexible y maleable, superior al conocido de América, lo que le daba un valor comparable al oro.

Con el platino se fabricaron múltiples objetos, además de la acuñación de moneda. Se encontraron también dientes de elefante de un volumen prodigioso, con el cual se labraron obras de arte importantes, entre otras, columnas que servían de doseles a los lechos.

Se descubrió igualmente un metal semejante al cobre, con aleación de fierro, diferente del cobre europeo, que produce un precipitado verde gris, peligroso por sus efectos. No encontraron ni minerales de plata ni de estaño, sino una especie de plomo. Lo utilizaron para las puntas de arado, que por desgracia, eran de menor duración que las de hierro.

Victorino reflexionando sobre este comercio, pensó que los metales podían despertar la codicia de los europeos, por lo cual prohibió momentáneamente su utilización hasta que el progreso pudiera transformar la Isla Cristina en una barrera a la invasión extranjera.

Después de adelantar estos datos sobre la nueva comunidad, entraré a dar detalles de los progresos y de la forma de su gobierno interno.

Poco después del primer viaje del buque a la Isla Victorica, la Reina Cristina y su marido comenzaron a preocuparse del matrimonio de su hijo mayor. Le manifestaron que debido a su rango podía elegir entre las mujeres más bellas y más meritorias. El joven permaneció silencioso ante estas proposiciones. Parecía preocupado, y más de un mes pasó sin que diera respuestas a las preguntas de sus padres. Cristina estaba inquieta y consultó a su experimentado padre.

—¡Por los diablos! —fue la respuesta—. ¿Con quién quieres casarlo? ¿Con la hija de la doméstica o del cordonero, las más apetecibles de la localidad? ¿Creen Uds. que un joven que lleva mi sangre y tiene, sin duda, las mismas inclinaciones mías, puede estar contento de su suerte matrimonial?

—Señor padre —respondió Cristina—. ¿Qué podríamos hacer? No hay otra solución que el matrimonio y no sólo a él y a Alejandro, sino también deberemos elegir marido para Sofía y a Alejandro, entre los miembros de la comunidad.

—¿Por qué? Me parece que la soberana no tiene una visión amplia. ¿Por qué no parten éllos al Continente, y en unas dos semanas arreglan matrimonio con dos princesas ilustres de Europa? En cuanto a Sofía no es difícil encontrarle marido, no a un príncipe heredero, que hay que dejar a su pueblo, sino un hijo menor.

—¿Padre, no produciría esto un desconcierto en la Comunidad?

—Al contrario, hija mía, creo que este gesto acrecentaría el respeto por la familia real, mientras que la familiaridad lo destruiría.

—Hablaré, entonces con Victorino.

—Muy bien, señora. Yo me encargaré de explicar mis intenciones al Soberano, vuestro augusto esposo —respondió el abuelo con énfasis y seriedad protocolar.

Victorino había advertido al igual el estado de ensoñación en que vivía su hijo, estado que coincidía, de acuerdo con sus observaciones, con el viaje a la Isla Victorica. Quedó aún más preocupado al advertir que su hijo hacía frecuentes viajes secretos a la Isla, en un vuelo de tres horas.

Varias veces se había preguntado qué podía atraerlo en el país de los gigantes.

La respuesta de Victorino a las insinuaciones de la Reina Cristina fueron vagas; se contentó con decirle que había que dar un ejemplo a la Comunidad, demostrando que seguían el aceptado sistema de la igualdad. El argumento pareció suficiente a Cristina, quien nunca había puesto en tela de juicio las ideas de su esposo. Prometió transmitírselas a su padre.

A su vez, Victorino encargó a su hijo menor que sondeara diplomáticamente las intenciones del primogénito. Los resultados fueron pobres al principio. Pero luego Alejandro, que seguía a su hermano a todas partes, pudo enterarse que éste volaba en derechura a la caverna donde habitaba la joven patagona que habían encontrado en la Isla en compañía de su madre.

Alejandro contempló la forma en que ella lo recibía, tomándolo entre sus brazos y acariciándolo; vio cómo su hermano devolvía estas caricias, por lo cual no dudó que eran amantes. El descubrimiento le pareció extraordinario y con presteza voló a comunicárselo a su padre. Victorino reunió a toda la familia real, la Reina, la princesa Sofía, sus padres, su cuñado, sus hermanos y hermanas y el eclesiástico, a quienes informó sobre lo que sucedía. El abuelo opinó que esta inclinación era

natural, y que era preferible casar al hijo con la mujer patagónica que con cualquiera dama de la comunidad, pues por medio de este matrimonio la familia real tendría en adelante una altura física superior al resto de la Isla.

El eclesiástico, verdadero arzobispo, agregó con gravedad que el asunto no ofrecía dudas, la historia lo probaba, pues leyendo las relaciones de Homero y aun de los poetas latinos se comprobaba que los reyes de Grecia, sus héroes y sus Dioses no fueron gigantes. Imaginaba que los amores de Júpiter eran amores pasajeros de este gigante con mujeres de talla común; que los hijos nacidos de esta unión eran de altura media y que compartían la estatura elevada del padre y la pequeña de la madre. Agregó el eclesiástico, que los libros santos de la Iglesia confirmaban estos asertos, pues los hombres turbulentos a que se hace mención en ellos eran hijos de los hijos de Dios y de los hijos de los hombres. Así fueron Hércules, infinitamente superior a su hermano Euriteo, y aunque nacidos de la misma madre, fue hijo el primero de un gigante, habiendo tenido la madre muchas dificultades al darlo a luz, según refiere Ovidio. A la inversa, el padre de Euriteo era un mortal común, llamado Anfitrión.

Baco tuvo también el mismo origen, pero la madre, Semele fue menos afortunada que Alcmena, pues tuvo el hijo a los siete meses, de resultas de lo cual murió, dando origen a la fábula que había querido ver a Júpiter en su máximo esplendor, fábula a la que se agrega otro sentido secreto que mi carácter eclesiástico me obliga a callar.

El abuelo encontró admirable el discurso; en cambio no impresionó éste a Cristina. Victorino esperó el retorno de su hijo para ver si estos amores habían tenido complicaciones. El padre lo interrogó con sencillez, le dio a conocer que estaba en antecedentes de sus inclinaciones y que en nombre de la ternura de padre que

tenían para con él le abriera su corazón. El afectuoso discurso produjo sus efectos. El joven, ruborizado respondió a su padre:

—Sería indigno de vuestra bondad si no le abriera mi corazón. Ud. sabe que he sido muy bien recibido por los Patagones, a partir de nuestra primera empresa comercial. La joven que Ud. y mi hermano conocen me demostró profundo afecto y apenas pudimos entendernos con algunas palabras de nuestras mutuas lenguas, me aseguró que si yo quisiera unirme a ella, ningún patagón me rechazaría.

Ud. sabe lo encantadora que es ella y como está maravillosamente conformada, mi corazón no pudo resistir. Le dije que era el hijo primogénito del Rey de los hombres pequeños. Me respondió que entre ellos eran todos iguales, y que su padre era estimado por todos en su patria, pero que si yo era superior al resto de los hombres pequeños tal vez eso ayudaría.

Convinimos en vernos a menudo. Le indiqué que gracias a las alas, que eran una prerrogativa de la familia, podría ir y venir casi diariamente a la Isla. No he faltado a mi palabra. No sabría explicaros cuánto la amo yo y la profundidad de su afecto hacia mi persona. No disimulo, sin embargo, los inconvenientes de este amor.

¿Consentiría Ud., consentiría mi madre, en un matrimonio con la joven patagona?

¿No afectaría ello los sentimientos de la comunidad? Por otra parte:

¿Creen Uds. que los Patagones, que apenas nos consideran hombres, verían de buena gana el casamiento de una de sus mujeres más interesantes con un pigmeo? He aquí, padre y señor mío, las preguntas que me vengo haciendo sin poder arrancar de mi pecho esta inclinación que me inspira la bella *Ismichtris*, al lado de quien me parecen insípidas las princesas europeas y las bellezas del Universo. Querido padre, espero tanto de

vuestra bondad, que me inclino a creer que contaré con vuestro permiso, y aún estoy seguro de antemano —gestiones diplomáticas que hará Ud.— ante los Patagones.

Victorino quedó profundamente sorprendido por el discurso de su hijo y se retiró para meditar en silencio y recogimiento. Al cabo de un rato de vacilación, llamó a M. de B-m-t-.

—Por el momento no comunique Ud. a nadie lo que me acaba de confiar, pues temo que se produzcan complicaciones en la comunidad, en caso que no se encuentre la solución buscada. Quiero confesarle, querido hijo, que algunas de sus opiniones me reconfortan, y espero que ellas hayan sido tomadas con conocimiento de su abuelo. Yo miro aún más lejos y creo que si nosotros pudiéramos unir estas dos naciones por medio del matrimonio contribuiríamos al mejoramiento de la especie humana.

Mientras tanto iremos juntos a la Isla de los Patagones y yo procuraré sondear la opinión de las autoridades principales de esa Nación.

El joven De B-m-t- no cabía casi en sí mismo de alegría, al encontrar que las ideas de su padre coincidían en todo con las suyas, pero impetuosamente, en vez de esperar el desarrollo de los acontecimientos, creyó conveniente comunicar de inmediato a su amada Ismichtris, el pensamiento de su progenitor. La novia, entusiasmada por las noticias, condujo a su amante a la caverna en que habitaba su madre. Ella conocía ya los sentimientos de su hija y ofreció actuar de intermediaria ante su padre y los más prominentes personajes de la Nación Patagónica.

Ouslichflo, escuchó a su hija con placer, tomó en sus manos al pequeño De B-m-t-, a la manera que se coge un pájaro. Juntos decidieron visitar al gran Horkhoumhannloch, padre de Ismichtris. Le explicaron la proposición de matrimonio. Su primera reacción fue de

risa, pero en estos enormes cuerpos físicos las reacciones son más lentas que en los nuestros; y se vio que por etapas se producía la sensación. Primero brillaron los ojos y al cabo de cinco minutos se produjo la respuesta.

He aquí la traducción del discurso:

"No puede acusarse a mi hija, mi querida Itimikhili (esposa) de estar "Rhamea" (en celo), al contrario toda la noble y poderosa Nación de los Ppothoghans (Patagones) la alabará por estar en estado de mitimhipipi (cordura amorosa), lo que me parece muy importante, pues presagia que yo tendré nietos del tipo de Onombjih (moscas de miel), lo que me alegra. No tenemos otra solución que otorgar la hermana de este diminuto señor (Mijhi-tii-Mhan) a nuestro hijo, el poderoso Skhapopaytingho, pero para ello se presentan inconvenientes, pues podría sucederle a esta Mijhi-tii-Mosti (pequeña y hermosa mujer), lo que acaeció a la mujer Nhiti-Mosti (mujer de la noche), es decir a la habitante de la Isla Cristina (Sunhichchhombah - Isla Nocturna) que murió a consecuencia del parto (Ohmhan-zalopipi), después de su matrimonio con el Ppotkhogh que la había raptado.

La bondadosa madre Ousischo respondió:

—Querido marido (Kharatakhaboul), yo quiero a esa joya (Lili-hi), y estoy segura que si le entregamos nuestra hija (Bikhijhi) la haría feliz.

—Esposa (Ha-Limisequi), yo no puedo decidir sobre estos asuntos, sin consultar a los jefes de familia (Oh-Mahn-oh), y apenas se cumpla el ciclo de los diez años en que debo tomar contacto con ellos (Orhomhodho) les traeré la respuesta.

Las mujeres son impetuosas en todas partes, aun entre los Patagones, y por esta razón la bondadosa Ouslichoslo demostró su impaciencia.

—Quiero una respuesta inmediata —replicó—, pues de otra manera quedaré triste, lloraré y no podré comer por días.

—Mi querida Limisequi, no se impaciente. Me contentaré con consultar a los vecinos y en unos diez (Vhicilli) meses podré darle la respuesta.

—Diez Vhicilli. ¡Dios mío! (Ha-Oh). No comeré ni tampoco beberé en ese tiempo, permaneciendo en continua vela.

—No sea precipitada, mi Limisequi; sólo pido diez Ikirikoh (soles o jornadas) para estar en contacto con los vecinos. No pido nada más.

—No le daré más plazo —respondió la mujer—, que unas diez horas.

No le concederé ni diez horas (Tabalah); ni diez Thathatha (minutos o latidos del pulso), tiene que llamar al instante dos o tres Oh-Mhan-Oh y decidir de inmediato.

—Bueno, bueno, se hará como Ud. diga —respondió dócilmente el gran Horkhoumhannloch.

Acudieron al llamado dos o tres jefes de familia, a los que se les propuso, en presencia de sus respectivas mujeres, que decidieran el caso. Los graves personajes escucharon con atención; en seguida se miraron unos a otros, permanecieron en silencio unos cuatro minutos, transcurridos los cuales, uno de ellos manifestó por signos que iba a hablar. Los otros se retiraron hasta el fondo en atenta espera. Las mujeres estaban locas de impaciencia. Al fin, el más anciano, el Ombomboboukikah, dijo:

"El caso es grave, se trata de un compromiso con una raza inferior que aunque nos ha parecido dotada de razón, sin embargo, por su vivacidad, delicadeza y hermosura nos parece más bien de un aspecto feminoide.

"Creo necesario por lo tanto reunir la Asamblea de la Nación y solicitar las luces de los veinte Orhomhodho". Los demás miembros fueron de la misma opinión. Sólo hubo uno entre todos ellos que pensó que bastaba un plazo de treinta círculos para autorizar sin más trámite el matrimonio.

Por fortuna las mujeres se impacientaron, asustadas por la decisión de estos graves personajes, y al calor de la disputa, decidieron que el matrimonio debía celebrarse a más tardar en el plazo de 10 soles. Las damas patagonas tomaron al diminuto De B-m-t- entre sus brazos y lo mimaron casi hasta ahogarlo de caricias.

Una razón íntima, inconsciente, llevaba a las mujeres a favorecer la pasión de Ishmichrifs, y era la escasez de hombres en Patagonia, en una proporción de uno a tres entre ambos sexos. Y no sería aventurado decir que era esa también la idea de la joven patagona, quien había calculado que si por una parte su amado valía más o menos un tercio de un patagón, por otra, lo tendría para ella sola.

El joven De B-m-t- ahito de caricias preparó sus alas para volver a la Isla Cristina (Sunhicdhombah), donde lo esperaba su padre. Dio cuenta de su viaje, lo que alteró la decisión de Victorino. En la misma noche reunió a los jefes de la Colonia y les dirigió el discurso que sigue:

"Muy queridos compatriotas: Tengo el honor de ser vuestro Jefe, y aunque todos seamos iguales en esta feliz Colonia, pues todos somos mortales, Uds. han querido reconocerme como el fundador. Pero yo no quiero disfrutar de las ventajas de mi posición sino compartiendo las penurias, las obligaciones, y los sacrificios; Uds. son felices debido a vuestra propia conducta honesta y afectuosa, y por ello es necesario que mi familia merezca los honores que le habéis otorgado. Nosotros no tenemos más norte de conducta que asegurar vuestra tranquilidad y vuestras relaciones con las naciones vecinas.

"Ciudadanos, he meditado que estando mi hijo en edad propicia al matrimonio, sobre ello he forjado un gran proyecto, proyecto que les llamará la atención, pero cuyo buen éxito estoy seguro que viene aparejado con grandes ventajas para la comunidad. Vosotros tenéis hijas encantadoras; mi hijo es sano y gentil, es posible que

fuera feliz con cualquiera de ellas; pero tengo la certidumbre que no ha abierto su pecho a ninguna. Mi proyecto es sacrificarlo por el bien de la Nación, buscándole una esposa entre la raza de gigantes, que son nuestros vecinos. Esta alianza matrimonial nos aportará el más grande de los bienes: La Paz; la amistad con esos hombres poderosos. He aquí, queridos ciudadanos, lo que mi hijo primogénito y yo mismo estamos dispuestos a hacer por el bienestar del Estado. Responded mi discurso, y que los jefes de la Colonia expresen con libertad sus pensamientos".

Un murmullo de aplausos se dejó oír entre la concurrencia; los jefes de familia rodearon al padre de su jefe y le encargaron que agradeciera en nombre del Estado las palabras de su Rey.

—Con gran placer —expresó el anciano—, acepto el encargo que estos verdaderos corazones franceses me han confiado, de testimoniar al Rey, mi yerno, y al príncipe heredero, el Delfín, mi nietecito, el sentimiento de alta veneración que les inspira a toda la comunidad, la noble y generosa decisión de sus jefes. Es éste el deseo de todos los habitantes de la Isla Cristina y al ser de todos, es el mío.

La reina que estaba presente, abrazó a su hijo con lágrimas en los ojos, diciéndole:

—Obedece a tu padre y a tu abuelo.

Victorino volvió a tomar la palabra:

—En cuanto a mis otros dos hijos, propongo que mi hija sea el premio al más meritorio de los jóvenes de la Colonia, el que se distinga por sus cualidades intelectuales y morales, y por su belleza física. Todos los mancebos que tengan más o menos dos años más que Sofía y que sean cuerdos y bien hechos, pueden pretender su mano, y el que ganare su corazón, la estimación de la madre y la mía y el sufragio de la Nación, será su esposo. En cuanto a mi segundo hijo tiene la misma disposición que su hermano, por el bien del Estado y por eso, pensaremos en su destino una vez que se celebre el matrimonio de su hermano mayor.

A la mañana siguiente, Victorino y su hijo partieron a la Patagonia y descendieron en la casa de los padres de la bella Ishmichtrifs. Fueron recibidos por la madre en términos afectuosos. Y como en la Isla sólo se pide la novia a la madre, quien impone su voluntad, la demanda de Victorino fue aceptada de imediato. El tema más discutido fue el de la futura residencia de los cónyuges. Los padres no querían consentir que la novia viviera en el país de los Murciélagos-humanos (Tlitihiti-Mahn). Pero, el Rey de la Isla Cristina les explicó sus ideas, y lo que esperaba para el futuro de la raza de este matrimonio. Habiendo sido apoyado por la novia, las damas patagonas aceptaron la boda y la hicieron aprobar por los hombres (en este país, parece que los hombres deciden todo, pero en verdad sucede todo lo contrario, son las mujeres, que parecen no hacer nada, las que deciden. Más o menos como en Francia).

Se decidió que la ceremonia nupcial fuera celebrada a la usanza de las dos Naciones. Toda la familia del novio debía estar presente y se la admitiría de hecho en la Nación Patagónica, en virtud de esta alianza.

Victorino y su hijo muy complacidos retornaron a la Isla a iniciar los preparativos. Se tejieron hermosas telas de color verde y dorado para elaborar varias "polonesas", pues se había convenido en que la novia vistiera a la francesa. Cuando estuvieron terminadas las telas, se enviaron a la Patagonia las muestras, y las más hábiles costureras y modistos, lo mismo que el zapatero, se trasladaron a la Isla de los Patagones para tomar las medidas de la hermosa novia, y a tomar su parecer, o a inspirárselo.

Las obreras fueron muy bien recibidas, y con ayuda de métodos ingeniosos, por medio de esas escalas que se usan en las altas estanterías de las bibliotecas, pudieron tomar las medidas de la corpulenta novia, quien a pesar

de su corta edad de 15 años había alcanzado una altura que se calculaba en la tercera parte de la total, pues en Patagonia los hombres crecen hasta los veinte años.

Para decorar el tocado del sombrero de boda se ideó una estructura en forma de fragata, con hermosos adornos, de cordeles, cables, mástiles, velas y cañones de curiosa fabricación, moda que se popularizó con el nombre de "bonnet- a-la-belle-poule". Por sus dimensiones holgadas le sentó perfectamente y los adornos caían con gracia encantadora sobre el rostro. La novia estaba fascinada. Para completar el ajuar, ya que este peinado serviría sólo para la ceremonia, se le fabricó un sombrero de gusto exquisito, y más pequeño, para usar el día siguiente de la boda. Las costureras cosieron, dentro de una técnica superior a las de las oficiales chapuceras, que utilizaban retazos, un manto de piel, muy parecido a las "polonesas", de gran moda, lo que demostró la pericia y habilidad de las mujeres del Monte Inaccesible. Uno de los lados de la "polonesa", albergaba el brazo entero de la novia, mientras que el otro pendía, en forma de esos cilindros que sirven para aplanar los jardines.

El calzado fue entregado al arte del cordonero parisiense, quien supo encontrar el medio de dar una nota liviana al vasto zapatón de la bella patagona. Siguiendo los modelos clásicos, observó el artista las proporciones, agudizó la punta, adelgazó el talón y elevó el empeine. Cuando Ishmichtrifs calzó sus medias de seda y se cubrieron los zapatos con tul blanco, aun los franceses convinieron que su pie era el más delicado que una mujer de esa talla podía exhibir.

El ruedo de su vestido podía ocultar un regimiento entero de soldados uniformados a la prusiana. El golpe final del peinado fue difícil. Los comerciantes no podían encontrar plumas suficientemente grandes para el tocado. La madre de la novia solucionó el problema.

—¿Es todo lo que les hace falta? No se preocupen.

Una partida de caza organizada por el hermano de la desposada, el gran Skapopanthigoh, mató una enorme avestruz, cuyas plumas eran tan largas como las velas de un bergantín.

Pronto se encontraron métodos para teñirlas de diferentes colores, uniéndose ellas en la forma de un "panache", que se ató a la cabeza de Ischmichtrifs, por medio de alambres de platino, y unas orquillas que parecían pequeñas grúas.

Para solucionar el arreglo de la enorme cabellera trabajaron los dos afamados peluqueros de París, que pese a su pericia no lograron dar forma y enrollar los cabellos largos y rudos de la joven patagona, pero, al menos, gracias a su extrema habilidad los acomodaron al rostro.

El día en que terminaron estos preparativos, que fue la víspera del matrimonio, se reunió la comunidad a contemplar a la hermosa prometida. Hizo su espectacular salida de una cabaña de troncos de árboles construida ex profeso. Todo el gran mundo patagón estaba reunido en la puerta; las mujeres a un lado, al otro los hombres. Unicamente el padre permanecía junto a ella. Diez oficialas, tocadas con sombreros de pluma de avestruz, los más altos posibles, calzadas con escarpines de doble talón, y enormes ruedos y polizones, las escoltaban. Los patagones, al verla, dijeron que después de todo los enanos de la Isla Cristina no eran tan enanos como parecían serlo. Al fin apareció la hermosa Ishmichtrifs. La asamblea quedó muda, en suspenso, al contemplar su belleza. Avanzó majestuosamente por el medio de la doble fila de sus parientes y conciudadanos, haciendo a todos un saludo gracioso, a la manera del que le había enseñado Marcel, el famoso maestro de ceremonia, a quien todo el mundo creía muerto, pero que residía en la Isla Cristina. Adoctrinada por este insigne profesor, la novia avanzaba con majestad de reina, repartiendo sus elegantes reverencias. Los patagones quedaron

encantados por su aspecto, pero humillados por su porte físico, pues la novia parecía dominar por su altura a toda la concurrencia.

El Joven B-m-t- no tuvo la mala ocurrencia de seguir a la prometida, sino que se colocó entre los artistas, hombres y mujeres que habían contribuido a vestirla, y como por sus alas y mecanismos los sobrepasaba en altura, la desproporción no era tan notable.

—¿Por qué —decían las mujeres—, habéis tratado que ella parezca aún más grande?

—Nunca lo será lo suficiente —respondía el joven novio—, pues mis sentimientos hacia ella son tan profundos, respetuosos y tiernos, que me complace verla brillar, asombrar y eclipsar a todo el mundo.

—¡Qué cariñosos son los maridos franceses! (Frishmih Mhan) —exclamaban las patagonas—. Ahora comprendemos por qué ella quiso casarse con uno de ellos, y por qué los padres aceptaron el noviazgo.

—Qué tontos son —dijo entre dientes un patagón.

—Menos que Uds. —respondió una patagona que lo había escuchado—. Ellos saben aceptar el dulce yugo con gran clase y no tienen el aire de esclavos encadenados. ¿Qué harían Uds. si no tuvieran sino una mujer? Los veríamos arrastrarse a nuestros pies.

Después de este ensayo de desfile, la novia volvió a sus habitaciones y permaneció arreglada el resto del día, tanto por satisfacer la curiosidad de sus amigas como para acostumbrarse a las novedosas vestiduras.

Por fin llegó el gran día. Victorino, su mujer, su padre; el abuelo, la familia, los jefes de la Isla Cristina, vinieron a la Victorica para asistir al triunfal matrimonio. Victorino, para evitar el ridículo, había ordenado a un "cocosate", habitantes del Golfo de Gascuña, que preparara los zancos, que aumentan la altura en unos cuatro pies. La comunidad había realizado ejercicios para dominar el arte de andar en zancos, que los habitantes de Burdeos dejan en los escaparates de las tien-

das antes de entrar en ellas. La idea fue favorable y los patagones se impresionaron. La conversación era más cómoda, y el diálogo fue posible, sin obligar a los patagones a encorvarse demasiado para escuchar lo que decían los habitantes de la Isla Cristina.

La comitiva hizo el viaje en el bergantín, especialmente equipado. El eclesiástico vino para oficiar. En cuanto a los Patagones, no tienen sacerdotes propiamente dicho, sino que los más ancianos del pueblo son los encargados de rendir homenaje al Sol y a la Tierra, homenaje simple y natural que la Nación rinde dos veces al año, en el solsticio de verano y de invierno a las fuerzas de la naturaleza.

No se vaya a creer que los patagones sotenían que el Sol y la Tierra sean divinidades superiores; las miran más bien como los dos primeros seres visibles: el Sol, es el padre, y la Tierra, la madre: la Luna viene a desempeñar el papel de tía. Los sacerdotes opinan que nosotros los mortales debemos dirigir nuestra plegaria al Sol y a la Tierra directamente, pues son ellos los que saben y conocen la existencia de un Dios universal, que nosotros desconocemos.

Volviendo al tema del matrimonio del hijo de Victorino y de la giganta, podemos agregar que la ceremonia fue sencilla y majestuosa. El viejo sacerdote, de 160 años (los gigantes viven más que los seres de nuestra especie), les hizo las siguientes preguntas, a las cuales debieron responder de inmediato. El texto lo conocían de antemano:

—*El viejo Patagón*: ¿Para qué se presentan delante de mi persona?

—*Novia*: Para unirnos en el nudo matrimonial.

—*El viejo Patagón*: ¿Por qué razón os casáis?

—*Novia*: Porque el amor ha hablado a nuestros corazones.

—*El viejo Patagón*: ¿Qué os ha dicho?

—*Novia*: Uníos y conoceréis las delicias y placeres de la existencia.

—*El viejo Patagón*: ¿Ansían Uds. disfrutar de esos placeres?

—*Novia*: Sí, venerable anciano; porque el placer es el desarrollo supremo en la existencia de todo ser humano.

—*El viejo Patagón*: ¿Es un placer estéril o fecundo el que buscáis?

—*Novia*: El placer fecundo, porque el placer estéril no es un verdadero placer.

—*El viejo Patagón*: ¿Cuál sería el fruto de ese placer?

—*Novia*: el hombre, la obra maestra de la naturaleza.

—*El viejo Patagón*: Hijos míos, no hay nada más santo que el placer en el matrimonio ya que engendra al hombre. No profanéis ese estado con querellas y disensiones. ¿Cuál de los dos es el jefe?

—*Novios*: El hombre igual al divino Sol es el esposo; el jefe de la Tierra, de la Luna y los otros planetas femeninos que son también sus esposas.

—*El viejo Patagón a la novia*: Recuerde hija mía que debe permanecer fiel y sumisa a su marido, pues el hombre es el ser productor y la mujer no es sino el ser en desarrollo; ella entrega su cuerpo, el hombre el alma y la vida... ¡Que el Sol todopoderoso os inicie, os muestre la claridad y os alegre! ¡Que la Tierra benéfica os ofrezca llanuras placenteras, sombras propicias, que os procure frutos sabrosos, aguas límpidas y lechos de flores para gustar los placeres de la naturaleza. Que caiga sobre vosotros la bendición cariñosa del Sol y la Tierra, como cae en este momento mi cariño y mi bendición. ¡Que el Sol caliente con su fuego al divino esposo, que la tierra forme un lecho de césped a la esposa, y que ella reciba dulcemente el primer fruto de esta unión! ¡Oh, Sol! ¡Oh, Tierra! Unid a estas criaturas.

—*El viejo Patagón*: ¿Estáis unidos de todo corazón?

—*Esposos*: Sí, santo anciano.

—*El viejo Patagón*: Ahora uníos con todo el cuerpo bajo la autoridad santa de toda la Nación, la que interpreto en estos instantes.

Esta es la fórmula matrimonial patagona, a la que se agregó la presentación de las dos mitades de una esfera, que el Venerable Patagón unió pronunciando estas palabras: "Que para siempre queden unidas las naciones de estos dos Continentes".

A continuación se prosiguió la ceremonia a la moda de Europa, que pareció muy sensata a los patagones, quienes aseguraron que era conveniente que el matrimonio se realizara por los dos ritos. Terminados los oficios, los esposos y los concurrentes bajaron la roca elevada, en que se había llevado a cabo la ceremonia, para ir a divertirse en una amplia llanura, en que estaban preparadas las mesas del banquete.

Se sirvió primero una sopa patagona, en calderas de platino parecidas a esos inmensos fondos que se usan en las fábricas. Las ollas estaban decoradas a cincel con escenas del matrimonio que se debían al talento de un artista Mega-patagón (pueblo del que hablaremos más adelante), quien había representado al joven príncipe de la Isla Cristina, a la altura de sus zancos, envuelto en las alas que los disimulaban.

Se sirvió después el caldo, coronado por un ramo de perejil y de berros, que envolvían las diferentes aves y daban al cocido un excelente sabor.

A los habitantes de la Isla Cristina se les sirvió en una vajilla de tamaño común.

Delante de cada Patagón se dispuso una pierna de hipopótamo asada, una de las cuales habría bastado para alimentar a la comunidad cristina. Vino después un guiso de cóndor, cuyos muslos pesaban veinticinco libras. A continuación se sirvió una serpiente, de unos cien pies de largo, de un gusto delicioso. En fin para terminar de llenarlos se les ofreció riñones de elefante joven, muy sazonados. Cada patagón bebió por cabeza vino

en una medida de dos toneles de Borgoña. Los cristinos bebieron dos botellas, lo que significaba más o menos un cuarto de cada sorbo de los señores patagones; comieron aves silvestres que los patagones consideraban moscas.

A los postres hubo frutas de ambos países; las de Patagonia eran deliciosas y se repartieron entre los comensales, mientras que los europeos, aclimatados en la isla Cristina, duraznos, peras y reinas claudias, eran engullidos por canastos entre los patagones.

Después de la comida comenzaron las entretenciones. Un instrumento patagón anunció el programa. Era una especie de trompeta hecha de un tronco de sauce hueco, de una superficie de 25 pies de largo y 6 de circunferencia. Es, sin duda, la más hermosa trompeta que haya visto. Apenas se dio la orden, los patagones con los dos barriles de vino en el cuerpo, sin tomar en cuenta el hipopótamo, el hígado de elefante y la serpiente, comenzaron a bailar. A la hora estaban ya en estado de hacer cabriolas. ¡Qué baile, Dios mío!

Parecían campanarios humanos subiendo y bajando al ritmo de la trompeta. La juventud bailaba al son de otros instrumentos más dulces, pues la trompeta está reservada a los hombres maduros, por su calidad noble.

Los habitantes de la Isla Cristina aturdidos por el ruido se retiraron a considerable distancia para poder escuchar los sones del violín y otros instrumentos europeos. Algunos patagones por curiosidad se tendieron en el pasto para escuchar nuestras canciones, pero para ellos el sonido era similar al ronroneo de los moscardones.

Los novios bailaron en las dos asambleas. El pobre príncipe tuvo que soportar la trompeta marina, que diplomáticamente encontró admirable, y con la ayuda de un portavoz que le había fabricado su hermano, el más hábil mecánico del mundo, agradecía los festejos.

—Eres muy amable —le dijo en voz baja Ischichtrifs—, y hacen bien en halagarlos. Los gigantes tienen un fondo de orgullo que los hace despreciar todo lo pequeño. Si tú alabas ese enorme instrumento, ellos te creerán, apoyándose en sus prejuicios.

—Querida esposa —contestó el príncipe—, admiro cada día más vuestra filosofía; lo que acabáis de decir es admitido en Europa, y todos los días tenemos pruebas de su veracidad. Los hombres altos, aunque sean un pie más grande, desprecian a los chicos, los que les impide ser justos con ellos en sus apreciaciones. Los que son grandes por el espíritu, desprecian aún más a sus semejantes, y si Ud. oyera cómo los tratan tendría piedad de ellos.

No quiero llevar más adelante la transcripción de este diálogo filosófico de los jóvenes esposos, y aunque dijeron cosas interesantes están por ahora, fuera de nuestro objetivo.

Después que terminaron los regocijos, los cristinos fueron a cenar, mientras que los patagones que comen una sola vez cada 24 horas, fueron a dormir y a terminar tranquilamente la digestión del banquete.

La esposa asistió a la comida por diplomacia; terminada la cena, fue conducida por su madre y la más anciana de la tribu al lecho nupcial. Creo interesante describir la ceremonia de la noche de bodas, tal como se practica en Patagonia.

La madre y la decana de la Nación, la llevan del brazo, y la presentan al marido en estos términos:

"Sol benéfico y fecundo, te presentamos esta Tierra para que la fructifiquéis con tus rayos y la fecundes por el principio de la vida que está en ti depositado. Quiérela, ámala, protégela, porque ella a su vez te quiere, te ama y te respeta. Trátala con delicadeza, porque una mujer no es un hombre. (Aquí la madre de Ischichtrifs se sonrió, observando la talla de su yerno, que aún calzaba los zancos). Te la damos porque serás un amo

agradable; trátala como la más amada y fiel de las sirvientes, la que daría por ti, su sangre y su vida".

—Querido, Khrahakhaboul (marido), te juro eterna devoción, y como de acuerdo con la ley de tu Nación yo seré tu única esposa, te amaré tres veces más que lo que hubiera amado a un marido patagón.

Al oír esta respuesta, las dos damas patagonas abrazaron a la novia, y su marido se acunó en su pecho naciente donde se sintió confortable. En seguida las damas rezaron la siguiente plegaria:

"Que el Sol, padre del día; que la Tierra, madre de la noche, hora en que se goza del reposo y de las dulzuras del (Guiguimhithi) (amor), os quiera y os favorezca, sin que jamás tengáis largas disputas, y sean lo mismo que las que tienen a veces la Tierra y el Sol o la Tierra con su hermana menor, la Luna, cuando una entre ellas Semimifibbin (se eclipsa)".

Después de besar a los desposados, la bondadosa Ouslicho y la vieja Manimhilititi se retiraron retrocediendo, y cerraron la puerta diciendo: "Mañana a la Svikikikoh (la aurora), vendremos a felicitarlos".

Al alejarse las damas, el joven príncipe hizo entrar a las oficialas para que desvistieran a su esposa; la operación duró una hora, lo que pareció un siglo al marido. Al fin estuvo a solas con la bella Ishmichtrifs, cuya juventud e inocencia le prometían placeres sin cuento; los gozó e hizo gozar esas delicias inenarrables a su compañera, desmintiendo los sarcamos que le habían hecho los jóvenes patagones. La hermosa mujer, tomando en cuenta la extrema delicadeza de su querido y pequeño marido, moderó su fuego inextinguible y lo obligó a dormir en su regazo.

Al alba se presentaron las damas, acompañadas por la Reina Cristina; se encontraron los trofeos de la victoria del joven príncipe, y de acuerdo con las costumbres patagónicas que son las mismas de Turquía, se pasearon los trofeos en triunfo, hasta colocarlos en un

poste de cincuenta pies, situado cerca de la casa de los padres. Allí la parienta más cercana a la novia, de seis años de edad, montada sobre una jirafa y acompañada por un coro de niñas, las paseó en triunfo por las habitaciones, lo que hizo callarse a muchas malas lenguas de la comunidad.

Las fiestas continuaron tres días, al cabo de los cuales, Victorino pidió permiso para retirarse; a regañadientes se lo concedieron, pues los hombres diminutos se habían granjeado, por su gentileza y espiritualidad, el aprecio de todos. Si no hubiera habido tanta desproporción física, el hermano de Ishmichfrifs, el gran Skahapopantigho, se hubiera acomodado con Sofía, pero era imposible la unión. Muchas jóvenes patagonas quisieron imitar a la novia, pero sus respectivas madres, más experimentadas las disuadieron. Por otra parte, Victorino quería que su familia fuera la única unida por matrimonio con los patagones. En consecuencia, de todas las adolescentes que testimoniaron su amistad hacia los cristinos, únicamente la hermosa Mikitikipi, prima de Ishmichtrifs, fue ofrecida en matrimonio al hijo segundo de Victorino, el hábil mecánico, Alejandro.

La noche del cuarto día, el buque fue alistado para el viaje de regreso. Vino a abordo la joven desposada, que lloraba por la separación de su familia. Al llegar a la Isla Cristina fue alojada en un palacio construido de acuerdo a su altura y medidas.

De inmediato contaré que a los nueve meses, Ishmichtrifs dio a luz un hermoso varón, de dos pies y medio, más o menos la mitad de la talla común en Patagonia. Alejandro fue encargado de ir a dar la buena nueva, y al saberse las exactas dimensiones, las damas patagónicas comprendieron que iba a nacer una raza, que se aproximaba a la de ellos. Hubo grandes festejos tanto en Victorica como en la Isla Cristina. La princesa tuvo en seguida otros cinco hijos, dos más que los que acostumbran a tener las damas patagonas.

En fin, para decirlo todo, Alejandro se casó con la bella Mikitipiki y tuvo ocho hijos. Sofía contrajo matrimonio con el más meritorio de los jóvenes de la Isla Cristina, su primo paterno. Las dos gigantas resultaron excelentes esposas y en el correr del tiempo, se pudo obtener una raza mediana; de una proporción física justa, que era hermosa para los dos pueblos; los patagones la encontraban graciosa; los cristinos majestuosa, sin ser colosal.

Ahora que estáis informado de estos hechos, seguiré adelante mi relato.

Victorino después de haber casado a sus hijos vivía feliz en la Isla Cristina. La muerte no le había arrebatado a ninguno de los suyos, y gozaba del inmenso placer de tener como testigos de la gloria alcanzada a sus padres y a su suegro... Estaba contento de la dicha de Cristina y esto le proporcionaba un placer superior al propio. Habían pasado ya veinte años en la Isla y todo progresaba... ¡Qué mortal más feliz se conocía! La felicidad suprema, desconocida en las ciudades decadentes, era para Victorino haber cumplido su plan y tener por testigos de estas realizaciones a los autores de sus días. Qué dicha más grande que advertir esta alegría; el saberse querido por ellos y de observar con orgullo con que lo llamaban "Mi hijo", pues la gloria del hijo pertenece más al padre mientras que la gloria del padre es del hijo.

Los hombres de la raza de la noche vivían tranquilos en sus refugios. Nadie los molestaba, al contrario se les llevaba provisiones a sus cavernas, especie de tributo que Victorino pagaba a los verdaderos dueños de la Isla.

¡Legislador! Si quieres dar felicidad a tu pueblo, no hagas como los europeos; tratad con justicia a las

naciones débiles y sin defensa, seguid este ejemplo, pues nada hubiera sido más fácil que degollar a los hombres de la noche, pero Victorino dictó en cambio una ley fundamental para su preservación.

Pronto hubo de felicitarse por su conducta y experimentar una suave emoción, al ser testigo del acontecimiento que relato. Durante algunos años sin interrupción estuvo Victorino, haciendo regalos a los hombres de la noche, y éstos que al principio los recibían sin miramiento, creyendo ser víctimas de una asechanza, al fin reconocieron y agradecieron los obsequios. Para retribuirlos pensaron que debían buscar frutos o productos y cosas que no se cultivaran o criaran en la Isla Cristina, y así, lograron arriar hasta las puertas de la ciudad Cristina, cabras y vacas salvajes que abandonaron a la entrada.

La primera vez que los habitantes encontraron estos piños quedaron sorprendidos, pero Victorino que hacía la ronda nocturna con sus alas, en turno con sus hijos, advirtió que era un regalo de los hombres de la noche, acción que lo colmó de satisfacción. No dijo nada, pero hizo conducir en triunfo hacia la plaza a los animales. En la noche ordenó aumentar el donativo para los hombres de las cavernas e hizo que los oficiales distinguidos trasnocharan para descubrir a los autores de este gesto amistoso. Hacia las dos de la mañana los vigilantes observaron a los hombres de la noche conduciendo nuevos obsequios. Se organizó de inmediato un acto de agradecimiento en su honor, al que concurrieron las hijas de la noche, que se habían casado con los náufragos franceses, quienes demostraron con cantos y ofrendas de pan su aprecio. Relataron que los hombres de su raza se habían percatado de la nobleza de la conducta de los habitantes de la Isla Cristina y que además granjearse su amistad con estos regalos, habían compuesto una canción que decía:

Mhi - rhi lhi, lhi, lhi, lhi, lhi
hombre del día bueno, bueno, bueno, bueno, bueno

(traducción literal).

Mhi - rhi ppih bhlhi khui appi
hombres del día dándonos a nosotros buen trato

Mhi - rhi nhi - klhivhappih
hombres del día nada malos vosotros

Mhih - rhi nhi lhrrih ppii
hombres del día no matarnos a nosotros

Mhih - rhi khui fhih Mhih - ghrrih
hombres del día quieren bien hombres de la noche

Mhih - rhi ppih khui fhi - brhi
hombres del día nosotros también queremos

Este ejemplo, les muestra queridos ciudadanos, que mi marido tiene la razón al practicar una política teñida de humanidad. Tenemos ahora amigos que pueden sernos útiles, conservemos esta amistad dentro de la más completa fraternidad.

En seguida Victorino que había aprendido la lengua gutural de los hombres de la noche, les respondió en verso, en este estribillo que hizo aprender de memoria a las mujeres de la noche, para que se las cantasen a sus compatriotas:

(Traducción sola)

Los hombres del día son nuestros hermanos
y quieren ser nuestros amigos
Sus sentimientos son sinceros
Aceptémoslos de inmediato

Hombres de la noche: no temáis
En el día velaremos nosotros
la noche protegerá nuestros muros
Los hombres deben mutuamente ayudarse

Se les explicó a las mujeres el exacto sentido del verso, para que ellas a su vez entregaran su versión a los compatriotas. Al cabo de una hora se tuvo la satisfacción de verlos llegar acompañados por la juventud. A pesar de su corta inteligencia el diálogo con ellos fue el que sigue:

—*Viejo de la noche*: Yo lo veo; Ud. me ve; yo estoy bien ¿cómo está Ud.?

—*Victorino*: Estamos encantados de verlos, de hablarles y bendecimos este momento venturoso que nos ha reunido. Bendecimos a las damas de vuestra Nación, a quienes hemos capturado por necesidad, pero que ahora, son lazos humanos que nos unirán (las mujeres demoraron largo tiempo en explicar al viejo estas palabras).

—*Viejo de la noche*: Uds. buenos, buenos, buenos (Victorino le tendió la mano). Las mujeres le explicaron lo que deseaba, y el viejo temblando avanzó su mano velluda. Victorino la retuvo unos instantes y exclamó: Oh, Sol Padre del Mundo, jamás habéis iluminado pacto semejante. Oh Tierra, madre común, estremécete de alegría al ver la unión de tus hijos, a quienes barreras infranqueables parecían haber apartado (Las mujeres explicaron estos conceptos, a pesar que Victorino los había expresado en francés y en la lengua gutural. Difíciles fueron los conceptos relativos al Sol, que ellos nunca habían visto y que por ello no entendían).

Después de este tratado solemne, los hombres de la noche se retiraron a explicar a sus compatriotas el alcance de la ceremonia, llevando como intérpretes a las mu-

jeres, acompañadas por sus maridos, que las dejaron a la entrada de la caverna. Al fin aparecieron dichosas por haber cumplido esta importante misión y fueron conducidas de vuelta por sus cónyuge, pues ellas no podían ver de día.

Era singular este tipo de matrimonio. En la mañana se levantaba el marido y la mujer se acostaba; en la noche la mujer hacía todas las labores domésticas, mientras el marido resposaba. El trabajo de las mujeres era mediocre, pues eran incapaces de hacer labores manuales, únicamente el aseo y el riego del jardín. Por estas circunstancias los matrimonios entre ellos no siguieron practicándose.

Los hijos nacidos de estos matrimonios eran capaces de recibir educación y sólo tenían un defecto, guiñaban los ojos de día, con un movimiento incesante de las pupilas, lo que no les impedía la visión; también veían de noche. Gracias a especial cuidado y a la educación se logró que los niños de esta raza mestiza, durmieran de noche, y hicieran lo acostumbrado de día. Estos hábitos se transformaron pronto en una segunda naturaleza.

La buena armonía fue permanente entre las dos razas. Si alguien se perdía durante la noche era conducido hasta la puerta por sus cariñosos hermanos, y a la inversa, los hermanos del día se ocupaban de llevarlos a sus cavernas. Más aún, habiéndose enterado los noctívagos que los labradores apacentaban sus rebaños en la noche, se ofrecieron para estas tareas, llevando fielmente el ganado a las puertas de la ciudad, al despuntar la aurora. Hoy día los conducen aun a las pesebreras. Este servicio es importante porque los animales evitaban los rigurosos calores del día y la picadura de las moscas.

(Al llegar a este punto la relación del australiano fue interrumpida por Salocin-em-de-fiter, quien lanzó una exclamación:

"Infortunados peruanos, ¿por qué no fueron conquistados Uds. por un Victorino, en vez de un Pizarro o de un Cortés? Hoy día contemplarían una Nación feliz y floreciente, poblando esta América, dándonos los recursos de una amistad sincera. Por desgracia, sin estos acontecimiento recientes, también la Nación Patagona habría sido esclavizada y maltratada, y nosotros seríamos sujetos al mismo sentimiento de compasión que nosotros abrigamos hacia Uds.) ".

El australiano sonrió por esta interrupción y continuó la narración.

Tercera Isla

Victorino en el pináculo de la prosperidad, viendo aumentar prodigiosamente la población de la comunidad, y al mismo tiempo contemplando la felicidad familiar de sus nueras en espera de nueva descendencia, aun la amable Sofía, esposa ahora de Antonino, hijo por el lado paterno, de una de sus tías, trató de descubrir nuevas tierras. Ayudado por sus dos hijos, sobre todo por el menor, Alejandro, muy activo, y de fértil inventiva, partieron una tarde siguiendo el paralelo de la Isla Cristina hacia el lado oriente. Dejaba la Nación al cuidado de Cristina.

No habían alcanzado aún los dos grados, o sea cincuenta leguas de longitud, cuando encontraron una isla importante, aunque más pequeña que Isla Cristina. Aprovechando la experiencia, sobrevolaron varias veces el territorio, sin poder descubrir habitantes, salvo animales, que marchaban en cuatro patas, una especie desconocida para ellos hasta la fecha. Descendieron sobre una montaña con la impresión que la zona estaba bajo el dominio de los hombres de la noche.

Desde un lugar seguro, y aprovechando las alas ligeras, apta para esta clase de labores, se aventuraron lejos

del refugio, observando caminos bien trazados, pero tendido bajo los árboles, de manera que sólo podían ser aprovechados por cuadrúpedos. Mientras trataban de descifrar este enigma, Alejandro más alerta que Victorino, advirtió la presencia de un animal velludo, muy parecido al mono, que se aproximaba a su padre. Lanzó un grito de alerta, y gracias a las rápidas alas, se elevaron a unos veinte pies, desde donde pudieron contemplar entre los árboles un grupo de animales semejantes a los otros, que se paraban en sus patas traseras. Sólo entonces se dieron cuenta, que estos animales velludos, eran una especie de ser intermediario entre el hombre y el mono. Aun los observaron hablar entre ellos, y a pesar que gritaban, los gritos tenían una continuidad, que señalaba ideas combinadas, es decir, una lengua.

—He aquí los habitantes de esta isla —dijo Victorino a su hijo—. Los hombres entre sí pueden diferir, por la piel, por la estatura, por ser diurnos o nocturnos, pero ese rayo divino, la razón, es característica general. Estos seres, hijo mío, hablan entre ellos, deliberan, se consultan, nos miran, nos observan, tratan de imitarnos. Las alas deben trastocar todas sus ideas lo mismo que trastocarían la de los europeos. Hagámosle, pues, señales amistosas y veamos si las entienden.

Al descender los hombres o monos los miraron con extrañeza. Victorino y su hijo avanzaron hacia ellos pronunciando palabras dulces, en tono acariciador: "Vengan, vengan, amigos nuestros". Hubo un momento de vacilación y de consulta entre todos. Una sola palabra se oyó, "Rrhi", y del grupo se apartó un viejo que avanzó. A su encuentro salieron Victorino y su hijo que miraban con detención el extraño conjunto. Al aproximarse quisieron interpretar la mirada de los hombres-monos, que encontraron peligrosa, redoblando las precauciones. Pese a ellas apenas estuvieron cerca del

grupo se abalanzaron. Victorino les hizo un signo para detenerlos el que fue comprendido. Alejandro advirtió a su padre, que estaban rodeados, pues los que formaban la retaguardia, también se habían aproximado. Al encontrarse frente a frente, Victorino comenzó a insinuarles su amistad ofreciendo al viejo los frutos de la Isla Cristina, que el viejo ávidamente cogió, llevándoselos a la boca y gustando, al parecer su sabor. Mientras tanto los hombres-monos, creyendo que ellos no eran vigilados avanzaron lentamente, lo que obligó a Victorino a detenerlos con un enérgico gesto.

Vano fue el interrogatorio al viejo, que sólo se ocupaba de comer, sin comprender lo que se le preguntaba sobre su raza y costumbres. Poco después el viejo se reintegró al grupo, avanzando esta vez un joven vigoroso, quien en un momento de descuido quizo lanzarse sobre los hombres-voladores, al mismo tiempo que el grupo se aprestaba al avance. Victorino comprendió que tenían que enfrentarse con hombres de malos instintos, por la cual decidieron abandonar la Isla, llevando como rehenes algunos jóvenes, con el fin de aprender su lengua, y enseñarles a la vez, el francés. Sobrevolando la tierra de los hombres-monos (así la bautizaron), partieron en viaje de retorno, junto con los prisioneros; un joven de unos quince a dieciséis años y una niña, de más o menos la misma edad, que se defendieron con ardor.

Al llegar a la Isla Cristina, los entregaron al joven De B-m-t- y a la bella Ischmitrifs, rogándoles que los trataran en buena forma.

Una vez terminada esta diligencia, volvieron a emprender el vuelo, luego de dejar atrás la patria de los hombres-monos, alcanzaron en la noche otra región semejante, separada de la Isla grande por un estrecho de media legua de ancho.

Siguiendo los mismos procedimientos empleados anteriormente se posaron sobre una roca para pernoctar. Al día siguiente sobrevolaron la isla en busca de habitantes, pero no advirtieron presencia humana alguna, lo que no los asombró. Mientras impeccionaban los senderos, después de aterrizar, escucharon un lamento; al levantar los ojos descubrieron escondidos entre los árboles, una especie de osos que los miraban y más allá una pareja idéntica que se encaramaba en un tronco. Alejandro se elevó de inmediato hasta esa altura y pudo darse cuenta que se trataba de un animal desconocido que no tenía el hocico aguzado, sino una cara achatada como al del "doguin".

Victorino a su vez examinaba un cachorro que la madre había dejado caer desde arriba, y que Alejandro había socorrido en su vuelo. Los osos lanzaban alaridos terribles descendiendo apresuradamente de las copas, para ir a ocultarse en el bosque. Pese a todos estos cuidados, el cachorro estaba fuera de sí; cerró los ojos, haciéndose el muerto. Se lo examinó prolijamente. En su aspecto exterior no difería de un hombre, pero sus dedos eran como garras y la nariz semejante a la de los osos.

Después de este examen, se le colocaron diversos objetos en las manos, dejándole en libertad. Arrancó con extraordinaria rapidez, corriendo en dos pies, mientras lanzaba gemidos semejantes a los aullidos de la especie animal. Acudieron pronto sus semejantes, los que parecían preguntar qué sucedía; el cachorro les señalaba la roca, acción racional que indicó a Victorino que estaba en presencia de seres humanos.

De inmediato pensaron en regresar a la Isla Cristina llevando ejemplares de la raza, una pareja joven, macho y hembra. Mucho les costó realizar esta empresa, pero

luego de ocultarse algunos días en la espesura, pudieron escoger la pareja que imaginaban más apta.

La actitud de ellos parecía conciliadora; los reconocían y aun recibieron de ellos pruebas visibles de amistad. Sin embargo, al llegar a la Isla Cristina, sucedió por culpa de ellos un accidente que casi arruinó la buena vecindad entre los hombres del día y de la noche.

Una noche el joven mono, paseando con su cuidador, advirtió la presencia indefensa de un hombre de la noche. Se lanzó al punto contra él y estaba casi por estrangularlo, cuando llegaron refuerzos al escucharse los gritos del joven-mono.

El hombre de la noche herido y asustado comunicó a sus compatriotas el peligro, ordenándoles que no salieran de sus cavernas. De inmediato Victorino envió a las mujeres de la noche para que les explicaran la verdadera causa de este incidente, asegurándoles que no volvería a repetirse. En cuanto al hombre-mono explicó que, tenía un horror instintivo hacia esa raza, a los que consideraban verdaderos monstruos, que había que exterminar. Se trató de explicarle al joven el sentido de ideas humanitarias, pero era tan obstuso, que a su lado los negros más primitivos parecían genios, por lo cual fue imposible inculcarle delicadeza en el trato.

Sin desmayar, Victorino dio orden de que se siguiera instruyendo y adoctrinando a los jóvenes-monos, evitando cualquier incidente.

Después de una estadía prolongada, Victorino y su hijo reiniciaron la exploración. Continuando la misma ruta, más allá de las islas descubiertas, alcanzaron de noche la latitud de 50° divisando a lo lejos un navío. Se dieron cuenta al momento que se trataba del Capitán Bouvet. Como Alejandro sabía que los ingleses habían inventado un anteojo para ver de noche, propuso a su padre que asaltaran el navío en busca del invento, que seguramente llevaban a bordo. Después de espiar

el momento propicio en que el piloto debía usarlo. Alejandro, con sus alas silenciosas (su nueva invención), apareció sobre cubierta, y se apoderó del instrumento.

—Por Dios —exclamó el capitán—; mis anteojos han caído al agua. ¿De dónde diablos sopla ese viento tan fuerte, el tiempo parece tan despejado? Hay que precaverse de estas ráfagas imprevistas.

El capitán bajó a buscar otro par de repuesto, mientras Alejandro se alejaba, con el útil instrumento recién inventado.

El momento de explorar el Polo Austral no había llegado, pues los hombres-voladores, después de advertir un mar donde flotaban hielos, dieron vuelta hacia el norte, hasta aterrizar en una isla vecina a la de los hombres-osos.

Quinta Isla

Aunque esta isla estaba contigua a la otra, sin embargo, dentro de la jerarquía humana sus habitantes eran diferentes; a la inversa, la raza animal no ofrecía distinción. Es de presumir que la causa de este contraste era el hecho que los animales, pudiendo atravesar el estrecho a nado, se ayuntaban, mientras que los hombres —aislados y con la prohibición de entrar en contacto con los vecinos—, no se habían mezclado.

Apenas Victorino y su hijo Alejandro aterrizaron sobre una alta planicie, escucharon un incesante ladrido de más o menos unos dos o tres mil perros. La primera impresión fue de pavor, tomando en seguida precauciones para defenderse. De un espeso bosque vieron salir extraños seres que lanzaban estos ladridos, algunos marchaban apoyados en los pies de atrás, otros los acompañaban en la carrera a su lado, en cuatro patas.

Desde la altura de veinte pies a la que se habían elevado, los dos viajeros arrojaron provisiones sobre

esta especie de hombres-caninos, que se lanzaron sobre los alimentos, devorándolos en un instante. Sus ladridos parecían pedir más de comer. Victorino arrojó una nueva cantidad, luego les hizo signos de amistad que los perros parecieron entender. Eran seres provistos de cola y los machos estaban cubiertos de un pelaje semejante a la raza caniche, pero más corto y más ralo. Las hembras al contrario, se parecían por su peinado enroscado, a las perritas regalonas de nuestras damas.

Victorino y su hijo pensaban que era imposible descender en medio del grupo, pero siguiendo su costumbre proyectaron raptarse dos ejemplares, macho y hembra para educarlos en la Isla Cristina. Por el momento retuvieron por algunas horas a uno de estos hombres-perros, al cual trataron en buena forma soltándolo pronto. Este no arrancó como lo habían hecho los hombres-bestias, al contrario, los seguía meneando la cola y acariciándolos... Al fin lo abandonaron creyendo haberle demostrado amistad, a fin de que éste influenciara el ánimo de sus compatriotas. El mismo día raptaron una pareja de esa raza, la que remitieron a la Isla Cristina. Victorino y su hijo enderezaron rumbo hacia el sur, sobrevolando la isla de los hombres-perros, que bautizaron con el nombre de Isla Cínica.

Sexta Isla

Volando sobre la nueva tierra, Alejandro descubrió a sus habitantes:

—¡Zambomba! —dijo a su padre—, que hombres más feos; vamos a verlos. Sobre la llanura cubierta de árboles y ramas podridas podremos contemplar a estos caballeros.

Al poner pies en tierra, lo primero que advirtieron fue a una mujer sentada sobre el tronco de un árbol que daba de mamar a seis criaturas que parecían chanchitos de leche. Más allá se veía a un viejo hombre-

chancho, con aire distraído. Alejandro se echó a reír; Victorino sorprendido observaba a la mujer que acariciaba a las criaturas lactantes.

—Aparentemente aquí los hombres son porcinos —dijo a su hijo—, de mal aspecto, pero no malvados.

Al aproximarse a la mujer, ésta levantó el hocico que tenía forma femenina. Espantada por la aparición de los hombres-voladores, lanzó un grito, y arrancó lentamente debido a que debía arrastrar a sus seis hijos. El macho arrancó más ligero. Alejandro se presentó frente a la mujer, a la que ofreció provisiones con un gesto afectuoso. La mujer tenía la mirada suplicante y parecía ofrecer su propia vida para salvar a los pequeños. Alejandro la consoló, dándole frutas, que ella olió y en seguida comió. Al dejársele vía libre la mujer se acercó a un bosque de árboles erectos, parecidos a la encina. Chilló y después de oírse un ruido fenomenal, cerca de seiscientos hombres-porcinos, se aproximaban a los hombres-voladores, quienes se posaron sobre la copa del árbol. Los porcinos lo rodearon, hozaban la tierra con sus hocicos para desarraigar las raíces, con el fin de derribar el asilo a estos dos seres desconocidos. Para evitarles trabajo, Victorino y su hijo planearon por sobre el grupo. El concierto de gruñidos, parecía interminable hasta que uno de ellos, lanzó un grito diferente y enroscando la cola comenzó a correr. Detrás de él siguió la manada. Alejandro reía a mandíbula batiente. De acuerdo con la estrategia probada en las islas anteriores, aprisionaron un ejemplar macho, al que pusieron en libertad en la tarde para que informara a sus compatriotas. Igualmente raptaron una pareja, con el fin de adoctrinarla en la Isla Cristina, con el objetivo de transformarlos algún día en civilizadores de otras naciones australes.

Al regresar del viaje Alejandro tuvo el enorme placer de recibir de la hermosa Mikitikipi, su alta y querida esposa, un hijo, que fue bautizado con el nombre

de Skhapopantigho-Hermantin, al que en adelante designaron como Hermantin, pues lo habían bautizado así con este nombre duro para comprender a la Nación Patagónica.

Después de las fiestas celebradas en la Isla Cristina y en la Patagonia por esta ocasión solemne, Victorino y su hijo, acompañados del hermano mayor de Alejandro, cuya esposa quiso separarse por algunos días, pues lo adoraba y sólo encontraba placer estar junto a él y en la educación de los hijos.

Debo advertir, por otra parte, que la educación de los hombres-animales hacía grandes progresos y aún cuando eran ajenos a las sutilezas de razonamiento, no lo eran en el aprendizaje de la lectura y de la escritura y aun eran capaces de concebir ideas generales. Entre ellos los hombres perros eran los que progresaban más rápidamente y estaban más cerca del común de los mortales. Además, eran cariñosos, fieles, en una palabras, muy amables, pero jamás pudieron aprender una pronunciación diferente a la del ladrido y quedaron por debajo de los hombres-monos, cuya educación había sido difícil al comienzo.

Volvamos ahora a Victorino, a quien dejamos bogando por los aires en compañía de sus dos hijos.

Séptima Isla

En un día de vuelo sobrevolaron la Isla de los Monos, de los Osos, la Isla Cínica y la Isla de los Gruñidos, y después de seis horas de rápido vuelo, alcanzaron una isla todavía desconocida entre los 48° y 49° de latitud. Por su situación geográfica, era más fría que las anteriores. Los viajeros no advirtieron este hecho, pues estaban en el mes de enero, que corresponde al mes de julio de Europa. Después de reposar y comer, se tendieron a dormir, siendo despertados a la aurora por un ruido espantoso. Al mirar a sus alrededores vieron unas

especies de hombres que cogían y ramoneaban en la hierba. Estaban cubiertos de un pelo color malva, tenían cola y sobre todo se distinguían por estar su frente adornada por fuertes y hermosos cuernos, largos, derechos, lisos y brillantes[6].

—Estamos en la buena —dijo Alejandro a su padre y a su hermano—, son los hombres-cornúpetos los que habitan esta isla.

—¡Atiza! Mi hermano no es desgraciado, y para ser su primer viaje la situación es peculiar.

De B-m-t- se echó a reír.

—Por fortuna lo hecho no es de mal agüero —respondió él.

—¡Atención! ¡Atención! Los hombres-cornúpetos nos observan, veamos cuál será su primera impresión.

En efecto, los hombres-cornúpetos acababan de darse cuenta de la presencia de los tres viajeros, y los contemplaban sin miedo, pero con curiosidad. Entraron al parecer, en consulta, sin emitir bramidos ni sonido alguno, únicamente se entendían con la mirada. Después de esta consulta muda, los machos más robustos se colocaron en fila de vanguardia; en seguida se escalonaron los otros en cuatro líneas, siendo ésta última y las dos siguientes, intercaladas por hembras y por terneritas, fácilmente reconocibles por la delicadeza de los cuernos y la piel de color agradable, que contrastaba con el color marrón obscuro de los machos. El grupo formaba un círculo en recta marcha hacia adelante, con el propósito de encerrar a los viajeros. A los veinte pasos podía contemplarse un verdadero bosque de cuernos amenazantes. A esta altura se desprendió un hombre-toro, bien formado, de aire grave, que se aproximó a los extranjeros. A los diez pasos se detuvo y con dulzura mugió estas palabras: *¡Meuunh! ¡Moumh! ¡Houmhhouah! ¡Moumhm! ¡Houih! ¡Houaih! ¡Houhoumh!* Ni Victorino, ni su hijo mayor, ni aún Alejandro, entendieron una sílaba, pero éste último, creyó conveniente responderles algo y se puso a gritar: *Mouh, Moouhouh, Meuh.* Sea que estas palabras correspondieran a algún sonido de su lenguaje o que éstos las confundieron con algún dialecto parecido, el hombre-toro, dio un salto, movió la cola y volviéndose del lado de su Nación, repitió las mismas palabras. El piño respondió con un mugido colectivo, tras el cual el intérprete regresó al grupo. Una mujer-ternera, muy bien formada dentro de su especie, avanzó llevando entre sus manos, tres ramitos de hierbas frescas, recién recogidas, que presentó a los viajeros en signo de amistad.

Los tomaron ellos con vivos gestos de alegría y dieron, en cambio, al hombre-toro, pan de centeno, que este probó y repartió después entre los miembros principales del grupo, los que aprobaron su sabor.

Por su parte, los viajeros simularon comer las hierbas, lo que les granjeó su amistad, pues de inmediato comprendieron que no se enfrentaban con una especie animal carnívora. Sin embargo, los viajeros no querían dejarse encerrar. El marido de Ishmichcrifts era el más asustado, Alejandro se ofreció para acercarse a ellos, asegurándoles que en caso de ataque poseía los medios para asustar a los nativos; de mala gana consintió Victorino.

Premunido de ofrendas de frutas y de pan centeno, Alejandro avanzó. Todos se aproximaron a él para examinarlo. La recepción fue cariñosa; repartió los obsequios, reservando un poco de pan y una sabrosa "panate" (así se llama la fruta), para la más linda de las mujeres terneras, que estaba a su lado.

Con una reverencia graciosa le entregó el presente,

[6]En nuestro continente ha habido de este tipo de hombres. Se llamaban los *Serastas* y fueron destruidos poco antes de la guerra de Troya en la misma época en que Adonis vivía en la Isla de Chipre. Ovidio, en su *Metamorfosis*, Libro I, Capítulo V dice lo siguiente:
"Se llamaban Serastas y en la frente tenían una áspera cornamenta. . ."

la joven se ruborizó hasta los cuernos y pareció intimidarse, pero viendo la delicadeza del hombre sin cuernos, aceptó el regalo, comiéndolo de inmediato, mientras convidaba las sobras al resto del grupo. Este gesto de Alejandro fue recibido por un mugido general, sin duda, de aplauso, lo que fue confirmado con la actitud de un hombre-toro, de cierta edad, tal vez el padre de la joven, que tendió su mano a Alejandro. Tras repetidas pruebas de amistad, el joven, que comprendía la inquietud de su padre, saludó a los hombres y mujeres llevándose la mano al corazón y a la boca, alejándose después rápidamente, mientras todos repetían el mismo gesto de salutación. Al reintegrarse, los hombres-toros, lanzaron un nuevo mugido colectivo, que fue respondido por un *Mouh, Mouhhh,* que lanzaron los tres viajeros.

Idearon luego la forma que adoptarían para llevar consigo a tres representantes de esta raza, sin indisponerse con la Nación. No habían terminado aún la deliberación, cuando vieron al viejo que, conduciendo de la mano a la joven, avanzaba nuevamente hacia ellos. Tomando a la joven la depositaron en las manos de Alejandro, haciendo señas que se la entregaban a él personalmente. Por gestos elocuentes, los viajeros solicitaron el envío de un hombre; de nuevo los viejos se presentaron con un hermoso mancebo. Cambiaron saludos y los viajeros se aprestaron para partir...

El miedo de la joven y del mancebo fue enorme, pero no se atrevieron a huir, dejándose amarrar por la cintura al mecanismo de las alas, el grupo lanzó mugidos extremecedores, aparentemente el saludo de despedida.

Al día siguiente Victorino, sus hijos y los dos salvajes, llegaban de regreso a la Isla Cristina, donde la curiosidad de los habitantes era enorme, al contemplar a estas criaturas aún más extrañas que las precedentes. Se los entregó a un hombre hábil, discípulo del Abate

De Lepee, el conocido profesor que dedicara su vida a la enseñanza de los sordos-mudos. El abuelo no cesaba de admirar a estos nuevos ejemplares.

Hablando con su consuegro, el procurador fiscal decía:

—¿Creería Ud. posible todo lo que estamos viendo en nuestra vejez? Y todo esto ha sido ocasionado, sin duda, por la belleza de mi hija, que obligó a su hijo a inventar las alas para raptarla, primer escalón de esta serie de maravillas que estamos contemplando.

—Por seguro—respondió el procurador (este cargo se había mantenido en la Isla Cristina)—, pero si mi hijo no hubiera tenido la inteligencia y los méritos intelectuales, jamás el amor lo hubiera llevado a encontrar todo esto.

—Tiene razón, amigo, pero no cree que sin Cristina...

—Por supuesto, querido consuegro, y no seré yo el que le arrebate el honor de ser el padre de una nuera a la que amo más que a mí mismo.

—Pero a la recíproca si mi hijo...

—Convenido, tampoco podría yo disminuir los méritos de mi yerno, que logró arrebatar el alma a mi hija, y es por sus méritos personales que ha ennoblecido aún más mi nobleza.

Dejando al abuelo la última palabra, el procurador dio término a la conversación.

Victorino y su hijo permanecieron un mes entero en la Isla Cristina ocupados de los asuntos públicos, y pudieron darse cuenta de los progresos de la educación de los salvajes. Todos, a excepción de los últimos, empezaban a hablar. Los jóvenes-perros, más dóciles, eran los más queridos. Y este ejemplo no perjudicó a los otros, pues todos quisieron imitar esta conducta.

Cosa extraña, todas las razas tenían un odio terrible a los hombres de la noche, a quienes se debía proteger con medidas especiales, pues varias veces hubo intentos de atacar las cavernas. Unicamente la raza cornúpeta

era indiferente a este sentimiento colectivo de odio. Dejando las cosas en marcha, los tres viajeros decidieron continuar las exploraciones, llevando consigo a los dos jóvenes-perros, a quienes se juzgaba oportuno devolver a su patria.

Octava Isla

Avanzando sobre el paralelo elegido, más allá de la última descubierta, llegaron al tercer día a una isla nueva, situada al occidente del país de los cornúpetos, donde descendieron. Millares de pájaros de especie desconocida vinieron a posarse sobre ellos y a picotearlos.

—Parece —dijo Alejandro—, que no hay hombres en esta región.

No había terminado aún estas palabras, cuando observaron manadas de cabras, ciervos, etc., que saltaban. Se les hizo signos que recibían con mirada estúpida, alejándose en seguida.

—Estos son animales —dijo Alejandro—, la naturaleza es aquí más imperfecta que en otras regiones y no ha producido sino bestias.

No pudo mantener mucho tiempo esta idea, pues su hermano descubrió una manada pastando, y al acercarse los tres viajeros, advirtieron unos trescientos a cuatrocientos animales, cubiertos de lana como los corderos, conducidos por seres de la misma especie, con cuernos retorcidos como los carneros. Estos animales no ramoneaban sino que cogían las hierbas con las patas delanteras, comían de ellas y con el resto tejían unas fajas que servían como pequeños sacos, entre la cintura y la piel. A lo lejos contemplaron un joven que acariciaba con ternura a una joven corderita.

Dejaron tranquila a la dichosa pareja y se aproximaron al grupo. Alejandro imitó su balido. Al sonido todos acudieron. Nada extraño observaron en la conducta; el joven tomó un puñado de hierba que llevó a

su boca, y ofreció el resto a los hombres-carneros. Por poco paga con la vida esta temeridad. Un hombre-carnero, viéndolo aproximarse, se lanzó sobre él con los cuernos bajos. Gracias a un golpe del quitasol, pudo elevarse unos diez pies, mientras el chivo se estrellaba con fuerza contra un árbol, se partía el cráneo y caía muerto.

Alejandro, sin perder la calma, sobrevoló el grupo, arrojóles pasto y pan de centeno, que ellos comieron. Observando la actitud combativa del grupo, Victorino encargó a los hombres-perros que les explicaran sus intenciones. Esta acción los tranquilizó y bajando a la tierra Alejandro los acarició, y, a las mujeres-carneros, que no tenían cuernos, les ofreció frutas y pan, de manera que pudo familiarizarse con ellas. También ofreció lo mismo a los hombres, en especial al que parecía ser el jefe del grupo. Alejandro hizo una observación interesante en la isla, y era que la naturaleza estaba en un estado de inocencia conmovedora. No había especies carnívoras, ni tigrecillos, ni aves de presa. Los hombres-carneros vivían en completa comunidad con los animales y se veían frecuentemente a ambos entregados a sus juegos, sin demostrar desconfianza los unos de los otros.

En todos los lugares que visitaron, los viajeros veían venir hacia ellos a los animales, tanto domésticos como cimarrones, que no trataban de huir. Victorino les explicó este fenómeno a sus hijos en estos términos:

—Bendigo a Dios, de haber podido vivir hasta este instante, y de haber podido visitar estas lejanas comarcas, donde he podido conocer la naturaleza en toda su belleza original. ¡Oh, mis hijos!, felices ustedes, que no han tenido tiempo de vivir como yo en un mundo perverso en años pasados, en que los animales de la selva son pálida sombra. Ustedes no los han visto destrozarse, devorarse entre ellos, justificando en seguida su conducta por el principio del bien y del mal. Comparan el mundo moral con el mundo físico, para excu-

sar sus actitudes. Nosotros, aunque tengamos necesidad de provisiones, jamás asesinamos a los habitantes para obtenerlas y nunca hemos iniciado acto alguno de violencia.

El discurso provocó una reacción entre los hijos, quienes opinaron que la Isla Nueva era el último asilo sagrado de la inocencia primitiva.

Alejandro, hombre de gran espíritu, hizo esta observación:

—Me parece que nosotros somos seres parásitos sobre la tierra, a la manera de los hongos sobre los árboles, de los piojos sobre los animales, y por ello, incómodos y perjudiciales, y cuya destrucción procuran rematar.

Victorino movió la cabeza y su hijo se calló.

Los viajeros no retardaron su estadía en la isla, que les pareció fértil y después del habitual robo de dos ejemplares de la raza, quienes quedaron al cuidado de Victorino y su primogénito, Alejandro fue encargado de devolver los dos hombres-perros a la Isla Cínica, en que pernoctó para ver personalmente los efectos de la civilización sobre dos ejemplares de esta raza, sus compatriotas.

La reacción fue favorable, pero Alejandro pensó para sí que esos dos seres volverían a su nivel de brutos si no se poblaba la isla con familiares de hombres normales, gracias a lo cual podrían hablar la lengua francesa y gustar los productos de la civilización.

Pues, es necesario puntualizar, que las diferentes especies de hombres-animales hablaban bien la lengua de la Isla Cristina, y podían emplearla para expresar las ideas aprendidas, pero para todo aquello que se designaba con una palabra en su lengua original no se podían evitar que la emplearan, lo que transformaba el lenguaje en un dialecto diferente para cada nación. Por otra parte, cada raza posee un tipo especial de

pronunciación, sea la forma gutural, la mímica, la de los gemidos, la de los aullidos, etc.

Alejandro, de acuerdo con estas intenciones, regresó a la Isla Cristina, con el fin de informar de estas ideas a su padre. La respuesta fue favorable, y en consecuencia, se decretó por pregón de trompeta, a través de la isla, la proposición de ocupar la Isla Cínica a título de señoría-agraria, es decir, infeudación, dominio que se ejercería sobre todos los seres inferiores a los europeos, con la sola obligación para los habitantes de reconocer la soberanía de la Isla Cristina, y de contribuir, en la medida de lo posible, a su mantenimiento. Muchas familias ambiciosas se presentaron de inmediato, al escuchar estos proyectos, eran los turbulentos de la isla. Se rifó entre ellos la participación en la empresa, y se consoló a los no agraciados, prometiéndoles otras islas, que se colonizarían, a medida que se enviaran de retorno las parejas educadas en la capital de Cristina.

Para realizar estos proyectos se alistó el barco, equipándolo de marinería y provisiones, y de los útiles necesarios al proyecto de emigración. Victorino y Alejandro dirigieron el navío por la ruta más fácil y más corta, mientras que el marido de Ishmichtrifs y su cuñado, el marido de Sofía, sobrevolaban a flor de agua, con la sonda en la mano, midiendo las profundidades.

A los ocho días de navegación avistaron la Isla Cínica, donde encontraron muy tristes a los dos jóvenes, quienes, con la llegada de los cristinos, se alegraron. Los colonos se establecieron en la Casa del Gobernador y su familia, construida muy de prisa, para albergar a sesenta personas. Se les encomendó especial tratamiento de los jóvenes-naturales, intérpretes necesarios para vivir en buena armonía con los aborígenes, para comprender su lengua, conocer la profundidad de su inteligencia, y sus actitudes, en una palabra, para aprovechar estos conocimientos. El Gobernador prometió cum-

plir estas órdenes y como su interés estaba ligado a esta empresa, fue fiel a su palabra.

Victorino y su hijo no intentaron nuevos descubrimientos en la isla, volvieron al barco, para visitar la isla de los hombres-monos, donde encontraron a los naturales aún más tímidos que en la primera visita.

Al regresar a la Isla Cristina, se tiró a la suerte el cargo de Gobernador de la Isla de los Monos-Hombres y se condujo allí al elegido, acompañado de la pareja de naturales, que debían servir de elementos correlacionadores.

Así sucesivamente se hizo regresar a todos los alumnos a sus respectivas patrias, y más adelante relataré los efectos que esta medida ocasionó. Quiero por el momento relatar los descubrimientos realizados por Victorino, hombre infatigable.

Un mes después de haber conducido a su patria a los hombres y a la mujer-carnero (que por otra parte habían dado pocas pruebas de inteligencia), los tres victorinos volaron más allá de la Isla Carnera sin descubrir tierra.

Novena Isla

Aprovechando el viento norte, reconocieron una isla grande, situada hacia los 55° de latitud austral. El país parecía árido, y de lo alto apenas se advertían algunos arbustos. Las cimas de las montañas estaban cubiertas de nieve, al pie se distinguían regiones planas. Sobre esta costra muerta descendieron los hombres-voladores, con la esperanza de descubrir población... Divisaron animales, al parecer renos, pero diferentes a los del norte; marchando a prisa para calentarse los pies, pues a pesar de ser verano en el polo antártico hacía frío, llegaron a una caverna, al borde de un gran río, el único de la zona. Al escuchar ruidos, se pusieron en guardia, por no saber qué especie de animales los producían.

Mientras vacilaban, Alejandro divisó a la entrada animales parecidos a grandes roedores, ratones que después de haberlo observado llamaron a sus compañeros. Al aproximarse Alejandro, se dio cuenta que se trataba de castores, que allí habían fundado una hermosa república. Corrió Alejandro a dar la noticia a su padre, y todos se agazaparon en los márgenes del río para ver salir a los castores que se dirigían al agua. Alejandro tomó uno entre sus manos, y cual no sería su sorpresa, al encontrar en el animal formas humanas, y lo que es aún más, la apariencia de ser razonables. Era una hembra que se hizo la muerta, y viendo que esta actitud no bastaba, unió sus manos en un gesto de súplica para mover a los extranjeros a compasión. Alejandro, que no quería hacerla sufrir, le ofreció frutas y la depositó a la entrada de la caverna, al filo del agua. La mujer-castor permaneció dentro como unos diez minutos, regresando con un centenar de sus compatriotas, a quienes señaló a los hombres-voladores, mientras hablaba sin cesar, lo que hizo reír a Victorino y a su hijo, quienes les entregaron frutas, que la comparsa comió en pequeños trozos recostados en el agua. Pronto acudieron las madres llevando a sus criaturas, a quienes también se distribuyó castañas asadas y frutas, sobre las que se arrojaron con voracidad. A los pocos minutos los hombres-voladores estaban rodeados por toda la nación de los castores, que los tocaban con curiosidad; Alejandro se atrevió a entrar a la caverna, que comunicaba con el río por una hendidura hecha en la roca, la que estaba en toda su extensión recorrida por un arroyo. Aquí se alineaban las casas de los castores, en forma que estos seres pigmeos mantenían la cola en el agua. La noticia envalentonó a los viajeros. Los castores no demostraron temor alguno; admiración causó entre los hombres-voladores observar las células familiares, comunicadas entre sí por puertas de acceso. Comían fuera de los cubículos, sentados en la corteza de los troncos

que sobresalían del agua. Después de este estudio, los hombres-voladores se retiraron, sin aprisionar ejemplares, pues pensaban que su estatura, su pobreza y el rigor del clima, indicaba que era imposible mantener relaciones comerciales con este pueblo pigmeo. Alejandro, sin embargo, no compartía esta idea, y después de alegar que las pieles parecían un artículo de primer orden, logró convencer a sus compañeros, que escogieron cuatro ejemplares para trasladarlos a la Isla Cristina. Alejandro, en un viaje de dos días, los depositó en la ciudad, dando instrucciones a los maestros de los hombres-bestias, y después de abrazar a su esposa y a sus hijos, volvió al sitio convenido para el encuentro.

Décima Isla

En el intertanto, Victorino y su primogénito, habían recorrido una gran isla cubierta de nieve y de glaciares, donde encontraron muchos osos blancos, pero ninguna criatura humana. Al llegar Alejandro no pudo convencerse de la verdad de esta tesis, pues creía imposible que no existieran hombres en regiones tan próximas de América y de la Nueva Holanda. Su búsqueda lo llevó al hallazgo de huesos humanos, pero las osamentas parecían pertenecer a europeos, muertos tal vez de hambre en estas regiones inhóspitas o bien devorados por osos blancos.

Iban a dejar la isla cuando oyeron el estampido de un fusil. Atemorizados tomaron altura, y de allí divisaron a la entrada de una caverna, un hombre vestido de pieles que los miraba. Descendieron a cierta distancia, Alejandro se despojó de sus alas para indicar que era un mortal común y se puso a hacer gestos al hombre. Este, transportado de alegría al contemplar a seres de su especie, respondió a los llamados y salió a encontrarlos. A una prudente distancia, les gritó en francés:

—¿Quiénes sois?

—Franceses y amigos de los hombres —respondió Alejandro.

De inmediato el viejo cayó de rodillas, dirigió sus manos a lo alto en actitud suplicante, manifestando su alegría. Al reunirse todos, el viejo miró a Victorino y se lanzó en sus brazos mientras exclamaba:

—Bendito sea Dios; es un francés el que abrazo.

Victorino le devolvió sus saludos, explicándole la forma que tenían de volar, y preguntándole a su vez la razón de su permanencia en estas lejanas regiones.

—Hace tiempo que languidecemos en estos parajes —dijo el viejo—, pues no estoy solo. Soy el capitán de navío... La tripulación se amotinó, abandonándome en esta isla, con mi mujer y mis dos hijos, un hombrecito y una mujercita de cinco y seis años, respectivamente. Los amotinados tuvieron la crueldad de dejarme sin provisiones, pero por fortuna un grumete compasivo encontró la forma de arrojar al agua un barril de pólvora que pude recoger, a lo cual agregó un fusil y una espada. El navío en manos de la tripulación se entregó a la piratería. Lo supe por el grumete que fue enviado al año siguiente para asegurarse de nuestra muerte. Por fortuna, gracias a un anteojo de larga vista, pude darme cuenta del regreso de la nave y ocultarme con los míos. Hace veinte años que estamos abandonados y le contaré nuestra historia una vez que penetremos en la gruta en que habitamos.

El viejo los condujo a la caverna, de donde salió una mujer joven embarazada, su esposa, cubierta de harapos; salió también una mujer de especie desconocida, pues tenía cuernos como las cabras, un pelambre espeso, pero una dulzura agradable en la mirada. Dos jóvenes con aspecto salvaje, cubiertos de pieles las seguían, el uno con un hacha en la mano; el segundo con una espada.

La esposa del capitán creyó morir de alegría al oír hablar su propia lengua a estos viajeros. Entraron a la

caverna, se sentaron a la lumbre del fuego y comieron pescado seco, que hacía las veces de pan, pescado frito en aceite de ballena y carne disecada.

Por su parte Victorino ofreció pan a sus huéspedes, los que se admiraron al verlo. Después de comida, el capitán comenzó la prometida relación:

"Abandonado, como les conté, con tres personas que dependían de mi esfuerzo, me sobrepuse a la situación y me armé de valor y paciencia.

"Después de encontrar esta gruta, dejé aquí a salvo a mi mujer y a mis hijos, preocupándome de buscar provisiones. Recorrí la isla sin encontrar animales carnívoros, pero como era verano, la isla estaba cubierta de pájaros, de la especie de los patos salvajes y de pingüinos. No los asusté disparando sino que solamente recogí los huevos, tomando la precaución de no destruir los nidos. En la costa encontré pescado en abundancia, y por medio de una caña que había salvado, pude recoger diariamente para la comida.

"Pronto advertí que además de esta fauna había otra especie similar a los cabríos, cuyo olor característico percibí.

"Esperando aprisionar una cabra para obtener leche fresca, me puse a espiar la ocasión favorable. Un hermoso día de verano, al avanzar hacia la costa meridional, distinguí con asombro, a un grupo de sátiros o machos cabríos, que caminaban en dos pies, entregados a la pesca, con caña y un curioso canasto suspendido de una pértiga. Más de una hora estuve contemplándolos con mis anteojos y parecía que conversaban entre ellos. Al fin, como estaba vestido con pieles, avancé hacia el grupo. El primer movimiento fue de pavor, pero luego se resolvieron a volver, mirándome con curiosidad.

"Los saludé con cortesía, aprestando, sin embargo, el fusil y la espada, les pedía por gestos pescado fresco y después de repetir la acción, me entendieron perfectamente. A una cierta distancia, comenzaron a seguirme

hasta que me vieron entrar a la caverna. Por mi parte, gracias a los anteojos pude observar su conducta. Marcaron los árboles y volvieron corriendo. No quise disparar por temor a despertar a mi esposa. Al día siguiente en la faena de la pesca, pude verlos nuevamente en actitud contemplativa. Mi manera de pescar los impresionó, pues la caña que yo usaba, era una traída de a bordo, muy superior a la de ellos. Les ofrecí pescado, pero no se acercaron.

"Fue en esta época que llegó el grumete mencionado. Lo eduqué, de manera que pasó a ser un hombre excelente. Era mi fiel compañero en la caza y en la pesca, el cuidador de mi hijo de siete años, que nos seguía para acostumbrarse a esta dura y ruda existencia. Diez años transcurrieron de la manera señalada. La única novedad fue la prisión de algunos hombres-cabríos que venían a vernos; uno de ellos tenía una hija, menos deforme que las demás, y el grumete se enamoró de ella, casándose. Yo le había destinado mi hija, pero un día me dijo:

"—Capitán, es menester que yo ensaye esta unión que puede producir una raza nueva, la que conservando toda la perfección estética de los seres humanos, agregue la agilidad de las especies-cabrías.

"En verdad yo tenía una repugnancia infinita de ver a mis hijos casados con esos seres extraños. La necesidad pudo más. Hoy día tengo seis nietos y el grumete, Mauricio, doce, pues su mujer ha tenido gemelos. Me consolé advirtiendo que los hijos se parecen más a los padres europeos que a sus madres autóctonas. Estoy seguro que a la larga las deformidades van a desaparecer.

"Me queda todavía que hablar de una tragedia horrible que ocurrió en la isla hace unos cinco años más o menos, pues cuento los años sumando un invierno y un verano. El invierno es extremadamente cruel en estos parajes. Reunimos las provisiones para esa época,

pues nadie puede aventurarse a poner un pie fuera, salvo la mujer de Mauricio.

"Disponemos de cuatro y cinco lunas de libertad para ello, disfrutando de este clima semicaliente que ahora tenemos. Fue entonces cuando los tigres de mar aparecieron en esta isla; estos animales crueles y carniceros, desvartaron todo; devoraron a los hombres-cabríos y desde aquí oímos sus gritos desgarradores.

"Permanecimos encerrados y para calentarnos nos apretábamos unos contra otros, durmiendo en esa postura, cubiertos de pieles. Unicamente la mujer-cabría podía salir a prepararnos alimentos y deshielarnos el agua.

"Volvió el verano, y para nuestra sorpresa, vimos que la isla estaba devastada, sin hombres ni animales. Todo había desaparecido, hasta los pájaros. Los tigres se habían enseñoreado, y se preparaban a atacarnos. Gracias al ahorro de pólvora y a la espada, pudimos defendernos desde lo alto de una roca, y manejando nuestras armas pudimos ultimar a los atacantes a golpes de arma blanca y tiros de fusil. En seguida los desollamos e hicimos salar al sol su carne, a la manera de charqui (boucan), provisión que es muy agradable para el hambre. Los días siguientes los dedicamos a la caza, y los pocos tigres de mar que encontramos fueron muertos y beneficiados. Una tarde hallamos a dos jóvenes de la raza-caprina, una doncella y un mancebo, heridos mortalmente. No se atrevían a salir de su refugio, pero gracias a nuestra intervención pudieron recuperar su salud en nuestra casa, y desde donde nos sirven con abnegación. En el invierno habitan en nuestra caverna y en el verano una barracá contigua a la nuestra.

"El invierno trajo aún una pequeña invasión de tigres de mar, pero en vista que no podían encontrar nada que comer, se dedicaron a la pesca. La especie está casi extinguida y además de aniquilarla, pensamos

aprovechar la estación para matar el resto de estos animales invasores".

Este fue el discurso del capitán. Victorino respondió que lo llevaría a él y a la familia a la Isla Cristina, ciudad situada bajo la comba de un cielo dulce, y cuya tierra era fértil.

Dio, al mismo tiempo, las órdenes para que los últimos vestigios de la raza-caprina fueran trasladados a la Isla de los Carneros, comenzando por tres ejemplares que él mismo llevaría esa misma noche.

En viajes sucesivos de cuatro personas, se evacuó en pocos días la población de la isla que ahora vive feliz en la Isla Cristina. En cuanto a la raza-caprina, su llegada a la Isla de los Carneros atrajo la atención general y parece que la alianza se produjo al instante, pues tenían un fondo racial común.

La afición de Victorino por el estudio y su espíritu verdaderamente científico, acrecentado en su hijo Alejandro y en su nieto, el príncipe Hermantín, quien eclipsó, como veremos a sus progenitores, los llevaron a recorrer el globo terráqueo situado en el mismo paralelo de la Isla Cristina. Victorino, sintiendo el peso de los años, que lo habían hecho perder a su suegro y a su padre, quienes murieron de 103 y 110 años, respectivamente, sólo pensaba en un reposo tranquilizador, mientras se ocupaba del gobierno interno de la Isla Cristina y de las regiones adyacentes, como Virrey de la Isla de los Monos, Osos, Cínica, Carnera, Cordera, etc. Continuamente visitaba esas regiones, ocupándose del bienestar de los naturales y de las familias europeas que formaban la base de la población. Estaba contento de la prosperidad que en esas zonas reinaba y con cierto orgullo, les repetía que él era el padre, el primer civilizador, el bienhechor, el amigo y el jefe supremo de la comunidad. Alejandro, Procurador General del Imperio, delegado del Rey, los visitaba a la vez con el fin de informarse del estado de la gente, de lo que

allí faltaba, y a veces hizo viajes a Europa, en busca de los objetos indispensables para el progreso.

Alejandro advertía que las artes aplicadas, incluso la imprenta, tenían en la isla buenos cultivadores. La población aumentaba; la familia estaba compuesta en un término medio de diez a doce hijos, productos del sistema matrimonial novedoso aplicado en la isla. Los habitantes se casaban dos veces: la primera, a la edad de 16 años, con mujeres de 32, unión que duraba 16 años. Las mujeres de 40 permanecían en la casa, para servir de guía a las jóvenes, hasta que éstas abandonaban a sus maridos. Era ella la que quedaba a cargo de los hijos, disponiendo de todo menos de la persona de la joven esposa. Al cumplir los treinta y uno, ésta ingresaba a un hogar colectivo, donde permanecía un año, entregada a una vida de trabajo. A los treinta y dos, la entregaban a un segundo marido, pasando a ejercer el oficio de dueñas de casa en este segundo hogar y disfrutando de todos los derechos de esposa. Sin embargo, los hombres de cuarenta no permanecían aislados, podían volverse a casar con mujeres jóvenes, pero no estaban obligados a ellos como en los casos anteriores. Dentro de la comunidad había estimación por aquéllos que contraían terceras nupcias. Estaban autorizados a tomar concubinas entre las mujeres de raza inferior, como la nocturna y las demás. No se criticaban estas uniones, pero los Gobernadores estaban atentos para impedir que los mestizos se casaran con las viudas, menores de treinta años. Las mujeres mestizas podían casarse con los mestizos o con los viejos en terceras nupcias; en la segunda, no podían éstas ser concubinas.

La familia real no podía conformarse con esta decisión, pues para mantener el rango debían casarse con esposas patagonas, lo que ayudaba a mantener la amistad entre esos pueblos. La educación de los príncipes era refinada, procurando el desarrollo espiritual; los

hijos de Alejandro, por ejemplo, sobrepasaron a su padre en inventiva.

Para apurar el proceso cultural, Alejandro con sus hijos y sobrinos realizaron un viaje a Francia donde raptaron pintores, escultores, músicos, actores y aun hombres de letras. Nadie advirtió este rapto, pero sin duda Uds. recuerdan que hace unos veinte años se habló mucho de este misterioso episodio; se dio por muertos a dos grandes pintores, dos escultores, dos actores, un dramaturgo y un excelente bailarín, pero en verdad, ellos viven todavía en la Isla Cristina, donde fueron llevados por Alejandro y sus familiares. Han formado buenos alumnos y han contribuido en forma admirable al refinamiento de una nación próspera y que goza de los bienes más preciosos del ser humano, a saber: la inocencia y la libertad.

Antes de entrar a relatar los sucesos actuales de la Isla, quiero terminar el capítulo de los descubrimientos geográficos de Alejandro, y de sus nuevos camaradas sucesores de Victorino a los mayores. Con frecuencia visitan las tierras descubiertas y gracias a múltiples esfuerzos han logrado perfeccionar la raza simiesca, osezna, canina y cornúpeta. Pienso en las maravillas que hubieran hecho si como los españoles hubieran tenido que habérselas con mexicanos y peruanos. ¡Qué desgracia para esos países infortunados la de no haber sido descubiertos por los habitantes de la Isla Cristina!

Por el contrario fue una suerte inmensa que los hombres-animales del Polo Austral no hayan sido descubiertos por los feroces conquistadores de México y del Perú. Sin duda alguna, contemplando la enorme talla de los patagones los hubieran masacrado. Y aún más, si en vez de tratarlos como bestias, hubieran advertido en ellos un principio racional, entonces los hubieran quemado en la hoguera por Súcubos e Incubos, sobrevivientes de un primitivo bestialismo. La ignorancia impide darse cuenta que estos hombres no han lle-

gado todavía al último grado de perfección y que la naturaleza se ha detenido en el proceso que los condujo del mar, origen de todos los seres vivientes, al medio ambiente seco de la vida vegetal. Esto pueda tal vez explicarse por el hecho que las tierras del Polo Austral estando alejadas y desmembradas, lejos de toda otra especie, impedido el cruzamiento.

Alguien, por otra parte, podría objetar que si el Polo Austral hubiera sido poblado antes que el septentrional, estos hombres hubieran degenerado a impulsos del "brutismo", etapa que debe preceder a la revolución destructiva. La naturaleza en sus sabios designios no quiere que el ser inteligente sea testigo de los pavorosos cataclismos que deben anteceder a la extinción de la vida en el planeta[7].

Una vez terminada la solución de los asuntos internos, el Gran Victorino, soberano de la Isla Cristina, delineó el sistema para hacer funcionar el nuevo régimen social.

Aprovechó las experiencias históricas del Oriente estableciendo el régimen de castas, basadas en el adelanto físico. En la cúspide estaban los franceses, raza servida y respetada por las demás. Se cuidó muy bien, por otra parte, de evitar que fuera una clase ociosa, víctima, tarde o temprano, como lo prueba la historia de la clase industrial o guerrera. A los franceses se entregó el trabajo de la tierra, el comercio, la administración, y la guerra en caso de necesidad. El trabajo fue declarado indispensable, castigándose con la marca

[7]La mezcla de las razas es el sistema que empleó Victorino con buen éxito. Combinó los matrimonios entre gente de la raza de los monos, y de los hombres-osos y recíprocamente entre las mujeres-monos y las mujeres-osos; mezcló las parejas de hombres-toros y mujeres-carneros y entre estas dos especies, y los hombres y mujeres de la noche. También permitió a los franceses que pudieran tener concubinas entre las mujeres de las razas inferiores a condición que los hijos no pudieran casarse entre ellos, y vivieran aislados en una isla situada a veinte leguas de la capital.

de infamia la ociosidad que traía consigo la degración social.

Estas leyes eran más sabias que las de Licurgo, pues en Esparta el trabajo estaba entregado a los ilotas esclavos, lo que rebajó las profesiones, las artes, los oficios y aún la urbanidad.

Los hombres de capacidad inferior, por no haber entrado en la etapa de progreso final, tenían ocupaciones proporcionadas a su inteligencia; prohibiéndoseles los trabajos rudos que podrían degenerarlos.

Las artes representativas: teatro, música, pintura, escultura estuvieron reservadas para las familias francesas, hijos de padre y madre sanos y a los descendientes de los náufragos casados con francesas.

No deseando entrar por el momento en mayores detalles, en gracia de la brevedad, paso ahora a describir las aventuras de Alejandro.

Su objeto era el de terminar la vuelta al mundo alrededor del paralelo de la Isla Cristina, para continuar en seguida recorriéndola en otros sentidos. Al entrar el reinado de Victorino en sus treinta años de vida, Alejandro dio término a la primera parte de su empresa.

En la estación primaveral, partió el príncipe a lo largo de la ruta que había recorrido con su padre. Llevaba consigo a Hermantin, su primogénito y al joven Dagoberto, el mayor de sus sobrinos, ambos nacidos de mujeres-patagonas, y por lo tanto físicamente más robustos que los europeos. No quiero anticipar los elogios que merece por sus méritos Hermantin, quien indudablemente pasará a la posteridad como el héroe de la Australia. Pues merece la misma gloria y celebridad que Hércules, Baco y Odin entre los pueblos septentrionales.

Los tres príncipes visitaron la isla siguiendo en su inspección la costumbre ya establecida. No encontraron gente viviente, pero sí enormes hormigas parecidas a

las que se observan en las Antillas y en Cayena, cuyas colmenas tienen la forma de flecha de campanario. Son tan feroces que si encuentran un animal dormido, se lanzan sobre él devorándolo al instante; descarnan igualmente los cadáveres de animales muertos, y por ello se advierten esqueletos con aspecto de marfil por su blancura a la entrada de sus cubículos. Pero lo que más sorprendió a Alejandro fue una osamenta de las proporciones de un centauro. Estaba examinando este hallazgo cuando sintieron el ruido de una marcha que parecía la de un ejército. Puestos en guardia, Hermantin se elevó unos veinte pies para averiguar la procedencia del sonido. Divisó a lo lejos, un conjunto de caballeros bien parecidos, cuyos caballos piafaban con impaciencia. Admirado del espectáculo avisó a su padre y a su primo, y todos juntos volaron a encontrar al ejército. Al aproximarse —¡Oh, maravilla!— se dieron cuenta que los caballeros era una raza de animal que marchaba sobre dos o cuatro pies, con cola de crin a la manera de un caballo, pero de cabeza más humana que equina, extremidades parecidas a las de oso. Todos estos extraños seres se regocijaban en el campo, a la hora del crepúsculo, y hacían el amor de una manera más equina que humana.

Eran seres muy vecinos a la animalidad, y sus relinchos eran más bien gritos de placer que un lenguaje racional organizado. Las potrancas huían perseguidas por los hombres-potros que las alcanzaban y sus relinchos voluptuosos eran coreados por la manada. Esta alegría general fue interrumpida por la llegada de los hombres-voladores, y apenas fueron divisados un viejo dio la señal de alarma con un relincho de pavor. Las hembras corrieron a esconderse al bosque vecino; los machos permanecieron en sus posiciones, mirando fijamente a los recién llegados. Fascinados por la airada apostura de estos seres, Alejandro descendió junto a un joven centauro, al que acarició ofreciéndole pan.

El relincho atrajo a sus camaradas y en cortos segudos se había establecido una gran familiaridad, sobre todo después que acudieron las hembras tímidas, entre las cuales había algunas de formas humanas casi perfectas. Para abreviar diré, que en algunos días, Hermantin había logrado la amistad de una pareja de centauros quienes aceptaron dejarse conducir como huéspedes a la Isla Cristina. La educación de estos seres fue fácil, demostraron mayor capacidad que los hombres-perros y monos, sobre los cuales tenían una ventaja, eran capaces de cumplir, gracias a su gran fuerza corporal, trabajos pesados.

Isla Doce

Después de haber llevado a su destino a los jóvenes alumnos, el grupo familiar continuó la gira de descubrimientos. En la misma latitud que la Isla-equina, toparon una región desconocida de paisaje yermo. El suelo árido dejaba fructificar, al parecer sólo unos quiscos, pero crecía también viña silvestre que daba unas uvas pequeñas. Los quiscos y malezas sarmentosas dificultaban el paso. Mientras procedían al examen habitual, los viajeros escucharon cerca de ellos una conversación original.

Comenzaba en esta forma: *Hhi, hhouh, hhanh, hhanhh- ¡Hhinnt! hhouih, hhan-hhih- ¡Hrhh-! -hhih ¡hhouh-hhih hhouih hhonhimh hhaimhh! hhi ¡hhhinnhihn-hhih...*

Hermantin estaba curioso de ver a los interlocutores que utilizaban este lenguaje primitivo y agreste. Un golpe de quitasol lo condujo a la altura necesaria y entre unos matorrales contempló una pareja de seres absortos en un diálogo intenso. La mujer, mezcla de mula y de mujer, cogía los quiscos tiernos mezclándolos con sarmientos de viña; el hombre, al parecer su amante, desplegaba elocuencia para convencerla de su amor.

La hembra, sin dejar de comer, lo miraba sonriente. Creo poder ahora traducir parte de ese diálogo:

—*Hhih hhouh, hhanh* (Te quiero, abandónate a mí).

—*Hhhinnnh, hhouih* (No, déjame; apártate).

—*¡Hhrrhh! hhih hhonh hhih hhouih hhouihimh hhaimhh! hhi hihinnhinh-hhih* (Hay. Espero que me escuches. Vamos. Atiéndeme).

Estas finas galanterías de la Isla de los Asnos corresponden a las que escuchamos en otras partes, en las mismas ocasiones.

Pasando de las palabras a la acción, el amante, muy ardoroso, se acercó a la joven sonriente, pero ésta, como hacen todas las mujeres, dio una mirada a su alrededor para asegurarse que estaban solos, divisando entonces a Hermantin semioculto entre los arbustos. Asustada dio un salto, arrancando a todo correr. El macho más valeroso se quedó mirando con los ojos fijos al enorme pájaro.

Hermantin ensayó un rebuzno que hizo sonreir al hombre-asno. Al divisar a la joven fue a buscarla, y dieron a la pareja castañas y pan de avena, que pareció gustarles mucho. Alejandro siguiendo la costumbre, ordenó el traslado de ellos a la Isla Cristina, permaneciendo él en esta tierra para estudiar su configuración geográfica. La partida fue impresionante, los bramidos de la pareja se sentían en todos partes, atrayendo la atención general.

La gente-asna se asombraba al contemplar a Alejandro, quien desde lejos los saludaba, ofreciéndoles sarmientos y cogollos frescos, pues sus provisiones se habían agotado. La reacción psíquica de esta raza era lenta, testaruda y el único horizonte de sus anhelos era el amor, sentimiento que los dominaba, alejándose de otro tipo de diversiones. La voluptuosidad imperaba por doquier, y a ella se entregaban con frenesí los miembros de esta raza vil. Vivían en comunidades y las mujeres se ocupaban muy poco de los hijos.

Alejandro pensó, que para ellos la felicidad era alcanzable, pues el objeto de sus apetencias era fácilmente encontrado. Tal vez fueran más felices que los seres humanos, en quienes el sentimiento del bien y del mal, el conocimiento de la muerte, y sus inquietudes les impide disfrutar de los simples placeres de la animalidad.

Estos pensamientos acongojaron a Alejandro durante los dos días que permaneció en la Isla, pero al final encontró que los hombres-asnos, podían prestar utilidad al grupo social en faenas de procreación.

Al llegar los enviados cambiaron ideas al respecto. Hermantin y Dagoberto habían tenido parejas reflexiones. Los lectores sabrán a continuación que esa idea fue compartida por el pueblo de los sabios que los jóvenes príncipes iban pronto a descubrir.

Isla Trece

Los hombres-voladores toparon al tercer día con una región habitada por los seres más extraños que hasta el momento habían encontrado. Mucho les costó acercarse, pero al hacerlo escucharon un curioso croar, que venía de un lago interior que ocupaba casi el total de la superficie de esta isla. Parecía el cráter de un antiguo volcán, que las aguas habían llenado, y cuyas morenas formaban un círculo natural. Depositando allí las provisiones, los viajeros se adentraron en el territorio. Al llegar a los márgenes del lago divisaron a un grupo de anfibios que se lanzaban al agua. Hermantin trató de apresar un ejemplar, pero el temor había dispersado el grupo bruscamente, siendo imposible la tarea. Desde lo alto contemplaron a los anfibios lanzándose al lago, pero ningún otro signo de vida en la isla. Extrañados por el repetido movimiento de esos seres, los viajeros creyeron conveniente esconderse para ver el desarrollo que tomaban los acontecimientos. La prime-

ra noche salieron de dudas, pues pudieron contemplar a los anfibios que emergían de las aguas para buscar su alimento vegetal. Eran de pequeña estatura, con los ojos en la cabeza, y tenían las extremidades unidas por una membrana. Al menor signo, los centinelas lanzaban el croar de auxilio. Aunque al principio los cristinos pensaron que era imposible apoderarse de estos seres huidizos, Dagoberto y Hermantin lograron con paciencia sus propósitos, y envolvieron en una red a un par de seres-ranas, que condujeron a la Isla Cristina.

Sólo Alejandro permaneció en espera dedicado a pensar sobre el destino de estos seres extraños. No hay duda, al juzgar por las apariencias que el género humano ha comenzado por ser una criatura oceánica, y aplicando a ellos el sistema de M. Buffón sobre el enfriamiento paulatino del planeta, volverán a este estado original. En caso contrario el mundo terminaría en el proceso de congelación, como lo afirma Telliamed. Sin pronunciarse entre las doctrinas de ambos filósofos, Alejandro pensaba que estando el polo austral más alejado que el polo septentrional, tal vez tenga razón Telliamed y la vida esté recién en sus comienzos; el mundo se deshidratará y la tierra se poblará, por lo cual tendríamos el honor de ser los jefes de la nación más poderosa del Universo en este Hemisferio. Alejandro se hacía angustiosas preguntas: ¿Serán los patagones, que demuestran tener una estructura física más completa que la nuestra, seres en decadencia? No prosigo estas consideraciones, pues Hermantin no tardará en entregarnos una doctrina de física social más exacta que las actuales.

Al regresar los viajeros relataron que habían dejado a los hombre-ranas en un vivero adecuado, en cuyos bordes habían colocado toda suerte de provisiones. Al mismo tiempo informaron que habían constatado en el viaje de regreso que no existía ninguna otra isla en el mismo paralelo.

Isla Catorce

Volando hacia el norte advirtieron la presencia de una isla hermosa, cubierta de verdes prados. Se pusieron a la tarea de descubrir seres humanos, pero encontraron tan solo multitud de pájaros y en la costa pescados en abundancia. Infructuosas fueron las tentativas hechas los días subsiguientes, y en vista de no haber encontrado ni aun especies animales, prefirieron regresar a la Isla Cristina, con la intención de dejar el territorio descubierto para asiento de las razas mestizas. Era la estación de invierno que corresponde al mes de diciembre en Europa. Al regresar, tres meses después, para comenzar los trabajos agrícolas los viajeros hicieron un extraño descubrimiento. Fue un día canicular, y al adentrarse en el bosque divisaron unas serpientes de talla monstruosa, de unos diez pies, dormidas al sol. Estremecidos de terror, examinaron a los monstruos, cuya cabeza semejaba un hombre. Al despertar los reptiles treparon a los árboles con una rapidez vertiginosa. Tomando la altura necesaria para la defensa, Alejandro lanzó gritos amenazantes para obligar a los monstruos que volvieran a sus cavernas. Al mismo tiempo para verificar si eran serpientes venenosas sacrificaron un perro que habían traído. De un golpe fue engullido, lo mismo que otro animal de mayor tamaño que igualmente arrojaron al grupo. Sólo uno de esos monstruos, que adoptaba actitudes como para volar quedó aislado, ocasión que aprovecharon los viajeros para envolverlo en una malla y examinarlo con tranquilidad. Pero, en medio de silbidos aterradores acudieron los demás en su auxilio, rompiendo la malla con sus dientes, y dejando al prisionero en libertad. En vista que no eran venenosas el temor disminuyó, pero no encontraban razón para llevar ejemplares a la Isla. El hijo mayor de Alejandro, gracias a una estratagema de arrojarles un cordero, logró introducir

a una pareja de estos monstruos, en una pared medianera, capaz de retenerlos. La pareja, que al poco tiempo tuvo hijos no logró demostrar inteligencia alguna, como las demás razas encontradas. Si durante el verano se advierte en ellos cierta docilidad, al venir el invierno caían en un marasmo que les hacía perder lo ganado.

Los colonos que llegaron a esta isla fértil no tuvieron con los hombres-reptibles relación alguna, más bien trataban de extinguirlos, por lo cual Hermantin, pensó ubicar a estos seres en una isla situada en las cercanías del Ecuador para que pudieran vivir tranquilos. Se logró encontrar este sitio entre los 14° y 15°, y a mediados de otoño el buque fue a dejarlos a su nueva tierra. Al desembarcar estaban alegres y, al parecer felices. Si a primera vista parecían de malos instintos, pronto demostraron mejores disposiciones, bajo la administración de la raza mestiza-nocturna, enviada con este objetivo desde la Isla Cristina.

—Si alguna especie debiera sucumbir —dijo un día Victorino a los suyos—, sin duda sería la de los hombres-serpientes. Pero nosotros hemos pensado en forma diferente, lo que es un ejemplo para los europeos.

¡Qué vergüenza! Los europeos, siendo de la misma especie y parientes entre sí, se desprecian, se calumnian, se niegan unos a otros y llegan aún a masacrarse. ¡Oh, infortunados que vivís en el más craso egoísmo y que os contagiáis los vicios unos a los otros! Las formas —agregó— variaron primitivamente en el hemisferio septentrional lo mismo que en este. He leído en mi infancia la historia de hombres con cabeza de buey, de caballo, de mono, de perro; de hombres con pies de cabro, etc. Todo ello me parecía increíble, ahora lo que aquí he observado me da la clave de las viejas consejas, tomadas por fábulas ridículas por los orgullosos europeos.

Apenas estuvo libre la Isla de las Serpientes un grupo de colonos, unos seiscientos mestizos de todas las especies, nombrándose Gobernador de la zona, a un pariente de Victorino, natural del Delfinado. La población hizo grandes progresos y mediante un incesante cruzamiento de cuarenta años, la raza se perfeccionó.

Restaba aún a Alejandro para dar cumplimiento al periplo muchos paralelos que recorrer, tanto al norte como al sur de la Isla Cristina. Hermantin, el hijo mayor de Alejandro, hombre valiente y pujante, que reunía en su persona la finura y el espíritu de progreso de los franceses y la fuerza y solidez de los patagones, estaba animado de grandes propósitos. Una vez que terminó de recorrer la Isla Serpentina, se propuso visitar las tierras australes comprendida entre el Ecuador y el Trópico de Cáncer. Un vasto océano, poblado de islas, separaba los continentes descubiertos por los héroes de la Isla Cristina, de la América y del Africa, pero la Isla Victorica era tan grande que avanzaba hasta el grado 10, formando un país de delicioso clima, rodeada por un mar de aguas templadas, donde reinaba la eterna primavera.

En una de las regiones contiguas, entre los 00° y 000°, habita un pueblo del que quiero hablar, pues es el pueblo más grande, poderoso y más espiritual de todo el Universo: es el pueblo de los *Megapatagones*.

Los príncipes partieron en su gira el mes de marzo. Eran cinco los viajeros: Hermantin, Clovis, Dagoberto y Thierry, los sobrinos y los hijos de la hermana Sofía, Rolando y Renaud. Estaban equipados con el nuevo sistema de alas perfeccionado por Hermantin y con ayuda de ellas, encabezaban la caravana, seguida por el navío, que con las provisiones necesarias, los esperaba en los sitios elegidos para descansar y equiparse nuevamente.

A los 22° de latitud norte, al mediodía divisaron una isla, que se ofrecía hermosa por la densa vegetación. Aunque el calor era excesivo, a esa hora canicular, encontraron la forma de protegerse a la sombra de los árboles en el sitio en que habían aterrizado. Se recostaron a la vera de un lago, atravesado por un río, en la misma forma en que el Ródano atraviesa el Lago de Ginebra. No hacía una hora que descansaban allí cuando sintieron un sordo golpe de los pasos de una caravana que se acercaba. Se escondieron para observar, y con asombro contemplaron grandes masas móviles que marchaban sobre dos pies. La componían seres de monstruosa cara humana, con nariz de trompa, parecida a la de los elefantes. La piel dura y rugosa, era del tipo de los proboscídeos. Se lanzaron al lago con aire triste, demostrando un cansancio excesivo. Una vez bañados, se entregaron al descanso, alineados por parejas, cada cual con un compañero más pequeño, al parecer su hijo.

Aprovechando el sueño, Hermantin y sus camaradas se aproximaron para cerciorarse del tipo de especie física, que resultó ser la de hombres-elefantes. Al aplicar los anteojos para una inspección más profunda una de las criaturas despertó, levantando a la madre. Humillada en su pudor, la hembra llenó su trompa de agua lanzando un potente chorro sobre los viajeros, mientras sus bramidos despertaban al tropel. En vano los hombres-voladores trataron de elevarse, pero el agua había dañado las alas de manera que era difícil el despegue. Los proboscídeos envalentonados siguieron lanzando verdaderas trobas líquidas sobre los viajeros, quienes a duras penas lograron tomar altura. La Isla Elefante, así la bautizaron, era imposible para la empresa de colonización.

Sin embargo, todos quedaron buscando la forma cómo podrían conducir una pareja de ejemplares hasta el navío que se aproximaba. Al fin lograron idear una máquina que podía moverse entre tres, y de donde lanzaron una red para apresar un ejemplar joven. El momento deseado tardó en venir, pero una tarde, al divisar una pareja de amantes que trataban de aislarse, aprovecharon sus avances amorosos para tomarlos prisioneros en la red que habían inventado. Gracias al pavor que inspiraban las alas a la pareja y al frío de la altura, pudieron ser conducidos, con enorme trabajo, hasta el barco. Fueron colocados en el puente de mando, y medio muertos por el viaje llegaron a la Isla Cristina, siendo conducidos a un asoleado valle. Ya repuestos, se les hizo amables gestos de simpatía, pero sin atreverse a ponerlos en libertad. Una vez que hubieron aprendido a entender la lengua francesa, y bajo promesa de restituirlos a su patria, los hombres-elefantes fueron entregados a sus propias fuerzas. Su educación fue fácil y rápida, pues la inteligencia estaba a la altura de los seres de Europa. Tenían los pies redondos, similar a los de la especie de Asia; la cabeza enorme, las manos igual a los pies, con dedos pequeños; la trompa era flexible y agregaba un miembro a sus movimientos, lo que los hacía capaces de trabajos más difíciles. El macho tenía dientes; la hembra no los tenía, pero en cambio su piel era más suave, su fisonomía más agradable, aun cuando la trompa les hacía deformes para los ojos humanos.

Los hombres-elefantes confirmaron que en la Isla habían existido en un tiempo remoto verdaderos elefantes y hombres-monos similares a los que se veían en la Isla Cristina. Permanecieron en el lugar durante un año, al cabo del cual fueron llevados nuevamente a sus tierras.

Llegados a la Isla Elefantina, en el equinoccio de otoño, los dejaron en libertad, escondiéndose para estudiar el efecto que producirían sobre sus compañeros.

Al cabo de tres días regresó el joven cautivo y les aseguró que la Nación Elefantina estaba contenta de la conducta observada con ellos, y dispuestos a entrar en conversaciones amistosas.

A los pocos días fueron invitados a presentarse ante la Asamblea Elefantina, y escoltados por el joven proboscídeo, tres de ellos acudieron a la cita, quedando los otros en reserva para el caso que hubiera que auxiliar a los compañeros, para lo cual contaban también con los refuerzos de la tripulación del barco.

Los tres heraldos fueron bien recibidos por la Asamblea, y a pesar de comprender poco el lenguaje simple de ese pueblo, pudieron entenderse en las cuestiones básicas relativas a la alimentación y costumbres de las dos razas, que compararon entre ellas, lo que produjo buen efecto entre los elefantinos. Se buscaron después los medios para iniciar el comercio con esa Nación, que aunque capaz de progreso, sólo pensaba en la satisfacción de las necesidades inmediatas.

Esta misión fue cumplida por Hermantin después del regreso de los heraldos, quien supo hacerse comprender, agitando el proyecto de colonizar las partes secas de la Isla, ventaja que trató de ponderar ante ellos. Los elefantidas se mostraron complacientes y aún demostraron interés de ver llegar a los nuevos colonos, sobre todo cuando se les aseguró que no tenían alas, miembro corporal que les provocaba pánico. Para garantizar la verdad de este juicio los llevaron a ver la tripulación del buque. Se cambiaron después presentes amistosos, y con pruebas de extrema cortesía se puso fin a las conversaciones.

Al regreso a la Isla Cristina se equipó el buque con una colonia numerosa, capaz de de defenderse y en la parte seca levantaron una ciudad, tratando de cultivar lazos de amistad dentro de las tradiciones humanitarias establecidas por Victorino. Interrumpo esta narración, en el momento en que los colonos se instalaron

en la Isla, de clima tórrido, temperado por los bosques y las aguas, para continuar con el relato de las hazañas de Hermantin y sus compañeros.

Después del descubrimiento de la Isla Elefantina, exploraron la zona del Ecuador, dejando de lado la parte del sur, ocupada por tribus negras y monos ya conocidos por los europeos.

Siguieron, más bien, el paralelo del [illegible]o de Capricornio, entre los 24° y 30° de latitud austral, con el propósito de unir la extremidad del país de los patagones y de rodear íntegramente las islas descubiertas por Victorino y conocidas con el nombre de Victorica.

Islas XVI y XVII

Sobrevolando un mar inmenso llegaron a una isla tan enorme que juzgaron continente, pero que luego se destacó como isla rodeada de agua por todas partes. Aterrizaron en lugar conveniente para evitar el extremo calor diurno y el penetrante rocío de la noche. Al amanecer recorrieron la llanura, divisando diferentes animales, que tímidamente arrancaban al presentarse; vieron grandes serpientes que se subían medrosas a los árboles, y que desde arriba ensayaban posturas amenazantes. El ruido de los pájaros formaba una batahola.

—Parece —explicó Hermantin— que el natural de estos habitantes es peligroso, pues todos están a la defensiva. Seamos, pues, circunspectos en nuestra exploración.

De pronto irrumpió una manada de ciervos, que al divisarlos atravesaron el río a nado alejándose. Aprovechando un camino trazado, los hombres-voladores continuaron la búsqueda, hasta llegar al pie de una montaña, en cuya base se alineaban una serie de grutas, naturales las unas, pero que en otras se veía la intromisión de mano inteligente. Los senderos que llevaban a la montaña estaban manchados de sangre, que aún

teñían los árboles y las piedras. Estos signos dieron que pensar a los exploradores, más aún al contemplar el hacinamiento de cuernos de ciervo, bisontes y renos, y otros cornúpetos, montículos que rodeaban las grutas. Esto les hizo conjeturar que la raza que allí habitaba estaba provista de una dentadura capaz de perforar los huesos.

Mientras así reflexionaban, de una de las cavernas emergieron dos habitantes, arrastrándose para no ser vistos. Por fortuna Hermantin tenía listo el quitasol, que lo impulsó en un golpe a unos quince pies de altura; los otros lo imitaron. Eran dos figuras horripilantes; parecidos a leones furiosos, de cuerpo velludo, en la parte superior una boca rasgada de oreja a oreja, con dos hileras de agudos dientes; la melena espesa y los ojos brillantes reflejaban sus instintos carniceros y la sed de sangre.

A pesar de las tentativas amistosas de Hermantin, los monstruos lanzaban aullidos que hacían acudir a sus semejantes. El grupo presentaba un aspecto terrible; la sangre chorreaba de las fuertes mandíbulas y algunos todavía arrastraban un cuarto de animal sanguinolento. Los rugidos eran penetrantes. Poco a poco, a medida que probaban los obsequios que desde lo alto lanzaban los viajeros, su actitud comenzó a cambiar. Los gestos de amistad fueron correspondidos y al final los hombres-voladores posaron en tierra, indicaron que querían charlar con ellos. Al cabo de una hora los leones parecieron captar el mensaje, destacando un emisario, que avanzó hacia ellos, con la perfidia marcada en el rostro. Presentó sus garras a Hermantin, pero en el momento en que éste acudía a saludarlo, una hembra se introdujo en la escena, tratando de apresar a los extranjeros. Los cinco hombres-voladores se defendieron con sus puñales, armas que los leones desconocían y los amedrentó. Un tiro de fusil sembró aún más desconcierto; el ataque se detuvo, las leonas co-

rrieron a curar sus heridas y la de los caídos, pero pronto abandonaron el lugar, dejando en el campo tres heridos. Hermantin, que conocía primorosamente la cirugía y la medicina, arte muy cultivado en la Isla Cristina, sobre todo entre los príncipes, acudió a tratarlos, colocó a los heridos en el césped; les vendó los miembros lacerados y les indicó que reposaran. Este tratamiento era observado con curiosidad por los hombres-leones, que fueron acercándose nuevamente a los extranjeros. Al sanar los enfermos gracias a estos cuidados, la comunidad expresó su regocijo trayendo regalos y presentes a los hombres-voladores.

Hermantin, durante la curación había enseñado los rudimentos del francés a los heridos, quienes a su vez dieron a conocer algunas de las expresiones de su lengua, ruda, poco graciosa, al parecer consistente en unas treinta palabras, sin partículas ni sintaxis.

Mrho-on-hhom, significaba cacería; *rhhhomb,* correr; *hhouhhamp,* atrapar; *hhihhoumhp,* amar, desear; *fhlloufhlloup,* sangre.

Los sustantivos no poseen sino vocativo y los verbos solamente el infinitivo. Un gesto hacia adelante indica el futuro; un gesto hacia atrás, el pasado; la garra sobre la cabeza, el presente.

En cuanto a los adjetivos, manejan el de malo y bueno, largo y corto, y aun esos no son propiamente palabras sino signos; el primero consiste en poner la mano sobre el corazón; el segundo alejar la mano del cuerpo. Corto, se expresa colocando la mano en la muñeca; para decir largo, se lleva un dedo hacia la garra. Este signo equivale también a hoy día, pronto, en seguida, al instante; largo, todo lo contrario.

El sentimiento de odio, se expresa por un grito, *hmhoump,* que si no está acompañado por un gesto, significa rechazo, arrancar, no querer. La lengua es fácil de aprender, pero es imperfecta y poco expresiva,

pero los habitantes son capaces con su ayuda de entenderse en la vida de comunidad.

El día de la fiesta en honor de los convalecientes, Hermantin no fue capaz de hablar a los hombres-leones en su propia lengua. Entre gestos y palabras dijo lo que sigue:

—Hombres-leones (Hhoump-houamo), bravos (rrrhams) y no tímidos y no suficientes; yo les traigo palabras de amor; yo, mis otros, yo quererlos bien, hombres-leones; querer paz, querer amistad. Yo hombre-hombre; Uds. hombres-leones. Yo dentro conocimiento; Uds. lejos conocimiento. Yo quiero darles conocimiento; yo querer que Uds. coman bien, reposen mejor; que no corran por la caza. Dos Uds. venir a mi país mío; haremos dos Uds. sabios, todos serán como yo, como otros yo.

El discurso fue recibido con gran alegría de parte de los hombres-leones, quienes expresaban que el hombre-hombre hablaba la lengua mejor que ellos. Esto afianzó la amistad. Al día siguiente una pareja fue trasladada a la Isla Cristina con el fin de comenzar su educación. Nada se escatimó para apresurar la enseñanza, a pesar de la estrecha vigilancia que se impuso a los alumnos para evitar que volvieran a sus hábitos de carnívoros. Más de un año permanecieron esta vez Hermantin y sus compañeros en la Isla entregados a la vida familiar. Victorino y Cristina estaban ancianos, pero felices y dueños de sus facultades. Veían a su alrededor cumplirse su idea que las virtudes, más que la riqueza, traen el bienestar y el progreso, comparando esta existencia con la europea, donde la locura reina, pues imaginan que para ser felices es necesario correr tras los bienes materiales. Entre los cristinos, al contrario, se había probado que el secreto de la felicidad pública y privada reside en el imperio de justicia, aun hacia los animales, pues aquel que es cruel con sus

hermanos inferiores en perfección física es también cruel con sus semejantes.

La base de la felicidad está en la repartición igualitaria de los bienes, la igualdad de los medios de vida, en las prerrogativas y en la relación exacta entre los deberes del jefe y derecho de los súbditos, tema que trataré en sus detalles más adelante; por el momento volvamos a los hombres-leones.

Un año demoró la enseñanza; al cabo de ese tiempo se demostró que habían aprendido las lecciones. Sabían distinguir el bien del mal; sabían contar los días del año con ayuda de incisiones en los árboles, que les servían a manera de Almanaques; aprendieron a encender el fuego, a hervir el agua, sembrar semillas, y aun a amasar el pan. Dentro del aprendizaje todo lo que estaba basado en una combinación de ideas sobrepasaba su entendimiento, pero poseían los conocimientos concretos suficientes y los jóvenes llegaron aun a civilizar con su presencia a los mayores.

Sin embargo, no pudieron transformar su carácter y nunca adquirieron un temperamento suave o tranquilidad. Pocos hombres-cristinos se atrevieron a tomar a las leonas como queridas, pues sus afiladas garras y afilados dientes los atemorizaban, por lo cual no se produjo este mestizaje.

Este temperamento feroz, estaba muy lejos del que poseerían los habitantes del último pueblo que descubrieron los príncipes viajeros en las islas australes.

Relataré a continuación esta nueva hazaña.

Islas XVIII *y* XIX

El navío fue nuevamente aparejado para conducir a los hombres-leones a su tierra natal. Fueron precedidos, como otras veces, por la vanguardia de los hombres-voladores que atalayaban la ruta. En una de estas excursiones encontraron una isla de grandes propor-

ciones. Antes habían sobrevolado un archipiélago, donde las formas humanas eran más caprichosas, testimonio comprobatorio que el hombre tenía origen marino.

Fue Tierry, el que lanzó el grito de: *Tierra, Tierra;* al instante acudieron sus compañeros. Estaban por entonces en el grado 180 de latitud sur, de manera que habían dado la media vuelta al globo.

Aislada en vasto mar, separada por más de 500 leguas de la tierra más próxima, la única superficie emergida del lado del polo antártico. Todo el mar ocupaba todo el meridiano, y avanzando en línea recta se llegaba al polo, más allá la extremidad austral de la Isla Victorica. Esto lo averiguaron más adelante los príncipes cristinos, quienes descubrieron el método de pasar el polo sin sufrir el frío intensivo, aprovechando la bondad de las alas. Este viaje tuvo lugar el 21 de diciembre de 1774, el día más largo del año austral y gracias a la fecha pudieron contemplar el espectáculo del sol dando vueltas, sin inclinación sensible alrededor del globo, en veinticuatro horas. Observaron en esta gira que el aire era más frío a la altura del mar que a veinticinco pies, pero que subiendo más arriba el frío era insoportable. Este viaje pensaban hacerlo nuevamente alrededor del polo ártico, para estudiar la diferencia que existe entre ambos.

Al aproximarse unas diez leguas a la nueva isla, se detuvieron los viajeros sobre una roca que emergía del agua unos cincuenta pies y desde la cima, Hermantin, premunido de los anteojos de largavista, pudo reconocer la costa. Era abrupta y escarpada. Hacia el medio día, después de comer, se acercaron a ella.

Era alta en sus cuatro costados, y en la parte más prominente divisaron unos enormes pájaros semejantes a los murciélagos. Los anteojos demostraron a Hermantin que se trataba de hombres-voladores. Se detuvieron para deliberar, decidiendo esperar la noche para efectuar la visita, por temor a verse envueltos por las

aves. A la caída de la tarde, los cinco viajeros aterrizaron en la Isla Volante. Avanzando con confianza, imaginando que los extraños habitantes estarían dormidos, pero de pronto oyeron un ruido insólito semejante al que emitían los hombres de la noche; de la oscuridad surgió una nueva especie de hombre-pájaro, que no tenía busto sino una envoltura de suave piel que le servía además de alas. Los hombres-murciélagos, carentes de miembros, utilizaban la boca para tragar moscas, escarabajos y bichos que les servían de alimento. Tomando en cuenta la timidez demostrada por estas aves humanas, los viajeros continuaron avanzando hacia el interior de la isla hasta encontrar la linde de una montaña. Al llegar hasta esta meta sintieron el estridente aullido de los hombres-voladores, con cara de gato, y una especie de pico corto, que se lanzaron al ataque. Un hábil tiro de pistola arrojó a tierra a varios entre ellos, instante que les sirvió para descender a tierra e inspeccionar sus casas. Eran nidos colgados en un bosque cubierto de árboles y de tierra, como la de los cuervos. El conjunto de ellos dibujaba una aldea suspendida y original. Los nidos estaban cerrados, con una abertura para la circulación del aire. Sus dimensiones eran grandes, unos diez pies, divididas en círculos interiores, que parecían servir de habitación a una pareja. Los árboles parecían castaños, y los frutos estaban maduros. Los viajeros entusiasmados por esta aldea original estaban curiosos por contemplar a sus habitantes, lo que sucedió luego, pero en medio de situaciones peligrosas.

La gente se acostaba temprano, costumbre dominante entre los seres volátiles, levantándose muy de madrugada. Apenas rayaba la aurora los pájaros abrían la puerta del nido, lanzando fuertes gritos. Esta vez los exploradores se pusieron a la defensa, pero en los comienzos quedaron confundidos. Al remontarse pudieron distinguirlos desde lo alto, emprendiendo una manio-

bra de encierro. No había manera de arrancar, por lo cual decidieron volar alto y en esta atmósfera se defendieron hábilmente, por medio de aguzadas lanzas, hiriendo un sinnúmero de ellos, en especial a una pareja empecinada. Los príncipes decidieron alejarse de la isla, siempre combatiendo a los numerosos enemigos. La persecución terminó en la mencionada roca, sitio donde los hombres-murciélagos volvieron, en medio de una ruidosa batahola.

Esta aventura peligrosa los convenció que debían volver al barco, para regresar en son de guerra a la isla. Esta actitud estaba alejada de los sentimientos de justicia y de tranquilidad imperantes, pero todos los hombres tienen sus pasiones y los viajeros estaban irritados contra los hombres-pájaros por su conducta. La entrada del barco provocó un instante de curiosidad; luego trataron de asaltarlo, pero un tiro de cañón, que limpió el aire de hombres-pájaros, hizo posible un tranquilo desembarco. Al avanzar encontraron la isla cubierta de árboles frutales y la tierra cultivada, aunque de manera primitiva y grosera.

Contemplaron a los hombres-pájaros con la cabeza asomada, observando a los viajeros. Los saludos amistosos no fueron respondidos. Los exploradores se acercaron a los nidos, repitiendo los signos y presentando obsequios de pan y de frutas, pero la reacción fue aún más violenta, pues cerraron las puertas apenas los vieron aproximarse. De pronto uno de los pájaros-jóvenes recogió el alimento y lo llevó a su boca para en seguida salir volando del nido en dirección a los príncipes, quienes lo acariciaron en presencia de los observadores taciturnos. Gracias a esta criatura pudieron darse cuenta cabal de la estructura física de estos hombres extraños. Tienen la cabeza casi de forma humana, pero la nariz está formada por un pico huesudo, con fosas nasales abiertas a la manera de pájaros. En vez de cabellos poseen un mechón de plumas; las alas son anchas

y dejan en descubierto únicamente las muñecas. La cola es larga como la del pavo real, las piernas cortas y descarnadas, terminan en una pata de ave. El cuerpo está recubierto de plumas multicolores, tornasoladas, semejantes a la de los ánades. El movimiento que hacen para volar es parecido al de un hombre a la carrera, los brazos tensos. De esta estructura se desprende que no pueden tomar con las manos sino cosas livianas, por ejemplo, los alimentos. Viven principalmente de frutas y de insectos voladores; los cogen de los árboles y además atrapan los pescados de la superficie del mar.

Disponen de algunas armas para defenderse de sus principales enemigos, los pescados-voladores; son unas espinas agudas y filudas, con las cuales hieren en el aire a sus atacantes. Pero su principal órgano de defensa reside en la fuerza de sus picos huesudos y en las garras, que parecen de aves de presa.

Todos los animales de esta isla poseen alas: los carneros, las cabras, los asnos, los caballos, los cuervos, las liebres, aun los cerdos, etc.; únicamente carecen de ellas las serpientes y las ranas que se deslizan a saltos prolongados.

Los príncipes cristinos después de trabar amistad con los habitantes, por intermedio de la citada criatura, visitaron toda la isla; descubrieron un enorme río donde volaban cocodrilos e hipopótamos, pero en verdad estos animales sólo se servían de las alas para apresurar la marcha. Parece que estos mares han sido habitados primitivamente por pescados-voladores que al pasar a vivir en tierra conservaron las alas.

Fue tarea fácil aprisionar a la criatura y a cinco compañeros de ambos sexos, que fueron depositados en el buque. Un extraño fenómeno ocurrió: la hembra-voladora puso dos huevos y los incubó. A las nueve semanas salieron del cascarón una hembra y un macho, fenómeno usual entre la especie que siempre trae a luz dos ejemplares de sexo diferente. Sólo incuban una

vez al año. A continuación los príncipes reanudaron su viaje[6].

Acostaron en la Isla de los Leones por el costado opuesto al conocido y encontraron una bahía natural, situada en posición ventajosa, donde el navío echó ancla. Los cinco príncipes sobrevolaron el lugar para trazar un camino de acceso a los futuros colonos. Al entrar al interior, se dieron cuenta que estaban en presencia de una raza diferente a la encontrada en el viaje anterior. No eran ahora hombres-leones, hombres-tigres, sino leopardos y gatos, seres extraordinariamente feroces. La isla estaba dividida en tres partes por dos brazos de mar; a la manera que Irlanda e Inglaterra estaban separadas por un canal. La isla principal está habitada por hombres-leones y allí fueron recibidos por los alumnos de la Isla Cristina con muestras de júbilo, lo que los convenció de las buenas relaciones existentes entre ambas razas. Fueron ayudados por ellos a transportar los víveres del barco y en las faenas del acarreo de los comestibles.

Una vez que las familias de colonos se afincaron, Hermantin y sus compañeros tuvieron curiosidad de visitar la tierra de los hombres-tigres, y al efecto eligieron como guías a un grupo de fuertes y vigorosos hombres-leones. Al cabo de ocho días partieron encantados acompañados por dos alumnos y un grupo de doce voluntarios.

Aprovechando la chalupa de los oficiales, se cruzó el brazo de mar que separaba las zonas. Apenas los hombres-tigres constataron la presencia de los extranjeros acudieron, pero sus instintos de ataque quedaron refrenados al advertir la llegada de los hombres-leones. Demostraron su enojo no contestando los saludos de

[6]El nacimiento de Pollux y Helena, hijos de Cástor y de Clitenmestra nacidos de dos huevos, puestos por Leda, parece el resíduo de una antigua tradición, relativa a los hombres-pájaros de la que habla Ovidio en su *Metamorfosis*, Libro v. (Dullis).

Hermantin ni aceptaron las ofrendas de caza llevadas por los mensajeros. Por el contrario, estos seres feroces comenzaron a cercar a los recién llegados, lo que provocó el estallido de una batalla campal. Los hombres-leones destrozaron a sus enemigos en forma tan absoluta que ninguno quedó vivo en el campo de la sangrienta refriega, siendo inútiles las intervenciones de los dos alumnos de la Isla Cristina, quienes trataron de calmar el furor. Estos acontecimientos sembraron el terror por toda la región de la Tigrería y de la Leopardía, tierra vecina, provocando una huida general de los crueles habitantes.

La tarea de persuasión de los príncipes demoró un tiempo en alcanzar reacción favorable, pero al fin los hombres-leones convencidos de la buena política sustentada por los cristinos, atraparon algunos cachorros que trajeron muertos de miedo a la presencia de Hermantin y sus compañeros. La domesticación fue difícil, pues si bien en presencia de sus maestros los hombres-tigres actuaban en forma racional, apenas estaban solos se lanzaban sobre los objetos desgarrándolos. A fuerza de hambre se los volvía a la razón. Los jóvenes-tigres fueron enviados a la Isla de los Leones, a cargo del institutor, pues se consideraba de gran importancia la adoctrinación de estos pueblos feroces.

De esta manera terminó el último viaje de los príncipes cristinos a las tierras australes desconocidas. Una vez que todo estuvo en orden en la Isla de los Leones, y que las familias cristinas encontraron alojamiento y comodidad, el navío, con los príncipes a bordo, regresó a la capital, con la promesa de una visita anual.

Al retornar a la isla de los príncipes se entregaron al estudio de la medicina, la química, la física y las matemáticas, para distraerse de sus pesadas labores de gobernantes. En ciertos intervalos visitaron las islas vecinas, en especial la de los patagones, a quienes comunicaron sus descubrimientos. Nada lograba, no obs-

tante, emocionar a estos colosos; para ellos los movimientos del alma son de poca importancia.

En el curso de la conversación declararon que al sur de su país existía una raza aún más grande, más fuerte, pero a la vez más desarrollada e inteligente que la patagona. Estas noticias repetidas con frecuencia, despertaron en Hermantin y sus compañeros el deseo de recorrer el ámbito total de la Isla Victorica. Debieron postergar el viaje, por cuanto los deberes estatales los obligaba a encargarse del gobierno de las nuevas colonias y era en estos servicios desinteresados en que reposaba el prestigio creciente de la monarquía.

Al fin encontraron el momento propicio para comenzar la ansiada exploración. A cargo del Gobierno dejaron a oficiales delegados escogidos, y después de haberse despedido de los abuelos de Victorino y Cristina, de los príncipes herederos, su padre y su tío, y de toda la familia, partieron a la Patagonia, sobrevolando esas tierras.

Conocían ya su idioma y habían adquirido informaciones sobre la ubicación de las tierras situadas al Oriente, a la altura del grado 00, que eran de clima frígido, pero favorable al desarrollo de una raza fuerte, vigorosa, espiritual, apta para el cultivo de las ciencias útiles y de las virtudes humanitarias.

LA MEGAPATAGONIA

Los príncipes abandonaron la Micro-Patagonia, así habían bautizado los alrededores de la Isla Cristina, y volaron en un día y medio más o menos unas seiscientas leguas, del lado del Ecuador. Aterrizaron cinco o seis veces para descansar, dándose cuenta que la luz era cada vez más intensa. Al fin llegaron a la extremidad oriental de la Isla Victorica, un archipiélago englobado en el nombre de Victorica o Patagonia. Las costas han sido reconocidas por los navegantes, pero nadie ha explorado el interior de la isla.

Hermantin que conocía Europa, donde acompañó a su padre, se asombró de la belleza del paisaje. Se parecía a Francia por sus costas, montañas, ríos y bosques, aun por sus ciudades. La parte austral era similar a la Isla Cristina, y más allá podían verse dos islas semejantes a Gran Bretaña. Se veían montes parecidos a los Alpes, que separaban tierras similares a Italia, y zonas con Pirineos idénticas a las de España. Esta similitud era prodigiosa, y únicamente el conocimiento de la carta geográfica les aseguraba que estaban lejos de Europa. El único contraste era el de las dimensiones, este pseudo continente austral era reducido, tal vez del tamaño de Francia.

La parte que había correspondido al Asia y al Africa estaba cubierta por las aguas a excepción de algunas islas, recientemente descritas por el Capitán Cook.

Después de admirar la belleza de este hermoso país, que les recordaba la patria de sus abuelos, conocidas por ellos a vuelo de pájaro, decidieron aterrizar en la capital del país, situada a los 00° y 30° de latitud sur y 180° de longitud, contando por el grado 0 del Observatorio de la Isla Cristina.

Podría decirse que la capital del país de los Megapatagones, la ciudad de Sirap, estaba situada diametralmente opuesta a París.

La temperatura reinante era deliciosa, las estaciones eran regulares, el suelo fértil, producto de varias causas, en especial de la extinción de los volcanes.

Al descender en una plaza parecida a la Plaza Vendome, los viajeros fueron rodeados por los habitantes que salían de sus casas. Acudían no tanto por curiosidad, sino para ofrecer a los viajeros hospedaje y todo lo que necesitaran, gesto hecho sin ostentación sino con el corazón abierto. Sin embargo, las alas llamaron la atención de los gigantes que comentaban entre ellos:

—¿Li y a puocuaeb tirfed fnad ettec noitneven?

—¡Te elle ennpd enu etuat noinipo ed fec Sregnate! (lo que traducido significa: Sin duda, el invento demuestra mucho espíritu y da una gran idea de esos extranjeros).

Hermantin quiso arengar a los habitantes, pero no sabía de qué lengua valerse. Empleó al azar la de los Patagones, y advirtió que no correspondía a la del lugar, aunque la entendían, contestándole en la misma forma; pero entre ellos discurrían en la lengua anotada.

He aquí la arenga, pronunciada en patagón por Hermantin, al ser rodeado por una multitud de hombres y mujeres, vestidos de manera singular. El peinado correspondía por la forma, a la de nuestros zapatos y sus zapatos tenían estilo de sombrero en los hombres y de bonete, en las mujeres.

—Ustedes sabrán, excelentes ciudadanos, que la Patagonia, de donde venimos, está vecina de una isla llamada desde antiguo la Isla Nocturna y ahora la Isla Cristina, en recuerdo de mi abuela materna. Pero el país de donde procedemos originalmente está infinitamente más lejos, está en el otro polo y para llegar allá hay que atravesar la zona tórrida. Esta hazaña la efectuó nuestro padre, el ingeniero Victorino, quien vino al Polo Austral y creó aquí un imperio francés, es decir, de la nación más civilizada de Europa, Asia, Africa y la América. La inteligencia y la sagacidad de Victorino fue la base de su destino: es el inventor de las alas postizas, que sus hijos han perfeccionado; es el soberano sabio y justo, que no ha oprimido a los aborígenes de las diferentes islas, seres de calidad inferior a nuestra especie, y por consecuencia, absolutamente desproporcionados con vosotros, ilustres megapatagones. Lejos de oprimir a los nativos, estableció por el contrario leyes que mejoraron su situación enormemente. Los ha cultivado espiritualmente en la medida que ellos pueden ser perfeccionados, y observa hacia ellos una

conducta paternal. En cuanto a nosotros, ilustres megapatagones, venimos aquí para instruirnos, a aprovechar vuestro ejemplo, vuestras sabias instituciones, con el objetivo de sacar partido de las sublimes lecciones que ustedes pueden transmitirnos.

Un anciano venerable respondió a Hermantin:

—Viajeros volantes, os contemplamos con placer, pues no tenemos por qué ruborizarnos de nuestras costumbres, de nuestros trabajos, placeres, usos y modo de ser, y por ello estamos encantados de recibir a los extranjeros. Todos son bien acogidos en este país, pero preferimos aquellos que demuestran méritos extraordinarios. Os mostraremos todo lo que tenemos para que aprovechen de nuestras artes, ciencias y costumbres aquello que os agrade. Pero antes queremos conoceros mejor, saber los usos de vuestra nación, los libros que conocéis, para tener en detalle una idea completa de las costumbres de vuestro país.

El anciano pronunció el discurso en una lengua más armoniosa y elegante que la hablada por los patagones y sin embargo, más fácil de comprender. En seguida un megapatagón maduro, que parecía hijo del anterior, le hizo algunas observaciones, que a continuación repetiré de memoria, tal como las oí y comprendí:

—Estos extranjeros parecen inteligentes, sus ojos me lo demuestran; lo prueban sus trajes, no la invención de las alas que les permiten volar; ni las joyas que traen, lo que demuestra que cultivan las artes. Quisiera, querido padre, que se me permitiera dedicarme a instruirlos en nuestras costumbres y acompañarlos para conocer sus intenciones y saber si no cultivan esas artes peligrosas que tanto mal han causado a los hombres del Polo Boreal, y cuyos comentarios han llegado hasta nosotros. Necesitamos saber si tienen malas costumbres, y si entre ellos los vicios de corazón no estén en proporción con su inteligencia. Sus rasgos físicos son opuestos a los nuestros, tal vez sean también nuestros antípodas

morales. Pienso que hay peligro en dejar que convivan en plena libertad con nuestros jóvenes. Os someto todos estos problemas que me agitan.

—Son justos, mi hijo —respondió el anciano—, pero no tengáis miedo. La virtud está profundamente arraigada entre nosotros para que la perdamos con facilidad. Nuestra juventud no se deja engañar por las modas extranjeras y no imita servilmente sus costumbres; tiene la orgullosa disposición de querer ser siempre fieles a sí mismos y no acepta cambios que no estén aparejados a un perfeccionamiento futuro.

Este idioma puede parecer rudo y oscuro a primera vista, pero estoy seguro que se encontrará suave y claro, tan fácil como el francés, a medida que se lo escuche.

Hermantin no entendió muy bien el cambio de ideas, y respondió al anciano con estas palabras:

—Encuentro mucha razón y equidad en el discurso de los megapatagones.

Se nombró como guías de los viajeros al anciano y a su hijo: Noffub y Teugnil, respectivamente. El primero era un sabio, serio, profundo, sin ser misántropo; el segundo, un hombre apreciado por sus compatriotas por la bondad de su carácter y la dulzura de sus hábitos.

Noffub tenía la función de informar a los extranjeros sobre los principios de la física y de la metafísica de los megapatagones; el segundo, darles a conocer las costumbres y los usos ciudadanos.

El anciano comenzó sus lecciones, Hermantin y sus compañeros fueron conducidos a una casa sencilla, pero alegre y cómoda, donde no había superfluo. Se les procuró los medios para satisfacer sus necesidades, demostrando una hospitalidad digna de una nación civilizada.

Al día siguiente el anciano Noffub y su hijo Teugnil, volvieron a visitarlos, trayéndoles diferentes regalos y curiosidades.

Después del almuerzo el anciano hizo a los viajeros diversas preguntas sobre las costumbres europeas, sobre su religión, ciencias, sistemas filosóficos, ideas sobre el mundo, y los interrogó sobre sus conocimientos físicos. Hermantin respondió de acuerdo al ingenioso sistema que ha publicado el Plinio francés, pues en la Biblioteca de la Isla Cristina se encontraban las obras de este naturalista. Los príncipes habían adquirido en París dos ejemplares de sus obras completas, reeditadas en la capital Cristina. Habló del libro *Las Epocas de la Naturaleza*, de la antigüedad del mundo y de la doctrina del calor central, de M. De Buffón.

Al llegar a esta parte del discurso, el anciano se sonrió, mirando a su hijo. Hermantin detuvo su peroración para preguntar al venerable anciano Noffub la causa de esta actitud.

—Para responderos —dijo el anciano—, es necesario que lea los libros que tratan de esa doctrina.

Hermantin tenía consigo un ejemplar de Buffón y otros libros, los que facilitó al sabio megapatagón. La lectura duró algunos días, al cabo de la cual el anciano regresó a visitar a Hermantin.

—Quiero ahora exponerle nuestra doctrina, que es más razonable y más verosímil que la vuestra, más conforme a la marcha ordinaria de la naturaleza, más digna, en una palabra, del creador.

Parece que su gran filósofo cree que los astros, los soles y los planetas, son conjuntos de materia muerta, los unos inflamados, los otros extinguidos, y que tal vez estos vastos cuerpos una vez que se enfrían quedan en un estado inanimado, incapaces de nutrir a criatura alguna. Es el caso de la luna, que se encuentra en este estado hace más o menos 2 mil trescientos dieciocho años; el caso de Saturno, que se remonta a 26 mil años; de Marte, 18 mil 506 años. Vuestro filósofo ha calculado también el término de la vida de los planetas que en la actualidad están poblados de seres vivientes, por

ejemplo: la tierra, a la que calcula 48 mil 93 años de vida. Esta hipótesis puede satisfacer a los espíritus superficiales, como los europeos, que descansan en la opinión de sus doctores, pero nosotros tenemos mejores instrumentos de medición y somos más fuertes, y por consiguiente, poseemos un cerebro más desarrollado, y por ello, encontramos que este sistema que ustedes consideran admirable es un absurdo, en que tal vez puedan creer los niños pero no los hombres maduros.

En efecto, vuestro filósofo, quien al parecer tiene ideas extensas, no se ha dado cuenta que establecía un sistema sin analogías, de todo punto de vista inverosímil. ¿Cómo es que no se ha dado cuenta que con ese principio la materia muerta en incandescencia, su núcleo de vidrio, y sus planetas hirvientes, enfriándose lentamente haría transformar al Creador Soberano, en un obrero, a la manera de los hombres?

¿Sería posible que la naturaleza que ha construido el mecanismo de una mosca, hubiera hecho masas informes de la tierra y del sol? Por el contrario, las aguas del mar, las erupciones de los volcanes, los meteoros, en fin, todo anuncia que la tierra es un ser vivo, transpira, y estas emanaciones son necesarias. De ser así, la naturaleza habría puesto a nuestra vista animales y otras especies casi invisibles que los alimentan. La naturaleza nos hubiera colocado así en el camino y la razón humana habría adivinado esa finalidad.

Nosotros no podemos concluir que siendo seres vivos, seamos los peleles de seres animados que nos mueven y que existen por sí mismos, antes de existir para nosotros.

Aún más, nosotros, de acuerdo a dicha doctrina, pasamos a ser unos animaluchos a los que la naturaleza barre cada cierto tiempo, sin extinguir los gérmenes, porque cree que somos realmente un accesorio de su existencia. Vuestro filósofo transforma el Universo en un inmenso desierto, y disminuye la estatura del ser

de los seres, el principio soberano del Cosmos. Amigos, creedme, todo está vivo en la naturaleza. El Gran Ser tiene por ministros seres que se aproximan a la perfección infinita. La tierra vive, está organizada; posee un calor propio y central, pero este calor es un producto de la vida, y no una aproximación momentánea al sol o al planeta de cual se hubiera desprendido. Puede haber estado unido, como los otros planetas y cometas, pero forma un individuo aparte, como el hijo es distinto del padre.

No es, pues, un calor incandescente el que lo anima, sino un calor vital. Estamos seguros que el sol no es proporcionalmente más caliente que cualquier otro cuerpo animado; es, por una virtud particular, por una potencia generativa, que las emanaciones solares que caen sobre los planetas, producen luz y una fermentación fecunda, que nosotros llamamos calor. En verdad, si el sol es más tórrido que la tierra, es por que ésta, que es una hembra, no tiene esperma fermentativa y fecunda, privilegio de los machos, posesión que pone al hombre por encima de la mujer.

De esto se deduce que los rayos que descienden del sol no tienen calor sensible, y que es necesario que se mezclen con las emanaciones planetarias para producir calor y luz, efecto que no se percibe sino a una distancia. Las tinieblas reinan no sólo entre las zonas de entresoles, sino también entre los interplanetas, y forman eso que nosotros llamamos el azul del cielo, que no es otra cosa que un fondo negro, azulado por la masa de nuestra atmósfera; el cielo es una palabra vacía de sentido y expresa sólo un error óptico.

De lo dicho se deriva que la tierra recibe del sol, que es su padre y su macho, un calor animal, que la penetra; recibe continuamente estas emanaciones, y la envía a la vez, lo mismo que los otros planetas. Esta circulación produce el movimiento, el calor y la nueva vida del sol.

Hermantin, que comprendía lo que había de verosímil y satisfactorio en el sistema, escuchaba con renovada atención.

—No crea usted —continuó el anciano—, que esos vastos cuerpos sean masas muertas: ellas viven y mueren y los seres que existen sobre su epidermis han sido y serán varias veces destruidos. Tal vez estos seres sobrevivan tanto como los planetas y cometas, pero lo que es cierto es que ninguno es eterno. Sólo la naturaleza lo es y lo es también su divino animador que no es distinto de ella misma como es distinta la vida espiritual de nuestros cuerpos.

Nadie sabe cómo morirán estos planetas y cometas; por analogía presumimos que los planetas se enfriarán como los pretéritos y retornarán a su sol que los echó de su seno por la potencia generativa y los absorberá a su muerte, como la tierra nos recibe a nosotros.

—¿Son los soles seres vivos? —apuntó Hermantin.

—Son, en verdad —respondió el anciano—, las fuentes fecundas de la vida; es decir, los medios a través de los cuales el Gran Animador se comunica con los seres terciarios, que son los planetas y los cometas. No hay que creer que sea por contacto con estos últimos que los planetas se desprendieron del sol, sino como le decía hace un instante, ambos han sido lanzados desde el centro de su propio sol por una potencia generadora, una especie de eyaculación seminal, que es un acto propio de los soles, la que probablemente sea una emisión directa del Gran Animador, principio único de todo lo viviente.

—He reflexionado al hacerme usted la pregunta ¿Cómo es posible si los soles son seres vivos que estos cuerpos ardientes puedan albergar la vida? Esta es la opinión europea. Pero hay que pensar que el calor es la vida misma del sol; es necesario que él disponga de esta energía para animar a un cuerpo vasto y hacer llegar además su influjo a los planetas y a los cometas. La

conclusión es, pues, que esta fuerza está más allá de la percepción de nuestros órganos. Podemos sólo asegurar: que el sol con todo su calor está sólo a la temperatura que necesita para subsistir y para comunicar energía; que el sol está organizado como la tierra, pero de una manera más prolija; que los planetas son mayores que los cometas, pero nosotros los imaginamos más jóvenes y deducimos que sus elipses se angostan basta reducirse finalmente a la de los planetas, a los que reemplazan, a medida que estos envejecen y mueren, enterrados en sus propios soles.

—¡Oh! ¡Qué maravillosa organización tiene el Gran y Soberano Animador junto al cual los soles parecen fríos! ¡Qué maravillosa potencia de calor y de vida posee! No olvide esta lección, retenga siempre esta verdad ¡el calor es la vida! Mientras mayor calor almacene un organismo, mayor capacidad de vida y de potencia generadora tiene. No hay que juzgar, como lo hacen vuestros filósofos europeos, el grado de calor necesario para la vida con la energía que nos es favorable en la tierra. Aún en este planeta hay planetas y animales para los cuales el clima es demasiado frío o demasiado caluroso. Vuestros filósofos tienen la razón únicamente si partimos de los cálculos actuales, pero no debemos olvidar que han podido existir seres susceptibles de vivir bajo condiciones térmicas diferentes. Olviden estos errores. Contemplen la naturaleza como un todo viviente, dotada de inteligencia; adviertan que en la tierra mientras más ardientes son los seres más inteligentes y vivos son. Imaginen al Gran Animador de acuerdo con la idea más vasta que vuestra imaginación puede concebir y en seguida repitan: "Aún está más allá"... Por este medio podréis ver el conjunto en sus grandes proporciones y no permaneceréis dentro de los límites estrechos en que vegeten los otros animales.

—Os damos gracias, Padre Nuestro —respondió Hermantin al anciano megapatagón—. Lo que acabáis de

explicarnos me convence. Veo que la fuerza de vuestro genio sobrepasa en demasía la de los otros hombres. De usted espero las luces que ellos no me han podido dar.

Las preguntas que quiero hacerle se relacionan con la aparición de los primeros hombres en la superficie del globo.

¿Qué piensan los sabios de vuestra gran nación sobre el nacimiento de las plantas y de los animales?

—Veo por vuestros libros que ustedes los europeos, en verdad están aún en la infancia de la ciencia física y tienen una idea pueril sobre la formación de las cosas, y que ustedes se representan la tierra, los soles y los astros, o bien formados a la manera de las obras humanas, o bien creados por una potencia que ustedes no alcanzan a comprender.

En verdad, todo se engendra; nada se crea; todo muere; todo resucita de sus propias ruinas; nada se hace de nuevo, pues todo lo que esta estuvo siempre y el Gran Animador nunca estuvo desnudo.

Cuando los animales y las plantas perecen con la muerte de un planeta, sólo son destruidos en apariencia; se descomponen y se reducen a sus principios. Pero sus gérmenes, susceptibles de vida y su alma, son indestructibles y no esperan para animarse y revificar su forma que una materia favorable.

La naturaleza ha hecho miles de ensayos, miles de esfuerzos antes de producir al hombre. Muchos de estos ensayos subsisten por razas, por ejemplo, las diversas especies de monos; otros están mezclados como los hombres-animales que ustedes han visto en las islas de este hemisferio. Los había también en otras partes del globo, pero imagino que los hombres pequeños del Polo Norte, por desdén físico y resentimiento han destruido todo aquello que no cuadraba dentro de sus ideas de perfección, aunque fueron en verdad, más perfectos que ellos. Estoy seguro que hubo al igual gigantes dentro

de la especie europea, los que fueron destruidos. Nosotros, en cambio, hemos respetado a esos hijos de la naturaleza, entregándoles las islas en que nacieron, y los hemos dejado vivir a su antojo, persuadidos de que no somos tan sabios como la naturaleza. Estas especies nos ayudan a guiarnos en el conocimiento de ella.

Examinen ustedes todos estos seres y encontrarán que forman una gradación, desde los pescados, cetáceos y anfibios, etc. Todos se derivan unos de otros por matices insensibles. Vosotros, europeos por la destrucción remota de lo que ustedes llamaban monstruos, habéis perdido la oportunidad de demostrar esta verdad, y por eso vuestra física es precaria, en lo que se relaciona con la formación de los animales y de los hombres. Algunos creen que han emergido de una vez, formados ya como las callampas de la tierra, y habéis tratado de fábulas las relaciones antiguas, quienes habían visto los seres bipartitos, sátiros, faunos, centauros, minotauros, etc. Vuestros pintores y poetas han desfigurado todo eso, como es costumbre entre los ignorantes que se apartan de la naturaleza y se dejan llevar por su imaginación, para componer seres bizarros, sin analogías responsables. Nosotros, en cambio, podemos admirar directamente la marcha de la naturaleza y no corregimos los grados del recorrido de la especie hasta llegar al hombre-racional.

—Encuentro todo esto muy agradable, y claro —interrumpió admirado Hermantin—, pero quiero hacerle otra pregunta: ¿Son eternos los soles?

—Su vida es más larga que la de los planetas porque ellos la absorben, pero hay cierta apariencia, pues cada sol no produce sino una sóla vez sus cometas y planetas, a intervalos y en tiempo diferente, lo mismo que los animales, que no producen sus hijos sino sucesivamente.

—Creo, sin embargo —respondió Hermantin—, que hay un defecto en la comparación, pues los animales

producen seres semejantes a los progenitores, en cambio, los soles producen entes inferiores.

—Su observación es justa en un sentido —replicó el anciano—. El Gran Animador no produce nada igual a sí mismo; hay un grado de similitud entre él y los soles, pues habiendo sido formados por su potencia generadora, no necesita reproducir el modelo, sino las copias inferiores. Lo mismo sucede con los planetas y cometas. La naturaleza en esto sigue la regla única, y aun cuando varían las formas, hace solo lo indispensable. Vuelvo a su pregunta:

Cuando el sol ha producido todos sus planetas y cometas, envejece con ellos; caen en su centro poco a poco, obstaculizan su marcha y acaban por apagar el fuego vital. Entonces el sol retorna a su principio eterno, a Dios, al calor inextinguible, la substancia y la vida por excelencia, lo cual lo hace renacer y lo reproduce de nuevo, tan hermoso, y vigoroso como lo había sido al comenzar el camino recorrido. El Soberano Príncipe Productor, que es el todo, que puede producir sin descanso, no puede, por lo tanto, ni envejecer ni morir, precisamente porque es el todo, y su vida y su calor no pueden sufrir la más mínima disminución. Esto es lo que nuestra razón puede concebir del Gran Ser, en el cual estamos todos englobados y por esta misma causa no podemos ni comprenderlo ni apercibirlo; sólo apercibimos los seres finitos por grandes que sean: el sol, los planetas, etc. Pero Dios, que es el todo, no puede ser visto por nadie.

—¡Así que todo es vivo! —exclamó Hermantin.

—Todo; los materialistas de Europa han dicho la más absurda locura: que el todo estaba ciego y muerto; es un raciocinio infantil, someter el proceso a ciertas leyes de la pesantez; estas leyes, sin duda, existen, pero son el efecto de la esencia de las cosas, y de los medios empleados por la inteligencia soberana, inherentes a su potencia soberana y todopoderosa. Esta necesidad es lo

que ustedes llaman optimismo, pues todo se realiza de la manera más fácil, de acuerdo con las causas que las producen. La materia es una, siempre unida a algún ser viviente, de la cual es ella o el cuerpo, materia grosera o la emanación, la materia más sutil.

El aire es la emanación de la tierra, que junto con el agua forman su cuerpo; el éter es la materia de la luz y la emanación del sol, de cuya materia móvil ella es el cuerpo. Pero, ¿de qué naturaleza es esta materia?

Vuestro filósofo francés pretende que es la misma que la de los planetas, puesto que ellos forman parte integral de él. Esto significa deducir algo que parece, en verdad posible, pero de la que no tenemos certidumbre cabal y absoluta. Si el sol es un ser vivo, como lo han afirmado los filósofos megapatagones, sin tener de ello la menor duda, no sería al parecer lógico decir que los planetas son emanaciones escremenciales del sol lo mismo que las plantas y los animales son de los planetas. El vital y extremado calor del sol lanza a lo lejos estas emanaciones, mientras que los planetas quedan fijos en su superficie; pero si ellos tuvieran solamente el grado de calor que vuestro filósofo les atribuye, esas emanaciones no podrían permanecer y se alejarían, siempre dentro de la atmósfera, pues vuestro filósofo asegura que las emanaciones están alejadas de los astros en proporción de los grados caloricos. Creo que este raciocinio es justo y que puede explicar el alejamiento de los cometas y planetas sin recurrir al choque accidental, recurso indigno de la naturaleza, que hace todo por medios lentos y seguros. Así los cometas, primeros seres lanzados por la fuerza generadora y quemante del sol, habrán seguido una elipse cercana a la línea recta, alejándose mientras subsistía la fuerza del calor y la impulsión primitiva. Apenas estas causas dejan de actuar, vuelven cerca del sol que les comunica la misma reimpulsión. Pero, como ya le he dicho, disminuyendo

poco a poco la dirección elíptica, para entrar en la circular, más natural a causa de movimientos del sol.

En cuanto a los planetas, hay grandes posibilidades que hayan sido ellos los primeros cometas lanzados, los que sensiblemente han adquirido el movimiento circular y natural, en torno a su centro. De esta manera, el movimiento de los cometas es un movimiento forzado, y, a la inversa, el de los planetas es un movimiento natural.

Al decir que los cometas han sido lanzados no quiero afirmar que estas masas se hayan desprendido del cuerpo mismo del sol, sino que, como he dicho, son disposiciones excrementales, como las manchas que se ven en la superficie del padre de la naturaleza, las que han aumentado poco a poco por la acción de las emanaciones, desprendidas como el feto, después de su animación. Me preguntará usted, ¿cómo pueden animarse estas masas?

Le responderé que de la misma manera que los animales en el vientre de sus madres. Así, el sol, fuente de toda la vida, deja escapar para animar las emanaciones la vida que impregna el todo entero. Así también la tierra, henchida de vida, deja escapar las emanaciones que cubren su epidermis, las moléculas vivientes que producen las plantas, los animales, el hombre, en fin. El Ser Supremo, la vida plena, del cual los soles son sus emanaciones inmediatas, los impregna de vida e inteligencia, para que sientan su existencia, para que gocen, y para que el sentido de la felicidad abrevie sus instantes, a menos que a semejanza de los hombres olviden el orden y sufran por este mal. Esto es lo que toda las viejas teorías han enseñado y sobre todo la religión europea, la habla de los buenos y de los malos ángeles. Son verdades que se remontan al caos de los tiempos y que los primeros hombres, por decirlo así, han visto y sentido y luego olvidadas por las naciones inquietas y vagabundas de los países del norte.

Los planetas sienten también su existencia y disfrutan de ellos aunque en grado inferior a los soles y a los cometas.

Venimos en seguida nosotros, es decir, llegamos después de los pequeños satélites posibles y sentimos la existencia menos perfectamente que los seres que nos sobrepasan en importancia dentro del Universo. Los animales la sienten menos que nosotros, y así por matices imperceptibles, las plantas y de las plantas a los minerales. Estos tienen menor vida particular e individual, están más apegados a la tierra y están menos separados de las plantas, de los animales de cuatro patas y de los hombres bípedos, de cabeza erguida. Los minerales participan de la vida común del globo como lo hacen las uñas y los cabellos en el cuerpo.

Creo que ha entendido usted bien esta doctrina.

—Sí —respondió Hermantin—, usted incrementa mis ideas, y si por una parte me demuestra que no soy sino un punto, un insecto, por la otra me aumenta la inteligencia y me pone en comunicación con esos seres poderosos y perfectos. Usted me hace remontar por ellos hasta Dios mismo.

—Eso es lo que he querido —apuntó el anciano filósofo—. Sólo el Ser Soberano siente su existencia perfecta y goza de una felicidad inalterable, pues no está sujeto a ninguna descomposición dolorosa en su "yo" individual. Es la fuente de todo, sin que él sea todo, tampoco la tierra emanada del sol es el sol; y el hombre emanado de la Tierra no es tierra. Todo el mal que sufra la Tierra no es un mal físico para el Sol. Dios es el primer principio, pero los seres de la última clase, como la epidermis muerta de los planetas, de las piedras, están más alejados de la sustancia divina, a pesar de ser esa sustancia el origen primero.

—Lo entiendo todo maravillosamente. La materia que tocamos no es el cuerpo de Dios como lo ha dicho en Europa un filósofo, Spinosa.

—Tiene razón, hijo mío. Sin embargo, nuestros conocimientos no son tan exactos como los que acabo de exponerle. Me parece, de acuerdo a lo que he leído en vuestros libros y la exposición que Ud. ha hecho de la doctrina europea, que hay en ambas partes del mundo ideas que se acercan. Vuestras hadas, genios, demonios y fuegos fatuos son restos de estas antiguas creencias. Pero nosotros pensamos que son sustancias que escapan a nuestros sentidos, y por eso mismo, incapaces de hacernos bien o mal. Nosotros los suponemos más ingeniosos que nosotros, debido a la delicadeza de sus órganos de sentido. Distinguimos dos formas principales: Unos son emanación de la Tierra y habitan las regiones del aire; son más perfectos que los hombres, pero participan de nuestra debilidad, de nuestra materialidad. Los otros son una emanación del Sol, habitan el éter, es decir, el espacio más allá de la atmósfera de nuestro planeta. Los unos son los *Sehplis* (los silfos) o seres invisibles terrestres; los otros, los *Snizniz,* surgidos del Sol. Creemos que el éter, es decir, los espacios intermedios entre los planetas y los cometas, está habitado por los *Snizniz,* que tienen una inteligencia superior a los *Sehplis* y éstos a los hombres.

Los antiguos los denominaban ángeles de luz y ángeles de las tinieblas o hijos de la Tierra. Pensamos que así como en las entrañas de los animales hay animaluchos parásitos, así en las entrañas de la Tierra hay grandes animales que viven encerrados en la oscuridad profunda. Los llamamos *Semong,* y los creemos de escasa inteligencia. A veces la Tierra trata de desprenderse de ellos y de ahí deriva la fábula de los gigantes encerrados en las montañas. En fin, pensamos que hay también seres invisibles en las aguas, que llamamos *Snidno,* lo que hacía decir a los antiguos que la Tierra estaba repleta de espíritus y que el mundo invisible era más numeroso que el mundo visible.

Por estas materias empieza nuestra educación y por

ella se termina. La moral llena el intermedio y está apoyada en las sanas nociones que nos ha dado la naturaleza de las cosas.

La base de toda nuestra moral es el orden. Es necesario, decimos, que el orden moral semeje al orden físico. Somos por eso todos iguales. Poseemos una sola ley, simple, corta y clara que habla por sí misma y jamás el hombre la altera. Esta ley está redactada en pocas palabras:

1. Sé justo con tu hermano; es decir no exijas nada, no le hagas nada que tú no quieres que te hagan a ti mismo;
2. Sé justo con los animales, lo mismo que tú quisieras que fueran contigo los animales superiores al hombre;
3. Somos iguales entre iguales;
4. Cada cual debe trabajar por el bien general, y
5. Cada cual debe participar en el bienestar general.

Esta ley regula toda la existencia. No creemos que haya pueblo alguno que necesite más que esto, a no ser que fuera un pueblo de opresores o de esclavos, y entonces creo, aunque no haya visto jamás semejante pueblo, que habrá entre ellos multitud de leyes para legitimar la injusticia, la desigualdad y la tiranía de algunos de sus miembros sobre la comunidad.

Estos pueblos infortunados creen por eso que están procurando el bienestar general, pero sin darse cuenta que trabajan para la felicidad de unos pocos. Se engañan, pues no hay felicidad sino en la fraternidad, en ese dulce sentimiento de decir: "Nadie me envidia; mi bienestar no les cuesta nada a otras personas; todos mis semejantes gozan igualmente". Nosotros tenemos como vecinos pueblos que basan su vida en la desigualdad. Son homúnculos y habitan la tierra de O-taiti, y otras islas vecinas. Esta desgraciada desigualdad los lleva a prostituir a sus mujeres, a ultrajar a la naturaleza. Han perdido las buenas costumbres. Siento tener

que contarle estas cosas detestables, pero es necesario que nos conozcan bien.

—No —respondió Hermantin—, esperamos visitar esas islas para instruirnos y conocer a los vecinos. Tengo, querido amigo, una pregunta que hacerle. Si aquí todos son iguales, ¿no hay entonces magistrados?

—Sí, señor, los ancianos. Todas las dignidades están en relación con la edad y aumentan hasta el postrer momento de la vida. Comienzan en la adolescencia con poca autoridad, pues mientras más joven es un individuo, menos personas tiene a su lado a quienes debe pleitesía. Esta diferencia tiene poca importancia. Por el contrario, la juventud está imbuida en el siguiente principio: "Se os sirve cuando sois niños a causa de vuestra impotencia; tenéis que devolver estos servicios cuando lleguéis a la adolescencia, pues de otra manera dejaréis de ser iguales a los que os han favorecido; ellos tendrían un derecho sobre vosotros, lo que es contrario a nuestra hermandad y preciosa igualdad".

Gracias a esta doctrina, Ud. observará entre nosotros que los niños tratan de liberarse, de emanciparse por medio de servicios útiles y cuando han trabajado un tiempo igual a los primeros años de la infancia, es decir, diez años, se les muestra el destino y la suerte de los ancianos, honrados, servidos y reverenciados por la comunidad, por haber ya cumplido con todos sus deberes ciudadanos. Se les dice entonces: "Jóvenes, hay que merecer la dicha y la felicidad de ser honrados y servidos en la vejez. Ellos mismos os han servido en la infancia, es vuestro deber devolverles los favores en la edad madura, pues si Uds. esperan el bienestar sin merecerlo, ¿cuándo pagaréis estos servicios?

Nuestra juventud tiene el espíritu justiciero. Sabe que estos preceptos son razonables y a ellos ajustan su conducta. De ello nace la armonía que reina entre nosotros. Los jóvenes trabajan, llevan una vida útil, de esfuerzo. Todo es de todos. Nadie puede apropiarse

de algo; nadie permanece ocioso, inútil, más aún es un suplicio condenar a un ciudadano megapatagón a la inutilidad.

Por otra parte es necesario que os deis cuenta de la forma en que los hombres, en el vigor de la edad, son servidos por las mujeres, pues entre nosotros son ellas que los animan, sea por la esperanza del placer o el encanto de la belleza.

—Sabio megapatagón, ¿son las mujeres propiedad común entre Uds.?

—En un sentido sí, pero si por la palabra común Ud. entiende que la paternidad es incierta y que las mujeres se entregan de una manera contraria a la propagación de la especie, Ud. está equivocado. La criatura humana sin un ciclo de celo como los animales, debe controlar sus apetitos por un principio racional. Por otra parte, si Ud. piensa en que las mujeres no pertenecen exclusivamente y permanentemente a un hombre, entonces son un bien común. Todos los años se realiza entre nosotros la ceremonia de escoger mujer, lo que no significa que las mujeres se casen todos los años. Se preparan para esta ceremonia por medio de una completa abstinencia de un mes, que les permite reparar sus fuerzas y acrecentar el gusto por el placer. Además, esta abstinencia sirve para engendrar hijos vigorosos. El día de la fiesta se alinean en dos filas los hombres y mujeres de un sector. Si las parejas no son apropiadas, se cambian de fila hasta que cada cual encuentra la pareja adecuada. Se celebra en seguida una fiesta general que dura un mes, es decir, una luna. Es raro que durante este período de luna de miel no se embaracen. Se admite cada año, al final de la fila, a los jóvenes y muchachas que se unen por primera vez, pero no tienen derecho a elegir, como es el caso de los hombres casados, y es el mérito del varón el que le permite escoger a las mujeres más bellas. Nadie se preocupa de satisfacer inclinaciones personales pues

estos matrimonios son cortos. Pero, sin embargo, si antes de la ceremonia o después el hombre o la mujer piden separarse, se acuerda lo pedido con la única restricción de que no pueden casarse nuevamente sino al año siguiente.

Casi nunca se producen estos divorcios, pues todos sienten la curiosidad del placer, y como tiene la libertad de escoger después a su gusto están contentos. No se conoce entre nosotros el adulterio en el primer matrimonio. Nuestros antepasados habían creído conveniente que las mujeres fueran comunes y que los hijos no tuvieran más padres que la Patria, pero la experiencia ha demostrado que el sentimiento de la paternidad es muy profundo para poder suprimirse. Pero si bien se mantiene la paternidad en el hecho los hijos son de la Nación; el padre y la madre agregan al proceso educativo común, el cariño. Los varones deben servir y obedecer sin distinción a sus mayores hasta la edad de 50 años; a esta edad son ellos los que deben ser servidos. A los 100 años se es considerado legalmente anciano. Hay entre los megapatagones muchos ancianos de 150 años y esperamos alcanzar un promedio de 200. Los ciudadanos pueden casarse a cualquiera edad de la vida y como tenemos más mujeres que hombres, las muchachas que sobran son entregadas a los maridos de las mujeres que están en el período de la lactancia. Por esta razón, dijimos que los hombres se casan todos los años y las mujeres cada dos, lo que es posible gracias a las hijas supernumerarias.

Todas las mujeres encinta o en el período lactante, viven en habitaciones cómodas separadas del resto de los habitantes. Luego los hijos son entregados a los preceptores de ambos sexos, las personas más dulces, activas y meritorias de la comunidad. Los preceptores son escogidos con sumo cuidado y su persona es venerable lo mismo que la de los sacerdotes. Disfrutan del respeto general, son los primeros en rango en las fiestas

públicas, junto a los bicentenarios. Todo el mundo tiene el deber de servirlos.

Apenas los jóvenes entran a la pubertad, manifestada en la barba o en el cambio de la voz, se los inscribe en el registro de los candidatos al matrimonio. Las mujeres son nubiles a los 25 años y como están en proporción de 1 a 2 con los hombres, se pueden entregar a los hombres cuyas mujeres están físicamente impedidas para el amor.

Nuestra forma de tratamiento a las mujeres está basada en considerarlas como un segundo sexo, es decir, subordinadas, en oposición a las islas vecinas O-Taiti, Marquesas, Hébridas, Sociedad, Amsterdam, etc., donde las tratan como esclavas. Las mujeres deben respetar al hombre, quien quiera él que sea. Ellos, a su vez, deben proteger y socorrer a las mujeres, y lo hacen de manera que al verlos actuar se creería que la Nación es la más galante del Universo. En verdad la República Patagona no es galante sino razonable. Todo el mundo sirve a las mujeres, a los niños y a los ancianos.

—Señor, hasta el momento nada me habéis dicho de vuestra religión.

—Perdónemé, creo que de acuerdo con la idea que os he dado del Primer Principio, podéis deducir con facilidad nuestro credo.

—Pero, ¿en qué consiste el culto?

—En un solo principio: hacer de nuestros órganos físicos de una manera que sea acorde con la naturaleza.

—¿No tenéis, entonces, templos?

—Sí —respondió el anciano, mostrando la naturaleza—: helos aquí. Cuatro veces al año, en la época de los solsticios y de los equinoccios, se reúne la Nación en fiestas públicas. En dichas ocasiones el hombre más anciano rinde los homenajes: Primero a la tierra-madre; en seguida al sol-padre, después se recita una fórmula que ata a las dos potencias, a las que se rinde común preitesía. He aquí las tres plegarias:

1. "Oh, Tierra, madre común, hija generosa del augusto Sol, tus hijos se han reunido para rendirte homenaje. Oh, Tierra Santa y Sagrada, madre común, aliéntanos'.

2. "Sol Augusto, padre de la inteligencia, de la luz, del calor, del movimiento y de la vida. Hijo de Dios, Padre y Esposo de la Tierra, nosotros hijos de tu augusta y venerable hija-esposa, la Tierra, nos reunimos para rendirte el homenaje filial y respetuoso. Oh, Sol, Santo y Sagrado, vivificadnos".

3. "Tierra fecunda; astro productor, hijos del Gran Dios que nos ha dado el ser, la inteligencia y la potencia generadora para que comuniques la superabundancia de vuestra vida a los hombres, a los animales y a las plantas. Augustas y poderosas deidades, recibid este homenaje a fin que nos bendigáis. Honor a la Tierra-Madre, Honor al Padre-Sol. Profunda adoración al Gran-Ser, padre de todo lo que existe; Todopoderoso.

La Nación entera reunida repite estas últimas palabras "Honor a la Tierra-Madre, etc.". Imaginaos, querido amigo, la emoción que todos experimentamos en la fiesta recién pasada, cuando estas palabras solemnes fueron pronunciadas por un anciano de 220 años, sostenido por otro de 219 y un tercero de 210.

Viene a continuación una ceremonia con juegos públicos, danzas y entretenciones de toda especie, pues tenemos como máxima que el placer es la manera más eficaz de honrar a las Divinidades: El Sol, nuestro padre y la Tierra, nuestra madre común.

Este relato me conduce —prosiguió el anciano—, a hablar de nuestra existencia cotidiana, en la cual las entretenciones tienen una parte importante.

Por desgracia tengo que alejarme ahora a cumplir mis deberes ciudadanos por lo cual cedo la palabra a mi hijo que os informará sobre ese tópico.

Al instante el sabio Teugnil reemplazó a su padre y comenzó su discurso:

—Cuando en una comunidad todo el mundo está entregado al trabajo —empezó—, se aleja el dolor y el trabajo mismo se transforma en un placer, pues estas ocupaciones compartidas nunca llevan a la extrema fatiga; contribuyen más bien a conservar los músculos y, además, a despejar la inteligencia. Entre vosotros, los europeos, sucede lo contrario, pues reina entre vosotros la desigualdad, y unos se sienten desgraciados por exceso de trabajo y los otros por falta de ocupación. De esta manera el trabajador se embrutece; los perezosos se aburren y recurren para excitarse a las pasiones extrañas y a todo género de extravagancias. Si alguien tiene sentido común entre vosotros son, precisamente, las clases intermedias, que son escasas, pues a causa del mal ejemplo terminan en la ociosidad o en el trabajo forzado. ¿Cree Ud., amigo, que estoy en lo cierto?

—Muy justo, ilustre megapatagón —respondió Hermantin.

—Aquí, por el contrario, las facultades de cada cual se desarrollan en una justa medida. El día se reparte en dos porciones iguales: doce horas de sueño o de reposo absoluto y doce horas de acción intensa. Se entiende que en las doce horas de reposo están comprendidas las que el hombre dedica al hogar, a sus hijos y al amor. Las horas públicas comienzan a las seis de la mañana y terminan con el sol, a las seis de la tarde. Las ocupaciones se reparten entre todos los cuidadanos, en proporción a sus capacidades y a sus fuerzas, de acuerdo con lo que dictamina el Síndico-Anciano, en cada barrio de la ciudad.

Cada célula está compuesta de 100 familias y cada barrio de 25; y a la cabeza de cada uno está el más anciano de los habitantes, el que se designa con el nombre de "cuartelero".

Se reemplaza por orden de antigüedad. Los ancianos dejan de trabajar a los 150 años y se dedican a mandar; los jóvenes bajo los 25 no trabajan, pero una precep-

tora les enseña a hacer diferentes cosas, a la manera de juegos. Además de estas diversiones aprenden a leer, escribir las lenguas de los pueblos vecinos, los principios fundamentales de la lengua materna y en seguida la moral, la historia y la física.

Cuando los megapatagones han recibido un puesto de manos del Anciano-Síndico tratan de cumplir estas funciones con el mayor celo posible. Se trabaja fuertemente cuatro horas; en seguida se reúnen en los cuarteles para comer, almuerzo preparado por los ciudadanos a quienes se ha asignado esta tarea. Después de la comida, se entregan al descanso, muy conveniente en los países tórridos; la siesta dura una hora y media, para dar comienzo luego a las entretenciones hasta la hora de la comida, después de la cual todos se retiran a sus habitaciones particulares.

El trabajo no es obligatorio en el mismo oficio, por el contrario, si alguien quiere cambiar de profesión, encuentra la inmediata aprobación del Síndico.

Los hombres desempeñan los trabajos rudos, metalurgia, cobre, platino, piedra y madera; las mujeres se ocupan de la casa, y a ellas se entregan los trabajos de tejido y aguja, salvo la cordonería. Las mujeres son sumisas y los hombres las respetan por ser las depositarias de las nuevas generaciones. Nadie quiere seducir ni corromper a la mujer, que puede ser más tarde su propia esposa.

Nuestras entretenciones consisten en juegos para ejercitar el cuerpo sin fatigarlo y que han menester más habilidad que fuerza. La gloria es el único galardón del triunfador. Las mujeres se entretienen danzando, lo que contribuye a dar a su marcha una cadencia voluptuosa. Se ejercitan en juegos de agilidad destinados también a dar flexibilidad al cuerpo; se ocupan de inventar los más ingeniosos disfraces y cantan, acompañadas de instrumentos que tañen los hombres, o bien combinan hábilmente las voces. Entre ellas se entre-

tienen en buscar los métodos más agradables para atraer a los hombres.

Desde la infancia se les inculca a las mujeres el principio a que están obligadas a servir al hombre, y a los hombres el principio que trabajen por la Patria. De esta manera entre nosotros el trabajo es casi un juego, y los juegos son a la vez instructivos. Hay fiestas diarias, pero no como las europeas, tan desiguales en la conciencia; aquí participan en ellas toda la comunidad.

—¿Tienen Uds. espectáculos, representaciones dramáticas, ilustre megapatagón?

—Ese tipo de placeres son baladíes, apropiados a naciones de niños —respondió el sabio Teugnil—. Nosotros no apreciamos sino las realidades y no tenemos tiempo para tejer imágenes.

—¿No cultivan entonces las artes, la pintura, la escultura, la música o la poesía?

—Despreciamos la pintura; nuestros cuadros son los hombres viriles y las mujeres hermosas que vemos todos los días. Sólo encontraríamos explicable este arte si el género humano estuviera a punto de desaparecer, y se encontrara en la imagen de ello un consuelo a la soledad. Entre nosotros la pintura y la escultura se juzga pueril. Disfrutamos más cultivando las artes aplicadas que las artes inútiles. Sin embargo, existen algunos pintores que se ocupan de embellecer en sus telas las acciones de los ciudadanos virtuosos, cuadros que adornan las habitaciones de los ancianos.

En cuanto a la música es un arte que hemos desarrollado, y es uno de los encantos de nuestra existencia. Lo basamos en el perfeccionamiento de la voz humana que expresa sus placeres y amores. La poesía es la hermana de la música, una forma más animada y armoniosa de decir las cosas, pero nosotros no la aplicamos sino a temas agradables, y sólo cultivamos tres formas: la primera, destinada a celebrar las acciones de los

héroes, bienhechores de la humanidad; las otras son: la oda y la canción.

—¿Tienen Uds. danzas?

—Ya le he dicho que la cultivamos junto con la música, de quien es también hermana. Nuestras danzas son dramáticas y tienen por objetivo el homenaje. Forman parte de la educación fundamental, sobre todo en las mujeres.

—Me llenáis de admiración, querido filósofo, y cada una de vuestras palabras aporta nuevas luces a mi inteligencia. Los patagones, con quien estamos relacionados por parte de madre, tienen razón al alabar vuestra sabiduría. A nuestro regreso trataremos de aclimatar algunas de vuestras artes que tiene por finalidad obtener la felicidad humana.

¡Qué país más extraordinario aquel en que no existen procesos, ni jueces, ni leyes penales, ni crímenes!

—Todo esto querido amigo, lo debemos a las ventajas de la igualdad. Si Ud. nos quitara ese don celestial, dado por la naturaleza, de inmediato caeríamos en el vicio como han caído los países septentrionales.

—¿Tienen Uds. médicos?

—No, querido amigo, porque la medicina es una ciencia peligrosa y conjetural, prohibida entre nosotros, lo mismo que la magia y las supersticiones. Los médicos sólo son útiles en las naciones viciosas, que necesitan adormecerse sobre sus excesos. En cambio, tenemos cirujanos, muy honrados entre nosotros. Los designamos con un nombre que expresa la alta estima que tenemos de esta ciencia divina: los llamamos *Ruesefer-Taana,* es decir, reconstructor de hombre o bien *Moe-Effahe,* que quiere decir vencedor de la muerte. Estas designaciones están basadas en nuestra creencia que sólo lo útil y objetivo es digno de alabanza.

—Os pido, hijo del más sabio y respetable de los hombres, que nos instruyáis sobre las ideas que tenéis de la moralidad.

—Son muy simples sus bases —fue la respuesta—. Apartamos todas las sensaciones desagradables; nos inclinamos por todo lo que legítimamente agrada, sin debilitar ni dañar el organismo. Tenemos como máxima que el único fin de la sociedad es el de hacer vivir a los hombres lo más agradablemente que se pueda. No imagináis que formamos afeminados, pues el trabajo a que estamos acostumbrados no nos embrutece sino que nos fortifica. Nuestros juegos tienen por objetivo principal dar agilidad a los miembros y de prevenir la indolencia. Nos ejercitamos también para la guerra, pues pensamos que algún día podemos ser atacados, y además elevamos con ello el alma de la juventud por encima del temor de la muerte. Les hemos inculcado con este fin que los seres al salir de los Soles germinadores y de la Tierra para formar individuos distintos en su apariencia, quedaron siempre unidos con el todo y la muerte no es sino un cambio de lugar de la materia, para vivir después en otra parte. En verdad, no conservamos el recuerdo de nuestras vidas anteriores, pues los organismos de la memoria son caducos, pero no importa eso, si somos capaces de sentir la existencia presente y dominar el conjunto de ella por la razón y la previsión. Este proceso nos absorbe, y la memoria de existencias precedentes no haría sino recargar nuestro cerebro y nos alejaría de prestar atención a las cosas actuales. Este recuerdo eternizaría los odios y las divisiones internas, tan comunes entre los pueblos viciosos, lo que es contrario a los principios de la Santa Naturaleza. La experiencia demuestra que sufrimos descomposiciones, lo mismo que las plantas y los animales, y como es el mismo principio eterno el que anima el todo, seguimos viviendo en otra forma. Estas creencias básicas las inculcamos a la juventud y los jóvenes capaces por ello de dar su vida con absoluto desprendimiento, pues están seguros de volver a vivir después de la disolución del cuerpo, y ser así eternos habitantes

de este glorioso país. Nos preocupamos que la destrucción del cuerpo sea rápida: quemando los cadáveres y enterrándolos bajo tierra para fecundarla. Embalsamar los cuerpos para conservarlos es para nosotros un sacrilegio.

—Este punto de vista —replicó Hermantin—, es opuesto al de los europeos, pero lo considero más lógico.

—Nuestra juventud —continuó el joven filósofo—, no teme a la muerte y serían por esto excelentes soldados si alguna vez nos ataca un pueblo europeo ambicioso. Sentimos gran respeto por los muertos y sus nombres son conservados, repitiéndolos cada familia por generaciones, unidos a las acciones meritorias que han realizado.

Pero, volviendo al tema propuesto, quiero explicarle las bases de nuestra moral. Consiste ella en buscar los caminos más rápidos para alcanzar la felicidad y el menos accidentado. Persuadidos que la voluptuosidad sin frenos tiene grandes inconvenientes, no seguimos su placentero camino, por el contrario, sabemos que las privaciones aumentan el placer y robustecen el apetito, y por eso utilizamos como acicate las privaciones. Nuestros placeres se desenvuelven dentro de una justa medida, nunca llegamos a la saciedad. Pero lo que consolida nuestra moral es que ella no queda entregada a la fantasía particular, como sucede en Europa, sino que es un atributo uniforme y público dentro de la comunidad. Practicamos la virtud en cuerpo; rechazamos el vicio en cuerpo; lo mismo que la pereza, el exceso en la comida, el lujo, etc. Un hombre no puede atiborrarse en una asamblea pública: toma únicamente lo necesario. Esta costumbre ha llegado a ahogar los temperamentos excesivos, a los lujuriosos, a los glotones, que se reconocen fisonómicamente por su boca torcida y el color amarillento. En otras islas este principio se basa en el hecho que un hombre no corrompe a su esposa, que un hermano, entre hermanos que

cumplen con su deber, no olvidará a los suyos y nadie será un vagabundo en un país en que todos están seriamente ocupados en el trabajo. De esta manera nuestras costumbres están bien cimentadas y en consecuencia, ellas se han dulcificado. Ud. puede constatarlo observando nuestras ocupaciones y formas de trabajo. Le repito, mis máximas morales: la igualdad corta las raíces de todos los vicios; aquí, por fortuna, no hay asesinos, ladrones ni corruptores. Al mismo tiempo, por ser un pueblo igualitario, hemos desterrado la ironía cruel: todo megapatagón debe abstenerse de ese miserable medio de demostrar ingenio. Al contrario, es la bonhomía la que reina. La verdad nos es sagrada y no se permite intervención alguna a quien quiera rebajarla o denigrarla. De nuestras bocas sólo salen verdades objetivas. La máscara de la alegría y de la fábula es, pensamos, indigna de un hijo de la naturaleza, ese lenguaje lo dejamos a los monos-hombres; algunos de los cuales son capaces de razonar. Por esto mismo la comedia y el drama están prohibidas en el reino; dejamos el género a los habitantes de la Isla de los Hombres-Monos o a los europeos inconsecuentes.

—¿Tienen Uds. autores, profesionales intelectuales?

—Tenemos hombres sabios, filósofos que consagran sus horas de diversión a escribir historias entretenidas y útiles sobre temas que han sucedido entre nosotros o en las islas vecinas. La lectura de esas obras forma una de las grandes entretenciones públicas. Los que las escriben son honrados con el calificativo de *Ruesefer-Taina*, del espíritu, es decir, son extremadamente considerados, pero deben también cumplir su jornada de cuatro horas diarias y nunca han tratado de esquivar el trabajo, por el contrario son los más celosos cumplidores.

Como oirá citar Ud. los nombres de estos hombres ilustres en las ceremonias públicas, le daré una idea suscinta de nuestros principales autores:

El primero y el más laborioso es el gran *Teraguon*, autor de un poema épico, donde se une la belleza de los grandes pensamientos con la majestad de la gran poesía. Los conocimientos repartidos en las máximas de este poema son inmensos. Teraguon es al mismo tiempo un excelente moralista, un físico profundo y un metafísico sublime. Posee las bases de todos los conocimientos y profesiones: es astrónomo, químico, geógrafo y músico; domina un número increíble de lenguas antiguas y modernas, y conoce las costumbres de los demás pueblos como si hubiera vivido entre ellos, lo que deriva de su habilidad para interrogar a los náufragos que han alcanzado nuestras costas. Su poema es un océano de ciencia y de claridad, y cuesta mucho abandonar su lectura cuando se empieza. El asunto de este poema es *La Patagonia*, o sea, el origen de nuestro actual régimen y con genialidad se describe el proceso, los motivos y los obstáculos que hubo que vencer para llegar a fundamentar el régimen, todo lo cual viene expresado con una gracia que subyuga. Nos hace, sobre todo, adorar, al gran *Yrneh*, nuestro primer legislador, y a los personajes que lo han ayudado en las empresa, tales como *Nollizahc*, el inmortal *Yllus*, el sabio *Yanrom* I, el valiente *Norib*, los Cassirb, los Ycnerommons, los Rdooc y una multitud de otros sabios ilustres, que han merecido el bien público.

Otro autor célebre es el modesto e ingenuo *Yosorud* en el género de las odas y canciones, cuya gracia y conmovedora simplicidad llega directamente al corazón y lo entrega a un delicioso abandono de sí mismo.

El elegante y delicado *Uaedraf* ha traído a nuestra lengua la dulzura y la armonía, que da a sus poesías ligeras algo nuevo. Este autor ha sido secundado en la poesía y en la prosa por el refinado y sutil escritor *Yarduocud*.

El lucido *Zoh cub* es nuestro Plinio, etc.

No le hablo de los Samohs, Letnomram, de los Trebmelad, Toredid, Nolliberc, ni de dos escritores ignorados que acabamos de perder, Eriatlow y Uassuor. Todos estos autores aunque de mérito, están por debajo de los genios citados anteriormente.

Tenemos también excelentes críticos, cuyas obras henchidas de gusto e imparcialidad hacen la delicia de una nación espiritual, que aprecia el talento, medio que aproxima a los hombres a su divino autor, el Sol, y aun al mismo Padre del Sol. En este grupo citaré a *Norerf* y *Reisirg*, que nos han legado las ideas que hemos puesto en práctica sobre la educación de la mujer. A los nombres ilustres de *Kueyor* y *Xueissud*, agrego los menos célebres de Uaeretuas y Yanetnof, menos imparciales en sus puntos de vista.

Debo detenerme un momento sobre un hombre de mérito, que con sagacidad y espíritu de justicia ha hecho la crítica de nuestros escritores desde hace tres siglos. Este anciano respetable, Néstor de la Literatura, ha escrito obras que son maestras.

Hombre divino, ha interpretado la doctrina favorable a los hombres ancianos, y ha cantado con respeto al Sol y al Padre del Sol, sin disfrazar sus sentimientos. Este hombre: *Reihtabbas*, ha escrito un libro que es básico para nosotros. Ensalza los conocimientos sublimes de nuestros sabios; trata con el respeto debido a los grandes hombres. No ha olvidado a nadie ni aun a los autores secundarios, a quienes trata en pocas palabras. No adula ni se inclina en favor de ninguna secta; no ha tratado de envilecer el talento de sus enemigos.

En fin, él ha sabido escribir un libro sencillo, sin adornos exteriores, pero que es un verdadero templo sagrado, donde la nación, en los siglos venideros, deberá ir a adorar al verdadero mérito.

—Felices megapatagones —exclamó Hermantin— ¡Qué placer tendría mi respetable abuelo en conversar con ustedes! Admiraría, sobre todo, saber que no sólo son

ustedes las antípodas geográficos de Europa sino los antípodas morales en el globo. Me anticipo al placer de relatarle lo que estamos aprendiendo de ustedes. No creáis, amigos megapatagones, que nuestro respetable abuelo no conozca máximas tan hermosas como las vuestras; ha traído a este hemisferio, que es al presente el nuestro, una religión que enseña la igualdad, la fraternidad y que basa la ley en la caridad, virtud por la cual amamos a nuestros hermanos, y sin cuya práctica seríamos viles y desgraciados. Todos los preceptos de esta religión, tienden al desinterés, a la pureza de costumbres, a la modestia. Prohibe llamar a los hombres sus señores, basado en el principio que todos los hombres son iguales, hijos de Dios; ordena compartir el pan con sus hermanos, sin preguntar sobre su patria, su religión o sus sentimientos.

—¿La profesan los pueblos de Europa?

Perdón, ilustre hijo de un sabio anciano, ¿qué hacen entonces esos hombres cuyo relato he leído en la traducción de vuestros libros? ¿Son los mismos pueblos?

Oh, ilustres cristinos, no se burlan ustedes de mí. Esos pueblos se mofan de sus legisladores, de su Dios, de todo lo que usted me dice ellos adoran.

No se burlan, sabio Teugnil, pero engañados por sus pasiones no siguen los preceptos de su religión. Sus sacerdotes son los primeros en violar sus fundamentos, aunque tratan de conservar las prerrogativas, que les da su estado a los ojos del pueblo.

—No os entiendo, nobles cristinos —repuso el filósofo—. ¿Profesan o no profesan su religión?

—La profesan —respondió Hermantin—, pero sin seguirla en sus preceptos esenciales.

—Me dais, con esto, una triste idea de los europeos. Una religión tan hermosa, dictada por Dios mismo como puedo reconocerlo en sus preceptos, la profesan pero no la practican. Los europeos son, a mi parecer,

unos monstruos. ¿Y entre vosotros en la Isla Cristina, qué sucede al respecto?

—Hemos puesto en vigor todos los preceptos de la igualdad, la fraternidad, la comunidad y de la buena voluntad y de veras, somos muy felices practicándolas.

—Vuestra conducta es una nueva prueba de la locura de los europeos. ¡Qué pueblo más abominable! Tiene buenas leyes, pero no las cumple. Creo que están corrompidos hasta los tuétanos.

Durante los días siguientes los príncipes de la Isla Cristina, recorrieron el cantón en compañía del bueno y leal Taugnil y pudieron percatarse de la verdad de lo que les habían contado. Se dieron cuenta que no podían ya continuar más adelante y se creyeron lo bastante instruidos como para regresar a su patria, por el camino más corto.

Durante la permanencia pudieron disfrutar de un espectáculo interesante: una fiesta de matrimonio, que a continuación describiremos.

Con un aviso previo de treinta días todos los maridos abandonan a sus mujeres, quedando la nación dividida en dos partes que no se hablan entre sí. Durante este período las mujeres tratan de transformarse físicamente para ofrecer un agradable aspecto. Los hombres a su vez, se dividen en legiones y desfilan frente a las mujeres. A la hora del descanso las doncellas hacen representaciones de danza frente a ellos, son danzas voluptuosas, que no pueden compararse a las de nuestra ópera, pues obedecen a mujeres que quieren agradar a los amantes que están ardiendo en fuego de amor.

Cesa todo género de ocupación, situación que está prevista en el calendario de los megapatagones. Es imposible transmitir la sensación de alegría que domina a la comunidad. Los carnavales de Europa, incluyendo los de Venecia, son una triste imagen de lo que aquí sucede. La nación parece renovada. Se veía, sin embargo, algunos más tranquilos que otros; su finosomía

pintaba esta disposición de ánimo, eran las parejas que debían volverse a juntar. Dichas mujeres no llevaban flores en el escote sino en la cabeza; se alejaban del baile y venían a conversar con sus maridos en las barreras.

Le mostraron a Hermantin, muchas parejas de ancianos, rodeados de su linaje que nunca se habían separado de sus respectivas esposas. Y le explicaron que era esa misma facilidad de cambiar, lo que les hacía unirse más estrechamente.

El espectáculo más impresionante era el de las parejas que se casaban por primera vez. Formaban cuadrillas especiales y trataban de rivalizar en la armonía de las danzas. Lo que pareció más extraño a Hermantin fue el hecho que la víspera del día señalado, hombres y mujeres se presentaron desnudos a interpretar las danzas. Jamás había visto cuerpos más bien proporcionados. Con esto terminaron los preparativos. Al día siguiente, a la hora fijada, toda la Nación concurrió a la cita. La primera fila, compuesta por los ancianos escogió las mujeres que desfilaban frente a ellos, con la sola condición que una joven no podía ser escogida dos años seguidos por un viejo.

Al año siguiente debían desfilar ellos frente a los jóvenes, que formaban una línea de retaguardia. Después de los viejos se dio paso a los que contaban entre 149 y 100 años; después a los de 90 a 50. Por último, a los adolescentes a los que se entregaban las mujeres nubiles más hermosas.

Después de terminada la ceremonia de la elección y del regreso de las esposas a sus hogares, se escuchó un delicioso concierto instrumental y coral, de música dulce y voluptuosa. Durante el espectáculo los jóvenes entrelazados daban muestras de su amor y pasión.

Un magnífico festín puso fin a las ceremonias, recomendándose los trabajos ordinarios de la comunidad,

después de una plegaria a la Madre-Tierra, al Sol Animador y al Gran Dios Príncipe.

Hermantin pudo constatar la alegría y el contento de los jóvenes esposos.

Después de un prolijo examen de la región Hermantin pidió permiso para volver a su patria. El anciano y su hijo anunciaron a la Nación este deseo, la cual se reunió para testimoniar su afecto a los huéspedes extraordinarios. Se les entregaron magníficos regalos, se les llenó de bendiciones y el viejo Noffub pronunció las palabras que traducimos a continuación:

"Queridos hijos:

"Alabo la conducta que habéis tenido con los diversos hombres que habéis descubierto en estas islas; es digna de encomio, pero os aconsejo que no interfiráis en los asuntos de esos pueblos, pues pronto e irremisiblemente llegaréis a creeros sus propietarios, lo que sería un gran mal. Mantened la igualdad entre vosotros. No os aconsejaría adoptar nuestras costumbres sino que conservéis las vuestras que me parecen excelentes. Nosotros, como Uds. pueden constatar, somos felices; a Uds. les corresponde hacer uso de la razón y a derivar de ello conclusiones. En la puerta de vuestra capital escribid en letras de oro y en todos los idiomas: "Sin igualdad perfecta, no hay virtud, no hay felicidad". Adiós. . ."

Una vez que se despidieron de las autoridades megapatagónicas, los príncipes retornaron a la Isla Cristina a bordo de la nave, aprovechando la ruta más corta. En el camino toparon, a la altura de los 29° sur, el navío del Capitán Cook, quien volvía de las Islas Hébridas y de la Nueva Caledonia, en 1774. Esquivaron su presencia alejándose de la ruta normal. Los hombres-voladores constataron que el Capitán Cook avanzaba en dirección a la Nueva-Zelandia, hasta cuyo destino lo acompañaron en vuelo con la intención de cerciorarse si había reconocido otras islas.

Al regreso contaron al anciano Victorino y a la Reina Cristina los avances de los megapatagones en materia de costumbres y de sabiduría, lo que produjo admiración en los soberanos.

Victorino hizo, sin embargo, algunos alcances, observando que tales costumbres no podían adaptarse a los europeos, cuyas ideas eran adversas a estos principios. Aconsejó a los nietos que procuraran perfeccionar las viejas leyes progresivamente, sin precipitaciones, procurando conservar los lazos de amistad con ese pueblo sabio y poderoso. Hablaron también del navío que habían divisado en la ruta del regresó; el anciano quedó conmovido por estas noticias y les ordenó que volvieran a encontrar el navío inglés con el fin de proteger los establecimientos que pudiera haber formado el Capitán Cook. Hermantin, por satisfacer los deseos de su abuelo, ordenó a los hombres-voladores que trataran de ahuyentar al navío descubridor del hemisferio austral. Los príncipes premunidos de granadas y de fuegos artificiales siguieron la ruta de Cook, en su descubrimiento del Polo.

Toparon el navío a la altura del círculo polar, a los 71° de latitud. Deliberaron la estrategia, decidiendo envolverse en pieles de foca y esperar que el Capitán Cook se aburriera de explorar los hielos deshabitados. También decidieron, que en caso que el buque explorador naufragara, salvar la tripulación y llevarla a la Isla Cristina. Nada de todo esto sucedió; el navío volvió a la ruta desde la Isla de Pascua a las Islas Marquesas, sin haber reconocido ninguna de las islas habitadas.

Ahora no tengo nada más que agregar al relato sino dar cuenta de las nuevas leyes establecidas por Hermantin, válidas para toda la Isla Cristina, después de lo cual les referiré las aventuras de mi viaje de regreso a Europa por el Cabo de Buena Esperanza, en que me embarqué en la nave del Capitán Cook, en calidad

de pasajero, con el fin de conocer más íntimamente los proyectos que él alentaba en materia de descubrimientos.

El príncipe Hermantin, que tenía la confianza absoluta de su abuelo Victorino y de su tío el Príncipe Heredero y la predilección de su padre Alejandro, permaneció varios meses reflexionando sobre las leyes y costumbres del país de los megapatagones, las cuales quería adaptar en su patria. Visitó a los patagones de la Isla Victorica para consultarlos sobre sus propósitos, escuchando una respuesta favorable, aunque con el consejo de estudiar con reposo la materia. De acuerdo a ello, Hermantin elevó al conocimiento del Consejo de Estado el proyecto que sigue, con el fin de proponerla al pueblo como legislación de transición, que adoptaran todos transitoriamente, mientras pudiera estudiarse un cuerpo de leyes más perfecto.

A continuación incluimos el borrador del proyecto:

"Memorándum elevado al conocimiento del Rey y de la Reina y a la comunidad de los franco-cristinos:

Victorino y Cristina, por la gracia de Dios, Regente y Reina de la Isla Cristina, de la Isla de los Monos, de los Osos, etc., a nuestros hermanos, habitantes de las treinta islas australes, ciudadanos bajo la misma ley: salud, alegría, reposo y libertad:

Nuestro querido y muy amado hijo, el príncipe Heredero de nuestro Imperio, nuestro querido hijo Alejandro, digno sostenedor de nuestra Potencia, lo mismo que nuestros queridísimos nietos y particularmente el Príncipe Hermantin, luz de nuestro reino y esplendor de nuestro Estado, con el propósito de aumentar el bienestar nacional, han realizado diversos viajes como es sabido de todos. En el primero han descubierto diferentes especies de hombres, antes los cuales reaccionaron de una manera digna de seres razonables, criados en el temor de Dios y con sentimientos humanitarios, y el pensamiento de ser útiles a estas diferentes naciones, a las cuales, nuestra Madre común,

la naturaleza, no les ha dado la misma inteligencia que a nosotros. Pero, al mismo tiempo que han encontrado en las diversas islas especies inferiores a la nuestra, han encontrado a la vez otros seres que nos aventajan en bondad, en sabiduría y en buenas costumbres y leyes, descollando así en la región de isla que llamamos en nuestra lengua La Victorica, y que en verdad, deberíamos denominar la Patagonia. Allí nuestros nietos han tenido la felicidad de entrar en contacto con un pueblo llamado Megapatagón, separado de nosotros por la media vuelta al mundo, casi en las antípodas de Francia, nuestra patria anterior. Han percibido en sus habitantes tesoros de sabiduría, de ilustración y de felicidad pública, méritos sobre los cuales queremos informarlos. En primer lugar, sostienen que sólo la igualdad es la fuente de la felicidad, y por consiguiente de la virtud.

A la luz de esta experiencia hemos resuelto promulgar un nuevo código de leyes, que si bien no es enteramente igual a las costumbres y usos de los ilustres y sabios megapatagones, contribuiría a perfeccionar los nuestros, haciendo más eficaces nuestras propias leyes. Teniendo en cuenta estas observaciones y con la esperanza de contribuir al bienestar y la felicidad de nuestros conciudadanos, y en pleno ejercicio de nuestra legítima autoridad real, que hemos merecido por los servicios prestados a la comunidad actual, que hemos fundado y esperamos ver prosperar aún más en el porvenir, para la mantención de la sagrada libertad, deseamos, queremos, y es nuestra decisión promulgar el siguiente cuerpo de leyes:

Artículo I. A contar de la fecha de la publicación del presente documento, todos los bienes de nuestros hermanos y conciudadanos se podrán en común, formando una sola masa. Los trabajos serán, igualmente compartidos, pero durante el transcurso de la presente generación, todos continuarán con sus ocupaciones or-

dinarias, en el entendido que todas ellas son honestas y honorables, dentro de la naturaleza de su oficio. Queremos que ellas continúen desarrollándose por intermedio de los actuales ciudadanos y en seguida por los hijos de ellos.

Artículo II. Decretamos que las esposas de los diversos ciudadanos sean reconocidas iguales entre ellas, sin tomar en cuenta el estado actual que disfruten en la comunidad.

Artículo III. Los hijos, por nacer y los que aún estén jóvenes y no hayan recibido educación, serán en adelante educados en las artes y profesiones que más les acomoden, sin miramiento a sus orígenes familiares o al rango de sus padres.

Artículo IV. Para alcanzar más fácilmente la comunidad de bienes y la igualdad de fortuna, en adelante queremos que todo lo que sea adquirido por un particular lo sea a costa de la comunidad y pagado en proporción a las reales necesidades del obrero y del artífice y no por el valor intrínseco del objeto, es decir, que cuando un obrero tenga seis hijos, le será cancelado el doble que a uno que tenga tres; un tercio el que tenga dos y así en proporción a los hijos, de suerte que el obrero pueda disponer de su trabajo de acuerdo con sus reales necesidades. Esperamos llegar más adelante al establecimiento del sistema de comida en común, como sucede entre los megapatagones.

Artículo V. La pereza y la vagancia serán considerados como vicios merecedores de la expulsión de los incorregibles.

Artículo VI. El trabajo no será continuo ni rudo; las horas serán fijadas y deberán ser empleadas. Cada cual deberá hacer uso de una recreación honesta, tomando parte en diversiones comunes iguales y republicanas.

Artículo VII. Cesan desde este momento las deudas, obligaciones pecuniarias, y dejan de existir las propie-

dades particulares, pero todos conservarán sus propias casas para vivir en compañía de su mujer y de sus hijos, con el producto de su trabajo de acuerdo con el Artículo IV.

Artículo VIII. Nadie puede descollar sobre los demás en materia de vestidos o en el despliegue de viandas en la mesa, las que serán comunes. Todos deberán seguir la moda sencilla que se imponga. Continuará, sin embargo, el uso de los uniformes de trabajo de acuerdo con las profesiones hasta que se llegue a su total extinción, a la manera de los megapatagones. Durante las recreaciones públicas todos deben vestirse en la misma forma, y aquellos que ejerzan oficios mal olientes deberán prepararse antes de tomar parte en ellos.

Artículo IX. El vestuario de las mujeres deberá ser igual, en todas las ocasiones y estaciones, salvo los detalles que el gusto particular indicará y para los cuales deberán solicitar permiso.

Artículo X. La juventud deberá usar el mismo vestido tanto en su forma y clase de tejido.

Artículo XI. Las causas civiles deberán terminar por la presente ley, y quedarán reducidas al mínimun pues es la codicia la fuerza que impulsa al crimen. El magistrado, en adelante, será tanto en lo civil como en lo criminal, la voz de la ley.

Artículo XII. El castigo para los asesinos será el abandono en una roca estéril, sin provisiones. El que de muerte a otro por cólera y que golpee en demasía será castigado con la flajelación y deportado a una de las islas más lejanas... La contumasia en estos actos merecerá la misma pena que el asesinato.

El incendiario será castigado con flajelación y el exilio a una de las pequeñas islas de estos mares, donde será abandonado a su suerte, pero premunido de provisiones... La violación será castigada con la flajelación, pero el culpable deberá someterse a todo lo que exija

la doncella o mujer. Si nada exije, será castigado como incendiario. Todo delito sexual que profane el acto propagador de la especie humana será castigado como violación. Las injurias atroces serán castigadas por la humillación del que las profiera delante de la Asamblea. El injuriado recibirá satisfacciones públicas. Si no las recibiere serán juzgados ambos, debiendo pedir perdón en plena Asamblea y perdiendo sus derechos de ciudadano por el plazo de un año.

La conspiración contra el Estado en la persona del primer Jefe será considerada traición. El crimen de introducir enemigos en el territorio, será penado de muerte de mano de un hombre-tigre. Si no hay convivencia con el enemigo y se trata de ambiciones personales de mando, el culpable será relegado con útiles de peso a una isla desierta como indigno de vivir en sociedad.

Artículo XIII. En todos los casos de exilio se entregará una mujer al proscrito, elegida ésta entre las más deformes de las especies inferiores, notificando al inculpado que el mal tratamiento conyugal lo hará acreedor a la pena de muerte.

El asaltante brutal obtendrá una mujer fea; el incendiario una deforme; el asesino una horrible, el traidor una monstruosa. Los hijos de estas uniones serán separados de los padres y entregados a las instituciones de los hombres-animales.

Artículo XIV. Todo buen ciudadano será honrado, en proporción a sus méritos, por la comunidad y por los particulares. El hombre que haya salvado una vida humana tendrá derecho a usar una corona de encina y se le adelantará en 10 años el privilegio de la vejez, de manera que a los 40 años obtenga las prerrogativas de un hombre de 50.

El que pusiera término a una querella, evitando sus consecuencias nefastas, será honrado en público, y gozará de 2 años de privilegios de vejez. El que extinga un

incendio obtendrá cinco años de privilegio de vejez y una corona floral, que le será renovada todos los años. El que defienda y salve la honra de una mujer tendrá igualmente cinco años de privilegio de vejez y una corona de laurel-rosa, que se otorgará anualmente en la Asamblea por mano de una nubil escogida entre las más hermosas de la ciudad.

El que descubra una conspiración contra el Estado y lo salve de un complot será coronado con una corona de laurel, que le será colocada todos los años sobre su frente por el más anciano de la ciudad, mientras frente a él desfile la juventud al grito de "Honor al Buen Ciudadano". También tendrá privilegio de 25 años, es decir que a los 25 años tendrá la misma autoridad del que tenga 50.

El autor de cualquiera invención útil para las necesidades de la vida y el confort público que se demuestre apropiada, tendrá cinco años de privilegio, con corona de pino que le será impuesta por el más anciano, con diez o veinte años de privilegio de acuerdo con el servicio que su descubrimiento aporte a la comunidad.

Artículo XV. Por el presente decreto establecemos un nuevo rango dentro de las dignidades ciudadanas y en consecuencia los honores serán otorgados por edad, virtud y las grandes acciones. De acuerdo a este rango los niños y los ancianos serán servidos por toda la comunidad; el adolescente quedará sometido a ella; al cumplir los 16 años podrá ser servido por los jóvenes menores. A los 20 años habrá dos clases por encima de él, que le presten obediencia; a los 25, habrá tres; a los 30, cuatro; a los 35, cinco; a los 40, será el hombre completo y comenzará a ser objeto de honores y dignidades, las que irán en aumento con la edad. A los 70 los hombres adquieren la capacidad de sacerdotes de la Nación y estarán encargados de los homenajes al Supremo-Hacedor. El más anciano será el pontífice, lo

que traerá lustre a su familia. De esta manera queremos que los ancianos reciban los honores y homenajes rendidos, la Divinidad misma. Todos los sacerdotes serán servidos por su familia.

Todas las mañanas el primer magistrado de la República, antes de comenzar sus funciones enviará al Sumo Pontífice un mensaje que le será entregado por dos de sus hijos o si no los tiene por dos parientes. El tenor de este mensaje será el siguiente:

"Sabio y Respetado Anciano:

El Jefe de la República, y por su intermedio toda la República, nos envían para rendirte el homenaje de nuestro respeto. Os rogamos venerable, sabio y alto jefe, que nos habéis visto nacer, que llevéis nuestro saludo al Príncipe Soberano, en la forma que un padre recibe el de sus hijos". El Soberano Pontífice responderá lo que crea conveniente, pues no se puede prescribir nada a estos hombres que están por encima de toda la comunidad y a los cuales hay que escuchar en silencio y con respeto.

Artículo XVII. En adelante no existirá ningún soberano individual, y por el presente edicto, entregamos el poder a la sociedad, a la cual queremos que en el futuro sea gobernada por magistrados elegidos por el pueblo. Entendemos, sin embargo, que por Ley Fundamental, aprobada por toda la Nación, los príncipes de la sangre, mantendrán el derecho exclusivo de llevar alas, ordenándoles, sin embargo, que empleen esta facultad patrimonial en servicio del Estado. Declaramos, al mismo tiempo, que todos aquellos seres alados que abusen de su poder contra el Estado sean condenados a muerte, sin que su crimen pueda perjudicar moralmente a sus descendientes.

Artículo XVIII. Ningún título de honor será hereditario. Toda reputación debe estar basada en hechos objetivos realizados por el individuo, el cual debe ser el

artífice de su propia gloria. Al igual nadie podrá sufrir deshonor por los actos cometidos por sus padres.

Las mujeres serán, al igual que los hombres, honradas en proporción a su edad, pero participarán de la dignidad del marido. A los 40 años serán matronas; a los 70, sacerdotisas, es decir, ejercerán conjuntamente con los sacerdotes las funciones religiosas. Las más importantes serán las de mantener el templo y vigilar las funciones. Las sacerdotisas vivirán con sus maridos; las viudas serán acogidas en el templo, y serán honradas como los mismos sacerdotes. Las de más edad recibirán de parte del magistrado el homenaje cotidiano".

El presente decreto fue escrito y aprobado en nuestra residencia con el consentimiento de la familia real por unanimidad, con el fin de ser publicado y proclamado en toda la extensión del Imperio, el día 15 de abril de 1776. Firmado, Victorino, fundador y legislador; Cristina, Reina. El Príncipe Heredero, Alejandro; el príncipe Alejandro; los príncipes Dagoberto, Thierry, Hermantin, Clovis, etc.

Apenas fue publicada la ley, vinieron delegaciones especiales de todas las regiones, tanto franceses como hombres-nocturnos, tigres, monos, osos, perros, toros, elefantes, etc., para suplicar a Victorino y a su esposa que conservaran el título de Reyes.

—Sed siempre nuestro Padre, nuestra Madre —dijeron—, y vuestros descendientes reinen por siempre jamás sobre este reino. En cuanto a los otros artículos juramos respetarlos y obedecerlos.

Pero Victorino se mantuvo firme en el plan que le había sugerido su nieto Hermantin, y era tal la confianza que en él tenían todos, que le entregaron poderes supremos para hacer las reformas necesarias en el Gobierno. Todo se llevó a cabo en forma conveniente. Victorino y la reina permanecieron en el cargo de primeros ciudadanos del Estado; ambos fueron elegidos Pontífices Máximos. Al morir el sacerdote, los dos prín-

cipes, Dagoberto y Hermantin, hicieron un viaje en barco a Europa para raptar al Obispo de Belén, al que se creyó muerto, por haber estado antes enfermo.

Al regresar de este viaje los príncipes fueron testigos de un auto de fe celebrado en Goa, por los devotos portugueses.

Se trataba de una familia de moros que había abjurado de su religión por miedo y que la habían reanudado por convicción.

También se condenaba a dos familias judías, y a algunos protestantes odiados por los católicos. Estaba lista la hoguera cuando Hermantin se avalanzó sobre ellos. Aprovechando su cota de malla a prueba de balas se precipitó ante los atónitos portugueses que lo creían un ángel, y libró a los desgraciados, a quienes transportó al barco. Después de esta hazaña, se subió al poste de la hoguera y pronunció en portugués el siguiente discurso:

"Desgraciados que profesáis una suave religión. ¡Qué frenesí os lleva a hacer a la Divinidad estos abominables sacrificios! ¡Qué monstruo os ha sugerido honrar con sacrificios humanos al Padre Común de los Hombres! ¡Oh, queridos hermanos! Puesto que sois hombres, recurrid a vuestra razón y arrojad lejos de vosotros a esos infames inquisidores que ahogan los sentimientos religiosos. Que cada cual sea libre de expresar sus propios sentimientos, de acuerdo con su conciencia y cultura. Impedir esto es rebajar al hombre a la categoría de bruto, y es más aún, una blasfemia contra la razón eterna, del cual la Divinidad nos ha entregado una centella. Que aquel que persiga a otro hombre para hacerlo pensar como él, sea secuestrado y arrojado a una isla desierta como una bestia venenosa.

No, queridos portugueses. Sólo la tolerancia universal puede mantener la paz; nadie tiene derecho a sus propias opiniones. Aquel que se apasiona por sus propias ideas y por su religión, bajo el pretexto de obedecer a

Dios, muestra que no cree en la potencia divina, pues pretende protegerlo.

Hombres falsos y malos. Dios es más poderoso que nosotros, y no tiene más que levantar su brazo. ¡Portugueses!, los hombres de todas las religiones son vuestros hermanos. El autor del Cristianismo dijo: sed hermanos de los judíos y de los samaritanos. El judío, el turco, el moro y el protestante son vuestros buenos vecinos, ya lo dijo Jesús. ¡Portugueses! Yo, el hombre-volador, que ha sustraído vuestras víctimas, vengaré a la Humanidad si tratáis de ultrajarla nuevamente. Adiós".

Hermantin levantó vuelo dejando a todo el pueblo de Goa en asombro profundo. Al día siguiente los habitantes se creían víctimas de una ilusión, pensaban que no habían visto al hombre-volador sino a algo complotado para hacer fracasar el auto de fe. El Virrey no dio aviso a la Corte y las diligencias no arrojaron nada concreto.

El barco seguía navegando hacia la Isla Cristina con los hombres que habían escapado de las llamas. En una isla fértil próxima se dejó a la familia mora. A los judíos en otra.

A los protestantes se los llevó Hermantin a la Isla Cristina.

Aquí termina el relato que prometí hacer. No tengo sino algunas palabras que agregar. El sabio príncipe Hermantin tuvo la satisfacción de ver que los hombres animales se perfeccionaron lentamente, por los métodos paternales. La República prosperó con las nuevas leyes. En cuanto a mí, el príncipe Hermantin me embarcó en el navío de la Isla para examinar la ruta del Capitán Cook, desembarcándome lleno de ricos presentes que he vendido poco a poco. Me trazó Hermantin el plan de conducta, que es el de investigar todos los rumores que corran sobre la Isla, secreto que no revelaré sino estáis dispuestos a vivir en los dominios del príncipe Hermantin o a continuar aquí prestando

servicios mientras vuelvo a la Isla a informar sobre todos los descubrimientos que hagan los ingleses.

Conclusión: No diré, honorable lector, una palabra más, pues podrías descubrir lo que debe quedar oculto a perpetuidad. He querido solamente mostraros a la vista un nuevo cuadro.

He visto dos veces al príncipe Hermantin, adiós.

El que ha hecho este relato ha vuelto a la Isla y está encargado de los negocios públicos de la colonia.